

ALAN HOLLINGHURST

El caso Sparsholt



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

EL CASO SPARSHOLT

ALAN HOLLINGHURST



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
The Sparsholt Affair

Edición en formato digital: abril de 2019

© imagen de cubierta, The State of Patrick Caulfield. All rights reserved,
DACS and VEGAP 2019

© de la traducción, Gemma Rovira Ortega, 2019

© Alan Hollinghurst, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8035-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para Stephen Pickles

I. EL NUEVO

1

La noche en que oímos por primera vez el apellido «Sparsholt» tal vez sea el mejor punto por donde empezar estas pequeñas memorias. Estábamos en mi habitación, hablando del club. Me acompañaban Peter Coyle, el pintor, Charlie Farmonger y Evert Dax. Acabábamos de realizar una especie de votación y me habían nombrado secretario. Yo era el mayor, les llevaba un año, y, como estaba exento del servicio militar, me dedicaba solamente a leer. «Freddie se lee dos libros al día», afirmó Evert, y quizá fuese cierto; puntualicé que el ritmo se reducía si los libros estaban en italiano o en ruso. Ese era mi papel y yo lo interpretaba con el aplomo y la arrogancia de un estudiante de arte dramático. El único objetivo del club consistía en conseguir que escritores de renombre vinieran a darnos charlas y a leernos sus últimos trabajos en voz alta; a cambio, les ofrecíamos una cena decente (lo que en aquellos tiempos constituía una promesa arriesgada) y, después de la cena, una sala con las paredes revestidas de madera abarrotada de lectores jóvenes y entusiastas. La asistencia de público estaba, en cierta medida, más asegurada, puesto que, cuando empezaron los bombardeos, a la gente comenzó a interesarle qué pensaban los escritores.

Charlie propuso invitar a Orwell y que volviéramos a intentarlo con un par de nombres que el año anterior se nos habían escapado. ¿Y si probábamos con Stephen Spender o con Rebecca West? Ya teníamos programada a Nancy Kent, que iba a hablarnos de España. Evert, tan poco realista como siempre, mencionó a Auden, que vivía en Nueva York, pero no parecía probable que regresara hasta que hubiera terminado la guerra. («Por mí, que no vuelva», dijo Charlie.) Fue Peter quien preguntó, sin duda a sabiendas de que Evert habría preferido que no lo hiciera: «¿Y por qué Dax no se lo pide a Victor?» Para el resto del mundo, el padre de Evert era A. V. Dax, pero nosotros hacíamos valer aquella familiaridad indirecta.

Evert ya se había escabullido y, junto a la ventana, escudriñaba el patio. Siempre había cierta tensión entre él y Peter, a quien le gustaba provocar e incluso avergonzar a sus amigos.

—No lo sé, no estoy seguro —dijo Evert mirando atrás por encima del hombro—. Ahora mismo la situación es un poco complicada.

—Bueno, para él y para todos —replicó Charlie.

Evert, siempre educado, le dio la razón, pese a que sus padres seguían en Londres, donde una noche, no hacía mucho, una bomba había derribado la iglesia del final de su calle. Un poco a lo bruto, argumentó:

—Es que me preocupa que no venga nadie.

—Hombre, claro que vendrían —dijo Charlie, y dibujó una sonrisa extraña.

Evert miró alrededor y preguntó, dirigiéndose a mí:

—No lo sé. ¿Qué te ha parecido el último?

Yo tenía *El regalo de Hermes* abierto, boca abajo, en el brazo de la butaca; iba más o menos por la mitad, y, si bien no podía afirmar que me hubiera atascado, ya había empezado a alternarlo con otra lectura. Iba a romper mi ritmo diario, pues me costaba casi tanto tiempo como solía costarme leer un libro escrito en un idioma extranjero. Por entonces se empleaba un papel muy fino, de escasa calidad, y, aun así, era un volumen grueso.

—Bueno, ya sabes que soy un gran admirador suyo —dije.

—Sí, sí, yo también —dijo Peter al cabo de un momento, pero con más afecto; estaba sinceramente rendido a las grandes novelas simbólicas de A. V. Dax, y admiraba sus características pictóricas, su peculiar ambientación y colorido y su compleja psicología—. El último lo estoy leyendo despacio —admitió—, pero es un gran libro, desde luego.

—¿Hay chistes? —preguntó Charlie con una risa hueca.

—Eso no es lo más relevante de las novelas de Dax —aporté.

—Bueno, pero ¿tú no lo has leído? —dijo Peter, y se acercó a la ventana con ánimo de averiguar qué estaba mirando Evert.

Yo sabía que el pobre Evert nunca había ido más allá de las primeras páginas de ninguno de los libros de su padre.

—No puedo —dijo otra vez—. No sé por qué. —Y, al ver que Peter estaba a su lado, se dio la vuelta hacia los demás y nos miró, apesadumbrado.

Al cabo de un momento, Peter dijo:

—Madre mía... ¿Tú habías visto eso, Dax?

—No sé. ¿Qué es? —preguntó Evert, y tardé en distinguir su nueva expresión de desconcierto de la anterior.

—¿Has visto a ese hombre, Freddie?

—¿A quién? —Fui hasta donde estaban ellos—. Ah, supongo que te refieres al exhibicionista.

—No, ya se ha ido... —dijo Peter, que seguía mirando por la ventana. Me asomé por encima de su hombro y miré yo también. Estábamos en ese breve momento entre la puesta de sol y el oscurecimiento en que podías ver el interior de otras habitaciones. Los cristales de las ventanas, que durante todo el día habían reflejado el cielo, brillaban ahora aquí y allá, acogedores, y revelaban a figuras que trabajaban o iban de un lado para otro detrás de la iluminada cuadrícula de las ventanas de guillotina. En el escenario que teníamos justo enfrente, el viejo Sangster, el profesor ciego de francés, le daba clase a su joven alumno, quien, a juzgar por su posición tendida, bien podía estar durmiendo. Y en el piso de arriba, bajo la oscura línea horizontal de la cornisa y el ancho frontón, había una única ventana iluminada por donde se veía una lámpara de mesa que proyectaba un arco reluciente sobre la pared y el techo.

—Lo vi el otro día —dije—. Debe de ser uno de los nuevos. —Peter esperó, fingiendo paciencia, y Evert, todavía con el ceño fruncido, volvió y también miró por la ventana. En el techo, una sombra había empezado a saltar y a encogerse con movimientos rítmicos.

—Ah, sí, ese —dijo Evert; la fuente que proyectaba aquella sombra se desplazó poco a poco hasta mostrarse: era una figura con camiseta de tirantes que levantaba y bajaba rítmicamente un par de mancuernas. Lo hacía muy concentrado, aunque en apariencia sin esfuerzo; sin embargo, costaba distinguirlo desde aquella distancia, desde la que el hombre aparecía, en su rectángulo iluminado, tan enorme y abstraído como si también él estuviera hecho de luz. Peter me puso una mano en el brazo.

—Querido —dijo—, creo que he encontrado a mi nuevo modelo. —Y al oír eso Evert soltó un gritito de asombro y lo fulminó con la mirada.

—En ese caso, te recomiendo que pases a la acción —dije, pues últimamente los nuevos llegaban de un día para otro y pasaban bastante desapercibidos hasta que, de pronto, desaparecían.

—Hasta tú tendrás que admirar esa espléndida cabeza de gladiador

romano, Freddie —dijo Peter—, y esos hombros poderosos. ¿Ves cómo destacan las venas azules de los brazos?

—Sin mi catalejo, no —le contesté.

Salí a llenar el hervidor de agua en el grifo del rellano y me encontré con Jill Darrow subiendo por la escalera; llegaba tarde a la reunión, quizá le habría gustado votar también. Me alegré mucho de verla, pero el ambiente, que casi rozaba el libertinaje, cambió perceptiblemente cuando ella entró en la habitación. Jill no tenía a su favor diez años en un internado masculino, con todas sus arraigadas depravaciones; dudo que hubiera visto jamás a un hombre desnudo.

—Hola, Darrow —la saludó Charlie haciendo ademán de levantarse, pero dejándose finalmente caer en la butaca con una informalidad que podía interpretarse o no como un cumplido—. Queremos que Dax le pida a su padre que venga —dijo mientras ella se quitaba el abrigo y miraba quiénes estábamos allí reunidos. Me puse a preparar el té.

—Ah, muy bien —dijo Jill. De manera natural, estando presente Evert, se respiraba cierta incertidumbre respecto a lo que podía decirse sobre A. V. Dax.

Por su parte, Evert, que seguía junto a la ventana, no parecía haber advertido la llegada de Jill. Peter y él tenían la vista fija en la habitación de enfrente. Sus espaldas eran reveladoras: Peter, de menor estatura, pelo espeso e indomable, con aquella chaqueta suya de tweed remendada que siempre desprendía aquellos olorcillos químicos del taller; Evert, pulcro y dubitativo, un chico de educación estricta, con su traje de una calidad extraordinaria, observando atentamente aquella escena, sin reparo, como si contemplara la orilla opuesta de un río.

—¿Qué miráis? —les preguntó Jill.

—Tú no mires —dijo Peter; se dio la vuelta y le sonrió. Acto seguido, ella fue derecha hasta la ventana y yo la seguí. Todavía se veía al gladiador, aunque ahora estaba de espaldas y hacía algo con un trozo de cuerda. Casi sentí alivio al ver que los sirvientes del *college* habían comenzado sus rondas. En una de las ventanas, y al cabo de un momento en la siguiente, apareció una pequeña figura con chaqueta negra que estiró los brazos para cerrar los postigos, con lo que desapareció cualquier señal de vida. En el edificio de enfrente, otro sirviente entró en la habitación de Sangster, medio oculto tras

la pantalla rectangular que llevó al dormitorio, y al cabo de un minuto reapareció, esquivó a los dos ocupantes y se arrodilló en el saliente de la ventana, desde donde miró hacia fuera durante unos segundos con curiosidad antes de cerrar también él los altos postigos. Antes de la hora de la cena, en los grandiosos edificios de piedra quedaría tan poca luz como en unas ruinas.

—Ah, hola, Phil —dijo Charlie; teníamos detrás a mi sirviente, que había entrado para llevar a cabo la misma rutina en mi habitación.

—¿Sabes quién es ese tipo, Phil? —le pregunté con frialdad.

Phil había luchado en la batalla de Loos y, después de aquella primera guerra, había pasado quince años en la policía de Oxford. Era afable y leal a nuestro *college*, aunque a veces parecía que lamentara haber acabado con un delantal, quitando el polvo y fregando los platos para unos jóvenes a los que no estaba autorizado a castigar.

—¿Cómo dice, señor? —Apoyó su pantalla contra la pared y se acercó a mí con interés, como si yo hubiera encontrado a un malhechor. Reparé en que nuestros reflejos, tenues, se interponían entre nosotros y lo que veíamos en las otras ventanas. Señalé hacia arriba.

—Ese... tipo tan ridículo —dije.

—Ah, ese, señor —dijo Phil, un tanto decepcionado, pero tratando de compartir durante un momento nuestro interés por aquella luminosa figura—. Acabo de enterarme de que causó algún problema.

—¿Qué clase de problema? —preguntó Peter.

—Pues... el ruido, señor. El doctor Sangster se ha quejado varias veces.

—¿Cómo? —dijo Evert—. ¿El ruido?

—Chirridos rítmicos, por lo visto, señor —aclaró Phil con gesto severo.

—Oh, cielos... —dijo Evert.

—Pero no es de los nuestros, tengo entendido —añadió Phil.

—Ah —dije yo.

—No, está en Brasenose —dijo Phil. Nuestro enorme y sombrío *college*, cuyas escaleras estaban casi desiertas desde el inicio de la guerra, había acogido a algunos miembros de otros *colleges* que habían sido requisados; casi todos eran desorientados alumnos de primero que de pronto se habían convertido, además, en evacuados. Brasenose se lo había incautado algún ministerio que, según mi profesor, no sabía muy bien qué hacer con él—. Si

me disculpa, señor Green...

—Sí, claro, Phil.

—¿No sabe cómo se llama, por casualidad? —preguntó Jill.

—Se llama Sparsholt, señorita —contestó Phil, y carraspeó un poco al cerrar los postigos y asegurarlos encajando la pieza de hierro en su ranura.

—*Spar... sholt* —dijo Peter, sopesando la palabra y sonriéndole a Evert con picardía—. Parece el nombre de una pieza de motor o de un arma.

Phil se quedó mirándolo un par de segundos con gesto inexpresivo.

—Me atrevería a afirmar que está usted en lo cierto, señor —dijo, y pasó al dormitorio. Saqué mis mejores tazas Meissen, con las que esperaba agradecer a Jill, y, en un ambiente más íntimo una vez cerrados los postigos de mi habitación con paredes revestidas de madera, nos dispusimos a tomar el té.

Jill se quedó a cenar en el comedor, en calidad de invitada mía, y después fui con ella hasta la entrada.

—Te acompaño —le dije. Ella estaba en St. Hilda, a unos quince minutos a pie, pero con el oscurecimiento el trayecto constituía todo un reto.

—No hay ninguna necesidad —me aseguró ella.

—Claro que sí, tómame del brazo —insistí, y ella obedeció, de forma conmovedora. Nos pusimos en marcha. Yo llevaba la linterna, vendada con cinta adhesiva, aunque, como Jill apretaba el codo contra mi costado, parecía que la sujetáramos y enfocáramos con ella los dos juntos. Aun así, la noté un tanto desconfiada. Al cabo de un minuto se soltó para ponerse los guantes y seguimos así al pasar por delante de la alta verja de Merton, cuya gran capilla y cuya torre intuimos, más que vimos, descollar en la negrura. Jill miró hacia arriba. La oscuridad parecía insinuar algo entre nosotros y, aunque creo que ella agradecía mi compañía, lo hacía con cierta incomodidad, como si sintiera haber accedido a algo. Yo había comprobado que, una vez que la vista se acostumbraba, resultaba más fácil caminar sin los sobresaltos de la linterna; curiosamente, sin la linterna te movías con más seguridad. De todas formas, hablábamos casi en susurros, como si creyéramos que podría oírnos alguien que se encontrara por allí cerca. De hecho, en esas noches, muchas veces, de pronto, rozabas a otra persona que pasaba a tu lado, o que estaba esperando, y que hasta ese momento te había pasado completamente desapercibida.

El camino semejaba un pequeño desfiladero negro y apenas

distinguíamos los gabletes y las chimeneas de su contorno, recortados contra el oscuro color carbón del cielo. Las nubes, en tiempo de paz, transportaban y dispersaban los colores de las luces que había abajo, pero durante el apagón preventivo reinaba una oscuridad absoluta. Yo creía conocer esa calle que había recorrido cientos de veces, pero mis recuerdos no encajaban del todo con los tenues indicios de puertas, ventanas y rejas ante las que pasábamos. Le pregunté a Jill cómo le iba en el trabajo e inmediatamente ella dejó de mostrarse tan cohibida. Estaba estudiando Historia, pero lo que más le interesaba era la arqueología y las cosas extraordinarias que habían revelado los bombardeos de Londres. Me explicó que, a veces, las bombas que derribaban las iglesias de la City atravesaban las capas inferiores Tudor, medievales y romanas y las exponían de una forma que ningún esfuerzo humano organizado habría logrado. Era evidente que los aspectos humanos de la devastación, la pérdida de vidas y hogares, no le impresionaban tanto. Hablaba con entusiasmo de monedas, ataúdes, ladrillos, fragmentos de cerámica. Comenté que debía de parecerle frustrante que Oxford apenas hubiera sufrido daños, y observé, si es que se puede observar en la oscuridad, cómo ella entendía y rechazaba la broma. Desde el principio Jill había sido de esos estudiantes que pasan por la vida universitaria con la vista fija en el futuro: para ellos era un trámite urgente, no un precioso aplazamiento. De pronto el futuro había cambiado para todos nosotros y la ciudad estaba impregnada de una sensación de transitoriedad y de urgente presteza para no se sabía exactamente qué. ¿Compartían otros amigos míos mi impresión de que podíamos perder la guerra y pronto? Las conversaciones derrotistas no eran frecuentes y se censuraban a sí mismas nada más comenzar. Jill ya había elegido, y había elegido el ejército, pero tenía la mente puesta en las grandes cosas que haría cuando hubiéramos ganado la guerra.

Llegamos a la entrada de St. Hilda; me detuve e iluminé débilmente nuestra despedida.

—Buenas noches —dije, con un gracioso estremecimiento en la voz.

Me pareció que Jill miraba más allá de mi hombro.

—¿Crees que Peter dibujará a ese hombre? —me preguntó.

—¿A quién?

—Al nuevo. A Sparsholt.

—Ah, a Sparsholt. —Reí—. Bueno, Peter suele conseguir todo lo que se

propone.

—En fin, supongo que es un buen modelo —dijo Jill, y nos dimos la mano.

No era la despedida que yo había previsto y, cuando, solo, volví a cruzar el puente y a tomar Merton Lane, me preocupó mi propia timidez y me propuse insinuarme con mayor seguridad en mí mismo la próxima vez. Volví su cara hacia la mía y hallé belleza en su simetría. Tenía los ojos grises, una barbilla grande de soprano wagneriana y dientes blancos y pequeños. Desprendía, a escasa distancia, un perfume seductor. De momento, tendría que contentarme con eso.

2

Evert escribió a su padre y, unos días más tarde, vino a comunicarnos que había aceptado nuestra invitación: Victor Dax se mostraba encantado de poder dirigirse a los miembros del Club. La misiva del gran hombre era breve y prácticamente ilegible; el papel de carta iba timbrado con un membrete rebuscado con el lema «*Montez Toujours*». «Lo programamos para la quinta semana, ¿os parece?» Sonreí para transmitir tranquilidad y empecé a preocuparme por si tendríamos público.

Evert todavía llevaba el uniforme caqui, pues acababa de pasarse aproximadamente una hora desfilando arriba y abajo, bajo las órdenes del viejo Edmund Blunden, frente a la hilera ininterrumpida de casas de piedra adosadas que formaban el Tom Quad. Cuando venía a dirigir los entrenamientos o a llevarse a los reacios reclutas para que hicieran cursos de orientación, a nosotros ya nos parecía viejo, pero lo cierto era que Blunden, un individuo menudo, con cara de pájaro y con misteriosas reservas de conocimiento, no pasaba de los cuarenta. Yo casi los envidiaba por sus expediciones a Cumnor Hill o Newnham Courtenay, puntos estratégicos dispuestos, o así los veía yo, sobre un mapa espectral de la anterior guerra que él había vivido y acerca de la que también había escrito. Pero Evert odiaba todo aquello y, además, estaba horrible con el uniforme; desfilaba, en el par de ocasiones en que yo le había visto ejercitarse, con un aire de

dignidad ofendida que rayaba en la insubordinación.

Se sentó y cogió un libro, apenas consciente de que estaba convirtiéndose en uno de mis invitados habituales. Nos habíamos tratado de forma somera durante su primer año y, como ya habían llamado a filas a todos sus amigos de entonces, se sentía solo. Sin duda alguna, temía el momento, cada vez más próximo, de su reclutamiento. Había algo inquietante en él; en su rostro, pálido, con unos ojos muy oscuros y un flequillo que no paraba de caerse sobre sus ojos, se intuían sentimientos que raramente expresaba. A mí él me parecía interesante en sí mismo y, después, naturalmente, me atraía el glamour (y la carga) de su breve pero famoso apellido. Para mí, el hecho de que fuera hijo de A. V. Dax siempre había constituido parte de su atractivo; del mismo modo, el que, muchas veces, se me olvidara esa circunstancia era una prueba de nuestra amistad. Para él era un asunto más complicado e inexorable. Suspiró y dejó el libro, y me enseñó otra carta, esta de su madre; yo tenía la impresión de que sus padres, pese a vivir todavía juntos en la casa de Chelsea, llevaban vidas medio independientes, pero no tenía suficiente confianza como para indagar más en esa cuestión. Tampoco sabía hasta qué punto Evert entendía la situación. La carta de su madre describía los terrores del Blitz con un tono entre quejumbroso y jovial. Decía que su padre se había reído cuando ella se había tirado al suelo al caer una bomba y había estropeado un buen abrigo; él se negaba a bajar a los refugios con el resto de la gente corriente.

Evert se levantó para marcharse y dijo:

—Ah, por cierto, ¿has vuelto a ver a... cómo se llama?

—¿A quién?

—¿Era Sparsholt? El nuevo. —Se acercó a la ventana, pero solo eran las tres y la larga hilera de ventanas del último piso todavía no dejaban ver nada. Ninguno de los dos sabíamos con certeza en qué ventana lo habíamos visto y ese año muchas habitaciones estaban deshabitadas y cerradas.

—Ah, sí, creo que lo vi en el comedor —dije con cautela.

—Sí, ya —dijo Evert—. Se sienta en la mesa de los remeros. Han puesto a todos los ochos juntos. Dan ganas de aprender a remar. Bueno, no lo digo por Sparsholt, sino por la cantidad de comida extra que les dan. —Se sonrojó, pero entre nosotros dos el tema estaba bastante claro; vi que no sabía si añadir algo o no. Resultó que aquel día de la primera semana en que nos

habíamos reunido en mis habitaciones no había sido la primera vez que él había visto a Sparsholt. Anteriormente lo había visto regresar del río, corriendo, ataviado con la ropa de remar; lo había visto en el comedor, y una noche, tarde, no lo había visto y había chocado con él, casi a oscuras, en la esquina de Kilcannon. Sin embargo, la visión de Sparsholt que había tenido desde mi ventana, medio desnudo, enmarcado en un rectángulo de luz, había sido el punto de inflexión, el momento en que el interés que habían despertado aquellos encuentros casuales se había consolidado hasta convertirse en una obsesión. A mí me costaba un poco entenderlo. Era como si Evert se hubiera impuesto él mismo aquella sumisión, que adquiriría, a medida que pasaban los minutos, una inevitabilidad voluptuosa. Aun sin saber nada de aquel joven, en aquel momento se había entregado a él. O, dicho con sus palabras, se había enamorado.

—¿Y has hablado con él? —le pregunté.

—Bueno, la vez que tropezó conmigo sí —contestó Evert, muy sorprendido—, pero después... ya no, no.

Peter Coyle, tal como yo había imaginado, había sido mucho más atrevido e inmediatamente le había escrito una carta a Sparsholt, en una hoja de papel del colegio Slade, preguntándole si podía hacerle un retrato. No había habido respuesta, aunque, dos noches más tarde, en el comedor, me pareció percibir, al sentarme de cara a la mesa de los remeros, una sutil timidez en Sparsholt, una primera e inquietante sospecha, en su rostro joven y serio y en su fría rigidez, de que tal vez estuvieran observándolo o de que ya se había convertido, en aquel sitio tan nuevo para él, en objeto de rumores. Dudo que se fijara en mí o que viera a Evert lanzándole miradas intensas, casi aterrorizadas. Sparsholt parecía mirarnos a nosotros como si fuéramos una masa indiferenciada y, al mismo tiempo, extraña. Nada más salir del comedor se despidió de sus compañeros de mesa, y pensé en lo sencillo que me habría resultado llamarlo mientras caminábamos, cada uno con su linterna, por los patios oscuros.

Fue sumamente fácil averiguar más cosas sobre él. Al día siguiente, en la conserjería, vi en los anuncios del Club de Remo que sus iniciales eran D. D. y, gracias a la lista de una clase, me enteré de que era estudiante de ingeniería. Aquellos dos datos exigüos eran un tanto descorazonadores: los

científicos y los remeros seguían sus propias rutinas, muy severas, diferentes de las del resto. Pero el hecho de que Sparsholt hubiera atraído instantáneamente a Peter y a Evert le confería, aun así, cierto encanto, débil pero desconcertante. Para mí, su apellido tenía algo inexorable, una palabra que parecía la pieza de una máquina, como había dicho Peter, o quizá una pequeña muestra, dura, de algún mineral, pero ahora sentía verdadera curiosidad por el «D. D.».

Sin proponérmelo, les saqué ventaja a mis dos amigos. Phil entraba todas las mañanas sobre las siete para abrir los postigos y limpiar mi sala de estar, mientras yo, como norma, seguía en la cama, dormitando y soñando, acompañado por los chirridos de las ruedecillas y el sonido del ir y venir del aspirador que estaban utilizando en la habitación contigua. Phil preparaba el fuego y se llevaba las tazas y las copas para fregarlas. Después de hacer todo eso, llamaba a la puerta de mi dormitorio y la abría con un rápido movimiento, con instinto policial para pillar lo que fuera por sorpresa. Entonces yo salía con mi bata a un escenario que, durante el intermedio, se había recompuesto con absoluta exactitud: «Mismo decorado. A la mañana siguiente.»

Ese día, mientras esperaba a que hirviera el agua, me quedé mirando fijamente el patio, agradecido. Por aquellos días, incluso en Oxford, sentías alivio al comprobar que habías salido ileso una noche más. Las luces que volvían a verse en las ventanas, tenues, a medida que los sirvientes hacían sus rondas, eran alentadoras señales de supervivencia. Miré a las figuras que salían, con abrigo y zapatillas, para dirigirse a cuartos de baño apartados. Había menos estudiantes, por supuesto, y a la mayoría solo los conocía de vista, pero nos unía algo que no existía cuando yo había llegado a Oxford, antes de la guerra. Me disponía a darme la vuelta cuando me di cuenta de que la persona que salía de la primera hilera de pisadas por el césped mojado del patio era Sparsholt, que caminaba a zancadas en pijama, con una bata azul y zapatos de campo marrones, y con una toalla alrededor del cuello, como si fuera una bufanda. Transmitía esa indiferencia propia de un militar ante el frío de la mañana, y rápidamente se perdió de vista.

Yo casi siempre me afeitaba después de desayunar, cuando ya no había nadie, pero esa mañana, sin preguntarme por qué, decidí seguirlo. Me puse el abrigo y el sombrero Homburg al que me había aficionado últimamente, y

bajé presuroso, pensando en qué podría contarle a Evert al cabo de un rato, cuando nos sentásemos juntos a comernos las gachas y tomarnos el té. Más que ningún interés intrínseco por aquel hombre con quien había decidido hablar, lo que me estimulaba era lo cómico de aquella competición.

Solía evitar el gran cuarto de baño subterráneo del siguiente patio, con sus hileras de lavamanos y su laberinto de cubículos sin pestillo en las puertas. Recordaba lo incómodo que me había sentido allí, desnudo y solo en mi compartimento lleno de vaho, consciente de que había otros tumbados a mi alrededor, casi en silencio. A veces alguien preguntaba quién había allí, y se entablaba una conversación, como si dos personas hablaran por teléfono, ligeramente constreñida por la presencia del resto de nosotros, encerrados y todavía más callados en nuestros cubículos. Antes de mi llegada, mi medio hermano Gerald me había revelado que aquel era el mejor sitio del *college* para darse un buen remojón, con lo que sospecho que él se refería a algo más. A determinadas horas lo ocupaban el embarrado y ensangrentado equipo de rugby o los extenuados remeros, que se recuperaban y hacían estiramientos y se inspeccionaban a sí mismos con cuidado en medio de densas nubes de vaho, una gran reunión y una gran agitación de cuerpos desnudos. No constituían ningún peligro, yo pasaba bastante desapercibido allí, pero sabía que estaba fuera de mi elemento.

Cuando entré, Sparsholt acababa de empezar a afeitarse; me lanzó una mirada por el espejo y durante un instante su rostro reveló curiosidad. Confieso que sentí una punzada de emoción por hallarme en su presencia. Él solo llevaba puestos el pantalón del pijama y los zapatos de campo, con los cordones desabrochados. Ahora yo veía de cerca su musculoso torso, que Sparsholt mostraba con orgullo y naturalidad. Colgué el abrigo y el sombrero y me acerqué a un lavamanos, dejando otro entre el suyo y el mío.

—¡Buenos días! —lo saludé.

—¡Buenos días! —repuso, torciendo la cabeza y con la navaja de afeitar en la mano levantada, con más entusiasmo del que yo esperaba. Comprendí entonces que se alegraba de que alguien se dirigiera a él.

Se oyeron un par de salpicaduras en un cubículo cercano, pero en aquella cavernosa estancia imperaba un ambiente de soledad absoluta. Sparsholt se pasó la navaja por el mentón, trazando una franja en la espuma, y luego otra, y, mientras abría el grifo del agua caliente, yo observaba discretamente cómo

iba apareciendo su cara. No sabía muy bien cuál iba a ser su aspecto.

—Creo que es la primera vez que nos vemos —observó, también esta vez más simpático que receloso, antes de mirarme y sonreírme brevemente. Al estar enmarcados por la espuma blanca que tenía alrededor de la boca, sus dientes, sanos y fuertes, parecían un poco amarillos.

—Ah, me llamo Freddie Green —dije. Él dejó la navaja en el borde del lavamanos y me tendió una mano.

—David Sparsholt.

—¿Sparsholt? —dije, asimilando aquel «David», que para mí era la «D» más ingenua y más sincera que podía haber. Me fijé en que, bajo la pálida armadura de sus músculos, era muy joven. En la muñeca tenía un poco de vello húmedo, pero, en cambio, el pecho y el vientre los tenía muy suaves—. No es un apellido muy corriente.

Parpadeó como si hubiera detectado una crítica.

—Bueno, somos originarios de Warwickshire —dijo, y distinguí un ligero acento regional que jamás habría sido capaz de identificar. No le insistí más y, al cabo de un momento, él se echó agua en la cara y se secó con movimientos bruscos. Empecé a afeitarme y le lancé una mirada, con simpatía. El ladeó la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha para examinarse el mentón en el espejo, con aire serio y vanidoso, tal como yo esperaba: parecía satisfecho con lo que veía. ¿Era guapo? No habría sabido decirlo. Para mí un hombre es guapo si viste bien y, como Sparsholt estaba prácticamente desnudo, yo carecía de elementos de juicio. Tenía una cara ancha, con la nariz ligeramente curva y ojos de un azul grisáceo hundidos bajo una frente poderosa. Tenía el pelo oscuro y rizado, y muy corto por encima de las orejas. Lo más llamativo era su físico, desde luego, y comprendí por qué Peter quería usarlo como modelo; lo que Evert esperaba hacer con él no intenté imaginármelo.

—¿En qué fuerzas te has alistado? —me preguntó.

Le dije que por mis problemas de salud me habían declarado exento del servicio militar y, mientras se lo explicaba, detecté por primera vez perplejidad en su mirada.

—Qué mala suerte —comentó, pero sus condolencias ocultaban un murmullo de desconfianza. Me observó atentamente, yo iba en camiseta, y entonces quizá se apiadó de mí. Me dio la impresión de que desplegaba, igual

que otros hombres con una gran fortaleza física, un instinto, apenas consciente y apenas perceptible, tanto de amenazar como de calmar e incluso de proteger—. ¿Qué vas a hacer?

—Bueno, estoy en tercero de historia, el grado completo. Luego ya veremos. ¿Y tú?, ¿dónde haces el servicio?

Volvía a tener la toalla alrededor del cuello, las manos en las caderas y los pies separados. Por la abertura de su pantalón de pijama alcanzaba a vérselo el miembro.

—Fuerzas aéreas —respondió—. Sí, voy a aprender a pilotar. —Su estrecha sonrisa volvía a parecer ligeramente desafiante.

—Qué maravilla —dije. Y al parecerme que debía expresar con más ahínco mi aprobación añadí—: Veo que haces mucho ejercicio. —No quise confesar que lo había estado observando, pero, por el solo hecho de pensarlo, soné excesivamente entusiasta; sin embargo, él sonrió y aceptó mi comentario de buen grado.

—Es que hay que estar preparado, ¿no? —Era evidente que la malsana incertidumbre respecto al futuro que impregnaba gran parte de nuestras vidas durante aquellos años no tenía ningún efecto en él. Él lo estaba deseando—. En enero cumpliré dieciocho y entonces me alistaré. —Y a continuación me describió su plan, como lo haría una persona aguijoneada por la ansiedad, aunque en este caso yo solo vi la vivacidad y la resolución de un soldado nato. Le dije que me sorprendía que se hubiera molestado en estudiar en Oxford solo para un semestre, pero había conseguido entrar y, después de la guerra, regresaría: también eso lo tenía planeado. Se graduaría y después regresaría a su casa y montaría un negocio, una empresa de ingeniería—. Porque siempre habrá demanda de ingenieros, claro —concluyó.

Se abrió la puerta del cubículo ocupado y salió Das, el único estudiante indio del *college*, envuelto en una toalla y con las gafas en la mano que iba limpiando de cualquier manera con un calcetín sucio. Miró con una mezcla de interés y desconcierto a Sparsholt, con quien evidentemente ya había coincidido antes y quien aprovechó la oportunidad para ponerse la bata y marcharse.

—Espero que volvamos a encontrarnos —dijo al tiempo que se cerraba la puerta.

Das, que había vuelto a ponerse las gafas, me miró con gesto casi

acusador.

—¿Ese joven caballero es amigo tuyo, Green? —me preguntó.

—¿Mmm? —respondí, pero analizando esa nueva posibilidad y los sentimientos que la misma despertaban en mí.

—¡Parece un dios griego!

—¿Ah, sí? ¿Tú crees?

—Pero es muy arrogante.

Enjuagué mi navaja debajo del grifo.

—Supongo que los dioses griegos también lo eran —especulé. Empecé a comprender que el efecto que producía Sparsholt tal vez fuera mayor de lo que yo había creído.

3

Unos días más tarde, Evert regresó a mis habitaciones. Volvía a vestir uniforme, pero intuí que estaba empezando a cambiar de opinión respecto al ejército. Aunque iba encorvado y adoptaba posturas desgarradas con las que expresaba su rebeldía, algo habitual en él cuando llevaba puesta aquella ropa caqui tan poco elegante, ahora se enderezaba de vez en cuando; se quedaba de pie ante la chimenea encendida y echaba los hombros hacia atrás, como si, al fin y al cabo, el papel de soldado no estuviera tan mal.

—¿Cómo está Jill? —me preguntó.

—Muy bien —le contesté.

—Últimamente la ves muy a menudo, ¿no es así?

La verdad era que no había vuelto a verla desde nuestro paseo nocturno hasta St. Hilda por el puente y la nota que le había mandado con el correo del *college* había obtenido esta críptica respuesta: «¡Enrique III!» Deduje que pasaba por una crisis con el ensayo que tenía que entregar.

—Me parece que nos gustamos —dije. Evert empezó a pasearse por la habitación. Yo había dejado mi diario abierto encima de la mesa y vi que distraía su atención un instante mientras decía:

—Por cierto, he seguido tus consejos respecto al cuarto de baño.

—¿Qué consejos? No los recuerdo.

Vino hacia mí y se sentó en el sofá.

—De hecho, a pesar de que salí nada más romper el alba creía que se me había escapado. ¿No te has fijado en lo bien afeitado que voy?

—Me he fijado en que te has hecho un corte debajo de la barbilla.

—Eso marca el momento en que por fin ha salido. Tiene que haberse pasado horas en la bañera. Solo llevaba encima una toalla.

Evert, que se había sonrojado, hizo un esfuerzo y sonrió. Le había hablado y, por lo visto, habían mantenido una breve conversación. Me contó que, de hecho, todo había ido muy bien, y se sentó con aire solemne para relatármelo todo; una vez que hubo acabado, se levantó una vez más y se acercó a la ventana, desde donde escudriñó el patio.

—No lo sé —dije—, espero que Sparsholt no sospeche de esos encuentros en el cuarto de baño.

—¿Qué insinúas? ¿Que está bien que tú te lo encuentres, pero no que nos lo encontremos los demás? —Me di cuenta de que en el fondo esa era mi opinión respecto a varios temas—. ¡Si a ti ni siquiera te interesa! —Evert hizo una pausa y luego, con cierto recelo, añadió—: ¿O sí?

—A mí me interesa únicamente en cuanto centro de vuestro interés. El tuyo y el de Peter —añadí, y él frunció el entrecejo—. Sigo todo el asunto Sparsholt con un enfoque científico.

—Yo no lo llamaría un «asunto» —dijo Evert, y a continuación agregó—: ¿Coyle? ¿Qué está tramando?

—Ni idea. Creo que no tener noticias de él es una buena noticia para ti. Si ocurre algo, no hay duda de que nos enteraremos.

Al pobre Evert parecía atormentarlo la perspectiva de que su rival pasara horas enteras a solas con Sparsholt, con licencia para mirarlo fijamente y cambiarlo de postura, para contemplar a su antojo la desnudez que él había entrevisto solo un segundo, mientras, con el tono un tanto abstraído de los pintores, lo interrogaba sobre su pasado, sus ideas y sus sentimientos. Sin embargo, yo me preguntaba si la extravagancia de Peter lo alarmaría. De alguna manera, todo aquello sería una prueba para la inocencia de Sparsholt. ¿Todavía agradecía, por ser un estudiante de primero de otro *college*, la cordial atención que recibía? ¿Era siquiera consciente de que sus entrenamientos con las pesas y las mazas lo habían convertido, para

determinado tipo de persona, en un objeto de deseo? Se trataba de una de esas preguntas sobre la vanidad masculina ya difíciles de formular e imposibles de hacérselas directamente al varón en cuestión.

—Supongo que querrás una copa de oporto —dije. Resultaba que un asunto de características muy diferentes acababa de comenzar en mi vida, aunque todavía no podía hablar de él, ni siquiera con alguien que demostraba confiar tanto en mí. La botella de oporto estaba relacionada con ese otro asunto.

—¿De dónde la has sacado? —me preguntó Evert al ver lo vieja y cara que era.

—Me la regaló mi tía.

—No sabía que tuvieras una tía.

—Casi todo el mundo tiene una —repliqué—, basta con rascar un poco. —Arranqué el sello de lacre con mi navaja—. Acaba de mudarse a Woodstock. Ayer cogí el autobús y fui a verla. —Evert no oyó o no registró del todo esto último.

—Yo tengo una tía política —me dijo—. Ahora se ha quedado atrapada en La Haya, pobrecilla. —Para él, su familia era una fuente de preocupaciones de un tipo que yo me había ahorrado; mi padre, que se había casado dos veces, había muerto cuando yo tenía diez años, y mi madre, viuda, residía en las profundidades de Devonshire; me pareció que Woodstock era un lugar lo bastante seguro como para ubicar a una tía. Descorché la botella y le llené una copa.

—Por la victoria, Evert —dije.

—Ah, sí... —Pero había algo más, algo que él parecía reacio a abordar. Al cabo de un rato surgió, con ayuda del oporto, y arrojó una luz fulminante a toda aquella situación—. El caso es que hay una mujer —dijo sin mirarme; tal vez creyera que yo me reiría o que diría lo que solo dije para mí: «Hombre, pues claro que la hay.»

—¿La has visto?

—No, gracias a Dios, pero ha ocupado gran parte de la conversación.

—Entonces, deduzco que habéis hablado bastante.

—Bueno, yo me resistía a dejarlo marchar.

—¿Y quién es ella? ¿Lo has averiguado?

—Lo terrible es que va a venir a Oxford. Me refiero a que va a venir a vivir aquí.

—Supongo que querrá estar cerca de David —razoné.

Evert me fulminó con la mirada.

—Va a estar muy cerca, desde luego. Todo lo cerca que podría estar. Están prometidos.

—Vaya, eso suena un poco imprudente —dije, más diplomático—. Él es muy joven. De todas formas, no estoy seguro de que a los estudiantes no licenciados les permitan casarse. ¿Tú qué crees? Yo nunca lo he oído.

—Evidentemente, le he preguntado: «¿Por qué tantas prisas?», y él me ha contestado: «Bueno, hoy en día nunca se sabe lo que puede pasar, ¿no? Si no me caso, podría morir antes de haber tenido la oportunidad.» Y yo le he dicho: «Visto así, ¡hay muchísimas cosas que tendrías que hacer ahora que todavía puedes!»

—¿Qué ha dicho él a eso?

Evert compuso una sonrisa asqueada.

—Que su mayor deseo era tener un hijo.

Por fin había terminado la novela de Victor Dax y me preguntaba qué pasajes escogería él para leerlos en el Club. A pesar de no ser precisamente una lectura placentera, la obra me había impresionado; en mi estima por ella había una parte de autoestima por haber logrado leerla hasta el final y por haber entendido qué se proponía con ella. Era de una seriedad férrea y a mí me gustaba que mi prosa tuviera al menos una pizca de humor. Las máximas aproximaciones de Dax a las bromas eran citas de Erasmo y alguna burla ocasional de las clases trabajadoras. Con todo, yo había visto el solemne elogio que hacían del libro en el último número de *Horizon* y también había leído el largo artículo central de *TLS*, que lo comparaba favorablemente con la trilogía *Wand of Light*, unos libros que yo había devorado en el colegio y que consideraba el *summum* de la modernidad y la sofisticación. Si Dax estaba yendo por buen camino, tal vez fuera yo quien ya no lo siguiera tanto.

Se me ocurrió que podía hablar con Peter Coyle sobre la novela, así que al día siguiente me acerqué al Ashmolean. Si lo que esperaba era encontrar a Sparsholt desnudo y repantingado en un estrado ante él, me llevé una decepción. Peter acababa de salir de una clase de dibujo con el profesor

Schwabe y estaba más nervioso de lo habitual. Echaba de menos Londres y la evacuación de toda la escuela Slade a Oxford había supuesto para él una enorme frustración. Además, no se llevaba bien con Schwabe, quien estaba empeñado en eliminar la fuerte vena de fantasía de la obra de Peter. Era un choque inevitable: el profesor era un artesano rigurosamente anticuado, experto en dibujos y grabados topográficos, mientras que Peter era romántico, exagerado y en ocasiones bastante necio, con una temeraria afición a los atajos.

Peter firmó en el libro de registro que había junto a la puerta y salimos a la calle. Yo sentía curiosidad por Sparsholt, pero no me atrevía a sacar el tema a colación; aquellas crisis de malhumor no solían prolongarse mucho, pero eran intensas mientras duraban. Además, yo sabía que veía la situación desde el punto de vista de Evert y cabía la posibilidad de que Peter no le diera excesiva importancia. Un convoy militar interminable pasó retumbando por Beaumont Street, con el intervalo de ocho segundos entre camiones de rigor, la subliminal cadencia de aquellos años; Peter cruzó corriendo, mientras que yo, propenso desde niño a tropezar y a que se me cayeran las cosas de las manos cuando se me exigía velocidad física, me quedé dos minutos esperando hasta que hubieron pasado la caravana y su nutrida estela de bicicletas. Lo encontré en el Randolph, pidiendo té.

Empezó a hablarme de una obra de teatro para la que le habían pedido la escenografía y, al cabo de un minuto, quedaron olvidados los enfados de la escuela. Se titulaba *El triunfo del tiempo* y era un tipo de obra alegórica que a mí no me atraía, pero que a él le ofrecía una emocionante oportunidad de diseñar telones de fondo de grandes dimensiones; de hecho, yo dudaba que el teatro de Oxford fuera lo bastante grande como para dar cabida a las maravillas que él tenía planeadas. Al cabo de un rato conseguí intercalar, casi con desdén: «Podrías pedirle a Sparsholt que posara para unos de tus demonios. ¿No te lo imaginas pintado de rojo?», y entonces Peter dijo que había recibido un breve mensaje suyo. Precisamente lo llevaba en el bolsillo:

Querido señor Coyle:

Me sorprendió mucho recibir su carta, ¿no me explico que haya oído hablar de mí! Creo que sería muy interesante que pintara mi retrato, aunque actualmente estoy sumamente ocupado, y seguramente usted preferirá buscar otros modelos en los que inspirarse para

realizar sus obras. Tengo libres los jueves por la noche, si no es demasiado tarde para usted.

Quedo a la espera de sus noticias,

D. D. SPARSHOLT.

La carta era un esquema de sentimientos encontrados y estaba escrita con una caligrafía rígida de colegial que en algún fragmento cedía el paso a los ademanes ostentosos propios de un adulto.

—Ya lo ves, está muy ocupado —dijo Peter. Me sorprendió mi propia alarma ante la posibilidad de que Peter renunciara a su propósito.

—Bueno, tiene muchas cosas en marcha —dije, y le puse al corriente de las diversas actividades de Sparsholt: el remo y el entrenamiento físico y, por supuesto, las largas jornadas en los laboratorios.

Peter se encogió de hombros y echó una ojeada a las otras personas, pocas, que tomaban el té bajo la lúgubre bóveda gótica del salón. Llené la tetera con el agua del hervidor y la removí un poco.

—He estado dibujando a un joven jardinero de Corpus —me dijo, y puso un claro pero misterioso énfasis en la palabra «dibujando».

—¿Desnudo?

—Me resulta más fácil —respondió Peter antes de componer una sonrisa que parecía querer contar con mi admiración o tal vez deleitarse con haberme impresionado un poco. Me di cuenta de que, para él, era una ventaja estar libre de las trampas de la vida de los *colleges*. En su guarida, situada al final de Walton Street, no tenía ocasión de coincidir con David Sparsholt en el cuarto de baño. Allí no existía el tedio que suponía esperar y espiar, ni las fatídicas palpitaciones provocadas por un encuentro fortuito en el patio.

—Ya sabes que tiene aquí a su prometida, de la que debe ocuparse, ¿no?

Peter resopló un poco, como si insinuara que eso no podía ser sino una broma.

—¿Te refieres a Sparsholt?

—Sí, sí —confirmé—. Me lo ha contado todo.

Peter reflexionó un momento.

—Es conmovedor, a su manera —dijo—. Pero no durará.

—Pues tienen pensado casarse bastante pronto —lo contradije.

Peter volvió a mirar la nota antes de guardársela en el bolsillo de la chaqueta de tweed, donde me pareció que ya llevaba otras notas.

—No sé por qué, pero tengo la corazonada de que ella no entiende cuál es su verdadera naturaleza.

—Quizá estés en lo cierto —concedí.

—¿Cómo se llama, por cierto?

—No lo sé, pero le he dicho que me gustaría conocerla.

—¿Ah, sí? —dijo Peter, más distraído que celoso.

El hecho de haber yo mentido me intrigaba y quizá debiera haberme alarmado. Sin querer, me había formado una imagen borrosa de la prometida, como solemos hacer con alguien de quien se habla pero a quien no conocemos. Todavía estaba todo por averiguar. Peter tenía el orgullo y el encanto de un libertino, así como la habilidad del libertino para prescindir con desdén de cualquiera que se le resistiera. Yo ya no sabía si había hecho aumentar su interés por David o si, sin darme cuenta, lo había animado a descartarlo.

4

Las habitaciones de Evert estaban en la parte más alejada del *college* y, a diferencia de las mías, miraban hacia el exterior, no exactamente hacia el mundo, sino hacia el Prado, aquella extensión de distancias neblinosas donde pacían las vacas. En el paseo cubierto de grava que había debajo de su ventana, los cadetes recibían instrucción y las parejas paseaban, y, más allá, al final de la larga avenida de tilos, los remeros de media universidad regresaban del río al anochecer. En aquella época, el edificio donde él vivía se consideraba una monstruosidad victoriana; a mí, la escalera de piedra y las ventanas góticas me traían a la memoria fríos recuerdos de mis años de colegial. Para hacer suyas aquellas habitaciones, Evert ya había empezado a comprar cuadros: una reproducción a color de un nocturno de Whistler; un dibujo del castillo de Windsor, al parecer ardiendo, de Peter Coyle; un pequeño dibujo de Sickert, y algunas cosas más que había cogido de su casa.

Victor Dax era coleccionista y, según Evert, tenía cuadros importantes de Derain y de Chagall. Le había regalado a su hijo un grabado de Anders Zorn: una mujer desnuda con grandes pechos que a su sirviente le provocaba extrañas risitas. A mí me parecía un regalo muy curioso de un padre a su hijo, pero era consciente de que el comportamiento de Victor revelaba un claro desprecio de las convenciones y, en ese caso, quizá también cierto optimismo.

—Ven y tómate un Camp —me dijo Evert unos días más tarde, cuando salíamos a empellones del comedor—. Hacía tiempo que no te veía. —Me miró con una extraña sonrisa en los labios: quizá creyese que yo había vuelto a ver a Sparsholt.

—He ido un par de veces a Woodstock y me he quedado allí a pasar una o dos noches. —Comprobé una vez más que mi tía no significaba gran cosa para él y, tras echarle una ojeada, pensé que sería mejor no seguir hablando de ella. Como personaje ficticio, tenía un éxito casi excesivo, pues lograba pasar del todo desapercibida. Salimos al patio, alumbrados por la luz temblorosa de la linterna vendada de Evert, que rescataba de la semioscuridad puertas y escalones desorientadores. El estrecho espacio que había detrás de su edificio, con las paredes negras y adoquinado como el patio de un establo, estaba rematado con gabletes apenas más oscuros que el cielo.

Su sala de estar era aún más lúgubre con el oscurecimiento, con aquellas sofocantes cortinas de una tela gruesa y pesada, teñida de manera tan tosca que te ensuciaba las manos si las corrías tú mismo; desprendían un olorcillo a redes de tenis, agradable al principio, pero asfixiante al cabo de un tiempo. Esa noche, como yo sabía pero Evert no, Sparsholt estaba posando por primera vez para Peter; al salir del comedor me había fijado en su gesto de preocupación. El encuentro iba a tener lugar en las habitaciones de Sparsholt, detrás de aquellos postigos herméticamente cerrados y, sin duda alguna, detrás de una puerta cerrada. Estaba envuelto por el secretismo de una cita íntima, y yo no podía evitar preguntarme, mientras Evert añadía unas gotas de licor en nuestras tazas, cuán lejos llegaría aquello. Evidentemente, en la primera sesión solo dibujaría la cabeza y los hombros, pues al fin y al cabo sería la primera vez que se habrían visto. ¿Tendría Peter paciencia suficiente como para aguantar una partida larga? Yo había entendido desde el principio que su objetivo era la seducción e, incoherentemente, creía que él tal vez lo

lograra y que el pobre Evert seguramente no tenía opción alguna.

Resultó que él también había hecho sus pequeños progresos. Había bajado al río y se había puesto a caminar por el camino de sirga bajo la llovizna mientras los ochos de Brasenose pasaban remando en una dirección y luego en la contraria. Se las había ingeniado para estar junto a la barcaza del *college* cuando el bote llegara al embarcadero, pero después la había pifiado, pues su intento de saludarlo fingiendo sorpresa por encima de las cabezas del resto de los remeros había pasado completamente desapercibido. Le pregunté por qué no hacía algo más directo, como invitar a Sparsholt a unas cervezas en el Bear una noche o, si prefería algo más privado, a algún pub más pequeño de St. Ebbe. Por lo visto, eso todavía era demasiado directo para él. Dijo que no sabía si Sparsholt bebía.

—Oh, tienes un cuadro nuevo —observé, y me levanté para verlo de cerca—. Hmmm... —Estaba colgado sobre su mesa: un pequeño cuadro al óleo con marco oscuro. Supuse que era una obra abstracta, aunque yo veía en ella un paisaje representado mediante meras franjas de color blanco, verde y gris—. ¿Qué es exactamente?

Evert se animó un poco al cambiar de tema; al principio creí entender que lo había pintado Peter.

—Coyle no, Goyle —me corrigió—: Stanley Goyle. Sus cuadros no se parecen tanto como sus apellidos.

—Ah, creía que... —me apresuré a decir—. ¿Es un descubrimiento tuyo? A Evert, evidentemente, le agradó esa idea, pero me contestó:

—Bueno, es bastante famoso.

Había encontrado a un hombre en Summertown que vendía cuadros y que tenía varios de Stanley Goyle, y Evert confiaba en poder comprarle otro tan pronto como le llegara la asignación de su padre el mes siguiente. Dijo que había pagado veinticinco libras por él, lo que a mí me pareció mucho.

—Es una escena de Pembrokeshire, claro.

Lo examinamos juntos, pero vi que el cuadro, o el placer que le producía, no bastaba para distraerlo más de un minuto.

Ahora toda su atención estaba concentrada en dos fines de semana más allá y en las guardias nocturnas que todos estábamos obligados a hacer. Estas consistían en subir al campanario por parejas y permanecer despiertos toda la noche, turnándonos con nuestro colega para recorrer la azotea y buscar por

los alrededores bombas incendiarias o cualquier otra actividad. A todos nos daban la lista con dos semanas de antelación y los emparejamientos variaban deliberadamente. Resultó que a mí me había tocado hacer la guardia el viernes con Barrett, otro alumno de Brasenose a quien apenas conocía. Evert tenía guardia el domingo, con alguien a quien yo había olvidado por completo. Pero entre esas dos fechas, el sábado por la noche, aparecía el nombre de D. D. Sparsholt, emparejado con C. Farmonger, lo que resultaba gracioso, pues Charlie veía con malos ojos la obsesión de sus amigos con aquel alumno de primero.

—Me pregunto de qué hablarán —comenté.

—No hablarán de nada —dijo Evert con coquetería, pero se sonrojó al continuar—: Le he pedido a Charlie que me cambie el día. Voy a hacer la guardia con Sparsholt. Con David.

—¿Y cómo piensas explicarle el cambio?

—Ah, es que tengo que hacer otra cosa el domingo.

—Ya entiendo. Bueno, tendréis una buena oportunidad para conoceros.

—Pasaremos la noche juntos —dijo Evert, y esa perspectiva danzó brevemente en su sonrisa. Vertió el agua hirviendo en las tazas.

—Podría ser una noche movidita —dije. El Blitz seguía haciendo estragos, y nosotros nos encontrábamos a solo ochenta kilómetros de Londres—. ¿Cómo están tus padres?

Me pareció que le preocupaban menos desde que Sparsholt era el centro de sus preocupaciones.

—Mi padre ha mandado a mi madre a Gales.

—¿Para que esté con tu hermana? —Yo sabía que a la hermosa Alex la habían enviado a Tenby, a casa de su tía, hacía unos meses. Por aquel entonces yo todavía no había visitado Cranley Gardens, pero, a juzgar por lo que contaba Evert, allí se vivía a lo grande—. Entonces, ¿tu padre se ha quedado solo en la casa?

—Tiene a Herta, que le hace compañía.

—Claro. Espero conocer a Herta algún día.

—Supongo que la conocerás —dijo Evert, y me miró con gesto calculador—, aunque pocos llegan a lograrlo.

—¿Y no te preocupan las cosas que tienes en tu casa?

—La verdad es que no tengo muchas cosas. Casi todos mis libros están aquí. Y mi padre ha guardado todos los cuadros valiosos en el sótano.

—Creía que eso no era aconsejable. Las mangueras de los bomberos estropean todo lo que hay en los pisos inferiores en una casa.

—Vaya, ¿estará haciéndolo al revés? —caviló Evert—. De todas formas, el agua no hace tanto daño como el fuego. —Se levantó y fue a examinar los discos que estaban amontonados junto a la librería. En aquella época, la mayoría nos habíamos aficionado a los discos; teníamos pocos y los poníamos una y otra vez. Evert escogió algo impudicamente emotivo de Chaikovski; al cabo de cuatro minutos y medio, su estado de ánimo había mejorado de forma notoria. Le dio la vuelta al disco y se quedó de pie, de espaldas a la chimenea, donde ardía un pequeño fuego—. ¡Ay! Me pregunto qué debe de estar haciendo Sparsholt —añadió, y abrió los brazos cuando entraron los metales con un tema amenazante.

—Sí, yo también.

—¿De verdad crees que Coyle siente interés por él?

Esta vez mi silencio parecía más culpable que antes.

—Bueno, Coyle siente interés por centenares de personas —dije—. Aunque esté interesado, no le durará mucho. —Me pareció que Evert captaba el verdadero significado de mis palabras. Me miró fijamente y luego desvió la mirada y sentí que algo se hubiera dado por entendido entre nosotros. La orquesta crecía y se apagaba.

—Creo que me gustaría dedicarme al arte —dijo al cabo de un rato.

—Sospecho que los artistas no se divierten tanto como les gusta hacernos creer —dije, pero sabía que en la imaginación de Evert los artistas disfrutaban de una libertad infinita.

Casualmente, a la mañana siguiente me encontré a Peter en Blackwell's. Lo acompañaba un joven de tez morena a quien parecía reacio a presentar. Me pregunté si sabría siquiera cómo se llamaba.

—Hola, soy Freddie Green —dije.

—George Chalmers —se presentó el desconocido, y nos dimos la mano.

Peter parecía un poco molesto.

—¿Cómo te fue con Sparsholt? —le pregunté.

—¿Te refieres a anoche? —Entrecerró los ojos como si contemplara un recuerdo mucho más lejano—. No me quedé mucho rato.

—Pero ¿hiciste algún dibujo?

—Bueno, solo un par de bocetos.

—¿Y qué te pareció? ¿Te cayó bien?

—La verdad es que yo no estaba de humor, Freddie —dijo Peter—. A veces no sale bien. —Sonrió a George Chalmers, quien tal vez fuera su siguiente modelo.

—¿Y de qué demonios hablasteis? ¿Encontrasteis algún tema de conversación? —continuó.

Peter me lanzó una mirada harto extraña.

—Pues, ya que me lo preguntas, hablamos de ti. Sparsholt no sabe qué pensar de ti.

—Vaya —dije, divertido y, al mismo tiempo, un tanto dolido—, creía haber sido amable con él.

—No, no, dijo que sí lo eres. Lo que pasa es que, seguramente, no está acostumbrado a tu estilo. Él es de Nuneaton.

—Ah, sí. —El hecho en sí tenía algo de anodino, aunque lo único que yo sabía de Nuneaton era que George Eliot también era originaria de aquella población.

—Bueno, tenemos que irnos. —Peter guio a su callado modelo, si es que eso es lo que era, hacia la puerta de la tienda. De hecho, George Chalmers debió de decir algo, porque, cuando ya salían a la calle, le oí decir a Peter con cierta brusquedad:

—No, no lo es.

5

Cada vez éramos más los que íbamos de Oxford a Woodstock, así que pusieron un autobús especial que nos recogía en St. Giles: archiveros y mecanógrafos a quienes habían alojado en Keble College, un grupito de estudiantes que se expandía de forma misteriosa, y media docena de

catedráticos, sobre todo lingüistas, a quienes aún no habían llamado a filas. Aunque cuando pasábamos por la entrada del palacio encontrábamos un escenario transformado con las garitas de vigilancia, los barracones Nissen y la parafernalia propia de una base en tiempos de guerra, recorríamos aquellos ocho o nueve kilómetros por la campiña otoñal como si durante aquella excursión nos alejáramos de la guerra. Yo iba dos o tres días todas las semanas, y solía volver al *college* bastante tarde. Por ese motivo veía menos a Evert y, la verdad, estaba tan ocupado con mis propios secretos, que por lo general eran más graves, que tendía a olvidarme del tema Sparsholt.

Una noche subía la escalera alrededor de las nueve de la noche y tropecé con Evert, que bajaba.

—Hombre, gracias a Dios —dijo.

—Ven a tomarte algo conmigo. —Me siguió a mi habitación—. ¿Cómo estás?

Se quedó de pie y me miró con una distante sonrisa en los labios, como si le hubiera preguntado una obviedad. Llevaba un traje de corte elegante, como de costumbre, y un pañuelo azul claro en el cuello; por lo visto se había puesto una cantidad considerable de un perfume muy floral. Además parecía que llevara varios días sin dormir.

—Ay, Fred —dijo—, eres la única persona con la que puedo hablar sin tapujos. La mayoría de la gente se horrorizaría o se disgustaría, pero tú me entiendes.

—Bueno —dije con cautela—, no lo sé. —Le hice sentarse y le ofrecí una copa de oporto—. Esas cosas pasaban muy a menudo en el colegio, y me parecería muy extraño que de repente, en Oxford, dejaran de pasar. Sobre todo ahora, ya sabes, con una situación tan complicada y sin que nadie sepa qué nos espera a la vuelta de la esquina.

—No lo soportaba ni un minuto más —dijo él—. No puedo pensar, no puedo trabajar. Garvey está furioso conmigo por mi trabajo sobre Dryden.

—Y todo por culpa de Sparsholt —dije.

—Hasta le escribí un poema y se lo dejé en su casilla.

—¿A quién? ¿A Garvey?

—No, hombre, no. A David.

—¿Y qué dijo él?

—Volví al cabo de unos minutos y lo cogí.

—Porque no era lo bastante bueno —dije con gesto severo.

—No, no por eso. Era un poema precioso.

—Mira, Evert, tienes que hacer algo. Como mínimo, conocerlo un poco mejor. —Y cuando lo conozcas, pensé, te darás cuenta de que no se merece tanta preocupación.

Evert, con la vista fija en la alfombra, se bebió el oporto a pequeños sorbos.

—Acabo de hacer una cosa. Acabo de estar en sus habitaciones.

Yo también me senté y, como el paciente de un psicoanalista, Evert se tumbó en mi pequeño sofá, mirando hacia otro lado. A continuación se embarcó en un relato titubeante y doloroso, y en varias ocasiones pareció huir de su decisión de contarme la historia. Sin embargo, lo reproduzco aquí tal como lo resumí más tarde, esa misma noche, en mi diario; todavía hoy, cuando lo releo, me parece oír determinadas frases como si él las estuviera pronunciando con su tersa y grave voz. Debido al oscurecimiento, Evert no había podido distinguir desde el patio si Sparsholt se encontraba en sus habitaciones. Había subido la escalera sin hacer ruido, superando los peldaños de dos en dos; había encontrado la puerta abierta y se había quedado unos minutos allí plantado, aguzando el oído y casi sin atreverse a respirar. Creyó entonces oír algunos ruidos en el interior. «¿Chirridos rítmicos?», le pregunté. Evert contestó que no y me pareció que sonreía. Era más bien «el ruido de las páginas de un libro al pasarlas». Permaneció algo más de cinco minutos allí a oscuras, sin decidirse a llamar. Solo se filtraba un poco de luz por debajo de la puerta. «Estar tan cerca de él sin que él lo supiera me producía una sensación muy inquietante.»

A mí me parecía que a Sparsholt le habría resultado aún más inquietante de haberlo sabido.

—Y no te agachaste para mirar por el ojo de la cerradura —dije.

—Claro que me agaché, pero estaba tapado por el otro lado.

—Espero que al final te decidieras a llamar.

—Sí —confirmó Evert, e hizo una pausa para beber y asentir con la cabeza, como si aquel recuerdo lo incomodara. Pero no había obtenido respuesta. Esperó un rato y, entonces, volvió a llamar. Aquel ruido que le había parecido oír y que no había podido identificar se había interrumpido,

pero Evert no sabía si se lo había imaginado o si Sparsholt estaba sentado a solo unos palmos de distancia fingiendo no encontrarse allí. Así que, con repentina firmeza, hizo girar el picaporte y entró. Por fin estaba en la desprevenida y prosaica habitación de su amado. Allí no había nadie, pero tuvo la extraña sensación de que la habitación lo observaba, como si él se estuviera aprovechando de la inocencia de otro. Al mismo tiempo, Evert le daba al decepcionante contenido de la habitación (unos pocos libros, el calendario Ladbroke; la toga de estudiante sin beca colgada de un gancho, bajo la gorra del Club de Remo) la mirada de aprobación más tierna y generosa que jamás había recibido. Junto a la mesa había unas pesas y unas mazas apoyadas en la pared. Había una chimenea, donde Sparsholt había metido unos troncos; Evert comprendió que a ello se habría debido el ruido que había oído. Los troncos crepitaban detrás de la vieja parachispas. La habitación estaba caldeada y, con los postigos cerrados y las cortinas corridas, reinaba un ambiente bastante acogedor; estaba vacía, pero se intuía que en cualquier momento podían oírse las pisadas de su ocupante en la escalera por la que se accedía a ella. La puerta del dormitorio, donde no había luz, estaba abierta y Evert fue hacia allí y se asomó y, apenas había dado un paso hacia el interior, cuando de pronto se oyó un susurro que salía de la oscuridad y una voz dijo: «¡Ah, hola!»

La sensación de haber sido descubierto fue devastadora: aquello significaba que sus deseos quedarían expuestos de forma escandalosa. No recordaba qué había dicho al retroceder de nuevo hacia la sala de estar, disculpándose por haberlo despertado y mirando, temeroso, cómo Sparsholt se levantaba de la cama y se le acercaba; llegó a la zona iluminada y entonces Evert vio que no era él. Lo miró y se echó a reír. Al principio creyó que se había equivocado de habitación, que todo el dramatismo de la espera había sido una pérdida de tiempo, un derroche de ansiedad y emoción, y que las pesas, la gorra y los libros sobre dinámica no eran más que elementos de una asombrosa coincidencia, pero no, estaba seguro: aquella era la habitación de Sparsholt, su dormitorio, solo que dentro había otro hombre.

—¿Y qué dijiste? —le pregunté.

—Le dije que estaba buscando a David, lo cual era absolutamente cierto, por supuesto. Y me dijo que él también, pero que se había tumbado un rato mientras lo esperaba. —Evert se inclinó un poco hacia delante para dar otro

sorbo de oporto; me fijé en cómo hacía una estimación rápida para dejar medio centímetro en la copa.

A continuación, los dos intrusos habían entablado una extraña conversación, aunque Evert estaba tan aturullado que al principio no se dio cuenta de que la historia que le estaba contando el otro hombre era muy rara. Ambos estaban desconcertados y, hasta cierto punto, eso salvaba la situación. Se presentaron: el desconocido se llamaba Gordon Pinnock, estaba en St. Peter's College y era de Nuneaton. Había ido al colegio con Sparsholt y afirmaba sin reparo alguno ser su mejor amigo.

Parece ser que Evert descubrió abundante información sobre él en los minutos que siguieron, pero dudo que él revelara tanto de sí mismo. Mantuvieron una conversación bastante larga y, aunque de forma un tanto peculiar, a Evert le pareció atractivo; según él, tenía una sonrisa sospechosa. Si era cierto que Pinnock y Sparsholt eran tan buenos amigos, Evert pensó, horrorizado, que era muy probable que Sparsholt lo hubiera mencionado a él, aquel alumno de segundo tan raro a quien había sorprendido mirándolo con fijeza y que aparecía en los lugares más inesperados. Y tampoco cabía duda de que, después de aquel encuentro, Pinnock le contaría a Sparsholt lo que había pasado; Evert aguzó el oído por si oía acercarse pasos y, al mismo tiempo, sin olvidar la necesidad de aprovechar el poco tiempo de que disponía para hacer lo que había ido a hacer. No quise decir lo probable que me parecía que Sparsholt ni se hubiera fijado en Evert.

Pinnock lo miró de forma un poco cómica y le preguntó de qué se trataba. Evert dijo que solo quería dejarle un mensaje. Y, evidentemente, Pinnock repuso: «Ya se lo digo yo, ¿qué es?», lo que hizo que Evert pensara que no cabía duda de que aquello era alguna clase de juego. «No sé dónde se ha metido», dijo Pinnock. Evert dijo que no importaba, que le dejaría el mensaje en la conserjería, y masculló algo sobre la guardia nocturna. Ya se disponía a salir cuando Pinnock lo sorprendió. Estaban junto a la mesa de Sparsholt, con los pesados discos de las pesas en el suelo, y Pinnock, con una extraña sonrisita, preguntó: «¿Eres admirador de la forma masculina?» «Bueno...», dijo Evert. «Lo sé, es curioso, ¿verdad?», dijo Pinnock y a continuación comentó algo muy revelador: que, hasta hacía dos años, Sparsholt siempre había sido un pelele, un jovencito débil y flacucho. En el colegio siempre lo estaban intimidando y el único deporte que se le daba bien era correr o, mejor

dicho, huir. Así que, en algún momento, decidió convertirse en un hombre. «La próxima vez que lo veas, dile que te enseñe una fotografía —dijo Pinnock—. No te vas a creer que haya cambiado tanto.» «Vale, se lo diré», dijo Evert. Y, dicho eso, se despidió y se marchó.

Apuró su copa, se dio la vuelta y me miró.

—Bueno —dije—, yo no veo que sea tan grave. —Pero advertí que su pensamiento iba dando nuevos tumbos y que Pinnock, que a mi entender era uno más entre cientos de alumnos de primero afables y solitarios, se había convertido en un nuevo peligro y en otro rival.

Cuando Evert se marchó, fui a la conserjería a ver si habían llegado unos periódicos que estaba esperando y encontré un tubo de cartón marrón en mi casilla. Reconocí la caligrafía modernista de la etiqueta y pensé que sería mejor no abrirlo hasta haber regresado a mi habitación. Una vez allí, conseguí extraer una hoja de papel de dibujo de color gris claro, tan bien enrollada que se desplegó como si fuera un muelle (o, mejor dicho, se desplegó a medias, pues conservó la tendencia a enroscarse). De hecho, se enroscó tímidamente cuando la dejé solo un segundo para coger un libro con el que sujetarla encima de la mesa. En el dorso estaban escritas las iniciales «D. S.» y «P. C.», así como la fecha: 30-X-40. ¿Se suponía que tenía que imaginar un corazón y una flecha entre las dos? La extendí, la sujeté con *Myles sobre el Papado* y *El código de los Wooster* y contemplé el trabajo de Peter.

¿Qué opinión me mereció, sinceramente? Me debatía entre querer ver genialidad en la obra de un amigo mío y una visión más fría. Me sentí objeto de una provocación. Al fin y al cabo, ¿para qué me la enviaba, con qué fin me la regalaba? Supongo que para demostrar su habilidad, su velocidad de seducción, pero también me daba la impresión de que estaba burlándose de mi interés por el asunto, que al parecer juzgaba excesivo: creo que él pensaba que podía excitarme del mismo modo que él se había excitado.

Lo cierto es que mi posición me ofrecía mayor libertad para la crítica, dado que yo había visto casi tan bien como Peter a su modelo: en los trazos del pincel, o del dedo, con sanguina había una prisa por mejorar y ennoblecer el cuerpo de Sparsholt más allá de la realidad ya mejorada. Aquellos dos años de interminables flexiones y trabajo con las pesas habían quedado superados en diez minutos. Era el clásico halago del retratista, sin duda, pero alimentado

por el deseo de Peter de venerar a su modelo: la conspiración un tanto impura de dos hombres con gustos muy diferentes sobre una cuestión de la belleza masculina. Siempre he considerado que el dibujo de desnudos masculinos es un género tristemente cómico. A mi medio hermano Gerald le dio durante un tiempo por coleccionar aquellos lamentables *académies* que se producían a millares en las escuelas de arte de toda Europa: el bigote, los músculos bien marcados, el compasivo taparrabos o, si no lo había, la incorregible ridiculez de los propios genitales, eran obstáculos que solo los mejores artistas podían superar. Pues bien, David Sparsholt todavía no tenía bigote y, en el retrato que le había hecho Peter, tampoco lo cubría retal alguno. De no ser por la nota escrita con lápiz, aquel torso heroico habría podido pertenecer a su jardinero de Corpus o a cualquier otro de sus modelos. En un arte tan propenso a la exageración, no era fácil distinguirlo. Lo que había creado Peter era el retrato de un semidiós del cuello a la rodilla, donde el sexo estaba insinuado mediante una manchita borrosa, tan convencional como una hoja de parra, mientras que el cuello quedaba cortado y abierto, como el cáliz de una flor.

6

Los viernes se cenaba sin carne en el comedor; tal vez no fuera la mejor noche para invitar a Jill. Ávida y consternada, se abalanzó sobre el arroz *pilaf* y hurgó de tal manera con el tenedor en busca de trozos de zanahoria y coliflor que parecía estar entregada a una de sus excavaciones. Sus gestos decididos, su melena de pelo castaño recogida detrás de las orejas, aquellos grandes ojos grises y aquel mentón prominente me atraían más que nunca. La observaba con cariño y, al mismo tiempo, me observaba a mí mismo, intrigado por mis propios sentimientos, cada vez más profundos. Nuestra conversación fue académica (arqueológica, concretamente), durante la mayor parte de la cena. Ella me habló con gran entusiasmo de unas pequeñas tazas o tarros etruscos que le habían permitido tocar cuando embalaron para trasladar a lugar seguro el contenido del Ashmolean en previsión de un bombardeo. A mí nunca me habían interesado esas cosas, pero su entusiasmo me hizo

sonreír y, al cabo de cinco minutos, empecé a preguntarme si no compartiría su exaltación. Estábamos sentados la una frente al otro entre las características lamparitas de mesa amarillas, y las mangas de nuestras togas de universitarios rozaban la mesa. Pensé que Jill debía de haber manejado aquellos pequeños objetos con una delicadeza que todavía no había empleado para tocarme, ni a mí ni, quizá, a ninguna otra persona.

Después de cenar tuve la sensación de que a ella le habría gustado tomar café en mis habitaciones, pero yo debía iniciar mi guardia nocturna casi de inmediato. La alumbré hasta la puerta de Canterbury y, esa vez, cuando me estrechó la mano, me incliné hacia ella y le planté un ligero beso en la mejilla. Todavía recuerdo su suavidad y su tibieza, asombrosamente asequibles, amenazadas por el frío de la noche de noviembre. No era fácil, a oscuras, distinguir con precisión la reacción de Jill, pero lo más destacable fue su sobresalto horrorizado; después, masculló algo y se marchó presurosa. Yo subí a mi habitación, bastante satisfecho, pese a todo, de lo que acababa de hacer. Aquel precedente me permitiría volver a intentarlo. Al cabo de tres minutos cruzaba el Tom Quad para ir a hacer mi guardia con Barrett. Me llevé, además de un termo, un abrigo y una bufanda, *El portillo*, el primer volumen de la trilogía *Danza de sombras* de A. V. Dax. Como era yo quien tendría que presentar al padre de Edgar ante los miembros del Club, quería estar seguro de saber orientarme por la atestada penumbra de aquellas primeras novelas.

Barrett era otro refugiado de Brasenose, un joven de escasa estatura, originario del norte y estudiante de ciencias, pero yo confiaba en que conociera a Sparsholt y me revelara, sin darse cuenta, algún cotilleo que yo pudiera transmitirle a Evert antes de su encuentro con él previsto para la noche siguiente. Ese plan, concebido taimadamente, me producía cierta inquietud, tanta que temía que el propio Sparsholt lo considerara tan inapropiado que se pusiera en contra de mi amigo. Como confidente de Evert, yo deseaba que aquella dolorosa historia llegara a buen puerto y, como amigo, consideraba que mi deber era prepararlo para lo peor. Cuando dos amigos tuyos persiguen el mismo objetivo imposible y, aparentemente, uno tiene más éxito que el otro, cualquier consejo entraña un sutil peligro. Subí con cuidado la empinada y oscura escalera de la torre y llegué a la estancia cuadrada, nuestra base durante la noche, donde estaban las cuerdas de las

campanas, cuyos extremos, de color rojo, blanco y azul, colgaban sobre nuestras cabezas como un empavesado. Hacía ya cuatro meses que no se utilizaban y, al imaginar las campanas en lo alto, desocupadas y compungidas, casi me pareció oír el extraño crujido de las cuerdas y las ruedas dentadas el día quizá no muy lejano en que volverían a tañerlas. Habían subido allí unas sillas de la iglesia, todas con su ranura para guardar el salterio, y una mesa plegable. La pequeña ventana estaba tapada, y la estancia, escasamente iluminada. Barrett y yo pasaríamos cada uno la mitad de la noche allí y, la otra mitad, en las azoteas, vigilando el cielo por si advertíamos cualquier tipo de actividad. Al que se quedaba descansando le correspondía salir corriendo y transmitir el mensaje si el vigía le decía algo desde arriba. Hasta ese día, la guardia siempre había sido una tarea aburrida y sin incidentes; a veces pasaban aviones enemigos, pero no llegaban a oírse: en las horas negras, pasada la medianoche, cuando los ataques aéreos nocturnos arrasaban Londres, Oxford, una ciudad rodeada de colinas, quedaba sumida en un nuevo y generalizado silencio.

Me construí un pequeño estudio en un rincón de aquella estancia y me fui poniendo serio al constatar que Barrett llevaba primero cinco y luego diez minutos de retraso. Por fin oí cerrarse la puerta de abajo y luego unos pasos que subían presurosos la escalera. Me di la vuelta para ocultar mi impaciencia, «Ay, hola...», dijo él detrás de mí, desde la puerta, y, cuando me volví, vi a una figura envuelta en un gabán que se quitaba la gorra: era David Sparsholt.

—¡Ay, hola! —repitió.

—Ah, hola, David —dije yo sin pensar, con una sensación de cercanía que él no podía sospechar. Pestañeó y sacudió rápidamente la cabeza, y la satisfacción que le produjo ver que yo recordaba su nombre de pila se impuso a la pizca de incomodidad que pudiéramos haber sentido. Y fue evidente, a juzgar por la sonrisa que esbozó al quitarse el abrigo y buscar algún sitio donde colgarlo, que él no sabía cómo llamarme a mí. Yo tenía presente lo que había observado Peter: que Sparsholt desconfiaba de mi simpatía.

—Ya nos conocemos, ¿verdad? —dijo.

—Nos conocimos afeitándonos —le recordé—. Me llamo Freddie. Freddie Green.

—Ah, sí, es verdad —dijo él antes de volver a estrecharnos la mano.

Sparsholt llevaba un grueso jersey marrón del ejército, ajustado sobre su cuerpo fornido; me dio un fuerte apretón y me miró a los ojos. Me pregunté si Peter se habría inventado su historia para burlarse de mí; tenía una vista implacable para detectar las inseguridades de los otros.

—Pero hemos vuelto a vernos varias veces. —¿De verdad no se acordaba? Si la primera vez, esperando debajo de Tom Gate a que amainara la lluvia, él se había mostrado un poco inseguro al mirarme, la segunda, cuando nos habíamos cruzado en nuestro patio, me había devuelto el saludo con bastante soltura—. No esperaba verte esta noche.

—No. Siento llegar tarde. Me he cambiado la guardia con Tom Barrett.

—Tranquilo, no me importa en absoluto —le dije. Inmediatamente me alegré de que Evert fuera a quedarse sin su descabellada noche a solas con él—. ¿Qué día tenías guardia?

—Mañana. —Me miró a los ojos, pero se sonrojó: se repetía la misma pequeña secuencia—. Es que este fin de semana va a venir mi prometida.

—¡Ah, tu prometida! —dije exagerando, quizá, mi sorpresa. Me adentré con torpeza en el tema—. Claro, cuando ella esté aquí, no querrás pasarte toda la noche en la azotea.

—Bueno, no —dijo Sparsholt, y me di cuenta de que había abordado bruscamente un tema demasiado personal—. Bueno, ¿cómo hacemos esto?

Empecé a describirle cómo lo había hecho yo otras veces, pero él me interrumpió y dijo que haría la primera ronda por la azotea. Volvió a ponerse el abrigo y se caló la gorra, el pequeño complemento del uniforme que había encontrado en la oscuridad. Subí la escalera detrás de él para mostrarle el camino y él abrió la portezuela que daba a la azotea. Solo tardamos un minuto en acostumbrarnos a la oscuridad. Todavía tenía que oscurecer más y, cuando la luna, que estaba en cuarto menguante, hubiera desaparecido detrás de la torre Merton, toda la ciudad se sumergiría en una masa confusa de pura sombra, como si hubieran extendido una vasta red gris sobre una mesa en la que se amontonaban objetos en su día familiares y ahora enigmáticamente velados y confusos. Le dije que volvería al cabo de una hora, caminé con cautela hasta la puerta y volví a bajar; vertí un poco de café en el tapón de mi termo y me senté a la mesa con mi libro, pero no paraba de distraerme pensando en otra cosa: la creciente intensidad de su presencia. Estrictamente hablando, para mí no ofrecía ningún interés, salvo como representante de un

mundo tan distinto del mío que tal vez fuera instructivo observarlo; sin embargo, indirectamente había adquirido un aura. Me avergonzaba pensar que en mi habitación, escondido debajo de jerséis y camisetas, había un dibujo suyo, un desnudo. Me costaría relacionarme con él como si no supiera cómo lo deseaban otras personas o cuánto me envidiarían por haber pasado la noche con él. Pensé que, en el curso de aquella velada, quizá averiguaría hasta qué punto él también se percataba de todo eso.

Durante las primeras horas bajo la cubierta, adelanté bastante en la lectura de *El portillo*, haciendo caso omiso, mientras pude, del fracaso de la magia y de los grises comienzos de la desilusión. Resulta difícil hacerles justicia a los viejos placeres que no pueden ser revividos: uno siente que reniega de aquel yo de juventud suyo que tanto los amaba y los atesoraba. Por ejemplo, la escena en que Enid vuelve con Mark Gay en Garstang Hall: «Fue grande su gozo al ver que ella había vuelto»; en el dormitorio del colegio, esas palabras habían hecho aparecer en mi garganta un ahogo hasta entonces por mí desconocido y, entre lágrimas, me habían permitido entrever el paisaje salvaje de las pasiones adultas; la solemnidad arcaica de la prosa me había oprimido el corazón. Esta vez, a pesar de sentir que estaban escritas con la más absoluta sinceridad, esas mismas palabras me parecieron un lamentable simulacro de literatura. Eran una farsa de las que el propio autor había estado convencido. A las diez, con sensación de alivio, subí para comenzar mi ronda.

Al principio no vi a Sparsholt. La luna ya se había ocultado y enfoqué con la débil luz de mi linterna las suaves pendientes de los tejados y las almenas escalonadas. En el centro de la azotea, pero oculto desde el suelo, se erigía el sencillo bastidor de madera de las campanas, una especie de caseta con suficiente altura para que cualquiera pudiera esconderse de pie detrás de ella. La rodeé; el corazón me latía inusualmente deprisa. Allí detrás tampoco había nadie. Me pregunté si Sparsholt habría trepado a una de las torrecillas de las esquinas, una especie de torres de vigilancia de las que sobresalían gárgolas en lugar de cañones. «¿Quién va?», oí de pronto, un grito enérgico. Sobresaltado, ahogué un grito y miré hacia arriba. Oí pasos por encima de mi cabeza. Sparsholt se había subido, no sé cómo, al tejado a dos aguas de la caseta y, unos segundos más tarde, el estrecho rayo de mi linterna lo descubrió, enorme contra el cielo y, al cabo de un instante, escabulléndose de

la luz. Vi su gran sonrisa blanca, tal vez fuera un gruñido; entonces se agachó, resbaló hasta el borde y saltó. Estuvo a punto de derribarme cuando sus pies tocaron la superficie inclinada y salió impulsado hacia delante hasta que lo frenó el alto parapeto. Durante un segundo se había agarrado a mí, para salvarse o para protegerme, no estoy seguro. Creo que quería asustarme. «¿Quién va?»: una amenaza de película, de juego de niños, pero cuando Sparsholt la pronunció, yo, para él, encarné la emoción del juego que se hace realidad.

Mi primera guardia fue la más extraña. Aquella oscuridad indiscriminada alteraba la percepción del tiempo, pero todavía era pronto. Como no distinguía más que el contorno de las torres y los pináculos bajo un cielo nocturno ligeramente nublado, observaba mi entorno de otra forma: con los oídos. De pie, prácticamente inmóvil, me hallaba en el centro de un paisaje urbano dibujado no solo al carboncillo, sino también mediante sonidos. En el perímetro exterior estaba el ruido débil e intermitente de los vehículos que circulaban por Abingdon Road, que parecían fundirse y perderse en los suspiros puntuales de la brisa por los altos olmos del Prado. Un oído aún más fino habría oído las hojas caer y arrastrarse por los senderos. De vez en cuando se oía el rumor ahogado de un autobús o un coche rezagado que pasaba por St. Aldate, atrayendo inevitablemente la atención. Durante diez minutos, hubo algo muy cercano al silencio, interrumpido por unos breves compases de música salidos de una puerta al abrirse en algún lugar, y, a continuación, los rápidos pasos y la despreocupada conversación de tres individuos que atravesaban la terraza enlosada del patio de abajo. Me asomé a las almenas y vi su linterna, que se encendía y se apagaba, y cuyo haz de luz apenas arañaba la oscuridad. Como cabía esperar, ninguno de los tres se dio la vuelta ni miró hacia arriba: yo era un observador secreto de aquellos triviales sucesos y, en medio de cientos de detalles góticos inadvertidos, mi cabeza pasaba desapercibida en la noche. Luego, un silencio propio de las cuatro de la madrugada, de modo que me sorprendió, y me fastidió, alumbrar mi reloj y comprobar que solo eran las once.

Transcurrieron una hora y cinco minutos más; bajé creyendo que Sparsholt se habría quedado dormido, pero lo encontré sentado a mi mesita, de espaldas a mí, con la cabeza apoyada en la mano izquierda mientras leía un libro.

—¿Has visto algo? —me preguntó al tiempo que se daba la vuelta, se levantaba y se desperezaba. Pareció que se expandiera aún más por efecto de alguna fuerza muscular redescubierta mientras con las yemas de los dedos hacía oscilar el extremo de la cuerda de una campana que colgaba por encima de su cabeza.

—No, nada —respondí. Me quité la larga bufanda que llevaba alrededor del cuello y le eché un vistazo a la página por la que estaba abierto el libro: una doble plana entera de diagramas científicos, con gráficos que se cruzaban y se bifurcaban—. Ah, creía que estabas leyendo mi novela. —Solo entonces caí en la cuenta de que ya tenía un tema.

—Hmmm, le he echado un vistazo —dijo él antes de sonreír y arquear las cejas como diciendo que mi libro confirmaba no solo su impresión respecto a las novelas, sino también sobre los lectores de las mismas. Aquel tímido humor era nuevo e interesante.

—Dudo que te gustara —dije—. La verdad es que a mí tampoco me gusta, pero su autor vendrá a dar una charla en nuestro club la semana que viene y soy el encargado de presentarlo.

—Ah, claro. ¿Quién es? —Le dio la vuelta al libro—. A. V. Dax... —Sacudió la cabeza.

—Antes me encantaban sus libros, pero ya no me dicen nada, no sé si me explico. —Me quité el abrigo y lo colgué en el respaldo de la silla.

—Bueno, a todos dejan de gustarnos cosas —dijo él.

Hice una mueca.

—Es un poco delicado, porque su hijo es un buen amigo mío.

—¿Ah, sí?

—Sí, también está en este *college*. Quizá lo conozcas. —Otra vez, un pequeño mohín de desinterés—. Evert Dax. Está en segundo de lengua y literatura inglesa.

Esta vez asintió titubeante.

—Evert... —dijo, como si le estuvieran confirmando algo improbable—. Sí, creo que lo conozco. Pensaba que se llamaba Evan.

—Es un nombre holandés. Su padre es medio holandés.

—Y es amigo tuyo —añadió, como si volviera a valorarme a la luz de esa información. Tuve la extraña sensación de que iba a tener que defender a

Evert, de que Sparsholt ya lo había identificado como un pesado. ¿Tendría que admitir que Evert tenía costumbres extrañas, que era, como decíamos entonces, «demasiado sensible»? Durante unos instantes, la lealtad me pareció algo flexible—. Si es la persona que creo que es —continuó Sparsholt—, me pareció muy decente. —Se caló bien la gorra y se puso el abrigo.

—¿Por qué no te sumas al club? —le propuse.

Pero él volvió a negar con la cabeza.

—No tengo tiempo para leer —dijo y, sin añadir nada más, empezó a trepar por la estrecha escalera, a oscuras. Cavilé primero sobre la ironía de su comentario mientras me sentaba y vertía otro dedo de café en el tapón del termo y, después, sobre el hecho de que considerara que Evert, en la medida en que ocupara sus pensamientos, era «decente»: sin duda lo que había querido decir con eso era que había sido simpático con él, a diferencia de otros alumnos de aquel *college* tan frío. Estando como estaba perdidamente enamorado de aquel muchacho fornido, los pensamientos de Evert sobre él debían de ser extremadamente indecentes. Volví a enfrascarme en el romance de Enid y Mark, pero distraído e incluso culpable pensando en los anhelos que hasta ese momento el joven Sparsholt no había detectado. Mi mirada se deslizó por los escasos elementos que había en aquella estancia, sin fijarse mucho en los tableros donde, con letras doradas, estaban anotados el peso y la antigüedad de las campanas, así como los testimonios enmarcados de hitos del arte de tañerlas.

Ahora no recuerdo con exactitud el orden de nuestros breves encuentros, al cruzarnos en los difíciles tejados emplomados y acanalados o en la empinada escalerilla. Pero a medida que, lentamente, la noche avanzaba y unos vientos intermitentes amontonaban y luego dispersaban enormes continentes de nubes, entablamos un tipo de conversación que yo solo he conocido en la guerra, construida a base de intimidades breves e inconexas, con fronteras borrosas entre una y otra persona en la oscuridad circundante. Una de esas veces subió rápidamente y se quedó de pie a mi lado sin decir nada. Comprendí, por cómo se calmó su respiración y por cómo se movía casi sin hacer ruido para ponerse el abrigo, que mi compañía lo reconfortaba, que se alegraba de la mera proximidad de otra persona que también estaba allí vigilando. Me imaginé a un perro atraído hacia su amo por la correa invisible que lo une a él, que primero se queda jadeando y luego simplemente

respirando, esperando. Al poco rato oímos un avión, el primero de la noche, silenciado tras el rumor, primero vacilante y luego más sostenido, aunque ya distanciándose, pero no dijimos nada, porque lo identificamos: se trataba de un Wellington, y su rumor no inspiraba miedo sino tranquilidad. Estábamos en el lado norte de la torre, cerca del achaparrado campanario de la catedral, y, más allá, solo conjeturas. Fue entonces cuando percibí cuál era el verdadero motivo de la preocupación de Sparsholt. A pesar de haber algo en él que rechazaba la compasión o la debilidad que implicaba requerirla, descubrí, aunque me dije que había sido lento en caer en ello, el motivo de la misma: allí, hacia el norte, en aquel vasto paisaje (o ausencia de paisaje) estaba el mundo de donde él provenía.

—Por cierto, espero que tu familia esté bien —dije.

Me dijo que, de momento, sí, aunque ya habían soportado más de una docena de ataques aéreos. Le pregunté a qué se dedicaban. Su padre era gerente de una planta siderúrgica y su madre trabajaba en el departamento de tapicería de Freeman's, los grandes almacenes de aquella localidad. Era hijo único, «aunque también tenemos un gato», puntualizó.

—Supongo que tu padre se libra por servicio esencial.

—Así es —dijo Sparsholt—. Aunque la verdad es que me preocupa más que lo maten allí.

—Sí, claro.

—Lo han pasado mal, pero todavía estamos esperando... bueno, ya sabes: el definitivo.

Nos quedamos los dos con la vista fija en la oscuridad y sentí lástima por él. Para mí, el hogar era un lugar apartado, un lugar que no ofrecía ningún interés, con los grandes baluartes de piedra del brezal que lo separaba de Plymouth, hacia el sur, que ya había sido objetivo de los bombarderos. En cambio, para Sparsholt, que miraba hacia el norte, el mundo del hogar aparecía abierto como una bandeja, con las factorías, las fundiciones y las fábricas de munición ofrecidas al pico y a las garras del enemigo. Tenían cañones antiaéreos, dijo, pero los dos sabíamos que, más que armas de defensa eficaces, no eran más que insignias de esperanza y fe.

—Esperemos que aguanten —dije. Su silencio podía estar encubriendo muchas cosas y, en medio de aquella oscuridad, yo no estaba seguro de si los dos nos habíamos quedado pensando en la idea de su hogar o si habíamos

tomado caminos diferentes. Él no me preguntó por mi familia; yo tenía la impresión de que mi exención del servicio militar lo incomodaba, como si toda la familia Green cargara con algo vergonzoso y lamentable. Habría podido explicarle que mi medio hermano Gerald, capitán de las fuerzas especiales, se encontraba en Creta. También había cosas que tenía prohibido contarle sobre mis ocupaciones—. Bueno, bajo —dije, y durante un segundo me sorprendió ver, en una rápida pasada de mi linterna, el rostro de un joven desconocido con las ideas claras: en la oscuridad, su figura, incorporando sutiles elementos de otras personas a las que yo conocía, parecía haberse suavizado hasta convertirse en otro personaje que era, supongo, una mera fantasía generada por su presencia.

En otro cambio de guardia, Sparsholt debió de encontrarme profundamente dormido bajo el peso de las horas de sueño atrasado. Un ruido había desencadenado la lógica onírica de un relato y sus consecuencias, pero todo se desvaneció en cuanto abrí los ojos y lo encontré mirándome fijamente, pidiéndome perdón y, al mismo tiempo, impaciente, repitiendo «Son las cinco en punto» o cualquiera que fuera la hora de la madrugada que hubiéramos alcanzado. Le pedí disculpas, aturdido y con una confusa sensación de haber hecho el ridículo y un resto de algo más: una especie de placer rebelde por haber sucumbido. «No es conveniente quedarse dormido», me dijo, como si se dispusiera a enumerar las razones, pero le bastó con una mirada y un rápido movimiento de cabeza. Vi que algo casi oculto estaba teniendo lugar esa noche, un pequeño pulso de veteranía. Mientras me ponía el abrigo y buscaba los guantes en los bolsillos, comprendí que ni el hecho de ser mayor que él y tener más experiencia, ni la gente a la que yo conocía, ni los miles de libros que yo había leído tenían valor para él. La guerra nos había puesto al mismo nivel y, en esa plataforma, él ya era más alto y más fuerte que yo. Quizá yo hubiera ganado el Chancellor Essay Prize en mi primer año y la medalla Gifford en el segundo, pero a sus ojos yo no era más que un pelele excéntrico, íntimo amigo de otros excéntricos, con quien él se había visto impelido a establecer una breve alianza.

Sin embargo, en ocasiones Sparsholt también era muy espontáneo, casi infantil. Hubo hasta un extraño momento antes del amanecer, el momento más frío de la noche, en que me preguntó qué era algo que se veía a lo lejos, una silueta imprecisa, e, inclinándose a mi lado en la abertura escalonada de

las almenas, me puso un brazo sobre los hombros mientras con la otra mano señalaba y yo entrecerraba los ojos y me acercaba a su dedo como si mirara por la mirilla de un fusil. No estaba acostumbrado al contacto físico y aquel abrazo ligero me aturdió primero y luego me enterneció y casi me alegró. Tras una larga jornada, desprendía, a aquellas horas de la noche, un débil olor a rancio, el olor de un hombre sediento, sin lavar y sin afeitarse.

—Gracias por ser tan decente, Green —dijo. Se volvió un poco bajo aquella luz gris, yo lo miré y me pareció que sonreía. Me dio un apretón, una rápida muestra de la fuerza que ocultaba, y me soltó cuando el subconsciente lo delató al decir a continuación—: ¡Bueno, hoy llega mi Connie!

—Ah, ¿se llama Connie? —dije yo. Caí en la cuenta de que debería haberle preguntado por ella aquella noche. Sparsholt fue hasta el final de la azotea y, por su postura, comprendí que estaba orinando en el desagüe del rincón: con un breve retraso, apenas audible, salió la fina cascada por la boca de la gárgola y cayó sobre las losas de abajo. Le tocaba a él bajar a la estancia, pero cuando volvió a mi lado dijo:

—Me quedo un rato más para ver el amanecer.

Pero la verdad era que él también quería hacerme una pregunta y la formuló como de pasada, sin llegar a lograr ocultar una curiosidad mayor:

—¿Y tú? ¿Tienes enamorada?

Esa palabra, como el «decente» de antes, me conmovió.

—Bueno... —murmuré. Me habría gustado decir que sí y disfrazar de certeza una mera esperanza o simplemente alardear. Pero ¿podía convertirse Jill en mi novia, aunque todo saliera bien?—. Sí, hay una persona, sí.

—¿Está en Oxford?

—Sí, en St. Hilda.

—Qué suerte tienes —dijo David—. ¿Crees que os casaréis?

Ese era un salto considerable, y tuve la impresión de que mi afirmación era sometida a una prueba inmediata.

—Bueno, me gustaría creer que sí —respondí—. ¿Tú qué planes tienes?

Parecía consciente de estar hablando como si fuera mayor.

—Queremos casarnos en cuanto yo me marche. Connie se va a instalar en Oxford a final de mes.

—En ese caso, el que tienes suerte eres tú. ¿Ella también está estudiando?

—No, somos amigos de toda la vida, del pueblo. Ella ha conseguido un empleo aquí.

—¿En la universidad?

Vi que se inclinaba hacia delante y miraba hacia abajo, como si incluso allí arriba alguien pudiera oírnos, pero se limitó a decir:

—No, en otro sitio.

—Ya, ahora mismo hay muchos sitios en Oxford —dije mirándolo furtivamente para observar su reacción.

—Se alojará en el Keble College. Es taquígrafa titulada.

—Ah, ya. Entiendo.

Parecía receloso, aliviado de que yo lo entendiera.

—No puedo decir mucho más —añadió.

Cuando nos fuimos del tejado, dijo:

—He estado ojeando ese libro tuyo —e hizo un par de comentarios sobre lo rebuscado del estilo y lo disparatado de la trama—. No entiendo qué le ve Enid a Mark Gay. Creo que ninguna mujer real habría sentido eso por semejante desgraciado. —Rió un poco, consciente de su insolencia, pero sin avergonzarse de ella. Pensé que aquel era el tipo de crítica que habría podido resultar si los lectores sin conocimientos de literatura hubieran escrito las reseñas de los periódicos en lugar de hacerlo críticos profesionales, pero yo me encontré en desventaja al tratar de defender a Victor Dax, porque lo que había dicho Sparsholt, pese a ser una muestra de ignorancia, era absolutamente cierto.

—Me parece que hay algo más que eso —apunté, e inmediatamente lamenté mi tono de superioridad—. Ya sabes que está todo basado en las leyendas artúricas.

Apagamos la luz e iniciamos el descenso de la estancia de las campanas al patio y a la agradable rutina de las togas y el desayuno. Nuestra conversación volvió a adoptar aquel tono de franqueza distraída: yo bajaba con prudencia, con la parte de atrás de su gorra y su nuca rapada a poco más de un palmo.

—¿Conoces a un alumno que se llama Coyle? —me preguntó.

—Bueno, conozco a Peter Coyle —contesté, y me alegré de que Sparsholt no pudiera verme: esa era la primera vez que el tema Sparsholt me pillaba

desprevenido, y me puse muy colorado—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Me preguntó si podía dibujarme. Ahora quiere pintar mi retrato, no sé por qué.

—Ah, bueno, espero que le dejes retratarte.

Hubo una pausa mientras él buscaba a tientas el interruptor de la luz de la parte inferior de la escalera.

—Supongo que es un poco mariquita —dijo, y noté que, para él, esa palabra era una especie de experimento.

—¿Peter? Ya lo creo —confirmé—, pero seguro que sabes cuidar de ti mismo.

Esta vez sí quería verle la cara, para saber qué se escondía detrás de aquella breve risa.

Una vez abajo, cerré la puerta y eché la llave y confié en haber recuperado mi dignidad con ese detalle. Me guardé la llave en el bolsillo y nos quedamos los dos frente a frente, mirándonos, como dos amigos que acaban de superar algo. ¿O solamente como dos colegas ocasionales? No había forma de saber qué tipo de relación había entre nosotros. ¿Estaría él, estaríamos ambos, impacientes por quedar libres el uno del otro? ¿O queríamos prolongar con elegancia nuestra alianza hasta después del desayuno, momento en que, como marido y mujer, tendríamos que separarnos y continuar cada uno con nuestra rutina? Reparé en que, si veía a Evert al entrar en el comedor, podría preguntarle si quería sentarse con nosotros y darle la noticia del doble cambio de turno que me había otorgado a mí el premio que él tanto anhelaba: así, al menos podría propiciar que estuvieran juntos unos minutos. Pero enseguida dudé de que Evert fuera capaz de salir airoso de la situación; gracias a la intimidad que tenía con cada uno de ellos, me veía a mí mismo tranquilizándolos a los dos por separado. Me sentí aliviado cuando un amigo remero llamó a Sparsholt y se lo llevó a su mesa, la que estaba más cerca de la puerta, sin que él volviera siquiera la cabeza.

Al cabo de unas horas conocí a Connie. Había dormido toda la mañana y, después de comer, salí a dar un paseo por el Prado. Me deslumbraron el sol otoñal, los botes de ocho y de cuatro que pasaban como flechas por el río y, reflejado en las caras de las parejas con las que me cruzaba, el placer que, en tiempo de guerra, producía la luz del día. Al volver a bajar por la avenida, vi luz en la habitación de Evert y me lo imaginé allí encerrado, furioso de deseo y recelo. La noche que yo había pasado con Sparsholt lo había enfurecido y había reaccionado a los datos que yo había compartido con él durante el desayuno (Nuneaton, la acería y los planes de matrimonio) con desconfianza y envidia.

Casi había llegado a la puerta del *college* cuando vi acercarse a una pareja por el centro del Broad Walk, entre las hojas que revoloteaban y se arrastraban por el suelo. El hombre le sacaba a ella una cabeza y se inclinaba hacia un lado para rodearle los hombros con el brazo izquierdo. Así enlazados, avanzaban con cierta torpeza, y yo no me habría fijado más en ellos de no ser porque él levantó el brazo derecho y lo mantuvo en alto, a modo de saludo pero también de orden. Me detuve, asentí y, al ir despacio hacia ellos, vi que él le explicaba a ella con una frase corta (¿qué le diría?) quién era yo.

—¡Green! Ven, quiero presentarte a Connie.

Me acerqué, sonriendo con una mezcla de placer, curiosidad y ligera irritación por el tono excesivamente informal de Sparsholt. Connie era una muchacha lozana, con el pelo castaño oscuro, grueso, bajo una boina roja, dientes un poco salidos y unos senos de tamaño considerable teniendo en cuenta su modesta estatura. Ceñidos por un jersey verde y tapados por las anchas solapas cruzadas de un impermeable con cinturón, parecían interponerse entre nosotros dos, una especie de alarde innombrable y al mismo tiempo innegable por parte de Sparsholt. Por lo demás no me pareció especialmente bella, pero el interés que pudiera tener ella radicaba en ser lo que él quería.

—Hola. Freddie Green —me presenté.

Nos estrechamos la mano.

—Precisamente me acaba de contar la guardia de anoche —dijo Connie.

—¡Ah, sí! —Vi que Sparsholt estaba un poco nervioso por lo que ella pudiera repetir.

—¿Y qué tal? ¿Has podido dormir un poco? —me preguntó, sonriente.

—Sí. Me he saltado dos clases. —Sonreí, complacido, en lugar de formular la pregunta que nos acechaba: cuánto habían dormido ellos—. Creía que estarías en el río —añadí con despreocupación.

—Este fin de semana no —dijo Sparsholt, y sonrió, al igual que Connie, ruborizándose pero sin perder ni un ápice de seguridad en sí mismo. Si no hubiera estado ella delante, le habría hecho algún breve comentario a él sobre la necesidad de tener contento a su sirviente, sobre todo si no tenía muchos amigos en su escalera. Con un billete de cinco (o eso tenía entendido), podías comprar el silencio de un sirviente si querías invitar a una mujer a pasar la noche en el *college*.

—Me han dicho que eres un gran lector —dijo Connie. Se le notaba más que a él el típico gangueo de los West Midlands y no solo me gustaron la franqueza con que hablaba y la curiosidad con que me miraba, sino también la halagadora insinuación de que le había hablado de mí—. ¿Qué llevas ahí? —Señaló el bolsillo de mi chaqueta, donde se apreciaba el bulto de *La palabra del jinete*. Saqué el libro y pensé en cómo podría describirlo, y ella estiró el cuello para verlo—. Ah, A. V. Dax —dijo—. ¿Te gusta?

—Ya no estoy muy seguro —respondí—. ¿Y a ti?

—Bueno, me gusta mucho la trilogía —contestó—. Me la he leído tres veces.

—Ya sé lo que quieres decir —dije, preocupado una vez más por si parecía que lo decía con aires de superioridad. —Precisamente yo me la estoy volviendo a leer ahora. Dax vendrá a dar una charla a nuestro club el próximo jueves por la noche. ¿Por qué no vienes? No hace falta que diga que serás bien recibida. —Parecía un simple gesto de amabilidad hacia alguien que acababa de llegar a Oxford, pero también tuve la sensación de estar haciendo una travesura.

—¡Oh, Drum! —Miró a su prometido con una sonrisa entusiasmada pero contenida. Al principio lo interpreté como una imprecación educada, pero a continuación ella sacudió la cabeza—. No, Drum no querrá ir. Él no lee nada.

—¡Claro que leo! —protestó Sparsholt con desenvoltura. Me pareció saludable que expusieran y perdonaran sus diferencias mucho antes de hacer los votos matrimoniales. «Drum» debía de ser su apodo o quizá su segundo nombre de pila, la abreviatura de Drummond. Le pegaba mucho más que el

primero.

—Bueno, ya veremos —dijo Connie.

—No, ve tú con Freddie —dijo Sparsholt—, el jueves por la noche yo tengo entrenamiento.

Era conmovedor que confiara en mí, pero, una vez más, estaba dando mucho por hecho. Comprendí que, en su opinión, yo no entrañaba amenaza alguna.

—Te dejaré un mensaje —dije con soltura—. Estás en Keble, ¿verdad?

—Sí..., sí —confirmó ella, y me di cuenta de que le sorprendía no solo que yo lo supiera, sino la idea en sí: para ella todavía era una novedad.

—Tendrás que decirme tu apellido.

—Sí, Forshaw —respondió haciendo un gesto con la cabeza, como si en el sonido de esa palabra estuvieran contenidas todas las bondades del mundo.

—¿Entráis? —pregunté.

—Vamos a St. Peter's a ver a un amigo —dijo Sparsholt, y Connie sonrió y se arrimó un poco más a él. Sospeché que el amigo debía de ser Gordon Pinnock, el verdadero amigo íntimo de Sparsholt, un joven para mí desconocido, pero a quien Evert envidiaba y casi detestaba después de su encuentro en las habitaciones de su amado.

Nos dimos la vuelta y nos separamos (Sparsholt no era de despedidas); inmediatamente ellos se pusieron a hablar en voz baja y, al cabo de diez segundos, Connie dijo:

—Ah, Freddie... ¿Vendrás a tomarte una copa con nosotros esta noche? ¿Al pub? —Lo dijo como si en Oxford solo hubiera un pub, no doscientos.

—Si puedo, sí —respondí, y ellos vinieron de nuevo hacia mí.

—Estaremos en el Gardener's Arms —dijo Connie—. A las ocho y media.

Me sorprendió su forma de pronunciar el nombre de un local que ella ni siquiera había pisado. A mí no me apetecía ir y pensé que parecería raro que un alumno de tercero quedara en un pub con un alumno de primero y su novia, pero el extraño velo que envolvía todo el tema Sparsholt me hizo pensar que tal vez me arrepintiera de haber dejado pasar esa oportunidad.

—Ven con tu novia —añadió Sparsholt.

—Ah, bueno. Vale. Le preguntaré si está libre. —No creía que ella

tuviera una agenda muy llena, pero tampoco me la imaginaba en un pub, a menos que, con su carácter resuelto, se lo planteara como un desafío.

—¿Cómo se llama, por cierto?

—Se llama Jill.

Me pareció detectar un deje de benevolencia en su sonrisa.

—Ah, es un nombre muy bonito.

—Bueno... —dije yo. A mí me ponía un poco nervioso, se parecía demasiado al frío de *chill* y al rechazo de *jilt*, y tampoco estaba lejos del cuarto de pinta de agua fría de *gill*.

Los dejé y, al volver hacia la entrada y alzar la vista hacia la ventana de Evert, lo vi allí mirando hacia abajo. Lo saludé con un movimiento de la cabeza y levanté una mano, pero él no me contestó y regresé confuso a mis habitaciones, entre culpable y entusiasmado, sensaciones ambas inesperadas.

No había vuelto al Gardener's Arms desde el primer año de carrera. Era uno de aquellos locales pequeños y oscuros de St. Ebbe's, con la fachada de ladrillo rojo brillante, con un bar y un salón privado aparte. Visualicé sus ventanas débilmente iluminadas, las sencillas sillas Windsor, el tablero de madera de tejo cerca de la puerta del fondo. No sería fácil encontrarlo con el oscurecimiento. Recorrí las estrechas calles con cautela, cohibido a pesar de la oscuridad. Era un pub donde podías encontrarte a tu sirviente o a algún empleado del mercado cubierto. De hecho, me equivoqué una vez al torcer y tardé dos o tres minutos en encontrar el camino para rectificar. Naturalmente, había otros pubs por allí y todos hacían señales indescifrables con sus linternas vendadas, pero los portales y los callejones oscuros hacían que me sintiera observado, incluso seguido por figuras silenciosas. Reconocí el pub, cuando llegué a él, por el ruido. En la entrada habían colgado dos cortinas, separadas por un estrecho pulmón de oscuridad mutable y, tras cruzarlo, temeroso, avancé a tientas y entré en el salón privado, que sí estaba iluminado. Vi a Sparsholt y a Connie en un rincón del fondo y decidí marcharme de allí en cuanto hubiera terminado con mi buena obra.

Asentí, dejé el sombrero encima de su mesa y fui a buscar un vaso de Ind Coope. Nunca he sido un gran bebedor de cerveza y, la verdad, la cerveza de tiempos de guerra era especialmente mala, pero me pareció que era lo que tenía que pedir. Nos quedamos un minuto callados admirando el tinte de

hollín del pub; se oían el ruido sordo de los dardos al clavarse en el tablero y los murmullos del tanteo provenientes del bar que alcanzaba a verse más allá de la barra.

—¿Habías estado alguna vez aquí? —me preguntó Connie; no tenía inconveniente en vivir como si fueran pobres con su querido Drum, pero se le escapaba cierta escrupulosidad. Comenté que mi medio hermano Gerald me había llevado allí cuando vino a visitarme en mi primer trimestre y que a él lo había llevado Wystan Auden cuando estudiaba primero.

—A Auden le gustaba St. Ebbe's —expliqué—. Le gustaba enseñar la fábrica de gas a la gente.

—Ah, sí... —dijo Connie, y rió, poco convencida; si le gustaban las novelas sentimentales de Dax, no debía de estar muy en sintonía con la nueva y angulosa poesía sobre ferrocarriles y sublevaciones.

Me habría gustado añadir que Gerald se había acostado con Auden aquel día, pero me dio la impresión de que, de momento, ese era un tema que debía evitar. Me limité a comentar que me acordaba del gato: aquel animal parecía que llevara dos años sin cambiar de postura. Gordo, caliente y dominante, estaba tumbado delante del horno de coque, sordo a las palabras de afecto y hostil a cualquier caricia o cosquilleo. Un anciano, único ocupante del saloncito, sacudió la cabeza y dijo: «Ah, Tiger...», con el tono de quien se refiere a un problema duradero, como la artritis o la propia guerra. Al oírlo, Connie esbozó una sonrisa severa.

—¿Y Jill? —preguntó, como si confiara en tener a una aliada femenina en aquel lugar tan sórdido.

Noté que Sparsholt le prestaba mucha atención a mi respuesta.

—Lo siente muchísimo, pero no ha podido venir. Tiene que redactar un trabajo. —Me entristeció pensar que, dentro de poco, esa excusa tan respetable ya no nos serviría a ninguno. Antes de que Connie pudiera hacerme más preguntas, añadí—: Pero le he pedido a mi amigo poeta, Evert Dax, que nos acompañe. Espero que pueda venir. Es el hijo de A. V. Dax y, como a ti te gustan sus libros, pensé que quizá te interesara conocer a otra obra suya.

—Caramba —dijo Connie, halagada pero al mismo tiempo un poco aturdida. Por su parte, Sparsholt, que jamás admitía sorprenderse, dijo:

—Sí, es buena gente. —Y asintió al tiempo que levantaba su cerveza.

—No me habías dicho que lo conocías —dijo Connie.

—Conozco a mucha gente —respondió él guiñándole un ojo por encima del borde del vaso.

—Desde luego, Drum... —dijo Connie, pero durante un minuto la noté preocupada ante la perspectiva de ese encuentro.

Sin embargo, transcurrido un cuarto de hora, tuvimos que pedir otra ronda y él seguía sin aparecer. Fui al bar y Sparsholt me siguió dejando a Connie intentando seducir a Tiger.

—¿Te importa llamarme David? —dijo, y le contesté que por supuesto que no. La camarera, que no era especialmente amable con los estudiantes, se tomó su tiempo en volver de la barra del bar; enmarcada en el umbral, parecía una figura salida de una vida más luminosa y natural. Siguió hablando por encima del hombro mientras tiraba nuestras cervezas (una negra para Connie, otra amarga para David y media pinta para mí, más prudente). David estaba pagando (tenía una especie de monedero rígido; cuando lo sacudía, las monedas caían en la lengüeta de cuero) y, mientras esperaba a que le dieran el cambio, con la vista fija en el redondeado trasero de la camarera, dijo:

—¿Ese no es tu amigo? —Tardé un momento en reaccionar; luego miré hacia el fondo del local. Fue muy hábil por su parte distinguir que la figura con gorro que estaba en el fondo de la sala, de perfil e inclinado sobre un periódico, era Evert—. Es Evert, ¿no? —Lo comprobó y entonces exclamó ¡Evert! de forma tan repentina e impetuosa que los jugadores de dardos se dieron la vuelta y Evert también; le avergonzaba llamar la atención, y debió de abrumarle terriblemente que el propio Sparsholt se dirigiera a él de esa forma. Se levantó, colorado y sonriente, y controló su confusión con el ajetreo de recoger sus gafas y su periódico, salir a la calle y volver a entrar, atravesando las cortinas, en el saloncito.

—No sabía que estabais aquí —dijo, pero el bochorno había devenido en éxito, en un pequeño y entrañable incidente, y él, en el rato que había pasado en el pub, había encontrado en el alcohol el coraje que necesitaba.

—Encantada de conocerte —dijo Connie.

—Igualmente —se las ingenió para responder Evert.

Me pareció ver, en unos segundos intensos, cómo evaluaba la voz y el aspecto de Connie y cómo su escepticismo esnob reñía con sus celos y su profunda curiosidad. También vi que centraba su atención en ella porque su

timidez le impedía mirar a David, que dijo, con el mismo entusiasmo:

—¿Qué vas a tomar, Evert? —Ya se había adueñado de su nombre, y lo utilizaba con la misma libertad con que utilizaba el mío.

Evert tampoco me miraba mucho, pero transmitía una especie de desganada gratitud. Me cambié de sitio para que él se sentara al lado de su ídolo, que estaba inclinado hacia delante con las piernas abiertas y las grandes botas enroscadas en las patas de la silla, de modo que sus rodillas y las de Evert se tocaban.

—Bueno, qué bien. ¡Salud, Evert! —dijo David antes de entrecuchar sus vasos. A Evert le temblaba la mano y la delgada capa de espuma de su cerveza se desbordó y resbaló por un lado del vaso.

—¡Sí, salud! —respondió. De no ser porque estaba haciendo de carabina, me habría reído de su terror y su buena disposición. Tenía esa costumbre propia de los amantes tímidos de apartarse de aquello que más anhelaba y, de pronto, aunque solo él lo supiera, se encontraba sentado tan cerca del hombre al que adoraba y cuyas rodillas tocaban las suyas. El whisky que se había tomado en el otro bar debía de ayudar; de vez en cuando se quedaba mirando furtivamente el perfil de David como si necesitara confirmar y explorar aquella situación insólita.

—Solo quería decirte —terció Connie— que soy una gran admiradora de los libros de tu padre. —Evert no dijo nada—. A. V. Dax —aclaró ella. Si su aspaviento («Ah, gracias») pretendía ser desdeñoso, apenas logró desanimarla—. Supongo que te lo dirán todos los días... Es que no me imagino cómo debió de ser crecer en la casa donde se escribieron esos libros tan maravillosos. —Y se sacudió como si le hubiera dado un escalofrío.

—No, bueno... —dijo Evert. Ella no podía saber que en Cranley Gardens se respiraba un ambiente difícil.

—Debió de ser muy emocionante —insistió Connie.

—No tenía nada de emocionante —dijo Evert, y esbozando una sonrisa añadió—: Me temo que fue todo lo contrario.

Me pareció oportuno intervenir, aunque no es fácil saber qué puede uno decirle a un desconocido sobre la vida privada de un amigo.

—Creo que Evert no veía mucho su padre cuando era pequeño, porque estaba muy ocupado escribiendo.

—Claro, ya me lo imagino —dijo Connie—. Sí, siempre se ha dicho que

tener un padre famoso no es fácil. —Yo jamás había oído a nadie decir eso, pero entendí a qué se refería—. ¿Te leía sus libros en voz alta?

—¡No, por Dios! —respondió Evert mientras David, entretenido, miraba por encima de su cabeza, levantaba la barbilla y exclamaba:

—¡Gordon!

Connie también se mostró aliviada.

—Por fin apareces —dijo una vez que hubo cesado el dramático movimiento de la cortina y finalmente entrara en la sala un individuo pulcro y menudo de pelo rubio, ataviado con una gabardina, que se quedó sonriendo y pestañeando. Esperé a que me presentaran mientras Evert cogía su pinta de cerveza y se tapaba la cara con ella.

—Freddie, te presento a mi viejo amigo Gordon Pinnock. Somos del mismo pueblo. —David ya hablaba un poco más alto de la cuenta por efecto del alcohol.

—¡Hola...! —Y al ver a Evert—: ¡Ah, hola! A ti ya te conozco. Gordon Pinnock.

—Ah, sí... Es verdad... —dijo Evert fingiendo una despreocupación que no se correspondía con el rubor de sus mejillas.

—¿Ah, sí? —se extrañó David.

—Entonces, ¿fuisteis juntos al colegio? —me apresuré a intervenir.

—Así es —confirmó Gordon.

—¿Y tú no? —le pregunté a Connie, y así, para cuando hubo terminado la breve conversación sobre ese tema, la cuestión del encuentro anterior de Evert y Pinnock había quedado sumergido, aunque quizá no muy profundamente. Gordon pidió una ginebra con tónica y lamenté no haber tenido el buen juicio de pedir una yo también.

A David le divirtió la velocidad con que Evert se terminaba la primera pinta de cerveza; los demás tuvimos la impresión de que él había marcado un nuevo ritmo y también nos terminamos nuestras bebidas. A partir de ese momento, la velada se desarrolló en un ambiente alegre y relajado; David cada vez hablaba más alto y gesticulaba más; Evert estaba cada vez más ebrio, y la proximidad física cada vez le resultaba más dolorosa, pues Connie entrelazaba su mano con la de David encima de la mesa y la gema azul claro de su anillo de compromiso destellaba bajo la luz. Consideré que yo ya había hecho mi parte y fui a coger mi sombrero, pero Connie se mostró muy

disgustada.

—No te vayas, Freddie, por favor —me rogó. Yo le sonreí compungido—. Quiero hablar contigo de... Woodstock y de muchas cosas más.

—Fred tiene una tía que vive en Woodstock —intervino Evert con audacia—, pero nadie la conoce todavía. —Pensé que ya era hora de que hiciera explotar a mi tía, pero no podía hacerlo allí, con aquella compañía.

—Bueno, sí... —dije—. Si me disculpáis un momento... —Y salí alapestoso excusado de la parte trasera, con su única bombilla y su pared decorada con pintadas venerables. Diez segundos más tarde oí pasos y, al volver la cabeza, vi que David me había seguido entre fuertes gruñidos y suspiros de urgencia y entusiasmo. Yo agradecía cierta discreción en los urinarios, donde el ligero bochorno quedaba enmascarado por comentarios ingeniosos que casi nunca derivaban en una conversación; necesitaba aislarme un poco pese a la escasez de espacio. Sin embargo, para David, por lo visto, encarnaban una oportunidad para mantener una charla confidencial. Se quedó inclinado hacia atrás en el mojado escalón, con las manos en las caderas, mientras una enérgica corriente discurría hacia mí por el desagüe; se diría que estaba invitándome a admirar su actuación.

—Bueno, y ¿qué te parece mi niña? —dijo, y durante un instante pensé que «niña» era como él llamaba a su miembro viril. Me fijé en los chistes que tenía escritos delante de la nariz y, en particular, en las aportaciones realizadas por dos o tres manos.

—Ah, me cae muy bien —contesté y, cuando volví a mirarlo, vi que me observaba con perspicacia.

—Sí, es una chica estupenda, ¿verdad? —dijo antes de asentir, aliviado de que yo hubiera dado mi aprobación.

La velada no se prolongó mucho y nos marchamos antes de que anunciaran la última ronda, apremiados por la cerveza que todos toleraban mejor que yo. Me di cuenta de que estaba muy borracho y eso me produjo consternación; al día siguiente, cuando lo escribí todo en mi diario, apenas recordaba cómo había concluido la noche. Sí me acordaba de mi creciente interés por Connie y por su extraordinaria figura, que transitaba por el vertiginoso límite entre la comedia y el sueño. La mayor parte del tiempo Evert había hablado con David, con quien había mantenido un diálogo difícil de analizar y que yo tuve el detalle de no seguir con excesiva atención. A

veces parecía que la crisis estuviera superada, pues Evert, tras la impresión del primer contacto, se enfrentó al vacío de la personalidad inculta de David; Evert no tenía ningún otro amigo como él, desde luego. Pero me fijé en otras dos cosas. La primera era que David parecía entusiasmado por el contacto con Evert: había una mezcla sutil de ironía y respeto en su forma de mirarlo, con las cejas fruncidas, mientras escuchaba las historias que Evert, bastante piripi, en un intento sin ton ni son de impresionarlo, iba relatando con nerviosismo. Y la segunda era el brillo de la mirada de Evert, controlado pero capaz de atravesar el aire viciado del local, la penumbra sórdida del pub, y de lanzar destellos apasionados cada vez que él, a su vez, prestaba atención a cualquier comentario que hiciera David.

A veces David le preguntaba algo a Connie o ponía una mano encima de la suya o de su rodilla, pero parecía importarle nada que ella charlara de sus cosas con su viejo amigo Gordon, con quien tenía tanto de que hablar. No tardé en percatarme de otra cosa, por la atención desinhibida que Gordon le dedicaba a Connie y sus ocasionales carcajadas: que él no significaba ninguna amenaza para David y que este contemplaba a ambos, casi con engreimiento, como dos personas que sentían devoción por él. De hecho Gordon, de alguna forma, era más femenino que Connie. Ella, con el abrigo colgado en el respaldo de la silla, el pelo suelto y los pies separados y firmemente plantados en el suelo, se inclinaba hacia delante para coger su vaso de cerveza negra y Gordon colocaba su ginebra con tónica justo en el centro del húmedo posavasos de cartón y, disimuladamente, le hacía una seña con la lengua para indicarle que tenía un poco de espuma en el labio superior.

David había estado vigilando el tablero de madera tejo con el rabillo del ojo y, hacia el final de la velada, tuvimos que echar todos una partida. Nos apiñamos alrededor de la mesita del bar; yo con la actitud sosa y resignada del perdedor nato, pero animado por la ocasional y asombrosa presión del busto de Connie contra mi brazo. Sonreímos mientras las monedas resbalaban y rodaban perezosamente y hacían sus breves recorridos por el tablero, viejas monedas de medio penique lisas por una de las caras, con el perfil de Eduardo VIII y Jorge V en actitud irremediabilmente indigna, girando y estrellándose contra el canto superior. El lado derecho del tablero era más rápido que el izquierdo y apenas resbalaba por el centro. Se trataba de ser lo bastante avisado como para encontrar el mejor camino y lograr que la

moneda se detuviera lo más cerca posible de la franja superior o pasara de largo, rebotara y se quedara en una buena posición. No me importó hacer el ridículo brevemente, mientras Gordon hacía cómicos y descontrolados lanzamientos que mandaban las monedas fuera de la mesa y, a continuación, las buscaba a tientas entre nuestras piernas por el mugriento suelo mientras David se preparaba para su siguiente disparo. Aquello parecía un estudio de la competitividad y de su evitación. Evert jugaba con la misteriosa precisión del novato: la moneda se deslizaba y se detenía entre las dos líneas como atraída por un imán. David nos dio una valiosa charla sobre la física de la inercia, pero tampoco jugó muy bien. Sofocaba su vergüenza con rápidos y aparatosos abrazos, de modo que Evert tenía que quitárselo de encima para jugar y, al final, su orgullo herido quedó casi disimulado por una estática sonrisa de complacencia. Gordon se había encargado de llevar el tanteo y anunció el resultado final: «¡Quinto Green, cuarto Pinnock, tercero Forshaw, subcampeón Sparsholt, ganador Dax!» Le dio un apretón en el brazo a Evert y pensé que en aquel segundo encuentro le había cogido simpatía: aquellos dos hombres habían intercambiado sentimientos ocultos y me pregunté si enterrarían la pasión por Sparsholt que compartían bajo una ternura mutua, mucho más adecuada.

8

—Qué tazas tan bonitas tienes —comentó Jill.

—Ah, sí, es porcelana de Meissen. —Ya las había visto otras veces, pero nunca se había fijado en ellas—. Me halagas, porque sé que te gustan los juegos de té con un par de milenios de antigüedad. —Bromear con Jill siempre implicaba cierto riesgo, pero esa vez hizo un mohín cómico que yo nunca le había visto, un breve fruncimiento de la nariz que venía a ser un momentáneo anticipo de la intimidad, con sus gestos y sus sentimientos espontáneos. Estaba de un humor diferente, más confiada y, curiosamente, menos segura de sí misma. Puse la mesita baja delante del fuego. Detrás de mí, en el suelo de la chimenea, el hervidor eléctrico había pasado de los primeros suspiros y agudos crujidos a un estruendo más entusiasta—. Me las

traje de mi casa —añadí.

—Pues tienes cosas muy bonitas —repuso ella, y en su forma de sonreír mientras contemplaba la taza, con su diminuto dibujo de unas colinas rosa, vi abrirse una nueva perspectiva en la que me la llevaba a Devonshire a ver otras cosas que teníamos en mi casa y a conocer a mi madre.

—Unos cuantos cuadros aceptables, supongo —dije—, pero nada excepcional. No olvides que mi abuelo empezó siendo un humilde aprendiz de tendero.

Evaluó ese dato con una pizca de autosuficiencia. Cuando hube terminado de preparar el té, dijo:

—Nunca me has preguntado nada sobre mi familia. —Y así su reticencia pasó a parecer, casi, culpa mía.

—Pues me encantaría que me hablaras de ellos, querida Jill. —Lo que me atraía, más que la historia en sí, era verla adentrarse por primera vez en un territorio tan personal.

—Tuve una infancia difícil —confesó metiendo la barbilla, un gesto que insinuaba la existencia de tensiones que todavía no había olvidado, así como la firmeza con que las afrontaba.

—Lo siento mucho —dije antes de sentarme a su lado en el pequeño sofá. Ella se apartó un poco, pero siguió hablando.

—Cuando digo «difícil» quiero decir dura, sin amor y... desconcertante. —Yo creía que lo que estaba describiendo era un periodo histórico, no una infancia cuyos últimos años todavía habitaba.

—¿Desde el principio? —pregunté.

—No, al principio fue razonablemente feliz. Supongo que ya sabes que mi padre era abogado y que mi hermana... Bueno, tenía una hermana pequeña.

—¿Tenías? —Giré el torso hacia ella para escucharla y apoyé el brazo izquierdo en el respaldo del sofá.

—La atropelló un camión y la mató. Tenía seis años.

—Vaya, lo siento mucho.

—Mi padre culpó a mi madre y mi madre se dio a la bebida.

—Se sentía culpable.

—Bueno, mi padre tenía razón. Ella estaba con mi hermana cuando

sucedió. Fue en Fordingbridge —explicó.

—Me imagino que tú debiste de ser un gran consuelo para ellos.

Jill suspiró profundamente, pero tardó un momento en responder:

—Yo estaba en un internado y, cuando volví a casa a pasar las vacaciones, me enteré de que mi padre se había marchado.

—Ah, entiendo. Así que os quedasteis solas tu madre y tú.

—Sí. Y al poco tiempo mi madre ya no estaba en condiciones de cuidar de mí. Me mandó a Lancashire, a casa de una tía mía. —No sé por qué yo sonreía mientras ella me hacía ese terrible resumen de la historia de su familia. Le puse la mano derecha sobre la muñeca en un gesto consolador; ella se quedó mirándola, perpleja, un instante, y rápidamente se inclinó hacia delante para coger su taza—. Nunca tuve nada mío —continuó con tono malhumorado, y dio varios sorbitos de té seguidos que no parecieron dejarla satisfecha.

—¿Y cómo están tus padres ahora? —pregunté—. Tu madre debe de...

Llamaron a la puerta y entró Peter Coyle.

—¡Ajá! —exclamó—. Vaya, vaya, queridos... —Compuso una sonrisa horrible, pero a la vez atractiva. Por alguna extraña razón, creí oportuno justificarme:

—Ya sabes que Jill asiste a los seminarios de Marley en Corpus, por eso le pedí que pasara a verme cuando acabara.

—Como es lógico —dijo Peter.

Jill pareció percatarse de la velada acusación.

—Hacía mucho que no te veía —dijo. Nunca se habían hecho mucho caso el uno al otro, pero me di cuenta de que Jill se alegraba de que Peter hubiera aparecido. Sin embargo, no supe discernir si eso se debía a que le gustaba que la vieran conmigo o porque así se ponía fin a nuestro *tête-à-tête*.

—He estado tremendamente ocupado —dijo Peter, rodeando la mesita de té y sin disimular su regocijo ante lo que acababa de descubrir—, pintando los decorados de ese condenado *Triunfo del tiempo*. Entre otras cosas... —añadió con picardía mientras se daba la vuelta y se quitaba el abrigo y el sombrero—. ¿Queda té?

—Sí. Ahí tienes las tazas —respondí con un tono cargado de cierta hosquedad que le hizo reír. Se sirvió él mismo, llenó de nuevo nuestras tazas

y miró con interés a Jill.

—Mira, ya que estás aquí, querida Jill, podría dibujarte.

Lo dijo como si ella lo hubiera interrumpido a él, y no lo contrario.

Nervioso, lo observé sacar de su cartera el bloc y una latita de tizas. Jill parecía inquieta, pero en absoluto se la veía molesta. Ahora repartía su atención entre los dos: Peter llevaba la batuta y mis afectados comentarios eran una atracción secundaria del posado para el retrato. Empecé a tener la impresión de que era yo quien había interrumpido algo. Peter rodeó la silla de mi escritorio y se sentó con una pierna doblada encima de la otra, para poner su trabajo encima. De vez en cuando daba, con sus toscos modales, un sorbo de té de la taza que tenía a su lado, encima de la mesa.

—Anoche me tocó guardia de incendios en el Ashmolean —dijo, y miró de arriba abajo, brevemente, a Jill, que estaba de medio perfil y fingía leer cualquier página del libro que él le había dado: fingía, pero pasaba las páginas rápida y casi furtivamente, al tiempo que intentaba no mover la cabeza—. No hace falta que te quedes quieta —le dijo—. Para el tipo de retrato que estoy haciendo, no hace falta.

—Ah, de acuerdo... —Jill, cautelosa, trató de hacerse a la idea de posar de una manera más relajada, pero tampoco parecía querer moverse mucho; obediente, meneó un par de veces la cabeza. Peter dibujaba curvas amplias y sensuales que costaba asociar con su modelo.

—Allí arriba se está de maravilla. Deberíais venir. Los dos, por supuesto.

—Debe de hacer un frío mortal —objetó Jill.

—Podríamos probarlo —sugerí yo.

—Abajo, Gardner ha encendido la linterna mágica y hemos visto miles de diapositivas, una detrás de otra. Toda la historia del arte en unas dos horas. Bueno, supongo que toda no. De Giotto a Munnings. Además de todos esos obscenos vasos áticos, que desafortunadamente ahora ya no están.

—Mejor así —dijo Jill con una risita, pero se sonrojó, quizá por hallarse bajo la mirada escudriñadora de Peter. Jill solía encarar sus bochornos; enfrentarse a ellos debía de parecerle menos embarazoso que dejar que se adueñaran de ella y la confundieran aún más—. Los griegos estaban obsesionados con el sexo —aseveró.

—¡Ya lo creo! —coincidió Peter.

—Dudo que los griegos se comportaran de esa forma todo el tiempo —

opiné, algo nervioso, también, por estar hablando de sexo delante de Jill. Aquella era precisamente la clase de incomodidad que a Peter le gustaba provocar. Recordé que hasta la Burgon Collection, simples acuarelas de objetos antiguos, con títulos descriptivos, le habían causado malestar a Jill: «Tres hombres desnudos bailando —me dijo en una ocasión—. ¡Santo cielo!»

Peter no nos explicó por qué había aparecido por mis habitaciones y deduje que se trataba de algo demasiado delicado como para mencionarlo en presencia de Jill. A mí me preocupaba que el retrato de Jill rayara lo caricaturesco, no me atrevía a acercarme a él para ver sus progresos. Nervioso, hice un comentario simpático sobre las dificultades de dibujar del natural y justo entonces llamaron otra vez a la puerta, con firmeza, y me levanté de un brinco para ver quién era. Me llevé una sorpresa al ver a David Sparsholt en el umbral, ataviado con gorrita de cuartel y gabán, y con aire formal pero al mismo tiempo distraído.

—Ah, hola —lo saludé, y tuve la vaga sensación de que se había equivocado y había creído que yo, que no era más que el alcahuete de Evert, me había convertido en el objeto de su devoción.

—¿Quién es? —preguntó Peter volviendo la cabeza. Vi que Sparsholt miraba más allá de mí, hacia el fondo de la habitación.

—Es David Sparsholt —respondí.

—¡Pasa, Sparsholt, viejo amigo! —dijo Peter, su sorpresa asimilada de inmediato ante la perspectiva de cometer una travesura; yo, naturalmente, llegado ese momento, invité al recién llegado a entrar en la habitación.

Peter parecía contento de verlo, pero no interrumpió su trabajo; Jill, que seguía sin atreverse a moverse, torció un poco la cabeza cuando le presentaron al recién llegado. Los dos sabían algo del otro, pues ella estaba con nosotros aquella noche de la primera semana, cuando todos lo habíamos visto medio desnudo desde nuestro lado del patio y, por su parte, David me había sonsacado mi interés romántico por ella, de modo que ambos tenían ese brillo en la mirada de quien conoce un secreto o comparte una broma, lo que seguramente les resultaba desconcertante a los dos. La sosa cortesía con que la trató (pareció que saludara a una catedrática) dejó claro que él nunca se habría sentido atraído por ella. Se quitó la gorrita de cuartel y la mantuvo entre las manos durante toda su breve visita.

—¿Y en qué puedo ayudarte? —pregunté. Todos sabíamos, aunque nos mostrásemos perfectamente dispuestos a no tenerlo en cuenta, que era inusual que se hubiera presentado sin avisar en las habitaciones de un veterano.

—¿Os interrumpo? —preguntó.

—La verdad es que no mucho. —Señalé la sesión que estaba en marcha; tanto la modelo como el pintor parecían sentir curiosidad. Era evidente que David quería algo y que había ido allí a buscarlo, pero, como le había sucedido a Peter antes que a él, se sentía cohibido ante la presencia de Jill. Peter también debía de hacerlo sentirse violento; sin duda recordaba la sesión en la que había posado él y que yo me imaginaba como una seducción de la que se arrepentía y que no volvería a repetirse. También pensé en el desnudo hecho a la sanguina que estaba enrollado en el cajón de mi dormitorio. David miró por encima de nuestras cabezas, como si tuviera asuntos mucho más importantes en que pensar. Su uniforme parecía una especie de reproche.

—Me preguntaba si habrías visto al señor Dax —dijo, y el «señor» sonó a la vez jocosos y frío.

—¿Cómo está Evert? —preguntó Peter, con toda su mofa comprimida en el ceño fruncido con que observaba a Jill.

—Hace un par de días que no lo veo —contesté—, pero ya sabéis que he estado en el campo.

—Ah, sí —dijo David esbozando una breve sonrisa. Así era como nos habían indicado que debíamos referirnos a nuestras actividades en el palacio de Blenheim.

—¿Quieres que le dé algún mensaje si lo veo?—preguntó Peter.

David fue hasta la ventana y se quedó allí plantado; me pareció que se fijaba por primera vez en la relación de su ventana, situada en la parte más alta, bajo el frontón, en el lado opuesto del patio, y la mía. ¿Ocultó el rápido movimiento que hizo, como si se recompusiera (ese echar los hombros hacia atrás; esa palmadita con la gorra enrollada en la palma, como habría podido hacer un coronel con sus guantes), un temblor de sospecha?

—No, no es tan importante —respondió.

Peter se concentró tanto en su bloc y su lápiz que las penetrantes miradas que le lanzaba a su modelo parecían exageradas.

—¿Y cómo está tu prometida? —preguntó.

—Muy bien —contestó David—. Ha tenido que volver a su casa unos

días. Su tío murió en el bombardeo de la semana pasada.

—Cielo santo, así que vas a quedarte solo unos días —dijo Peter, y me pareció que, al mismo tiempo que expresaba sus condolencias, hacía sus cálculos.

—Lo siento mucho —dije—. Y se perderá la charla del padre de Evert de mañana.

—Así es —confirmó David con la debida austeridad.

Era obvio que Jill estaba sorprendida de lo bien que nos conocíamos unos a otros y pasó una página de su libro con el gesto tenso de quien siente que lo están dejando al margen.

—No acaba de convencerme —dijo Peter—. Jill, querida, volveré a intentarlo la semana que viene. —Guardó sus cosas sin dejarnos ver lo que había dibujado y se marchó presuroso, como si lo hubieran ofendido; aunque no cabía duda de que, sencillamente, tenía otra cita. Intuí que David ya no le interesaba; David, por su parte, apenas se despidió de él.

Jill miró alrededor y se levantó, como si regresara poco a poco a la normalidad después de haber vivido algún tipo de experiencia espiritual, algo inusual en ella. Se dirigió con gentileza a David.

—Posar cansa más de lo que parece —comentó.

—Pero si solo has posado diez minutos, querida —observé.

—Pero supongo que a ti ya te habrán retratado. —Todos sus comentarios iban dirigidos a él.

David se dio la vuelta y sonrió.

—Sí —confirmó, aunque no parecía enorgullecerse plenamente de ello. Me di cuenta de que no quería que Jill supiera que Peter también lo había retratado a él.

—Me imagino que posarías con el uniforme —especuló Jill, sacando la barbilla y como si lo inspeccionara, desde las relucientes botas hasta la rizada coronilla.

—No, qué va. De hecho, todavía no llevo uniforme—dijo David; me miró y rió un poco—. Además, solo fue un esbozo.

Jill seguía sonriendo, de forma harto inquietante.

—Me encantaría verlo —dijo. Creo que entonces me sonrojé; parecía que Jill supiera que aquel retrato lo tenía yo.

—No estoy seguro de... ¡Oh! —Era la tercera vez que llamaban a la puerta y aquello ya empezaba a parecer una comedia, pero se trataba de Phil, ya había llegado el momento de cubrir las ventanas. Como hacía todos los días al anochecer, cruzó la sala de estar medio oculto por la pantalla rectangular, entró en mi dormitorio, la instaló en la ventana del mismo y después continuó cubriendo el resto. La puesta de sol ya se había adelantado dos horas desde el inicio del curso y eso me hizo preguntarme, pensamiento lúgubre y tangencial, cuánto había avanzado yo con mis asuntos en ese tiempo. Phil no se dio cuenta de quién estaba conmigo hasta que volvió a la sala de estar y se puso a encender la chimenea con el aire de quien reprime una crítica. «Ah, perdón», dijo casi con aspereza al acercarse a la ventana, y David, absorto una vez más en la contemplación del patio, pareció despertar y se apartó para dejarlo pasar. Phil había sido la primera persona que había mencionado a Sparsholt y había comentado que había causado algún problema: aquellos chirridos rítmicos eran un problema en sí mismos, pero quizá también una señal de otros problemas que él prefería no mencionar. ¿De qué hablarían los sirvientes, en sus pequeñas y oscuras despensas, dispuestas debajo de la escalera, donde se visitaban unos a otros y tomaban el té? Phil jamás se habría mostrado abiertamente irrespetuoso, pero había momentos en que un deseo frustrado de darnos una paliza a todos ensombrecía sus facciones. Puso todas las cosas de té en la bandeja y salió de la habitación.

A mí me parecía que ya era hora de que Sparsholt se marchara también, pero Jill lo retenía con un seductor interés que nunca había mostrado por mí. Por lo visto, las insinuaciones de intimidad que me había dedicado a su llegada solo habían sido accidentales y ahora se centraba en un tema más merecedor de su interés. Supongo que la verdad era que, hasta ese momento, yo nunca había pensado que Jill sintiera deseo por nadie. Dije algo para recordarle que la futura señora Sparsholt solo se había ausentado un par de días de la ciudad, pero no sirvió de nada. Jill llegó a comentar, incluso, que le encantaría conocerla.

—Tendrías que haber venido con nosotros al pub la otra noche —dijo David.

—Ya —dijo Jill—, habría ido si hubiera podido. (Una respuesta afortunadamente ambigua.) ¿A ella qué es lo que más le gusta?

Al oír eso, David se ruborizó intensamente.

—Solo lleva una semana por aquí —dijo—. El domingo por la tarde fuimos al baile del Ayuntamiento.

—¡Qué maravilla! —dijo Jill con el tono que uno habría podido emplear antes de la guerra para referirse a un viaje a París—. Seguro que estuvo bien.

—Tocaba una banda bastante buena —explicó David, como si hubiera oído tocar a muchas bandas. Poco a poco se mostraba más simpático con ella—. Tienes que pedirle a Freddie que te lleve.

Fue como si Jill se acordara al oír eso de que yo me encontraba en aquella misma habitación.

—Ah, es que a Freddie no le gusta bailar —dijo, como si alguna vez hubiéramos hablado de eso. No supe si sonreír, interpretando el papel de cascarrabias cómico, o protestar airadamente y aseverar que Jill y yo jamás habíamos hablado del tema.

—Jill, querida —dije—, a mí me encanta bailar, sobre todo después de tomarme unas copas.

—Después de tomarte unas copas, puedes hacer lo que sea —añadió David.

—Bueno, puedes emborracharte —dije, un comentario que no tenía ninguna gracia. David se quedó quieto un instante y parpadeó; luego volvió a golpearse la palma de la mano con la gorra, se despidió y fue hacia la puerta.

—Adiós... —dijo Jill mientras veía cerrarse la puerta.

—Lo siento —dije mientras los ruidosos pasos de David se alejaban por la escalera; al cabo de un momento volvimos a oírlos en el patio—. Solo tiene diecisiete años.

Jill rehuía mi mirada y por segunda vez esbozó aquella sonrisa de quien se halla bajo el hechizo de una experiencia reciente y se muestra reacio a regresar a la realidad.

—Y tú solo tienes veinte —dijo.

Eso me sorprendió un poco incluso a mí.

—Lo que quiero decir es que me temo que es bastante soso —dije.

Jill me miró con jocosos menosprecio.

—Es increíblemente apuesto —afirmó. Me di cuenta de que sus propias palabras la excitaban e intensificaban el sentimiento que expresaban. Las dijo

con un tono exaltado que yo conocía perfectamente por Evert—. Como Clark Gable.

En realidad no se parecía a Clark Gable, pero contesté amablemente:

—Bueno, yo no sabría decirte. A juzgar por el efecto que tiene sobre todos mis amigos, supongo que debe de ser apuesto.

—Por el amor de Dios —dijo Jill con una risita extraña.

—¡Qué expresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos!... —dije interpretando a Hamlet—. Quizá...

—¿Hmmm?

Me reí.

—Jill, cielo, si tuvieras que hablar más de cinco minutos con él, te morirías de aburrimiento. —Era la primera vez que la llamaba «cielo» y no supe distinguir si se lo tomaba como un cumplido o como un atrevimiento. Sonrió, distante, mientras se ponía el abrigo.

—¿Quién ha hablado de hablar? —dijo.

—¡Ja, ja, ja! —Por lo que yo sabía de ella, aquello constituía un salto vertiginoso y vi que, en cuestión de veinte minutos, toda la ocasión, que había comenzado tan dulcemente, se me había ido de las manos. Ahora le tocaba a ella chincharme, con su admiración por aquella estrella adolescente en cuya cara anodina y cuadrada ella aseguraba ver belleza, donde yo solo veía ausencia de cultura, aquella alegre indiferencia hacia todo cuanto Jill y yo, sin ninguna duda, valorábamos por encima de todas las cosas. Compuse una sonrisa forzada y dije—: Está bien, te llevaré a bailar.

—Te tomo la palabra —dijo, distraída, mientras buscaba su sombrero.

Lo encontré yo; se lo di y la guie hasta la puerta, como si tuviera intención de empezar a bailar allí mismo. Deslicé una mano alrededor de su cintura y, antes de que hiciera girar el picaporte, cuando agaché la cabeza con una sonrisa de interrogación en los labios, ella me dijo, con aspereza:

—Freddie, lo de los besos se tiene que terminar.

Aún hoy siento la carga reprobatoria de aquellas palabras. Las pronunció atropelladamente, pero tenían un tono calculado, una fórmula fatal que ella quizá hubiera ensayado muchas veces y que, en ese caso, representaba, en una sola frase rígida, una profunda indignación. Me quedé perplejo y me apresuré a realizar esas convulsivas disculpas con las que intentamos redimir

a una persona que se ha mostrado asombrosamente grosera con nosotros para convencerla, de hecho, de que no lo ha sido. Me estremecí, me sonrojé y, a pesar de mí mismo, creo que me reí aunque solo fuera un instante.

—No has entendido nada, Freddie —dijo.

9

Llegó el 14 de noviembre, el día de la charla de Victor Dax en el Club. Antes de comer, reescribí a toda prisa mi presentación de dos páginas y, a continuación, me levanté para ensayarla, mirando el patio por las ventanas por cuyos cristales resbalaban las gotas de lluvia. Como secretario, me gustaba hablar sin tener que leer mis notas (la semana anterior me había sorprendido a mí mismo con un encomio de diez minutos de Cecil Day Lewis, quien, jocosamente, había comentado que debería publicarlo), pero Victor me estaba poniendo nervioso. No eran solo mis sentimientos encontrados sobre su trabajo (opinaba que gran parte de la obra de Day Lewis era interminable y poco original), ni el hecho de que fuera el padre de Evert. Estaba relacionado con el retrato de él que había creado Evert, sin darse cuenta y de forma fragmentada, en mi imaginación: un hombre con pocos amigos y poco sentido del humor, orgulloso de su talento y desdeñoso con sus contemporáneos; un hombre de hábitos obsesivos, que trabajaba todos los días de ocho a cuatro, y a quien solo veía Herta cuando le llevaba la comida en una bandeja; que tenía, igual que Brahms o Balzac, una máquina para preparar café, bebida que se administraba para sustentar su obsesión productiva, pero que luego salía y se movía entre los miembros de su familia con un aire de remota benevolencia, y cuyos hijos, aun así, vivían con tanto miedo a decir algo fuera de lugar que apenas le dirigían la palabra. Pero lo que a mí más me preocupaba era que, por lo visto, era muy quisquilloso con los elogios (ya fuese un artículo a toda plana en *The New York Times*, un premio o la *Légion d'honneur*), como si llegaran demasiado tarde, fueran demasiado pequeños o, por algún motivo, intrínsecamente denigrantes. A pesar de todo ello, yo debía elogiarlo y me disponía a modificar mentalmente, una vez más, mi breve discurso cuando vi que Evert atravesaba el patio hacia

mi escalera. El paraguas le tapaba el pecho y la cara, pero su forma de andar, con pasos rápidos y cortos, era inconfundible.

—¡Madre mía, qué día! —dijo al entrar en mi habitación, y volvió a salir para dejar el paraguas abierto en el rellano. («Mala suerte, pero qué se le va a hacer», le oí decir: la guerra, combinada con el tema Sparsholt, lo había vuelto tremendamente supersticioso.)

—Creo que está todo más o menos preparado —dije.

—¿Cómo? Ah, estupendo. —Evert tenía ese aire demacrado debido al insomnio al que yo ya me había acostumbrado, y ese día, además, sonreía: una sonrisa tensa y pertinaz, como si debatiera una serie de argumentos. Yo había sido consciente desde el principio de que la visita de su padre suponía un desafío para él, lo que no hacía sino agravar la preocupación que esta me producía también a mí. La secretaria de Victor me había enviado una nota anunciándome que llegaría en el tren de las cuatro y media, lo que nos dejaba casi dos horas para entretenerlo antes de la cena.

—El tiempo no acompaña, pero a tu padre tal vez le guste visitar las tumbas de la catedral.

—¡Cielos, no! —exclamó Evert.

—O quizá algunos de los manuscritos Rawlinson de Bodley, por ejemplo...

—Hoy viene mi padre.

—Sí, claro. ¿Insinúas que te habías olvidado?

Evert me miró y negó con la cabeza.

—Ay, Fred —dijo—. Es que no he venido por eso.

—Bueno, pues, de todas formas, me alegro de que hayas venido.

—No, no... —Durante un minuto se paseó de forma difícil de comprender, con una mano levantada para indicarme que no debía hacerle preguntas. A continuación se sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta —. Tenía mucho interés en enseñarte esto —dijo, pero lo sostuvo y lo sopesó un momento antes de dármelo; entonces se sentó, cruzó las piernas y se quedó mirando al frente como si ya estuviera mentalmente preparado para el triunfo o la desesperación o, quizá, sencillamente para contestar. El sobre contenía la clásica postal blanca con la dirección del *college* grabada en relieve y, debajo, solo tres caracteres escritos con esmero con tinta azul:

α & Ω

—Alfa minúscula —observé—, pero omega mayúscula.

—Sí. —Evert seguía con la vista fija al frente—. Es científico, no clasicista.

Hice una mueca, volví a examinar la tarjeta e interpreté el papel del amigo de pocas luces.

—De modo que sabes quién te la ha enviado. —Yo tenía mis ideas, pero me pareció que debería haber un elemento de duda.

Evert no dijo nada y siguió contemplando la cornisa con aquella sonrisa provocadora en los labios.

—La cuestión no es quién me la envía, sino qué pretende decirme esa persona.

—Pues, a mi entender, sería conveniente saber quién es el remitente. Podría ser, como tú dices, científico o religioso, pero podría tratarse, no lo sé, de algún otro tipo de símbolo.

—Me la ha enviado Drum, Freddie.

—Ah, ¿ya lo llamas Drum? —Él siguió sin mirarme—. En ese caso, supongo que podemos descartar el «religioso».

Evert rió un poco, pero temblaba o tal vez solo había sentido un escalofrío; entonces, con voz queda, dijo:

—He pasado la noche con él. Esto lo he encontrado en mi casillero a las diez de la mañana.

Aquello sonaba a disparate y me lo tomé a broma.

—¿Has pasado la noche con él?

—Lo hemos hecho —dijo Evert.

Las anécdotas sexuales de mis amigos no me escandalizaban ni lo más mínimo, pero en esa ocasión es posible que sí dejara entrever mi conmoción. La conmoción era, sin duda, parte del efecto que él buscaba: la conmoción del hecho en sí y la de aquella frase, breve pero brutal. Creo que hasta él se sobresaltó. Sentí arder dentro de mí algo oscuro y misterioso, algo casi retorcido, y disimulé la rigidez de mis facciones volviendo la mirada a la ventana y contemplando el patio, como hacía mi tutor cuando desarrollaba un

argumento complejo. Comprendí que, asimismo, tenía que comprobar lo que había dicho Evert. Era algo que Peter Coyle soltaba una vez por semana: «Lo hemos hecho», pero nunca sabíamos qué era eso que había hecho, ni nos gustaba preguntarlo. Tampoco podía preguntarlo yo ahora.

—¿Y Connie? No tiene sentido.

—Connie ha vuelto a su casa para ir al funeral de su tío y pasará un par de noches allí. De todas formas, hay una parte de Drum que no tiene sentido.

—Bueno, sin duda...

—Quiero decir que no tiene sentido en el sentido al que tú te refieres. — La actitud críptica de Evert resultaba cansina, una mezcla de desafío y ansiedad, pero seguramente tenía razón. Pensé en la visita inesperada que Sparsholt había hecho a mis habitaciones el día anterior y la pregunta que había formulado, casi con reticencia, sobre el paradero de Evert. Con curiosidad y recelo, casi con envidia, me los imaginé a los dos juntos. No era la envidia de lo que había hecho Evert, me lo imaginara como me lo imaginase, lo que me preocupaba, sino la envidia de que se hubiera decidido a hacerlo. Su cuerpo atesoraba un conocimiento que no podía expresarse ni olvidarse, pero que le otorgaba, o eso les parecía a mis ojos inexpertos, el halo inefable de la experiencia.

No estoy seguro de si lo incité a contarme la historia o si, de todas formas, estaba decidido a contármela. Hasta él parecía no dar crédito a que hubiera sucedido, a que hubiera florecido el amor allí, en el lugar más improbable. Quería convencerse y tuve la impresión de que lo que estaba escuchando era el texto original: de nada serviría decidir, más adelante, que había dicho o hecho algo diferente. No descarto que exagerara un poco respecto a algunos detalles y me pareció percibir un extraño deleite por el hecho de que su victoria sobre Drum fuera una victoria sobre mí, de quien desde hacía mucho tenía unos celos infundados. Aun así, comprendí que yo era el destinatario de una verdad esencial. Una vez más, refiero la historia tal como él me permitió conocerla.

La noche pasada, durante la cena en el comedor, sus miradas se habían encontrado en dos ocasiones: la primera vez, David la desvió rápidamente, pero la segunda movió ligeramente una ceja y reprimió una sonrisa antes de volverse para hablar con la persona que estaba a su lado y entonces Evert

creyó que, durante un minuto, David estaba pendiente de él, y que no solo había reconocido algo, sino que le había hecho una promesa. Algo minúsculo, desde luego; aquello era el primer y frágil capítulo de una amistad que, por lo que respectaba a David, habría podido descartarse y tirarse a la basura sin una gran sensación de pérdida. No obstante, desde aquella noche en el pub estaba fuera de toda duda que eran amigos. Cuando se levantaron para bendecir la mesa, solo hubo una breve ojeada antes de agachar la cabeza, pero a Evert ya no le extrañó que, una vez fuera, en la escalera, cuando bajaban a oscuras, como luciérnagas, una mano lo sujetara por el codo y, a su lado, el haz de una linterna le iluminara la cara. Así, alumbrado desde abajo, parecía un demonio y así seguía grabado en sus retinas un minuto más tarde, cuando, de hecho, ya apenas podía distinguirlo; no estaba en absoluto claro qué estaba sucediendo y ninguno de los dos pronunció ni una sola palabra hasta que salieron al patio, donde en circunstancias normales se habrían marchado en direcciones opuestas. El oscurecimiento no aconsejaba indecisiones ni cortesías: Evert habría podido perderlo en un instante. Sabía que aquel contacto y el destello de la linterna tal vez no fuesen sino payasadas infantiles; se imaginaba la escena en la que se revelaba el malentendido y el regreso a su habitación, solo y avergonzado, pero los fuertes latidos de su corazón lo obligaron a seguir a David y, entonces, sin querer, tropezó con él en la oscuridad y notó que su fuerte mano volvía a agarrarlo y lo sujetaba.

—¿Todo bien, Evert? —preguntó antes de soltar una risita; entonces, con una voz monótona en la que se vislumbraron y murieron todos los otros planes que él hubiera podido tener, añadió—: ¿Qué haces esta noche?

—Ah... nada —respondió Evert, y entrevió fugazmente a Roderick Random y Peregrine Pickle, los temas de su trabajo de esa semana, precipitándose por un oscuro abismo en cuyo fondo yacían ya, abandonadas, las obras de teatro de Dryden y la *Vida de Samuel Johnson*.

—¿Te apetece ir a tomar una cerveza, más tarde? —Y esa vez fue a todos los otros hombres con que David habría podido ir a tomar una cerveza a los que se imaginó Evert precipitándose, una multitud borrosa.

—Ah..., bueno, sí. Si te apetece... —dijo y, de tan emocionado, sonó casi reticente. Esa era la pregunta que él no se había atrevido a formular un centenar de veces y creyó detectar un ligero nerviosismo en David, como si él

también la hubiera ensayado. Pero se controló—. ¿Vendrá también Connie?

—No..., no, va a pasar un par de noches en su casa. Se ha muerto su tío.

—Ah, lo siento —dijo Evert, y en un generoso derroche de sentimientos se alegró tanto que casi sintió lástima por ella. Aunque evidentemente aquello solo significaba que David necesitaba a alguien para llenar las horas y seguro que aquel curioso alumno de segundo al que por lo visto le caía bien le servía igual que cualquier otro. La misión de Evert, probablemente, consistiría en compadecerlo por la ausencia de Connie y en repetirle una y otra vez que era una joven maravillosa—. ¿A qué hora te va bien? —preguntó.

—Supongo que estarás demasiado ocupado —dijo David.

—No, de verdad —dijo Evert.

—¿Qué te parece a las ocho?

—Sí, perfecto. —Una parte de su ser se aferró a ese aplazamiento de cuarenta y cinco minutos y se fue a su habitación y empezó a pasearse arriba y abajo, mirando la hora en su reloj y pensando unas veces que se había parado y, otras, que adelantaba.

Cuando bajó a Tom Gate, David ya lo estaba esperando y parecía impaciente.

—¿Quieres ir al Marlborough House? —dijo, y Evert temió acabar arrepintiéndose de haber aceptado la invitación.

—Adonde tú quieras —contestó, afable, pese a que el corazón le latía muy deprisa. A veces adoptaba una serena indiferencia, el trance de la tensión. El Marlborough estaba a diez minutos a pie, más allá del Folly Bridge y apartado del centro de la ciudad, en una zona adonde no iban muchos estudiantes. Intuía que David lo había escogido porque quería estar a solas con él y hasta que no empezaron a bajar por St. Aldate's no se le ocurrió que, seguramente, no quería que sus compañeros del equipo de remo los vieran juntos. Bueno, quizá ambas cosas fuesen ciertas—. Va bien hacer un poco de ejercicio —dijo.

—Si a esto lo llamas hacer ejercicio... —replicó David. A oscuras era difícil distinguir si lo decía con burla. A Evert le pareció que su humor era más de situaciones que de tono y que la ironía podía molestarlo, si no se le escapaba por completo.

—Claro, para ti no lo es —dijo Evert con firmeza, y sus hombros se rozaron un momento. Sabía que era mayor que David y mucho más

sofisticado, pero estaba tan rendido de antemano a la figura que iba a su lado que le costaba recordar que apenas eran amigos. Veía la fuerte desproporción de los sentimientos de cada uno por el otro, pero estaba demasiado aturdido como para preocuparse por ello. Seguro que ambos sentían la incómoda novedad de su primer paseo juntos y solos. Oyeron el lejano rumor de unos aviones que volaban a gran altura hacia el oeste y David refunfuñó y miró al cielo. Mientras bajaban, la luna, casi llena, quedaba oculta tras los altos muros del *college* y desapareció detrás de las nubes cuando se acercaron al río. Evert lo notó nervioso y, al mismo tiempo, decidido.

Para llegar al pub había que continuar por aquella calle y torcer solo una vez, prácticamente sin dejar la acera, pero cuando iban por la mitad del puente notó que David le tocaba el brazo y cruzaron al otro lado; treinta segundos más tarde, bajaba detrás de él por el estrecho puente peatonal que partía de una separación abierta en el pretil y descendía hasta la orilla del río. Evert jamás habría recorrido solo el camino de sirga y menos de noche: parecía aún más oscuro que la calle que acababan de dejar; al principio, el río no era más que un chapoteo rápido e irregular y, luego, cuando siguieron andando, una presencia ancha pero apenas visible que describía una curva hacia el norte; las naves y las chimeneas de las fábricas de gas de la orilla opuesta empezaban a destacar sobre un fondo de nubes grises. Poniendo a prueba su propio valor, Evert enfocó brevemente con su linterna al tiempo que soltaba una risita nerviosa y, como si la luz pudiera delatarlos, David dijo: «Será mejor que no hagas eso.»

Ya en el pub, entraron a tientas en el animado resplandor del bar, donde se volvieron unas cuantas cabezas y hasta Evert se quedó mirando a David con incredulidad. «¿Qué quieres tomar?», le preguntó en voz baja. Pero David parecía desconcertado, no por la momentánea atención recibida ni por el brillo de la mirada de Evert, sino quizá por el bar en sí, que no encajaba con lo que él esperaba encontrar.

—Hay otro bar, ¿no? —preguntó; se asomaron a la puerta por donde se accedía a un saloncito privado, vacío, y entonces añadió—: Vamos allí. — Para Evert aquello fue como pedir una habitación en un hotel; cerró la puerta una vez dentro y comprobó que no se atrevía a mirar a David. Se desabrocharon los abrigos y los colgaron en el perchero, Evert pidió las cervezas, una suave y una amarga, y las llevó adonde se había sentado David,

bajo la tenue luz del techo, con el extraño y basto olor de las cortinas para cumplir con el oscurecimiento y el montón de coque del fuego. Se fijó en que David se había cambiado para salir: llevaba unos pantalones de franela viejos y un jersey tejido a mano que sin duda alguna le habían hecho al chico mucho menos robusto que era hacía dos años. La mesita tenía un gastado tablero de cobre y el vaso hizo un poco de ruido cuando lo deslizó por él para acercárselo. Se acercó el suyo a la barbilla, miró a David y, por primera vez en la vida, dijo: «¡Salud!»

Cuando salieron del pub, se habían tomado tres pintas cada uno y Evert se encontró en una posición inesperada, emocionante y preocupante: había hecho grandes progresos, pero en un territorio en el que jamás había siquiera soñado adentrarse. El efecto de la embriaguez y el regreso inmediato a la oscuridad del mundo exterior hacían que las cosas resultaran aún más confusas e inevitables. Las tres pintas de cerveza eran como los actos de una obra dramática: un drama experimental, compuesto de fragmentos y murmullos, pero el más intenso que Evert había visto jamás, misterioso y repleto de sorpresas y decisiones; las decisiones casi se tomaban ellas solas, ayudadas por la libertad que otorgaba la bebida y por la presencia imposible de rechazar del hombre al que adoraba.

Para empezar, la timidez hizo que se apresuraran. La salida había sido idea de David, pero él no había insinuado que tuviera ningún propósito concreto y, para Evert, el simple hecho de estar con David ya era suficiente propósito. Con todo, detectó un tono ligeramente forzado y cierto masoquismo en su primera pregunta:

—¿Cómo le va a Connie en su nuevo trabajo?

David se quedó mirando el fuego, que ardía lentamente.

—Bien, gracias, Evert, pero... son muchas horas. —Se le notaba un tanto cohibido hablando como miembro de una pareja. Era un lugar, un escenario, que Evert nunca había habitado, pero el gesto de preocupación de David le resultó gracioso.

—Entonces, ¿no la ves mucho?

—Bueno, no es la situación ideal —dijo David con estoicismo.

Evert, amable, hizo una pausa.

—¡Pero es mejor que nada! —dijo.

David refunfuñó y siguió mirando el fuego. Tal vez no quisiera hablar de su vida privada, tampoco a Evert le interesaba conocer muchos detalles; con todo, escucharlo hablar de ella significaba avanzar por la zona mágica de la confianza de David, estar enterado de sus secretos.

—La otra noche no me quedó muy claro a qué se dedica, pero es... ¡bueno, es muy inteligente!

—Oh, sí —concedió David, como si eso fuera, a la vez, algo de lo que enorgullecerse y un pequeño problema. ¿Habría algo que no funcionaba, algún obstáculo íntimo para el que David necesitaba ayuda? —Bueno, está en el palacio Blenheim, ya sabes que trabaja allí —dijo sin ambages, como si lo impacientara que Evert no lo supiera. Durante un segundo su mirada adoptó un brillo de eficiencia: él era el soldado vestido de paisano, todo lo contrario de Evert, el civil por excelencia.

—Ah, ya entiendo —dijo Evert, aunque en realidad solo había oído rumores de lo que sucedía en Blenheim. No era la primera vez que se sentía fuera de juego.

—Con nuestro amigo común, el señor Green —añadió David.

—Así es... —dijo Evert, como si, con discreción, ocultara su propia información respecto a ese asunto confidencial. Aquel «señor Green», tan formal, lo sorprendió y le agradó. Entonces reparó en que David lo observaba con una sonrisa un tanto pícara, pero hermosa, y le sostuvo la mirada cuanto pudo hasta que, aturdido, tuvo que desviarla. No estaba seguro de qué había pasado, pero confiaba en poder aprovecharse de ello.

Como es lógico, Evert no podía saber qué tenía pensado David para aquella velada: quizá solo una pinta antes de regresar con prisas al *college*. Le encantaba estar sentado cerca de él, poder mirarlo cuanto quisiera, ponerle una mano en el brazo de vez en cuando para enfatizar algún comentario gracioso; para él, el ambiente deslucido del bar ofrecía una oportunidad de oro... y dolorosa al mismo tiempo, pues lo obligaba a reconocer que ahora eran amigos, pero que nunca serían nada más que eso. Mientras Evert apuraba su cerveza, David se levantó y dijo: «¿Lo mismo, pues?», como si, a su entender, la velada estuviera desarrollándose bien, quizá, incluso, como si no hubiera hecho más que empezar. Se percibía en él aquel toque teatral que también había desplegado al hablar de su compromiso matrimonial o al lucir

su uniforme. Evert lo observó mientras David estaba en la barra: los pantalones de franela viejos, demasiado ajustados también por las nalgas y los muslos, muy desarrollados, y con los fondillos muy gastados. Lo estaba invitando a una cerveza, pero saltaba a la vista que tenía muy poco dinero.

Cuando David volvió a sentarse a la mesa, Evert comprendió que David tenía algo concreto en la mente y lo primero que pensó fue que sería un rechazo, amable pero terrible y que aquella primera velada que habían pasado solos y juntos estaba destinada a ser la última.

—¡Salud! —volvió a decir David—. Entonces, ¿no te has enterado de ese pequeño problema que tuve?

—¡Ah, no! —respondió Evert—. En tu pueblo, supongo.

—No, no me refiero a eso, aunque la situación allí también es bastante difícil. —Pareció que iba a cambiar de tema y empezar a hablar de los bombardeos, pero se corrigió—: No, me refiero a lo que pasó aquí, en el *college*.

—No, no he oído nada —dijo Evert con un deje de indignación. Por su mente pasaron una serie de ideas, como figuras entrevistas en una habitación antes de cerrarse la puerta—. ¿De qué se trata? Bueno, si quieres contármelo, claro. —Pensó que, después de decir eso, a David le sería muy difícil no contárselo.

David lo miró, le lanzó una sonrisa rápida y provisional y tomó un trago de cerveza nada más contestar:

—Tengo problemas con el censor.

—¿Ah, sí?

—Es que no estaba al tanto de las normas.

—Ah —dijo Evert, y fingió no saber lo que venía a continuación. Pero luego añadió—: ¿Te refieres a Connie?

David frunció los labios y asintió. ¿Acaso tenía intención de que Evert lo dijera por él?

—Entiendo —dijo Evert, y sintió que todavía había cierta ambigüedad que se agradecía.

—Sí —dijo David, y bebió un poco más. —Bueno, lo que pasó, por si te interesa, fue que mi sirviente entró temprano, hace un par de días, y nos encontró juntos. Y ha informado al censor. No le caigo bien, me tiene manía

desde que pasó aquello con Sangster... Bueno, supongo que de eso no sabes nada.

—¿Insinúas que tu sirviente...?

—Bueno, él o el censor. —Que a alguien pudiera no gustarle Sparsholt o que le diera libertad absoluta, eran para Evert ideas igual de desconcertantes.

—Ya. ¿Y qué dijo el censor? —Evert se imaginó sin proponérselo el momento del descubrimiento, el umbral del dormitorio a oscuras donde él había conocido a Gordon Pinnock. Se horrorizó al pensar que quizá David, caído en desgracia, tuviera que marcharse y que en ese caso no volvería a verlo—. No puede expulsarte por eso —dijo, desafiando descaradamente la verdad.

—Ah, no, no me ha expulsado. No te preocupes.

—Ah, me alegro.

—No, dice que, dado que me voy a marchar de todas formas, no quiere perjudicar mi hoja de servicios.

—Bueno, menos mal.

—Y, por supuesto, también ha tenido en cuenta el hecho de que estamos comprometidos.

—Claro...

Durante la pausa que hubo a continuación, mientras David asentía con la cabeza y luego bebía y dejaba la jarra en la mesa, pareció que, al fin y al cabo, no hubiera problema alguno.

—No —dijo David—, pero me va a poner una multa.

—Ah, bueno —dijo Evert, y temió parecer demasiado indiferente—. ¿Mucho?

—Veinte libras.

Evert, compasivo, hizo una mueca.

—Es bastante. —Era exactamente lo mismo que él iba a pagarle a su contacto en North Oxford por otro pequeño paisaje de Stanley Goyle (al cabo de dos semanas, cuando su padre le enviara la paga de diciembre)—. ¿Podrás pagarla?

David se recostó en la silla, un gesto de derrota que era, también, una especie de alarde. Mostró su herida magnificencia, el jersey ceñido sobre el pecho cuando extendió los brazos y encogió los hombros. Y miró

directamente a Evert, con el gesto absolutamente inexpresivo de quien calcula su siguiente paso.

—No puedo pedírselo a mis padres, evidentemente. —Soltó una risotada áspera y su mirada adquirió un aire ligeramente acusador.

—Ya me imagino que eso sería incómodo.

—Es que son muy estrictos. Bueno, ya sabes cómo son los padres.

—Sí —dijo Evert, amable. Pensó que su padre habría protestado pero habría sentido un alivio inmenso si se hubiera enterado de que lo habían sorprendido con una mujer en su dormitorio. David suspiró profundamente y resbaló un poco más en su asiento, abandonando su habitual estado de alerta; una de sus piernas le tocaba la pantorrilla a Evert—. ¿Podrás solucionarlo?

—No tengo ese dinero —dijo David, cortante—. Bueno, tenemos algo ahorrado para la boda, pero eso es intocable.

—No, claro —dijo Evert.

—Eso tiene que ser intocable.

A Evert ese adjetivo le pareció extrañamente provocador. Escudriñó el rostro de su amigo y, anonadado, hizo inventario de sus méritos. Era una decisión temeraria, descabellada, que debía tomarse con rapidez y sin ambigüedades.

—¿No puedo ayudarte? —preguntó. David se quedó mirándolo, con respeto y con la adecuada pesadumbre de quien debe declinar la oferta que acaba de solicitar.

—No podría aceptar —dijo, pero había algo más. Se enderezó y se inclinó hacia delante; en su mirada se distinguía el brillo del estratega para quien ganar lo es todo.

—No tengo mucho dinero —dijo Evert—, pero podría darte..., bueno, lo que necesitas. Mañana.

—¿De verdad? —De pronto David se mostraba ansioso y solícito—. ¿No es demasiado? Es muchísimo dinero. Bueno, qué bien. —Le tendió una mano a Evert para estrechársela, con elegancia pero también con la ineludible seguridad de quien cierra así un negocio. Antes de soltarle la mano, tiró de Evert y lo rodeó con el otro brazo. ¿Acaso llegó a besarle la oreja? Fue un abrazo torpe y espontáneo, pero también dio la impresión de que había encontrado un momento para hacer algo que tenía planeado desde hacía mucho tiempo. O eso pensó Evert al día siguiente—. Qué gran amigo eres. —

Y se recostó de nuevo, varonil y competente otra vez, y clavó la mirada en la mesa como quien contempla el resultado casi garantizado de un atrevimiento: se diría que estaba viendo cómo le devolvían su legítimo futuro.

Tras la tercera pinta de cerveza, más animados, dejaron de hablar de la multa y del préstamo, aunque ante Evert aquel asunto seguía ensanchándose, amenazador. De momento, los arrastraba la cerveza.

—¿Por qué no me hablas de tu familia? —dijo David, diplomáticamente. Y durante un par de minutos Evert le habló de su familia, pero trabándose y exagerando por temor a que él no la encontrara interesante. David asentía con la cabeza y, de vez en cuando, esbozaba una sonrisa para expresar su comprensión. Su pregunta, en realidad (Evert ya había empezado a notarlo), era la despistada cortesía de quien quiere seguir hablando, sobre todo, de sí mismo o de alguien que todavía no domina el arte de la conversación. Evert comentó que su hermana vivía en Tenby con su madre.

—¿Es guapa? —preguntó David, indirectamente quizá también para halagar a Evert.

—Sí, es guapa —contestó él—. ¡Bueno, las dos son guapas! —Rectificó, molesto por el mecánico interés de David por Alex y no por él.

—Quizá te haga una visita —especuló David.

—En ese caso, te la presentaré —dijo Evert—. Si todavía estás aquí.

—¡Ah, bueno...! —David, con la pinta en la mano, asintió con la cabeza reconociendo aquella oportuna precisión—. En fin, el caso es que tú tampoco eres feo.

—Bueno... —balbuceó Evert, perplejo y agradecido, pero atrapado de inmediato en un laberinto de respuestas imposibles. La belleza de David era el contexto tácito y, por supuesto, su recato y su vanidad, incalculables, velaban cualquier cumplido—. Ya te digo que mi madre es muy guapa —dijo.

—¿Lo ves? —dijo David, casi con tono de reproche, y, por primera vez, milagrosamente, se sonrojó.

Fue en el breve paseo de regreso al *college*, en una oscuridad casi impenetrable, donde tomó forma aquella nueva y secreta posibilidad entre los dos. Que no pudiera suceder, que no fuera más que una posibilidad, le producía a Evert una especie de terror. El paseo por la orilla del gorgoteante

río, que a la ida le había hecho sentirse tenso y cohibido, se apresuraba a la vuelta en un torbellino vertiginoso de significados alterados. Cuando, de pronto, David lo cogió por el brazo, Evert trastabilló para adaptarse a su paso; «¡Ánimo!», dijo David, y la promesa tácita del tacto de aquella mano que lo sujetaba con ligereza y de la presión de su codo contra las costillas de David tuvo que luchar contra la aplastante improbabilidad de que fuera a ocurrir nada más. Los anillos blancos pintados alrededor del tronco de los árboles señalaban el acceso al puente peatonal. Era un juego cruel y retorcido: hacerle creer algo sin expresarlo con palabras y rechazarlo sin ningún reparo si Evert se atrevía a participar. Sin embargo, si no participaba, lo atormentarían los remordimientos. La noche y lo sobreentendido eran su elemento, con toda su inquietante ambivalencia. Cuando llegaron a la gran entrada y se agacharon para pasar por la pequeña puerta lateral, Evert notaba el pulso en los oídos. Una vez en el patio, amplio e invisible, una mera intuición, dijo:

—Tengo una botella de whisky en mi habitación. Lo digo por si te apetece otra copa.

Una parte de él confiaba en que David dijera que no y que lo devolviera a su estado habitual de anhelo infranqueable, pero otra le hizo sonreír en la oscuridad cuando contestó:

—Vale. —Y añadió—: ¡Enséñame el camino!

Por lo visto, Evert solo recordaba unas pinceladas de lo que había sucedido en su habitación, pues la tensión había acelerado todo, y David también mostró un nerviosismo jocosos mientras colgaba su abrigo y se dejaba caer en el sillón, junto a los rescoldos. Entonces se inclinó hacia delante, removi6 las brasas con cuidado para destaparlas y puso los dos trozos de carb6n que quedaban en la caja. Los dos contemplaban el fuego como si fuese lo m6s importante del mundo. Evert comprendi6 que a David no le interesaba ni lo m6s m6nimo la habitaci6n, que a 6l no le gustaba, ni sus preciados libros y cuadros.

Le sirvi6 una medida generosa de whisky y le ofreci6 agua, que David rechaz6. A Evert le sorprendi6 la rudeza con que recurría al alcohol a palo seco para reforzar su confianza; se qued6 cerca de la ventana, sonriendo como quien se queda solo en una fiesta. Al cabo de un minuto, David se inclin6 hacia delante para quitarse el jersey y, sin mirar apenas a su alrededor,

lo tiró al suelo, junto a su sillón. Evert lo miró y, sin dejar de hablar distraídamente, fue despacio hacia él. Lo recogió mientras describía con minuciosa futilidad el trabajo que debería estar escribiendo y que se le antojó tan fútil y remoto como la luz de las estrellas en cuanto tuvo en las manos la masa tibia de aquel jersey tejido a mano y lo sostuvo un momento, con los olores, suaves o intensos, del cuerpo de David. Después, despacio, lo dobló y lo dejó encima de la mesa, casi sin ser consciente de que lo hacía. La mirada de David, su amago de sonrisa, con la punta de la lengua sobre el labio, era burlona, y se prolongó, casi tiernamente interrogante.

—Eres igual que Connie —dijo, y pareció que mencionarla lo tranquilizara y que aclarara, quizá, su noción de lo que estaba haciendo en ese momento, fuera lo que fuese. Se recostó en el sillón, con la cabeza echada hacia atrás, las piernas estiradas y las botas encima de la alfombrilla extendida delante de la chimenea. Evert ya sabía que David tenía buen aguante para la bebida y se fijó en que fingía estar más borracho de lo que en realidad estaba. Durante tres segundos, perplejo, constató que estaba mostrándole algo inimaginable y desvió la mirada para luego volver a mirar, exaltado y acalorado. Entonces David bajó la mano y se tapó ligeramente, como si Evert fuera un perverso por mirarle la entrepierna a otro hombre. En la otra mano, que colgaba por fuera del brazo del sillón, tenía el vaso de whisky, inclinado, y lo sujetaba sin apretarlo.

—Cuidado... —dijo Evert. David levantó la cabeza, vio a qué se refería y dio un trago como quien se traga una pastilla. Aquella sonrisita pícaro se había borrado de sus labios y, como si le hubieran pedido que hiciera algo poco razonable, su reacción instintiva había sido fruncir el ceño

—Bueno, tendremos que dejar la luz apagada —dijo.

Con incredulidad, tenso, como si cargara con un objeto delicado de gran tamaño, Evert, sin dejar de mirar a David a los ojos, retrocedió paso a paso hasta la puerta del dormitorio. Allí también se había impuesto el oscurecimiento y, al abrir la puerta, notó el frío propio de una despensa. No se atrevió a desobedecer y darle al interruptor, ni a buscar a tientas la lámpara de la mesilla de noche. Sintió que, allí plantado, dominado tanto por el terror como por la coquetería, se estaba insinuando y entonces vio levantarse a David y suspirar como suspira un hombre fuerte a quien han pedido auxilio, asentir con la cabeza, disimulando casi su satisfacción, e ir hacia él con la

botella de whisky en la mano.

Después de marcharse David, recuperada la calma y la lucidez, pensó en la obra de Goyle que había visto y que quizá ya nunca poseería y comprendió la extraña rentabilidad de su transacción: había hecho el préstamo por amor, una inesperada renuncia a algo sin vida pero duradero a cambio de algo pasional e irrepetible. Su obsesión de coleccionista parecía un mero consuelo, una triste sombra de su obsesión por David, a quien nunca poseería, pero quien había sido objeto de préstamo durante unas horas increíbles. De momento, el calor de los recuerdos poblaba la fría habitación en la que se encontraba, tumbado en la cama, tapado con las mantas y contemplando la oscuridad. Estaba despierto y solo de una forma nueva, vibrando de esperanza y triunfo y con una imprevista promesa de desesperación. La belleza de aquello era que, para David, la entrega había sido completamente innecesaria, pues él ya había ganado la promesa del préstamo gracias a haber intuido la intensidad de los sentimientos de Evert por él. Demostraba tener la fuerza del líder, un sexto sentido para adivinar qué estaban dispuestos a hacer los otros por él, pero ir a su habitación, incitarlo y entregarse a él revelaba voluntad y deseo, además de gusto por el peligro; recién liberado de un escándalo sexual, se metía en otro. Evert se lo imaginó al cabo de unos meses, convertido en piloto de combate brillante y descabelladamente temerario. Y entonces, cuando empezaron a oírse los primeros sonidos del día, mientras esperaba a que su sirviente entrara en la habitación contigua, recorriera las cortinas negras y recogiera las cenizas y los vasos vacíos, de pronto se estremeció al imaginarse a David en el otro extremo del mundo, en el insondable futuro de la guerra. Se levantó de la cama, se puso la bata y fue a la salita, donde Joe, siempre contento y un poco aturdido ante la visión de la mujer de Anders Zorn, de caderas anchas y grandes pechos, en una playa nórdica, sacudía los cojines mientras, con elegancia, fingía curiosidad y reproche.

—¿Una velada ajetreada, señor? —preguntó.

Evert cruzó la habitación bostezando y desperezándose, una forma de disimular el pánico repentino a ser descubierto; fingió que no le preocupaba ni lo más mínimo lo que estuviera haciendo Joe.

—Vino un amigo a jugar a... —dudó un momento, incapaz de decidir—.

Sí, supongo que fue una velada un tanto ajetreada —respondió. Miró por la ventana y vio que rompía el alba; no, allí no había nada de que preocuparse, pero ¿y en el dormitorio? Durante unos segundos angustiantes se imaginó que lo llamaba el censor, a instancias de las pruebas presentadas por Joe, y que tenía que pagar otras veinte libras para ahorrarse problemas. Se oyó débilmente el ruido de la cancela al abrirse, abajo y a la izquierda, y, cuando apoyó una rodilla en el saliente de la ventana y se asomó, oyó un grito y vio al pelotón de dos docenas de hombres con el uniforme oscuro de entrenamiento salir corriendo a Broad Walk y cruzar, en diez segundos, a la siguiente avenida. El sombrío camino y los reflejos de la habitación en el cristal de la ventana le habían impedido ver más, pero había visto a David entre aquel grupo de jóvenes que habían salido en tropel. Parecía haber regresado a su elemento; nada representaba mejor el abismo que existía entre ellos dos que aquel inmediato y firme regreso a la vida del equipo y su carrera hasta el río al amanecer.

Aquella mañana, Evert se saltó su clase y, hasta pasadas las diez, no fue a la conserjería y encontró la tarjeta que me había enseñado, y que volvió a guardarse, lanzándome una mirada de ligero recelo. Consideré muy probable que David contemplara el favor nocturno como la devolución del préstamo que Evert le había prometido, pero dudaba que Evert hubiera calculado ya el precio de su capricho: dos o tres horas febriles en la cama a un coste de veinte libras.

—Así que volvemos a la cuestión de la tarjeta, Fred. El alfa y el omega. ¿Significa que soy lo más importante para él?

—Desde luego, podría significar eso —contesté—. ¿O querrá decir —y fui todo lo objetivo y diplomático que pude— que esta no solo ha sido la primera vez, sino también la última?

Evert y yo fuimos juntos a la estación a recibir a su padre y no volvimos a hablar de aquella cuestión; mantuvimos una charla animada, pero banal por la falta de la misma. Y en aquella evasiva vi algo más: que el tema Sparsholt, que había ocupado por completo la vida de mi amigo e intervenido de forma harto extraña en la mía durante varias semanas, permanecía, sin duda, ignorado para el resto del mundo. Estaba convencido de que Evert no tenía ningún otro confidente y era impensable que Sparsholt fuera a hablar de ello

con nadie. Lo sucedido ya había adoptado su verdadera escala, algo diminuto y puramente personal, demasiado secreto como para merecer siquiera una nota al pie en la historia de su época. Dudo mucho que alguien haya dicho ni una sola palabra al respecto hasta ahora. Miré a Evert al pasar, presuroso, por delante del castillo.

—¿Te escribió mi padre para decirte en qué tren llegaría? —me preguntó.

—Bueno, recibí una nota de su secretaria.

—¿Ah, sí? No sabía que tenía secretaria. ¿Cómo se llama?

—No me acuerdo.

—Debe de ser la mecanógrafa, la señorita Hatchet.

—Puede ser —dije sin estar de ello nada convencido.

El tren llegó con retraso, por supuesto, y nos pasamos diez minutos sentados en la sala de espera, sin luz, compartiendo un ejemplar de *The Oxford Times* que alguien había dejado allí. Yo, a diferencia de Evert, estaba hambriento, pero la máquina expendedora de chocolatinas que tantas satisfacciones nos había procurado llevaba varios meses vacía. Aun así, tiré del cajón. Entonces el tren llegó a la estación y tuvimos que correr a su lado por el andén hacia el vagón de primera clase, en el que Evert había visto pasar de largo a su padre antes de detenerse la locomotora. Yo había visto fugazmente una cara seria y pálida y, detrás, una figura de pie, quizá intentando alcanzar el portaequipajes: una mujer con sombrero de ala ancha y un abrigo de piel rojiza. El estridente chirrido de los frenos me puso los nervios de punta.

Yo no sabía cómo saludaría Evert a su padre; de hecho, ambos evitaron saludarse, y Victor se dio la vuelta al apearse y se dirigió a la mujer que iba detrás de él con aquel gran sombrero, y enseguida me di cuenta de que era la primera vez que Evert la veía.

—Os presento a la señorita Holt —dijo Victor—, mi secretaria. —Nos estrechamos todos las manos y la señorita Holt se quedó atrás vigilando una gran maleta, su bolso y dos paraguas. Victor llevaba un sombrero de fieltro gris y un fular rojo con estampado de cachemir y, entre esas dos prendas, sus azules ojos destacaban en su cara lisa e inexpresiva. En las sobrecubiertas de sus libros no aparecía su fotografía, pero yo lo había visto en el periódico y me había imaginado a un hombre mucho más corpulento. Evert era cinco centímetros más alto que él, aunque sin duda alguna veía en él toda la

grandeza psicológica de la figura paterna; mi primera impresión fue la de un alto ejecutivo sin sentido del humor, pulcro, ensimismado y más parecido a un esclavo que a un maestro de la palabra.

—No sé qué preferirá hacer —dije, y preparé mi pequeño surtido de entretenimientos.

—Iremos directamente al Mitre —respondió él—. Necesito adelantar con un artículo para la prensa sueca.

Me pareció que Evert sentía alivio; de lo que sentí yo no estoy seguro.

Dado que coger un taxi habría supuesto un lujo excesivo, propuse ir a la ciudad en autobús. Había uno esperando, medio lleno, en la entrada de la estación y a él nos subimos; Victor digirió aquella humillación fingiendo que no viajaba jamás en un autobús; yo pagué sus billetes. Evert se sentó al lado de su padre y yo me apretujé con la señorita Holt y sus bolsas detrás de ellos. De vez en cuando, Victor torcía la cabeza y decía en voz alta: «Eso es Worcester College, señorita Holt... Eso es Elliston & Cavell's...» En otras circunstancias, Evert tal vez se habría avergonzado de su padre, pero ese día estaba muy ausente: sus bostezos eran su impotente homenaje a la noche pasada. Si Victor se percató de la ligera conmoción que provocaba en el autobús, debió de atribuirlo a que lo habían reconocido y lo cierto es que tenía algo peculiar y difícil de explicar, a mi juicio, que hacía que cualquiera que lo hubiera mirado una vez volviera a hacerlo. Su voz llegaba lejos, incluso en Oxford, una ciudad de conversadores irrefrenables y desenvueltos: era nítida, despótica, había adoptado a la perfección la pronunciación lenta y quebrada de las clases altas, pero con el encanto y la rareza de una erre que se atascaba ligeramente en el velo del paladar. En sus labios, monumentos tan conocidos como la Radcliffe Camera o el Edificio Clarendon adquirían una luz sutilmente sofisticada. «Eso de la derecha es Christ Church, señorita Holt, el *college* de mi hijo.» Evert se volvió y sonrió a modo de confirmación y disculpa.

A las cinco y media, Evert, Charlie Farmonger y yo fuimos a buscar a nuestro invitado para la cena; habíamos planeado tomar, primero, una copa en el bar. Victor llegó con un pequeño puro encendido y, de nuevo, con la señorita Holt.

—Quería preguntaros una cosa —dijo mientras cogía su vaso de ginebra—. ¿Vais a presentarme?

—Sí, señor. Había pensado hacerlo yo...

—Pues, si no te importa, sé breve, por favor.

—No me alargaré —prometí.

—El año pasado di una charla en París y el presentador se pasó más de veinte minutos hablando. Fue un discurso muy elogioso, desde luego, todo eso del mejor escritor vivo y demás, pero, a fin de cuentas, lo que hizo fue consumir mi tiempo.

—Tendré que elogiarlo un poco —dije, pero mi comentario parecía rozar la broma y Victor me indicó, arrugando la frente y sin quitarse el puro de los labios, que no debía intentar nada de ese estilo. Se me ocurrió pensar que tal vez Victor también estuviera bromeando, pero, estando como estaba completamente de acuerdo con él, el escritor no había pretendido ni de lejos ridiculizar a su presentador francés. Al parecer, la señorita Holt también compartía su opinión, aunque parecía un poco nerviosa, como si no dejara de recordarse todo el tiempo que debía concentrarse.

Cuando nos sentamos alrededor de una mesita con nuestras bebidas, la observé más atentamente. Debía de rondar los treinta y cinco años, era delgada pero no frágil, tenía los ojos castaños y la mirada titubeante y llevaba el pelo, castaño oscuro, retirado de un rostro más inteligente que hermoso.

—¿Hace mucho que trabaja para el señor Dax? —le pregunté.

—No, muy poco —respondió ella con una sonrisa tímida. Comenté que debía de ser fascinante. Ella caviló un momento antes de murmurar con dulzura—: Todavía estoy poniéndome al día.

Hablaba con un acento refinado y deduje que era una mujer con estudios que intentaba ganarse la vida. No podía preguntarle qué había hecho para evitar la movilización; quizá ocuparse de Victor se considerara un «servicio esencial». En aquel momento la vi como la Lorna Monamy de *La certeza del corazón* o la Christine Lant de *La palabra del jinete*, las misteriosas y turbulentas ayudantas del artista ciego, herido de guerra, y el sabio desilusionado. Le temblaban ligeramente los delicados dedos y, cuando estiró el brazo para coger su vaso, me fijé en la marca que un anillo que había llevado mucho tiempo había dejado en su piel.

El pobre Evert no estaba del todo con nosotros. Nos había traído a su padre, famoso, y ahora estaba sentado a su lado con una jarra de cerveza vacía, como si ni siquiera supiera quién era. Nos miramos varias veces,

largamente, y eso me hizo sentir incómodo por ser no solo su amigo sino también su cómplice. Victor seguía hablando como si su hijo no se encontrara allí y, al cabo de un rato, Evert sintió, por lo visto, la necesidad de recordarle su presencia. Aprovechando que nos habíamos quedado todos callados un momento, dijo alegremente:

—¿Cómo está Herta, padre?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Victor, enojado; también advertí que a la señorita Holt pareció incomodarle la pregunta—. No sé si te has enterado de que, ahora mismo, la *Blitzkrieg* alemana está cayendo sobre el tejado de la casa de tu familia. —Miró rápidamente alrededor para hacernos partícipes de su sarcasmo. Charlie soltó una carcajada y Evert dijo que sí se había enterado y que por eso lo preguntaba; ignoraba, igual que el resto de nosotros, qué había de malo en su pregunta. Se produjo un silencio incómodo; para cambiar de tema, le pregunté a Victor acerca de los orígenes del apellido Dax. ¿Era un apellido holandés? Supongo que yo debería haber recordado que era la familia de su madre la que provenía de Holanda.

—No, de hecho es un antiguo apellido de Shropshire —explicó Victor.

—Entonces me pregunto si será un apellido normando —especulé— que ha perdido el apóstrofo. —Me pareció extraordinaria su capacidad para obtener esa clase de halago y de sumisión con solo quedarse callado y mirarnos fijamente por encima del borde de su vaso. Después de parecer que calculara los inconvenientes y las ventajas de la teoría del origen normando, expulsó una gran nube de humo mientras cavilaba con aire dolido.

—Podrías estar en lo cierto —dijo entonces, hábilmente, sin atribuirse un linaje tan antiguo él mismo y, al mismo tiempo, logrando que pareciera que ese asunto me importaba mucho más a mí que a él.

Jill vino a reunirse con nosotros cuando nos disponíamos a salir del hotel. Victor se animó un poco al ver a otra mujer y, cuando nuestro pequeño grupo regresó al *college* por Alfred Street, caminaron juntos, con el buen humor relajado de esos breves encuentros entre desconocidos. Jill llevaba la linterna; la señorita Holt y yo íbamos detrás de ellos, y, por último, Evert y Charlie. Hacía una noche tan clara, después de la ligera llovizna que había caído, y había ya tanta luna que la linterna estaba casi de más. Al otro lado de la calle, brillaban los altos tejados y el reflejo de la luna se deslizaba de una ventana a

otra, todas oscuras, como el haz de un reflector. Yo iba calculando lo que duraría la cena, pues eso era lo único que me separaba de mi discurso, pero también observaba a Jill. La seguridad en sí misma de que hacía gala con Victor revelaba una conmovedora y nueva valentía; lo halagaba, que era lo que él exigía, y él, si bien los elogios provenientes de un varón, una vez recibidos, eran tratados con desdén, al parecer estaba dispuesto a aceptar cuantos provinieran de ella.

—Disfruté muchísimo con *El regalo de Hermes* —la oí decir, y Victor dijo algo así como que lo último que esperaba de sus lectores era que disfrutaran con él—. En mi modesta pero meditada opinión —añadió (y al oír eso lamenté aquel tono autoritario con el que yo ya estaba familiarizado)—, es lo mejor que ha escrito usted.

—Bueno, es un gran libro —dijo Victor enérgicamente, dando a entender que no tenía sentido que ninguno de los dos afirmara lo contrario, pero entonces, volviéndose hacia ella, agregó—: Aunque espero que no le parezca tan bueno como el que estoy escribiendo ahora. —Aunque, como otros de nuestros escritores invitados, no mostraba el menor interés por sus anfitriones, a través del humo del puro vi que con ella sí interactuaba. He de reconocer que, seguramente, estaba celoso.

Entramos en el *college* por la puerta de atrás; los logros del Club de Remo anotados en el patio, reluciente bajo la luz de la luna. Aunque lo había invitado nuestro club, Victor cenó con los miembros de la junta de gobierno en la mesa de honor: solo hubo un momento, cuando Evert lo dejó en la puerta de la sala de estudiantes, en que atisbé el cariño sincero entre padre e hijo: una rápida inclinación de cabeza, una ligera palmada en el brazo de Evert al darse el gran hombre la vuelta. En el comedor se sentó al lado del decano y, de vez en cuando, al verlo entre las espaldas de los locuaces catedráticos, yo sentía una especie de afecto posesivo y muchísima ansiedad, ahora que la cosa ya estaba inevitablemente en marcha, por si sería bien acogido por los estudiantes. Evert se había quedado conmigo, confiando en mi comprensión, y, prudentes, nos sentamos donde no pudiéramos ver a David. Aun así, su presencia, en algún lugar detrás de nosotros, hizo que el hambriento Evert le diera vueltas a su comida por el plato, incapaz de probar bocado, y clavara la vista en la oscura madera de roble de la mesa como si esta ocultara maravillas o desgracias jamás reveladas.

Cuando bajamos del comedor al Tom Quad, bañado por la luz de la luna, empezamos a oír el ruido. Nos detuvimos de inmediato y la masa de estudiantes nos empujaba por detrás y por los lados. Era un sonido con un peso, una penetración y una extraña y racheada densidad que no habíamos oído nunca, al menos fuera de Londres: el repugnante zumbido irregular del Heinkel 111. Enfoqué brevemente con mi linterna y vi a Evert y a su padre, uno junto al otro, petrificados y mirando hacia arriba, contemplando aquel espectáculo casi invisible. Victor tenía la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta, e incluso él, famoso por su indiferencia hacia el Blitz, pareció durante un segundo atenazado por el miedo. El ruido no cesaba; nadie podía contarlos, pero quizá hubiera cincuenta, cien, doscientos aviones enemigos, Heinkels y Dorniers, volando a gran altura, hacia el norte. Una mano me agarró por el codo y, más que ver, sentí que era David. Hice cuanto pude para mantenerme firme, para ser una pequeña ancla para él, mientras él se abría paso entre la masa de gente y, con la otra mano, se agarraba a Evert. Tuve la impresión de que lo sujetábamos entre los dos, mientras él, boquiabierto, contemplaba aquello que temía por encima de todo.

Aquella noche la casa de Sparsholt quedó destruida, aunque hasta transcurridos dos días él no supo con certeza qué había sucedido. Al oír la sirena, sus padres salieron, como siempre, a refugiarse en el refugio antiaéreo que había al fondo del jardín; ya se oían fuertes explosiones cuando se percataron de que el gato no estaba con ellos. Frank Sparsholt salió corriendo y fue a la casa a buscarlo y allí murió, junto con el gato, mientras su mujer, a solo treinta metros, temblaba bajo tierra, aterrorizada por el ruido y por lo que había permitido que sucediera.

Las tareas que realizaba en Woodstock cada vez me robaban más tiempo durante lo que quedaba de aquel trimestre de otoño. A veces veía a Connie Forshaw en nuestro autobús especial, pero siempre iba rodeada de otras chicas; yo la saludaba levantándome el sombrero y le sonreía y solo en una ocasión ella me devolvió el saludo con una inclinación de cabeza. ¿Habría descubierto lo que había ocurrido durante su ausencia? Si así era, ¿era su frialdad hacia mí una señal de que me consideraba culpable? En el palacio, ella trabajaba en el laberinto de archivadores de la biblioteca Vanbrugh, mientras que mi mesa estaba en un gélido barracón, en el patio delantero, de

modo que estábamos separados. Sin embargo, todavía recuerdo dos pequeños incidentes relacionados con su prometido.

Le regalé el dibujo del torso de Sparsholt que había hecho Peter a Evert. Él era quien podía valorarlo más y yo no estaría tranquilo mientras lo guardara en el armario de mi dormitorio. Phil, el exdetective, era capaz de encontrarlo, extraerlo del tubo y llegar a todo tipo de conclusiones; ya podía imaginar la tensa cordialidad de nuestras posteriores conversaciones. Sentí un gran alivio cuando, una noche, se lo di a Evert, así como también una mezcla de curiosidad y placer travieso por ver cómo reaccionaría él. Mientras, en mi habitación, Evert lo desenrollaba y lo inclinaba para que recibiera la luz del fuego de la chimenea, deslicé mi pregunta aprovechando que él estaba distraído. El rojo de la sanguina y el resplandor del fuego hacían que la imagen dibujada cobrara vida y adquiriera un aire un tanto satánico.

—Supongo que fue omega, ¿no? —dije.

Evert tardó un momento en contestar:

—Bueno, tuve que verlo para entregarle el cheque.

—Ah, claro, claro.

—Pero gracias por el dibujo.

—No, me alegro de que lo tengas tú. —Lo contemplamos los dos durante un minuto—. ¿Y has...? —añadí—. ¿Has vuelto a verlo?

—¿Hmmm? ¿Cómo dices? —murmuró, con las mejillas coloradas y sin desviar la mirada del retrato. Comprendí que no podía repetir la pregunta y me di cuenta de que él lo sabía.

Y después, la última semana del trimestre de otoño, con el típico ajetreo que comportaba preparar el equipaje y marcharse, vi a David Sparsholt en persona y esa resultó ser la última vez. Había ido a Magdalen a visitar a un amigo mío que se marchaba prematuramente al ejército y, desde allí, sumido en la melancolía, me dirigí a la biblioteca Bodleiana. Me hallaba en el primer tramo ancho de High Street y las relucientes ventanas de las *Examination Schools* casi parecían amables en la gélida mañana de diciembre. Se acercaba un convoy enorme por detrás cruzando el puente Magdalen y, cuando el primer camión llegó a mi altura, me fijé en una figura que corría en la dirección opuesta, por el otro lado de la calle. Llevaba pantalones cortos blancos y una camiseta de tirantes, como si estuviera a punto de saltar a un bote, y al respirar expulsaba blancas nubes de vaho que envolvían su cabeza

antes de desvanecerse. Tenía los poderosos muslos enrojecidos a causa del frío, pero parecía completamente ajeno al clima y corría dando grandes zancadas, con una extraña mezcla de orgullo e indiferencia. Una figura tan imparables era alarmante a la par que espléndida. Reduje el paso, pero no lo saludé con la mano; él estaba en su propio mundo y, además, era demasiado tarde. Lo vi en dos destellos sucesivos mientras pasaba el convoy, como si se tratara de las fotografías en movimiento de Eadweard Muybridge: primero aquí, luego allí, y luego ya no estaba, como si su propio impulso se lo hubiera tragado.

*Este relato, escrito para el Club de Memorias
de Cranley Gardens, donde nunca llegó a leerse,
fue hallado entre los objetos personales
de Sir Freddie Green después de su fallecimiento.*

II. LA ATALAYA

1

—Te gusta dibujar —dijo Norma Haxby.

Johnny lamentó que lo hubieran pillado.

—Me gusta dibujar personas.

Norma sacó su pitillera del bolso.

—Pero ¿las personas no son lo más difícil? —Lo trataba como a un crío, aunque cuando encendió el mechero y levantó la cabeza se notó que adoptaba una pose.

—Por eso son interesantes —dijo Johnny antes de empezar a sombrear el fondo y luego volver furtivamente a la nariz de Norma.

—Yo nunca he sabido dibujar —comentó ella—. Supongo que la vena artística la has heredado de tu madre.

—De mí seguro que no le viene —comentó el padre de Johnny con cierta brusquedad desde el otro lado del ventanal. Había extendido el hule de la caja de herramientas en el suelo y estaba arreglando la luz del patio.

—Ya, tú eres más práctico, ¿verdad, David? —dijo Norma, y Johnny comprendió, por su forma de levantar la cabeza y lanzarle el humo, lo mucho que prefería eso; su voz tenía un deje provocativo.

—Connie es la artista —dijo su padre—, siempre lo ha sido.

—Bueno, ya sé que Connie es una gran lectora, ¿no? —Norma estiró el cuello con aire de ociosa satisfacción—. Yo ni me acuerdo del último libro que leí.

—Ah, eso no quiere decir nada. Jonathan tampoco lee —dijo su padre—. Nunca le ha gustado, ¿verdad que no, hijo?

—¿Ah, no? —Norma los miró a los dos, desconcertada.

—Pero solo tiene catorce años, claro.

—Tú tampoco lees mucho, papá —se defendió Johnny.

—No tengo tiempo, ya lo sabes —dijo su padre; atravesó el salón y se dirigió a la cocina—. ¿Tu amigo está por aquí? Nos vamos dentro de diez minutos.

Norma sonrió mientras lo veía marchar; entonces, de nuevo a solas con Johnny, parpadeó, apagó el cigarrillo, lo aplastó y se levantó.

—Espero quedar bien —dijo. Contempló las hojas de la palmera, agitadas por el viento; el ferri de Falmouth arribando; las nubes que se arrastraban y se difuminaban sobre el promontorio—. No sé qué vamos a hacer tu madre y yo si llueve. —Tal vez confiara en poder ver el dibujo, pero no pensaba pedirlo; Johnny, de todas formas, cerró su bloc.

—Voy a ver qué hace Bastien —dijo.

La parte delantera de «La Atalaya» tenía un patio que se abría a una extensión de césped que descendía con fuerte pendiente, con buenas vistas del mar por encima de los tejados de las casas del pueblo; sin embargo, la parte trasera estaba prácticamente excavada en la ladera de esquisto. El dormitorio de los chicos daba a una zanja estrecha que flanqueaba uno de los lados del garaje de la casa vecina; hasta entonces, les había parecido mejor dejar las cortinas cerradas. Dormían en literas, unas camas de niños que a Bastien, un año mayor que Johnny, ya le quedaban pequeñas. Aquella endeble estructura se estremecía y se sacudía cada vez que subía y bajaba a la litera de arriba y también cada vez que se daba la vuelta. Johnny estaba condenado a dormir bajo la malla del somier superior, que se curvaba bajo el peso de Bastien; con la primera luz del alba, contemplaba durante largos minutos la punta de una sábana que colgaba o una mano izquierda que, ajena a todo, latía débilmente a solo unos centímetros de su cara mientras Bastien dormía boca abajo y Johnny, hipnotizado, escuchaba el ritmo de su respiración. Bastien no usaba pijama, dormía en calzoncillos y camiseta; Johnny, tumbado en la cama de abajo, se lo imaginaba visto desde arriba. Cuando por fin conseguía conciliar el sueño, Bastien encendía la luz e iba al cuarto de baño. El día anterior su madre les había propuesto no vaciar la cisterna por la noche e, incumpliendo las normas, había recurrido al francés para explicarse. «Me refiero a la cadena del váter», aclaró, y se sonrojó ligeramente, lo que, por lo visto, fascinó a Bastien. Era a ella a quien él prestaba más atención: la seguía con una cortesía casi obsesiva de la terraza cubierta a la cocina; a veces, casi hasta el cuarto de baño.

Johnny llegó al rellano sin muchas esperanzas, pero cuando abrió la puerta vio que en la habitación había luz: las camas de la litera estaban sin

hacer, la maleta abierta de Bastien ocupaba la mitad del suelo y Bastien, levantado y vestido, se estaba atando las zapatillas de deporte. De una sola mirada de reojo, Johnny revisó su atuendo: los vaqueros oscuros y ceñidos, con los dobladillos deshilachados, y un polo rojo; entonces, Bastien se enderezó, se echó el pelo hacia atrás y se caló la gorra «Le Coq Sportif», con la visera apuntando hacia arriba, y, como en la habitación no había ningún espejo, se volvió hacia Johnny para que él le diera su aprobación.

Johnny se quedó rezagado por el estrecho camino y se alegró de que, durante un par de minutos, nadie estuviera mirándolo. Su padre iba delante y caminaba más deprisa, con un rollo de cuerda colgado de un hombro, como si se dispusiera a escalar un acantilado; Bastien cargaba con los dos remos y lo seguía con dificultad, y Johnny, que iba el último, llevaba los resbaladizos chalecos salvavidas.

Era un camino romántico, serpenteante, con subidas y bajadas, cuyas desviaciones estaban hechas para esquivar los pedruscos y las raíces de espinos y avellanos que hacían muchos tramos intransitables; de vez en cuando se atisbaban, abajo, las rocas recubiertas de algas. Johnny todavía no se había aprendido aquella secuencia: el tramo vallado que torcía hacia el interior bordeando la parte trasera del cobertizo de los botes; la bajada donde la marea alta te obligaba a subirte al seto si no querías mojararte; las cinco o seis verjas traseras con el nombre de las casas de la parte más alta del estuario, ocultas entre altos árboles, algunas rotas, aseguradas con candado y rodeadas y cubiertas de maleza, mientras otras dejaban entrever los exóticos jardines de Cornualles que trepaban por las laderas. Para él, los nombres eran confusos («Pencawl», «Pencara»), pero cada verja tenía su magia particular. De pronto se oían voces detrás de un seto, las ramas de saúco atascaban una cancela ruinosa y, entre las ortigas, se veían caminos por donde habían pasado los zorros. Vio que Bastien, que iba delante de él, se paraba para inspeccionar algo que su padre había ignorado, por supuesto: órganos esparcidos, un ala, unas plumas sueltas, el amasijo gris de un pájaro difícil de identificar. Johnny lo miró con recelo hasta que llegó a su lado y se agacharon los dos para examinarlo; entonces, comprobó que sentir el calor que desprendía Bastien, y resistirse a él, era sumamente doloroso, hasta tal punto que se alegró cuando su amigo volvió a enderezarse con una sonrisita

en los labios y siguió caminando. Los remos, cortos, que llevaba apoyados sobre los hombros mantuvieron a Johnny a cierta distancia hasta llegar al torniquete del final; allí, el año anterior, siempre le exigía la contraseña de un beso a su madre, hasta que un día ella le pidió que se dejara de bobadas. Se moría de vergüenza cuando se acordaba. Bastien se metió de lado en el estrecho recinto del paso; los remos se inclinaron y golpearon la valla mientras él intentaba sujetarlos con un brazo y empujar la puerta con el otro. Johnny se detuvo y esperó, privado de libertad de movimiento por el montón de chalecos salvavidas que llevaba en los brazos.

—¡Mierda! —exclamó Bastien.

Johnny soltó los chalecos, se inclinó hacia delante para empujar la portezuela y meterla en el angosto recinto y vio salir a su amigo. Entonces recogió los chalecos, desalentado por lo esclavo de las tareas obligatorias que conllevaban lo que, para su padre, eran las vacaciones ideales.

—Antes de dejarme pasar tienes que darme un beso —dijo, pero Bastien, que había seguido caminando, ya había llegado a la rampa de hormigón del club, donde los esperaba Clifford Haxby.

2

Primero tuvieron que ponerse los chalecos salvavidas.

—Supongo que todos sabéis nadar —dijo Clifford mientras los repartía.

—¿Qué pasa? ¿Tú no, Cliff? —preguntó el padre de Johnny con una sonrisita de preocupación, y Clifford chasqueó la lengua despectivamente.

—Ya, por eso me alisté en la marina, ¿verdad?

Su padre puso cara de desconcierto.

—¿La marina? Ah, pues durante la guerra no oí que la mencionaran ni una sola vez. —Le guiñó un ojo a Bastien, que se quedó mirándolo sin comprender y, luego, como alarmado, le devolvió el guiño.

Johnny pasó la correa y la tensó. Conservaba una sensación muy subliminal de las fuertes manos de su padre sujetándolo, por arriba y por abajo, y luego empujándolo, y la secuencia fluida de seguridad, miedo,

libertad, pero no recordaba no saber nadar. Y Bastien no tenía ningún problema: Johnny lo había visto en los grandes baños públicos de Nimes el verano anterior, chapoteando sin temor y sin demasiada destreza, y recordaba que salió de la piscina tan deprisa que el agua le bajó un poco el bañador. Y la verdad era que aquella imagen lo había asaltado bastantes veces. Ese día Clifford llevaba unos pantalones cortos oscuros, ceñidos por la parte de atrás, que revelaban unas piernas blancas y delgadas, sin vello; bajo la gorra de marinero azul inclinada hacia atrás, el flequillo engominado formaba una coma desgarrada que le tapaba el ojo izquierdo. Quizá hubiera estado en la marina durante la guerra, pero daba la impresión de que hacía más teatro que el padre de Johnny, quien, ataviado con sus viejos pantalones cortos de deporte verde caqui y una cazadora azul, recogió los remos que Bastien había tirado al suelo y se metió en el mar sin quitarse los zapatos náuticos para llegar hasta el pequeño bote auxiliar. Al cabo de un minuto ya estaban todos en el bote, que se hundía bajo su peso, y zarparon con el ímpetu y la emoción que provocaban los primeros instantes fuera de su elemento. En el centro, pesado, iba el motor, una carcasa blanca y lisa con dos hélices alargadas; los muchachos se encargaban de sujetarlo. Clifford observaba remar al padre de Johnny, parecía estar evaluando su diligencia y su vigor.

—David, que no estamos en la maldita regata anual —dijo.

El padre de Johnny sonrió y arqueó una ceja.

—Bueno, ¿cuál es, capitán?

Allí fuera había por lo menos cincuenta barcos de diferente tamaño y antigüedad; un par de ellos semejaban elegantes casas flotantes y eran mucho más altos que las pequeñas embarcaciones marrones, seguramente más acogedoras y más queridas: *Doris*, *Jeanetta*. El barco de Leslie Stevens estaba anclado mucho más allá del más grande de todos aquellos, el *Aegean Queen*, completamente cerrado, con las cortinas echadas, todo de una intimidad siniestra.

—Es igual que el *Thunderball*, papá —observó Johnny.

—Bueno, aquí está —confirmó Clifford cuando llegaron e intentaron apartarse de los cables del ancla, tensos por la fuerza que ejercía la bajamar. Johnny descifró la extraña palabra *Ganymede* escrita con letras blancas sobre una franja azul en la parte superior del casco blanco, unas letras extrañas, a pesar de que el nombre le era familiar, y confió en que Clifford no conociera

la historia porque, si la conocía, no pararía de dar la lata con ella.

—¿Esto es lo que llaman un destructor, Cliff? —preguntó su padre. Estaba tremendamente chistoso ese día.

A Clifford le pareció más propio de un capitán no entrar a trapo.

—Solo es un velero pequeño, veinticinco pies —respondió—. Contempló satisfecho la pequeña embarcación, que, cuando subieron a ella desde el bote auxiliar, demostró tener mucha más estabilidad e, incluso, un tamaño ligeramente preocupante—. Leslie salió a navegar con sus chicos el fin de semana pasado. —Bastien parecía un poco nervioso cuando puso un pie en el estrecho borde del casco y se inclinó hacia delante buscando algo a lo que agarrarse al tiempo que el bote daba una sacudida y salía despedido hacia atrás—. ¿Ha navegado alguna vez? —preguntó Clifford.

Bastien se encogió de hombros, dijo «Sí» y desvió la mirada, lo que Johnny interpretó como si hubiera dicho «No».

—No sé si sabe cómo llamamos nosotros las cosas —dijo Clifford—. Babor y estribor.

—En Francia debe de ser al revés, ¿no? —especuló el padre de Johnny.

—Bueno, dile que haga lo que yo le diga. —Clifford levantó una lata de combustible; Johnny la cogió y se quedó de pie con ella en la mano, preparado para que la disciplina de la navegación, los gritos y los reproches le estropearan la fiesta.

Los muchachos se asomaron a la pequeña cabina, que quedaba por debajo de la línea de flotación, con sus dos asientos convergentes y su mesa con tablero de formica, y entonces bajaron a explorar, si es que podía llamarse así, pues aquello no era mucho más grande que el bote de remos que habían pedido prestado el año anterior, pero a eso iba a reducirse su mundo durante un par de horas, un mundo que parecía hecho de territorios diminutos y superficies habitables. Estaban los dos de pie, agarrados a un cable diagonal que ninguno de los dos sabía cómo se llamaba ni para qué servía, pero Johnny sentía que eran aliados, hermanos, al menos dentro de los estrechos límites de yate, mientras zarpaban.

—¿Quién es Leslie? ¿La mujer de este hombre?

—No, es un hombre —dijo Johnny—. Leslie también es nombre de hombre, como... Bueno, supongo que tampoco lo conoces, Leslie Crowther,

el presentador de *Crackerjack*... No, Leslie Stevens es un diputado.

—Ah —dijo Bastien, y arrugó la nariz.

—Un miembro del Parlamento. Es bastante importante —añadió Johnny.

—¿Tú conoces a Leslie?

—¿Yo? No. Bueno, personalmente no —aclaró Johnny—. No es nuestro parlamentario.

—¿Y este hombre también es miembro del Parlamento?

—¿Quién? ¿El señor Haxby? —Torció la cabeza, pero Clifford y su padre también mantenían una de sus conversaciones en voz baja, ya fuera de negocios o sobre navegación, como solían hacer—. No, él pertenece a la Diputación Provincial, según mi padre también es muy importante.

Bastien sonrió y se rascó los testículos.

—Todos muy importantes —dijo.

El sol, que llevaba diez minutos prometiendo asomar, salió por fin y por encima de las nubes se abrió una gran extensión de cielo azul. Johnny se balanceó cogido del cable, seducido, en parte, por el tono burlón de Bastien, pero sin querer renunciar todavía a aquel gran reflejo de esplendor.

Saldrían a motor; un motor potente que, tras el cortante rugido de la cuerda de arranque, se puso en marcha con un ronroneo tranquilo y constante. Entonces el padre de Johnny apartó a Clifford con el codo: acumulaba fuerza durante todo el año para hacer uso de ella en aquellos momentos, tan escasos y para él sumamente satisfactorios. Clifford hizo una mueca curiosa, frunciendo los labios, ante aquella nueva exhibición de músculo y no se apartó: se mantuvo firme en su posición y aceleró el motor, que lanzó un rápido rugido y un chorro de humo para hacerlos zarpar. Todavía en el estuario —la luz del sol reflejada millones de veces en unas aguas verdes como los bosques que las rodeaban, las rocas recubiertas de algas brillantes y, debajo, una repentina y oscura profundidad—, salieron sin prisas, reduciendo su estela, cuidadosos, al pasar al lado de unos niños que iban en kayak y de una pareja que remaba en un esquife, con un terrier sentado en la proa. Pese a todo, Johnny percibía entre los dos adultos una picardía latente que lo inquietaba. Abriéndose paso a lo largo de la costa, un trazado difícil de seguir, estaba el camino por el que habían bajado y, más allá del promontorio de Parry`s Yard, aparecía, enroscado, todo el colorido panorama del pueblo;

Johnny no sabía si valoraba más la audacia y el privilegio de salir a navegar que el placer cálido y absoluto de ir a la cafetería o a la pastelería y observar a los chicos medio desnudos encaramados en el muro del puerto.

—Supongo, David —dijo Clifford—, que te podrás permitir algo un poco más grande que esto cuando esté acabado Archer Square. —Desde hacía unos meses sobrevolaba entre ellos el «encargo importante» del que los padres de Johnny dejaban de hablar en cuanto él hacía acto de presencia, aunque no fuera, estrictamente, un tema secreto. Había salido una fotografía de la maqueta en el periódico, unas formas cúbicas blancas alrededor de una torre blanca (el edificio más alto de los Midlands) y, a su lado, autopistas elevadas salpicadas de coches de madera de balsa.

—Ya veremos, Cliff —dijo el padre de Johnny.

—Y también tendremos una tripulación como Dios manda, y no esta pandilla de colegiales, ¿verdad? —Clifford miró sonriendo de forma alarmante a Johnny.

—Sí, señor —contestó Johnny antes de agachar la cabeza. Estaba llegando el ferri de Falmouth, que pasaría a su lado al virar hacia el puerto, y Clifford, como si coqueteara con él, se le acercó tanto que los veraneantes que iban en la cubierta los miraron desde arriba y, al cabo de un momento, empezaron a zarandearse en la estela del otro barco, más grande, rodeados de gaviotas que descendían en picado, chillaban y volvían a alzar el vuelo. Un niño que iba en la popa del ferri les dijo adiós con la mano. Clifford aceleró el motor: la proa se elevó unos cuantos grados y dejaron atrás el promontorio, rumbo a mar abierto. Bastien ladeó la cabeza y se retiró con Johnny a la entrada de la cabina.

—Bien hecho, Cliff. —Lo aplaudió el padre de Johnny, aunque a este no le pareció que estuviera excesivamente impresionado.

Sabía que debería estar disfrutando de las sacudidas rítmicas por la superficie del mar y del viento, que te hacía llorar sin querer y que, sin previo aviso, le arrancó a Bastien la gorra de la cabeza (Johnny dio un salto y la atrapó aprovechando que había quedado enganchada un segundo alrededor de un cable), pero todo aquello le provocaba ansiedad por anunciar la parte más temida, cuando izaran las velas. Al fin y al cabo, no navegaban en una lancha motora; se preguntó qué pensaría el diputado Leslie Stevens si veía a sus amigos haciendo aquello con el *Ganymede* y a Clifford sonriendo con

chulería para demostrar que él, al menos, se lo estaba pasando en grande. De pronto redujo la velocidad al mínimo y la inercia los impulsó hacia delante hasta que la embarcación se detuvo. Clifford ordenó a los chicos que soltaran la vela mayor, sujeta con unos cabos a la larga botavara, y también la otra vela más pequeña, el foque, que iba en la parte delantera del mástil. Se pusieron manos a la obra y Johnny advirtió algo tan interesante en el modo en que Bastien obedecía órdenes, en esa pericia distraída que, por lo visto, prefería durante un par de horas a sus habituales esfuerzos por demostrar indiferencia absoluta, que no se atrevía a observarlo atentamente.

Cuando izaron la gran vela mayor, la cosa se puso seria, pues cada uno tendría una tarea de la que responsabilizarse. Terminada la molesta diversión de la primera parte, se sucederían las bordadas y les gritarían y tendrían que colgarse de un lado de la borda, donde el mar siempre intentaba atraparlos cuando pasabas deslizándote por encima de él y donde, de vez en cuando, el agua te daba una bofetada. El padre de Johnny, una vez más, parecía hallarse más en su elemento que Clifford, porque aquello era una clase práctica de física, cuyas leyes él dominaba desde hacía mucho; se miraron fijamente y se sonrieron el uno al otro cuando la vela mayor ascendió con media docena de fuertes tirones, una mano tras otra, y se tensó como esperaban que hiciera. Todo estaba saliendo según lo esperado y Johnny, orgulloso de su padre, contemplaba la vela, una nueva presencia que los separaba y tapaba el sol. Johnny sujetaba uno de los dos cabos de la botavara, pero después de un rato su padre hizo una señal con la cabeza y le pasó el otro a Bastien. «Sujétalo bien, chico», dijo. Navegaron en línea recta durante dos o tres minutos, con la vela inflada, inmersos en un mundo donde solo existían sonidos: los crujidos del mástil forzado por el viento y las salpicaduras y los golpes de las olas contra el pequeño casco. Johnny tuvo que admitir que era agradable, que podía disfrutar de aquello; sonrió a Bastien, luego miró a Clifford y luego miró más allá, hacia el mar reluciente donde navegaban cinco o seis veleros más, cada uno con su tripulación atareada de aquí para allá, cada uno con un rumbo distinto.

Sin previo aviso, Clifford gritó «¡Ahora!», con un tono duro y cortante que había estado esperando su momento. La botavara se deslizó de un lado a otro; la vela, despojada momentáneamente de toda voluntad, se quedó indecisa, luego se sacudió y, con un golpetazo y un restallido, volvió a

hincharse por el otro lado mientras Johnny agarraba a Bastien por el bajo de la camiseta y tiraba de él para que se agachara. Acabaron por cogerle el tranquillo y resultó que navegar era otra cosa que Bastien sí podía hacer bien; aun así, una vez hecho a aquella rutina, adoptó un gesto inexpresivo, como si lo aburriese su obediencia. Navegar requería tanto esfuerzo y tanta concentración que el tiempo pasaba volando y era difícil disfrutar de la verdadera belleza de lo que veías mientras surcabas las aguas: el resplandor del mar quebrantado y la costa a lo lejos, girando poco a poco, avanzando y retrocediendo continuamente. Johnny pensó que Bastien también era hermoso: a pesar de haberse despertado a regañadientes, agarraba el cabo con una fuerza que tal vez ignorara poseer y sujetaba con firmeza la botavara, que producía un sonido vibrante. El viento enfriaba la luz del sol y ceñía la camisa de Bastien alrededor de su torso; intentó quitarle la gorra otra vez y, al ir a sujetársela, el muchacho soltó el cabo. Fue solo un segundo, pero, al cabo de ese instante brevísimo, la zapatilla de deporte de su pie derecho golpeó a Johnny en las costillas al caer Bastien, de espaldas, al mar.

Johnny se imaginó lo peor, una caída desde una altura mucho mayor; se quedó mirando hacia atrás con el corazón acelerado, las rodillas rectas, clavadas, para contrarrestar la fuerza de la vela, ahora más tensa; una hipotética herida y la muerte se condensaron en los escasos pero dilatados segundos que tardó todo aquello en suceder. Bastien, que llevaba el chaleco salvavidas puesto, apenas se hundió, gritó una sola vez, braceó para darse la vuelta en el agua, abandonado en la larga estela del barco, la gorra perdida, haciendo piruetas por los aires, muy lejos ya. Clifford gritó, el padre de Johnny se levantó de un brinco y, en cuestión de segundos, recogió la vela mayor con grandes brazadas, como si derribara e intentara asfixiar a un oponente; a saber cómo, consiguieron hacer virar el barco. Bastien, en el agua, nadó como un perrito hacia ellos y esperó, moviendo los brazos para mantenerse a flote en el leve oleaje, con una mirada extraña, como si no estuviera comunicándose con ellos. Johnny pensó que debía de estar reconstruyendo su dignidad: el idiota salía de la historia convertido en héroe. Entonces su padre le lanzó un salvavidas rosa atado a una cuerda que salpicó al caer el agua cerca de él y Bastien lo alcanzó con unas pocas brazadas y lo agarró y fueron tirando de él hacia el *Ganymede*, que iba virando y amenazaba con darse otra vez la vuelta. Johnny fue a ayudar a su padre a tirar

de él; se agachó y le tendió una mano a Bastien, que se la agarró con el miedo que ocultaba detrás de una vaga tentativa de sonrisa. El muchacho, de quince años, pesaba mucho, pues estaba fuerte y, además, tenía la ropa empapada: vio surgir a Bastien casi en vertical del agua, como por medio de una mágica expansión de su propia fuerza, ayudado por el tirón que le dio su padre del otro brazo con las dos manos.

—Bien hecho, chico —dijo Clifford con aspereza. Johnny miraba fijamente a Bastien, le habría gustado abrazarlo y besarlo, aliviado, mientras se reía de él, que chorreaba a su lado, el motivo de preocupación y el peligro público, la persona empapada rodeada de las que todavía están secas. Bastien también se reía, pero temblaba cuando se desabrochó el chaleco salvavidas y se quitó la camisa. David Sparsholt manejó aquella crisis con una serie de rápidas maniobras, sin palabras, que zanjó casi de inmediato: al cabo de un minuto, la caída ya se estaba repitiendo en la mente de Johnny como una emoción asumible, incluso como una comedia, y el interés por hablar de lo que había sucedido se impuso y sustituyó al susto. Bastien, chorreando, secándose con las manos, apartándose el pelo de la cara, parecía saberlo y no saberlo. No le dio las gracias a nadie por haberlo salvado y fue Johnny quien dijo: «¡Bien hecho, papá!»

Al cabo de un rato, Clifford volvió a encender el motor, para lo que necesitó un par de intentos.

—Dile que se quite los pantalones, coño, que estamos entre hombres —dijo con una risa extraña, cortada, y Johnny se tensó al oír aquella palabra delante de su padre. Lo miró con nerviosismo, pero a él, imperturbable, no pareció importarle. Bastien se dio la vuelta para desabrocharse el cinturón y se bajó con dificultad los ceñidos vaqueros por las nalgas y los muslos. Los calzoncillos, mojados, se habían vuelto casi transparentes y, sin llegar a ser indecentes, dejaban entrever el color carne a través del algodón blanco, ahora grisáceo por efecto del agua. Para Johnny, aquello tenía la magia excitante de los momentos repentinos pero anhelados en que el sexo pasaba rozando la superficie y casi salía a la luz. Bastien tiró del bajo de los calzoncillos y le lanzó una sonrisita de suficiencia como las del verano anterior, lo que hizo que toda la escena a bordo del barco quedara bajo una luz más fría, y vino a decir que Johnny ya no era su amigo secreto, sino uno más de los tres ingleses que lo observaban—. Y no te olvides del maldito... chaleco

salvavidas —dijo Clifford por lo bajo; aceleró e hizo virar al *Ganymede* describiendo una amplia curva.

Después de lo ocurrido, no estaba muy claro qué iban a hacer: la navegación a vela, desde luego, parecía descartada. Estaban parados en medio del mar con una nueva falta de propósito preocupante.

—¿No deberíamos volver, papá? —preguntó Johnny.

—Hombre, no ha pasado nada, ¿no, David? —dijo Clifford.

Johnny los miró a uno y a otro y constató que la incertidumbre respecto a quién estaba realmente al mando era aún más patente. El padre de Johnny sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Pues pesquemos algo, ¿no? Algo que podamos llevarles a las mujeres cuando volvamos. —Miró brevemente a Johnny—. Te gusta pescar, ¿no? —La incomodidad que sentía con los muchachos se reflejaba en su forma de dirigirse a ellos, sin llamarlos por sus respectivos nombres.

—Bueno... —Johnny sabía, por el verano anterior, que sentarte a la mesa y comerte un pescado que hubieras pescado tú era motivo de orgullo, pero también algo que amargaba y estropeaba el sabor, el esfuerzo para ahuyentar de la mente ciertas imágenes, anzuelos clavados en la boca y en el cerebro. Se sentó para no tener que ayudar, mientras Clifford reducía la velocidad y seguían avanzando con el motor casi al ralentí; las hélices lanzaron espuma cuando salieron momentáneamente del agua al caer una ola. Resultó que en uno de los armarios había un artilugio que se montaba en la popa del barco en el que podían acoplarse cinco o seis cañas de pescar, con el anzuelo oculto bajo lo que parecían lentejuelas doradas. Clifford lo instaló todo con suma seriedad y meticulosidad. Johnny observaba los hilos que iban soltándose de los carretes, con la esperanza de que algo no funcionara y tuvieran que dejarlo.

—El pisolabis, caballeros —anunció Clifford cuando estuvieron montadas todas las cañas. Bajó a la cabina y destapó una fiamblera de plástico llena de sándwiches envueltos en papel antigrasa gris; también había un termo—. Tu mujer nos ha preparado esto —dijo—, aunque tú quizá quieras añadir una gota de algo más fuerte, David. —Tenía una petaca metálica, la destapó, dio un trago y apretó los labios.

—No, ahora no. Hay que vigilar a los chicos, Cliff. —Fueron pasándose el té, que ya llevaba leche y azúcar, en el tapón del termo; Johnny evitó el

lado por el que había bebido Clifford, lo rellenó y se lo pasó a Bastien, que bebió y arrugó el gesto: él nunca bebía té. A continuación, les ofrecieron los sándwiches, de paté: a Bastien también le parecieron asquerosos, así que Johnny, en cuclillas delante de él, asombrado de su semidesnudez (solo llevaba los calzoncillos y el chaleco salvavidas), se comió también su parte, sin parar de hacer muecas para darle a entender que estaban deliciosos. Bastien resopló y miró para otro lado.

El mar estaba relativamente en calma y hacía calor y, cuando se terminaron los sándwiches, el padre de Johnny, procurando no caerse con el débil balanceo del barco, que avanzaba despacio, se desabrochó el chaleco y se quitó la camiseta por la cabeza.

—¿Qué vas a hacer, David, tomar un poco el sol? —preguntó Clifford—. Buena idea. —Lo miró confiado, con gesto inexpresivo; como él mismo había dicho, estaban entre hombres. Sin embargo, por lo visto, Clifford no pensaba quitarse la camisa.

Johnny estaba acostumbrado a ver los poderosos bíceps de su padre y su torso musculoso con escaso vello oscuro. Le vio doblar la cazadora, orgulloso de él y, al mismo tiempo, mínimamente abochornado por la exhibición o por cómo su padre se enorgullecía de ofrecerla.

—No te quemes, papá —le dijo.

Su padre chasqueó la lengua y dirigió la atención de los demás hacia un lujoso crucero blanco que pasaba en dirección a Falmouth, en cuya cubierta se veía a dos tripulantes uniformados trabajando.

—Veo que te mantienes en forma, ¿no, David? —dijo Clifford.

Su padre se dio rápidamente la vuelta, como si aquel cumplido lo hubiera pillado desprevenido.

—Bueno, me gusta cuidarme, Cliff —admitió con una risa discreta pero clara.

Clifford hizo un movimiento extraño, cuadrando los hombros como si compitiera sin muchas esperanzas.

—Tendrás que reconocer que durante la guerra estábamos todos en muy buena forma —dijo.

—Sí... Yo siempre he procurado cuidarme —aseguró el padre de Johnny antes de levantar un poco los brazos, distraídamente, y volverlos a bajar

mientras flexionaba y sacudía los dedos—. Mejora la vida en muchos aspectos.

—Todavía haces gimnasia de vez en cuando, ¿no?

El padre de Johnny lo miró con gesto casi burlón.

—Ya lo creo, Cliff. Veinte minutos antes del desayuno, como siempre. Es la mejor forma de empezar el día.

Clifford sonrió y asintió despacio con la cabeza, como si reflexionara sobre la posibilidad de adoptar esa rutina y de tomar a aquel hombre como ejemplo de algo a lo que él también podía aspirar. El padre de Johnny le sonrió y levantó la barbilla.

—Me parece que has tenido suerte —dijo. Clifford tardó un momento en comprender a qué se refería, pero Johnny no se había olvidado de las cañas de pescar. Clifford se levantó, se inclinó y empezó a recoger el sedal, dudoso al principio al detectar ondas y refracciones cada vez más veloces en cuatro anzuelos, pero luego más decidido y serio, las elegantes y combativas flechas negras de las caballas y, en el anzuelo del final, otra cosa que Johnny no había visto nunca, un pez más claro, dorado, con aletas oscuras, que se enroscó y dio violentas sacudidas en el aire cuando lo sacaron del agua, pese a ser él quien tenía miedo, por supuesto.

—Bueno, no os quedéis ahí embobados —dijo Clifford al subirlos por la borda. Los peces seguían ofreciendo resistencia pero ya no era peligroso sujetarlos (o solo lo era para los peces) y procedió a desengancharles el anzuelo. La primera caballa cayó en la cubierta junto a los pies de Johnny, que se echó hacia atrás al ver cómo el pez saltaba y culebreaba, resbaladizo, golpeando el suelo con la cabeza y la cola con mortal desesperación. Su padre, que estaba a su lado, con una mano en su hombro, sonrió de forma extraña ante aquellas sacudidas agónicas y también, o eso intuyó Johnny, ante el arrebató de Clifford.

Los muchachos iban sentados de lado en la proa, con las piernas colgando, y, a medida que aceleraban, los golpes irregulares de las olas cada vez les mojaban más los pies; el padre de Johnny estaba de pie detrás de ellos, con una mano en el mástil, y daba la impresión de que estaba satisfecho de su hijo, aunque de una forma demasiado sutil como para ser expresada con palabras, de que había perdonado a Bastien y de que, de alguna forma, los

protegía a ambos mientras Clifford manejaba el barco. La camisa y los vaqueros de Bastien ondeaban como una señal de aviso improvisada por encima de sus cabezas. Johnny se volvió y miró a su padre, lo observó ir con seguridad hasta la popa, balanceándose, y sentarse en la bañera. El castillo de Pendennis empezaba a perderse de vista a medida que ellos se acercaban al cabo; no era muy grande y estaba un poco retirado, pero para Johnny poseía la magia de toda torre y fortaleza e hizo que Bastien estirara el cuello para verlo justo antes de que desapareciera del todo. Clifford parecía preocupado por una carta náutica, le dijo algo inaudible por culpa del viento al padre de Johnny, que quizá estuviera buscándola. Volvió a aparecer la parte superior del castillo, redondo y achaparrado, que descollaba sobre la muralla baja y circular; no había bandera en el asta, ni cañones en las almenas, pero Johnny no podía dejar de contemplarlo: significaba mucho más de lo que él podía expresar o los otros podían entender. Y debía de ser muy fácil llegar hasta allí; se planteó desembarcar, trepar por las rocas y llegar atravesando el bosque. Se levantó con cuidado y vio que habían fijado el timón y que Clifford hablaba con su padre en la cabina. Corrió hasta la popa sin dejar de contemplar el castillo y se sentó en la pequeña bañera. Los dos adultos se habían encargado de los peces que habían pescado, que yacían, muertos, brillantes, rayados como el agua en movimiento; con la vibración del motor, parecía que se estremecieran sobre la madera mojada de la cubierta, que no renunciaran a la vida. Sentado en la borda, Johnny escudriñó el interior de la cabina. Clifford y su padre examinaban minuciosamente algo que había encima de la mesa; Johnny no les veía las caras, pero estaban encorvados y transmitían la sensación de estar planeando algo agradable, una sorpresa que habría sido una pena estropear. Su padre tenía el brazo derecho relajadamente apoyado en los hombros de Clifford mientras ambos se inclinaban hacia delante.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó Clifford.

—Creo que en la proa.

—Ese francesito es una buena pieza —comentó Clifford.

A Johnny le pareció que su padre murmuraba «una edad difícil...» al inclinarse hacia delante, compartiendo quizá una broma privada, una payasada de adultos; de pronto, Clifford lo agarró por la cintura, una mano blanca sobre la piel bronceada, y se produjo un ligero forcejeo; su padre,

distante pero risueño, volvió la cabeza y miró a Clifford como si se planteara algo.

—Venga, va —dijo Clifford, y le dio unas palmaditas en el trasero.

—¡Papá! —dijo Johnny.

Su padre se puso tenso, molesto, como siempre, por aquella interrupción infantil.

—¿Qué pasa, chico?

—¿Podemos subir al castillo de Pendennis? Se me acaba de ocurrir.

—Ah... —Se apartó y se enderezó—. Bueno, ya veremos. Será mejor que se lo preguntes a tu madre.

No era una mala respuesta.

—Ah, vale —dijo Johnny.

De pronto su padre parecía nervioso.

—Tendríamos que devolverlos a casa, ¿no te parece, Cliff?

Clifford se dio la vuelta, con una sonrisita mordaz en los labios que le fruncía el bigote.

—Sí, me parece que hoy te has quedado sin tu castillo, jovencito —dijo. Salió de un salto de la cabina y ocupó su lugar en la caña del timón: una imagen fugaz de las nalgas apretadas bajo el bañador y los muslos desnudos, un breve «¡Ay!» al sentarse y colocársela bien. Al cabo de cinco minutos, dejaban atrás el pueblo y entraban en el estuario.

—Mira quién está aquí —dijo Clifford con aspereza.

Pero Johnny ya las había visto, a su madre y a Norma, entre las amarras tensas y recubiertas de algas, al final de la rampa. Las saludó con la mano, confiado, y tuvo que volver a hacerlo para que ellas le contestaran, Norma al cabo de un momento, como con desgana. Estaban las dos de pie, hablando, su madre con los brazos cruzados, Norma encendiendo un cigarrillo, y daba la impresión de que habían bajado hasta allí para decirles que había ocurrido algo. Aquel saludo comedido así parecía anunciarlo. Entonces las tapó el silencioso y misterioso casco azul y blanco del *Aegean Queen*. Les llevó un rato amarrar el *Ganymede*, dejar las velas completamente recogidas y atadas, y enjuagar bien las cubiertas y limpiar la sangre y las vísceras; «la escena del crimen», dijo su padre, que era muy ordenado. Clifford, preocupado por

Leslie Stevens, lo revisó todo muy bien. Bastien entró en la cabina para ponerse los vaqueros y se abrochó la camisa, todavía húmeda, mientras Johnny lo miraba de reojo. Entonces los chicos subieron al bote auxiliar, les pasaron la fiambra, el motor y, por último, las dos sargas de caballas, junto con el otro pescado, que según Clifford era un zoarce.

—¿Un qué, Cliff?—preguntó el padre de Johnny.

—Yo... ¿cómo se dice? ¿*Ramer*? —dijo Bastien. Al principio no lo entendieron, parecía que estuviera peleándose por alguna extraña razón con el padre de Johnny, que era quien llevaba los pequeños remos—. Yo —insistió.

—Ah, quieres pelea, ¿no? —dijo Clifford—. Vaya, vaya.

Bajo el escrutinio escéptico de los demás, Bastien dio un par de golpes de remo para probar, pero solo rozó la superficie del agua y no consiguió aplicar la misma fuerza con los dos brazos; los remos pesaban más de lo que él creía, pero finalmente le cogió el tranquillo y acabó manejándolos correctamente. Johnny vigilaba y le daba indicaciones para guiarlo entre las otras embarcaciones. El último tramo lo hizo bastante deprisa, hasta que Clifford gritó «¡Joder, cuidado!» y casi encallaron y, entonces, paró de golpe, soltó los remos, que salpicaron, y miró alrededor sonriéndole a la madre de Johnny.

—¿Cómo os ha ido? —preguntó ella cuando Johnny, que corrió a su lado, la rodeó con sus brazos sin previo aviso. Quería contarle que Bastien se había caído al agua—. ¿Hasta dónde habéis llegado?

—Hasta más allá de... allí. —Johnny trató de indicárselo por señas, pero desde donde se encontraban, al abrigo del estuario, el extenso y ventoso segmento del globo cuyas aguas habían surcado quedaba completamente oculto—. Bastien se ha caído al agua.

Su madre lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Llevaba puesto el chaleco?

—Sí, sí —contestó Johnny—. No ha pasado nada. —Y aquella fue la otra lección del día: el misterioso hecho subyacente de que sus padres eran responsables de Bastien en todos los sentidos, por muy insoportable que lo consideraran.

—¿Qué dijo papá?

—Papá y yo lo hemos subido, no ha pasado nada.

Ella esbozó una sonrisa.

—Lo dices como si hablaras de un pez. —Al cabo de un momento llegó Bastien con gesto serio, casi tímido, y le ofreció las caballas.

—Para usted, *madame*.

—Madre mía ... —rió ella, y se llevó una mano al cuello.

—He pescado todos para usted. —La miró con entusiasmo—. Son para cenar.

—Tenemos pescado para toda la semana. Mira, Norma.

—Ya lo veo —dijo Norma, y se mantuvo apartada.

—¿Y tu ropa? —Le tocó los hombros y él extendió los brazos y sonrió, la pesca colgando de las manos.

3

—¿Se ha levantado?

Johnny espolvoreó azúcar sobre sus copos de maíz.

—Me parece que no —respondió.

Su madre, que iba de un lado para otro de la cocina, se puso el delantal encima del vestido rosa de algodón mientras el barreño de fregar los platos se llenaba de agua del grifo.

—Pues lo dejamos dormir, ¿no? Se supone que está de vacaciones.

Estaba contenta, pero, al cabo de un momento, Johnny dijo:

—Lo siento, mamá.

—Bueno... —Lo miró a los ojos un instante, con franqueza—: Me parece que no te lo estás pasando muy bien.

—No pasa nada.

—¿Ha vuelto a hablar en sueños?

—Sí, un poco...

—Mira, si quieres utilizar la otra habitación, yo puedo volver a dormir con papá.

—¡Los ronquidos de papá son mucho peores! —dijo Johnny—. No, tranquila.

Aquellas noches de sueño interrumpido tenían cosas que él no quería perder: Bastien al subir y bajar, el breve e inevitable balanceo de la litera cuando se hacía una paja y, luego, cuando ya dormía, las parrafadas que indicaban una dramática vida interior de la que, despierto, no daba muestra alguna.

—Bueno, me lo dirías, ¿no? —dijo su madre.

—Sí, mamá. —En la planta baja de la casa, donde ahora solo estaban ellos dos, reinaba la tranquilidad—. ¿Dónde está papá?

—Acaba de venir Clifford a buscarlo con el coche. Han ido a no sé dónde, pero volverán dentro de una hora.

—Ah...

Su madre bajó la barbilla y sonrió firmemente antes de acercarse de nuevo al fregadero.

—Esta tarde haremos algo divertido todos juntos. —Se oyó un golpazo en el piso de arriba, chirridos, la puerta del cuarto de baño—. Mira, ya está.

Johnny masticó concienzudamente sus cereales, asaltado por aquella tensión que ya le resultaba familiar: las ganas de verlo y el miedo a que entrara por la puerta.

Hacía una semana que Bastien había llegado a Inglaterra, pero la tremenda decepción de su visita había comenzado (Johnny había tardado en entenderlo) hacía muchos meses. El año anterior, en Nimes, él había sido el ingenuo pupilo de Bastien y, a veces, casi su esclavo. Johnny había ido a Francia a practicar francés y las exclamaciones y los murmullos apenas entendidos con que Bastien lo mangoneaba habían puesto en evidencia su torpeza y su inocencia. Y así era a toda hora, Johnny siempre estaba abochornado y en guerra con su propio pudor: en el Pont du Gard, en la playa cerca de Aigues-Mortes, en el dormitorio que los Marc habían pensado que a los muchachos les gustaría compartir. En el colegio nunca le había pasado nada parecido, nadie habría sobrevivido a semejante escándalo, había tenido que ir a buscarlo a Francia. Cuando se quedaban los dos solos, resultaba fácil mantener los dos roles; cuando estaba presente la familia, Bastien, con toda la energía y la distracción de un chico de catorce años, se olvidaba de los estrictos términos de aquella obra dramática y se mostraba perezoso, revoltoso, poco atento. Johnny notaba la fuerza misteriosa de los papeles que

interpretaba cada uno, una estructura de acuerdos entre dos amigos que los mantenía unidos y de la que era imposible escapar. Bastien era desdeñoso y todas las mañanas y todas las noches se burlaba de Johnny por querer esas mismas cosas que él le había enseñado a pedir. Incluso entonces, su genialidad consistía en su perfecto egoísmo, una sonrisa hermosa con que conseguiría cualquier cosa que deseara (debía de haberlo aprendido a edad muy temprana). La señora Marc, sin ir más lejos, siempre lo obedecía.

Johnny recordaba los arduos esfuerzos para ser educado que hacía cuando la familia lo llevaba a visitar monumentos. No había nadie que supiera mucho inglés y, por si acaso, todos fingían no saber ni una palabra. Johnny no sabía suficiente francés como para decirles que opinaba que determinada iglesia que habían visto le había parecido muy fea: cuando lo intentó, ellos dieron por hecho que lo que quería era elogiarla. «*Ah, oui! La basilique...*», dijeron. Johnny no sabía decir «fea»; trató de dar un rodeo: «*Il n'est pas beau*», dijo, y enseguida se dio cuenta de que no significaba lo mismo. La señora Marc, detectando una sutileza loable, dijo: «*Pas beau, tout à fait, non, mais assurément magnifique à sa façon.*» Johnny contuvo la respiración y lo intentó de nuevo, aunque lo hizo coartado por esa primera objeción. Al cabo de un minuto, había reparado en la potencial ofensa de lo que había querido decir y, con cautela, pensaba otras objeciones mucho más moderadas y las trataba de expresar mentalmente (era muy grande... era un poco oscura... era del siglo XIX), pues insistir en su fealdad se habría considerado directamente hostil. Cuando la señora Marc propuso que el domingo fueran todos a la misa que se celebraba allí, para satisfacer así su interés por el edificio, Johnny se rindió bajo la mirada maliciosa de Bastien, que estaba apoyado en la jamba de la puerta, detrás de sus padres, con una ostentosa erección que sus pantaloncitos cortos negros no tenían ninguna intención de ocultar. Sí, aquello sí que le interesaba; aquello sí que era verdaderamente hermoso.

Nimes era diferente en todos los aspectos: las comidas no satisfacían sus necesidades ni sus costumbres (un desayuno a base de café con leche y una barra de pan de corteza dura) o las excedían sobremanera (carnes sabrosas, *crêpes* de postre, un vasito de vino tinto confundidor); el curioso edredón, los enchufes de dos clavijas, los interruptores de botón, los grifos que se cerraban solos para ahorrar agua... todas esas cosas con las que ellos, y sobre todo Bastien, estaban increíblemente familiarizados. Él se sentía torpe y titubeante

ante aquellos aparatos que, al igual que las voces francesas que los designaban, tenían cualidades educativas, y era consciente de sus buenos modales al utilizar objetos tan roñosos, rígidos y mal diseñados sin poner objeciones o, a veces, insinuando incluso admiración.

La casa de los Marc, moderna y de tamaño mediano, estaba cerca de una carretera muy transitada de las afueras de la ciudad y, con sus persianas eléctricas y su estrecha franja de jardín detrás de una alambrada verde, no parecía en absoluto una casa, sino más bien una oficina. En el lado más alejado de la carretera había, además de las persianas de acero, toldos rojos y blancos sobre las ventanas, un patio pavimentado con losas irregulares de mármol de un blanco roto, un césped reseco que se extendía hasta unos matorrales y otra alambrada. La casa carecía por completo de personalidad y, la primera tarde, mientras vaciaba la maleta, callado y melancólico en la habitación con dos camas individuales, no encontró nada que lo consolara; hasta después de cenar, cuando ya estaban los dos un poco alegres por el vino, Johnny con un poco de dolor de cabeza y la boca seca, Bastien no empezó a jugar a luchas con él. Transcurridas las tres largas semanas, aquella casa anodina con enguijarrado amarillento, con los cables del teléfono que cruzaban el jardín en diagonal hasta un soporte colocado entre las dos ventanas del dormitorio, se había vuelto, de alguna forma, ideal. Johnny sentía más claramente que antes la necesidad imperativa de dibujar: se sentaba al fondo del jardín con papel y lápiz, horrorizado ante la idea de volver a su casa. Los Marc eran hospitalarios, entusiastas y relajados al mismo tiempo. La señora Marc, de quien Bastien había heredado los labios carnosos y los ojos oscuros, miraba fijamente a Johnny cuando hablaban en francés y se esforzaba por hacerse entender y por entenderlo a él. Y tal vez ella entendiera también, por ciertas miradas extraviadas y ciertas frases interrumpidas o por el olor a semen de la habitación de los chicos, que allí estaba pasando algo, pero Johnny lo dudaba y, si sospechaba algo, su forma de mirarlo a los ojos, sosteniendo la mirada, era un ejemplo de lo inteligentes que eran los franceses con todo lo relacionado con el sexo. La casa, insulsa, con sus cactus y sus cintas y el tráfico constante de día y gran parte de la noche, estaba infundida de permisividad, de experimentación, de cosas que todavía no tenían nombre, ni en inglés ni en francés.

En los largos meses posteriores, las dificultades de Johnny con la lectura,

las riñas de sus padres, la preocupación por tener que repetir el examen de acceso a secundaria, el bochorno que eso le provocaba a su padre (aunque no se cansara de contárselo a todos), había quedado compensado por una secuencia de recuerdos que se fundían y volvían a formarse, el teatro secreto de los instantes previos al sueño donde, por fin, al cabo de un año, Bastien subiría al escenario cuando fuera su turno y viajaría a Nuneaton. Y lo mejor era que acompañaría a los Sparsholt a Cornualles, donde pasarían su semana de vacaciones, lo que, según el padre de Johnny, era un privilegio.

Johnny había ido a recogerlo al aeropuerto de Birmingham con su padre, con una angustiada sensación, empeorada por el tráfico lento y congestionado de la A45, de correr mucho más hacia algo opaco e inevitable. Llegaron tarde y encontraron a Bastien en el vestíbulo de llegadas charlando con una chica alta y rubia que vestía una minifalda y un top negro sin mangas. Johnny lo vio, fue hacia él, se contuvo un momento, evaluando la escena en silencio y, al cabo de diez segundos, le dijo a su padre: «¡Allí está!» Bastien no dio muestras de haberlo visto; ni siquiera pareció, cuando Johnny llegó a su lado y le dijo «¡Hola!», que lo estuviera esperando. Dijo algo, sonriéndole a la chica, antes de darse la vuelta e ir a saludar al padre de Johnny con una pequeña inclinación de cabeza. Evidentemente, sus recuerdos habían caducado: era ocho centímetros más alto que el año anterior y sus labios, nariz, barbilla, flequillo, todavía bellos, eran todos más grandes y más bastos y con una relación un poco diferente unos con otros. Llevaba unos vaqueros ceñidos que a Johnny no le habrían dejado ponerse, una camiseta de *rugby* a rayas negras y una gorra de béisbol azul que no se quitó para saludar al padre de Johnny. Se dieron todos la mano y el tantas veces imaginado abrazo y el lujurioso murmullo en el oído quedaron obstruidos por su enorme maleta negra, asegurada mediante unas cintas elásticas rojas. Johnny agarró la maleta y, peleando con ella, se dirigió hacia la salida, jadeando y sonriendo y con una extraña aprensión a su inexplicable peso.

Bastien se montó en el Jensen como si fuera un coche viejo como otro cualquiera. Johnny subió detrás de él, se sentó y se quedó mirando, atemorizado, el perfil perdido de su amigo: su indiferencia seguramente se debía, en parte, al nerviosismo, a su negativa a colocarse en la posición de desventaja de quien admira algo. El padre de Johnny estuvo simpático y llano con él, pero tampoco era un gran conversador. Todavía no podían saber cómo

se defendía Bastien en inglés y él no les daba muchas oportunidades de averiguarlo. Llegaron a Nuneaton por el camino más largo, quizá para evitar el tráfico, pero lo primero que vieron, casi, fue la fábrica, el alto muro de ladrillo del edificio, con sus grandes letras blancas: «D. D. SPARSHOLT INGENIERÍA», que a Johnny le parecía que dominaba toda aquella parte de la ciudad y llamaba la atención a cualquiera que llegara. Su padre no dijo nada y, temiendo que Bastien no se fijara, Johnny se inclinó hacia delante, le tocó un hombro y dijo: «Esos somos nosotros.» Creyó que lo había captado, pues volvió a hacer ese movimiento de cabeza tan suyo, señal de un interés comedido, casi escéptico, y, cuando pasaron por delante, le lanzó una ojeada al patio a través de la verja. Cuando salieron de Merivale Road solo llevaban media hora juntos y, una vez que se quedaran solos, sin el padre de Johnny, las cosas cambiarían, sin duda, y la cautivadora sonrisa de Bastien saldría de su escondite y empezaría la lucha. Entraron en el camino de Hornbeams; Bastien se fijó en la fachada de ladrillo, el porche recubierto de enredadera y el gablete con entramado de madera y, como si se dispusiera a decir algo difícil de expresar, carraspeó un poco. Sin embargo, a juzgar por su actitud informal pero distante, cuando entró en el recibidor parecía que no considerara haber llegado.

—Bienvenido —dijo el padre de Johnny, y esbozó una sonrisa un tanto extraña—. Te dejo con Jonathan, él te enseñará la casa.

Pero la tan esperada visita, que había imaginado cientos de veces, como si Hornbeams fuera Haddon Hall, parecía de pronto amenazada, una competición entre su deseo y la frialdad del visitante. Subieron al piso de arriba.

—¡Esta es tu habitación! —dijo, y se dejó caer en la cama mientras Bastien miraba por la ventana y a continuación abría el armario—. ¡Y la mía es la de al lado!

Entraron en la habitación de Johnny y este le puso el brazo sobre los hombros a Bastien y le enseñó su bolígrafo danés: en un lado había un joven bronceado cuyo bañador desaparecía cuando lo ponías boca abajo. Bastien le dio la vuelta, sacando el labio inferior:

—¿Eso te gusta? —le preguntó antes de devolvérselo.

Entonces Johnny le explicó algunos de sus dibujos, colgados en la pared de su cama, y comprendió que también eso debía tomarse con el humor

apropiado. Estar con Bastien, por fin, en su habitación, contrastaba brutalmente con lo que él había imaginado.

La madre de Johnny estaba en casa de su hermana para ayudarla en su posoperatorio, así que la organización de aquellos tres primeros días era un poco extraña: su padre se marchaba temprano a trabajar y la señora Doyle iba a limpiar y preparar la comida. Por las noches, June Palmer, la secretaria de su padre, iba a cenar con ellos. Era como si en la casa siempre hubiera una madre suplente, como habría sucedido si la verdadera hubiera muerto en lugar de haber ido a pasar cinco días a Londres. Eso parecía ser lo único que intrigaba a Bastien. Durante aquel primer recorrido por la casa, nada más bajar al piso de abajo cogió la fotografía de la luna de miel que había en el salón, tomada en Swanage, con aquellas extrañas formas grises en la playa, detrás de ellos.

—Eso fue durante la guerra —explicó Johnny y, tras acercar su cara a la de Bastien, deslizó una mano por su hombro, tibio bajo la camiseta de *rugby*—. Eso son unas cosas de cemento que ponían por si nos invadían los alemanes. Mi padre lleva el uniforme de la RAF, era piloto de combate. De hecho, lo condecoraron con la DFC. —Bastien sonreía—. *Distinguished Flying Cross*. Es la Cruz al mérito aéreo.

—*Elle est bandante, ta mère* —murmuró Bastien, y cuando Johnny lo miró, inseguro y sediento de aprobación, él hizo un ademán con la mano que tenía libre, como si acariciara y luego agarrara unos pechos de mujer. Luego le dio un codazo a Johnny y se apartó de él al tiempo que dejaba la fotografía en su sitio, desbordando fugazmente una intensidad física que, además, era una clara señal de qué era lo que le interesaba ahora.

4

En «La Atalaya» no había donde esconderse. Bastien se había apoderado del dormitorio de los chicos y también pasaba largos ratos encerrado en el cuarto de baño. Johnny buscaba rincones donde dibujar; encontró un sitio bastante tranquilo, entre la cochera y los cubos de basura, donde podía sentarse y trabajar con los efectos de la luz del sol y las nubes sobre el mar. Norma

Haxby lo vio allí cuando llegó, al día siguiente.

—¿Todavía sigues con lo mismo? —le preguntó, e intentó que Johnny le enseñara lo que estaba haciendo. Él le enseñó la palmera—. La forma está mal —comentó ella.

En la casa no había gran cosa que ver. Era la residencia de veraneo de una familia de Devizes que iba allí varias veces a lo largo del año; en el recibidor, encima del teléfono, había una fotografía en color enmarcada de la familia ataviada para salir a navegar y daba la impresión de que se divertían más que sus actuales huéspedes; el corpulento hijo adolescente sonreía con un remo en las manos. La casa solo tenía cinco años y todo era sólido y estaba reluciente. Había tres cuadros llamativos, azul y blanco, del mismo pintor que representaban veleros en el mar y cuyas estridentes deficiencias se hacían patentes cada vez que desviabas la mirada hacia un velero real. Las sillas y las mesas eran modernas y sencillas. Había jarapas que resbalaban y se deformaban y lámparas hechas con botellas, con pantallas de papel de periódico, recortes superpuestos y repetidos, como el estampado de un papel pintado, con titulares parcialmente legibles y esquinas de fotografías. Podías inventarte las historias. Una noche, un poco piripi, Norma ladeó la cabeza para examinarlas.

—¡No dicen nada sobre ti, Cliff! —dijo.

Los Haxby los visitaban con frecuencia y el padre de Johnny se lo tomaba con filosofía, como el resultado esperable de un plan cuyo alcance la madre de Johnny todavía no parecía conocer. A los Sparsholt nunca los invitaban a «Greylags», el bungalow situado al pie de la colina donde se alojaban los Haxby, a pesar de que su madre no se reprimía e interrogaba a Norma sobre los muebles y la vajilla de su casa. Cuando el padre de Johnny necesitaba hablar con Clifford de Archer Square o de algún otro tema relacionado, iban los dos al bar de algún hotel; Johnny los había visto una vez a través de la ventana del King Mark, tomándose unas cervezas y riéndose de algo. Además, Clifford y Norma eran gente de ciudad, pero no parecían estar exactamente de vacaciones. Mientras que los Sparsholt llevaban pantalones cortos viejos y mocasines y se ponían chubasqueros pasados de moda cuando parecía que iba a llover, Clifford solía vestir unos elegantes pantalones de franela grises y parecía listo para presidir una reunión del comité de planificación en cualquier momento y las máximas concesiones de Norma a

la playa eran algún ribete azul en la chaqueta o algún pantalón acampanado. Era guapa, de una belleza dura, impecable, y era evidente que Clifford, con su bigote negro, sus cejas pobladas y su pelo engominado, también se creía sumamente atractivo. Para Johnny resultaba instructivo verlo junto con alguien tan famoso por su atractivo físico como su padre. Después de cenar, mientras veían *El Santo* en el televisor portátil, Johnny, sentado a la mesa, podía capturarlos, fingiendo que solo hacía garabatos, sin que ellos se cohibieran. Dibujaba a su padre casi con timidez, consciente de que no solo necesitaba hacerles justicia a sus facciones fuertes y limpias, vistas de perfil desde el otro extremo de la sala de estar, sino que también tenía que reflejar quién era, algo mucho más amplio y difícil de conseguir. Sobre todo, evidentemente, dibujaba a Bastien, que quería tener el televisor encendido porque se aburría, aunque los programas que veía también lo aburrían porque no entendía prácticamente nada.

Johnny encontró en la casa un libro titulado *Paisajes y leyendas de Cornualles*. «¡Bah, cuentos de hadas!», dijo Clifford asomándose por encima del hombro del chico. «¡Nunca digas eso en Cornualles, Cliff!», lo reprendió Norma; no lo había dicho en broma, pero, aun así, se rieron y Johnny adoptó un gesto sombrío: sentía vergüenza, pero más que de sí mismo, de los Haxby. Entonces se marcharon y lo dejaron a solas con su libro y con una pequeña subestimación del placer que tuvo que combatir durante un par de minutos. Contenía unas fotografías preciosas hechas con un proceso llamado «Dufay-colour»: la arena y los acantilados de color bronce y oro, el mar de las calas del azul exagerado (buscó algo con lo que compararlo) del agua de la cisterna del váter de su casa. Le fascinaba la magia química de aquellos colores, ya antes de descifrar qué era lo que estaba mal o mejor dicho, lo inexacto. En una ancha extensión de brezo de Bodmin Moor, el morado y el marrón casi se confundían y la colina que se erguía a lo lejos no era ni verde ni gris. Volvió a repasarlas. El libro se había publicado antes de la guerra, «MCMXXXVII»; no tenía ni treinta años, pero una curiosa pátina de misterio anclaba las escenas a un pasado más remoto, pues capturaban momentos del día (las primeras horas de la mañana, el atardecer) en los que no había gente: solo se veían unos barquitos que cabeceaban, amarrados, pero ni siquiera un coche ni un autobús por las cintas rosa y beis de las carreteras.

En la página opuesta siempre había un texto y a veces él lo observaba y lo

analizaba distraídamente, sin proponérselo: las chimeneas que se elevaban, rectas, entre las palabras, línea tras línea, o ascendían por un párrafo como conductos diagonales; alguna que otra acumulación accidental de trazos ascendentes, trazos descendentes y comillas que formaban imágenes abstractas, nudos, bocas, anémonas de mar. Y tenía la molesta costumbre de detectar mayúsculas que insinuaban y luego desmentían su nombre; eso sucedía continuamente en el periódico (Juntas Sindicales, Jurado Suplente): de repente era famoso y, de repente, ya no, y por lo visto seguía al acecho allí, en el entramado de Cornualles, con su sarta de santos particulares, St. Just, St. Piran, St. Pinnock.

El jueves, los Sparsholt se escaparon, solos, a visitar el castillo de Pendennis, tal como quería Johnny, y comieron en Falmouth; Bastien suplicó que le dejaran dar un sorbo, y luego otro, de la cerveza con lima de la madre de Johnny, hasta que su padre le pidió una jarra para que no diera más la lata. Después, en el asiento trasero del Jensen, Bastien se quedó dormido; Johnny miraba por la ventanilla de su lado del coche mientras la conversación de sus padres derivaba subrepticamente hacia un tema del que Johnny no había detectado que hubieran empezado a hablar. «No sé, me parece que no es muy cariñoso con Norma», «Ella tiene muchas cosas bonitas, ¿verdad?», «Las cosas no lo son todo», y, distraídamente, su madre le puso una mano en la rodilla a su marido; él miró por el espejo retrovisor. «Es obvio que a él no le gustan las mujeres», añadió su madre. «No, pero es buena persona. Y es inteligente.» Ella dijo: «Bueno, al menos tiene buen criterio, si tiene una buena opinión de mi marido», y le frotó la rodilla con torpeza, para luego apartar la mano. De pronto, el letrero: «Tretterian. Iglesia del siglo XIV.» Aparecía en el libro de Johnny, marrón y dorada.

—¡Oh, papá! —exclamó, y su padre se mostró inusualmente dispuesto; al fin y al cabo, se lo estaban pasando bien ellos solos; frenó bruscamente y tomó el desvío. Primero subieron y luego bajaron por una larga secuencia de calles, y aunque la distancia señalizada desde la carretera principal eran cinco kilómetros, según su madre estaba «psicológicamente mucho más lejos».

—Ahora mismo saco mi mapa psicológico —dijo su padre; volvió a frenar y dio marcha atrás muy deprisa para meterse en un ensanchamiento de la calzada y dejar pasar a un camión. Johnny estaba emocionado pero tenso:

le habían concedido su deseo y ahora él era el responsable de que valiera la pena.

—¡Allí está! —dijo.

Al cabo de un momento habían dejado atrás la verja por la que se accedía a la iglesia y no encontraban ningún sitio donde aparcar.

—Voy a meterme en ese campo —dijo su padre, lo que añadió otra preocupación más cuando salió de la calzada y se metió, por una cancela abierta, en un terreno cubierto de hierba—. Solo será un minuto.

Cuando dejaron salir a los chicos de la parte trasera del coche, Johnny cruzó la carretera, extrañamente consciente de que estaba representando lo que de verdad sentía: la atracción (la mezcla de miedo y fascinación) de un edificio antiguo. Se sentía obligado a que le gustara y, si a los demás no les gustaba, a él tendría que gustarle aún más.

En el cementerio había hileras de lápidas de pizarra de entre tres y cinco centímetros de grosor cuyas inscripciones estaban recubiertas de líquenes de color naranja. A su madre siempre le había gustado leer las lápidas y fueron descifrando la caligrafía juntos, compartiendo, por una vez, el problema. Él leía fatal, pero le encantaba la caligrafía; en el colegio, el último trimestre, habían estudiado los epitafios del cementerio de la abadía y habían analizado los cambios de estilo que se habían ido produciendo a lo largo del tiempo. Allí cada línea estaba en una tipografía diferente, tallada en la dura superficie gris, y con florituras para rellenar el espacio de alrededor. Las tumbas más recientes eran más macizas y, como observó su madre, «más moralizantes». Su padre se acercó y se quedó de pie detrás de ellos.

—«Su familia lo lamenta sinceramente.» ¡Vaya forma más desafortunada de decirlo! —dijo, y rió y Johnny rió también, un poco inquieto porque le pareció que su padre había querido decir algo más.

Levantó el pestillo y lo sostuvo un instante mientras aguantaba la respiración ante la inminencia del espacio desconocido que esperaba al otro lado. La iglesia en la que entraron bajando unos escalones era primitiva pero estaba bien cuidada; de hecho, muchos veraneantes que se habían acercado por allí en busca de algún atractivo de interés en el interior, lejos de la playa, iban a visitarla. Había letreros que daban la bienvenida, suficientes flores como para adornar una boda y una alcancía enorme hecha con un baúl reforzado con piezas de hierro. Con los brazos y las piernas al aire, hacía frío;

las viejas paredes eran gruesas y las ventanas de la nave, pequeñas y oscuras, tenían cristales victorianos. Johnny enseguida comprendió que lo fundamental de la iglesia era el crucero, con sus ventanas altas y claras, y varias lápidas de mármol viejas en las paredes, cada una con sus típicos adornitos. La luz que entraba por el brazo sur del transepto iluminaba la nave principal, más oscura: el púlpito elevado, con su tosco revestimiento de madera de roble y sus candelabros de latón, resplandecía, y los números de los himnos destacaban en la parte superior. Su padre los examinó durante un segundo, agachó la cabeza y les dijo el máximo común divisor. A Johnny le habría gustado sentarse y ponerse a dibujar, pero sabía que, si lo hacía, pondría a prueba la paciencia de su padre y, por tanto, aquello estaba completamente descartado. Su madre se paseaba con una sonrisa extraña en los labios, como si ella hubiera renunciado al interés por las cosas antiguas. Su padre no se sentía nada cómodo en las iglesias; para él, el edificio era un problema por resolver, igual que los números de los himnos.

—Lo más lógico habría sido cerrar esos dos lados —comentó.

—Es el transepto, papá.

—De todas formas, seguro que no se utiliza y se ahorrarían un dineral en calefacción.

Johnny los llamó para que fueran a firmar en el libro de visitas. Su padre siempre escribía «D. D. Sparsholt» y lo subrayaba; su madre escribió «Constance Sparsholt», aunque el apellido no quedó muy claro, y Johnny añadió la firma que había practicado en el colegio durante todo el último trimestre, en la que el trazo horizontal de la *t* final se prolongaba, giraba hacia abajo y retrocedía para encerrar las dos palabras con una curva elegante. Sabía dibujar curvas y círculos casi perfectos a mano alzada, pero el bolígrafo falló en el trazo ascendente final y, aunque lo repasó dando pequeños retoques, la línea no quedó perfecta. Ningún miembro de la familia Sparsholt escribió en la columna destinada a los comentarios, quizá por diferentes razones. Salieron, Johnny volvió a entrar corriendo para añadir «DFC» después del nombre de su padre y contempló una vez más el enorme y sesgado haz de luz que atravesaba la nave para grabárselo en la memoria para siempre antes de cerrar la puerta.

—Pero ¿dónde está Bastion? —preguntó su padre. Lo habían dejado sentado al sol, pero ya no estaba en el camposanto, que descendía hasta la

carretera.

—A lo mejor está en la parte de atrás —dijo Johnny.

—Corre a buscarlo, hijo —dijo su padre.

—A ver si vamos a tener que irnos sin él —añadió su madre.

—Hombre, no podemos quedarnos todo el día aquí.

Johnny subió por el camino y atajó por la hierba que crecía entre las altas lápidas. Con aquella frase, su padre había cortado de raíz el placer que, de forma completamente imprevista, le había concedido. Johnny les echó una ojeada a aquellas caprichosas inscripciones, con su circense mezcla de tipografía; nunca le dejaban tiempo suficiente para examinar las cosas que a él le gustaban. Rodeó la iglesia por el lado oeste y llegó a la parte del cementerio que quedaba a la sombra, más descuidada, donde había montones de hierba cortada, una sacristía destartada y un barril de lluvia. Necesitaba mear, así que miró alrededor y se metió en un rincón donde un bajante del techo iba a parar a un desagüe. Todavía no había terminado cuando oyó voces y se dio prisa. Las voces provenían del lado este de la iglesia: identificó la de Bastien y distinguió otras que hablaban en inglés. Johnny los encontró: eran una pareja mayor y su hija adolescente, que llevaba una falda encima del traje de baño. Su pelo rubio, suelto sobre los hombros, tenía mechones más oscuros que todavía no se le habían secado después del baño en la playa. De pronto Johnny reparó en que parecía fascinada por Bastien e incapaz de reaccionar bajo la estúpida supervisión de sus padres, aunque tal vez no lamentara del todo su presencia.

—¿Te gusta esto? —preguntó el padre.

—Es muy bonito.

—Supongo que te recordará a Normandía —dijo la madre.

—Ah, esto es más bonito —dijo Bastien y, sin disimular, le lanzó a la chica la sonrisa narcisista del seductor, una sonrisa que llenó a Johnny de desprecio y envidia. Bastien estaba de pie con las manos cogidas delante del cuerpo, como un niño que espera permiso para ir al cuarto de baño, aunque, evidentemente, ese no era el motivo por el que adoptaba esa postura.

—¡Bueno, no queremos separarte de sus amigos! —dijo la madre. Bastien regresó al coche, enfurruñado o discretamente triunfante.

—¡Ya está aquí! —anunció Johnny. Pasó a su lado para sentarse en el asiento trasero y Bastien le dio un empujón. El padre de Johnny encendió el

motor y Bastien le dijo en voz baja a Johnny, sin mirarlo:

—Ahora ya entiendo por qué Dios creó a la mujer, amigo mío.

—Se ve que la iglesia se le ha subido a la cabeza —dijo su padre antes de girar la testa y, sacando la punta de la lengua, salir por la cancela dando marcha atrás. Y su estado de ánimo también había cambiado: los diez minutos no previstos en Treterrian parecían haberlo imbuido de un apremio extraño y al mismo tiempo habitual en él, como si tuviera que recuperar el tiempo perdido—. Podemos volver por aquí —dijo, y tomó la carretera que dejaba atrás la iglesia y que luego ascendía, a algo más de un kilómetro: una línea gris por la ladera cubierta de brezo de la colina. Bajaron por una cuesta muy empinada, llegaron a la granja que había en un cruce, pasaron por un puente y cruzaron un arroyo estrecho y rápido. Si Johnny hubiera tenido que obedecer a su instinto, habría torcido a la derecha y habría retrocedido hacia el este, hacia la carretera principal que habían dejado. Su padre, tras vacilar un instante, siguió recto. Pero la carretera era de ideas fijas y no precisamente nuevas: los obligó a reducir la velocidad en una sucesión de curvas muy cerradas que, tras cuatro o cinco minutos, se convertía en una subida pronunciada y constante hacia el oeste.

—Bueno, esto conecta con la carretera de Truro —dijo su padre.

—Tu padre nunca se ha perdido —dijo su madre, más enérgica de lo que lo habría sido él.

Al cabo de diez minutos, cuando llegaron a la carretera principal, con el camino despejado, el Jensen demostró su valía al descender con una enérgica secuencia de marchas («Allá vamos», dijo la madre de Johnny); luego, al remontar la primera cuesta larga, adelantó a un camión y dos coches, regresó a su carril y adelantó a otro camión; hasta que, nada más llegar a la cima, bajó a gran velocidad, rugiendo, para ocupar el innoble y lamentable último lugar, que enseguida dejó de serlo, de una cola de vehículos que se prolongaba por la curva de la carretera y se perdía de vista. Al cabo de medio minuto, el segundo camión lo alcanzó y sus frenos dieron un fuerte resoplido a solo dos palmos de su parachoques trasero.

Ya estaban acostumbrados a las colas veraniegas: en el trayecto desde Nuneaton se habían quedado atrapados una hora, y aunque tampoco podía decirse que se lo hubiera tomado con mucha paciencia, el padre de Johnny no había perdido el buen humor. Algunos de aquellos viejos cacharros ni

siquiera tenían caja de cambios: los veías reducir a la desesperada con un desnivel del 25 por cien y, de vez en cuando, se formaba una hilera de coches, larga y reluciente, que bajaba por una cuesta y subía por la siguiente detrás de un Morris Minor parado y envuelto en vapor que, como observó su padre, deberían haber llevado al desguace hacía diez años. La trituradora era la mejor arma de su arsenal para tiempos de paz. Se quedaban mirando las vacas que había al otro lado del seto y respirando el encanto del lugar por la ventanilla abierta; avanzaban unos metros, ponían segunda, reducían la marcha y volvían a detenerse. Creyeron ver un camino estrecho a la derecha, unos metros más adelante. El padre de Johnny consultó brevemente el mapa, muy concentrado; cerró el libro y, de repente, se metió en el carril contrario de la carretera y aceleró con decisión hasta tomar el desvío, un camino rural por el que se llegaba a una aldea diminuta situada en lo alto; más allá, el camino volvía a descender hasta el siguiente pueblo de nombre peculiar. Lo que ocurrió no llegó a ser un accidente, gracias a sus reflejos de piloto de combate, pero en la calzada bordeada de un alto seto, con precipicios vertiginosos y curvas muy cerradas y con solo algún que otro ensanchamiento para dejar paso, tenías que ser rápido y ágil como él para esquivar a los torpes excursionistas que manejaban sus viejos cacharros. Y al final tocaron uno; apenas fue un roce, pero un roce perceptible, con un Austin Cambridge que subía trabajosamente la cuesta conducido por un anciano menudo que carecía del instinto de David Sparsholt para calcular el tiempo y el espacio: no redujo la marcha, ni se apartó. Las dos mujeres permanecieron en sus respectivos coches mientras los hombres hablaban junto al alerón azul del lado del conductor: el padre de Johnny mantuvo una actitud pragmática y fría; Johnny bromeaba, aunque se notaba que estaba un poco asustado y afirmaba que no le habían hecho ni un araño, mientras Bastien dejaba caer la cabeza hacia uno y otro lado como insinuando que el anciano tenía bastante razón. Quien estaba realmente asustado era el anciano, por supuesto, y no controló muy bien su mal genio. «Es usted un maldito gamberro —aseveró—. Y sus hijos también.» Cuando volvieron a meterse en el coche, eso fue lo que más les hizo reír.

5

Al día siguiente, los Haxby, que habían subido a tomar el té, se quedaron a beber una copa y no paraban de reanudar la conversación con comentarios jocosos cuando los Sparsholt ya la habían dado por agotada. «¿Tengo que invitarlos a cenar?», le preguntó su madre a Johnny cuando este entró en la cocina; le pasó una mano por el pelo y lo abrazó brevemente, distraída, tratando de tomar una decisión. «No hace falta, mamá», dijo Johnny. A las siete y media daban *Take It or Leave It*, un programa que ella siempre procuraba ver. Volvió al salón, hizo una ronda rellenando los vasos, con la ginebra en una mano y la tónica en la otra, y entonces encendió el televisor. Clifford se llevó su copa al pasillo y cerró la puerta; al cabo de un minuto, lo oyeron hablar por teléfono. El televisor de «La Atalaya», portátil, era completamente nuevo, pero la recepción de la señal, a través de una antena larga con una pieza de color rojo en el extremo, dejaba mucho que desear. Los problemas con la imagen y el sonido se sumaban a la dificultad de hacer que los demás vieran un programa que no conocían, pero su madre no se disculpó, ni comentó nada sobre Robert Robinson y compañía. Johnny la ayudó: tocar aunque fuera ligeramente la antena o incluso quedarse de pie cerca del televisor afectaba a la imagen y las caras de la gente empezaban a ladearse y a trazar zigzags en cuanto volvías a sentarte o se desplazaba mecánicamente hacia abajo cada dos segundos. «Vas a tener que quedarte ahí de pie», dijo Norma antes de encenderse un cigarrillo.

Johnny se sentó en el suelo, apoyado en la rodilla de su madre; siempre veía aquel programa con ella, pues a su padre no le interesaba o todavía no había regresado a casa y, en su ausencia, ella hacía alarde de su amor por la lectura ante su hijo, a quien le encantaba el ritual de las preguntas que un actor leía en voz alta desde una butaca y el de los chillidos de su madre, que levantaba una mano como si quisiera impedir que leyera las respuestas mientras miraba fijamente la pantalla. Acertaba a menudo o resultaba que había descartado la respuesta correcta en el último momento y se había decidido por la incorrecta. Nada más empezar la melodía del programa, el padre de Johnny se levantó para correr las cortinas, pues el sol de la tarde no dejaba ver bien; entonces, se escabulló por detrás de ellos y salió al jardín por el ventanal. «Dios, nunca veo esto», dijo Norma cuando terminó la música y

los cuatro concursantes aparecieron como si surgieran de las profundidades de un bar lleno de humo. Los presentaron a todos, uno a uno; todos miraron fijamente a la cámara y, tras una extraña pausa, dijeron con cortesía: «Buenas noches.» «¡Muy buenas noches a todos!», dijo Norma, y meneó la cabeza. Esa semana salía John Betjeman, el favorito de Johnny, que siempre acertaba muchas preguntas, y un tal John Gross de Cambridge, quien hasta en las raras ocasiones en que no sabía la respuesta se las ingeniaba para hacer rápidas exhibiciones de lo que sí sabía. El otro equipo lo componían un hombre y una mujer a quienes veía por primera vez.

—Perdón, *madame*, pero... tengo hambre —dijo Bastien poniéndose una mano sobre la barriga y meciendo la cabeza, pero no había elegido bien el momento y no tuvo más remedio que sentarse.

—Cómete un Twiglet —dijo Norma señalando el cuenco de palitos salados.

El actor leyó el primer extracto.

—Oh —dijo la madre de Johnny—, oh...

—¿Qué tienes, Connie? —preguntó Norma, como si pudiera estar enferma.

—¡Oh! —exclamó ella.

El hombre que se llamaba Freddie Nosequé, que llevaba pajarita, dijo:

—¿Carlyle?

—No... —dijo Robert Robinson—, no es de Carlyle. ¿Elizabeth Jane Howard?

—¿No es de George Eliot? —especuló la mujer.

—George Eliot, mamá —dijo Johnny.

—No, me temo que tampoco es de George Eliot.

—No... —dijo Connie.

Le tocaba al otro equipo y, aunque era evidente que John Gross sabía la respuesta, dejó que lo intentara primero el viejo Betjeman.

—A mí me suena muchísimo a Ruskin —dijo Sir John.

—Sí, sí, *Praeterita* —coincidió John Gross, como aplaudiéndolo.

Cuando ya estaban leyendo en voz alta el siguiente fragmento, se oyó el tintineo del teléfono y Clifford volvió a entrar en el salón.

—Tranquilo, no te has perdido nada —dijo Norma.

—Es Freddie Green —dijo la madre de Johnny—. David lo conoció en Oxford.

Al cabo de un minuto, sin apartar la vista del televisor, Norma dijo:

—Pero si no estudió en Oxford.

—Sí, sí —dijo la madre con una vocecilla ridícula—, estaba con los más distinguidos, en «The House».

—Ah, ya —dijo Norma—, creía que te referías a la Universidad de Oxford.

—Lo he dicho en broma —dijo Connie—. David solo hizo un trimestre antes de alistarse.

—¡Ah! —exclamó Clifford, desconcertado por ese dato.

—Muy bien, Freddie —dijo Robert Robinson.

—¡Yo también lo sabía! —dijo Connie.

—Es que conocí a Victor Dax —dijo Freddie Green a través del humo del cigarrillo de Elizabeth Jane Howard, que se desplazaba hacia él—. Creo que tú también, ¿verdad, John?

—Un personaje peculiar y un escritor fascinante —dijo Betjeman—. Tuvo muchísimo éxito en los años veinte, cuando yo estaba en Oxford.

—¿No era un poco elitista, Sir John? —dijo Robert Robinson.

—Parecía elitista, pero creo que no lo era realmente.

—¿John Gross?

—Me sorprendería que alguien hubiera vuelto a leer sus obras, pero sí —sonrió, un poco compungido—, yo me las leí todas de joven.

—Hicieron una obra de teatro muy buena, o al menos parecía muy buena en aquella época, basada en uno de sus libros —añadió Betjeman—. *El logro del corazón*. Con Celia Johnson.

—Sí —confirmó John Gross—, pero en la obra cambiaron el final.

—Bueno, hemos de dejarlo aquí. El siguiente fragmento...

—Viejo inútil —masculló Clifford.

—¿Quién, Cliff? —preguntó Norma, dispuesta a darle la razón.

—Ese Betjeman...

—A mí me cae bien —dijo Johnny.

—A mí me encantaban los libros de A. V. Dax —dijo su madre sin dirigirse a nadie en concreto. El actor estaba leyendo en voz alta el siguiente

fragmento cuando el padre de Johnny entró en el salón.

—¿Tú conociste a ese hombre, David? —le preguntó Norma; Johnny habría preferido que se callara.

—¿A quién? —Escudriñó la pequeña pantalla, como si aquello fuera del todo improbable, y tardó unos segundos en caer—. Dios mío, pero si es el viejo Freddie Green, ¿no? —Se acercó más al televisor y la imagen se desplazó hacia un lado, como una labor de punto de la que alguien estirara, hasta que volvió a apartarse—. Estuvimos en el mismo *college*. Él era mayor que yo.

—¡Parece veinte años mayor! —dijo Norma, y miró alrededor en busca de aprobación.

—Oye, David —dijo Clifford—, ¿tu amigo Freddie no era un poco mariquita?

Su padre soltó una breve risotada, pero entró un momento en la cocina y parecía un poco molesto.

—Tenía una novia estupenda, Cliff —dijo—, te lo aseguro.

—Pues parece mariquita —observó Clifford.

—Con también lo conoció.

—¿Es verdad, mamá? —quiso saber Johnny.

—No me digas que tú también fuiste a Oxford —dijo Norma, como si estuvieran tomándole el pelo.

—Bueno, no. No estudié en la universidad.

—Ya sabéis que mi mujer era espía, ¿no? —dijo su padre.

—¿Cómo? ¿Es verdad, Con? —preguntó Norma.

—Bueno, no exactamente —contestó su madre, aunque no pareció importarle aquella afirmación—. Nosotros éramos los mecanógrafos de los espías.

—Ah, ya...

—Mecanografiábamos y archivábamos.

—Entonces debiste de ver muchas cosas.

—Sí, pero firmamos la Ley de Secretos Oficiales —contestó su madre sin dejar de mirar la pantalla.

—No le sonsacaréis nada —intervino su padre—. Ni siquiera yo lo he conseguido.

—Sé guardar un secreto —apostilló ella.

—Ah, yo también —dijo Norma antes de mirar alrededor, ansiosa, buscando su rebeca.

Para cuando terminaron de cenar, todos los adultos estaban borrachos. La madre de Johnny había bebido suficiente, por lo visto, como para olvidar que en un primer momento le había fastidiado tener que darles de cenar a todos. Bastien también se había agenciado una copa de vino tinto y la rellenó cuando fue a escanciar la de Norma. Entonces el padre de Johnny sacó una botella de brandi. Johnny ayudó a recoger los platos del postre y los llevó a la cocina. En la sala de estar habían vuelto a encender el televisor.

—Sube un poco el volumen —dijo Norma—, me gusta eso que dan.

Johnny regresó con el corazón acelerado y vio que era Tom Jones, que sonreía y sacudía la cabeza; el cantante empezó a mover las caderas, las rodillas y los hombros como si fueran los pistones de una máquina al empezar a sonar la música. Vestía unos pantalones negros ceñidos y un cinturón con una hebilla enorme, de vaquero, coronaba el famoso e inmencionable paquete que el decorado no permitía apreciar con suficiente detalle. Llevaba los tres botones superiores de la camisa desabrochados y una cruz brillaba sobre el vello negro de su pecho. Cantaba «It's not unusual» mientras se balanceaba y se contoneaba y las chicas que había entre el público chillaban y lo miraban embelesadas; Johnny se sabía la letra y sentía que las palabras se deslizaban como manos alrededor de Bastien y también un poco alrededor de Tom Jones. Los movimientos de sus caderas le hicieron ruborizarse y desvió la mirada. Clifford, inclinado hacia delante, escudriñaba la pantallita con gesto burlón. «¡Ah, eso es lo que les gusta a las mujeres!», dijo antes de apurar su copa de brandi.

Johnny llevó las copas de vino y la bandeja de los quesos, sucia, a la cocina, y lamentó cada segundo que se perdía de la canción. Cuando regresó, vio que su padre, haciendo una pequeña reverencia y fingiendo seriedad, intentaba bailar con Norma. «Ay, David —dijo ella—, ¿qué va a pensar mi marido?» Pero Clifford se limitó a chasquear la lengua, como si tuviera cosas más importantes de las que preocuparse. Norma miraba hacia abajo para asegurarse de que colocaba bien los pies.

—Cliff nunca me lleva a bailar. —Puso una mano, como seguramente le

habían enseñado, en el brazo de él, y la otra, la derecha, casi desapareció bajo la mano izquierda de él. Se alejaron bastante deprisa, bordeando el extremo de la mesa de comedor, y salieron al patio iluminado, donde él la guio con destreza de piloto entre las sillas blancas.

—Pues David baila muy bien —dijo Connie con enojo; era evidente que se sentía decepcionada. Quedó en el aire la insinuación de que Clifford debería sacarla a bailar, pero se lanzaron una sonrisa hostil con la que, por lo visto, acordaban evitarlo. Terminó la canción, sonaron los aplausos enlatados y Tom Jones arremetió con «I can't stop loving you»: las chicas del público gritaron embelesadas al oír la primera frase de la canción. Entonces Bastien fue hacia el centro del salón moviendo las caderas y con los brazos extendidos frente al cuerpo, haciendo un poco el payaso. Se detuvo delante de la butaca de Connie.

—¿Bailamos? —dijo, y se apreció cierto nerviosismo en su amplia sonrisa.

—No, descarado —contestó Connie. Bastien, sin dejar de sonreír, pues no quería que se notara que su negativa le importaba, siguió contoneándose alrededor de la butaca de Connie; los pantalones le ceñían los muslos casi tanto como a Tom Jones—. Bueno, va —cedió ella; se levantó y se sujetó a él—. ¡Pero no demasiado pegados! —Bastien deslizó una mano alrededor de la cintura de Connie y Johnny se sentó en el sofá, lejos de Clifford, y los dos se quedaron mirando, cada uno con su sonrisita.

6

El Jensen avanzaba despacio por el camino y los neumáticos hacían crujir la grava: la belleza de su lentitud radicaba en su gran potencial para la velocidad. Cuando llegó ante la verja, las luces traseras rojas se iluminaron durante dos segundos y, entonces, tan deprisa que levantó una rociada de piedrecillas que alcanzaron el lado opuesto de la calzada, torció hacia la izquierda, enfiló la cuesta y se perdió de vista. Se oyeron tres fuertes rugidos las tres veces que cambió de marcha, pero, cuando cambió por cuarta vez, el ruido ya no llegó. Se habían marchado. A media mañana, el sol caía a plomo

sobre el césped; todo estaba inmóvil, hasta que, durante un instante, la brisa que llegaba del mar agitó los carrizos y abrió el *Daily Mail* que había encima de la mesa del patio.

—¡Al fin solos! —exclamó Connie. Aquella sensación general de alivio encerraba un pequeño y esquivo motivo de preocupación, quizá respecto a qué les contarían a sus maridos, cuando volvieran, que habían hecho.

Norma se sentó otra vez a la mesa y se encendió un cigarrillo.

—¿Qué podemos hacer?

—Vamos a la playa, mamá —propuso Johnny.

Norma lanzó un lento chorro de humo.

—No sé si me apetece la playa —dijo, pero a ella le gustaba hacerse rogar antes de aprobar cualquier plan. Todos tenían presente lo bien que se le daba ceder: parecía que de primeras se negara para añadirle emoción a la jornada. Llevaba sus pantalones blancos acampanados y el sombrero de paja flexible con la cinta azul—. ¡Mira cómo voy! —dijo.

—Mamá, llevamos cuatro días aquí y todavía no hemos ido a la playa. —Johnny se había imaginado la escena muchas veces—. Antes Bastien se estaba quejando precisamente de eso.

—Bueno, si a Bastien le apetece... —Rió sin ganas, como si lamentara la situación—. Ve a buscar los zulúes.

Norma, que no tenía ni idea de qué eran los zulúes, se quedó mirándola.

—¡Voy por ellos! —exclamó Johnny.

—¿No te importa, Norma? Y, ya que vas, ve a ver si Bastien se ha levantado... —Pero de pronto oyeron el ruido de sus chanclas y lo vieron entrar por el ventanal, pestañeando, con la voz todavía tomada por el sueño y, al parecer, también un poco preocupado por algo.

—¿Sus maridos se han marchado? —Sonrió y abrió ambas manos, soñoliento y caballeroso, hacia las dos mujeres, como si se enfrentara a un doble deber en ausencia de los varones adultos.

—Sí, nos hemos quedado los cuatro solos —dijo Johnny.

—¿Adónde han ido? —preguntó Bastien.

Las mujeres no le contestaron, pero Johnny dijo:

—Han ido a Truro en el Jensen. Truro —dijo y al instante pensó que tal vez no debería estar diciéndoselo otra vez— es la capital de Cornualles, ya te

lo dije..., es donde está la catedral.

—Creo que eso era una excusa. Cliff solo quería ir a dar una vuelta en el coche de David —dijo Norma.

Connie soltó una risotada ante aquella muestra de inmadurez.

—Vuestro coche es igual de bueno, Norma. —Pero añadió una nota más adulta—: Han ido a comer con Leslie Stevens.

—Ah, Leslie Stevens, vale... —dijo Norma.

—Se ve que están maquinando algo.

—Nos vamos a la playa —anunció Johnny, y le puso una mano en el hombro a Bastien.

—¿Hay café? —preguntó el francés mirando con aire seductor más allá de Johnny, a su madre.

—Te preparo un poco —dijo ella—. Diez minutos y nos vamos.

Cuando las pronunciaba ella, esas órdenes destilaban una maravillosa falta de autoridad. Norma tuvo que bajar tambaleándose hasta «Greylags», a cambiarse y a coger su traje de baño; Bastien se las ingenió para que le prepararan unos huevos con beicon y luego se pasó un cuarto de hora en el lavabo; ya era casi la hora de comer cuando echaron a andar colina abajo, cruzaron la carretera principal y continuaron por los estrechos callejones y las empinadas escaleras que había entre las casas, hasta llegar al paseo marítimo, elevado, del que descendía otra empinada escalera, meros bloques de piedra que sobresalían del muro del puerto, con una cuerda deshilachada que pasaba entre unos aros a modo de barandilla, por la que se bajaba hasta el reluciente inframundo de la playa.

La elección del sitio donde extenderían sus toallas requirió una serie de pequeños cálculos: había franjas de arena fina entre afloramientos de roca alargados expuestos por la marea baja; algunas estaban más alejadas de la gran cañería de desagüe y de la cascada lodosa que salía de la misma y atravesaba la playa, pero demasiado cerca, para el gusto de la madre de Johnny, de una ruidosa familia con un transistor y un perro que ahuyentaban a la gente y de un hijo o yerno rubio y bronceado, con traje de baño verde, que atraía furtivamente a Johnny hacia ellos. Más allá, en las rocas de la parte más alta de la playa, había una mujer con sus dos hijas y Bastien, que todavía interpretaba, en parte, el papel de varón de mayor edad, se dirigió hacia ellas

con decisión. Norma esperó, con femenina paciencia, hasta que la decisión estuvo tomada. Johnny vio al joven rubio caminar sin prisa hasta la orilla y, tras zambullirse sin pensárselo dos veces, empezar a nadar perezosamente a crol. Connie, liberada de los maridos, parecía más abierta de lo normal al placer de no tener ningún plan, ni siquiera voluntad alguna. Finalmente escogieron un sitio en la línea de la marea alta; la arena estaba lisa y caliente, pero bastaba con hundir un poco los dedos de los pies para alcanzar la capa húmeda.

Vaciaron los dos cestos que habían llevado Johnny y su madre: toallas y crema solar, un libro, limonada y, a juzgar por los forros y las cintas, los trajes de baño.

—¿Quieres un zulú? —preguntó Johnny.

—No, me voy a quedar un rato aquí sentada, gracias —dijo Norma.

—¿Y tú, Bas?

Bastien esbozó una sonrisa y lo cogió con ambas manos. Nadie sabía por qué se llamaban así; tenía alguna relación muy remota con la película que Johnny había visto tres veces en el Ritz. Los zulúes de la señora Sparsholt, unas prendas al servicio del pudor, consistían en unas toallas viejas cosidas, con un agujero para la cabeza, que te ponías como si fueran ponchos. Una vez dentro, podías ponerte y quitarte el traje de baño en la misma playa y, después de bañarte, te permitían secarte y calentarte. Bastien desenrolló el suyo y lo sujetó con la barbilla como si fuera un hábito o un vestido sin forma.

—¿Qué demonios es esto?

—Ay, madre mía —dijo Norma.

—Sirve para cambiarse —contestó Connie con firmeza.

Bastien sacudió la cabeza.

—No lo necesito —dijo antes de enrollarlo de nuevo, sin esmerarse mucho.

—Puede usar una toalla —dijo Johnny con sentido práctico, pero Bastien ya se había quitado la camisa y estaba desabrochándose los vaqueros. Todos lo miraban o intentaban no mirar. Resultó que ya llevaba puesto el traje de baño, de rayas finas azules y blancas; se quitó los vaqueros, los dobló y los guardó en el cesto.

—*Voilà, madame!* —Agachando la cabeza, se miró, tan satisfecho como

el año anterior en aquella ardiente playa francesa, de su pulcritud, su elegancia y su indecencia. Johnny se emocionó al imaginarse la tibieza y la opresión del traje de baño debajo de la ropa, con el lacito del cordón metido por dentro. Cuando se cambió él también, ya no le encontró la gracia al zulú y se sintió remilgado y británico en comparación con el francés, más desenvuelto y natural.

A continuación fue su madre quien desapareció bajo la larga capa de toalla. Johnny distinguió, pese a que la miraba sin mirar, las pequeñas protuberancias y adivinó los momentos en que se desabrochaba el sujetador y demás a medida que se desvestía. Nunca tenía más presente la desnudez nunca vista de sus padres que cuando, metidos dentro de sus zulúes, se retorcían y daban saltitos. Cuando salió su madre con el traje de baño entero negro, parecía segura de sí misma pero tímida o tal vez se le hubiera pegado la timidez de Johnny: lo miró de forma extraña un momento, se agachó para coger su gorro de baño rojo, se recogió el pelo, con una serie de rápidos tirones, bajo el ceñido borde y bajó, enérgica, pisando con decisión, hasta la movida y cambiante orilla. Bastien la observó entrar en el agua y la fascinación se sumó a su insolencia. Entonces Johnny corrió a reunirse con su madre; el frío del agua le causó una impresión que a ella ni se le había notado cuando se había zambullido para volver a asomar enseguida y empezar a nadar a braza, escondiendo y asomando su roja cabeza. Él quería nadar con Bastien, enredarse con él en las olas, en un elemento donde lo superaba, pero sabía, desde el momento en que habían salido de la casa, que Bastien no iba a colocarse en esa situación de desventaja. Nadó deprisa y luego se quedó flotando boca arriba en el agua; la orilla parecía vista a través de un periscopio, con el fondo restaurado, casitas pintadas de blanco alineadas sobre el rompeolas. Agitó una mano, como si Bastien no estuviera viéndolo: «¡Ven!» Norma, que se había quitado el sombrero, estaba hablando con Bastien; debía de haberle pedido algo, porque él la miró fijamente y, al cabo de un momento, cedió a regañadientes, porque no tenía escapatoria, y la ayudó a ponerse el zulú: se lo echó por la cabeza como quien tapa la jaula de un loro con un trapo. Ella se contoneó hasta asomar de nuevo, preocupada por su pelo. Bastien se dio la vuelta con aquella sonrisita suya de satisfacción en los labios y a Johnny se le ocurrió pensar, mientras empezaba a nadar de nuevo, que seguramente a nadie le importaba que Norma se desnudara, por

mucho que a ella sí.

Nadar con su madre era divertido; cuando estaban cerca hablaban un poco, «¡Hola!», como amigos que se alegran de verse; luego hacían carreras sin avisar, de aquí para allá, o daban una vuelta, nadando tranquilamente a braza, alrededor de un bote fondeado (*My Boy Lollipop*) o de dos boyas rojas de señalización. Él nadaba mejor que el año anterior y su madre así se lo reconoció, riendo con un deje de sorpresa, orgullosa de él y entrecerrando los ojos como si conjeturara algo. Cuando estaban en el agua, había algo diferente: los hábitos cotidianos medio disueltos, su madre toda facciones con el pelo recogido bajo el gorro y el frío del mar imposible de ignorar. Lo sintió un par de veces y fue como recibir en la cara el golpe de una ola inesperada: la mirada de su madre, completamente acostumbrada a él y sin embargo no del todo segura de lo que estaba viendo. A él le encantaba que no estuviera allí su padre, pero le habría gustado que hubiera podido verlo, colgado un momento con un brazo estirado de la borda del bote, poniendo a prueba su recién adquirida fuerza. «Oh, se va», dijo su madre, y Johnny se volvió casi a regañadientes y miró hacia la orilla, que quedaba bastante lejos ya; la iglesia y los árboles aparecían en el cuadro por encima de los tejados, y Bastien, a unos cien metros de Norma, caminaba despacio hacia la zona rocosa del fondo, por donde, con la marea baja, se accedía a Crab Beach.

Cuando salieron del agua y corrieron por la arena y se quedaron de pie, goteando y secándose delante de Norma, ambos irradiaban la indescriptible percepción del cambio, del grosero crecimiento de Johnny, y, mientras, la brisa los acariciaba y los rayos de sol los libraban del frío del mar. Johnny ya era casi tan alto como su madre; faltaba poco para que ella lo mirara desde abajo, como miraba a su marido. Ella tenía unas piernas robustas, con arañazos en los tobillos de andar con sandalias; el traje de baño, negro, le juntaba y comprimía sus grandes pechos y, en el pronunciado canalillo, salpicado de gotas de agua, tenía la piel de gallina. Él sabía que su madre tenía cuarenta y cuatro años, una edad que nunca se mencionaba; ya se había adentrado en el denso y complicado enlentecimiento de la vida adulta, cuyo lenguaje él apenas comprendía todavía, aunque empezaba a detectar en él nuevas tonalidades, frialdad y un silencio elocuente.

Johnny descartó seguir a Bastien hasta Crab Beach, donde se rumoreaba

que las mujeres iban a hacer toples; él confiaba en que no fuese cierto, pero lo atormentaba pensar que pudiera estar allá mientras él seguía atrapado allí, con su madre y la amiga de su madre. Se agachó junto a ella y dejó que le extendiera crema solar en la espalda, y notó que ella, ahora que él no la veía, volvía a evaluar la corpulencia de su hijo. Pensó en cómo había cambiado Bastien en un año (el vello de las piernas, la pelusilla del bigote y la barbilla) y en que, cuando se marchara al internado al mes siguiente, él también sorprendería a su madre cada vez que volviera a casa.

—No te alejes mucho —dijo ella cuando Johnny echó a andar sin saber muy bien adónde iba. Su madre y Norma se acomodaron sin apenas decirse nada; él se alejó hasta donde ellas no pudieran verlo, más allá de la familia del perro y el cortavientos de lona a rayas; el joven estaba cambiándose y Johnny llegó un segundo después de que se hubiera subido los calzoncillos de un tirón y se hubiera quedado de pie escurriendo el agua de su diminuto traje de baño verde. Johnny estaba tan ensimismado mirando que se olvidó que a él también podían verlo y, de hecho, lo estaban mirando. «¿Todo bien?», preguntó el hombre, y Johnny se avergonzó, pero solo se había tratado de un saludo, completamente confiado. El perro se le acercó y Johnny, aliviado, le rascó la cabeza con repentino vigor.

Cuando volvió a pasar por detrás de su madre y de Norma, las mujeres ya volvían a hablar; fue a pasearse por uno de aquellos afloramientos rocosos y vio que los animalillos atrapados en los charcos llenos de algas se escondían de su sombra. Su madre se había llevado un libro de la biblioteca, *El rojo y el verde*, y Norma, excluida, insistía en conversar, algo molesta pero sin que su ofensiva resultara demasiado agresiva. Vio que se imponía la naturaleza amable de su madre: dejaba el libro abierto boca abajo, contestaba, pasaba de un tema anodino a otro, seguía un poco más. Él sabía perfectamente que a su madre Norma Haxby no le interesaba mucho y Clifford aún menos; oírle hablar para hacerle un favor a su marido era una pequeña lección sobre la maquinaria del matrimonio. «He traído el *Mail* —dijo ella—, por si lo quieres. —Y alargó una mano hacia el cesto. Norma cogió el periódico, pero quizá no pudiera leer con las gafas de sol. Johnny vio que torcía la cabeza y lo observaba; quizá se preguntara dónde se había metido el otro chico. Saltó a un sitio donde poder dibujar sentado en la arena húmeda y firme. Las oía hablar a lo lejos, sus voces mezcladas con los otros ruidos de la playa y las

gaviotas, ahora con un tono más monótono y confidencial. Su madre miró por encima del borde del libro:

—Espero que se lleven bien. Me parece que Bastien se aburre bastante.

—Supongo que será la edad, ¿no? —dijo Norma.

—Lo único que le interesa son las chicas.

—¿Qué edad tiene?

—Quince años.

Norma miró hacia el mar.

—Aparenta más, ¿verdad?

—Hmmm, sí, ya sé.

—Es guapo... —añadió Norma.

Su madre oteó la playa, risueña.

—Es perezoso como un cachorro. ¿Has visto qué ropa tan ceñida lleva?

—Bueno, supongo que a esa edad se les queda todo pequeño —dijo Norma.

—A mí no me importa, la verdad, pero va a necesitar algo un poco más formal para la cena del Club de Remo.

—Son bastante flexibles, ¿no?

—Ellos quizá sí, pero Drum no. Te aseguro que no lo va a llevar allí con esos pantalones.

—Ah, ya...

—¡Drum es muy correcto y formal!

—Sí, Cliff también —dijo Norma.

Johnny había dibujado una voluptuosa cara de niño, una especie de muñeco con unos ojos y unos labios enormes: la arena no era un medio fácil. Lo borró todo con una danza de pisotones y volvió a alisar la arena con un palo de madera de deriva. Entonces se tumbó boca abajo y cerró los ojos. Las mujeres seguían hablando, su madre lograba mantener su característica amabilidad cada vez que Norma le interrumpía la lectura.

—Creo que a Cliff le sorprendió mucho enterarse de que David había estado en la Universidad de Oxford.

—Bueno, solo estuvo allí un trimestre.

—¿Y no quiso volver?

—Después de la guerra habría podido regresar, claro que sí, pero mira,

Norma, tenía veinticuatro años, era jefe de escuadrón, DFC... no se veía volviendo a la vida de estudiante universitario.

—Y me imagino que tú debiste de alegrarte mucho. —Unos chasquidos de mechero y, al cabo de unos segundos, el agradable olor a cigarrillo recién encendido—. Ya, Cliff me comentó que había pasado una guerra muy buena.

—Sí, es cierto. La verdad es que todo aquello le encantaba.

Norma no dijo nada sobre cómo había pasado Clifford la guerra.

—Pero tardasteis bastante en tener un hijo, ¿no, Connie?

—Sí. Supongo que, como los dos teníamos tanta vitalidad... Ya sabes lo que pasa.

—Bueno...

—Y David tenía que montar el negocio. Eso lo absorbió muchísimo durante cinco años. Además, queríamos disfrutar. —Le oyó hacer una pausa, supuso que su madre había vuelto la cabeza—. No digo que no disfrutáramos cuando tuvimos a Jonathan... David siempre había querido tener un hijo.

—¿Ah, sí? ¿Y no os propusisteis tener más?

—A mí no me habría importado, pero... entre tú y yo: a él no le entusiasmaba la idea.

—Claro... —Dos largas caladas y un suspiro mientras Norma apagaba el cigarrillo a medias en la arena, junto a los otros—. Supongo que David le dedica mucho tiempo al trabajo, igual que Cliff. A veces llega a casa pasadas las nueve de la noche.

—Sí, a veces siento que no me dedica toda su atención —dijo su madre con ironía.

—Bueno, así son las cosas —replicó Norma, quizá no muy segura de si estaba enfadada o no.

—Además ahora, para colmo, está en la Diputación. Y también se ocupa de los asuntos benéficos de la RAF y eso se lo toma muy en serio.

—Ah, ya...

—Me imagino que Cliff también tendrá muchas cenas y esas cosas.

—Sí, cenas, reuniones... A las cenas puede llevarme, aunque no siempre, claro, y luego está la masonería. Pero lo acompaño cuando puedo, ¡al menos, así me ahorro tener que cocinar!

No era fácil imaginarse a Norma cocinando: salchichas fritas y poco más.

—Y Drum también tiene actividades deportivas algunas noches y casi todos los fines de semana.

—Ah, claro —dijo Norma. Con eso ya no podía competir.

Johnny echó a correr por la playa; la marea había bajado un poco, y su pequeño campamento había quedado a una altura donde a nadie se le habría ocurrido instalarse. Miró alrededor y redujo la marcha; se desvió y rodeó unas rocas donde quizá pudiera ver a algún chico, un torso terso, un excitante momento de desnudez; pasó al lado de parejas casi desnudas, tumbadas en la democracia sin fronteras de la orilla. En realidad, lo que anhelaba era ver a Bastien volviendo de Crab Beach por las rocas y diciéndole que no había pasado nada. Subió de un salto a una construcción alargada de hormigón, una especie de pasarela que la marea había expuesto al bajar; un chico de su misma edad jugaba, solo, al otro lado. Oteó la playa y, entonces, vio a Bastien; agitó la mano y gritó y creyó ver que el francés levantaba la barbilla, su señal de saludo y rechazo. El chico, que llevaba un traje de baño rojo y tenía una pala de juguete en la mano, con la que excavaba en la arena mojada en busca de algo, también levantó la cabeza, se volvió y escudriñó a Johnny.

—¿Es amigo tuyo?

Johnny consideró un mérito decir que sí.

—¿Cómo se llama?

—Bastien. Es francés.

—¿Ah, sí? Yo tengo un amigo francés —dijo el chico, como si conociera los placeres y los problemas que eso implicaba. Se quedó mirando a Bastien, que iba acercándose, una figura menuda frente al mar, la arena y las rocas, pero especial y magnética—. Son muy simpáticos, ¿verdad?

—Sí, creo que sí —dijo Johnny, y se sonrojó a su pesar.

El chico se subió a un par de rocas para llegar a su lado y lo observó con cautela.

—¿Tu padre no es el del Jensen C-V8? —le preguntó.

—¿Te refieres al Mark III?

—Ah, no sabía que era un Mark III.

—Sí —confirmó Johnny—. Antes teníamos el Mark II.

El chico lo miró, titubeó un momento.

—¿Está hecho de fibra de vidrio?

—Sí, sí —dijo Johnny frunciendo el ceño para disimular el ligero bochorno que eso le producía—. Las puertas tienen refuerzos de aluminio, por supuesto.

—Ya, claro... —Miró hacia el final de la playa, donde rompían las olas, como si cavilara sobre la extraña gravedad de ese dato—. No sé cómo no sale volando —comentó.

Johnny chascó la lengua.

—Con ese motor, imposible. Pesa una tonelada. —Creyó oír a su padre defendiendo su coche ante cualquier furtiva insinuación de que pesaba poco o de que no era lo que aparentaba.

—Ya me lo imagino —dijo su amigo—. ¿Y qué velocidad alcanza?

—Unos doscientos veinte.

El chico hizo algunos cálculos.

—Pero nunca lo habéis puesto a tanto —dijo, y entonces apareció Bastien y, en lugar de unirse a ellos, siguió caminando por la playa y pasó al lado de la madre con las dos niñas, que seguían tumbadas y, al parecer, profundamente dormidas las tres. El nuevo amigo de Johnny se levantó y lo examinó cuando pasó a su lado y entonces echó a correr sin decir nada más en sentido contrario.

Johnny volvió con su madre y con Norma y justo entonces Bastien se les acercó, los saludó a todos con una inclinación de cabeza más amable, se quitó las chanclas lanzándolas lejos y se tiró en la toalla que había dejado allí hacía una hora; el viento había arrugado las esquinas y los bordes estaban cubiertos de arena. Norma lo miró desde debajo de la ancha ala de su sombrero.

—¿De dónde sales, jovencito?

Él se dio la vuelta y la miró; tenía arena en el trasero y el pelo reseco y de punta por el viento y el agua de mar y, con un tono pícaro que contrastó con el aburrido tono adulto de Norma, contestó:

—He ido a dar un paseo. Por la orilla.

—¿Hasta dónde has llegado? —preguntó Johnny, amable, poniéndose de su parte pero aún más atemorizado ante la posibilidad de que se cumplieran sus sospechas, ahora que había regresado y estaba allí tumbado en todo su esplendor.

—No muy lejos —contestó Bastien—. Pero ha estado bien. —Y cuando Norma se dio la vuelta para coger su bolso, él le guiñó un ojo; Johnny ahogó un suspiro y desvió la mirada, sobrecogido por la idea, la imagen confusa e imposible, de que Bastien hubiera seducido a las mujeres que hacían toples en Crab Beach.

—Necesitas protegerte del sol, *monsieur* —dijo Connie.

—Es que no tengo... *madame* —replicó Bastien, sonriendo y encogiéndose de hombros.

—¿Qué necesitas? —preguntó Norma, con aquella severidad en la que se adivinaba la timidez de quien hace un experimento, una mujer sin hijos entre adolescentes.

—Creo que usted tiene... —dijo él, mientras Connie hurgaba en el cesto y sacaba la botella de plástico con una palmera dibujada.

—Toma mi crema —intervino Norma, y, con las gafas de sol puestas, buscó en su bolso, donde llevaba sus cremas, más caras.

Bastien, indefenso, miró a Connie y sonrió.

—*Madame*, ¿puede ponérmela usted? Yo no llego... —Se dio la vuelta y se colocó boca abajo y levantó un momento las nalgas para ponerse cómodo.

—Si quieres, yo puedo... —dijo Johnny con el corazón en la boca inclinándose hacia delante.

—Cuánta tontería —dijo Norma—. Va, ya se la pongo yo.

Tumbado boca arriba Bastien dormía, o lo parecía, satisfecho y rendido al calor. Era como si se hubiera entregado para que Johnny lo contemplara, había cierta confianza en la absoluta indiferencia del sueño, también cierto desdén, pues aparentemente mirar era lo único que podía hacer Johnny. Sí, dormían juntos todas las noches, uno encima del otro, en aquella litera chirriante, «más divertido para los dos», como había dicho su madre... Norma fue paseando hasta el agua, deteniéndose aquí y allá y mirando sin ver a la familia del perro; no llegó a entrar: se quedó allí de pie, elegante y solitaria, donde las olas le cubrían los pies y luego retrocedían, sorbiendo la arena de debajo de sus plantas. Por lo visto, su madre también se había dormido, tapada con su sombrero flexible. Tenía una mano encima de *El rojo y el verde*, pero el libro estaba caído e inclinado. Johnny se quedó mirando a Bastien durante cinco segundos y luego durante diez. La depresión de su

vientre, liso; el ombligo oculto, con forma de orificio y no de botón; el mínimo hueco bajo la cinturilla, que se estrechaba con cada lenta respiración... Johnny no se había llevado el bloc de dibujo para que la arena y el agua no lo estropearan, pero lo que estaba viendo quedó grabado de forma indeleble en sus retinas.

—¿Qué vamos a comer? —preguntó Norma. Otro de los experimentos de aquel día sin maridos era que no respetaban los horarios de las comidas. Ya eran más de las dos. La madre de Johnny debió de comprender que no tenía sentido resistirse.

—Ya prepararé yo algo para todos cuando subamos —dijo.

Y, al cabo de unos minutos, las mujeres ya estaban cambiándose, escondidas bajo los zulúes. No parecía que Bastien tuviera intención de moverse y la posibilidad de pasar un rato, por breve que fuera, al sol, casi desnudos, a solas con él se apoderó de Johnny.

—Vale, nosotros subiremos dentro de un rato —dijo.

—Prepararé una ensalada —le advirtió su madre—. No hace falta que corráis. —Salió de debajo del zulú con la ropa mojada en la mano. Norma salió también con sus pantalones cortos blancos y empezó a recoger y sacudir las toallas. Bastien entrecerró los ojos y se apartó para que no lo alcanzara la arena.

—Por favor —dijo—, ya lo subiremos todo nosotros.

Norma sonrió ante ese ofrecimiento inesperado.

—Ah, bueno. Si tú quieres, Bastien...

—Sí, sí, ya lo llevaremos nosotros, mamá —terció Johnny, como si se alegrara de poder hacer el trabajo más pesado.

—Sí, Jonathan las llevará —insistió Bastien y, sonriéndole, se levantó. Ya se había alejado unos metros por la arena cuando dijo—: Te echo una carrera. —Y fue al trote hacia el agua, pero aceleró cuando Johnny lo alcanzó y lo empujó con el hombro, con la fuerza de todo su deseo de contacto acumulado. Entraron a la vez en el agua y se sumergieron; fue como si la crueldad de Bastien, lo mal que se había portado con él toda la semana, se desvaneciera con un solo y reluciente chapuzón.

Jugando en el agua, haciéndose ahogadillas el uno al otro, Bastien tuvo un brevísimo instante de pánico, pero lo disimuló enseguida, abucheo a

Johnny y lo atrajo hacia sí, rodeándole el cuello con un brazo, y Johnny, sin poder dar crédito, sin pensar ni preguntar nada, levantó las piernas y le rodeó con ellas la cintura a Bastien. Rieron, se enderezaron, jadearon con las caras casi tocándose, Bastien lo miró fijamente, como si buscara la forma de expresar algo o, lo que era más probable, planeando su siguiente ataque, frunció los labios y besó a Johnny en la boca. Fue muy rápido, al instante ya se había apartado y aprovechó la desventaja de Johnny. «*Salope!*», dijo, le apoyó la palma de la mano en la coronilla y lo hundió.

Cuando salieron del agua y corrieron por la playa, chorreando, tardaron un minuto en entrar en calor. Haciendo un poco el payaso, Bastien cogió un zulú y se lo puso por la cabeza, Johnny lo imitó y los dos se secaron como pudieron, tirando de la tela hacia abajo. Entonces Johnny se dio cuenta de que Bastien se estaba desabrochando el cordón del traje de baño y se lo estaba bajando dándole un par de tirones: al cabo de un momento, lo vio alrededor de sus tobillos y, finalmente, se los quitó. Con toda la calma de que fue capaz, Johnny hizo otro tanto, lo recogió y lo escurrió y, emocionado por su propia desnudez, todavía oculta, lo llevó al cesto. Al darse la vuelta vio que Bastien se había sentado en una toalla, estaba acurrucado, pero con las rodillas separadas bajo el zulú.

Aquello era algo que el año anterior Johnny había hecho con una sensación de transgresión que parecía insignificante dada la fuerza del impulso. Al principio, cuando se sentó frente a él, creyó que Bastien fingía, pero entonces comprendió, con la desgarradora sensación de que aquella era la última y la única oportunidad y, al mismo tiempo, sintiéndose cruelmente excluido, que iba en serio. «¡Te echo una carrera!», dijo. Fue una ocurrencia repentina, una ocasión inesperada, y de pronto Johnny estaba haciéndolo también y por primera vez no quería jugar, quería que durara mucho, salvarse y aplazarlo para alcanzar algo diferente y mejor. Si era una carrera, no duraría mucho, Bastien sabía correrse a una velocidad increíble, en cuarenta segundos el año anterior, cuando lo habían probado, pero en la cama, juntos. Lo miró fijamente, con avidez, y no dijo nada. Participaba en el juego, pero el juego los separaba, cada uno estaba concentrado en sus propios deseos, aunque el de Johnny, y él lo sabía, estaba dibujado en su cara: dudaba que pudiera sostenerle mucho rato la mirada mientras pensaba en él. Bastien le sonrió: ¿se burlaba de él o le estaba diciendo que claro que lo amaba? Tenía

esa mirada intensa e íntima del clímax inminente, bastaba con verlo, pero no había nadie mirando, y los ojos de Bastien enfocaron más allá de Johnny y miró por última vez, anhelante, a las dos chicas que estaban en lo alto del muro.

Los muchachos recogieron las cosas y echaron a andar hacia la casa, relajados, callados, sufriendo bajo el sol por el empinado camino, abrumados por el peso de los cestos al remontar los escalones, pero unidos todavía por un vínculo extraño, el único acto compartido que ninguno de los dos mencionaba. El alivio de haber participado en el motín de Bastien en lugar de convertirse en su blanco lo animaba y le abría nuevas esperanzas, y ansiedades, para los tres días restantes. Enfilaron el último camino, por el que se salía del pueblo; las ventanas de la terraza cubierta de «La Atalaya» ya se divisaban, en lo alto y hacia la izquierda, por encima de los carrizos; Bastien no parecía tener prisa. ¿Qué era mejor, quedarse rezagado, dando taciturnos chancletazos o apretar el paso y seguir adelante, con aire de suficiencia y despreocupado? A la derecha, el camino de «Greylags», tallado en el terreno de esquisto, ascendía, empinado, hasta la cochera, y debió de ser porque el Daimler de Clifford Haxby ya estaba aparcado allí antes por lo que la parte trasera de color granate del Jensen, aparcado a su lado, asomaba por detrás. Johnny se detuvo un instante, sorprendido de que ya hubieran regresado y disgustado porque la inusual libertad de la que habían disfrutado al quedarse solos con las mujeres hubiera llegado a su fin. Pero ¿no era demasiado pronto? ¿A qué distancia estaba Truro? A unos veinticinco kilómetros, pero por carreteras sinuosas. Miró el reloj y vio que eran las tres y diez; en la playa se habían olvidado de la hora y se les había hecho tarde. Bastien, que iba detrás, llegó a su lado.

—¿Esta es su casa? —preguntó, y evidentemente no podía referirse a nadie más.

—Es el coche de mi padre —dijo Johnny—, el Jensen.

—Ah, ya —dijo Bastien, y asintió.

—Ya han vuelto.

—A lo mejor no estaba tan lejos —dijo Bastien, y subió unos cuantos escalones del camino, como si quisiera comprobar que Johnny estaba en lo cierto, detectando cierto interés en la situación cuando, normalmente, se

habría encogido de hombros y habría pasado de largo. Se quedó escudriñando la casa, con el cesto en la mano, como si hubiera ido allí a entregar algo.

—Vamos —dijo Johnny—. Tengo hambre. Vamos a comer. —Y, como Bastien dio unos pasos más, añadió—: Seguro que todavía están hablando de negocios.

—¿Has visto la casa? —preguntó Bastien en voz alta. Ya había llegado al final del camino—. Es bonita.

—No —dijo Johnny. Le habría gustado que se la hubieran enseñado, pero los Haxby siempre lo habían evitado—. Vamos...

—Voy enseguida —dijo Bastien agitando la mano que tenía libre. Dejó el cesto en el suelo y se perdió de vista.

Bastien iba a la suya, otra vez, y él se quedó en la entrada, arañando las piedras del suelo con las zapatillas de deporte.

—Me voy a casa —anunció.

Dio unos pasos por la calle, con la esperanza de que Bastien lo siguiera, pero, al ver que no lo hacía, se detuvo de nuevo. Clifford Haxby odiaba a Bastien y su padre se enfurecería si lo descubría curioseando por allí mientras ellos celebraban una reunión. Eran amigos, pero parecería una intromisión.

Cuando llegó al final del camino de la casa, Johnny no lo vio por ninguna parte. «Greylags» era un bungalow bastante lujoso, revestido de madera rojiza, con unos ventanales que daban al jardín delantero. Todas las ventanas estaban cerradas; seguro que acababan de regresar y, de hecho, daba la impresión de que no había nadie dentro, de que habían aparcado el coche allí y se habían marchado; sí, seguramente habían subido a «La Atalaya»: la explicación era tan simple que hasta se sorprendió. Allí no había nadie y Johnny contempló la casa, que se erguía al fondo de la impecable extensión de césped, impaciente, a pesar de todo, por ver aparecer a Bastien. Un coche bajó por la calle, empujada, redujo la marcha pero continuó su camino y torció hacia la izquierda, hacia el pueblo. Abajo, en el puerto, hubo un gran revuelo de gaviotas y sus chillidos resonaron; luego se oyó la nítida bocina del ferri; cerca, un hombre que estaba detrás de la valla de la casa de al lado dijo algo y una mujer le contestó, pero la casa de los Haxby, bueno, la casa que tenían alquilada, seguía cerrada e indiferente, mientras Johnny inventaba vanas excusas con las que explicar por qué estaba allí plantado observándola.

Entonces vio salir a Bastien de la parte de atrás de la casa, iba deprisa

pero caminando de puntillas para no hacer ruido con las chanclas. ¿Lo habría visto alguien? Sonrió a Johnny con ese gesto de quien ha hecho esperar a un amigo.

—No hay nadie —dijo Johnny.

Bastien se encogió de hombros, parecía disgustado tras comprobar que su esfuerzo no había valido la pena. Entonces, tambaleándose y deteniéndose una vez para pescar con el pie una chancla que se le había caído, bajó presuroso por el camino.

—¡Vámonos! —dijo—. Es hora de comer. Tengo hambre.

—¿Qué pasa? ¿Te han visto? —dijo Johnny.

—Aquí no hay nada que ver, amigo —dijo Bastien—, nada que ver. —Y lo agarró con un brazo y tiró de él y de pronto a Johnny lo abrumó el calor de su cuerpo y se dejó llevar por el abrazo fraternal que lo arrastraba y deslizó una mano por la cinturilla sin cinturón de sus vaqueros, consciente de que Bastien, ahora, no llevaba nada debajo.

—Ay, el cesto...

Tuvo que soltarse del abrazo de Bastien para ir a recuperarlo. Llegó hasta el final del jardín, agarró el cesto y, al volverse, vio, o creyó ver (los reflejos del cielo, el azul y el blanco de las nubes en las grandes ventanas), la temblorosa ondulación, el lento parpadeo de luz y sombra, de las finas láminas de una persiana veneciana que primero subía un poco y luego, al soltarse el cordón, caía y se cerraba del todo.

III. PEQUEÑOS ÓLEOS

1

—Hola. ¡Eres nuevo!

Johnny sonrió con cautela.

—¿Ah, sí?

—¿Has venido a traernos eso? ¿Qué es?

—Bueno, en realidad es para el señor Dax. —Mostró el paquete, plano, envuelto con papel de embalaje, con una etiqueta pegada: «Evert Dax Esq., Cranley Gardens»—. Es un cuadro.

—Claro, ya me lo imaginaba. —El hombre lo escudriñó con gesto risueño, ladeando su enjuta y angulosa cabeza. Llevaba una pajarita, una americana de terciopelo marrón y unos pantalones de tweed acampanados bastante sorprendentes en un hombre de sesenta años. La mujer que iba con él, más joven, vestía una blusa con volantes rojos bajo un abrigo también rojo, y, con tono desafiante, dijo:

—Bueno, nosotros vamos a coger el ascensor. —Cruzaron el vestíbulo hasta la jaula del ascensor, que ascendía por el hueco de la escalera en un estrecho abrazo—. Yo soy Clover, por cierto.

—Ah, me llamo Johnny —dijo Johnny—, Johnny Sparsholt.

La mujer se volvió un poco y lo miró un momento con más detenimiento.

—Ah, sí. No sé si conoces a mi marido.

—Hola. Freddie Green —dijo el hombre—. Hola. —Sonrió de nuevo y Johnny se preguntó si lo conocía de algo, pues parecía que el otro así lo esperara—. A lo mejor no funciona, cariño.

Clover pulsó un gastado botón del latón; se oyó una sucesión de repiqueteos y chasquidos y, tras una pausa bastante larga, durante la cual los tres miraron hacia arriba, apareció lentamente la curva que dibujaba el cable colgante y, a continuación, la diminuta cabina, una jaula dentro de otra jaula.

—No voy a preguntarte qué es ese cuadro —dijo Freddie al detenerse el ascensor. Abrió la rejilla plegadiza y dejó pasar a Clover, bastante más corpulenta que él.

—Si quiere se lo puedo decir —dijo Johnny, preguntándose si Freddie habría oído hablar del pintor. En realidad, en el ascensor solo cabían dos personas y, si se iba la luz, lo que ocurría casi a diario, quedarían atrapados allí y pondrían a prueba la sinceridad de su reciente amistad durante una hora o más. Freddie, caballeroso, hizo un ademán y Johnny fue a dar un paso, pero en el último momento se echó hacia atrás.

—Ah, no se preocupe, ya subo por la escalera. —Sujetó mejor el cuadro envuelto.

—Podemos apretarnos —dijo Clover.

—Es el segundo piso, ya lo sabes —dijo Freddie antes de meterse, encorvándose, con cómica sumisión.

Mientras Johnny subía la escalera, el ascensor ascendía chirriando a su lado y, cada vez que torcía, veía a Freddie y a Clover desde otro ángulo, apretujados y hablando en voz baja, en un tono a medio camino entre lo público y lo privado. Freddie miró hacia fuera tras hacer ella algún comentario y, al cruzarse su mirada con la de Johnny, le hizo una inclinación de cabeza. Johnny sonrió, bajó la vista y se fijó en la gastada alfombra de la escalera, luego volvió a mirar hacia arriba y vio los cuadros con marcos dorados que ascendían a su lado en la penumbra. No era ninguna carrera, pero Johnny llegó antes al segundo piso y les abrió la rejilla. Se oían voces apagadas no muy lejos.

—El padre de Evert hizo instalar el ascensor —explicó Freddie al salir—. Como solo tenía una pierna...

—Yo no conozco al señor Dax —aclaró Johnny, pese a no saber si el padre todavía vivía y, mucho menos, si todavía vivía allí. Calculaba que Evert Dax ya debía de ser bastante mayor.

—¿Ah, no?

—Solo conozco a su secretario.

—¿Su secretario? —Freddie cerró la puerta y se aseguró de que el cierre encajaba bien en su sitio.

—¿Denis Drury?

Clover soltó una risotada.

—Ah, conoces a Denis —dijo y, tras echar a andar por el pasillo, torció la cabeza y volvió a mirar a Johnny—. Bueno, supongo que podemos llamar a Denis su «secretario». —Esbozó una sonrisa que por una parte parecía

acusarlo y por otra le lanzaba una traviesa indirecta.

Dejaron los abrigos en un pequeño dormitorio.

—Solo me puedo quedar un momento —dijo Johnny al verse atrapado para añadir al instante—: Bueno, digo que conozco al señor Drury porque fue él quien me trajo el cuadro para que lo limpiara. —Recordaba el día que había ido a la tienda: su exasperante silencio y sus ojos oscuros que no pestañeaban.

El señor Drury no se encontraba en la habitación donde entraron a continuación, en la que un reducido grupo de gente hablaba en voz baja, como si aquello fuera un funeral: había un grupo de mujeres sentadas en un sofá bajo un gran espejo y unas cuantas personas más de pie junto a la chimenea. El anochecer, por lo visto, los había pillado desprevenidos. Desde una gran ventana orientada al oeste se contemplaban chimeneas y el campanario de una iglesia sobre el último rosa claro del cielo. «Es el deterioro del dinero en general», decía una voz solemne pero aflautada; todos saludaron a Freddie y a Clover y los incluyeron en el grupo de los que estaban de pie. Johnny se quedó apartado, observando con timidez los cuadros que tenía más cerca; ya le habían advertido que la colección era digna de verse. Había un pequeño relieve de Ben Nicholson, de un blanco roto, enmarcado tras un cristal, y otro gran cuadro abstracto con un marco negro muy sencillo, con grandes franjas de pintura blanca, sucia, en las que, si te acercabas y mirabas bien, descubrías grietas y grumos que recordaban a la película que se forma en un cazo de leche hervida. A su lado había un grabado de una vaca azul voladora, con una inscripción a lápiz: «*À mon ami Dax — Chagall*». Los cuadros parecían conferir prestigio a las personas que se hallaban en aquella estancia y ellas, a su vez, parecían demasiado familiarizadas con ellos para molestarse en mirarlos. En la mesa dispuesta detrás del sofá había una escultura que debía de ser de Barbara Hepworth: una esfera hueca de madera de color caoba, con una abertura pintada de blanco sobre la que se entrecruzaban unos alambres también blancos. Johnny vio la curva de la parte de atrás en el espejo y se vio a sí mismo pasando discretamente y mirándose para calmarse.

—¿Quieres sentarte con nosotras? —le preguntó una de las mujeres que estaban en el sofá.

Johnny la miró y sonrió. Pensó que allí tampoco iba a haber a menos que

se apretujaran mucho.

—¿Qué es esto? ¿Una fiesta? —preguntó.

—Bueno, no es exactamente una fiesta. —La mujer sacudió la cabeza, cuadrada y de pelo cano. Johnny se fijó en que nadie estaba bebiendo nada; tal vez se tratase de una especie de reunión: debía de estar a punto de empezar, así que lo mejor que podía hacer era marcharse cuanto antes. Volvió a mirar la ventana; desde donde él estaba, el reflejo de la estancia ya ocultaba, aunque no por completo, la oscura masa de la parte trasera de las casas de enfrente y la lámpara que tenía a su lado se convirtió, durante un minuto, a la luz que se había encendido, en un dormitorio del otro lado de la calle.

—Tú debes de ser un amigo de Denis —dijo otra mujer.

—Sí, claro —dijo la tercera.

—Bueno, no exactamente. —Johnny, que no soltaba su paquete, miró alrededor. Allí solo había gente de mediana y avanzada edad, él era mucho más joven; de pronto se sentía como un niño sometido al escrutinio ligeramente irónico de un trío de tías—. Trabajo para Cyril Hendy, el marchante. —Cuando decía eso, todavía le sonaba a novedad, aunque sabía que no podía hablar en nombre del gran Cyril, quien, por cierto, apenas abría la boca.

—Ah —dijo la primera mujer—, eres de artes plásticas. Creíamos que nos ibas a leer.

—¿Leerles? —se extrañó Johnny soltando una risita.

—Bueno, esta noche va a leer Evert —dijo la segunda mujer antes de mirar a su alrededor—. Ya sabes que está escribiendo un libro sobre su padre.

—Ah, no, no lo sabía —admitió Johnny.

—Pero al menos habrás oído hablar del padre de Evert —dijo la mujer de pelo cano, con una severidad un tanto pícaro, como dando a entender que Johnny se sentiría ridículo cuando se enterara de quién era ella.

—Solo tenía una pierna, ¿verdad? —dijo Johnny.

—Hombre, aparte de eso tenía otras cosas —dijo la segunda.

—Ya lo creo —intervino la tercera, que llevaba rato observando embobada a Johnny. Lentamente, compuso una sonrisa—. Permíteme decirte que te envidio tremendamente por tu pelo.

—Ah, gracias... —Johnny intentó no fijarse demasiado en el de ella, fino

y teñido de un rojo óxido extraño; volvió a mirar hacia el espejo.

—Pero ¿no te da muchísimo trabajo? —preguntó la segunda mujer con sincera curiosidad; parecía alegrarse de que el tema hubiera salido a colación.

—No nos han dicho cómo te llamas —dijo la primera mujer.

Johnny se presentó y, al menos en una de las caras, vio aquella sospecha pasajera con la que ya estaba familiarizado, así como el tacto con que la controlaban y la posterior curiosidad, mezcla de malicia y compasión. Como si desaprobara todo eso, la tercera mujer dijo:

—Me llamo Iffy, por cierto.

—Perdón, ¿cómo...?

—Iphigenia —explicó la segunda.

—Soy una vieja amiga de Evert. De hace muchos años.

—Sí, os conocéis hace mucho, ¿verdad? —dijo la segunda mujer.

—Pero dime, ¿tú conoces a Freddie Green? —Iffy se inclinó hacia delante, como si fuera a presentarle a alguien.

—No conoce a nadie —dijo una voz de hombre detrás de Johnny; al volver la cabeza vio la cara de Denis Drury en el espejo y notó una mano liviana en la parte baja de su espalda—. Es nuevo, nuevo.

—¡Hola! —lo saludó Johnny y le tendió la mano que tenía libre; Denis se la cogió sin mirar, pero la sujetó y se la estrechó mientras continuaba:

—Espero que hayáis sido amables con él.

—Claro que sí —coincidieron ellas. El secretario de Evert Dax tenía el mismo aspecto que el día que había entrado en la tienda: formal y anticuado, ataviado con traje oscuro de tres piezas y corbata a rayas; hablaba sin mover la cabeza y con la mínima expresión de una sonrisa en sus labios, pequeños y carnosos. Tenía el pelo negro y lacio, muy corto, y unos ojos grandes, oscuros y desafiantes. Su edad, sin embargo, se había convertido en un misterio: en la tienda le había parecido un delegado de clase arrogante, pero más de cerca, bajo la luz tenue de la lámpara, Johnny vio que podía tener cuarenta años. Denis le soltó la mano de cualquier manera, pero la presión en la parte baja de la espalda parecía insinuar algún futuro entendimiento entre ellos. A Johnny le preocupaba lo que pudieran pensar las mujeres.

—Mire, le he traído su cuadro —dijo con firmeza.

—Ya lo veo —dijo Denis, y durante un largo segundo examinó el paquete

y los pantalones de pana de Johnny y, por supuesto, su pelo—. Le podemos echar un vistazo más tarde. Me consta que Evert quiere conocerte.

—Es que... —dijo Johnny, y de pronto se apagaron las luces.

Se oyó un suspiro general de fastidio y diversión cansina y Denis, subiendo la voz, dijo «Tranquilos, no pasa nada», dejando caer una mano con la que rozó, acaso sin darse cuenta, el trasero de Johnny al apartarse de él. Alguien encendió un mechero y lo sostuvo en alto por encima de aquel grupo algo alterado. «Ay, queridos, esto parece la guerra», comentó una mujer. «Pero no es ni la mitad de divertido», dijo alguien más. «Bueno, todos somos bastante más viejos», añadió la mujer de pelo cano con seriedad, cuyo comentario hizo reír a los demás. Al cabo de un momento, Iffy dijo: «Pero ¿la guerra fue divertida? Creo que yo me perdí la diversión», y cuando un hombre de voz aguda terció: «Gordon, ¿no puedes hablar con el primer ministro y decirle que haga el favor de solucionar esto?», todos rieron y, desde el pasillo, una voz más grave dijo: «Me temo que para eso ya es demasiado tarde», y luego: «¡Que nadie se asuste!» El haz de una linterna entró oscilando por la puerta: «Lo tenemos todo controlado.» La linterna apuntó un segundo para mostrar la cara de la persona que acababa de hablar: el rostro fantasmal de un hombre de pelo cano con gafas que, sonriente pero absorto, se volvió para alumbrar el camino a la persona que iba detrás de él.

—Ya está aquí Herta... —añadió antes de que una mujer menuda de pelo blanco que llevaba una bandeja entrara detrás de él. En la bandeja había una colección de velas usadas.

—¡Ah, Herta...! —dijeron dos o tres invitados con cautela.

—Tenemos las velas —dijo Herta, concentrada en su tarea y ajena a las formalidades sociales—. Aparten los libros, por favor. —Entró, alumbrada por la linterna, como una figura de un ritual primitivo y la gente se apartó para dejarla pasar. Johnny no entendía por qué el hombre no llevaba aquella pesada bandeja, y Herta, la linterna, pero daba la impresión de que sus respectivos papeles habían quedado fijados de forma inalterable hacía mucho tiempo. Herta dejó la bandeja encima de una mesa y el hombre, que debía de ser Evert Dax, la observó con cierta impaciencia mientras él prendía una cerilla y luego otra y encendía todas las velas. Una vez hecho eso, Dax encendió los dos candelabros que había encima de la repisa de la chimenea, con sus enroscados brazos de plata y sus gotitas de cera roja. Al poco rato, la

estancia resplandecía y la luz producía un efecto que a Johnny le pareció hermoso. Parecía un pequeño experimento de historia, como la lámpara de aceite del taller de Cyril o las calles iluminadas solo a medias, y las otras consecuencias, lamentables pero divertidas, de la crisis actual, que se había mantenido a lo largo de las seis semanas que Johnny llevaba viviendo en Londres. Dejó su paquete en el suelo y, al ayudar a pasar las velas, encontró el papel que debía interpretar y un par de personas se apartaron para dejarle sitio y se presentaron. A pesar de que nunca volvería a verlas, le ofrecían su nombre con amabilidad y confianza. El último objeto de la bandeja era una vieja palmatoria de latón igual que una que tenía su padre, con un matacandelas y una ranura rectangular para poner una caja de cerillas, y Johnny la dejó al lado de Freddie Green con la vaga certeza de estar sumándose a una broma.

—Y se hizo la luz —dijo Freddie.

—Ya, pero ¿hay algo para beber? —replicó Iffy.

2

Cuando Evert Dax empezó a leer, Johnny sacó el pequeño bloc de dibujo que llevaba en el bolsillo y lo sostuvo, cerrado, sobre una rodilla. Le ayudaba a pensar que estaba allí por algún motivo y le daba seguridad mientras se bebía el vaso de ponche a pequeños sorbos, sonreía cuando todos se reían de algo que había dicho Dax y miraba a su alrededor con una extraña mezcla de sentimientos. Mientras cada uno buscaba su asiento, hubo un momento bastante violento para él cuando Denis mencionó que le había pedido «al chico de Hendy» que se quedara. Dax le dirigió una mirada cordial por encima de la montura de las gafas; Johnny fue a estrecharle la mano, levantando la vela que llevaba en la otra como si se alumbrara el camino, y dijo su nombre y, entonces, en lugar del usual y fugaz pestañeo de reconocimiento y ajuste, Dax se sonrojó, rió de forma extraña y, durante cinco segundos inexplicables, sus azules ojos examinaron cada detalle de la cara de Johnny y luego desviaron la mirada, como si la timidez le impidiera volverlo a mirar.

—¿Cómo dices? ¿Johnny? Vaya, vaya... Sí, claro... ¡Por favor! — balbuceó antes de darse la vuelta—. ¡Muy bien! ¡Muy bien! —dijo subiendo la voz para llamarlos a todos al orden. Por aquel entonces, la rápida deducción de que Johnny era el hijo de David Sparsholt raramente ocasionaba semejante confusión.

Se alegró de estar al fondo de la sala. Abrió su bloc de dibujo y lo inclinó discretamente hacia la vela que tenía al lado. La escena pedía color y Johnny añadió zonas de bordes borrosos, de color rojo oscuro y gris, y un montón de pequeñas llamas reflejadas en el espejo y en el gran rectángulo oscuro de la ventana. La luz de las velas resaltaba las facciones de los rostros ancianos, los acariciaba y los caricaturizaba con benevolencia. Johnny podía mirar fijamente la cabeza aññada de Dax, con su pelo entrecano y ondulado y sus gafas empañadas, sin ser grosero y, por lo visto, Dax seguía sin atreverse a mirarlo: estaba sentado con el cuerpo hacia delante y el borde de las hojas mecanografiadas que tenía en las manos temblaba ligeramente. En la pared que tenía detrás había media docena de cuadros, toques de color y reflejos tenues que se perdían en la penumbra. El suceso que estaba relatando había tenido lugar en Oxford durante la guerra: por lo visto, su padre, un escritor famoso, había ido a dar una charla en un club del que Dax era miembro y no todo había salido tal como estaba planeado. No se mencionó que solo tuviera una pierna y Johnny se preguntó si eso sería otro detalle que aquel grupo de viejos amigos daba por hecho. El tono del relato era irónico y anticuado y Freddie Green también aparecía en la historia, lo que añadía un toque de emoción a la lectura: la gente no paraba de lanzarle miradas. En el texto aparecían otros nombres que no significaban nada para Johnny y desde el principio supo que, con el efecto del alcohol y la distracción del dibujo, más tarde no recordaría gran cosa. Aquella reunión de caras desconocidas había resultado ser una ventana a otra multitud, pero sin caras y aún más incomprensible.

Repasó el semicírculo un poco irregular que habían formado los invitados, que bebían y fumaban y prestaban atención cada uno a su manera: una mujer tenía los ojos cerrados, pero movía las manos en el brazo del sillón para demostrar que no dormía; más allá, junto a la ventana y casi oculto detrás de Dax, un hombre de mediana edad con perilla entrecana se inclinaba hacia la luz para tomar notas. Johnny se apresuró a capturar la inclinación de

su cabeza y las miradas que le lanzaba a Clover, que estaba en el suelo, enroscada como un gato enorme junto a los pies de Freddie. Componían una buena base para el dibujo, con el hombre de la barba en el vértice, un triángulo de relaciones inimaginables, con toda la ironía, el misterio y el secretismo de las relaciones de la vida londinense.

Intentó reproducir el rostro alargado y cómico de Freddie, cuyos labios dibujaban una sonrisita de autodesprecio que, antes de que Johnny consiguiera dibujarla, se transformó en el gesto involuntario de pesadumbre y aburrimiento de quien está concentrado en lo que escucha. Iffy fumaba, apoyada en el brazo del sofá, cabizbaja y con la vista fija en Dax, y asentía de vez en cuando como si él estuviera instruyéndola. Cuando los otros rieron, ella siguió mirando fijamente y asintió con la cabeza; luego, dejó escapar un bufido melancólico y apagó el cigarrillo. A su lado, la mujer de pelo canoso estaba sentada con un vaso vacío en el regazo y arqueaba un poco la ceja izquierda con gesto de escepticismo, como si ya se le hubieran ocurrido unas cuantas cosas que replicar.

Detrás de ellas dos, de pie y apoyado en la consola, Denis Drury observaba la escena. ¿Había renunciado a la última silla para dejársela a Johnny? ¿O, en calidad de secretario de Dax, prefería estar de pie, como un sirviente, mientras los invitados estaban sentados? No se reía cuando reían los otros; su semblante de funcionario, inexpresivo, transmitía respeto o indiferencia; seguramente pensaba en lo que vendría después de la lectura. La luz de las velas le favorecía, pues realzaba su cutis claro, sus cejas curvadas y sus grandes ojos castaños. Johnny dibujó aquella estrecha nariz, la boca pequeña y de labios carnosos y el pelo negro, liso y reluciente, que sombreó generosamente sobre las orejas. Quizá su madre fuera italiana o española. Se parecía a los gemelos Carreras que iban al colegio con Johnny y que eran de Tenerife. A diferencia de Evert Dax, Denis Drury no era un hombre nada exótico, aunque Dax, con un traje de tweed de buena hechura, parecía el perfecto inglés y hablaba con una voz grave y agradable, propia de un buen abogado o médico de familia.

—De esa clase eran las preocupaciones de mi padre —dijo—, cuya esposa y cuyas dos amantes vivían a menos de un kilómetro unas de otras, sin que ninguna, confiaba mi padre, lo supiera. Enfrentado a tales problemas, su reacción, naturalmente, consistió en empeorarlos. —Freddie volvía a sonreír,

e incluso Dax, sonriendo de repente, hizo una pausa y miró directamente a Johnny antes de continuar. Un par de personas se volvieron y luego desviaron la mirada con ese disimulo que se delata a sí mismo. Denis también torció despacio la cabeza, lo miró fijamente durante cuatro o cinco segundos y cerró los ojos componiendo una sonrisa casi invisible. Johnny se ruborizó y se agachó para coger su vaso; al cabo de un minuto, volvió al dibujo anterior y repasó las líneas de alrededor de la boca y el cuello de Dax pese a saber que así, seguramente, solo conseguiría estropear el dibujo.

Junto a la ventana, el hombre de la barba entrecana lo observó, esbozó una sonrisa escueta y agachó la cabeza, luego lo miró fijamente sin levantar las cejas y volvió a bajar la vista: Johnny también se apresuró a bajar la vista y, de pronto, comprendió, desconcertado, que no estaba tomando notas, sino que lo había estado dibujando a él desde el principio. Cerró su bloc, metió el lápiz en el lomo y apuró la última y empalagosa gota de su vaso. El hombre arrugó el ceño, borró un poco y volvió a mirarlo, como si el vínculo entre ellos dos hubiera quedado aclarado y aceptado, y añadió lo que Johnny dedujo que debían de ser sus largas cascadas de pelo. No pudo evitar un breve estremecimiento al sentirse objeto de semejante inspección y torció la cabeza.

La lectura terminó, por lo visto, antes de lo que todos esperaban. Al cabo de un momento hubo unos amables aplausos acompañados de asentimientos con la cabeza y murmullos de elogio y, a continuación, todos cogieron sus vasos; algunos se levantaron. No quedó claro si Dax también esperaba más: mientras recogía sus papeles, tenía el aire turbado de quien, en diez segundos, debe asimilar un éxito menor del que creía que iba a cosechar. Johnny recogió su paquete y fue rápidamente hacia él.

—Sí, muy bien, Evert —estaba diciéndole Freddie Green.

—¿Ha estado bien? —preguntó Dax, como si ya hubiera olvidado la respuesta.

—Alguien debería escribir una historia del viejo club.

—Creo que Evert ha hecho algo parecido —dijo Iffy, quien, de pie, era más alta que ellos dos; con su melena pelirroja y una falda larga, roja, de la que asomaban unas botas marrones de ante, estaba despampanante.

—El año que lo dirigí yo fue maravilloso —comentó Freddie—. Después

conseguí que viniera Orwell, claro.

—Sí, es verdad —dijo Dax—, por entonces yo estaba en el ejército. — Sonrió con nerviosismo mirando a Johnny, como si su opinión fuera la que más le importara—. Espero que no lo hayas encontrado muy aburrido.

—¡Ah! No, no, en absoluto —replicó Johnny y, temiendo haber sonado grosero, añadió—: Pero me temo que no conozco a las personas a las que ha mencionado.

—Claro, ya me lo imagino —dijo Dax.

—*Sic transit* —terció Iffy.

Johnny creyó oportuno explicarse:

—He venido a traerle esto de parte del señor Hendy. —Le entregó el paquete, con el borde un poco arrugado por donde lo había sujetado.

—¡Ah, sí! —afirmó Freddie, como si de pronto la velada adquiriera interés.

Johnny se mordió suavemente el labio mientras Dax arrancaba el papel de embalar y lo tiraba al suelo al ver que dentro había otro envoltorio de papel de seda.

—El señor Hendy dice que lo ha hecho lo mejor que ha podido, pero que algunos daños eran bastante graves.

—Bueno, veamos —dijo Dax antes de carraspear un poco al oír hablar de daños.

—Ah, ha quedado muy bien —dijo Freddie cuando Dax retiró el papel de seda y acercó el cuadro a la luz del candelabro—. No recordaba que fuera de ese color.

—¿Qué es? —preguntó la mujer de pelo canoso acercándose a ellos.

—Es aquel Goyle pequeño, Jill, no sé si te acuerdas, estaba colgado en mi estudio. Fue uno de los primeros cuadros que compré. —Dax le dio la vuelta. El cuadro estaba firmado por detrás: «Goyle 36»—. No sé qué hacía Stanley con sus negros, pero siempre se agrietan. Y sin duda treinta años de fuegos de carbón y humo de cigarrillos lo habían apagado mucho. —A Johnny, en el taller, lo que le había sorprendido había sido que algo tan moderno pudiera parecer ya tan antiguo y deteriorado; aunque, una vez fuera del marco, los colores originales de los bordes, hasta entonces cubiertos por aquella tira blanquecina, conservaban su brillo, como si la pintura todavía estuviera

húmeda. Ahora, restaurado, el pequeño paisaje abstracto, gruesos bloques de negro y verde bajo una franja blanca, no hacía sospechar semejantes humillaciones—. Bueno, aquí está.

Jill parecía moderadamente satisfecha.

—Estoy segura de que a Ivan le gustará —afirmó.

—Oh... —dijo Iffy—. Ivan no ha venido esta noche.

—Pero si acabo de verlo —dijo Jill.

—¿Conoces a Ivan? —preguntó Freddie; arqueó las cejas y sacudió la cabeza, anticipándose, divertido, a la confusión de Johnny.

—Hmmm, creo que no —aseguró Johnny—. ¿Quién es?

—¡Mira, ahí está! —dijo Dax, desviando hábilmente la atención de su persona. Acababa de entrar un joven sonriente que vestía un traje de tweed; en ese momento, hablaba con Herta como si ella fuera la reina y no la anciana cascarrabias que le ofrecía una copa. Soltó una carcajada y, a continuación, encantador, se puso a contarle alguna anécdota mientras Herta, con la cabeza ladeada, lo miraba y emitía tímidas señales de la aprobación que a Johnny le había negado sin ningún miramiento.

—¿No lo conoces? —insistió Jill.

—¡No conozco a nadie! —confesó Johnny.

—Ah, pues te caerá bien —dijo Iffy asintiendo otra vez enérgicamente.

—Todos nos hemos encariñado muchísimo de él —añadió Jill—. Es el sobrino de Stanley Goyle. —Johnny no entendió si esa era la razón por la que le tenían tanto cariño.

—¿Ah, sí? Ya...

—Sí —confirmó Freddie sacudiendo la cabeza de aquella forma tan cómica suya—, no lograrás desplazar fácilmente a Ivan de nuestros corazones.

Ivan cruzó la habitación hacia ellos, pulcro y dueño de sí; iba ligeramente encorvado, como si se disculpara; la luz de las velas se reflejaba en sus oscuros ojos. Johnny sintió curiosidad, alivio y una especie de expectación social, como cuando, de niño, había alguien de su edad con quien tendría que jugar. Intentó no comparar el traje de Ivan, que no era nuevo pero sí elegante, con chaleco y corbata ancha roja, con sus pantalones de pana ajustados, su sahariana y su camisa sin corbata. Ivan saludó a los mayores con

inclinaciones de cabeza: «Hola... Hola...» y sonrió a Johnny y le estrechó la mano.

—Tú debes de ser Jonathan —aventuró con acento de Gales antes de dar la sensación de que quería decir algo más—. Yo soy Ivan.

—Te acabas de perder una charla maravillosa —dijo Freddie.

—Lo sé, lo sé. Lo siento... —contestó Ivan. Le dio un beso a Iffy, saludó inclinando la cabeza a Jill y luego le dio dos besos a Dax en las mejillas, lo que hizo que ambos se cohibieran un poco.

—Ivan me ha ayudado a prepararla —dijo Dax—. Él lo sabe todo. —Lo miró: el traje de Ivan era una especie de réplica del estilo de Dax—. Es un ayudante excelente.

—¿Eso no tendría que hacerlo Denis? —preguntó Jill.

—Oh, Denis tiene otras tareas de las que ocuparse —contestó Dax.

Jill buscó a Denis con la mirada.

—Yo creía que su única obra eras tú —añadió.

Johnny fue al cuarto de baño y esperó educadamente, un poco apartado de la puerta, pero no demasiado lejos, para que se supiera que era el siguiente. Se alegraba de haber huido de Ivan, pero nada más salir de allí ya estaba impaciente por regresar. En las paredes del pasillo enmoquetado había colgados muchos cuadros y cogió una vela de la mesa para verlos mejor. Había un gran retrato fotográfico, marrón, de un hombre calvo con bigote blanco que Johnny pensó que podía ser el padre de Evert; dos tiras cómicas de humor indescifrable anterior a la guerra, y, más cerca del dormitorio del final (más allá de cuya puerta abierta la llama temblorosa de su vela se reflejó en un espejo), un dibujo a sanguina de un hombre desnudo, con el torso de culturista y los abdominales muy marcados, cortado hábilmente por las rodillas y el cuello y con una moralista mancha borrosa donde deberían haber estado el pene y los testículos. Oyó la descarga de la cisterna y justo entonces vio que Denis iba hacia él por el pasillo.

—¡Ajá! —Denis se detuvo y también le echó un vistazo al dibujo—. Pornografía antigua. ¿Puede haber algo más triste?

—¡Oh! —dijo Johnny, como queriendo dar tímidamente su aprobación.

—A lo mejor te gusta —especuló Denis.

—Bueno —dijo Johnny—, no, no es precisamente mi estilo. —Sin embargo, lo veía casi como un símbolo de la vida londinense; evidentemente, jamás habría podido estar colgado en la casa de su padre, ni siquiera en la de su madre.

—Claro, claro. —Denis caviló unos instantes—. Ven a ver este —dijo y, pasando su lado, entró en el dormitorio.

—¿Es urgente? —preguntó Johnny y rió un poco para disculparse, pues la mujer que se había interesado por su pelo salía en ese momento del cuarto de baño.

—Solo será un momento —dijo Denis, expeditivo, pero entonces se detuvo y compuso una sonrisa cortés, casi agradecida. Johnny tuvo que dejar la vela donde estaba para la dama y, un tanto rígido, siguió a Denis hasta el dormitorio. Fue algo más que un reflejo lo que le hizo accionar en vano el interruptor, varias veces seguidas. La escasa luz que llegaba del pasillo mostraba unas cortinas rojas recogidas, el lado de un armario y el borde de una cama. Se vio en el espejo: una silueta encorvada que entraba con cautela.

—Hay una linterna por algún sitio —dijo Denis buscando a tientas en la mesilla de noche, detrás de la puerta; se oyó el entrechocar de pequeños objetos. Entonces se encendió una linterna, cuya luz al principio quedó atenuada por el montoncito de almohadas que la envolvían; luego el haz empezó a oscilar y se reflejó brevemente, cegador, en el cristal de la ventana sin cortinas—. Aquí está. —Murmurando como si tratara de formarse un juicio, Denis movió la linterna arriba y abajo sobre Johnny, que entrecerró los ojos y volvió la cabeza. Nadie le había explicado todavía las reglas de aquel juego—. He pensado que, como te gusta el arte... —Alumbró un cuadro con el marco oscuro que estaba colgado encima de la chimenea—. Sí, exacto, tú eres Johnny el artista. —Estiró un brazo para guiarlo—. Ven aquí. —Y cogió a Johnny por la muñeca.

—Ah, sí... —Deslumbrado y avergonzado, vio que Denis se burlaba de sus sospechas, que ambos sabían que eran legítimas. El blanco resplandor de la linterna flotaba en sus retinas, hasta que, de pronto, saltó y danzó por la superficie de lo que parecía un gran Graham Sutherland; su lamparita individual solo proyectaba sombra y la planta o el árbol esquelético, de color rojo, adquiriría un aspecto amenazador en la penumbra—. Hmmm... Fabuloso —dijo Johnny, a quien habían enseñado a respetar a Sutherland, aunque en

realidad nunca le había gustado.

—Ya sabía que te gustaría. —Denis aflojó la mano con que le sujetaba la muñeca, momento que Johnny aprovechó para retirar la mano—. A mí nunca me ha interesado, pero dicen que vale una fortuna. —Rió con aquella extraña mezcla de respeto y desdén con que antes lo había contemplado.

—Sí, supongo que sí —coincidió Johnny. En Hoole, la escuela donde se había formado, imperaba el espíritu antimaterialista y no estaba bien visto hablar del precio de los cuadros y él, que ahora trabajaba para un marchante, todavía se sentía incómodo cuando tenía que abordar ese tema. Denis deslizó el haz de la linterna por la superficie del cuadro revelando la inquietante materialidad de una superficie indiferente y ajena a lo que representaba y arrancándole toscos destellos grises y blancos.

—¿Y vas muy a menudo a los lavabos de la estación de Notting Hill?

—¿Cómo...? —Johnny parpadeó cuando la luz volvió a darle en la cara y se convenció de que la detención que llevaba un rato temiéndose iba a tener lugar por fin. Ese pensamiento solo duró dos segundos de pesadilla, pero bastaron para que se pusiera colorado. Lo único que atinó a decir fue—: No sé a qué te refieres.

—Supongo que con tanto pelo no veías muy bien. —Denis, como si lo desafiara a moverse, estiró un brazo, le apartó un mechón de pelo y se lo puso detrás de la oreja. Entonces le sostuvo la asustada pero indignada mirada con aquellos grandes ojos oscuros suyos—. Pero yo te vi —dijo—, con toda claridad. —Apagó la linterna y la tiró encima de la cama. Rió con frialdad, tiró con fuerza de Johnny y, arrancándole un grito ahogado y sin darle tiempo a reaccionar, le metió la lengua en la boca abierta. Durante cinco segundos de asombro y curiosidad, Johnny le dejó hacer sin oponer resistencia, mientras la lengua de Denis, ni caliente ni fría pero exageradamente larga, culebreaba dentro de él, hasta que apartó la cabeza. Denis lo tenía inmovilizado contra un lado de la cama—. ¿Qué pasa?

—Lo siento... —dijo Johnny—. Por favor... —Lo empujó, pero entonces lo asaltó la duda de si aquello sería lo normal, lo que hacía la gente, y de si estaría rechazando un cumplido, incluso un privilegio. Denis, bajo el chaleco y la corbata de seda, tenía un cuerpo fuerte y fibroso; Johnny notaba su aliento en la cara mientras lo apretaba contra él, pero solo veía una obstrucción oscura que se destacaba contra la débil luz de las velas que

llegaba desde fuera de la habitación. Era desconcertante y, en cuanto Johnny cedió, Denis perdió el interés y lo soltó.

—Ya veo que no te pareces a tu padre —observó.

—Me cago en la puta —dijo Johnny, y Denis rió sorprendido, como si se alegrara de presenciar una demostración de carácter. Johnny lo esquivó y salió de la habitación; entró en el lavabo, cerró la puerta por dentro y dio un suspiro de alivio, aunque la cara que se reflejaba en el espejo revelaba algo más, una pizca de culpabilidad, independientemente de lo que hubiera o no hubiera sucedido.

Diez minutos más tarde estaba sentado en el saliente de la ventana con Ivan; ambos tenían el plato en el regazo. Le sonrió y dijo:

—Así que me esperabas.

—¿Hmmm? —Ivan se apartó la punta del flequillo de los ojos.

—Sabías cómo me llamo.

Ivan le sonrió.

—Ah, es que Denis comentó que seguramente vendrías.

—¿Ah, sí?

—Una pequeña sorpresa para Evert, creo.

Johnny quería decirle que él también se había llevado una pequeña sorpresa, pero temió parecer estúpido. Todavía notaba aquel calor en la boca y se lo guardó para él, pero imaginó qué pasaría si lo mencionaba, no estaba seguro de si Ivan lo interpretaría como una queja o un alarde. Denis se paseaba con dos botellas de vino y, cuando llegó junto a ellos, les rellenó las copas con cara de aburrimiento, como si no los conociera de nada.

—¿Una sorpresa? ¿Por qué? —preguntó Johnny.

Ivan lo miró y, al cabo de tres segundos, desvió la mirada y apuntó con la barbilla al resto de las personas que se hallaban en la sala.

—Bueno..., carne fresca —dijo.

—Ah...

Ivan bajó la voz y prosiguió:

—El caso es que Denny todavía es bastante joven y, como puedes ver, el resto de los miembros del grupo están un poco mayores. Ya sabes que Freddie y Evert estuvieron juntos en Oxford, bueno, supongo que lo habrás

oído. Jill también estaba. Freddie cumplirá cincuenta y cinco el 4 de junio.

—¿Y ya está?

Ivan le lanzó una mirada.

—Esa anciana que estaba hablando con Evert era una de las novias de su padre, Glynis Holt. Es a ella a quien Evert ha mencionado en la lectura. Me ha parecido que ella se quedaba un poco perpleja, pero ya sabes que esa es la gracia del Memo Club: tienen que decir la verdad.

—¿Ah, sí?

—¡Bueno, no siempre, por supuesto! Solo el tercer martes de cada mes.

—Ah...

—El día que alguien lee sus memorias.

—Entonces, ¿tú qué pintas?

—Bueno, yo voy y vengo —respondió Ivan. Los miró a todos con cariño.

—Porque eres demasiado joven para escribir tus memorias —añadió Johnny.

—Sí, pero voy acumulando cosas.

—Yo no sabría por dónde empezar.

—¡Uy! ¿Estás seguro? —Ivan lo miró de una forma un tanto extraña; Johnny sintió la atracción de su rostro de piel clara y suave, de sus ojos oscuros y brillantes, vio cómo se le metían las puntas del flequillo y pestañeaba para apartarlas. Los dientes, pequeños y blancos e inclinados hacia dentro, le daban un aire carnívoro—. ¿Y tu padre? ¿Cómo está?

—Mi padre... —Johnny parpadeó también—. Bien.

—Porque se volvió a casar, ¿verdad? Después de... todo aquello —dijo Ivan atropelladamente, como si la felicidad y el bienestar de David Sparsholt fueran su principal preocupación. Se puso colorado, pero continuó—: Con su secretaria, si no me equivoco.

—Sí, así es. Ya hace bastante. Seis años.

—Ah, vale, vale. —Y temiendo, quizá, haberse propasado con aquella pregunta, agregó—: ¿Y qué has venido a hacer a Londres?

Johnny le contestó con naturalidad, aunque antes caviló un instante sobre la pregunta anterior: trabajaba todo el día con cuadros y marcos de cuadros, iba en autobús hasta Chelsea todas las mañanas desde Shepherd's Bush.

—Vivo en casa de mi tía —dijo.

—¿Estás a gusto con ella? ¿Es la hermana de tu padre?

—No, de mi madre. Sí, nos llevamos bien —dijo Johnny, aunque el afán de Kitty por cuidar de él solo conseguía que echara de menos aún más a su madre—, pero no quiero quedarme mucho tiempo allí.

—A ver si podemos arreglarlo —dijo Ivan, quien, por lo visto, no solo controlaba el pasado, sino también el futuro.

—Y eso de la semana de tres días es un poco raro.

Ivan inclinó la cabeza hacia el grupo que estaba sentado más cerca de ellos, donde también se comentaba esa circunstancia. El hombre que estaba hablando cuando había llegado Johnny, un individuo alto de cara sonrosada que llevaba pajarita dijo:

—La City está prácticamente paralizada. No me extrañaría nada que en cuestión de un mes se produjera un colapso total. —Una de las personas que estaban con él lo miró consternada y las demás se mostraron discretamente escépticas—. Ya sabéis lo que dice Gerry: vended mientras podáis, porque antes de finales de febrero tendremos a los comunistas al mando.

—¿Qué se supone que tengo que vender? —preguntó el hombre que parecía más preocupado—. ¿Te refieres a la casa?

—También he ido a algunos conciertos —continuó Johnny. Ivan le sonrió con cordialidad—. La semana pasada fui a escuchar la *Sexta* de Mahler dirigida por Haitink.

—¿Estuvo bien? —le preguntó Ivan.

—Increíble —respondió Johnny—, ya te lo puedes imaginar.

Pero no estaba muy claro que Ivan pudiera imaginárselo.

—Eso tendrás que contárselo a Evert. Mahler lo vuelve loco. Hasta es posible que estuviera allí. ¿Es esa tan ruidosa y tan larga?

—Bueno, sí... —admitió Johnny, aunque no tenía la impresión de que eso la describiera, ni de que la distinguiera de media docena más de sinfonías de Mahler—. Era la primera vez que la oía en directo.

—Hola, Brian. ¡Claro! —dijo Ivan dirigiendo su sonrisa hacia dos personas mayores que llevaban un rato paseándose con el plato en la mano sin encontrar el sitio adecuado donde sentarse. Uno era el hombrecillo de cara angulosa, con barba entrecana y gafas con forma de media luna, que había estado dibujando a Johnny y que ahora iba con aquella mujer hermosa que se

había preocupado por su pelo; ese asunto todavía flotaba entre ellos, como posible conexión o motivo de bochorno. Los chicos se apretujaron un poco, muslo contra muslo, y, cuando Ivan le puso un brazo sobre los hombros a Johnny para dejar su copa en la repisa de la ventana que tenían detrás, Johnny notó el primer brío y la primera exaltación de un consentimiento casi asegurado y disimuló su excitación con la servilleta.

—Me llamo Brian Savory —se presentó el hombre antes de sentarse los dos.

—Ah, Brian y Sally —dijo Ivan—. Os presento a Jonathan Sparsholt.

—Johnny —dijo Johnny.

—Un buen apellido —dijo Brian sonriendo al tiempo que extendía su servilleta—. Sí, en nuestro último piso teníamos un generador Sparsholt. Funcionaba de maravilla, jamás nos dio ni el más mínimo problema. — Aquello era una especie de torpeza bienintencionada a la que Johnny estaba acostumbrado y que no le molestaba en absoluto—. ¿Tienes alguna relación? Porque no es un apellido muy común.

—Sí, así es —confirmó Johnny.

Sally parecía más diplomática y convencional.

—¿Verdad que has dicho que trabajas con Cyril Hendy? —preguntó con una sonrisa vacilante.

—Así es —volvió a confirmar Johnny.

—¡Ese viejo zorro! —dijo Brian.

—¿Sabías que conoció a Sickert? —le preguntó Sally.

—Sí, lo sé —respondió Johnny.

—Seguro que cuenta anécdotas fascinantes de esa época. Trabajó para Sickert cuando era un muchacho.

Lo cierto era que Cyril era muy reservado, sobre todo respecto a los temas de un interés tan obvio, sobre los que ni siquiera hablaba.

—Es muy discreto —dijo Johnny.

Sally entrecerró un momento los ojos.

—Creo que incluso conoció a Whistler.

—Es imposible que conociera a Whistler, cariño —intervino Brian—. Whistler murió hace setenta años.

—Bueno, ¿qué edad tiene Cyril? No, supongo que tienes razón. Pero a

Sickert sí lo conoció y muy bien. Y creo que a muchos pintores más.

Brian cortó un trozo de rosbif y le puso un poco de ensalada de col encima.

—Me ha gustado mucho la lectura de Evert —añadió.

—Hmmm—dijo Johnny con la boca llena, lo que le permitió ganar un poco de tiempo.

—¿Los jóvenes todavía leen al gran A. V.?

—Oh —dijo Johnny, tragando—, bueno, yo no... —Miró a Ivan y este dijo:

—¿Tú lo conociste, Brian?

—Sí, pero muy poco. Solo lo vi una vez. No sé si ahora podría leerlo.

—No es mi autor preferido —confesó Sally.

—No es muy divertido, ¿verdad, cariño? —Brian miró a Johnny—. Eres amigo de Denis, ¿no?

—Bueno... —dijo Johnny—. ¿Denis tiene muchos amigos?

—Unos cuantos, sí —contestó Brian antes de mirar hacia el fondo de la estancia—. Hace rato que quería decírtelo: me gustan tus pantalones.

—Ah, gracias. —Johnny, desconcertado, pensó que a él también le gustaban.

—Eso se llama pana ancha, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. —Johnny tuvo la impresión de que Brian intentaba hacer que se sintiera cómodo con aquel atuendo tan informal.

—Parecen muy cómodos.

Sally se inclinó para mirarle las rodillas y compuso una sonrisa timorata:

—El color es muy bonito, desde luego.

—¡Cariño! —Brian achicó los ojos y volvió a desviar la mirada. Johnny se pasó las manos por los muslos, se inclinó hacia delante y se sacudió una miga del ancho triángulo de la parte inferior de la pernera. De pronto se envalentonó:

—Quiero ver sus dibujos.

—¡Ah! —dijo Brian—. Los verás, los verás. Pero solo si tú me enseñas los tuyos.

Cuando vio entrar a las primeras personas con un platito de bizcocho

borracho, Johnny recogió los platos que habían usado ellos y los llevó a la cocina, donde Herta, brusca como siempre, le ordenó que los dejara encima de la mesa; parecía molestarle que la ayudaran o, al menos, que la ayudara él. Cuando regresó, Freddie y Clover estaban en el rellano poniéndose sus abrigos.

—¿Ya se marchan? —preguntó Johnny sorprendido de su propia desenvoltura.

Freddie asintió, miró alrededor e hizo una breve mueca de dolor; Clover se sacó el pelo de debajo del cuello del abrigo y lo miró, expectante.

—Sí, nos vamos —confirmó Freddie. Su sonrisa contenía cierta complicidad—. Queremos llegar pronto a casa para ver *Kojak*.

—¡Ah, vale! —dijo Johnny; Freddie cogió la vela que antes le había dado a él y fue hacia el arranque de la escalera. Más arriba, otro tramo ascendía hacia una oscuridad inmediata—. Pero el televisor no funcionará, ¿no?

—Claro, tienes razón —dijo Freddie—. Pero sería una pena que nos lo perdiéramos si vuelve la luz. Ya sabes que los argumentos son bastante difíciles de seguir y hemos comprobado que si te pierdes el principio...

—Claro —convino Johnny. Le resultaba extraño quedarse allí y que ellos se marcharan, pero ya sentía inquietud por reunirse de nuevo con Ivan.

—Bueno, nos vemos otro día, estoy seguro —dijo Freddie mientras Clover asentía, solidaria y, al mismo tiempo, un poco burlona antes de empezar a bajar con cuidado, lanzándose un par de serias advertencias el uno al otro. Johnny vio pasar la luz de la vela por delante de un retrato oscuro sin prestarle la más mínima atención y luego describir un arco y apagarse cuando doblaron la esquina y los tapó la cabina del ascensor.

—Ah, ya se van. —Era Ivan, que había aparecido a su lado; parecía divertido, pero en absoluto sorprendido.

—¡Ah, hola! —Johnny dio un respingo y le tocó el brazo sin querer—. ¿Tú también te vas?

—No, yo no me voy a ningún sitio.

—Me alegro —dijo Johnny sin pensar.

Entonces, Ivan se inclinó hacia su oreja y le dijo:

—Yo vivo aquí, querido.

—¿Ah, sí? ¿En esta casa?

Ivan se quedó cerca de él y miró por encima del hombro como si evaluara rápidamente la situación.

—Si quieres puedes venir a ver mi habitación.

El corazón de Johnny palpitó de preocupación, pero también de placer.

—Pero ¿cuánta gente vive aquí?

—Pues más de la que imaginas —respondió Ivan antes de darse la vuelta, pero sin retirar la mano izquierda de la curva de la parte baja de la espalda de Johnny, en el mismo sitio donde, poco antes, Denis había posado su mano para reclamarlo. Subieron por la escalera y, en la oscuridad del siguiente rellano, entre tropiezos, se sacó un bolígrafo del bolsillo y trazó una fina línea de luz blanca en las puertas de derecha e izquierda.

—¿Y a qué se dedica el señor Dax? —le preguntó Johnny, que iba detrás de él.

Ivan volvió la cabeza, sorprendido.

—Pues es escritor e historiador de arte, evidentemente.

—Parece muy agradable —dijo Johnny, pese a no estar seguro de ello.

—¿Evert? Sí, es un cielo, ¿verdad? Por aquí, con cuidado... —Al fondo del rellano, una gran puerta que parecía un armario daba a otra escalera más estrecha y empinada. Subieron un tramo no muy largo, pero muy oscuro, y Johnny se desorientó.

—Caray... —dijo Johnny riendo, temeroso de quedarse atrás. Ya en la buhardilla, el fino haz de luz de la linterna-bolígrafo alumbró estanterías, montones de libros, una mesa con una máquina de escribir, una cama pequeña que estaba hecha pero en la que se habían tumbado, la colcha arrugada. Hacía un frío tremendo y Johnny se abrazó el torso antes de abrazar a Ivan y deslizar las manos por dentro de su chaqueta. Antes de darse cuenta, lo había besado.

—Pues esta es mi habitación —dijo Ivan y, sin darle importancia a lo que acababa de pasar, lo apartó con la mano que tenía libre aplazando así cualquier cosa que pudiera suceder a continuación. Johnny rió, a oscuras, y justo entonces se encendió la luz del techo. «¡Mierda!» Abajo, lejos, los murmullos de alivio, aderezados con un toque de sarcasmo y cierto pesar, constituyeron un extraño comentario acústico a la situación en que se encontraban ellos dos, que se miraban con los ojos entrecerrados bajo la intensa luz de la bombilla.

3

Evert empezó a desvestirse, observándose en el espejo con un interés nuevo e inquietante: ¿qué le habría parecido al hijo de David Sparsholt? Era alarmante y absurdo que alguien a quien doblaba la edad despertara en él la necesidad de sentirse admirado. «Yo conocía a tu padre», le había dicho Evert, una frase terrible que a lo largo de los años le habían dicho a él, en varias ocasiones, ancianos leales y ancianas reservadas, pero que él jamás había articulado hasta ese día: ese era el lema de la obsolescencia. Enrolló su corbata mientras pensaba en la respuesta del muchacho, una especie de reproche: «Debería usted llamarlo.» Y Evert, con humildad, le había contestado: «Sí, tienes toda la razón.» No tenía ni idea de qué estaba permitido a la hora de hablar sobre David (sobre Drum, si es que todavía lo llamaban así). Se quitó la camisa y se miró, en camiseta interior, con la misma sensación de confusión reciente: un hombre cuyos pequeños cambios, casi inapreciables, se revelaban al cabo de treinta años en una sola imagen acumulativa de encogimiento y caída: flaco, barrigudo y con pliegues en las axilas y la cintura.

Y, a decir verdad, sí había tenido contacto con él, hacía siete u ocho años. En el momento de producirse la crisis, el «caso Sparsholt», le había escrito a Drum una carta de apoyo, discreta y tal vez inútil. Y, al cabo de unos días, un policía había ido a verlo para hablar con él sobre aquello. ¿Qué sabía de la vida privada de David Sparsholt? ¿Lo conocía mucho? ¿En alguna ocasión había detectado alguna insinuación indecorosa por parte del señor Sparsholt? «Por supuesto que no», contestó Evert, asustado por la pregunta pero, al mismo tiempo, divertido por su particular enfoque de la respuesta, como si hubiera unas figuras desnudas aguantando la respiración detrás de las cortinas o agachadas debajo del escritorio.

—Nos conocimos superficialmente en Oxford. —Ignoraba si, en la actualidad, ese dato bastaría para bloquear las sospechas—. Pero a ambos nos llamaron a filas casi de inmediato, evidentemente. —Pensó que con eso tenía más posibilidades—. Sabía que le había ido estupendamente en la guerra, fue jefe del escuadrón a los veintidós años, ¿no? Lo condecoraron con la Cruz de Vuelo Distinguido... —Quizá se hubiera excedido al exagerar, pero el policía, respetuoso, hizo una pausa—. Sentí lástima por él, la verdad.

Supongo que cualquiera habría sentido lo mismo. —Cuando se abrió la puerta y entró Denis y pasó por detrás de la espalda del inspector, Evert dijo —: Enseguida te doy esas cartas —con un tono tan cortante que hizo que Denis se sobresaltara y, tras lanzarles al uno y al otro una rápida mirada escrutadora, saliera y tirara de la puerta con discreción casi absurda hasta que el pestillo produjo un fuerte chasquido. Evert había visto que Denis llevaba unos pantalones cortos amarillos y sandalias, un atuendo claramente afeminado. Él siempre había hecho más o menos lo que se le había antojado, pero en 1966 ciertas actitudes todavía eran arriesgadas, como había demostrado el caso Sparsholt. Recordaba el frío titubeo del inspector antes de marcharse, en el recibidor, como si quisiera darle a entender que no solo sabía exactamente lo que había sucedido antaño, sino también lo que estaba sucediendo entonces bajo aquel techo.

David estaba demasiado patente en Jonathan; ¿era, en parte, para esquivar esa cómica referencia bíblica por lo que se presentaba como «Johnny», con inmediato pudor y vacilante invitación a la intimidad, y, como todos los Johnnys, con una súplica velada para que los dispensaran y los perdonaran? Si se presentaba como «Johnny» estaba diciendo: «Aunque no hayas oído hablar de mí, creo que te caeré bien», y si se presentaba como «Sparsholt», decía: «Ya me conocéis todos.» Y Evert lo conocía, por supuesto: la cara tirando a cuadrada, la boca grande y aquella mirada circunspecta, a pesar de la sonrisa ingenua. Su pelo parecía de mujer, aunque seguramente era más áspero; algún día se lo cortaría y vería las caras de alivio de sus amigos. Evert se imaginó a Drum tal como había salido retratado en los periódicos, el «héroe caído» con el pelo cortado al rape y el bigote corto y grueso al estilo de los pilotos: ¿que opinaría del disfraz de su hijo? Quizá viera eso, ni más ni menos: la necesidad de esconderse detrás de aquella cascada de pelo (aunque, paradójicamente, el chico destacaba precisamente por eso). Tal vez fuese una forma de molestar a su padre, de resarcirse de los años de vergüenza que el padre debía de haberle infligido al hijo. Evert fue a lavarse la cara y los dientes y, sin las gafas puestas, vio algo borroso pero todavía seductor en la sonrisa que le devolvió el espejo. Desde que tenía veintitantos años casi nunca lo había visto nadie sin gafas, excepto sus amantes y sus barberos. Ahora, dejar las gafas en la mesilla de noche al acostarse era rendirse a la evidencia. En los tiempos de guerra veía perfectamente, pero Drum había

preferido que lo follaran a oscuras. Los recuerdos que tenía de aquello eran meras evocaciones, fantasmas inefables de caricias, dedos deslizándose por la piel lisa... Y besos: primero reticentes, luego intensos, luego pesarosos y repetidos.

Evert se metió en la cama y se quedó sentado con las manos sobre la colcha, como un paciente. En la mesilla de noche, una botella de agua salpicada de gotitas esperaba sobre un tapete de ganchillo, uno de aquellos artículos horrendos que le hacía Herta y a los que había que buscarles un sitio en la casa. ¿Cómo había estallado todo tan de repente, hacía siete años, una difusa trama de perversión provinciana que fue noticia durante un mes o más? Estuvo implicado un miembro del Parlamento, un conservador estúpido, lo que convirtió todo aquello en un escándalo nacional, pero fue Drum, con su belleza y su pasado de gloria militar, quien ocupó el papel de héroe, si se podía llamar así. A Evert no le gustaba recordarlo, ni siquiera después de tanto tiempo: al fin y al cabo, aquello había significado una desgracia terrible para un hombre a quien en su día había adorado.

Cogió el libro del que, antes de acostarse, leía pequeñas entregas con toda su buena intención: la tercera novela de su padre, *El logro del corazón*; esa era la primera vez que avanzaba tanto. Estaba dedicada a la madre de Evert y se había publicado en 1933, un año que, según sus recientes investigaciones, coincidía con un periodo de infidelidades espeluznantes. Tenía 634 páginas, una longitud monstruosa, y había logrado un éxito también enorme, sobre todo en Francia, donde por lo visto todavía se la consideraba una obra maestra de la literatura de ficción inglesa moderna. En Inglaterra habían basado una obra de teatro en ella, con Celia Johnson, que en su día Evert había sido demasiado joven para ver. Volvió a ponerse las gafas y buscó el punto de libro: iba por la página 107, el principio del segundo de los cinco «libros» en que estaba dividida la novela. Le costó más que nunca imaginar a su padre escribiéndola, aunque eso debía de estar haciendo día tras día, en el estudio del piso de abajo, con salida al jardín, donde a Alex y a él nunca los dejaban jugar antes de la hora de comer. Para escribir de esa forma, sin separar el texto en párrafos, con frases que a veces ocupaban dos páginas, hacía falta estar un poco obsesionado. Ahora el desafío consistía en contemplar con objetividad e indulgencia el peculiar estilo de A. V. Dax y su técnica.

Oyó a Denis lavándose los dientes y, a continuación, lo vio entrar descalzo, con su pijama rojo oscuro con ribete negro.

—¿Por qué página vas? —le preguntó, y se metió en la cama, así que Evert cerró el libro y le hizo sitio—. Creía que no iba a marcharse nunca.

—Ya conoces a Iffy —dijo Evert con una sonrisa indulgente tanto con ella como con él.

—Sí, claro —dijo Denis. La somnolienta provocación de su pijama, el leve olor a menta de su aliento, sus duras rodillas cuando lo empujó para que le dejara más espacio: todo era igual de natural que el día anterior. Dejó que Evert lo besara entre las cejas—. Mmm —dijo, y bostezó—. Me ha parecido que a Freddie no le gustaba mucho tu lectura.

—¿Ah, sí? —Eso era precisamente en lo que Evert no quería pensar.

—Se nota que él también quiere escribir algo sobre aquel famoso club.

—Bueno, nadie se lo impide —refunfuñó Evert. Sabía que lo que más necesitaba era la aprobación de Freddie y ¿acaso no había sido muy amable después de la lectura? Pero Denis era un gran adivino de motivos. La extraña monotonía de su voz no consiguió disimular su entusiasmo cuando añadió:

—No me has contado qué te ha parecido el joven Sparsholt.

—Ah, ya. Bueno, ha sido una sorpresa, desde luego —dijo Evert.

—Me temo que ha acabado borracho como una cuba.

—¿Ah, sí? Sí. Parece un chico muy reservado. Me temo que no le he sonsacado gran cosa.

—Es que es un poco tímido, Evert. A veces, cuando estáis todos juntos, resultáis bastante intimidantes. —Por lo visto, Denis no se incluía en esa imagen de grupo; se revolvió y buscó una postura más cómoda—. Bueno, pues entiende de arte. Pinta cuadros.

—Sí, tienes razón. Ha comentado que quiere ser pintor —dijo Evert. En el pasado había disfrutado con aquellas maliciosas charlas de alcoba sobre el comportamiento de sus amigos, pero esa noche estaba deseando cambiar de tema.

—Pero tiene un trasero muy mono —observó Denis.

—No me he fijado, la verdad.

—Mientes, maricón —bromeó Denis.

—¡No miento! —Evert sonrió y, con cierto nerviosismo, deslizó una

mano por el pecho de Denis. Denis, que tenía unas tetillas muy sensibles, se enfurruñó, pero se le escapó una sonrisa cuando dijo:

—Ivan estaba impaciente por conocer al hijo de un delincuente famoso.

—Yo no lo llamaría delincuente. Hoy en día, lo que hizo no se considera ilegal.

—Te olvidas de los detalles.

—¿Sí? —Evert no quería alejarse del calor corporal de Denis, ni de la perspectiva, que desde luego todavía no era ni imposible ni impropia, de que acabaran quitándose el pijama. Se quitó las gafas, estiró un brazo alrededor de Denis y las dejó en la mesilla—. Supongo que tienes razón. —Sin embargo, intuyó, como le sucedía a menudo últimamente, que Denis todavía no había acabado con su exposición.

—Creo que te convendría tener a alguien nuevo, Evert, a alguien un poco más joven.

—Tú ya eres bastante joven para mí —replicó Evert con tono alegre pero un tanto ansioso.

—No tanto como Ivan, por supuesto.

—No, Ivan solo es un crío.

—Me odia.

—No sé por qué dices eso. No me imagino a Ivan odiando a nadie.

—Pero ¿no lo ves? Está perdidamente enamorado de ti.

Evert chasqueó la lengua desaprobando esa idea, que ni le interesaba ni le desagradaba. Lo cierto era que estaba en la cama con la persona que más quería.

—Me ha parecido que se llevaba bien con Johnny.

—A Ivan solo le gustan los hombres mayores.

—En ese caso, quizá yo sea demasiado joven para él —replicó Evert con arrojo y, animado por ese pensamiento, deslizó un pie entre las pantorrillas de Denis. Le parecía absurdo tener que recurrir, después de catorce años, a las estrategias de las primeras seducciones.

—En fin —continuó Denis—, me alegro de que Jonathan te haya gustado.

—Bueno, la verdad es que todavía no sé si me gusta o no.

—Pues da la impresión de que te gusta. —Denis deslizó una mano por debajo de la bragueta de su pijama.

Al cabo de unos momentos de tensión, Evert dijo:

—Por el amor de Dios, a mí me gustas tú. —Y ya se le estaba subiendo encima.

—Cuidado...

—¿Qué pasa?

Denis dio un suspiro de fastidio. Torció bruscamente la cabeza para esquivar los labios de Evert.

—Ahora no, por favor, Evert —dijo con aquel tono de renovada decepción que Evert había acabado por temer y detestar. Se soltó, se apartó de él, se incorporó y salió de debajo de las sábanas—. Bueno, nos vemos a la hora del desayuno, si estás levantado.

Evert se quedó donde estaba y no dijo nada, consciente de que, si montaba una escena, si daba rienda suelta a su ira, solo obtendría desconcierto y una débil repulsa. Seguramente, Denis quería que viera, recortada contra la luz del pasillo, la silueta triangular de su pijama, parecida a un arco armado que el tirador bajara lentamente. Entonces cogió *El logro del corazón* y lo lanzó contra la pared; cuando el libro chocó, se estremeció, pues tuvo la impresión de que el grueso de las páginas se había soltado de las tapas. Después de oír el inevitable chasquido de la puerta de Denis, se levantó de la cama y recogió del suelo el volumen dañado.

Después de desayunar, Denis fue a la habitación donde había montado su estudio, en el tercer piso. La «obra» en la que estaba trabajando estaba encima de la mesa. Al otro lado de esta había una ventana y esa mañana fue eso lo que acaparó su atención, más que las libretas y la máquina de escribir. Desde allí arriba había unas vistas más extensas y despejadas: hacia el oeste, por encima de los tejados de la calle de al lado, veías dos iglesias victorianas, grandes plátanos sin hojas entre las casas, tres o cuatro chimeneas con relucientes sombreretes, que giraban y se hacían señas unos a otros sin importar que no soplara ni gota de viento, pero también tenía buenas vistas hacia abajo, en una caída pronunciada, por encima de los tejados de las antiguas caballerizas. Se desperezó con el aire despreocupado de quien cree que podrían estar observándolo y luego se apoyó en el lado izquierdo de la ventana, donde estaba recogida la cortina, para mirar hacia abajo, en diagonal, pero la puerta negra del taller de reparaciones estaba cerrada y no se

veía a nadie.

Denis era tan susceptible como Evert cuando le preguntaban cómo llevaba el trabajo. Todos los días, después de desayunar, se despedía con un aire de presunta impaciencia por empezar a estudiar, aunque en realidad la mayoría de las mañanas las pasaba amodorrado y distraído, garabateando y haciéndose pajas; de vez en cuando se espabilaba y hacía alguna salida de duración indefinida al banco o a las tiendas. A veces salía a hacer un encargo para Evert y entraba en un circuito de intensas emociones que lo tenía ocupado todo el día; su tardío regreso permanecía inexplicado y la velada se desarrollaba, mientras se movían por la misma habitación, sirviéndose copas y desplegando periódicos, en medio de un sonido débil y extraño: el murmullo de los pensamientos no expresados.

Se preguntaba si tendría un impulso sexual desmesurado y si serían muchos los hombres de treinta y tres años que dedicaban tantas horas de su vida, cuando no estaban haciéndolo, al embeleso de imaginarlo. Los reconocía cuando se los encontraba, por supuesto, anónimos pero identificados por la necesidad, en una decena de locales, muchos de ellos bastante mayores que él. No importaba. Era una lección sobre el poder del deseo, y cuando lo miraban fijamente y suspiraban, él veía en sus ojos su propio destino, un destino hermoso: aquello también iba a prolongarse para él. El verdadero problema era el viejo Evert. Cuando se conocieron, hacía ya mucho, Evert todavía estaba en la cuarentena y gozaba de plena virilidad y había sido un gran maestro de la vida y del sexo para el jovencito voraz de solo diecinueve años recién llegado de Jersey. Evert se había hecho muy mayor, estaba rozando «los fatídicos sesenta», como los llamaba Denis, y todo era mucho menos satisfactorio. Desnudo y con el trasero al aire, el pobre hombre ofrecía una imagen ridícula y deprimente. Ya no podía soltarle aquella pulla insolente, «¡Venga, viejo!», que antaño los excitaba a ambos cuando Evert «se tiraba» a Denis dos veces al día, porque ahora esas palabras tenían un deje de crítica y patetismo.

Denis volvió a levantarse, se asomó para ver las caballerizas y comprobó que la puerta del garaje se había abierto por fin y estaba suspendida sobre el patio adoquinado y, de momento, vacío. No quería salir y preguntar por el coche a menos que estuviera allí Roy y, de momento, no había ni rastro de él. Lo invadieron la inquietud y los celos: precisamente lo que le gustaba de Roy

parecía, de pronto, un gran inconveniente. Roy era su tipo ideal de *cockney* (ampliando ese término a cualquier londinense de clase trabajadora): tenía veinticinco años, era un poco más bajo que Denis y no podía negarse que tenía unas facciones un poco «toscas», pero, como decía el propio Roy, era «el mejor sin punto de comparación» cuando había que examinar las entrañas de un motor. Tenía una novia de la que alardeaba y se quejaba y, al igual que Denis, un excedente de energía que derramaba sin reparos y (había que admitirlo) de forma indiscriminada. Entre ellos dos había una especie de honor de adúlteros, pero ni pizca de fidelidad. De hecho, ese honor no estaba exento de burlas por el hecho de que Denis fuera pijo, ni de quejas por su tacañería. Era difícilísimo hacerle creer a Roy que él no disponía de dinero propio.

Por fin detectó movimiento. El viejo Harris, que regentaba el taller de reparaciones, estaba fuera con su mono, sin duda alguna regañando a Roy por haber llegado tarde. Denis también había aprendido a no creerse ni una sola palabra que dijera Roy. Denis se puso el abrigo en el rellano y, cuando estaba colocándose bien el pañuelo de seda delante del espejo, Evert salió de su estudio.

—Voy a bajar a ver si ese imbécil ha conseguido arreglar el generador — dijo Denis.

—Ah, sí. —Evert arrugó la frente al interrumpirse su hilo de pensamiento y adoptó aquel gesto de fastidio que ponía cuando tenía que apañarse él solo sin la ayuda con que había esperado contar, una expresión ligeramente desafiante que con Denis no surtía ningún efecto. Entonces sonrió con maldad y añadió—: Siempre te he envidiado por lo bien que se te da la mecánica.

Le habían pedido a Evert que escribiera quinientas palabras sobre la obra en la que estaba trabajando para una columna de la revista *The Author*, una tarea que a él le resultaba casi tan difícil como escribir las memorias. Había mucho que explicar y la posición de su padre era delicada. En vida, Victor Dax había sido un novelista cacareado, además de viajero, coleccionista y donjuán, todos ellos roles interesantes, pero ahora, transcurridos unos veinte años desde su defunción, en Inglaterra lo conocían sobre todo como escritor poco leído: casi podría decirse que era famoso por su escaso reconocimiento.

Cuando alguien preguntaba o se llevaba a cabo una encuesta, «¿Quiénes son los grandes novelistas olvidados?», siempre citaban a A. V. Dax. A veces, esas encuestas podían conducir a una recuperación del valor del autor, a reimpresiones, incluso a la realización de una película, pero, cuando mencionaban a Dax, siempre se producía una extraña suspensión colectiva de la voluntad, una pausa de ensimismamiento tras la cual la gente pasaba a hablar de otros escritores a quienes realmente tenía intención de leer algún día. Evert abrigaba esperanzas de que la publicación de unas memorias de la disoluta vida de su padre constituyera una base más firme para una renovación del interés por su obra, pero la tarea estaba resultando mucho más difícil que cualquier empresa que se hubiera propuesto hasta entonces. Aunque nunca había sido un escritor tan obsesivo como Victor, siempre había producido con una facilidad razonable: *La pintura británica moderna*, las monografías sobre Pasmore y Goyle, innumerables reseñas para *The Burlington* y el *TLS*; ahora se sentía casi encallado, amedrentado por su propio padre. Al menos, se alegraba de haberles leído aquel breve extracto a los miembros del grupo, pese a que esa mañana, en el desayuno, Denis había insinuado que a Jill tampoco le había gustado. Bueno, Jill nunca había sido fácil de complacer y ¿acaso algunos otros (que no eran miembros del antiguo club de Oxford) no habían comentado que les había encantado? Tras haber compartido ese fragmento, Evert creía un poco más en la existencia de su libro.

Lo cierto era que aquellas memorias eran un juego de dilación, una trampa que él se ponía a sí mismo casi a diario y en la que caía una y otra vez. El día empezaba con las evasiones matutinas: cartas que escribir, unas cuantas llamadas de teléfono que hacer; después salía a comer, a algún local que no tenía por qué estar cerca; después de comer, solía hacer algunos encargos y, antes de las seis de la tarde, había un par de horas de ansiedad creciente; después se tomaba una copa, momento de resolución y sensato aplazamiento hasta la mañana siguiente, cuando, como la resaca no le permitía hacer gran cosa antes de las diez, alrededor de las doce menos cuarto buscaba refugio, rabioso, en la acuciante necesidad de salir a comer una vez más. Durante la comida, en Caspar's o en el Garrick, le preguntaban cómo iba el trabajo, cuándo creía que tendría el libro terminado, y la confianza del interrogador en él inhibía gravemente sus respuestas; se bebían una botella de

vino, no más, pero aun así el ambiente se suavizaba de forma notable y sus discretas alusiones a «dificultades» se interpretaban como simple modestia. «Estoy seguro de que será maravilloso.» «Tardarás lo que tengas que tardar.» Y Evert se marchaba ligeramente consolado, como si de alguna forma fuera posible un gran indulto humano y el tiempo (a medida que los plazos de entrega, uno tras otro, iban cumpliéndose y quedando atrás) no fuera una cuestión primordial. Por las noches, sobre todo, y a la hora de acostarse, medio borracho, empezaba a vislumbrar conexiones, enfoques, ideas estupendas para la obra y se sentaba invadido por la sensación de que a la mañana siguiente estaría en condiciones de redactar algo magistral.

Herta estaba arriba pasando el aspirador, haciendo mucho ruido, así que los tres coquetos golpecitos en la puerta solo podían ser de Ivan. Evert se subió la cremallera, se bajó el jersey y se inclinó hacia delante. Se oyeron unos golpecitos más, timidez conquistada con un *crescendo* cómico. «¡Adelante!», dijo Evert. No había estado pensando en Ivan, pero de todas formas se sonrojó ante la intrusión de aquel joven en su pequeña y brutal ensoñación. Esa era otra cosa que ralentizaba sus progresos con las memorias, aunque no pensaba contárselo a los lectores de *The Author*: sus mañanas de resaca solían empezar con aquellas relajadas y apasionantes distracciones del duro trabajo. «Hola, tesoro.»

Ivan cerró la puerta y fue hacia él, lo besó en la mejilla y Evert giró el torso pero permaneció sentado.

—¿Querías empezar con las fotos? —preguntó Ivan. ¿Habría detectado el olor a sexo en el aire, aunque se hubiera desvanecido rápidamente?

—¡Cielos! Bueno... ¿Qué tal tu cabeza?

—Ah, bastante bien. Después estuve bebiendo Pepsi.

—Dios mío...

Ivan lo miró desde debajo de su flequillo y Evert le sonrió con cierta cautela. Esa mañana Ivan llevaba unos pantalones de pana holgados, ceñidos por la cintura, zapatos de cuero marrones con cordones y adornos calados, camisa blanca sin cuello, chaleco negro y pañuelo de cuello rojo con estampado de cachemir, casi todo ello de Oxfam («Mi sastre», había dicho Ivan un día, al pasar por delante de la tienda de King's Road); parecía un figurante de ópera, tal vez de *Peter Grimes*. Aquel aire de segunda mano encajaba con la extraña atracción que sentía el muchacho por el mundo de

hacía treinta o cuarenta años, cuando Evert y sus amigos eran jóvenes. Aseguraba no acusar el frío y eso era una bendición para cualquier inquilino de la buhardilla de Evert en aquella época de escasez de combustible. Sin embargo ese día, al menos abajo, las lámparas estaban encendidas y se percibía un olorcillo a polvo quemado del radiador eléctrico.

Las fotografías estaban amontonadas en una caja de cartón con la cautivadora leyenda «Château Granjac / Pauillac / Douze Bouteilles» en uno de los lados: viejos sobres marrones llenos a reventar, pequeños álbumes Kodak con los negativos en unas tiras de fino papel blancuzco, un montón de fotografías sueltas donde se mezclaban damas eduardianas anónimas con las vacaciones de la infancia de Evert y pequeñas instantáneas en color de principios de los años cincuenta. Encima, a modo de tapa, había un álbum de gruesas cubiertas que había pertenecido a su madre; con el paso del tiempo, las pestañitas de papel se habían ido rompiendo y, ahora, cuando lo abrías, las últimas fotografías se escurrían hacia el centro del álbum o se caían al suelo y solo quedaban las inscripciones de la mujer escritas con tinta blanca, «Edwina», «Primo Patrick», bajo los espacios vacíos. Ivan había tenido la genial idea de buscar un álbum nuevo y poner en él todas las fotografías de la vida de Victor, juntas y en orden cronológico, añadiendo nuevos pies de foto. Primero había que seleccionarlas y datarlas y, en la medida de lo posible, había que identificar a las personas que aparecían en ellas. Era una de esas tareas que, hacía diez años, Denis tal vez le habría ayudado a completar, aunque, la verdad, Denis nunca había mostrado mucho entusiasmo.

Ivan quitó todos los libros de la mesa dispuesta debajo de la ventana y puso allí las fotografías. Las barajaron un poco, como si buscaran fragmentos de cielo o de mar en las piezas de un rompecabezas, y medio agruparon las imágenes por periodo o tipo; a veces había varias del mismo suceso. Evert miró de soslayo a Ivan y vio que la suerte le brillaba en los ojos, como si lo que tenía entre los dedos fuera un auténtico tesoro; al mismo tiempo, fruncía un poco el ceño, consciente de la responsabilidad que exigía esa tarea y concentrado en su estrategia.

—¿Es Victor? —preguntó sosteniendo la instantánea arrugada de un joven con traje blanco y sombrero de paja.

—Hmmm... Sí, supongo que sí. —A Evert le ofendió que Ivan lo llamara por su nombre de pila y, al cabo de un instante, se extrañó de que le hubiera

molestado. Comprendió que aquel detalle le había recordado otra preocupación mayor: ¿cómo iba a llamarlo él? «Victor» podía parecer insolente por parte de un hijo, una falta de respeto. En cambio, someterse a la disciplina de llamarlo «Dax» tal vez sonara extravagante, por no decir ridículo, tratándose del biógrafo que llevaba su mismo apellido.

Apareció una fotografía de su padre de niño, en la playa, con la fecha anotada con lápiz en el dorso, la caligrafía ahora bien conocida de su abuela, a quien él no había llegado a conocer: «Scheveningen, agosto de 1888.» Victor tenía entonces ocho años. Ya sabía llevar sombrero; posaba de pie, apoyado en su pala de playa como si se tratara del bastón de un dandi. Había sido un niño muy guapo cuya cara había ido perdiendo poco a poco distinción, a medida que su dueño la adquiría. En otra tenía treinta y dos años y aparecía delante de un gran retrato suyo recién terminado, muy dramático, obra de George Lambert. En aquella época, justo antes de la Primera Guerra Mundial, llevaba barba y las puntas del bigote retorcidas hacia arriba y un sombrero de ala ancha negro que le añadía un toque arrogante y ocultaba su incipiente calvicie. En la fotografía, con el cuadro sin enmarcar, todavía en el caballete, parecía satisfecho, asombrado, felizmente mejorado por el estilo del pintor, aunque incapaz de ocultar por completo esa pizca de inadmisibles decepción de todo modelo.

—¿Qué fue de ese retrato? —preguntó Ivan.

—¿Del Lambert? Se lo regalé a mi antiguo *college*.

—Ah, ya. Porque los documentos están en la Universidad de Lichfield.

—Sí, así es. —Evert no necesitaba que le recordaran eso; el acuerdo le producía una leve e irracional sensación de culpabilidad. Había sido un alivio no merecido encontrarle un hogar tan entusiasta a algo de lo que él tenía tantas ganas de deshacerse. La universidad había acogido de buen grado los documentos y los había catalogado y aquel obsequio había dado pie a la creación del Teatro A. V. Dax. Al principio, Evert creyó que se trataba de un escenario con su platea, como el pequeño Duke of York's del West End, pero se trataba de un auditorio, claro. Solo había ido allí en una ocasión, el día de la inauguración; sentado bajo unos fluorescentes que emitían un zumbido ininterrumpido, escuchó al profesor Jack Bishop, quien habló del homenajeado con asombroso detalle y gran seguridad en sí mismo. Ahora Evert tendría que pasarse unas buenas dos semanas en Lichfield revisando

detalles que debería haber comprobado antes de ceder los documentos; todo muy típico de su falta de decisión y su tendencia a procrastinar.

A las once, Herta entró y les preguntó si querían tomar café. Ivan estaba a gatas, recogiendo unas fotografías que se habían caído de la mesa, de una manera que solo asomaba su redondo trasero. La mujer se fijó en él un momento y, luego, preguntó:

—¿Y para Denis?

—No, Denis ha ido a ver qué pasa con el Triumph —dijo Evert, pronunciándolo en alemán, como lo pronunciaba ella, y miró la hora en su reloj para calcular cuánto hacía que se había marchado—. La inyección de combustible... —Esbozó una sonrisa.

—Otra vez la inyección —gruñó Herta antes de irse a la cocina.

—Ese *Trioumpf* —bromeó Ivan desde debajo de la mesa.

—Ya, ya... —dijo Evert mirando la tensa pana marrón de los pantalones de Ivan y la atractiva curva de la parte baja de su espalda como si estuviera pensando en otra cosa—. ¿Cómo vas por ahí abajo?

Ivan salió contoneándose marcha atrás hasta que no hubo peligro en que levantara la cabeza.

—No quiero que pierdas nada —dijo. Le pasó tres instantáneas pequeñas por encima del hombro a Evert, que seguía sentado; entonces, se puso en cuclillas, se pasó una mano por el pelo y sonrió como si ambos estuvieran pensando en otra cosa.

Cuando les llevaron el café, Ivan se fue con la taza y el platillo a la ventana y, sujetándolos con delicadeza, se quedó contemplando la calle. Había varios detalles, reveladores y conmovedores, con los que se sentía allí como en su casa y ese día Evert caviló sobre ellos con mayor detenimiento. Mientras seguía la trayectoria de un transeúnte por la acera, preguntó:

—Por cierto, ¿qué te pareció Jonathan?

—¿Te refieres a Jonathan Sparsholt?

—Sí.

—Ah, sí. Simpático.

Ivan se apartó de la ventana y lo miró con un recelo cargado de ironía o eso le pareció a Evert.

—No sabía que conocieras a David Sparsholt.

—Sí, nuestros caminos se cruzaron al principio de la guerra.

—Vaya, qué suerte tuviste.

—¿Por qué lo dices?

Ivan titubeó, nostálgico.

—Es que yo estuve enamorado de él.

—No puede ser.

—Sí, cuando iba al colegio. Recortaba las fotografías de los periódicos en las que aparecía.

—Eras un niño extraordinario.

—Todavía las tengo, no sé dónde. ¿Te acuerdas de aquella foto tan famosa que le hicieron a través de una ventana, con Clifford Haxby y otro hombre?

—Cielos, Clifford Haxby... —dijo Evert.

—¿Te acuerdas?

—No mucho. —Aquel nombre ya no era más que un sórdido recordatorio del momento.

—Nunca llegó a saberse quién era el tercer hombre.

—Bueno, y ¿qué más da? —Al oír eso, Ivan se quedó cariacontecido—. Si quieres que te diga la verdad, yo ya no me acuerdo de casi nada. Y menos aún del aspecto crematístico del asunto.

—Ya, era bastante complicado —admitió Ivan.

—Y el diputado... no me acuerdo ni de cómo se llamaba.

—Leslie Stevens. Era el que organizaba las fiestas en Cornualles —dijo Ivan—. Así fue como me enteré de que existían los prostitutas.

—¿Ah, sí? ¡Vaya! —Evert sintió que volvía a invadirlo aquella sensación de cosa rancia y sórdida: la crueldad de la prensa, por supuesto, pero también los hechos en sí, imaginados y salazmente reconstruidos. Sin embargo, dijo —: ¿Por qué la gente no va a poder divertirse un poco si le apetece?

—No, si estoy de acuerdo —asguró Ivan cordialmente y desvió la mirada antes de volver a mirar a Evert.

—Debió de ser horrible para el chico, claro —dijo Evert.

—Si se hubieran apellidado Brown, no habría sido ni la mitad de difícil.

—O Green —intervino Evert.

Ivan soltó una risotada.

—Y encima siendo gay él también.

—Ah, sí... —dijo Evert—. Ya.

Ivan dejó su taza y su platillo en la mesa.

—¿A ti te gustaba su padre, en tiempos de guerra?

Evert achicó los ojos como si tratara de hacer memoria. Su repentina decisión, una especie de patada por debajo de la mesa, de no contarle la verdad a Ivan se tradujo en un rubor que Ivan detectó y que sin duda interpretó a su manera.

Ese día Evert no tenía previsto salir a comer fuera, pero una nueva preocupación le hizo pensar que mejor sería no compartir su pastel de carne con Ivan. Miró la hora.

—¿Vas a volver después de comer? —preguntó.

—Pues... Sí, bueno, de todas formas necesito ir a la London Library.

—Ah, estupendo —dijo Evert—. Y podrías pasar por Hatchard's a recoger un ejemplar del nuevo libro de Freddie. Lo apuntas en mi cuenta. — Confió en que aquel encargo atenuara el pequeño desaire que acababa de hacerle.

Con el correo de la tarde llegó una carta con la dirección escrita con acuosa tinta azul; la caligrafía, por sí sola, ya le traía vagos recuerdos. No cabía duda de que la letra era de una anciana, excéntrica y educada hacía mucho tiempo; el temblor y el encanto de una voz se transmitían en los trazos anchos del plumín, aún más esforzados ahora. Se trataba de Doris Abney: una respuesta, con dos meses de retraso, a la carta que él le había escrito preguntándole con ambigüedad sobre un hecho concreto: la aventura que estaba casi convencido de que ella había tenido con su padre. Evert esperaba haber acertado con el tono. Las personas de la generación de Doris Abney se entregaban a las mismas actividades lujuriosas y dañinas en 1925 que en la actualidad, pero hablaban de ellas de otra forma, si es que hablaban. «Mi querido Evert», había escrito, igual que cuando él iba al colegio y con una conmovedora confianza, sin duda, en retomar la correspondencia al cabo de treinta y cinco años, pero después había firmado «Con afecto, Doris Abney», como si una formalidad inevitable se hubiera apoderado de ella a medida que escribía y contestaba, básicamente, que no. No era el «no» inequívoco de la negativa, un «no» con el que afirmara no haber sido seducida por Victor. «Ya

estoy muy ciega —decía—, y un poco gagá, aunque Gilbert y Jasmine son maravillosos conmigo. No sé si te has enterado...» Y a continuación iniciaba una sarta de cotilleos sobre personas cuyos nombres no significaban nada para él. Gilbert era su hijo, un cirujano, y aquella era la familia donde su historia había recibido apoyo y refugio. Un desliz de un par de meses, hacía cincuenta años, con un hombre que ya llevaba veinte años muerto era algo que no le interesaba mucho recordar. ¿Quería que sus amigos y sus nietos leyeran aquello? Si la discreción había sido fundamental en su momento, ¿por qué alardear de ello ahora? Alardear o confesar: esas eran las dos formas de decir lo que uno pensaba, a veces hábilmente mezcladas. Doris no hizo ninguna de las dos cosas. En una posdata, afirmaba: «Espero que consigas transmitir el encanto de tu padre, así como otros aspectos suyos más contundentes.» Otra vez aquel sustantivo, que varias personas habían mencionado: «encanto», una magia efímera difícil de describir en ausencia de la persona y contrapuesta a lo que insinuaban otros testimonios más recientes. Evert levantó el muelle y añadió la carta a las otras que guardaba en la carpeta archivadora negra: respuestas de los amigos de su padre, algunos también muertos ya, cuyas palabras se habían anquilosado en su memoria después de tanto tiempo allí aplastadas.

Ser amigos, figurar entre el reducido grupo de habituales que frecuentaban Cranley Gardens en los viejos tiempos, exigía ser un admirador de la obra de Victor, aunque en la casa apenas se hablaba de ello, porque él era de un susceptible que rayaba lo absurdo. Evert recordaba verlos llegar cuando había una cena en la casa, cuando él tenía quince años; se diría que no pisaban el suelo de lo contentos que estaban y, al mismo tiempo, que iban con muchísimo cuidado para no molestar. Se sentían privilegiados por poder estar cerca de su ídolo y, al mismo tiempo, los aterrorizaba hacer algún comentario inapropiado. A veces, una pregunta ingenua planteada con toda franqueza por una mujer muy atractiva, o seguramente con título, podía dar pie a una respuesta sencilla y esclarecedora; Evert se fijaba en cómo los otros escuchaban, con disimulada atención, a la vez que, compasivos, le sonreían a quien hubiera formulado la pregunta. Pero en general los libros de Victor se leían y no se hablaba más de ellos. ¿Sería, curiosamente, por miedo a que, si los nombraban, pudieran exponerlos a corrientes ingobernables de humor y de duda? Eso era algo que solo conseguía su madre, en los años anteriores a

la guerra, sentada en su extremo de la mesa iluminada con velas, cuando se cascaba una copa y proponía un brindis y obtenía de su marido una breve sonrisa de consentimiento o de derrota. Después de la guerra, los montajes eran tan originales, con el piso de arriba, el piso de abajo, que el entorno social de sus padres se deshizo y, con su nueva prótesis, Victor renqueaba por arriba, de un lado para otro, sin que lo vieran, aunque lo oyeran. Evert, que trabajaba en la Tate, tenía un pisito en Chiswick y, cuando iba a visitar a su madre, a veces veía bajar a una desconocida en el chirriante ascensor (su madre debía de verla muy a menudo) y dirigirse presurosa al portal.

Evert temía estar retratando a un monstruo, cuando por lo que Victor Dax debería ser recordado era por sus escritos, densos y anticuados pero en absoluto intrascendentes. Una revelación desgarradora estaba bien vista si el sujeto era célebre y, como mínimo, pasaba por virtuoso, pero Victor, antipático cuando vivía, era, además, casi desconocido para los lectores actuales. Evert se imaginó una conversación en un cóctel: «¿Has leído algo de un tal A. V. Dax?», «Me temo que no», «Bueno, yo tampoco había leído nada suyo, hasta que llegó a mis manos este libro y resulta que era un canalla».

Pensó en los días inmediatamente posteriores al fallecimiento de su padre. El empleado de pompas fúnebres era un hombrecillo afable que se refirió al difunto como «el chaval». Esa era la palabra menos indicada para referirse a Victor, pero a Evert le ayudó a sobrellevar el día: la llegada del coche de la funeraria a la casa, el trayecto con gesto rígido y con Alex del brazo hasta la gran limusina negra que lo seguía; el largo y lento recorrido, entre jactancioso y contrito, por las calles de Londres hasta Kensal Green, y el inevitable entierro, que le arrancó emociones muy alejadas de los recelos que le había inspirado su padre en vida. Después vino la «fiesta», la reunión más extraña que jamás se había celebrado en Cranley Gardens, una matiné negra dirigida por Herta, en calidad de doliente y ministrante. Fue entonces cuando la mujer desplazó su lealtad, completa y categóricamente, a Evert, a quien, hasta ese momento, se había limitado, básicamente, a poner trabas. Parecía gestionar y encarnar, con considerable habilidad, el inevitable proceso de cambio y decadencia. Los supervivientes del pequeño grupo de amigos y admiradores se había reunido para despedir al difunto; se respiraba la gravedad de la ocasión, pero, por debajo, apenas perceptible, se oía un levísimo suspiro de

liberación.

4

Desde hacía semanas, la vieja estufa del taller estaba encendida y, somnolienta, emitía de vez en cuando chisporroteos y susurros provocados por la combustión y los pequeños derrumbes de las brasas. Cuando se iba la luz, era Johnny quien se encargaba de abrir la salida de aire, remover las cenizas, levantar con el gancho la tapa redonda de hierro fundido y echar otra palada de coque que cogía del capazo. Cyril encendía la lámpara de queroseno, le colocaba el tubo de cristal y hacía girar la ruedecita para agrandar la llama. Una vez que sus ojos se acostumbraban, a Johnny le gustaba la luz intensa de la lámpara, que se reflejaba en el techo inclinado de cristal que él miraba de vez en cuando y donde veía, invertidos, sus movimientos. Parecía que se estremecieran y se movieran furtivamente, como animalillos de un experimento, según sus propias leyes y necesidades, que algún concienzudo estudio tal vez llegara a explicar. Aquella crisis era una lata y un desastre en potencia, pero también ofrecía bellezas accidentales, noches de invierno que parecían sacadas del pasado. Había algo banal en los primeros segundos de sorpresa cuando volvía a oírse la radio y la lámpara fluorescente cobraba otra vez vida.

Johnny nunca llegó a saber qué opinaba Cyril de Edward Heath y de los mineros. Cuando había electricidad, la que más hablaba era la radio y, a medida que transcurría el día, repetían las mismas noticias con pequeñas variaciones. A veces Johnny levantaba la cabeza cuando Arthur Scargill hacía algún chiste o algún comentario provocativo, pero Cyril nunca daba muestras de haberlo oído. Johnny tenía la impresión de que la afición del anciano a la radio tenía muy poco que ver con lo que se decía. Era una especie de reloj, en parte porque de vez en cuando daba la hora, pero sobre todo porque parcelaba claramente la jornada con sus espacios de noticias y meteorología: *Agricultura moderna*, *Los Archer*, incluso *La hora de la mujer*. Hacía que cualquier otro tipo de conversación fuese innecesario y más difícil. Aquello era una especie de tortura para alguien que había crecido escuchando Radio 3

y Johnny se imaginaba que el canal cultural podía oírse en otra habitación, como una vida paralela y mejor, pero no osaba pedir que lo sintonizaran y seguía limpiando marcos, reconstruyendo detalles deteriorados o aprendiendo de Cyril el arte invisible de retocar un cuadro. Una de las cosas que le había enseñado Cyril era que casi todos los cuadros al óleo de más de cien años de antigüedad se habían sometido a algún proceso de restauración y que otros mucho más recientes ya necesitaban unos retoques. ¿Había algo más vulnerable que una superficie pintada, protegida únicamente por un barniz que oscurecía y distorsionaba y a veces incluso dañaba eso mismo que, en teoría, tenía que proteger? Cyril compartía sus conocimientos con cierta reticencia y expresaba su aprobación con un deje de decepción. «Sí, bueno, creo que lo has entendido», decía antes de darse la vuelta con aire de fastidio. Durante los cortes de luz, cuando la radio enmudecía, también lo hacía, en gran parte, Cyril. Johnny le comentó, optimista, que podrían comprar un transistor, pero por lo visto Cyril lo consideraba una intromisión. Aquello era una muestra de la lógica ignorante de los recién llegados a la profesión y, evidentemente, aceptar la sugerencia lo habría colocado ligera pero inaceptablemente en deuda con Johnny.

Había llegado el día de la primera cita de Johnny con Ivan: iba a ir a Cranley Gardens después del trabajo y se pasó toda la tarde, mientras recortaba un marco con la sierra de inglete y pasaba la punta humedecida del cepillo por las viejas flores talladas de otro, imaginando una y otra vez cómo sería el encuentro. En los pocos días que habían transcurrido desde que lo había visto se le había olvidado su cara y lamentaba no haber podido dibujarlo. Si se sorprendía a sí mismo, alcanzaba a recordar el flequillo castaño oscuro y la atractiva inclinación de sus dientes o el agradable sonido de su voz en pequeñas frases que parecían coquetear con él al mismo tiempo que lo frenaban. Se habían besado, pero apenas había sido nada, y todavía no se había repetido, pese a que Johnny conservaba un misterioso rastro de su tacto en las manos: la parte delantera, áspera y cálida, y la trasera, fresca y sedosa, del chaleco que llevaba puesto. Creía que lo más sensato era no esperar demasiado de Ivan, pero no lograba dejar de pensar en él y los dos últimos días, nada más despertar, le había hecho el amor, triunfante, antes de levantarse.

A veces lo cautivaba una imagen: obtenía su rendición sin ejercer ni la

más mínima fuerza, lo seducía precisamente mediante lo que no decía expresamente. El sábado anterior, una fría mañana londinense, había ido a la National Portrait Gallery y había visto que había una exposición titulada «Londinenses en sus casas». No había oído hablar de aquella fotógrafa, pero como recién llegado a la capital, se sintió inmediatamente atraído por el tema, invadido por la curiosidad y el sueño de la integración: se imaginó a resilientes *cockneys*, a excéntricos posando con sus perritos falderos y sus galgos afganos, a aristócratas vestidos de etiqueta; la nostalgia de sí misma que impregna la vida de una gran ciudad, ubicua como la niebla y el hollín. Pero resultó que no tenía nada que ver. La fotógrafa, una estadounidense no mucho mayor que Johnny, tenía su propia curiosidad y había descubierto un Londres diferente, tan real que costaba trabajo reconocerlo. Era una realidad cargada de ansiedad, reclusión y desesperación en progresivo aumento. Casi todos los modelos estaban solos, en su habitación, con un televisor, una cama deshecha, algunos artículos de escaso valor pero seguramente preciados por ellos. Miraban al frente y casi nunca sonreían, y cuando sí lo hacían, parecían aún más locos. A veces había un par de figuras: dos hombres, amigos o hermanos, padre e hijo. Instintivamente, Johnny buscó la insinuación sexual oculta en aquellas imágenes, el impacto de lo que la fotografía era capaz de captar. Él, que quería pintar retratos, lo envidiaba.

Una imagen, a diferencia del borroso laberinto de un libro, podía verse de una sola vez, pero ponerlo todo en la primera fila de la imaginación y mantenerlo allí era imposible. Había algunas bastante simples que podían contener un misterio irreductible: eso siempre lo había sabido. Allí había una fotografía con un ambiente que lo excitaba y lo eludía. En una habitación iluminada desde la derecha, había dos hombres jóvenes y delgados sentados al final de una gran cama de matrimonio, con una colcha de felpa oscura. Detrás de ellos había unos pósteres psicodélicos y, en la pared de al lado, una fotografía ampliada de Mick Jagger bailando y apuntando con el dedo. Delante, en primer plano, una serie de artículos de gran tamaño: dos ceniceros de vidrio, un paquete satinado de Benson & Hedges, un cuenco pintado donde se amontonaban varios objetos, coronados por un adaptador de enchufe blanco y cuadrado, con una extraña prominencia. Aquellos dos hombres no tenían gran cosa, pero eran ordenados y el adaptador no era nada de lo que tuvieran que avergonzarse. ¿Era también la forma de la fotógrafa de

expresar algo que aquellos dos hombres no podían hacer tan explícito? Se acercó más y más al acristalado umbral de la fotografía y el mundo que tenía detrás retrocedió. Era como si se asomara a la habitación a través de un espejo polarizado, del que, en ese momento, los dos hombres desviaban la mirada, como si estuvieran al borde de una revelación indecisa. Estaban ambos inclinados hacia delante, con los codos apoyados en los muslos, fumando. Eran los dos muy sexis, iban muy a la moda, con un estilo un tanto desastrado; el de la izquierda llevaba una sudadera estampada, ceñida, el pelo castaño oscuro peinado hacia atrás, largas patillas, anillos en dos dedos; el otro, con la cabeza inclinada como si sujetara un teléfono que quedaba tapado por el pelo, largo por los hombros, iba sin camisa, tenía los brazos tatuados y rozaba el canto de un cenicero de vidrio estriado con la punta de un cigarrillo liado.

Johnny se quedó un rato allí plantado, embelesado, pero entonces se percató de que había otro hombre, uno de carne y hueso, que se reflejaba en el cristal mientras caminaba, deteniéndose cada pocos pasos, por el fondo de la sala; un poco mayor que él, tenía el pelo oscuro y corto y una cara agradable, vestía pantalones acampanados negros y una trenca. Aquel continuo caminar y detenerse intensificaban su atractivo, igual que el riesgo de que pasara de largo y se convirtiera en una ocasión perdida. Al cabo de un minuto llegó a su lado y estiró un poco el cuello para buscar eso que Johnny veía en la fotografía; Johnny desplazó el peso del cuerpo de una pierna a la otra, como atraído por un imán, y rozó con su hombro el hombro del desconocido. Este se apartó un poco, miró con gesto socarrón a Johnny y luego miró otra vez la fotografía, como si hallara en ella algún parecido y aceptara que habría sido absurdo, y graciosísimo, que el hombre del pelo largo del dormitorio hubiera sido Johnny. Johnny tardó en captar todo eso y, cuando el desconocido le preguntó «Entonces, ¿no eres tú?», pudo reír y decir «¡Ah..., no, no!» con la debida sorpresa antes de apoyar brevemente una mano en su brazo.

A partir de ese momento, su conversación se desarrolló a trompicones, mientras iban pasando de una fotografía a otra con la típica incertidumbre británica sobre la seriedad con que debían tomárselas. Sus hombros volvieron a rozarse mientras cada uno calibraba el tono y el conocimiento del otro. Era bonito, intuitivo, y, para Johnny, nuevo y un poco alarmante, aunque la idea

de que aquel hombre le gustaba iba creciendo a medida que el otro la alentaba y la devolvía, paralelamente al disfrute compartido de la belleza artística, pese a que eso cada vez importaba menos. Se enteró de que se llamaba Colin, un nombre que no le gustaba, pero ese dato, por sí solo, aportaba la dureza de la realidad e hizo que el hombre lo atrajera aún más, pero después de la última fotografía persistían la incertidumbre y la educación y volvieron a recorrer las dos salas, asintiendo con la cabeza y diciendo «sí» ante las que les habían gustado a los dos. Y entonces salieron y se encontraron juntos en St. Martin's Place; soplaban un viento muy frío y tuvieron que tomar rápidamente una decisión.

En el piso de Colin, que daba a una calle bastante ruidosa, al sur del río, también hacía frío, pero se metieron en la cama sin quitarse la ropa interior y entraron en calor besándose y tirando de las prendas hacia arriba y hacia abajo. Era la primera vez que Johnny estaba con alguien tan tosco y brusco como Colin y lo observaba en busca de señales que le indicaran cómo debía comportarse; estaba impaciente pero había un retraso ínfimo, lo que, curiosamente, hacía que el juego fuera aún más intenso. Colin le demostraba lo mucho que le gustaba mientras lo sujetaba y lo zarandeaba. «¡Tu pelo!», exclamó, sonriendo y chasqueando la lengua. Hacía exactamente lo que le apetecía, de modo que la timidez de Johnny no tuvo más remedio que sonreír, desarmada, y declararse vencida, pero todo salió bien y pareció inevitable, tanto el dolor como la brutal excitación.

Se quedaron tumbados, Colin saltó un momento de la cama y encendió un cigarrillo que compartió con Johnny, les cayeron pizcas de ceniza en el pecho, tumbados hombro con hombro, Johnny con un pie atrapado entre los pies de Colin. No era solo el barrio, con las motos y los camiones acelerando debajo de la ventana, en el semáforo, sino la propia habitación, limpia, sin moqueta, con una sábana en lugar de cortina, lo que encontraba tan ajeno y rotundo. Evidentemente se acordó de la habitación de aquella fotografía: *Londinenses en sus casas*. Colin le preguntó cómo se llamaba y, cuando se lo dijo, replicó:

—¿Ah, sí? ¿Tienes algún parentesco con...?

—Pues..., sí, es mi padre —dijo Johnny—, si te refieres a eso.

No le apetecía nada todo aquello de la culpa y la compasión, y, claro, estar en la cama con otro hombre hacía que aún resultara más incómodo.

Colin sonrió y asintió despacio mientras expulsaba el humo.

—¡Increíble! —Colin dejó el cigarrillo en una taza, al lado de la cama, y al cabo de un minuto ya estaban repitiendo, un principio divertido que condujo a un final rápido, casi violento. Fue asombroso y fue suficiente. Después se sonrieron y se besaron, de pie, muy cerca uno de otro, en la parte de la bañera con cortina, donde también había una ducha. Bajo el chorro de agua, el pelo de Johnny se volvió pesado y oscuro y se alisó y se formó una punta de lanza reluciente que descendía entre sus omoplatos. Colin llevaba el pelo corto y aseado; quizá no se hubiera percatado de que empezaba a perderlo en la coronilla. Se secaron el uno al otro con la toalla, tarea que no resultó nada fácil, y, cuando Colin dejó que Johnny lo secara entre las piernas y que lo excitara un poco, Johnny entrevió lo que podría ser vivir con otro hombre, tener garantizado siempre todo cuanto él quería del amor y de la convivencia en pareja. Pero Colin, que a juicio de Johnny poseía un don extraordinario para la intimidad, no era dado a las repeticiones y no volvieron a verse. Tras dos llamadas de teléfono sin respuesta, una especie de timidez protectora impidió que Johnny hiciera una tercera llamada.

Johnny no le contó a Cyril que iba a volver a Cranley Gardens; tampoco le dijo a su padre, por teléfono, que había estado allí y que había conocido a un hombre que había coincidido con él en Oxford. Durante toda la semana imaginó una y otra vez que volvía a la casa y que estaba otra vez rodeado de aquellos cuadros y aquellas personas que, de alguna forma aún no descifrada, parecían la clave de una nueva vida a la que le perjudicaría el contacto con la antigua. Y no solo echaba de menos a Ivan, sino también la casa, donde únicamente había estado una vez; la añoraba como nunca había añorado la casa de su padre ni la de su madre. Se puso el abrigo y la bufanda y se metió en el pequeño y frío aseo de la parte trasera del taller. En el trabajo siempre llevaba el pelo recogido con una goma; mirándose en el espejo, se recogió la cola de caballo y la escondió rápidamente bajo la gorra de pana, con la visera alta sobre la frente, el elástico de la parte de atrás apretándole la nuca. Como siempre, veía lo que esperaba que los demás vieran en sus ojos, sus labios y sus anchos pómulos, y luego, al volver la cabeza, como si fuera un holograma, otra imagen latente, la boca demasiado grande, la nariz torcida, la piel salpicada de granos por el roce del pelo. Le dijo adiós a Cyril y salió a la

calle, fría a aquella hora, una noche de enero.

Las farolas estaban encendidas, pero a media potencia, detenidas en el malva claro de su secuencia. Los transeúntes se lanzaban miradas furtivas al pasar de una sombra a otra, inseguros y, después, fugazmente solidarios. Una fina neblina procedente del río había invadido la calle y las aceras estaban resbaladizas bajo la luz lánguida de las farolas. Johnny cruzó Fulham Road, donde lo más luminoso eran los faros de los coches y el interior de los autobuses; más allá, las casas eran más altas y más oscuras y se apretaban más unas a otras, con ese carácter que para él todavía era novedoso y ajeno, percibido en los nombres de las calles y en los salones entrevistos por las ventanas con las cortinas descorridas: la confianza en uno mismo y la peculiaridad de la vida londinense.

Cuando llegó a la casa de Evert Dax, se paró al final de la calle y miró hacia arriba. La tenue luz de la farola se perdía entre la barandilla de hierro forjado y los arbustos marchitos del balcón del primer piso y apenas distinguió la barandilla del último, que correspondía a la ventana de la buhardilla de Ivan. Se oía música a lo lejos y, entre las cortinas de la ventana salediza de la planta baja, cinco escalones por encima del nivel de la calle, vio pasar a una mujer de pelo blanco vestida de forma llamativa y a un hombre de rostro demacrado con traje oscuro y corbata por delante de los tiestos de cintas y las lámparas de pie bailando mecánicamente un vals: debía de ser la pareja de polacos que Ivan había mencionado. En las ventanas del primer piso, detrás de la barandilla del balcón, no había luz. En los dos pisos siguientes, que tenían ventanas más pequeñas, era donde vivía y trabajaba Evert Dax. Las cortinas estaban corridas, pero se intuía una señal de bienvenida en la rendija rosa abierta entre las dos y, más arriba, la barandilla oscura, las claraboyas de la habitación de Ivan, la alta pared medianera de chimeneas y antenas, siluetas espectrales recortadas contra el cielo. ¿Iba a pasar la noche allí arriba? Había quedado todo muy confuso, ya estaban borrachos cuando hablaron de ir a tomar una copa, incluso a bailar. Johnny propuso ir a un club nocturno, a una discoteca gay, sitios adonde nunca se había atrevido a ir solo. Ivan le sonrió, «¡Sí, claro!», una promesa plateada que perdió el brillo al instante, en cuanto entró en contacto con el aire. Y si salían, ¿volverían allí a la una o las dos de la madrugada, cuando los demás ya durmieran? ¿Y luego qué? ¿Y por la mañana? Los polacos abajo, el

banquero del primer piso a quien todavía no había visto, podían ir y venir a su antojo, pero la vida cotidiana de Ivan debía de estar entrelazada con la de Evert y ambos debían de estar al corriente de las idas y venidas del otro.

Subió los escalones y le costó distinguir los timbres. Pulsó el de más arriba y se quedó mirando hacia abajo, hacia el apartamento del sótano medio oculto en la oscuridad. «¿Hola?» dijo una voz crepitante. «Soy Johnny. Johnny Sparsholt...» Por toda respuesta, se oyó un débil zumbido y se abrió la puerta. El telefonillo era la encarnación del glamour de Londres, la magia convertida en rutina. Buscó otro botón cerca de la puerta y se encendieron las luces de la portería. Entonces cerró el portal y se detuvo un segundo, solo esta vez en el limbo de la admisión: sabían que estaba allí, pero todavía no lo habían visto. Por otra puerta cerrada que había a la derecha se filtraba música de vals. El ascensor estaba abajo, esperando, pero subió por la escalera como la vez anterior; quería volver a ver los cuadros que estaban colgados, pero entonces temió que quien le había contestado se impacientara.

Se detuvo en el rellano del segundo piso y miró hacia arriba por el oscuro hueco de la escalera; ¿dónde estaría el siguiente interruptor? Se oyeron voces detrás de la puerta entreabierta del salón: el propio Evert Dax, que parecía inquieto, la voz ronca de Iffy y otra más clara, de una mujer muy pija.

—No puedo vender mientras haya inquilinos dentro —aseguró Evert— y, además ¿qué hago con las cosas?

—Yo no querría marcharme, desde luego —dijo Iffy.

—Además, es mi casa, no importa quién gobierne este maldito país.

—Hmmm... Bueno, supongo que nada dura eternamente, ¿verdad, querido?

—No sé por qué le hacéis caso a Gordon —terció la otra mujer—. Se dedica a fastidiaros para divertirse.

—Espero que tengas razón —dijo Iffy con gravedad—. No me hace ninguna gracia vivir en un país comunista. Y sé de qué hablo.

Johnny encontró el interruptor y dejó toda la escalera a oscuras.

—¡Oh! —exclamó Evert—. ¿Eres Johnny?

—¡Lo siento! —se disculpó Johnny antes de cruzar el rellano. Le resultaba violento haber ido allí a ver a otra persona. Cuando se asomó por la puerta vio a Evert y a Iffy sentados junto al fuego, frente a un taburete que sostenía una bandeja de té; de pie junto a la ventana, de espaldas, una joven

rubia y delgada con una chaqueta de Davy Crockett y vaqueros negros ceñidos escudriñaba la noche a través del cristal donde ella misma se reflejaba.

Iffy miró brevemente a Johnny y dijo «Hola» como si todavía estuviera pensando en otra cosa.

—Supongo que vienes a ver a Ivan —dijo Evert—, pero primero ven a saludarnos a nosotros.

La joven se quedó observando la escena desde la ventana, como si no lo hubiera oído, pero cuando Johnny, que no estaba seguro de si molestaba o no, preguntó «¿Seguro que no les importa?», se volvió y lo miró a la cara.

—Por supuesto que no —contestó.

—Jonathan —dijo Iffy—, creo que no conoces a mi hija Francesca.

La saludó desde donde estaba, salvando el obstáculo de los respaldos de las butacas. Francesca lo saludó con la cabeza, esbozó una sonrisa y arqueó una ceja. Como había sucedido con Ivan, dio la impresión de que ya sabía algo sobre él. Era hermosa, de una palidez extrema, y tenía la elegancia propia de una mujer de la edad de su madre. De hecho, era más elegante que Iffy, que ese día, con una falda india amarilla con espejuelos cosidos formando filas y con un jersey de lana holgado tenía un aspecto desaliñado; seguro que ella nunca había sido tan atractiva. Francesca tenía una línea fina y pálida alrededor del cuello, a la altura donde un hombre habría tenido la nuez y una mujer mayor, una primera arruga. Johnny se dio cuenta de que era la marca que le había dejado una cinta o un collar que le apretaba y que debía de haberse quitado hacía solo unos minutos.

—Freddie nos ha hablado de ti —informó.

—¿Ah, sí? —dijo Johnny; Evert, sonriente, carraspeó.

—¿Has leído su nuevo libro? —preguntó Francesca.

—Pues no, no lo he leído —contestó Johnny.

—No sé si te gustará —aventuró Francesca.

—No soy un gran lector —admitió Johnny.

—Francesca tampoco lo ha leído —dijo Iffy—. No le hagas caso.

—Ah —dijo Johnny ruborizándose un poco—. Pero ¿quién es Freddie?

—Oh... —Evert sonrió—. ¿Quién es Freddie? —preguntó, a los demás y a sí mismo.

—Bueno... —dijo Francesca echando la cabeza hacia atrás

—Por dónde empezar —intervino Iffy antes de sacudir la cabeza.

—Tú no tienes por qué saberlo —aseguró Evert, tan cortés que fue como si insinuara lo contrario. Hubo una pausa mientras pensaban cuál sería la mejor forma de instruirlo sobre un tema tan amplio.

—Me suena su nombre —aclaró Johnny.

—Entonces, ¿no has leído *Las penas del león*? —preguntó Francesca mordiéndose el labio inferior.

—Me sorprendería mucho que hubiera leído *Las penas del león* —afirmó Iffy.

—¿Qué es? —dijo Johnny, que ni siquiera entendía aquel título.

—Un libro de memorias —respondió Iffy—, aunque también escribe obras de ficción.

—Hmmm, y no siempre es fácil distinguir unas de otras —añadió Evert.

—Lleva un diario que ya se ha hecho famoso —dijo Iffy— y que nos tiene a todos aterrorizados. —Se inclinó hacia delante sobre la bandeja, con los restos de la tarta sobre su blonda—. ¿Seguro que no te apetece una taza de té?

—No, gracias. —Se moría de ganas de tomarse una cerveza o una copa de vino.

—Bueno, siéntate de todas formas —dijo Evert.

Johnny se sentó, se inclinó hacia delante y paseó la mirada por el salón, que nadie había arreglado para recibir visitas: libros en el suelo, la lucecita roja del equipo de música, los Nicholsons y lo que ahora ya sabía que eran Goyles entregados a su sencilla costumbre de ser vistos e ignorados.

—Por cierto, quiero echarle un vistazo a tu obra —dijo Francesca.

—Ahora mismo no estoy trabajando mucho —dijo Johnny.

—Ah, pues Brian Savory dice que la otra noche estuviste dibujando al grupo.

—¿Ah, sí? —dijo Johnny, y rió.

—¿Nos estuviste dibujando? —preguntó Iffy—. Pues nos lo tienes que enseñar.

—Solo hice unos bocetos. Es una costumbre que tengo.

Francesca fue hacia él, serena y decidida.

—¿Los llevas encima?

—Bueno... —Johnny sabía que entraba en territorio peligroso. No solo iban a evaluar su habilidad, sino también su opinión de las personas que lo habían acogido. Se desabrochó el bolsillo de la cazadora, sacó el pequeño bloc de dibujo e hizo una mueca. Quizá fuese una de esas ocasiones en las que tenías que explicar los dibujos a medida que los enseñabas. Iffy fue la primera en coger el bloc.

—Ah, sí... —Pestañeaba lentamente mientras pasaba las páginas. En realidad, solo eran cuatro bocetos rápidos e Iffy retrocedió y volvió a examinarlos, como si no hubiera visto los dibujos de algo muy diferente que había a continuación. Le pasó el bloc a Evert.

—El suyo no me quedó nada bien —dijo Johnny y entonces lamentó haber sacado el bloc. Pero Evert lo examinó como si estuviera dispuesto a aceptar cualquier cosa. Francesca se inclinó hacia él para mirar y, aunque no dijo ni una palabra, miró a Johnny de una forma que él encontró cordial e inquietante a la vez. Cuando se estaba guardando el bloc, entró Denis, con camisa a rayas y corbata bajo una americana oscura.

—¡Ah! ¡Qué alegría, Jonathan!

—Ha venido a ver a Ivan —dijo Francesca.

—¿Quién quiere una copa? ¿Todos? —Denis fue hasta la mesa que estaba junto a la ventana, donde había unas cuantas botellas de licor y el sifón—. ¿Iphigenia?

—¿Qué? Ah, no, por una vez no. Gracias, querido.

—¿Y tú, Jonathan? —Denis le sonrió, como si cualquier respuesta que pudiera darle fuera a ser incorrecta.

—Un gin-tonic, por favor —dijo Johnny.

—Un gin-tonic. —Denis abrió una botella de ginebra que estaba por estrenar.

—Aunque creo que debería avisar a Ivan de que ya he llegado... —Se dio cuenta de que había aprovechado aquella distracción inesperada para no encontrarse a solas con él.

—¿Y adónde tenéis pensado ir los jóvenes esta noche? —preguntó Denis.

—Van a ir al Sol y Sombra —dijo Francesca.

—¡Qué divertido! —Denis sostenía el vaso en alto, como un químico en

su laboratorio, mientras vertía la tónica.

—¡Eso espero! —dijo Johnny, asombrado de oír hablar con tanta naturalidad de una discoteca gay a adultos de la edad de sus padres a quienes, por lo visto, todo aquello les preocupaba mucho menos que a él.

—Bueno, diez puntos para Ivan —dijo Denis—. Siempre lo había tenido por gerontófilo.

Johnny sonrió y miró a uno y otro lado; por asociación con el nombre de pila «Geraint», supuso que se trataba de un sinónimo de «galés».

—La verdad es que nos conocemos muy poco —dijo. Recordó que, en el plazo de media hora, Denis lo había besado violentamente y luego, de forma mucho más afectuosa, Ivan, y el recuerdo del primer beso había atravesado, como un sabor persistente y más exótico, el segundo, más suave pero más agradable. Entonces entró Ivan, tan de repente que todos se preguntaron si les habría oído. Johnny sonrió, se le aceleró el corazón, sintió que sus deseos estaban a la vista de todos los presentes, pero nadie pareció notar nada o a nadie pareció importarle, y fue como si Ivan ni siquiera lo hubiera visto: saludó con la cabeza a Evert y a Denis, que le ofreció «lo de siempre» cuando se acercó a la bandeja de las bebidas.

—Hemos tenido otra pérdida —anunció Iffy.

—¿Qué me dices? —dijo Ivan; entonces esbozó una sonrisa y arqueó las cejas mirando a Johnny y fue a sentarse en el sofá.

—Bueno, la ha tenido el pobre Evert.

Evert titubeó.

—Ah, sí. Esa figurilla de Chelsea que estaba en la repisa de la chimenea.

—Aquel pequeño Falstaff tan adorable —añadió Iffy.

—¿Cuándo la viste por última vez? —preguntó Ivan, eficiente.

—Pues no estoy seguro. ¿Hace una semana?

—Debe de haberla roto Herta —especuló Denis—. La pobre cada día está más torpe.

—Era de mi madre —dijo Evert—, pero... bueno, no tiene importancia.

—¿Y tú no la has visto, Denny? —preguntó Iffy, con tono monótono, como si expresara una sospecha más general.

Pero Denis se limitó a resoplar al sentarse y cruzar las piernas.

—Ni idea —dijo.

—No soporto perder cosas —dijo Iffy—. Han desaparecido muchas cosas de papá o al menos no las encuentro. Objetos bastante valiosos, seguramente.

—El padre de Iffy era un arquitecto muy importante —aseguró Evert sin entrar en detalles.

—¿Ah, sí? —dijo Johnny.

Tras una pausa durante la cual los otros asumieron el conocimiento que compartían, Francesca dijo:

—Sí, Peter Orban. Lo conoces, ¿no?

Era otra habitación que de pronto se abría a aquella tan extraordinaria en la que ya estaban.

—¡Caramba! —exclamó Johnny.

—Veo que has oído hablar de él, ¡me alegro! —dijo Iffy.

—Bueno, sí. —Johnny se inclinó hacia delante y sacudió la cabeza; quería decir algo, pero con cautela—. Es que estudié Bellas Artes en el Hoole College. Viví dos años en un edificio de Peter Orban.

Francesca lo miró atentamente, como indicando que aquella respuesta encerraba mucha información.

—¿Y cómo fue la experiencia?

—Fue maravillosa. El edificio era precioso. —Miró a Iffy, sonriente y con renovada fascinación, como si comparara aquella otra obra del gran modernista húngaro. Todo su instinto artístico y todas sus lealtades aclamaban el campus de Hoole, a pesar de que era un tema que causaba divisiones y muchos lo detestaban. Desde luego, tenía ciertos aspectos poco prácticos: las ventanas del taller no cerraban bien, en verano hacía un calor asfixiante en las aulas, en las residencias donde vivían podías oír a tu vecino darse la vuelta en la cama, tenías que levantarte de la cama para apagar la luz. Y, por si fuera poco, por el desagüe de las duchas ascendía un hedor espantoso—. Me encantó.

—No sabía que habías estudiado en Hoole —dijo Ivan, un comentario superficial pero seguido con soltura de una reivindicación—: Supongo que sabes que Peter le diseñó una casa a mi tío.

—Ah, no, no lo sabía.

—Fue lo primero que hizo en Inglaterra o casi. Bueno, en Inglaterra no, claro: en Gales. ¡Tendrás que ir a verla! —Sus ojos, oscuros, brillaban sobre

la copa que le tapaba la boca.

—Me encantaría —dijo Johnny, aunque no sabía cómo iban a organizarlo—. ¿Te refieres a Stanley Goyle?

—Mi tío Stanley, sí.

—¿En qué parte de Gales está exactamente? Nosotros íbamos a Criccieth todos los años.

—Pues está en Pembrokeshire —respondió Ivan.

—Me temo que se ha convertido en un problema —dijo Iffy—. Los edificios de tu abuelo suelen necesitar muchos cuidados.

—Sí, es verdad —dijo Francesca piadosamente.

—Igual que tu abuelo, por cierto...

Rieron todos un poco y Johnny, lógicamente, sintió curiosidad.

—Peter no era una persona fácil, ¿verdad? —dijo Evert.

—Podía ser condenadamente difícil —contestó Iffy. Miró a Denis y añadió—: Mira, creo que sí me tomaré una copa.

—Por lo visto, todos hemos tenido padres difíciles —dijo Evert mirando con afecto a Johnny, que volvió a sonrojarse y vio que Ivan estaba observándolo.

—Bueno, ya me perdonaréis, pero yo no —aseguró Ivan.

—No, pero tu padre falleció cuando tú eras muy pequeño, ¿no, querido? —dijo Iffy.

—¿Insinúas que con el tiempo también se habría vuelto difícil? —inquirió Ivan. Todos rieron, aunque Johnny tuvo la impresión, por su forma de hacerlo, de que Francesca consideraba que Ivan era un intruso en el círculo de su madre. Tal vez ella hubiera sido la favorita del grupo antes de aparecer él; al reír, desvió la mirada como si buscara algo más interesante que hacer.

A continuación, hubo una pausa y Johnny miró de soslayo a Evert; le habría gustado preguntarle acerca del tiempo que pasó su padre en Oxford, aquella breve etapa de la que, por lo visto, no había sobrevivido ninguna imagen ni ninguna palabra. «Yo conocía a tu padre», le había dicho, y algo que era pura leyenda, o habladuría, adquirió color y tal vez se enriqueciera con infinidad de detalles si lo interrogaba más, pero Johnny estaba tan acostumbrado a evitar y desviar las conversaciones sobre su padre que no dijo nada.

5

Johnny cerró la puerta de la tienda, bajó presuroso por la calle y, nada más doblar la esquina de King's Road, levantó los brazos y, con dos hábiles giros, se soltó el pelo y lo sacudió. Un hombre que pasaba en una furgoneta le silbó y una mujer mayor que estaba entrando en su coche dijo con espíritu deportivo: «Ojalá yo pudiera hacer eso.» Johnny se vio en un par de escaparates, y en la puerta esquinada de un bazar había un espejo de cuerpo entero donde se miró mientras separaba las chaquetas que estaban colgadas en el perchero exterior. Eran más de las once, pero las *boutiques* abrían tarde y algunas estaban empezando a abrir sus puertas. Habría podido coger el autobús para recorrer toda la calle, pero cada vez que pasaba uno lo atraía más la actividad que había en las aceras, por donde incluso un anodino martes por la mañana pasaban, de vez en cuando, personajes elegantes y por donde los primeros paseantes y compradores coincidían con los parroquianos que esperaban para entrar en los pubs. En algún sitio estaban quemando varillas de incienso y, de una tienda donde vendían pañuelos de cuello y tapices de batik, le llegó un fuerte olor a sésamo. Se alegraba de que Cyril le confiara aquellos pequeños encargos que le permitían salir del taller durante el día; si bien al pasar por delante de tanto color y tanta tentación (la Boutique Man, las estrambóticas ventanas del Chelsea Drug Store, que recordaban a un búho, una tienda en la que aún no había entrado y que se llamaba SEX), empezó a lamentar que le hubieran encomendado una tarea.

En Sloane Square bajó corriendo al andén de la estación casi con la sensación de estar haciendo novillos y tuvo que meterse en un vagón de fumadores para seguir a una pareja italiana; el hombre llevaba unos vaqueros blancos tan increíblemente apretados que Johnny se apeó dos paradas después de Victoria solo para mirarlo. Luego cambió rápidamente de andén y volvió, subió a toda prisa la escalera mecánica y la normal, pero había mucha cola en la taquilla y, cuando llegó al andén, el vagón de cola del tren que tendría que haber cogido ya había llegado al cambio de agujas y se perdía de vista.

Salía otro tren al cabo de treinta minutos, así que, de todas formas, podía llegar a Gypsy Hill media hora antes de que comenzara la subasta. Se guardó el billete en la cartera y deambuló ojeando los paneles de salidas y a los hombres que los consultaban; luego se quedó de pie, oscilando, frente a la avalancha de la llegada de dos trenes, fantaseando con detectar algún saludo en las caras que se fijaban en la suya unos segundos al pasar a su lado. Los pasajeros llegaban a Londres y Johnny sentía su emoción, así como otro placer más sutil: el de detectar, como londinense, el ciego gesto de rutina de la mayoría de los viajeros. Algunos reducían el paso y esperaban, rondaban por allí entre preocupados y absortos. Se despejó un poco el espacio y Johnny vio el movimiento alrededor de la entrada con el letrero «Caballeros» por la que los hombres se metían presurosos y bajaban la escalera, cruzándose con otros que salían con aire decidido. Se lo planteó: entrar y salir. La moneda de cobre del torniquete era el precio de admisión (pero, en su caso, de la admisión de culpabilidad), supervisada desde una cabina de cristal por un empleado cuyo interés en aquel tráfico incesante de entrada y salida se había agotado hacía mucho.

Johnny pasó por delante de unas puertas azules, todas cerradas, y fue hacia el escalón y la pared blanca donde silbaba y chasqueaba una vieja tubería de cobre por encima de los azulejos. Se vio en el espejo que había sobre los lavamanos, pero se sentía casi invisible, no era más que el hechizado observador del hombre que no paraba de secarse las manos en el rollo de toalla, y de los otros tres que estaban de pie, a intervalos, a lo largo del desagüe del urinario: obrero, hombre de negocios y anciano. Se inclinó hacia delante y miró furtivamente, a través de la cortina de su pelo, mientras intentaba orinar, cohibido por la presencia de los otros y por la abrumadora sensación de estar a punto de lanzarse. El hombre de negocios tenía el miembro duro como una piedra; el obrero, treintañero, con un cigarrillo liado a buen recaudo sobre la oreja, más blando pero también más grande. Johnny se sonrojó, miró hacia abajo con el corazón acelerado; detrás de ellos, continuamente, el rápido ruido de carraca y el batacazo final del torniquete; un hombre dejó una gran maleta en el suelo y se metió entre él y el obrero, corpulento, con abrigo y sombrero, quizá acabara de apearse del tren del puerto y quizá no se hubiera percatado de la tensa paciencia de los otros, que esperaban a que se marchara, frunciendo el ceño como si estuvieran molestos

por su incapacidad de soltar ni una sola gota. Y, mientras esperaba con ellos, Johnny se vio atraído hacia la conspiración delictiva de los otros hombres y, aprovechando las últimas sacudidas y los aparatosos movimientos para abrocharse del taciturno visitante, bajó también él, cerrándose la cremallera, y salió por el torniquete y subió la escalera con el corazón acelerado como quien ha logrado escapar por los pelos y con la sensación, cada vez más clara, pasados cuatro o cinco minutos sin incidentes, durante los cuales el hombre de negocios salió sin verlo y se dirigió, decidido, hacia la cola de los taxis, de que, si no cogía pronto un tren, tendría que volver a bajar y de que el hecho de volver a entrar y volver a pasar por delante del empleado, que no parecía ni consentir ni reprobar lo que allí sucedía, confirmaría su culpabilidad.

Pero pensar que el obrero seguía allí abajo y que quizá seguiría allí toda la mañana, con sus gruesos vaqueros y sus botas y su chaquetón de trabajo con refuerzos en los hombros, que abría o cerraba a su antojo para revelar u ocultar eso que tenía que ofrecer, era tan excitante que el ambiente de la enorme y ruidosa explanada de la estación parecía estremecerse con un nuevo y mal disimulado deseo. Pasó una nube y los rayos de sol atravesaron, sesgados, el alto techo de vidrio. Johnny miró con descaro a un par de hombres que, como él, esperaban a que anunciaran sus trenes, pero su desfachatez fue recibida con desconcierto e irritación y Johnny se apartó y se quedó mirando sin ver las cafeterías y las tiendas. Dentro del John Menzies, muy cerca de la puerta, vio a Ivan. Estaba junto al mostrador, con una trenca y una bufanda de lana verde que, durante cinco largos segundos, aisló su rostro pálido y pulcro del confuso fondo envolviéndolo en un nimbo de lana. Johnny se dio la vuelta para asimilar la conmoción, la inesperada oportunidad, que se sumaba a las otras, desaprovechadas y cada vez más raras. Ni siquiera sabía si quería verlo. Se volvió de nuevo y justo entonces Ivan salió de la tienda con una revista y fue hacia él mirándolo como si no lo reconociera o como si estuviera buscando a otra persona. Entonces Ivan pareció reparar en que alguien le sonreía y también él se llevó una sorpresa. «¡Ah, hola!», dijo, y le tendió la mano y Johnny, desconcertado, tardó un momento en reaccionar y estrechársela. Fue un momento brevísimo, otra vez cinco segundos, en el que algo quedó expuesto de forma irrevocable, aunque Ivan se dio la vuelta para ocultarlo.

—Ostras, yo... —le sonrió—. No esperaba encontrarte en la calle en

pleno día.

—Yo tampoco —dijo Johnny—. No esperaba verte.

—¿Qué haces? —Esta vez Ivan le dio una palmada en el brazo, casi con reproche.

—Voy a una subasta —contestó Johnny, como si fuera idea suya.

—¿A Brighton? —preguntó Ivan con vaguedad.

—¿Brighton? No, a Gypsy Hill.

—Bueno, querido... —dijo Ivan.

Johnny no entendió qué estaba insinuando. Miró la revista que Ivan tenía en la mano: *The Yachtsman*.

—Vaya, no sabía que...

—¡Ah...! —La miró él también y rió un poco. Era extraño, pero el malestar de Ivan no parecía estar relacionado con el pesar que a Johnny le producía su fallida salida nocturna, aunque Ivan no tenía la culpa de que todo hubiera salido mal. Ivan se quedó un poco turbado—. Bueno, tiene gracia haberte encontrado aquí, en Victoria.

—Me alegro —dijo Johnny, conmovido otra vez por su presencia, por el resplandor de su rostro en aquel ambiente frío, realzado por el ambiente de tentación y oportunidad de aquella mañana; le había crecido el flequillo y las puntas le tocaron las largas pestañas del ojo derecho cuando parpadeó; luego sacudió la cabeza.

—Freddie dice que cada uno tiene su terminal. La suya es Paddington, porque él es de Devon y porque iba mucho a Oxford, claro.

—Ah, sí. —Podía imaginarse perfectamente a Freddie jugando a un juego así, tan londinense.

—La mía también es Paddington, obviamente. ¿Y la tuya? Supongo que King's Cross, ¿no?

—No, Euston.

—Ah, Euston. Lástima —dijo Ivan.

Johnny chasqueó la lengua, en broma, aunque sabía qué había querido decir Ivan respecto a la nueva estación. Su primer recuerdo de Londres, de cuando tenía siete u ocho años, era el arco de la estación de Euston justo antes de que lo demolieran: las seis letras doradas enormes, EUSTON, grabadas en la piedra renegrida, parecían danzar, más como un conjuro que

como un simple nombre, como ninguna otra palabra bajo el azul intenso del cielo.

—Bueno, en las estaciones tampoco pasa uno mucho tiempo.

—Eso depende —dijo Ivan, antes de desviar la mirada, como si hubiera dicho otra cosa.

—Bueno, y ¿adónde vas?

Ivan se quedó mirándolo, perplejo.

—Ah, no, a ningún sitio —contestó sonriendo—. No, he venido a recoger a mi tío y me parece... —dijo estirando el cuello y volvió a mirar alrededor — que ha vuelto a perder el tren.

—¡Ah, vale! —dijo Johnny, triste y misteriosamente aliviado—. No sabía que tu tío todavía vivía.

—¿Cómo? ¡Ah, no, mi tío Stanley no! —dijo Ivan—. No, no, él murió hace tiempo, un par de años. No, se trata de otro tío mío, hace una eternidad que no lo veo.

—Ya. ¿De dónde viene?

—¿Hmmm? —Ivan recorrió con la mirada, con momentáneo interés, la cascada de los paneles de salidas, donde los trenes saltaban con un alegre tableteo de una columna a otra a medida que se acercaba su hora. Johnny se asustó al no encontrar su tren, hasta que lo vio aparecer con su larga lista de paradas, como una persiana de lamas, dos columnas hacia la izquierda: faltaban nueve minutos para que saliera y acababan de anunciar el andén, el número 8, al que se accedía por la puerta que tenía justo enfrente—. Viene de Horsham —dijo Ivan.

—No me importa esperar contigo —replicó Johnny—. Todavía me quedan unos minutos.

Ivan volvió a sonreír y se subió un poco la manga del jersey para mirar la hora en su reloj.

—No, no hace falta —dijo—. Pero nos vemos pronto. Pásate por la casa.

—Ah... Sí, vale —dijo Johnny.

—Seguro que Evert se alegra mucho de verte.

Johnny, dolido, necesitaba tocarlo: le dio una palmadita en el hombro, se dio la vuelta y echó a andar hacia la barrera con la idea de un beso ya perdido para siempre tensándole las facciones. Ivan se había dado la vuelta y se había

alejado y, nada más mostrar su billete, a Johnny lo invadió por segunda vez el dolor de no haber reaccionado, y, al mismo tiempo, un ligero alivio, la sensación de haber escapado. Los trenes que salían a mediodía de Londres iban casi vacíos y se montó en el primer vagón, donde todavía había, esparcida por el suelo, basura que habían dejado los pasajeros que lo habían utilizado hacía unas horas. Se sentó y se quedó con la vista al frente, de cara al andén, pero entonces, como todavía le quedaban cinco minutos, volvió a salir y echó un vistazo a la explanada de la estación. Ya no veía a Ivan y, de pronto, con un fugaz ataque de celos, se le ocurrió pensar que quizá hubiera entrado en los lavabos de caballeros. ¿Y si lo había engañado? ¿Y si Ivan no había ido a recoger a su tío, sino a buscar lo innombrable, al obrero del chaquetón, y Johnny solo había sido un incómodo obstáculo? Pero no: allí estaba, hablando con un hombre junto a la cafetería; luego consultó un panel, no el de salidas sino el de llegadas. Un tren muy largo entró entonces dos andenes más allá de donde estaba Johnny e Ivan fue, vacilante, hacia él y, de pronto, todas las puertas se abrieron a la vez ante los pasajeros que se disponían a apearse del tren y que inmediatamente echaron a andar, convertidos en muchedumbre, hacia la salida. Ivan los miraba fijamente mientras pasaban a su lado, pero un poco apartado, como si esperara a que su tío lo viera a él. Tenía la revista, con su cabecera en letras de un azul intenso, sobre el pecho.

Entonces ladeó la cabeza y compuso una sonrisa perpleja, mientras un hombre de unos sesenta años se detenía a su lado. La avalancha de pasajeros impidió que Johnny alcanzara a ver qué pasaba. Hubo un rápido saludo y una breve conversación, quizá sobre lo que iban a hacer; el tío, a quien hacía mucho que no veía, había ido a Londres a pasar el día. Johnny comprendió entonces que Ivan no había querido que conociera a su tío: parecía muy elegante, con el pelo canoso bien peinado y un bigote más oscuro y, también, por su porte y su atuendo, una gabardina corta y un fular rosa con estampado de cachemira, un poco amanerado. El silbato sonó dos veces y Johnny volvió a meterse en el tren.

La sala de subastas Rustin's Auction Rooms estaba en un antiguo garaje de Sunbeam, a unos centenares de metros de la estación. La primera vez había ido allí con Cyril a ver un paisaje catalogado como un Bargery: el escueto dictamen de Cyril había sido «posterior a Bargery»; después de

emitirlo, se había quedado observando con malicioso gesto de abnegación mientras el subastador, que de vez en cuando lo miraba con las cejas arqueadas a medida que el precio ascendía y descendía, acababa vendiéndolo por el triple de su valor de tasación a un conocido coleccionista de Hove. De pie al lado de Cyril, en el fondo de la sala, Johnny se veía reflejado en un alto espejo de pedestal; formaban una pareja sorprendente: el anciano robusto con su gabardina marrón, Johnny con el abrigo de la RAF de su padre, que le quedaba holgado, con grandes solapas cruzadas, el pelo recogido bajo la gorra de pana. Era la primera vez que asistía a una subasta; estaba aburrido y, al mismo tiempo, emocionado, mientras se desarrollaban, uno tras otro, los pequeños dramas de la puja. De vez en cuando había momentos de calma cuando nadie ofrecía nada por un lote sin ningún interés, pero los compradores entraban desde el salón de té contiguo cuando se acercaban determinados artículos. Entonces, resignadamente, Cyril señaló con un breve movimiento de cabeza unos dibujos en los que no se había fijado nadie, pero evidentemente todos lo vieron y provocó un revuelo de interés que él capeó con pequeños e impasibles movimientos de las cejas. Johnny lo miraba con nerviosismo; en el espejo, sus movimientos eran prácticamente invisibles, pero el subastador, inclinándose hacia aquel objeto ignorado con una sonrisita de presunción, le dedicó una especie de danza sin moverse del sitio y golpeó con el mazo de una manera que dio a entender que momentos como aquel eran los que daban sentido a su vida.

Si entre aquellos dibujos había un Sickert, le explicó Cyril en el tren, durante el trayecto de regreso, sin duda alguna era lo mejor de la subasta, y, si no..., todo aquel chanchullo, el dinero, las negociaciones y las maniobras, era tan descabellado y tan deprimente como a Johnny se lo parecía ahora, cuando entró, solo, en la sala de subastas y respiró aquel ambiente rancio y ambiguo. Solo había ido a ver unos marcos y a pujar por ellos. Los encontró, varios lotes, apilados contra la pared del fondo; un hombre pelirrojo que vestía un anorak los estaba examinando: los cogía y les daba la vuelta y volvía a dejarlos en su sitio. Johnny esperó a que se marchara, pues consideraba que todavía no sabía aparentar indiferencia, ese aire arisco con que los marchantes manejaban las obras. Fue hasta la pared, se agachó, miró los marcos y los cogió también, revisándolos por si tenían algún daño y preguntándose si los maltratarían mucho más antes de que se vendieran. Cyril

estaba buscando un pequeño marco lacado y con molduras, pero en el lote venían tres más. En otro lote había un marco Watts que estaba sin restaurar, pero que a Johnny le habían dicho que comprara si consideraba que merecía la pena. Lo sostuvo con los brazos extendidos, con lo que atrajo miradas de interés: se lo estaba exhibiendo a los demás, a sus rivales en potencia. Dio un resoplido de desilusión, sacudió la cabeza y dejó el marco en su sitio con toda la brusquedad de que fue capaz. Cyril le había enseñado a buscar y estaba casi seguro de que el marco holandés negro era del siglo XVII, pero la decisión tenía que tomarla él solo y la dinámica de la subasta pesaba excesivamente sobre él.

Como le sobraba tiempo, se entretuvo paseando entre las mesas alargadas llenas de relojes, jarrones, cuberterías y vajillas incompletas. Reconoció algunos objetos de la venta del mes anterior, tenían varios adhesivos con el número del lote, uno encima de otro, y el valor de tasación que aparecía en la hoja ciclostilada quizá fuera un poco inferior: el Mercurio de bronce, de puntillas sobre una esfera, al que le faltaba la mano derecha levantada, el reloj de pared vienés que había perdido todos excepto uno de los remates redondeados de latón. «Pérdidas», así se denominaba cualquier tipo de daño que hubiera sufrido el objeto. Había dos esculturas-retrato de tamaño natural, llamadas «estilo Epstein», de yeso pintado: una joven de pelo lacio con la nariz alargada y un hombre que se parecía a Thomas Beecham cuya espesa perilla había sufrido varias de aquellas «pérdidas» desde la última vez que Johnny lo había visto. Pensó que debían de proceder de viviendas particulares: efigies de personajes locales que, transcurridos veinte o treinta años, a nadie le interesaba conservar. Quizá los postores más ancianos de aquellas subastas hubieran conocido a los modelos y, si no los había conocido era muy difícil, desde luego, imaginar que a alguien le interesara poseer aquellas tristes masas de materia. Johnny pensó en los amigos de su padre: ¿quién iba a querer una cabeza de Ken Cudlip mirándolo lascivamente cada vez que entraba en el salón? Aunque lo pusieran en el cuarto de baño con ánimo bromista, no tardaría en volverse agobiante y, con el tiempo, hasta perturbador.

Repasó una caja de fotografías, pero lo hizo pensando en Ivan. ¿Había sido su encuentro en Victoria positivo en algún sentido? Era un suceso más de su historia, le aportaba más sustancia a su amistad, aunque no podía

afirmarse que hubiera sido muy cordial. En sus fantasías, Johnny ya había llegado mucho más lejos de donde la casualidad de esa mañana lo había colocado. Recordó su encuentro con Colin en la Portrait Gallery y el piso de Colin, que parecía desde allí, más allá de las murallas de cómodas y cajoneras con el chapado descascarillado, una habitación inaccesible donde se desarrollaba la vida real, por desgracia tan apartada de su polvorienta cotidianeidad.

La subasta abrió con una sesión de joyería: agujas, broches y collares antiguos; a veces la puja se alargaba desmesuradamente con artículos sin ningún interés. O eso le parecía a Johnny mientras observaba al subastador, el mismo caballero extravagante con pajarita de antes, con el pequeño pero macizo martillo en la mano izquierda; la derecha la utilizaba para sujetarse a la mesa o aceptar ofertas rivales de los rincones de la sala y, a veces, o eso parecía, agarrarlas al vuelo. Su sonrisa era a la vez de amigo y de enemigo. Johnny lo estuvo observando un rato y su ansia tenía un deje de arrogancia que lo salvaba: él no codiciaba ni lo más mínimo aquellas baratijas, aquellos collares de perlas de tres vueltas exhibidos sobre almohadillas de terciopelo, anillos de rubí de antes de la guerra con el engarce deteriorado pero no inservible. Los curtidos marchantes, que apenas alzaban la barbilla o levantaban el bolígrafo del catálogo para indicar una oferta, unos hombres que no mostraban ni júbilo por el éxito ni pesar por la derrota, podían quedarse con ellos. Empezaba a latirle más deprisa el corazón a medida que se aproximaba la parte de la subasta dedicada a los cuadros; su impaciencia se mezclaba con un nervioso deseo de que se demorara. Ahora estaban mostrando un broche de plata y diamantes con forma de carlino, muy parecido al que su padre le había regalado a June por su quinto aniversario, y Johnny vio subir la apuesta hasta alcanzar ocho veces el valor de tasación, 420 libras, y no habría sabido decir si estaba más impresionado o indignado.

Se paseó un par de minutos por el pasillo abarrotado de cuadros, colgados de tres en tres en la pared de ladrillo encalada de aquel viejo garaje: un lienzo oscuro, sin marco, con un desgarrón, varios hombres desnudos bailando, prudentemente titulado «Escena mitológica»; otras descripciones más pedantes: «Interior con la esposa del pintor y una cajonera (5-8 £)», «Retrato de varón de mediana edad (sin precio mínimo)». Se quedó extrañamente cautivado, mientras miraba fijamente la esquina inferior izquierda del retrato,

por la idea de que el pintor, anónimo, había trabajado varias horas en él, en una fecha no especificada y en un lugar imposible de definir con un modelo que tal vez ya hubiera muerto. No era muy bueno, pero reflejaba un firme intento de serlo, y también era algo triste, como todo aquel sitio. Al fondo, con ademanes ostentosos y a una velocidad implacable, estaban cantando los números de lote, que iban subiendo, y el momento de la obra dramática en que él estaba destinado a salir a escena se acercaba de forma agobiante. Regresó, pasando de nuevo ante los marcos; ahora parecía que los hubieran toqueteado y desordenado; los lotes estaban mezclados y el marco holandés estaba apoyado en lo alto, a la vista de todos. Volvió a la sala y se quedó de pie al fondo, pues le pareció que así aparentaba mayor indiferencia y seguridad, cerca del pie en equilibrio del Mercurio manco.

—Y ahora —anunció el subastador— nuestro primer lote de marcos, el número 93. —Los miró distraídamente pero con cariño. Una indiferencia perfecta, como si no hubiera dicho nada en absoluto, imperaba en la sala; entonces, un par de caballeros que habían pujado por las joyas se levantaron y se acercaron al estrado camino de la salida. A Johnny se le había acelerado el pulso y la vertiginosa sensación de que solo él había oído lo que había dicho el subastador le hizo concentrarse, abochornado, en controlar los músculos de su cara—. ¿Quién quiere empezar ofreciendo ochenta libras?

Había algo brutal en aquella primera mención a una cifra. Johnny miró a uno y otro lado, confuso, con la mano medio levantada, la palma abierta, como si calmara a alguien, y vio al hombre del anorak rojo salir de la sala y sacarse una gorra del bolsillo.

—¿Y setenta? El lote contiene un marco Watts, es un buen lote, en total hay cuatro marcos...

¿No iba a pujar nadie? Si pujaba él ahora, ¿conseguiría quedárselo? ¿O iba a seguir esperando, paralizado, hasta perder el lote? Vio a un individuo que hasta ese momento había pasado completamente desapercibido, una mera calva de la segunda fila, levantando el dedo índice con toda tranquilidad.

—Gracias, señor. Me ofrecen setenta. ¿Setenta y cinco?

Pareció que el subastador se fijaba en la mano indecisa de Johnny y que le divertía aquello. Al saberse descubierto, Johnny la levantó un poco más y, en cuanto su señal fue aceptada, «Setenta y cinco, muchas gracias, señor», oyó: «Ochenta... ochenta y cinco... noventa... gracias, señor, noventa y

cinco...» en una secuencia asombrosamente rápida; su vacilante intervención quedó anulada por aquella sucesión de rápidos movimientos de cabeza y manos apenas levantadas por toda la sala, hombres todos ellos, sentados o de pie, cuya condición de marchantes se revelaba ahora. Tuvo la impresión de que se conocían entre ellos, de que luchaban entre ellos, pero, ante todo, sin pensarlo siquiera, sin esfuerzo alguno, luchaban contra él, un muchacho absurdo de rostro sonrosado, con el pelo por los hombros y una mano temblorosa. La baza secreta de Johnny era ser el representante de Cyril, pero el límite de Cyril para aquel lote eran noventa libras. Johnny miró brevemente al hombre robusto que estaba a su lado, el que había pujado más alto, y se fijó en su gesto de desilusión y de enfado, como si hubiera preferido estar en cualquier sitio excepto allí. «Noventa y cinco a la una...», anunció el subastador, y era evidente que aquel individuo sabía lo que hacía, el lote lo valía, y Johnny levantó la mano en el último momento, no podía mirar a aquel hombre pero con el rabillo del ojo lo vio sacudir la cabeza y comprendió que había ganado. Cien libras. Se oyó un ruido similar al que se oía entre una pieza y otra en un concierto, el del público pasando la página, y Johnny dijo su número en voz alta, no lo oyeron y tuvo que repetirlo, y lo anotaron, y su euforia por el éxito se debilitó al instante por la conciencia de haber cometido una transgresión.

No hubo tregua, «Lote 94», pero Johnny no pujaba por aquel. Se puso a leer el catálogo, mordiéndose el labio inferior, y, aunque no mirara, percibía la curiosidad y el desdén del público hacia aquel nuevo comprador. Entonces continuó la puja y, cuando Johnny levantó la cabeza, ya nadie le prestaba ni la más mínima atención. Enseguida llegó el lote 95. Johnny lo comprobó: las palabras y las cifras se amotinaron brevemente en la página, pero lo había marcado, no se equivocaba. Valor de tasación: entre setenta y ochenta libras, pero él estaba autorizado a llegar hasta ciento veinte, ¡muchísimo!, si estaba seguro de que era el marco holandés. Comenzó la puja, un comprador que ya había pujado anteriormente hizo una primera oferta, modesta, de sesenta libras. Johnny intuyó la ventaja de empezar a participar tarde y esperó; alguien ofreció sesenta y cinco, sin mucha convicción, y el primer comprador abandonó. Nadie más movió ni un dedo, así que, casi riendo, Johnny levantó la mano; el subastador le sonrió con cortesía y, para hacerle saber que lo había visto, miró al anterior postor, que también abandonó, y repitió «Setenta

libras...» en medio de un silencio de indiferencia. «¿Alguien ofrece más de setenta? Setenta libras a la una...» Levantó el martillo mientras escudriñaba, frunciendo la frente en un gesto de cómica decepción, una fila tras otra; Johnny confiaba en que nadie dijera nada mientras un tremendo vacío, tan inesperado como el interés que había despertado el lote anterior, parecía abrirse a su alrededor y debajo de él, haciéndole dudar, de pronto, del acierto de la decisión que acababa de tomar. Aquellos tipos con cara avinagrada llevaban toda la vida participando en subastas como aquella, sabían distinguir un marco lacado holandés auténtico de otro falso. «¡Adjudicado por setenta libras! Gracias, señor.» Y volvieron a pedirle que cantara su número.

Esperó, con la sensación de que cada vez llamaba menos la atención, mientras se subastaban varios lotes y, media hora más tarde, salió al aparcamiento, cargado con el pesado botín de menos de dos minutos de puja muy poco memorables: con un marco Watts que había adquirido desobedeciendo a Cyril y cuyas «pérdidas», en la calle, parecían peores que dentro, y con un marco holandés que sin duda era una ganga, pero que a Cyril tal vez le pareciera falso. Era absurdo que ahora tuviera que volver a Chelsea cargando con aquellos malditos trastos, parafernalia con la que él, por su cuenta, jamás habría tenido nada que ver, pero lo consiguió, los llevó en el tren: puso los marcos pequeños atados unos a otros en el portaequipajes, los más grandes entre las rodillas, y confió en que no entrara nadie más en su vagón en la media docena de estaciones que había hasta Victoria. Cuando llegó a la estación, los bajó con mucho cuidado. La gente lo miraba; algunos le sonrieron. Dejó los marcos en el suelo, en medio de la avalancha de la explanada, para organizarse y colocarlos de la forma más cómoda para transportarlos; tendría que coger un taxi, Cyril lo pagaría. Echó los hombros hacia atrás, levantó los marcos. No había vuelto a acordarse, de ahí que se sorprendiera tanto cuando vio al obrero del chaquetón de trabajo, que volvió la cabeza, apoyado en la gruesa columna de hierro, como si hubiera un foco iluminándolo a él solo; miró con perezoso interés más allá de Johnny, luego lo miró a él un segundo entre el gentío y, por último, echó a andar, con aire fatigado, hacia la entrada de los lavabos de caballeros. Johnny lo siguió con la mirada y luego lo siguió físicamente, sin esperanza alguna, y se quedó de pie, sin aliento, incapaz de modular ni disimular su excitación, con los siete marcos colgados como un castigo de sus brazos y su cuello.

6

Estaba oscuro bajo los árboles al fondo del prado, aunque se atisbaban puntos luminosos a lo lejos entre ellos y un débil resplandor coloreaba el verde apagado de la parte alta de las copas. En primer plano, tres árboles jóvenes formaban una línea. El ocaso lanzaba sus últimos destellos antes de dar paso a una oscuridad de misterios más insondables. Detrás del arbolillo de la derecha, paralelo al tronco gris, se veía un hilo con nudos. Era un lienzo basto extendido sobre un tablero de aglomerado y el agua había estropeado el borde izquierdo. Cyril se había encargado de retirar y volver a colocar la parte estropeada, pero la limpieza y los retoques, con un pincel fino del que, con ayuda de una lupa, se podía ver cada uno de los pelos, eran obra de Johnny.

Jamás le había dedicado una atención tan minuciosa a un cuadro, ni siquiera a los suyos; lo veía descomponerse bajo la lupa, que le ofrecía una visión del mismo que ni siquiera el autor había tenido, aunque había elementos de la composición que el pintor debía de haber entendido y que se resistían a revelar sus secretos. Era casi de noche en Kengsinton Gardens cuando llegó el cuadro y retiraron su envoltorio, varias capas quebradizas de un *Daily Mail* de hacía doce años. Al retirar una capa de barniz marrón viejo habían aparecido una valla baja, una hilera de meras pinceladas transparentes, en primer plano, y una figura presurosa, insospechada, entrevista en el borde derecho. Y a media distancia, casi bajo los árboles, había otra pequeña presencia vertical, que tal vez fuera una persona, un hombre con chaqueta y sombrero o una mujer con una capa corta, pero era tan delgada que también podría haber sido una estatua, un busto o un plinto. ¿Había estatuas como aquella en Kengsinton Gardens? La señal vertical, apenas unos rápidos trazos, era un enigma. Durante la semana que le había dedicado a aquel cuadro (que sin duda habían pintado en un par de horas), la imagen, la lacónica información de las pinceladas y el derroche de insinuaciones que hacían, se convirtió, de algún modo, en un conocimiento secreto, y la presencia descubierta bajo los árboles adquirió un significado oculto, como si fuese un personaje de la vida londinense a quien todavía no hubiese conocido. Cuando se quitó las gafas, sufrió un segundo de confusión, casi de mareo, al comprobar que el cuadro que había estado examinando solo medía veinte por trece centímetros. Johnny nunca había oído hablar de aquel pintor,

Paul Maitland, hasta la semana anterior, pero ya se sentía misteriosamente implicado en su obra. El comprador veía las iniciales «P. M.» en el oscuro *impasto* del primer plano y nunca sabría que un centímetro de hierba de un dorado grisáceo, quizá heno cortado, de la parte central del cuadro, y otros retoques minúsculos entre el follaje verde claro eran obra del invisible J. S., unos ochenta años más tarde.

—Voy a salir —dijo Cyril—, te quedas al mando. —Frunció los labios mientras miraba directamente a Johnny, algo que hacía muy raramente.

—De acuerdo. —Johnny se limpió las manos en el delantal—. ¿Adónde va?

—Voy a ver una cosa —contestó Cyril con seriedad, pero también ligeramente evasivo—. Intenta no vender nada y, sobre todo, no compres nada, por favor.

—Digo que lo dejen y ya está, ¿no?

—Sí, que lo dejen y les entregas un recibo. También pueden reservar cosas, si parecen serios. Y no dejes entrar a nadie aquí, por descontado. Nunca dejes entrar a nadie aquí. —Pero estaba poniéndose el abrigo cuando sonó la campanilla de la puerta y se asomó para ver quién había entrado en la tienda—. ¡Ah, buenos días!

—¿Iba a salir? —preguntó una voz masculina.

—No es tan urgente —dijo Cyril.

—Hacía tiempo que no venía.

—No, me alegro de verlo —dijo Cyril, cuya voz bajó a otro registro, moderadamente halagador. Se quitó el abrigo y lo colgó detrás de la puerta antes de tirar de ella hasta dejarla entrecerrada para ir a hablar con el cliente. Era un hombre de voz aflautada, con las inusuales vocales, unas exageradas y otras reducidas, y la lentitud que todavía abundaban en el mundillo del arte londinense. El tono de la conversación era casi brusco y ninguno de los dos se tuteaba. En el taller, la radio, puesta a un volumen medio, concentrada en los acontecimientos posteriores a las elecciones, impedía oír la conversación. Johnny se dirigió a la mesa donde esperaba el marco recortado para el Maitland.

Finales de verano, ocaso era un cuadro muy del estilo de Cyril. A Cyril le gustaban los cuadros pequeños y una de sus manías era que los temas se echaban a perder si se trataban a escala demasiado grande; su cuadro ideal era

un «gran cuadro pequeño» que expresara mucha vida en muy poco espacio. A Johnny, a quien en la universidad habían animado a esparcir grandes cantidades de pintura por lienzos enormes, más altos que él, le costó un poco acostumbrarse a eso. Entendía su encanto y sus reservas. El Maitland también estaba en deuda con Whistler, que para Cyril era un dios: tenía la cualidad de un boceto, el movimiento rápido y natural que él era completamente incapaz de reproducir, pero que sabía ver en otros cuadros. Cyril no trataba con grabados y a Johnny le habían dicho que hacía diez años que por la tienda no pasaba ningún Whistler, de modo que en lo que tenía que concentrarse era en la «escuela» de Whistler. Una vez que te decantabas por esa escuela, la oscuridad se convertía en un atractivo, casi una virtud. Por lo visto, Maitland, por ejemplo, era un pintor a quien solo conocían los expertos y sobre quien nadie había escrito nada y no era nada probable que un ciudadano de a pie lo encontrara en un museo.

Johnny liberó el marco de las abrazaderas y lo colocó sobre el cuadro que descansaba en la mesa de trabajo. En Hoole no le daban importancia a la fabricación de marcos: mostraban sus estafalarios retratos y sus gigantescos cuadros abstractos sin adorno alguno, sobre los bastidores y los tableros, o, como mucho, con un fino reborde de madera contrachapada sin tratar, sin pretensiones galerísticas. Cyril le estaba enseñando otro arte, el del rectángulo de madera: ahora, ese pequeño lienzo verde y marrón, presentado por primera vez con el marco «Whistler» (que en realidad era un marco dorado dentro de otro), se convertía de pronto en algo deseable y bien centrado, más presente y también más deseable y remoto. Seguía pareciendo demasiado pequeño: habría que cortar otra tira estrecha y pintar la del tono exacto de dorado para encerrarlo y sujetarlo con exactitud en su santuario.

—Tal vez no le importe enseñármelo —dijo la voz desde la tienda, con aquel tono de escasa paciencia disfrazada de una cortesía impecable.

Cyril se asomó por la puerta.

—Ha venido Sir George Skipton —dijo—, quiere ver el Maitland.

—Ah... ¿Lo llevo tal como está?

Cyril lo miró fijamente y asintió con complicidad. Hubo, durante un instante, un claro entendimiento entre los dos.

El cliente no era como Johnny se lo había imaginado. Tenía un rostro flaco y anguloso, y sus largas patillas eran una concesión a la moda que

entraban en fuerte contradicción con su abrigo de pelo de camello, la bufanda roja y el sombrero de fieltro, que no se había quitado. Parecía cuidadosamente envuelto para protegerse de un hipotético intento de Cyril de embaucarlo respecto a algún cuadro nuevo y extraño; su escueta sonrisa dejaba claro que el hecho de que te escuchara no significaba, ni mucho menos, que estuviera de acuerdo contigo. Era la sonrisa de alguien orgulloso de su propio criterio; de ahí, sin duda, el tono respetuoso que Cyril, astuto, adoptaba con él.

Johnny puso el cuadro encima de la mesa y dijo: «El marco todavía no está terminado...» Sir George levantó y bajó la cabeza como si examinara un cuadro mucho más grande e hizo dos ruidos apenas audibles: el primero, con la cabeza levantada, un gemido breve y agudo que transmitía sorpresa y cautela, y el otro, con la cabeza agachada, un gruñido tierno pero apesadumbrado. Johnny los miró a los dos, sin saber si lo estaban elogiando o condenando. Entonces la sonrisa de Skipton siguió una trayectoria ascendente, desde el cuadro hasta él.

—¿Qué te parece esto? —le preguntó.

—¿Qué me parece... —Johnny, angustiado, miró a Cyril trabajar aquí? Ah, es muy interesante, señor.

—Aprenderás mucho del señor Hendy —replicó Sir George, y Cyril miró hacia un lado y agachó la cabeza—. ¿Sabías que conoció a Sickert?

—Sí, lo sé —respondió Johnny.

Sir George rió un poco.

—Pequeños óleos —dijo—, de eso se trata. —Paseó la mirada por la cabeza de Johnny, fijándose con espíritu crítico, pero divertido a la vez, en su pelo, recogido en una coleta y enroscado—. ¿Hace mucho que trabajas aquí?

—Bueno, dos meses, señor.

—Dos meses. —Una vez más, elogio y ridículo combinados en su tono de voz—. ¿Y qué opinas? ¿Debería comprar este cuadro?

Esta vez Johnny no miró a Cyril, aunque utilizó sus palabras:

—Es un cuadro sumamente bonito.

—Sí, desde luego. Supongo que habrás trabajado bastante en él.

—Solo lo hemos limpiado un poco —intervino Cyril.

—Claro —dijo Sir George, y suspiró, pero siguió mirando a Johnny.

Cyril parecía disgustado por aquel giro de los acontecimientos y Johnny también se sentía incómodo; entonces Cyril dijo con cierta brusquedad:

—Pido noventa guineas por él.

Johnny no habría sabido decir si a Skipton le pareció caro, porque su gesto era inmune a algo tan vulgar como la impresión por un precio.

—¿Le importaría guardármelo, Hendy? Pasaría la semana que viene y volvería a mirarlo.

¿Había dicho «Hendy» como quien le habla a un sirviente o a un colega? Johnny no estaba seguro.

Cyril dijo que no tenía ningún inconveniente; parecía contrariado, pero en absoluto sorprendido. El mundillo del arte tenía su propio tempo: los retrasos eran tan habituales como las decisiones vertiginosamente rápidas.

—Muchas gracias —dijo Skipton y, al salir, como si no quisiera perder más tiempo, ya casi en la puerta se volvió y añadió—: Mi hija me dijo que trabajabas aquí.

—¿Ah, sí? —dijo Johnny.

—La exquisita Francesca —dijo Sir George.

—¡Ah, ya...! —De pronto Johnny sonrió y se sintió en una especie de trampa—. No la conozco mucho.

—¿Ah, no? Pues ella te ha tomado mucha simpatía —dijo Sir George, y sonó a la típica afirmación paterna, a menudo muy alejada de la verdad y, en este caso, además, bochornosa por otros motivos. Johnny consideró que podía decir al menos una verdad, pero cuando lo hizo, sonó extraño:

—Me parece que le tengo un poco de miedo.

El tono con que lo dijo pareció desconcertar brevemente al padre, pero abrió la puerta, se ciñó la bufanda alrededor del cuello y, con considerable aspereza, dijo:

—Me parece que sé a qué te refieres.

Después de marcharse Skipton, Cyril se puso el abrigo con renovada impaciencia y salió de la tienda. La puerta se cerró de golpe, la campanilla protestó ruidosamente y el pequeño y seductor paisaje de Chelsea que colgaba cerca de la entrada se balanceó ligeramente. Johnny permaneció quieto hasta que pasó el torbellino, consciente, de alguna forma, de que Cyril, víctima de las luchas rivales por vender y comprar, era el propietario de

cuanto había allí, de que aquello era el mundo que él había construido y en el que viviría y moriría, mientras que él apenas estaba de paso, con una mínima responsabilidad, camino de una vida muy diferente, en la que pintaría sus propios cuadros.

Ese día era jueves y los jueves cerraban antes, solo tenía que quedarse hasta la una. Se quedó mirando más allá de los artículos expuestos en el escaparate, viendo los coches aparcados junto al bordillo y a los pocos transeúntes que pasaban, cualquiera de los cuales podía decidir en cualquier momento entrar en la tienda y remover el aire con olor a cera y linaza y hacer sonar otra vez la campanilla. Se sentía aliviado, contento y desprotegido y fue hasta el fondo de la tienda censurando su propio deseo de hacer el vago. Su rebelión se materializó en girar diez grados el dial de la vieja radio, hasta sintonizar Radio 3. Beethoven, inmediatamente, pero ¿qué sinfonía? Descartó la *Tercera* y de la cinco a la nueve, ambas incluidas; respecto a las anteriores, no estaba tan seguro. Como tantas veces le había sucedido en el pasado, en su casa o en el estudio que compartía cuando estudiaba, donde tenía que reivindicar media hora de vez en cuando, entre las sesiones de los Doors y los Stones de sus amigos para meterse sus dosis de Mahler y Strauss, sentía la presencia de una orquesta como un lujo privado y abrumador; entonces, como estaba solo, subió el volumen y se puso a hacer ruidos, no a cantar la melodía, sino a lanzar silbidos y pequeños aullidos de énfasis y aprobación.

Volvió al trabajo y pintó la fina tira en ángulo con una pintura dorada que impregnaba la madera sin tratar. Brillaba y luego palidecía mientras sonaban el violento alboroto del *scherzo*; ¿sería la *Cuarta*? La puso a secar encima de una hoja de papel y entonces volvió a sonar la campanilla, primero al abrirse la puerta y luego otra vez al cerrarse, encubriendo casi por completo el chirrido de la puerta. Miró con aprensión a través del cristal azul y después a través del rojo, más claro, de la puerta de la trastienda, y vio a una mujer, sola; entonces salió: tardó un momento en reconocerla porque estaba de espaldas, con un largo abrigo negro y botas rojas; ella examinó minuciosamente un paisaje y luego se apartó sacudiendo la cabeza.

—¡Hola! —La saludó Johnny—. Qué casualidad.

La mujer volvió la cabeza y lo miró.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ha venido tu padre. Se ha marchado hará una media hora.

Fue hasta ella.

—Tiene gracia —dijo Francesca—, mucha gracia. —Cuando hablaba no lo miraba a la cara, sino que miraba otras partes de su cuerpo; examinó el viejo delantal de Sotheby's, manchado de pintura—. Así que has conocido a papá. —Esbozó una sonrisa y Johnny apreció el parecido con su padre al tiempo que ella se apartaba—: ¿Ha estado antipático?

Johnny resopló un poco.

—Me parece que ha puesto un poco nervioso a Cyril.

—Siempre hace lo mismo —dijo Francesca; parecía satisfecha, por lo menos, de la constancia de su padre—. Es especialista en poner nerviosa a la gente. Me imagino que no habrá comprado nada.

—Se lo está pensando.

Ella saboreó esas palabras.

—Ya, también es un gran pensador.

—Me ha dado la impresión de que sabía lo que hacía.

Dio la impresión de que ese comentario podía haberle parecido inapropiado a Francesca.

—Tendrías que venir a ver su colección —dijo con un tono que no prometía una invitación inmediata.

—Me encantaría, gracias —repuso Johnny, consciente de que aquello debía de ser un privilegio—. ¿Qué colecciona principalmente?

—Bueno, tiene tres Whistlers, por ejemplo. —Y, como si aquello fuera suficiente para zanjar el tema, continuó—: Así que aquí es donde te escondes. —Miró otra vez alrededor, como si la intrigara más la existencia de la tienda que cualquier cosa específica que hubiera en ella—. Cuántos cuadros... —Se paseó y miró dos o tres someramente, con un aire que lo mismo podía indicar ignorancia que resuelta autoridad. Entonces se fijó en la puerta entreabierta que Johnny tenía detrás, con su ventanita de cristal de colores, por la que se colaba el murmullo ininterrumpido de la radio—. Supongo que lo más divertido pasa en la trastienda.

—Bueno, no sé si llamarlo divertido —dijo Johnny ligeramente avergonzado—. Sí, a veces es divertido. —Se alegraba de que ella no tuviera intención de husmear en el taller—. Paso la mayor parte del tiempo ahí. No salgo mucho aquí fuera.

Pero al cabo de un momento, por supuesto, Francesca se dirigió hacia la puerta y Johnny la siguió con una sonrisa de aflicción. Francesca se asomó, tolerante, con una mano en el picaporte, como un adulto a quien muestran el cuarto de jugar de los niños.

—Madre mía, cuántos marcos.

—Sí, muchos. —Johnny se mantuvo cerca de Francesca cuando ella traspasó el umbral—. En realidad se supone que... —Pero no acababa de atreverse y ella hizo caso omiso de lo que él solo había empezado a decirle. De todas formas, ¿por qué no podía entrar en el taller? De pronto a Johnny le apetecía que Francesca lo viera, aquello confirmaría lo que, hasta ese momento, no era más que un rumor sobre lo que él hacía durante todo el día. Lo convirtió en una oportunidad para mostrarse galante: miró alrededor como si lo hiciera con los ojos de otra persona y se fijó en la estufa, las mesas, los doscientos marcos colgados uno dentro de otro en la pared—. A Cyril no le gusta que la gente entre aquí, pero yo no lo entiendo.

—Bueno, Cyril no tiene por qué enterarse, ¿no?

Encima de la mesa estaba el Maitland que el padre de Francesca estaba o no a punto de comprar. Ella cogió la lupa de visera, se la colocó en la cabeza, sobre los rubios rizos y, de pronto, se sumergió en el trabajo de Johnny. Johnny pensó que, aun así, ella no lo distinguiría. Francesca dio un paso atrás, brevemente aturdida, y se quitó la visera. Ninguno de los dos dijo nada respecto al cuadro.

—¿Y te dejan salir a comer? —preguntó Francesca, directa pero diplomática. ¿Quién sabía cuáles eran las condiciones laborales de los aprendices de marchante de arte?

—Bueno, los jueves hacemos horario reducido. Dentro de diez minutos cierro la tienda.

—Ah, estupendo. Entonces podemos comer juntos.

—¡Ah! Bueno... Vale. —Johnny no tenía otros planes, pero aquello era un poco inesperado—. Si no te importa esperar.

—No, qué va. —Y se sentó con una calma desconcertante en la silla de Cyril.

—Es queee... —Pero siguió arreglando la tira dorada bajo la atenta mirada de Francesca, con la sensación de que estaba haciendo una representación de su propio trabajo. No quería rechazar a Francesca, ese era

el tema.

Al cabo de un minuto, ella se levantó y se asomó al pequeño cubículo con ventanas de cristal, como la oficina de un garaje, donde Cyril llevaba la contabilidad y donde había una caja de caudales cuadrada debajo de la mesa. Johnny nunca había mirado dentro de aquella caja de caudales, solo la había visto de refilón, los viernes a última hora, que era cuando los ingresos de la semana eran trasladados en el maletín de Cyril a la caja fuerte del banco y cuando Cyril le entregaba la paga a Johnny, con una extraña tosecilla, como si quisiera contrarrestar cualquier insinuación de cariño o aprobación. Johnny sabía que dentro de la caja había otras cosas además de dinero.

—¿Es él? —preguntó Francesca.

—¿Quién? —A Johnny le preocupaba que Francesca causara algún problema por el que a ella, al menos, no la castigarían. Dejó el pincel y se acercó. Francesca observaba la fotografía enmarcada que estaba en la pared encima del archivador: Cyril con treinta años, con otro hombre, mirando un cuadro que Cyril sujetaba con las manos—. Ah, sí. El otro no sé quién es.

—Es John —dijo Francesca—. John Rothenstein. Papá lo conoce, y Evert y los demás. Edgar trabajaba con él en la Tate.

Johnny tendría que haberlo sabido; aquel era su territorio.

—¿Ah, sí?

—John dirigía la Tate. —Francesca disimuló su impaciencia con una sonrisa sentimental ante aquella cara de carlino con gafas redondas de montura de pasta. A su lado, Cyril, que no parecía ni un día más joven, vestía una chaqueta de loneta muy peculiar, con botones hasta la barbilla y sin cuello. Los puños de las mangas también estaban recogidos con botones, tal vez para evitar que se manchara de pintura o de cola. Aquel atuendo le confería un aire de especialista y eclesiástico.

—Cyril no ha cambiado nada —observó Johnny.

—Todavía lleva esa estúpida chaqueta —observó Francesca, y la broma tuvo más gracia de la esperada: por primera vez, se le escaparon unas notas agudas.

Volvió a sonar la campanilla y Johnny salió a ver quién era. Horrorizado, vio que era Cyril, que cerró la puerta y se volvió hacia él con un cuadro dentro de una bolsa bajo el brazo.

—¿Ha habido éxito? —preguntó Johnny con entusiasmo y fue hacia él

como si esperara que Cyril fuera a desenvolver el cuadro de inmediato y a compartir su alegría con él. Era imposible sacar a Francesca del taller sin que Cyril la descubriera, pero, aun así, el instinto aconsejó a Johnny retrasar las cosas.

Cyril carraspeó para dar a entender que aquello no era asunto de Johnny.

—¿Ha venido alguien? —preguntó.

Esa era su oportunidad.

—Pues sí, ha venido la hija de Sir George Skipton, Francesca. ¿La conoce?

—¿La que te da miedo? —preguntó Cyril.

—No, si no es eso —dijo Johnny—. Qué va. Mire, de hecho está aquí.

Cyril lo miró fijamente.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—Verá, quería ver el Maitland por el que se ha interesado su padre, así que le he dicho...

—Estoy aquí —dijo Francesca; se asomó por la puerta y fue hacia Cyril con la cabeza ladeada, como si para ella fuera un gran honor conocerlo por fin—. Soy Francesca Skipton.

—Encantado —dijo Cyril.

—Mi padre siempre habla de usted.

—Bien... —Cyril hizo una pequeña inclinación de cabeza dirigida a ambos y, pasando al lado de Francesca, entró en el taller. Johnny lo siguió al cabo de unos segundos. El temor a una desaprobación casi paterna se mezclaba con una sensación de desafío también muy infantil. Seguía oyéndose la radio, que ahora retransmitía un concierto de arpa, y Johnny se quedó cerca del aparato sin saber si debía apagarlo. Cyril continuó hasta la oficina y, una vez allí, se agachó para abrir la caja de caudales e introducir en ella la bolsa blanca y su contenido antes de volver a cerrarla.

—¿Vas a tener problemas por mi culpa? —preguntó Francesca cuando salieron a la calle—. Me lo ha parecido, pero no estoy segura.

—Ya te lo diré mañana —respondió Johnny. Y todavía quedaba el asunto de la comida, más apremiante, por resolver. Subieron por Old Church Street, ambos un tanto cohibidos.

—Después vendrá también Ivan —aseguró Francesca.

—Ah, por mí, estupendo —dijo Johnny, y el alivio que sintió al saber que no tendría que estar a solas con Francesca se sumó al de saber que tampoco estaría a solas con Ivan. Una vez más, intuyó que habían hablado de él: por lo visto, Francesca tenía un plan—. Aunque no sé qué le parecerá a Ivan —añadió.

—Ah, Ivan... —Soltó una risita extraña que hacía pensar que ningún amigo suyo estaba libre de ser ridiculizado. Lo miró de soslayo—. Nadie sabe muy bien qué hay entre vosotros dos.

—¡Ah, pues yo tampoco! —dijo Johnny.

—¿No te gusta? —preguntó Francesca, juiciosa.

—No, si es sumamente atractivo...

—Pero no es tu tipo.

Johnny pensó que estaba estropeándolo todo.

—Creo que lo que pasa es que yo no soy su tipo —dijo sonrojándose.

Pero, al parecer, Francesca estaba a su favor.

—Mira, tú eres muchísimo más guapo que él —afirmó.

—Me parece que le caigo bien —dijo Johnny, risueño, sorprendido de la observación de Francesca.

—Entonces... ¿insinúas que no te has acostado con él?

Johnny, que no se había acostado casi con nadie, respondió con reticencia:

—Bueno, nos besamos, pero nada más.

—Vaya, pues es más tonto de lo que yo creía —dijo Francesca y, cuando doblaron la esquina y llegaron a la ajetreada calle, lo cogió por el brazo con ademán tranquilizador. Era asombroso que alguien a quien apenas conocía le hiciera aquellas preguntas, pero, por otra parte, demostraban que Francesca lo había calado: no le había propuesto ir a comer porque tuviera un interés personal en él y, de pronto, Johnny se emocionó un poco—. Vamos a ir a Bond Street —dijo Francesca, y miró hacia atrás—. Maldita sea, ese taxi se nos ha escapado. —Lo soltó y retrocedió un poco para adelantarse a la gente que salía de las tiendas, pero todos los taxis que aparecieron en los minutos siguientes también estaban llenos.

—Podemos ir en autobús. El 14 pasa por Bond Street —dijo Johnny.

Francesca lo miró, pero no le hizo ningún caso. Es más: corrió unos

treinta metros para que la viera un taxista que en ese momento salía de la callejuela de enfrente, pero el taxi torció hacia la derecha, muy despacio, ignorándola por completo.

—¡Imbécil! —protestó.

—¡Mira, viene un 14! —gritó Johnny, y corrió en la dirección opuesta, hacia la parada, y levantó una mano.

Se sentaron en la parte delantera del piso de arriba, el único sitio teóricamente privilegiado de un autobús democrático, con el aire viciado por culpa de los fumadores anteriores y presentes. Francesca no tenía nada más pequeño que un billete de cinco libras, pero pagó por los dos cuando el cobrador subió por fin al piso de arriba. «Invito yo —dijo—. Bueno, será divertido.» Johnny, evidentemente, se sentía responsable por lo del autobús y por los retrasos que un instinto misterioso y torpe le obligaba a provocar. Francesca observaba su avance, también los taxis negros que lo adelantaban y se alejaban a toda velocidad. Entonces el autobús se detuvo en una parada en la que un nutrido grupo de turistas con impermeables de llamativos colores bloquearon casi por completo la acera al congregarse y entrar como por un embudo por la puerta trasera del vehículo. Por fin el cobrador hizo sonar la campanilla y avanzaron lentamente, unos cinco metros, hasta detenerse detrás de los coches que estaban parados en el semáforo. Este, por culpa de un atasco que había más allá del cruce, cambió dos veces antes de que pudiera pasar el autobús y el breve estruendo del motor se interrumpió inmediatamente cuando recogieron a la persona que, en la siguiente parada, esperaba con un brazo levantado.

—Si va parando todo el rato, no llegaremos nunca —comentó Francesca.

—Bueno, es que esto funciona así —dijo Johnny, e hizo un gesto con el que admitía aquel innegable inconveniente.

—¿Tú haces esto muy a menudo?

Johnny conocía los ritmos y las velocidades del transporte de Londres, dominaba sus líneas de metro y cuatro o cinco rutas de autobús, así como la rutina de la espera o de dejar pasar un autobús sin alterarse y, luego, torcer el gesto al ver llegar el siguiente con mucho retraso; él todavía percibía la belleza de vivir allí.

—Todos los días —contestó—. Para ir al trabajo. —Estaba convencido de que Francesca no iba a ningún sitio a trabajar—. ¿Tú trabajas?

—Todavía no —dijo, quizá dando a entender que la situación no era tan desesperada o que tenía algo pensado—. No, tengo planes, para varias cosas. Ya lo verás.

—Ah, vale —dijo Johnny—. ¿Planes de trabajo?

Ella sonrió, pero sin mirarlo a la cara.

—Ya lo verás.

Cuando bajaron del autobús delante de Burlington House ya era tarde para comer, pero Francesca no parecía ser muy rígida respecto a los horarios de las comidas.

—Bueno, ¿dónde quieres comer? —preguntó Johnny, que estaba muerto de hambre.

—Vamos a subir por aquí —dijo Francesca. Y, mientras la seguía por Bond Street y pasaban por delante de Asprey's y de otras joyerías antiguas cuyos nombres no reconoció, también por delante de tiendas de ropa inglesas e italianas, y dejaban atrás, al poco rato, el Club de Bellas Artes a un lado y Sotheby's al otro, como no había ni rastro de ningún sitio donde comer, Johnny empezó a sentirse molesto además de hambriento. Francesca, que caminaba con decisión con sus botas rojas y su abrigo negro, habría podido posar junto a cualquiera de los maniqués de aquellos escaparates; los peatones, hombres y mujeres, que iban hacia ellos se fijaban en ella y en su estilo con un deje de diversión, y lo miraban también a él para intentar adivinar qué relación había entre los dos. Johnny sentía que tenía que absorber, compartir o rechazar las diversas reacciones que Francesca provocaba en la gente, el castigo de los tímidos que acompañan a quienes no lo son—. Ya estamos —anunció Francesca. De pronto se apoyó en la alta pared de vidrio de Fenwick pero mostró un momento de debilidad, hasta que Johnny se acercó, empujó la puerta y la abrió para dejarla pasar.

—Nunca había entrado aquí —confesó Johnny—. ¿Hay cafetería?

Lo único que veía era un complicado resplandor, espejos entre paneles blancos y dorados, los cubículos redondos y cuadrados de los vendedores de cosméticos, con sus mostradores-expositores de cristal, y otros espejos más pequeños, inclinados, entre los que tenía que ir abriéndote paso para llegar a sombreros, bufandas y prendas de lencería. Una mujer que vestía un traje de chaqueta con hombreras se acercó a Francesca y le ofreció una rociada de un probador de muestra y, como ella la ignoró, Johnny le acercó la muñeca.

Mientras agitaba educadamente la mano durante los quince segundos que el perfume tardó en secarse, Johnny percibió un intenso y dulce olor a fresia; aquel era un juego al que a la dependienta no le hizo mucha gracia jugar con un perfume de mujer. A él, en cambio, le recordó el juego al que jugaba con su madre en Freeman's, en su pueblo natal, o cuando iban de compras y a pasar el día a Coventry. Cuando entraban, ella se mostraba muy decidida respecto a lo que quería, pero probaba cualquier cosa que le ofrecieran. «Ya no me queda sitio —decía—. ¡Póngaselo a él!» En el coche, de regreso a casa, Johnny le ofrecía las muñecas, primero una y luego la otra, y ella levantaba a su vez las manos del volante y compartían un mundo de sensaciones y sugerencias, aunque no siempre estaban de acuerdo. Vio que Francesca estaba al fondo de la tienda y la siguió.

Ella estaba de pie con una mano en uno de aquellos taburetes altos donde los clientes se apoyaban para realizar sus consultas y miraba a una mujer que estaba en otro taburete parecido, dos mostradores más allá. Los expositores que había entre una y otra la ocultaban parcialmente, aunque la joven con delantal negro que la estaba maquillando parecía consciente de que las observaban. La clienta era una mujer de unos cincuenta años, con vestido verde con estampado de flores; se había quitado el abrigo y lo había dejado encima del mostrador junto con su bolso. Parecía entregada a la maquilladora pese a no sentirse muy cómoda, llevaba el pelo canoso con permanente de rizos muy prietos y transmitía el malestar pasajero de quien acaba de salir de debajo del secador y todavía está acalorado. Francesca no dijo nada, pero su mano levantada atrajo a Johnny al misterioso hechizo de aquel momento: ¿estaban evitando un encuentro, a punto de darse una sorpresa o simplemente espiándose? Se preguntó brevemente si aquella mujer sería también miembro del Memo Club, pero no se lo pareció; ¿tal vez fuera amiga de Iffy? La dependienta se desplazó para completar el maquillaje del ojo izquierdo y la ceja, que no había hecho más que esbozar, y Johnny pudo ver mejor a la mujer. Enmarcada por un expositor vertical a un lado y una columna al otro, la maquilladora era, ella misma, una obra de arte: llevaba el rostro, grande y ovalado, decorado con varias capas de rosa degradado matizadas con dorado. Sus ojos destellaban entre las largas pestañas negras y sus labios eran de un rojo púrpura brillante. Era impecable, un maquillaje para las cámaras, una diva en un plató, pero tenía algo que presionaba por debajo, una resistencia,

una dureza. Entonces la mujer los miró e hizo un gesto con la boca que habría podido expresar alegría o irritación por saberse observada.

Quizá a las clientas las motivara la sofisticación de las dependientas, que, además de artistas, eran anuncios vivientes. Johnny no se sintió a gusto observando, mientras a su lado pasaban otras compradoras, pero la mano alzada de Francesca lo obligaba a jugar a aquel extraño juego. La mujer levantó la barbilla y torció la cabeza, paciente, obedeciendo las órdenes de la joven de negro; cuando podía, se miraba en el espejo que había encima del mostrador. No era consciente de su público, pero estaba decidida a ofrecerle un nuevo rostro al mundo, a la calle, cuando hubiera terminado la sesión. Parecía un tanto ansiosa, pero aquella sesión era un lujo y no había que precipitarse. Además, daba la impresión de que la joven no tenía nada más que hacer y prolongaba la tarea, asegurándose la atención de la clienta colocándole un nudillo bajo la barbilla y dos dedos en la sien para sujetarla mientras oscurecía aquellas pestañas que parecían indecisas y las convertía en llamativas señales. Le decía cosas apenas audibles, de vez en cuando, para calmarla y convencerla. Cuando la mujer miró hacia abajo, la dependienta se volvió hacia Francesca y Johnny, los miró un segundo fijamente y les sacó la lengua.

Por fin había terminado: la clienta se levantó, se miró rápidamente en el espejo del mostrador, se puso el abrigo. No quería mirarse demasiado, transformada ahora como la dependienta, una Turandot entre las compradoras del martes por la tarde. Escogió una cajita con pequeños rectángulos de colores, parecida a la lata de acuarelas de Johnny, y sacó el monedero de su bolso. Francesca fue hacia ella, sonriendo como si fuera una clienta que espera, y disimuló su impaciencia tras un afable interés por la clienta que la había precedido.

—Ha quedado muy bien —dijo.

—¡Oh! —La mujer la miró con gesto indeciso, casi susceptible, pero un cumplido era un cumplido—. Gracias. —La dependienta le entregó el cambio, ella se lo guardó en el monedero y, entonces, muy deprisa, como si se viera obligada a representar cierto acto íntimo en público, sacó un billete de una libra, lo dobló y lo deslizó en la mano relajada pero receptiva de la joven—. Hasta la próxima —añadió.

La vieron marchar y vieron llegar su cabeza de prietos rizos a la calle.

—Maravillosa —declaró la dependienta.

—Encantadora —coincidió Francesca.

—Es la señora Tucker —agregó la dependienta—, de Guildford.

—Ya, y ¿adónde va ahora?

—Va a Clapham una vez al mes a ver a su amiga Sylvia. Primero siempre viene a verme a mí.

—Una mujer inteligente —dijo Francesca con una risita.

Johnny vio que la dependienta lo observaba mientras limpiaba el mostrador.

—Hola —lo saludó.

—Johnny, te presentó a Una. —Una le tendió la mano con timidez, pero cuando él se la estrechó, le sorprendió su firmeza. Johnny permaneció en ese estado de indulgencia e incertidumbre que se genera cuando te presentan al amigo de un amigo.

—Johnny Sparsholt —dijo. Ella lo miró atentamente, del mismo modo que observaba, veinte veces al día, otras caras desconocidas, con la serena competencia de una profesional. Vio problemas y posibilidades.

—Nos vamos arriba, querida —dijo Francesca.

—Vale. —Una se dio la vuelta y empezó a guardar sus lápices y sus pinceles debajo del mostrador.

—¿A quién le toca esta tarde?

—No estoy segura. ¿A Greta?

—Ah, me encanta. —Francesca guio a Johnny deslizando una mano por debajo de su brazo—. Nos vemos dentro de un rato.

Se dirigieron a la empinada escalera mecánica, que ascendía incansable.

—¿Va a subir Una?

—Subirá cuando termine. En teoría acaba dentro de cuarenta minutos, pero si hay mucho trabajo... —Lo miró; él estaba un escalón más abajo, pero quedaban a la misma altura—. Pobrecilla, la hacen trabajar mucho.

En la cafetería todo era pequeño y caro, una carta de platos que no acababan de encajar con lo que tú querías; Johnny pidió pastel de pescado. Cuando la camarera se marchó, Francesca se disculpó y fue al servicio y Johnny se recostó, se quitó la goma de color que llevaba en la muñeca, se recogió el pelo en un moño y se lo ató con la goma. Se quedó contemplando

el menú y se sumergió durante un minuto en el ambiente de los grandes almacenes, el débil murmullo de voces más allá del traqueteo rítmico de las escaleras mecánicas, la sensación de refugio de la calle, el interés y el tedio de comprar ropa, artículos de tocador, artículos del hogar. Volvió a trasladarse al pasado, a los días sin colegio, cuando, hijo único de una madre que no trabajaba, pero que se mantenía ocupada, entraba con ella por aquellas puertas de cristal y caminaba por las brillantes baldosas del piso de abajo y por las lujosas moquetas del piso de arriba, y donde unos hombres ya mayores buscaban tallas para complacerla y consultaban por teléfono si quedaba alguna prenda de determinado modelo. Toda la promesa de abundancia de la tienda estaba clasificada en modelos, artículos en *stock*, encargados o agotados. Hasta la clienta más exigente debía adaptarse a lo que hubiera disponible, aceptar la gama, los estilos de la temporada, convertirse, de alguna forma, en sirvienta de la tienda y, si no, ir a comprar a otro sitio.

—Ah —dijo Francesca; se sentó, y justo entonces la camarera les llevó las bebidas—. No, no es Greta.

Johnny torció el torso.

—¿A qué te...?

—Pero me encanta, ¿a ti no?

Era tarde y solo estaban ocupadas la mitad de las mesas; había bolsas ocupando sillas y, entre ellas, desplazándose con paciencia y cortesía, se paseaba una joven alta con americana de cuadros beis, una capa corta a juego y un casquete. Movía las manos, levantadas, señalando a un lado y a otro como si no acabara de decidir hacia dónde quería ir, aunque al mismo tiempo parecía tener un propósito muy claro. Sonreía a la gente que estaba sentada comiendo, recorría las mesas con la mirada, como si se fijara en lo que estaban tomando, pero sin mirar a nadie a los ojos. Les llamaban la atención y luego los liberaba tras un breve momento de magnanimidad y bochorno apenas perceptibles: resultaba extraño que te invitaran a mirar, aunque ella era demasiado educada, en sus serenas revoluciones, para mirarlos a ellos.

—No me puedo creer que todavía hagan eso...

—¿No te encanta? —Francesca sí miraba, con fijeza, una mirada calculadora, y arqueó una ceja con picardía cuando la mujer se les acercó—. ¿Está en otros colores? —preguntó.

La joven se detuvo, aunque en su cintura se apreciaba todavía la

tendencia a dar vueltas. Pedirle que hablara era una provocación.

—Sí, querida. Creo que hay uno en tonos rojizos. Y quizá también azul, pero no sé si nos queda alguno. —Levantó la barbilla—. ¿Te gusta?

—Ah, no, no es para mí —dijo Francesca—. ¿Puedes dar una vuelta?

Y con la sutil sensación, nada inoportuna para ninguna de las dos, de estar infringiendo las normas, la joven les dio la espalda, se levantó la capa y sacó el trasero primero hacia un lado y luego hacia el otro.

7

Volvió a quedar con Francesca y Una a las seis y media delante de Liberty's y ellas lo llevaron a un pequeño bar de una callejuela que daba a Regent Street donde nunca habrías sospechado que pudiera haber un bar. ¿Era un local nuevo o uno que había logrado sobrevivir? Detrás de la puerta del pub, con su ventanita opaca, colgaba una gruesa cortina que impedía que la corriente de aire molestara a los clientes y, una vez que se hubieron colado por ella, Johnny se concentró en parecer impávido, incluso contento, de ser el único varón del local. Una se abrió paso hasta la barra, pero no fue una lucha: dos amigas la saludaron y le dieron palmaditas mientras ella se apretujaba para pasar, y se inclinó sobre la barra, sin sonreír, para que la camarera que estaba atendiendo le diera un beso, si es que podía llamarse así. Johnny detectó, en un rincón, a un varón de gesto malhumorado, con pelo corto entrecano, que de pronto se levantó y fue hasta la barra, revelando un trasero inconfundiblemente femenino. Su principal preocupación era que alguien pusiera objeciones a su presencia allí; con un movimiento de cabeza, intentó taparse la cara con el pelo, consciente de no poder engañar a nadie.

Sin embargo, cuando solo llevaban diez minutos allí y Una ya le había presentado a un par de amigas suyas, Johnny tuvo la impresión de haber sido admitido brevemente en un lugar más civilizado de lo normal; se sentía apoyado por una especie de solidaridad altruista, desprovista de cualquier interés sexual, que, de todos modos, no le hacía sentirse plenamente integrado. Le pareció que no habría sido de buena educación quedarse mucho rato allí. También comprendió que Una, que apenas hablaba, era un personaje

en aquel bar, que no estaba lejos de donde trabajaba, entre Mayfair y el Soho. No cabía duda de que Francesca, esa noche, representaba a Mayfair: exageraba su pijaería y su mal genio y, quizá con excesivo descuido, bebía cerveza directamente de la botella. Una y Johnny pidieron gin-tonics. Una amiga suya llamada Mary, menuda y morena, muy guapa, con chaqueta de tweed y pantalones de montar marrones, le preguntó a Johnny a qué se dedicaba.

—Soy pintor —respondió él, apuntándose a la tónica general que imperaba en el bar, donde cada uno podía ser lo que quisiera.

—¿Y qué pintas?

Johnny tuvo la impresión de que no era una pregunta inculta, sino todo lo contrario.

—En la universidad practicaba el expresionismo abstracto. Bueno, yo no era el único, lo hacíamos muchos. Ahora intento concentrarme en el retrato.

—¿Retrato no abstracto?

—Exacto. —Johnny examinó su cabeza y su ropa con una rápida y perspicaz evaluación. Tenía aire de lesbiana, de las de hoy y de las de hacía cuarenta años, pero no estaba seguro—. ¿Te han retratado alguna vez?

—No, todavía no —contestó Mary, como si tuviera una noción muy clara de cuándo debía eso suceder, pero también como si acabaran de hacerle una proposición informal. Con el primer y pequeño estímulo de la ginebra, una medida de pub bastante escasa pero suficiente para soltarse un poco, fantaseó con estar enamorado de ella (aunque evidentemente no lo estaba) y, mientras la observaba sacar una bolsita de piel y empezar a liar un cigarrillo, se sintió cohibido ante su serena autoridad—. Me imagino que, como retratista, no debes de tener mucha libertad, claro —añadió ella—. Tendrás que complacer a personas que muchas veces no tienen ni idea de pintura.

—Confío en que, cuando empiece, sabrán dónde se han metido.

—Eso es verdad. Y desde luego es una fuente de ingresos más segura —dijo Mary—. Te cuento todo esto porque mi abuelo es pintor. No creo que hayas oído hablar de él.

—¿Cómo se llama? —Se inclinó hacia delante en el taburete y jugueteó con las puntas de su pelo.

—No hace falta que intentes parecer una mujer —dijo Una.

Johnny se sonrojó y rió, decidido a no ofenderse. Nunca se había

considerado afeminado, aunque las mujeres lo miraban y le hablaban con complicidad o rivalidad, en la calle o en el alborotador vendaval del metro. Y justo entonces alguien le tocó el hombro; Johnny se volvió, como pidiendo disculpas.

—¡Me gusta tu pelo! —le dijo una chica.

—Ah, gracias, muchas gracias. —Johnny volvió a sonrojarse, convertido en el centro de tanta casta atención femenina.

—Si quieres te lo puedo arreglar —le propuso Una.

—Oh... —vaciló Johnny, halagado, pero también un poco molesto, pues nunca se había planteado que necesitara hacerse nada en el pelo. Se recompuso y se apartó el cabello de la cara con una sacudida—. Me encantaría. —Intentó sostenerle la mirada a Una mientras ella lo observaba con gesto especulativo, mordiéndose el labio inferior ante la magnitud de la tarea.

En el restaurante, Fran y Una hablaron del Sol y Sombra con una mezcla de entusiasmo y escepticismo que a Johnny le resultó difícil entender.

—Has estado en el Solly, ¿no? —le preguntó Francesca.

—No —respondió él—. Esa es la cuestión. —Llevaban dos meses tentándolo. Había llegado a estar delante de la puerta.

—¿No ibas a ir con Ivan?

Johnny negó con la cabeza.

—Bueno, sí fuimos, pero esa noche hubo apagón. Cuando llegamos allí vimos que habían colgado un letrero. Habían tenido que cerrar.

—Pues te encantará —aseguró Francesca.

Una no parecía tan convencida.

—Es un sitio como otro cualquiera —dijo—. En fin, esta vez todo irá bien.

—¿Te refieres a que habrá luz?

—¡Ay! ¿Crees que estará Audrey? —preguntó Una.

—Joder, no creo que se atreva —dijo Francesca.

—Yo creo que sí —discrepó Una. Y siguieron hablando las dos un rato sobre Audrey y la sonrisa se borró de los labios de Johnny. Las chicas iban a llevarlo por ahí y a enseñarle la vida y él sentía cierto reparo y cierta vergüenza, por no tener a ningún hombre con quien explorarla. Bueno, se

suponía que Ivan aparecería más tarde, pero él, además de una ayuda, era una preocupación.

—¿Pedimos la cuenta? —propuso.

Francesca miró la hora y dijo:

—Qué impaciente estás.

—¿Cómo vamos? —preguntó Johnny cuando salieron a la calle. No pensaba volver a arriesgarse a ir en autobús.

—En taxi —contestó Una.

—También podemos ir en metro. —Johnny veía cómo su presupuesto para la noche iba reduciéndose—. Seguramente llegaríamos antes.

—¡Oh, en metro...! —Francesca, de pie en la acera, aparentemente indecisa, fijó la vista unos metros más allá, como si se lo imaginara circular por debajo de las calles—. Pero ¿todavía está abierto?

Johnny miró la hora. Eran las diez y diez.

—Pues sí —contestó. Y de pronto vio el metro como ella se lo debía de imaginar, y no como él sabía que era, porque lo utilizaba con frecuencia: un profundo laberinto proletario, una especie de cloaca humana que, según se rumoreaba, se extendía por debajo de toda la ciudad.

—Pero mira... —Francesca corrió un poco por la calle y se las ingenió para captar la atención de un taxista que pasaba a cierta distancia; el taxi retrocedió, hizo un giro y, veinte segundos más tarde, el conductor recibía las instrucciones que ella le daba por la ventanilla.

Ya en el taxi, que dio la vuelta a Trafalgar Square y enfiló Pall Mall, Johnny tuvo la sensación, incómoda pero exultante, de que su vida londinense había comenzado, y no era como él se la había imaginado, si bien lo no imaginado, cuando sucedió, tenía el encanto de lo auténtico. Las mujeres iban sentadas lado a lado; Johnny ocupó el asiento plegable y las miraba y miraba más allá de ellas y veía la calle que iba desapareciendo y las luces de los otros vehículos que aparecían o se quedaban atrás. Todavía tenía hambre, solo se había comido un plato en el pequeño restaurante chino y luego habían dividido la cuenta por tres y él no había podido protestar. Allí comías casi en la cocina, con aquellos pobres patos destripados y asados colgando por encima de tu cabeza como farolillos. Bajó un poco la ventanilla, pero, al cabo de dos o tres segundos, el zumbido del motor le obligó a

cerrarla. Iba en un taxi, de espaldas, a su primera discoteca gay, y sintió un ligero mareo.

—¡Es aquí! —le gritó Francesca al taxista y pararon junto a un edificio blanco y estrecho de Earl's Court Road. Fuera se había formado una pequeña cola y mostrar tan claramente a dónde iban constituía cierto desafío. El taxista miró hacia fuera con recelo.

—No pensaréis entrar ahí, ¿verdad, guapa? —le dijo a Una—. Es un local de maricones.

—Sí, ahí vamos —respondió Una.

Francesca pagó la carrera, cogió el cambio sin dar propina y agitó una mano ante la cara cuando el taxi arrancó soltando una ruidosa nube de gases de gasóleo.

Ivan se aproximaba a ellos desde el otro extremo de la calle, donde estaba la estación de metro, con la trenca desabrochada y los largos flecos de su bufanda de lana rebotando como una escarcela entre sus muslos.

—¡Querido! —gritó Francesca, y después de todo lo que ella había dicho sobre Ivan anteriormente, Johnny no supo qué pensar. Ivan besó a las dos chicas y evitó besar a Johnny acercando la cabeza a la solapa de su abrigo. Johnny notó inmediatamente la tensión; sentía ansiedad y deseo mientras observaba a Ivan desenrollarse la bufanda y estaba lo bastante borracho como para ponerle un brazo sobre los hombros y dejarlo ahí. Ivan parecía igual de borracho que ellos y se enrollaba más con las chicas que con aquel amigo que lo abrazaba sin apretarlo demasiado.

—Ya estamos todos —se alegró Francesca, y avanzaron un metro más hacia la puerta. Miró a Johnny y, con una mueca, añadió—: Siento mucho esta espera tan horrible. —A él siempre lo desconcertaba ver a una persona inteligente borracha. Francesca miró a Ivan y volvió a entrecerrar los ojos—. Te noto algo raro. ¿Dónde has estado?

—¿Yo? —dijo Ivan, con reserva pero complacido.

—Algo has estado haciendo.

—He tenido que ir a ver a ese viejo amigo mío de Hamptstead Garden Suburb, ya sabes.

—Pues mira, creo que es un detalle por tu parte ir hasta allí.

—¿De qué habláis? —preguntó Johnny.

Ivan torció la cabeza para ver quién se había puesto detrás de ellos en la cola y, cuando Johnny trató de retenerlo, él se soltó y murmuró: «Ya te lo contaré luego», y sonó a promesa con un indicio de amenaza.

Traspusieron la entrada y llegaron a un espacio estrecho desde donde ya se oía la música; más allá había unas puertas de vaivén, como en un cine, y, cuando se abrieron, vieron una sala desangelada donde la fiesta no había hecho más que comenzar; el tipo con cazadora de cuero miró con escepticismo a las chicas.

—Ya sabéis que esto es una discoteca gay, ¿no? —dijo.

—Hemos venido miles de veces —replicó Francesca, y pasó de largo mirándolo con languidez.

—Entonces, ¿sois bolleras? —preguntó él.

—No seas vulgar —le espetó Francesca.

—¿Cómo pensáis demostrarlo? —insistió el portero.

Francesca suspiró y miró hacia otro lado, como si tratar con aquel tipo de personas fuera otra humillación más; entonces Una, con la sombra de una sonrisa en la cara, despejada e impecable, tiró de ella, inclinó la cabeza y empezó a besarla con un movimiento constante de empuje y succión que Francesca, pese a no tomar parte activa en él, no hizo ningún esfuerzo por impedir. Johnny rió por lo bajo, asombrado, y de pronto se emocionó de pensar que a lo mejor Ivan y él también se verían obligados a besarse.

—¡Basta, basta! —exclamó el portero, pero tardó diez segundos más en separarlas. Entonces miró a Johnny y a Ivan de arriba abajo—. Adelante, caballeros —dijo antes de desenganchar el cordón para dejarlos pasar a todos.

Resultó que para entrar tenías que ser socio. Francesca aseguró serlo, pero esa vez no pudo demostrarlo, así que todos tuvieron que firmar en una lista y anotar su dirección, lo que incomodó a Johnny; imaginó qué pasaría si a alguien se le ocurría ponerse en contacto con su tía y optó por anotar un número falso junto al nombre de la calle. Tuvieron que pagar media libra cada uno. «La comida está incluida, claro», dijo el irlandés pequeñajo que estaba en el cuchitril. Luego tenías que pagar diez peniques para dejar el abrigo. «¿Quieres que pongamos los nuestros juntos? —preguntó Johnny—. Así, pagamos la mitad», pero Ivan respondió: «No, no importa.»

Debajo de la trenca, Ivan llevaba una camisa de seda verde, bastante

arrugada, y unos vaqueros negros muy ceñidos de pata de elefante. Aquel atuendo suponía un cambio sorprendente en comparación con las camisas de franela de Oxfam y los tirantes, y Johnny se estremeció al imaginárselo quitándose capa por capa. Lo siguió hasta el interior de la discoteca, mirando con disimulo su trasero redondo y duro y la franja de nuca que el cuello de la camisa dejaba entrever. Fueron todos a la barra; Ivan se dio la vuelta y dejó claro, al pasear la mirada por la sala con gesto socarrón, que quedarse toda la noche allí bebiendo no entraba en sus planes.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó Francesca. Y, mientras pedía, Johnny se paseó un poco, con aire desenfadado, como si regresara a un sitio que solía frecuentar, para familiarizarse con el ambiente del local, y la emoción y el miedo se mezclaron en su breve y un tanto ebrio rastreo por la estancia. Detrás de la esquina de la barra había una habitación cuadrada con una pista de baile diminuta, un damero de cinco por cinco cuadros que se iluminaban por debajo de forma intermitente en secuencias de rojo, blanco, naranja y azul. Solo había dos hombres bailando: se miraban fijamente y arrugaban el ceño mientras se acechaban, se tocaban, se separaban y se tocaban otra vez. Tenían un largo fular de seda que arrastraban y deslizaban el uno por los ojos del otro. Eran ridículos, pero eran hombres, un poco mayores que Johnny; volvieron a tocarse y se besaron, y Johnny desvió la mirada y luego volvió a mirarlos, sonriendo, impresionado y buscando una confirmación. Pasó por otras puertas de vaivén y entró en los lavabos, pintados de negro, donde, al igual que en el resto de la discoteca, imperaba un ambiente austero e impersonal, con velas aromáticas en la repisa de encima de los lavamanos, un olor barato a desinfectante. Orinó, se lavó las manos y se las secó; se miró en el espejo, se soltó el pelo y se lo recogió otra vez, valorando el efecto como si no lo hubiera hecho nunca. ¿Cómo pasaría más desapercibido? De todas formas, nadie sabía quién era. Se lo dejó recogido, salió, pasó otra vez por la pista de baile, ahora vacía, moviendo las caderas al andar, con ganas de bailar, y entró en el bar, que estaba llenándose y donde cada vez había más ruido. Se acercó por detrás a Ivan, le enderezó con cuidado el cuello de la camisa y le puso las manos en los hombros. Ivan volvió rápidamente la cabeza y dijo: «Ah, Jonathan», y le pasó su botella de cerveza, que estaba encima de la barra.

—¡Salud! —dijo Johnny, y entrechocaron las botellas.

Ivan lo tocó ligeramente por encima de la cintura.

—Aquí estamos, por fin —dijo.

Una consiguió una mesa y se sentaron inclinados hacia delante para oírse unos a otros, porque la música estaba muy alta.

—¿Tuviste suerte en aquella subasta la semana pasada? —preguntó Ivan con interés.

No era eso de lo que a Johnny le apetecía hablar.

—Ah, sí, bueno, conseguí lo que quería. —Lo miró fijamente un instante—. Fue muy gracioso —les dijo a las chicas—, la semana pasada me encontré a Ivan en Victoria.

Las chicas no lo encontraron tan gracioso.

—Hmmm... —Francesca miró para otro lado.

—¿Cómo estaba tu tío? —preguntó Johnny.

—Ah, muy bien. Lo pasamos muy bien juntos.

—¿Adónde fuisteis?

A Ivan lo distrajo alguien que hablaba detrás de ellos.

—Joder, está aquí —dijo Francesca—. No miréis. —Una e Ivan volvieron la cabeza y miraron a alguien que acababa de acercarse a la barra.

—Está horrible.

—¡Da miedo! —confirmó Francesca.

Al cabo de unos minutos, Johnny se ofreció para ir a buscar otra ronda; todos aceptaron e Ivan apuró su vaso. Cuando llegó a la barra, donde había mucha gente, no supo cuál de las dos mujeres era la que daba miedo; tenía la sensación de estar iniciándose en el mundillo gay, solo entre montones de gente que ya sabía por experiencias anteriores qué iba a suceder. Él no sabía qué esperar respecto a su limbo con Ivan, pero allí todos eran amables con él; un hombre que se dio la vuelta para marcharse de la barra, con dos copas en alto, arqueó una ceja y le sonrió. Entre tantas cabezas y botellas, le costó encontrarse en el espejo que el barman tenía detrás. Pidió las copas y esperó, con la cartera en la mano y vio lo suficiente como para saber que el hombre que estaba a su lado, inclinado sobre la barra, lo estaba mirando y entonces notó su mano en el brazo. Tendría unos treinta años y era guapo, con el pelo rubio peinado hacia atrás y una bonita dentadura.

—¿Has venido con Franny? —le preguntó—. Me ha parecido verte con ella. Soy un viejo amigo suyo, me llamo Tony. —Se dieron la mano—. ¿Cómo te llamas?

—Johnny —contestó él, contento de estar hablando con alguien entre tanto desconocido y cohibido por la presencia física de Tony, su camiseta azul ceñida y, más abajo (lo vio cuando bajó la vista para guardarse el cambio) el protuberante paquete, de una redondez extraña, como si llevara una coquilla.

—Luego voy a veros —dijo Tony—. Me alegro mucho de haberte conocido.

Cuando Johnny regresó a la mesa, había un camarero robusto de mediana edad con una bandeja.

—Os traigo vuestras ensaladas —anunció antes de empezar a repartir unos cuencos entre las botellas y los vasos.

—Joder —dijo Francesca.

—Yo no tengo hambre —afirmó Ivan.

—Son gratis para los socios —informó el camarero, sonriendo con firmeza.

—Ya hemos cenado —dijo Francesca.

—Solo son ensaladas —terció él, como si una ensalada fuera una medicina, y, con el tono de quien está acostumbrado a encontrar resistencia pese a su amabilidad, añadió—: Os las tengo que servir. —Dejó encima de la mesa cuatro tenedores envueltos en servilletas de papel.

Johnny miró en los cuencos, que contenían un poco de lechuga iceberg, una rodaja de tomate y (casi escondido, difícil de identificar) un trozo de carne. Se sentó cuando el camarero pasó a la mesa siguiente y desenvolvió un tenedor.

—No sabía que teníamos derecho a esto —comentó.

—No te la comas —le dijo Una.

—¿No?

—Lo hacen por la licencia —explicó Ivan—, tienen que servir una comida.

A Ivan le pareció absurdo y, al mismo tiempo, conveniente: tenía más hambre ahora que antes de cenar y, como si fuera un adolescente borracho a

quien hubiera que alimentar por la fuerza, le habían puesto la comida delante.

—Pues no tiene tan mala pinta. —Y mientras los otros lo miraban fijamente hasta que consideraron oportuno retomar sus conversaciones, se comió la lechuga y el tomate, que no estaban aliñados, y a continuación se metió en la boca el trozo de carne de un rosa grisáceo, del tamaño de una lengua, y lo masticó inseguro, pensando que seguramente sería jamón cocido envasado; estaba frío y húmedo y tuvo que sacarse de la boca, tapándose con la mano, un trozo de cartílago y esconderlo en el cuenco, debajo de la servilleta arrugada. Aquello fue descorazonador y le hizo acordarse, con repentina violencia, de los patos lacados del restaurante chino donde habían cenado. A veces la carne le daba asco. Tomó un sorbo de cerveza fría.

Ivan arqueó una ceja bajo el flequillo y señaló su cuenco.

—Si quieres, comete la mía —dijo.

—No, gracias —dijo Johnny—. Bueno, la verdad... —Le cambió el cuenco y se comió también la ensalada de Ivan, solo tardó un minuto, sonriendo desafiante mientras masticaba y pensaba en otras cosas de Ivan que también le gustaría probar.

Y cuando se la terminó, con la convicción de estar haciendo algo que se convertiría en una futura anécdota, cogió la ensalada de Una y también se la zampó. Entonces se tomó un descanso y, cuando miró a Francesca, sintió una especie de respeto natural, sonrió con ironía y ella le dijo «¿Qué pasa? Ah, sí» y sacudió una mano sobre su cuenco al tiempo que apartaba la cara entre divertida y asqueada.

Ivan ofreció resistencia, medio en broma, cuando Johnny intentó levantarlo de la silla. «A lo mejor más tarde», dijo, y le apretó la mano a Johnny al mismo tiempo que lo apartaba. Así que fueron Johnny y Una quienes caminaron hasta el pulsante rectángulo de colores de la pista de baile. Una apenas bailó: solo inclinaba los hombros, muy seria, y trasladaba el peso del cuerpo de una pierna a la otra; de vez en cuando, un fuerte estremecimiento recorría todo su cuerpo de abajo hacia arriba: entonces, sacudía la cabeza y la oleada volvía a descender. Miraba hacia un punto fijo más allá de Johnny o, si no, al suelo, justo delante de las puntas de sus pies. Johnny sonreía y, fiel a ella, la cogía por el codo cuando otros hombres se frotaban contra él o chocaban con él buscando a un hombre con quien bailar;

sentía los tensos inicios de una nueva libertad y pronto empezó a contonearse entre los otros bailarines y a disfrutar bailando, sorprendido por el deseo de ser observado, de que le sonrieran en lugar de reírse de él; se balanceaba y oscilaba, solo pero feliz. Entonces se volvió hacia Una otra vez y vio que ella había dejado de bailar y se había ido a la barra. En el borde de la pista de baile corrías el riesgo de que te empujaran los brazos que se agitaban y los hombros que se sacudían. Se zarandeó unos instantes, observando, en el margen, abrumado por una profunda tensión al no poder localizar a Ivan: lo buscó con la mirada entre las parejas atractivas y los grupos de amigos sonrientes y entre las caras iluminadas desde abajo y sombreadas de los bailarines. Detrás de él, cuando se dio la vuelta, vio a Francesca con aquel hombre, Tony, mirando por encima de la pista de baile como adultos en una fiesta infantil.

Alcanzó a oír que Francesca decía:

—Sí, su padre es David Sparsholt, claro.

—¿Ah, sí? —dijo Tony—. Sí, se parece un poco a él. ¿Habla del tema?

—¡Qué va! Él no quiere acordarse de todo eso. Es... artista —dijo Francesca—. Pintor.

—Pues me gustaría ver su obra —dijo Tony.

—Ya sabía que te gustaría.

—Tiene un culo estupendo —añadió Tony. Y Johnny, espoleado por el piropro, así como por las crudas e inevitables frases anteriores, se abrió paso entre la multitud que bailaba y señalaba al son de «You're so vain» y también meneó un poco el trasero, animado por una mezcla de orgullo e indignación. Le pareció ver a Colin y se le aceleró el corazón; solo era alguien que se le parecía y que apenas le devolvió la sonrisa y la ola retrocedió y descendió por la orilla... Sin embargo, al volver a despertar su ausencia, lo invadió la añoranza de hombres en los que se había fijado por las calles y en las tiendas: el ejecutivo negro que leía *Le Monde* en el autobús por la mañana, el joven barman del Chairman's Arms: ¿por qué el mundo de la fantasía no podía salir a la pista de baile y mostrarse como algo real, palpable, besable? Dos hombres que bailaban con una chica lo cogieron del brazo y tiraron de él y Johnny se unió a su juego, señalándolos con un dedo y gesticulando, «*You're so vain! You prob'ly think this song is about you...*». Se sabía de memoria la letra de aquella canción, que lo trasladó a su último verano en Hoole.

«¿Cómo te llamas?», le preguntó uno de los chicos antes de ponerle una mano en el hombro mientras ambos seguían bailoteando. Le contestó y le devolvió la sonrisa, sin saber muy bien si la pregunta era una mera formalidad o algo más, pero empezó a plantearse si le gustaba, por si acaso. Pero por lo visto era el novio del otro chico, más atractivo, y los dos estaban bailando con la chica, que era guapa, quizá india, como si se tratara simplemente de pasarlo bien. Vio a Ivan, de pie más allá de la pista de baile, con la vista al frente, con una débil sonrisa y los hombros tensos, una postura que Johnny entendía de alguien incapaz de soltarse. Le dio la mano a su nuevo amigo, luego le puso las manos sobre los hombros y bailó con él durante un minuto, echando la cabeza hacia atrás y riendo y, cuando volvió a darse la vuelta, Ivan había desaparecido.

Más tarde, en la barra, un tipo muy gordo, cincuentón, con una camisa azul tan enorme que parecía una sábana, bromeaba con el camarero por encima de las cabezas de las personas que tenía delante. Johnny e Ivan tuvieron que apretujarse para rodearlo.

—¡Anda! ¡Hola, diablillo!

—Hola, Bradley —lo saludó Ivan poniéndose de puntillas para besarlo en la mejilla—. Te presento a mi amigo Johnny Sparsholt.

Bradley no lo oyó, por suerte.

—¿Vamos todos a bailar? —Resultó que estaba con él un chico muy delgadito, casi menor de edad, con el pelo teñido de rubio, que acababa de pedir las bebidas.

—Hola, me llamo Jeff —dijo con aspereza. Dio la impresión de que todos se imaginaban a Bradley entrando en la pista de baile y el éxodo de otros bailarines que eso requeriría.

—Me encanta bailar. —Bradley alzó su vaso y movió las caderas en círculo mientras asentía con la cabeza y se mordía el labio inferior. Se inclinó hacia delante y le dijo a Johnny—: Aquí todos me conocen, querido. Llevo años viniendo.

—Ah, vale —dijo Johnny.

—¡Pero creo que a ti nunca te había visto!

—Ah, no. —Johnny tenía la impresión de que Bradley estaba haciendo teatro y de que tendría que seguirle la corriente mientras los otros

observaban, divertidos o compadecidos, no estaba muy seguro—. Es la primera vez que vengo.

—Ah, pues yo vengo hace años. Me conoce todo el mundo.

—¿De qué conoces a Ivan?

Bradley titubeó, entrelazó un brazo con el de Johnny y tiró un poco de él.

—Tengo polla, querido.

—Ya, claro...

—Hace un montón de años que no la veo, pero sé que está ahí abajo. ¿Y sabes cómo lo sé? —Johnny se limitó a negar con la cabeza—. Porque noto las cosquillas, querido. Las cosquillitas que le hace la señorita Ivy Goyle hasta que no puedo soportarlo más. ¡Goyle! Un nombre terrible, ¿verdad? —Se quedó mirando fijamente a Johnny.

—Pues...

—Es la reina de los meneadores de pollas, solo digo eso. —A pesar de todo, Johnny sintió el deber de defender a su amigo y, al mismo tiempo, la necesidad de disimular que no sabía de qué le estaba hablando aquel individuo.

—Venga, Bradley, compórtate —le reprendió Jeff, y se lo llevó hacia el fondo del local.

Al cabo de media hora, Tony hacía chocar su trasero con el de Johnny bailando con Francesca y, después, cuando Johnny intentó zafarse, se dio la vuelta y lo agarró con un largo y musculoso brazo. Tony no paraba de sonreír, hacía que parecieras mojigato o soso si no aprobabas su actitud. Además era amigo, o algo parecido, de Franny, de Francesca. Los tres bailaban juntos mientras, más allá, con toda la energía y la determinación de una persona de tamaño normal, Bradley se meneaba y agitaba los brazos en alto. Era verdad: por lo visto, todos lo conocían, era una estrella además de un bufón y el pequeño Jeff brincaba a su alrededor con deleite, como un satélite en su órbita. Johnny sonreía ante aquel espectáculo, contagiado del ambiente del club. Entonces Tony volvió a colocarse detrás de él; Johnny notó que le tiraba del pelo y Franny también, muy borracha, lo ayudó. A Johnny no le importó, dejó que le quitaran la goma y le soltaran el pelo y lo agitó en la cara de Tony.

—¡Uau! —exclamó Tony—. Estás guapísimo. —Franny se apartó de ellos con un extraño aire de sabiduría alcohólica.

No le gustaba que le insistieran, pero se preguntó «¿Por qué no?» El cuerpo de Tony, cuando bailaban cogidos por la cintura, le producía una sensación agradable, notaba los músculos duros y tibios bajo su fina camiseta; Johnny esquivaba cuanto podía su mirada y, cuando Tony tiró de él hacia sí y deslizó una mano por debajo de su pantalón y le acarició una nalga, se dio cuenta de que se le había puesto dura, a su pesar.

—¿Lo ves? —dijo Tony, pero no se aprovechó de su ventaja—. ¡Bailas muy bien!

—Gracias —dijo Johnny, agradecido pero al mismo tiempo receloso, con miedo a que Tony lo engatusara.

—No puedo creer que esté bailando contigo.

—¿Ah, no? —se extrañó Johnny.

—Es súper.

Johnny encogió los hombros; se daba cuenta de lo que estaba pasando.

Tony le sonrió más efusivamente, hundió la mano derecha en la melena de Johnny y, como si acabara de darse cuenta en ese momento, le dijo al oído:

—¡El hijo de David Sparsholt es gay!

—Bueno, ¿y qué? —dijo Johnny, y se echó hacia atrás.

—No sé, ¿qué opina él de eso? ¡Podría ser interesante!

—Seguro que sí —dijo Johnny. Desvió la mirada, la clavó en el suelo, en las luces que cambiaban de color en una secuencia imprevisible entre los pies de los bailarines—. Tengo que ir al servicio —dijo. Tony lo agarró por encima de las muñecas, reteniéndolo, convencido de su éxito. Lo retuvo un poco más, dominando la resistencia de Johnny, y no dejó de sonreír cuando Johnny retiró las manos.

—¡Date prisa!

Johnny se tomó su tiempo y después se entretuvo en la barra; tenía una sensación infantil, cada vez más intensa, de que no se estaba divirtiendo. Pidió una cerveza y vio que le quedaban una libra y cinco peniques. Se puso a bailar, solo, al borde de la pista, buscando a Ivan con la mirada. Tony bailaba con otro hombre, un chico de piel oscura y pelo rizado, mayor y más hecho a su juego. Al verlo le tocó en el hombro y dijo:

—Tranquilo, no pasa nada.

—Eso es lo que tú crees —replicó Johnny, pero no lo bastante alto como para que Tony le oyera por encima de la música, y Tony debió de creer que le daba las gracias. Estaba sonando «Living for the City» y todos salieron a bailar, juguetones, amigos que cantaban la letra a gritos, Johnny se la inventaba. Una y Fran estaban abrazadas y, aun estando los tres igualados por la indulgencia del alcohol, a Johnny no le gustó verlas tan juntas. Bailó a su lado; Fran estiró un brazo hacia él y se tambaleó.

—¿Has visto a Ivan? —le preguntó Johnny. Ella miró hacia abajo con solemnidad, como si reflexionara sobre una pregunta mucho más trascendental, y fue Una quien respondió:

—Se ha marchado.

—¿Adónde?

Una miró alrededor con vaguedad, como si creyera poder encontrarlo todavía. Fran se apoyó en Johnny y le dijo al oído:

—Me ha pedido que te dijera adiós. Estabas abrazado a Tony, querido, ha dicho que no quería entrometerse.

No era fácil discernir lo que pensaba Fran de esa noticia, aunque pareció que comprendía los sentimientos que le provocaban a él. Lo atrajo hacia sí y bailaron descuidadamente, chocando el uno con el otro, y, al cabo de un minuto, Johnny notó el peso casi imperceptible del brazo de Una en el hombro y su tibieza perfumada y, sin decir nada, las chicas se abrazaron a él.

8

—No conduces mal —observó Ivan.

—¡Ah, muchas gracias! —A Johnny le extrañó un poco que hubiera tardado dos horas en comentarlo.

—Yo tendría que aprender a conducir.

—Si quieres te puedo enseñar. —Johnny pisó el acelerador al pasar al carril rápido y se dio cuenta de que Ivan miraba el cuentakilómetros.

—No puede ser tan difícil.

—¿Por qué? ¿Porque yo sé hacerlo?

—No, tonto, no lo digo por eso. —Ivan chasqueó la lengua y se echó el flequillo hacia atrás al tiempo que desviaba la mirada.

—Es mejor empezar cuando eres joven, evidentemente.

—Entonces, será mejor que me dé prisa.

—Ja, ja. Yo aprendí cuando tenía unos catorce años.

Ivan reflexionó un momento y dijo:

—Supongo que te enseñaría tu padre.

—Sí, así es.

—Pero ¿cómo puede ser que ya condujeras con catorce años?

—Papá tenía permiso para ir a un viejo aeródromo que había cerca de nuestra casa y allí podías hacer lo que quisieras.

—Pues tuviste suerte —dijo Ivan con un tono que Johnny ya había advertido otras veces, donde se mezclaban la tristeza de recordar a su padre y la curiosidad secreta que le inspiraba el de Johnny—. Tu padre debía de ser un excelente conductor.

—Por Dios, Ivan, era piloto de combate —dijo Johnny y, como no quería empezar a hablar de él otra vez, pulsó el botón negro de la radio y subió el volumen. Estaba sonando algo que enseguida reconoció, una música intensa, muy instrumentada, pero saturada por el ruido blanco y las interferencias de la radio. Giró muy despacio el dial y se oyó hablar a alguien y luego volvió a girarlo todavía más despacio y consiguió aislar la música durante diez segundos: un movimiento pausado, difícil de oír con el estruendo del motor; Johnny inclinó la cabeza hacia delante con la vista fija en la calzada como si en ella estuviera escrito el nombre de la pieza que no lograba recordar. Prokófiev... Pero quería asegurarse, porque estaba Ivan a su lado. Los vientos entraron con ímpetu y, a continuación, los timbales y un bombo y se formó un estruendo de sonido. Bajó el volumen. Y la música volvió a hacerse más liviana a medida que ellos ascendían hasta la cima de una colina y la marcha avanzó alegremente hacia su rotundo final. Se oyeron aplausos, oleadas confusas de sonido, una pausa medida con exactitud tras la que la locutora anunció: «La sexta sinfonía de Serguéi...»

—Prokófiev —dijo Johnny, una milésima de segundo antes de que lo dijera ella—, ¡exacto!

Ivan, que estaba mirando el mapa, levantó la cabeza y dijo:

—Ahora, cuando hayamos cruzado el puente Severn, seguimos recto y la autopista se convierte en la A48.

—Tú solo dime cuándo tengo que torcer a la derecha o a la izquierda — dijo Johnny, y bajó el volumen de la radio, hasta que la conversación y la música que sonó después apenas se oyeron con el ruido del motor y el estruendo y los zumbidos de los coches que los adelantaban.

—Mira, allí está... —Más allá de una loma, las dos torres, el arco poco pronunciado de la calzada, inclinada y escorzada, y los dos arcos blancos que descendían hasta besarla, una neblina de lluvia sobre el río y la costa galesa —. Qué bonito es. —Le pareció que Ivan sentía cierto orgullo: vio que levantaba la vista del mapa pero no decía nada. A medida que se acercaban, era como si un boceto fuera convirtiéndose en un monumento, cuya abstracta ausencia de escala resultaba sublime; entonces se acercaron aún más y se erigió, ocupando todo su espacio y mostrándose con pleno detalle. Al cabo de un minuto, la calzada se ensanchó para dar cabida a media docena de carriles antes de llegar a las trampas oscuras de las cabinas de peaje—. ¿Tienes treinta peniques?

Ivan se palpó un bolsillo.

—Me parece que no.

—Mira en la guantera, mi tía Kitty siempre guarda unas monedas ahí. — Redujo la velocidad, se puso en la cola, bajó del todo la ventanilla. Se produjo algo que a Johnny le pareció novedoso al llegar bajo la marquesina, un destello contra una sombra, como si hubieran tomado una fotografía, cuando la mujer que estaba en la cabina miró hacia abajo, dentro del coche, y los vio a los dos, Ivan al otro lado, mirando mientras Johnny le ofrecía las monedas con el brazo estirado. Una pareja de viaje. Y entonces, tras un par de segundos de vacilación, la barrera se elevó y se detuvo, oscilando un instante, como si los saludara al tiempo que los dejaba pasar.

Una vez en el puente ya no había que parar más y el pretil, doble, tapaba las vistas del río, por el que descendía un barco cargado hasta arriba. La pulsación rítmica del aire que entraba por la ventanilla abierta olía a mar. Después de aquel puente grande cruzaron otro más tan pequeño que no estaba siquiera anunciado, el del Wye, y diez segundos más tarde volvían a estar en tierra.

—Bienvenido a Gales —dijo Ivan.

—Gracias —dijo Johnny, y le puso la mano izquierda en la rodilla un instante.

Ivan cambió de postura.

—¿Te apetece un caramelo de tu tía?

—Sí, gracias. —Ivan abrió la tapa de la lata, en cuyo interior unos caramelos duros, partidos y recubiertos de azúcar, de color naranja, amarillo y verde lima se habían fusionado hacía mucho y habían formado una masa cristalizada—. ¿Puede ser de naranja?

—Te toca lo que te toca —dijo Ivan, y arrancó un trozo y, como Johnny no levantaba las manos del volante, le metió el amasijo duro y pegajoso en la boca; Johnny fingió resistirse y aprovechó para lamerle el dedo a Ivan además de lamer el caramelo—. Tienes azúcar en la barbilla —dijo Ivan, pero Johnny tuvo que limpiárselo él solo.

Treinta kilómetros más adelante terminaba la autopista y se encontraron solos y, al cabo de media hora, circulaban por carreteras de montaña casi desiertas. Las ráfagas de viento que entraban en el coche tenían un olor y una suavidad peculiares, se enfriaban cuando aceleraban, y el agradable fresquito se reducía cuando llegaban a un cruce o a una curva en pendiente. Pasaron por pueblos y pequeñas poblaciones con sus capillas y sus casitas cerradas donde no había gran cosa que ver. A veces, a Johnny le llamaba la atención una granja cercana, al abrigo de unos robles viejos.

—Estoy impaciente por ver West Tarr —dijo.

—Sí —dijo Ivan—, espero que te guste.

—Y como admirador de Peter Orban... —añadió Johnny, y le sonrió, imaginándose la casa a partir de una fotografía pequeña y gris, un cubo con la fachada de cristal en una ladera frondosa; si no pasaba nada entre ellos dos, tendría que sacarle el máximo partido al edificio. Se sentía optimista y nervioso; el fin de semana había sido idea de Ivan, que lo había propuesto muy decidido aunque con cierto misterio. Y, al menos, en un valle galés, sin nada en varios kilómetros a la redonda, no era probable que se largara con otro, como Johnny ya tenía bastante claro que había hecho en el Solly.

Ivan era el anfitrión y, por tanto, tenía que estar convencido de la invitación que ofrecía, pero apreció algo nuevo en su tono una vez que

apareció en los letreros el nombre del pueblo más cercano: una furtiva evasión de sus responsabilidades.

—Recuerda que no tengo ni idea de cómo estará, Jonathan. Como te dije, hace por lo menos dos años que no va nadie.

—Pero seguro que alguien pasa a echarle un vistazo de vez en cuando.

—Más o menos. Está muy escondida.

—Hmmm... Me gusta cómo suena eso. —Johnny no desaprovechaba ninguna oportunidad de animar la conversación.

—Y a ti te gustan las cosas modernas, claro —dijo Ivan.

—¿Y a ti no?

No veían el mar, pero se adivinaba en el cielo, por encima de la alargada y desnuda colina: un frescor, un lustre reflejado. La calzada se alejaba de él, descendía primero suavemente y luego con más pendiente hacia el valle bien protegido. Había un puñado de casitas grises, una capilla diminuta, con tejado de zinc y luego la entrada destartada de una granja, roderas cubiertas de paja. Acababan de segar los extensos campos de más arriba.

—Está después de la granja —dijo Ivan—, si no recuerdo mal. —Pasaron por delante de una verja invadida por las malas hierbas—. Creo que es eso.

Johnny dio marcha atrás, paró el coche y dejó bajar a Ivan. Lo vio caminar y descender por la corta cuesta que había delante del coche, menudo, pulcro, urbano en medio de aquel paisaje despoblado. Había una típica verja de campo, liviana, con cinco barrotes horizontales, de aluminio, con altas matas de ortigas alrededor de los postes. En los extremos, y al otro lado del muro bajo y desmoronado, los perifollos verdes levantaban sus inclinadas coronas. Ivan estaba manipulando el candado. Era un enigma, un desconocido, pantalones de franela grises, camisa de Viyella, al menos ese día sin corbata, pero una americana en el asiento trasero del coche con todos los bolsillos revisados antes de salir: cartera, agenda, pluma estilográfica. En la gasolinera, cerca de Chippenham, en el pub donde habían comido, lo habían avergonzado un poco los vaqueros raídos de Johnny y su pelo, que llamaba mucho la atención. Ahora se dio la vuelta y sonrió radiante, levantó un poco la verja y la abrió de par en par y Johnny sonrió también y levantó el pie del pedal del freno.

El camino que descendía hasta la casa tenía un alto terraplén en el lado izquierdo y, en el derecho, vistas del valle a través de un seto. Era evidente

que, de vez en cuando, lo utilizaban vehículos agrícolas, un tractor y un remolque: en los surcos abiertos por los neumáticos había charcos bien marcados. Johnny estaba preocupado por si estropeaban el coche de su tía y también por si los dejaba tirados. Se sonreía, culpable, mientras bajaban dando bandazos y las zarzas arañaban en vano las puertas y las flores silvestres metían la cabeza por la ventana abierta y luego se apartaban. La bombona de gas Calor iba dando tumbos en el maletero. Después de una curva, el camino viraba hacia la derecha y se adentraba en un prado, sin prestarle ninguna atención a la segunda verja, que tenían justo delante; más allá, Johnny no veía más que una pálida línea horizontal, un brillo de cristal entre hojas, y sintió, como siempre le había pasado, la atracción de cualquier edificio desconocido y el temor extraño pero esencial que le inspiraba su necesidad de contemplarlo.

La puerta estaba a un lado, en el extremo estrecho de la caja. Johnny se quedó esperando de pie con las bolsas, debatiéndose entre la preocupación por el canalón atascado y la tira de moldura blanca que colgaba y la típica hipocresía del huésped que lo encuentra todo bien. Ivan tenía otra llave, con una etiqueta ajada colgando del aro que rezaba «West Tarr», escrito con tinta herrumbrosa, un atisbo, cuando la introdujo en la cerradura, de las costumbres de cuando los Goyle iban allí hacía treinta y cinco años.

—¿Sabes si dentro hay muchos cuadros de Stanley? —preguntó Johnny.

—Cuadros creo que no. Hay objetos personales suyos, ya lo verás. —Ivan se peleó con la llave; hubo un momento en que llegaron a dudar que fuera a conseguir abrir y se sonrieron con nerviosismo, pero al final lograron entrar.

Pese al misterio de aquel primer minuto, de las cortinas cerradas, los objetos entrevistos, el olor almacenado y curado a humedad invernal y sol abrasador, Johnny se sintió como en su casa en el recibidor oscuro. Una vez allí era difícil saber, en la pequeña cocina, con un cuarto de baño justo al lado, si hacía frío o calor. Ivan continuó hasta una habitación más amplia, apartó una cortina larga hasta el suelo y luego otra y la luz del sol entró de golpe, sesgada, y alumbró unas mesitas bajas y un sofá que, durante unos segundos, dieron la sensación de intimidad interrumpida y de sorpresa. Era el salón y, detrás de una puerta plegable, estaba el estudio: dos caballetes, un ventanal que daba al otro lado. Ivan hizo girar una llave, corrió un pestillo, empujó una alta puerta de vidrio y salió por ella, como si, nada más llegar

allí, su primer impulso fuera marcharse. Johnny lo siguió, más despacio, sonriente, apoyó los dedos primero en el marco metálico y luego en el tirador de acero. Se dio la vuelta, se paró, entrelazó un brazo con el de Ivan en señal de agradecimiento y ánimo, pero observó sin decir nada. Era una casa pequeña y, tal como él había imaginado, todo su encanto residía en su sencillez; se diría que el propio hecho de haberse construido estaba atemperado por el deseo de no poseer prácticamente nada. Poco dinero, según Iffy, una casa para un artista construida por otro artista, ambos con ideas exaltadas sobre el espacio, la forma, la economía, algo místico a la par que técnico en el alma de Orban. Para Johnny, la sensación de estar en casa consistía, en parte, en la sensación de volver a estar en Hoole, donde todos esos preceptos todavía impregnaban el ambiente. Allí habían construido una plataforma, con la parte trasera hundida en la ladera y la delantera proyectándose y formando una amplia terraza. Toda la fachada delantera de la casa era de cristal y estaba orientada hacia el valle; desde allí se contemplaba hasta la última cadena montañosa que ocultaba el mar. En el borde de la terraza, estiró el cuello por detrás del hombro de Ivan y se asomó a una pendiente de diez metros de malas hierbas y ortigas; luego volvió a mirar la casa, los árboles que la rodeaban y la invadían, hierba y un pequeño matorral en el canalón atascado, los forros de las cortinas, desteñidos y con manchas de humedad, contra el cristal.

—¡Me encanta! —dijo, y le apretó el brazo a Ivan.

—¿Tu *college* era así? —preguntó Ivan cuando volvieron a entrar.

—Las ventanas eran iguales —dijo Johnny, conformándose con un detalle, y atrapado en un recuerdo que era imposible compartir.

—¿Te refieres a que entraba agua? —Ivan arañó con la punta del zapato el umbral inflado y agrietado.

—Bueno, sí, a veces.

—Yo no me imagino viviendo aquí. ¿Y tú?

Johnny se lo estaba imaginando con tanta claridad que se echó a reír.

—Me parece que tiene todo lo que necesito —dijo, y pensó que, en realidad, faltaría Ivan. Sabía que los sillones duros y cuadrados eran un diseño de Orban y, en los estantes combados de la pared del fondo de la habitación, reconoció tres o cuatro lomos de libros, las letras mayúsculas en las gastadas sobrecubiertas: Henry Moore, Mondrian, Kandinsky, libros

viejos sobre arte moderno.

Ivan rebuscó un poco y cogió un volumen más pequeño, de formato apaisado, y se lo pasó.

—Supongo que este lo habrás leído.

—¿Qué es?

—La breve monografía de Evert sobre Stanley.

—Ah, sí... Muy interesante... —Lo hojeó un poco—. Bueno, no, todavía no lo he leído.

—Ah, ya —dijo Ivan, y se dirigió hacia otra puerta—. Pues échale un vistazo.

—Sí, claro...

—Es francamente bueno.

—Estoy seguro —coincidió Johnny, y tuvo la sensación de que había unos límites respecto a Stanley y que debía andarse con cuidado. Se quedó un momento contemplando las láminas, muy parecidas unas a otras; luego dejó el libro y siguió a Ivan, que estaba recorriendo las cortinas de la habitación contigua.

Era el dormitorio principal, donde había una cama de matrimonio baja cubierta con una colcha amarilla, pero sin sábanas debajo; llevaban mucho tiempo sin usarla, pero aun así conservaba la presencia indescriptible de una cama que determinada pareja había ocupado durante años, su seguridad en sí misma y su intimidad. Y en otra habitación sin ventana que había detrás había una cama individual, estrecha, con unas cajas encima, el cartón había cedido y estaban abultadas y, cuando Ivan la levantó y se apresuró a dejarla otra vez en su sitio, de la parte superior de una de ellas cayeron unos libros; en la otra había cuencos y platos marrones y unos candeleros cromados y labrados, que Johnny miró, distraído, mientras tomaba cuerpo la posibilidad no mencionada pero tampoco negada: iban a dormir juntos. Ivan fue a abrir la llave del agua y a dar la electricidad, mientras Johnny iba a buscar las bolsas y volvía, solo, al dormitorio principal. Vacía, iluminada de forma oblicua por el sol de las tres de la tarde, la cama era un escenario flotante rodeado de sombras. La verdad era que él nunca había pasado la noche en una cama de matrimonio. Habían cogido la manta eléctrica de Kitty y la extendió bajo la colcha y la enchufó; al principio no pasó nada, pero al cabo de un momento se encendió la lucecita roja. En la pared, sobre la mesilla de noche, había un

pequeño grabado sobre madera: un hombre y una mujer desnudos, Adán y Eva, dibujados con trazos bastos y con mucha tinta; el hombre, con unos grandes genitales colgando, y la mujer, con unos grandes pechos. Johnny se sentó en el borde del colchón, duro; desde allí no veía los Goyles, pero sabía que estaban, un desafío y tal vez un reproche.

Para preparar el té tuvieron que conectar la bombona de gas Calor a la cocina y limpiar a fondo el hervidor, donde se había depositado mucha cal. Johnny disfrutaba con esas tareas, jugando a mamás y a papás con Ivan, poniéndole una mano en la espalda cuando pasaban por el estrecho espacio entre el fregadero y la mesa.

—Si quieres, luego puedo encender la chimenea. Para quitar un poco la humedad.

Los anhelos se fusionaban y se refugiaban unos detrás de otros.

—Ah, si quieres... —dijo Ivan—. Si no, ya la encenderé yo.

—Voy a echar un vistazo al estudio.

Lo que allí encontró fueron cuadros, media docena de bocetos al óleo amontonados en un rincón, sin enmarcar y seguramente inacabados, con el estilo minimalista tardío de Goyle; a Johnny le parecieron flojos, arranques previsibles que no habían llegado a ninguna parte. Sentía, aunque por supuesto no lo mencionó, que había algo deprimente, en general, en la tendencia de Goyle a repetirse hasta la monotonía; quizá para él cada nueva obra hubiera sido una aventura, pero para el observador parecía atrapado en un surco. En un armario del recibidor, que olía a botas e impermeables viejos, había una carpeta con dibujos en el estante superior.

—Mira lo que he encontrado —dijo cuando los llevó a la cocina, donde Ivan estaba vertiendo agua hirviendo en una tetera de cerámica glaseada marrón.

—Siempre decían —comentó Ivan, como si hablara con mucha más perspectiva que la que podían aportarle sus veintitrés años— que Stanley no sabía dibujar. Él mismo contaba que cuando entró en el Slade no sabía ni coger el lápiz, pero que el profesor se mostró muy comprensivo y le dijo: «No se preocupe, joven, usted siga dibujando.» Por lo visto, se dio cuenta de que tenía un don.

—Sí —dijo Johnny. Se había fijado en que Stanley pensaba en la pintura, y no en las líneas; no había absolutamente nada gráfico en sus bloques de

color pizarra y verde apagado, ni en sus mares grises, casi negros. Se acordó del pequeño paisaje, casi abstracto, que Cyril había limpiado y que él mismo les había presentado a Evert y a Ivan. De no ser por aquel cuadrito, él no estaría allí.

Se sentaron uno al lado del otro, con sus tazas de té, para revisar la carpeta de dibujos.

—No sé, a mí me parecen buenos. ¿Tú qué opinas? —preguntó Ivan. Johnny iba pasando las sobadas láminas de papel de dibujo, ligeramente húmedas y con algunas manchitas de moho; en su opinión, eran perfectamente correctas y más variadas que los cuadros: esbozos de muros, árboles caídos, la capilla con tejado de zinc que habían visto en el pueblo. Debajo de esas láminas había seis o siete estudios de una mujer madura desnuda—. ¡Oh, no! Es mi tía Jen —dijo Ivan—, lo siento, no esperaba ver esto aquí. —Soltó una risita y se tapó la boca. Había algo gracioso en el contraste de la figura de grandes pechos de tía Jen y su cabeza de facciones angulosas y con una permanente muy marcada. Jen no posaba para desnudos como las modelos que Johnny se había acostumbrado a estudiar en Hoole; era una ama de casa que un buen día se había quitado la ropa. Estaba sentada con los muslos abiertos, sin ningún recato, y con gesto de preocupación, como si acabara de acordarse de que se había dejado algo en el horno.

—Era un viejo verde —dijo Ivan—. Ya sabes que escribió unos poemas dedicados a ella que causaron cierto revuelo a nivel local, ¿no? Había uno muy famoso que empezaba así: «Voy hacia ti, con los lomos desnudos.» —Rieron los dos y Johnny lo miró y se preguntó si no sería mejor besarlo ya, rodearlo con un brazo y ponerse manos a la obra.

Pero había cosas que hacer, tareas que comenzar y que habrían podido ocuparles todo el fin de semana. Barrieron cientos de moscas y dos ratones muertos, quitaron un poco el polvo, pero hasta las bayetas se caían a trozos. Había un aspirador Ewbank que Ivan pasó, rechinando, por las tres alfombras persas desteñidas. Johnny limpió el cuarto de baño (luminoso, diminuto, bien aprovechado) y al principio el agua salió a borbotones y herrumbrosa por los grifos. Salió y cogió unas corolas de perifollo verde de la mata que había al lado de la casa y las puso en dos tarros de cerámica en la mesa de comedor. Lo hizo con gusto y con una sensación de ritual preliminar.

—En realidad no son flores de interior, ¿no? —objetó Ivan.

—Pero me gustan, voy a dibujarlas —dijo Johnny.

Al oír eso, Ivan arqueó las cejas y dijo que esa noche prepararía él la cena. Johnny se refrenó educadamente, abrió la botella de Noilly Prat que le había regalado Kitty y se marchó a curiosear con el grueso vaso verde en la mano; la magia de la casa y el efecto estimulante del alcohol contrarrestaban la tensión de la larga noche de verano.

Johnny no se amilanó cuando entraron en el dormitorio. Ivan le vio quitarse la camisa, le echó una breve ojeada, como si pensara en otra cosa, y fue a lavarse los dientes. Johnny hizo rodar la goma que llevaba en la muñeca hasta quitársela y se recogió el pelo con ella, se quitó los vaqueros y los calcetines y se deslizó bajo la sábana y la colcha amarilla, y la manta eléctrica de debajo despertó un antiguo recuerdo de olorcillo a cera. Encontró el rectángulo caliente en el centro de la cama, dejó los pies en el margen frío y húmedo. Entonces se levantó rápidamente para apagar la luz del techo y solo dejó encendida la lámpara de la mesilla de noche: le era indiferente dormir en un lado o en el otro de la cama, sabía que las parejas tenían sus costumbres, que se escogía determinado lado por deferencia al otro; su padre, que se levantaba temprano, dormía en el que quedaba más cerca de la puerta. Allí, la persona que controlara la lámpara quizá tuviera ventaja. En la bolsa tenía un tubo de lubricante KY que hasta ese momento solo había utilizado para practicar, con mucho nerviosismo, rindiéndose a sus propios dedos, que nunca habían llegado muy lejos: escondió el tubo debajo de la cama, pero de forma que quedara al alcance de la mano. Ivan regresó con un vaso de agua y un libro. Johnny no lo miró desvestirse, pero le vio levantar la sábana y deslizarse a su lado, en camiseta de tirantes y calzoncillos.

—¡Oooh! —Ivan se arrimó al centro caliente, donde estaba Johnny, tumbado de lado y mirándolo. Se quedó sentado, tapándose el torso con la sábana, abrió el libro y le quitó el capuchón a la pluma; escribió algo, lo subrayó y metió las mejillas—. Confío en que no tengas el sueño muy ligero.

—Soy capaz de dormir cuando lo necesito. —Johnny se le acercó lentamente, abrió un pequeño bostezo, le puso una rodilla sobre la pierna izquierda y deslizó una mano por su abdomen.

Ivan se apartó el flequillo de los ojos con una sacudida mientras escribía.

—¿No estás cansado después de conducir tantas horas?

—¿Hmmm? No, qué va —contestó Johnny—. Pero sí estoy bastante borracho.

—Bebes demasiado. —Ivan pasó la hoja y sacudió la cabeza. Escribía deprisa, enérgicamente, y los movimientos circulares y de vaivén pasaban por su brazo hasta su cuerpo.

—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? —dijo Ivan.

—Si tienes que hacerlo ahora, debe de ser muy importante. —Metió los dedos por debajo del dobladillo de la camiseta de Ivan.

—Escribo en mi diario. Hay que hacerlo todos los días.

Johnny fue subiendo la mano por la sedosa y tibia piel de su torso hasta que llegó a la suave tetilla derecha.

—El día todavía no ha terminado.

—Si no escribes antes de acostarte, luego te olvidas —razonó Ivan.

Eso no sonó muy halagador.

—¿Y qué vas a escribir sobre mí?

—Hombre, eso es privado, evidentemente.

Johnny levantó la cabeza, lo vio parpadear con la vista fija en la hoja, bajo la luz de la lámpara, y se sintió entre molesto y divertido. Se incorporó, besó a Ivan en el cuello y se arrimó bajo su barbilla, entrometiéndose. Dejó que su erección hablara por él y tiró de la cinturilla de los calzoncillos al tiempo que intentaba montarse encima de Ivan.

—¡Por favor...! —protestó Ivan, pero dejó el libro y se volvió un momento para beber agua, mientras Johnny, en un momento de audacia, le manoseaba los genitales, hinchados pero todavía blandos; entonces Ivan estiró un brazo y apagó la lámpara—. Mejor así —dijo, y se acurrucó junto a Johnny, que volvió a palparlo, pero mal orientado y sin tener ni idea, en aquella oscuridad repentina, de hacia dónde miraba Ivan ni qué cara ponía.

Se despertó temprano, a las cinco y veinte según su reloj de viaje; las cortinas dejaban entrar un poco de luz, pero el sol todavía estaba oculto tras las colinas. Ivan estaba acurrucado de espaldas a él, pero lo tocaba: las nalgas contra su cadera, un duro talón contra su pantorrilla. Johnny se movió con cuidado, miró cuanto de él le permitieron ver las sombras del alba: sus hombros, su nuca, la blanca curva de la camiseta. Se incorporó apoyándose

en un codo y se asomó al perfil de su cara, suave pero con la pesadez del sueño, que seguía sin despertar un minuto tras otro; la almohada que había doblado para estar más cómodo le había aplastado el pelo, castaño oscuro, de un lado de la cabeza. Johnny volvió a tumbarse, cambió de postura hasta que sus nalgas se tocaron, las suyas desnudas, las de Ivan cubiertas de nuevo, en algún momento se había vuelto a poner los calzoncillos. No estaba seguro de qué habían hecho. Había pasado la noche con él y eso era un logro: se habían dado la vuelta varias veces, se habían apartado el uno al otro, habían cambiado de postura, pero no habían mantenido relaciones sexuales, o no como Johnny las entendía y las deseaba, y eso, tras cinco meses de espera, era un fracaso o, al menos, lo presagiaba. Ahora comenzaba el día siguiente y se sentía endeble, un extraño allí, en el dormitorio donde habían copulado los Goyle.

Ivan apagando la luz: eso sí le había dolido, un pequeño pero imborrable insulto a su potencial interés como amante. Entre suspiros y risitas, Ivan diciendo cosas, entre retorcimientos, grandes besos buscados y después medio evitados, Johnny había recordado con añoranza la hora que había pasado en la cama con Colin, aquella lógica arrolladora, casi muda. Colin era claramente una persona de luces encendidas, le encantaba ver lo que te estaba haciendo, y había sido pensar en todo eso, en medio de la abarrotada oscuridad, lo que lo había transformado y le había hecho adoptar una actitud agresiva con Ivan, aunque solo tardó unos segundos en comprender que él no se lo estaba pasando bien. «Vamos a limitarnos a jugar un poco, ¿de acuerdo?», dijo Ivan. Y al cabo de un momento se dio cuenta de que Ivan se había corrido.

—*El mar revolcándose en su montura* —dijo Ivan mirando hacia abajo, muy galés, con el viento alborotándole el pelo, contemplando las olas del rompiente.

—¿Qué dices? —preguntó Johnny. Cerró el coche; era el segundo día y ya se había acostumbrado a él, casi como si fuese suyo.

—Nada, es un verso de un poema de Dylan Thomas.

—¿Qué poema? Me encanta Dylan Thomas.

Ivan le lanzó una mirada escéptica.

—¿Bajamos? —dijo.

Era una costa de rocas y acantilados, salvo por aquel pequeño enclave entre dos cabos, donde se había formado una playa estrecha y curvada de arena blanca de cerca de medio kilómetro. Arriba solo había otro coche aparcado en una zona aplanada para el aparcamiento; más allá, por un hueco que había en el seto, se accedía a un sendero pedregoso. Por un bosquecillo discurría un arroyo paralelo al sendero; al final había una valla con peldaños para saltarla y, detrás, la arena y el rompiente. La pareja que se encontraba al final de la playa se quedó mirando a los dos jóvenes. La mujer, que había estado nadando sin la parte de arriba del bikini, se envolvió con una toalla y fue a reunirse con el hombre, que estaba tumbado boca abajo, leyendo, medio escondido detrás de una bolsa de lona, con el velludo trasero al aire. Debían de tener cincuenta y tantos años y para Johnny no había nada excitante en aquel inusual atisbo de desnudez; Ivan, en cambio, dejó escapar un «Hmmm» de decepción cuando el hombre, que había ignorado las instigaciones de la mujer, se incorporó por fin y se puso un holgado bañador azul.

—Nosotros también podríamos bañarnos desnudos —dijo Johnny.

—Bueno, tú sí —dijo Ivan.

—No tenemos más remedio —dijo Johnny—, no nos hemos traído las cosas.

—Lo digo porque yo no sé nadar —aclaró Ivan, y se quedó oteando el horizonte con una débil sonrisa en los labios, lo que indicaba que no le gustaba tener que admitirlo, al tiempo que insinuaba que, de todas formas, nadar era una actividad que no tenía ningún sentido.

Johnny lo miró, con gesto socarrón.

—¿Y qué harías si yo fuera nadando hasta detrás de esas rocas y de pronto me viera en apuros? ¿Te quedarías aquí mirando?

—Claro que no —dijo Ivan, y, tras una pausa, añadió—: Le pediría ayuda a ese hombre. —Y volvió a mirar hacia el final de la playa, donde la rolliza figura caminaba hacia la orilla, el blanco vello del pecho destacado contra la piel bronceada.

La broma de Ivan era expresión de una cierta intimididad, aunque al mismo tiempo contenía algo que no era en absoluto íntimo. Johnny se quitó las sandalias, se quitó la camisa por la cabeza y se dejó el pelo suelto. Había una imagen acechando y asomando en el ir y venir del mar: aquella hora en una playa de Cornualles, hacía ocho largos años, cuando Bastien le había

sostenido la mirada y le había sonreído pensando en otra persona.

—¿Qué? ¿Te bañas? —preguntó Ivan.

—No, voy a tomar un poco el sol —contestó Johnny, y se tumbó, apoyado en los codos, en la arena fina y cálida.

—Ah, bueno... —Ivan siguió hablando mientras se desabrochaba la camisa, tenía una expresión extraña—. Supongo que Denis ya te habrá dicho que soy gerontófilo, ¿no?

—Ah, sí —dijo Johnny, dando a entender que no le daba mucha importancia a lo que dijera Denis.

—Se lo dice a todo el mundo

—Bueno. —Johnny le echó un vistazo al torso pálido y liso que la noche anterior había magreado, acariciado, besado por todas partes, pero que apenas había visto—. ¿Y te molesta?

—A veces... —dijo Ivan, y se tumbó a su lado—. ¿Sabes qué significa?

Por delicadeza hacia Ivan, más que por incertidumbre, contestó:

—Más o menos...

—Me gustan los hombres mayores.

—Ah, ya —dijo Johnny. Sintió que algo se aclaraba, una cierta sensación de justificación mezclada con significados más duros.

—Es decir, también me gustan los jóvenes. —Le dio un golpe con el puño, como si Johnny lo hubiera puesto en evidencia.

—Ya lo he notado —dijo Johnny caballerosamente—. Pero prefieres a los hombres ancianos, ¿no?

—Bueno... —Ivan sonrió; abrió el puño y deslizó un solo dedo por el brazo de Johnny—. ¡Ancianos no! Mayores.

Así pues, Johnny tenía, para Ivan, un defecto nuevo, grave e inesperado: era demasiado joven. Aquello parecía el mundo al revés, pero su primer impulso ante una decepción así era mostrarse razonable. Al fin y al cabo, Ivan había sido sincero con él, se había confesado.

—Supongo que los hombres mayores ofrecen más seguridad, ¿no?

Ivan se dio la vuelta y se tumbó boca abajo y a Johnny su trasero firme y redondo le pareció sutilmente diferente a la luz de lo que acababa de admitir.

—A lo mejor es por eso —dijo.

—Los hombres mayores no te abandonan tan fácilmente.

—Claro, no se creen la suerte que han tenido —dijo Ivan, y tuvo el detalle de reírse de sí mismo.

Johnny dibujó en la arena con una piedrecita.

—¿Y has tenido... aventuras? —dijo sin poder borrar del todo un deje de irritación.

—Bueno, alguna. Nada demasiado serio.

—Ya...

—Todavía no.

—Pero hay montones de ancianos —dijo Johnny animosamente.

—Sí, ya lo creo.

—Esperándote.

Ivan sonrió y desvió la mirada.

—Y luego hay mucha rivalidad, no creas. Acuérdate de Jeff y Bradley.

—¿De quién?

—En el Solly.

—¿El gordo aquel?

Ivan arqueó las cejas.

—Pues mira, a Bradley le aterra pensar que Jeff encuentre a alguien aún más gordo y más viejo y salga corriendo tras él.

—Bueno, dudo que tuviera que correr mucho —dijo Johnny.

The King's Arms, el hotel del pueblo, un edificio grande de piedra, se erigía en lo alto de la calle principal, y ofrecía una selección de cervezas y un aspecto muy ingleses; Johnny no tenía claro si le gustaba o no. No había ningún otro sitio donde comer y abrió la puerta de vidrio y entró en el vestíbulo con la aprensión de las vacaciones de su infancia en la otra punta de Gales, cuando la familia Sparsholt se debatía entre conformarse o salir y buscar otro sitio. «No está mal», decía su padre, y su madre replicaba: «Hmmm, no sé», o viceversa, y Johnny era presa de sus propias intuiciones y temores sobre el interés, la suciedad o el olor del local. Allí se respiraba un olor rancio a cerveza y a humo de cigarrillos y, en el salón y el bar, otro olor subyacente, desagradable, residual: el olor a carne de cordero. Johnny arrugó la nariz, pero Ivan no pareció notarlo. La camarera los miró con recelo y, pese a que el comedor estaba medio vacío, les dio una mesa casi escondida al

lado de la puerta de vaivén de la cocina. Unas tazas blancas, gruesas, puestas boca abajo sobre unos platillos formaban parte del servicio de mesa; no había mantel, solo unos mantelitos individuales agrietados con escenas de caza de Lionel Edwards, como los que tenían ahora su padre y June a pesar de que a ninguno de los dos les interesaba ni lo más mínimo la caza. Estaba asimilando la conversación que habían tenido en la playa, con una extraña tensión que oscilaba entre el dolor y el alivio. No había entendido nada. A Ivan le gustaban los hombres mayores. Todas las esperanzas que había abrigado en los últimos meses habían sido en vano. Y, sin embargo, allí estaban los dos.

En el comedor, el olor a carne de cordero era más intenso, más succulento, pues se renovaba todos los días. Ivan pidió cordero, tal vez por una sugerencia de su inconsciente, y Johnny pidió pollo al curri, un plato que la camarera había escrito con mucho cuidado en la carta y que evidentemente era un experimento del cocinero. En la mesa que quedaba más cerca de la ventana había una familia formada por una pareja de mediana edad, una niña pequeña y un muchacho de unos dieciocho años que empezaba a ser demasiado mayor para pasar las vacaciones con sus padres y que ya adoptaba una actitud de adulto con su hermana pequeña. Estaba recostado en el respaldo de la silla, con aire aburrido pero sin protestar; intervenía en la conversación, hacía bromas y comentarios dogmáticos. Tenía el pelo castaño oscuro, recogido detrás de las orejas y con raya en medio. El camarero se acercó a su mesa con una bandeja y sirvió una Coca-Cola para la niña, un *bitter lemon* y dos jarras de cerveza con limonada para los hombres. Johnny desvió la mirada, sorprendido de lo absorto que se había quedado mirando a aquella familia, evocando una etapa de su vida, mientras el chico permanecía inaccesible, al fondo de la sala. Debajo de la mesa alcanzó a ver unos pantalones cortos azules, unas piernas bronceadas.

—Disimula un poco —dijo Ivan.

Después de comer, Ivan se sentó a leer las necrológicas de *The Telegraph* y, cuando se marchó el otro hombre que estaba en el salón, se levantó de un brinco y cogió su *Times* para comparar las necrológicas publicadas allí. Johnny miraba los anuncios de la revista *Country Life*. ¿Prefería una espléndida casa georgiana en Hampshire con diez dormitorios o una

magnífica casa isabelina en Cheshire con tres hectáreas de terreno y una casita anexa para el servicio? A cualquier visitante de West Tarr ambas le habrían parecido exageradas. Arrugó la nariz. Era curioso, pero no se acostumbraba, más bien todo lo contrario: aquel olor impregnaba la estancia y parecía adherirse a las polvorientas cortinas y a sus bastidores y acumularse en lo más hondo de los sillones marrones. Se levantó y se peleó un poco con la ventana de guillotina, que se resistía a abrirse.

—Increíble —dijo Ivan.

—¿Qué pasa?

—Se ha muerto Percy Slater.

—¿Ah, sí?

—*The Times* dice «No se había casado» y *The Telegraph* habla de sus trabajos con Hans Oder sin insinuar siquiera que fueron amantes durante treinta años, a pesar de que lo sabía todo el mundo.

—¿Ah, sí?

—Bueno, casi todo el mundo —se corrigió Ivan con una sonrisita irónica.

Johnny golpeó el marco de la ventana con el puño.

—Hay gente que prefiere que los detalles sobre su vida privada no salgan en los periódicos.

—Bueno —dijo Ivan—, eso es discutible... —Pero comprendió que Johnny tenía razón—. ¿Acaso no sabes lo de Percy?

Johnny se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Luego me lo cuentas —dijo.

Cuando volvieron a la casa, Johnny empezó a percibir una agobiante sensación de rutina: Ivan saliendo del coche para abrir la cancela; los baches y los surcos del camino, que aunque recordaras no siempre podías esquivar; un patrón más luminoso de dos hombres que pasaban unos días juntos latente en el gesto de coger las bolsas de la compra, de cerrar la portezuela del coche con un golpe de cadera o de abrir la puerta principal, y, en la cocina y el suelo del dormitorio, los indicios del tiempo que habían pasado allí antes de salir. Johnny se quedó en el dormitorio, medio cerró las cortinas y se tumbó media hora, sin descartar la posibilidad de que Ivan se reuniera con él. A las seis, cuando volvió a salir, lo encontró sentado ante un pequeño escritorio

plegable, escribiendo en su diario.

Esa noche Johnny iba a cocinar, otra cosa que había aprendido el año anterior en la universidad; prepararía su especialidad. Ivan, que de repente estaba coqueto, lo besó en la mejilla mientras le servía una copa, y luego se apoyó en el fregadero mientras Johnny cortaba unas cebollas.

—¿Qué es exactamente? —preguntó.

—*Fegato alla veneziana* —contestó Johnny.

—¡Ah, qué bien! —Ivan examinó los ingredientes, dispuestos en la mesa—. Por cierto, que no nos olvidemos de las postales.

—Hemos de enviarle una a mi tía, claro.

—Sí. Y otra a Iffy —añadió Ivan—. Querrá saber cómo estaba la casa.

—¿Y a las chicas? —Todos sus amigos parecían interesados, por una u otra razón, en su fin de semana.

—A las chicas también, claro que sí —confirmó Ivan—. Y yo tengo que mandarle una a Evert.

—Se la mandamos los dos, ¿vale? —propuso Johnny.

—Sí, si quieres... —dijo Ivan—. ¿Y a tus amigos? ¿No tienes amigos de la universidad?

—La verdad es que no —respondió Johnny.

Ivan lo miró y esbozó una sonrisa.

—Eres un poco lobo solitario, ¿verdad, Jonathan? —Inclinó su copa hacia un lado y luego hacia el otro—. ¿Y a tus padres?

—Sí, supongo que podría enviarle una a mi madre.

Ivan añadió, casi con timidez:

—¿Y a tu padre?

—Mi padre no es muy aficionado a las postales.

—A lo mejor le hace ilusión —dijo Ivan.

Johnny colocó las cebollas cortadas formando una línea recta en la tabla de cortar.

—No, les mandaré una a mi madre y a Barry. A ellos seguro que les gustará.

Ivan tenía en los labios la sonrisa táctica de quien se dispone a formular otra pregunta, pero al final se limitó a decir:

—¿Y a Freddie?

—Sí, supongo que también. —Johnny se encogió de hombros—. Pero escríbelas tú.

—Tu letra es más bonita —argumentó Ivan.

—Sí, pero tú escribes sin faltas de ortografía —razonó Johnny.

—Bueno, la de Evert sí la escribo yo —dijo Ivan—, ¿vale?

—Vale. —Johnny rió un poco—. El viejo Evert y tú sois muy amigos, ¿no?

Ivan lo miró con sus ojos marrones y con una gran sonrisa en los labios.

—¿El viejo Evert? Ah, sí, lo adoro. —Y, saliendo ya por la puerta que daba al salón, añadió—: ¿Tú no?

Al cabo de un minuto volvió con las postales y dijo:

—Me pregunto qué estarán haciendo las chicas este fin de semana.

—Sí, yo también.

Por lo visto, estaban lo bastante lejos como para hablar de ellas de una forma más exploratoria que en Londres.

—Seguramente irán a esa discoteca horrible.

—¿Te refieres al Solly? Ah, a mí me gusta.

—No está mal —concedió Ivan sin entusiasmo; aunque ninguno lo mencionara, ambos recordaban la noche que habían ido allí juntos.

—Por cómo hablan de ese sitio, se diría que Fran y Una lo detestan, pero se pasan la vida allí.

Ivan rió y dijo:

—¿Sabes que quieren tener un hijo?

—¿En serio? —Johnny se inclinó para encender el hornillo y a continuación reguló la llama—. ¡Pues lo tienen un poco difícil!

—Hay formas, hombre —dijo Ivan.

—¿Te refieres a adoptar? No creo que esté permitido.

—No, tonto. Una tendría el bebé y lo criarían las dos juntas.

—Y el crío tendría dos madres.

—Exacto.

—Ah, vale... ¿Y cómo...? Es decir, ¿cómo lo harían? ¿Físicamente hablando?

Ivan fue un poco ambiguo:

—No quieren... hacerlo, no sé si me explico.

—No, ya... —dijo Johnny, perdido una vez más en el mar de ideas radicales del mundo de las lesbianas—. ¿Y quién quieren que sea el padre?

—Bueno, quieren que sea alguien conocido —respondió Ivan y, circunspecto, agachó la cabeza.

—Entiendo... ¿Insinúas que te lo han pedido a ti? —dijo Johnny riendo. Ivan volvió a esquivar la pregunta.

—Yo no estaría dispuesto a hacerlo —dijo.

Johnny siguió removiendo las cebollas en la sartén.

—Ah, pues no sé. A mí me gustan los críos.

—Es la primera vez que te oigo decir eso, querido —observó Ivan. Johnny no dijo nada más, pero al cabo de unos minutos, mientras metía en la cazuela los blandos triángulos de hígado y la sangre, fría, chisporroteaba al entrar en contacto con el aceite caliente, pensó dos cosas: que había muchas cosas sobre él que Ivan nunca le había oído decir, y que, a partir de esa semana, quizá incluso a partir de ese día, no volvería a comer carne.

No se lo dijo a Ivan y, diez minutos más tarde, se comía la cena casi como en trance, con una mezcla de entusiasmo y reticencia. Le encantaba la carne, especialmente el hígado, y mientras seguían charlando suspiraba de vez en cuando y se sonreía ante la inminencia del drama del cambio. Lo que quería eliminar de su vida no era el sabor, sino el intolerable hecho de que para comer carne había que matar. Era una decisión que llevaba meses formándose ineludiblemente, quizá años, pero todavía no quería compartirla con nadie, al menos no ese día, ni quizá durante un tiempo. Cuando se acostaron e Ivan se acurrucó de espaldas a él, Johnny se contentó con ponerle un brazo encima y oírle quedarse dormido. Al cabo de un buen rato, se tumbó boca arriba y se quedó despierto, apreciando con la mirada otros detalles y luego perdiéndolos, a medida que la noche se tornaba más y más oscura, minuto a minuto, las vigas del techo, el borde del armario, la franja solo un poco más clara de la cortina sin forro. Las rayitas verdes que marcaban las horas de la esfera cuadrada de su reloj de viaje brillaban débilmente; la aguja luminosa larga ocultó la corta durante un minuto a la una y cinco y el débil tictac que en la universidad, durante cinco años, había oído bajo la almohada, amortiguado pero amplificado, seguía sonando sin quejarse. Estaba excitado; se dio la vuelta y volvió a abrazar a Ivan; su erección iba y venía y dejó la

mano, sin apretar apenas, en la franja suave y curvada entre la camiseta arrugada y la cinturilla de los calzoncillos de su amigo. Pensó que había un sinfín de cosas que no podía remediar: ser gay y disléxico y, para el gusto de Ivan, demasiado joven, pero, a diferencia del prolongado aplazamiento anterior a su ejecución, lo que hizo fue pura decisión y tenía toda la belleza de la acción.

Volvió a despertar en una habitación mucho más luminosa, levantó la cabeza para ver qué hora era, se tumbó otra vez, atontado por haber dormido tanto, y tardó en comprender, a medida que iba recuperando los recuerdos de la noche pasada, que aquella presión que notaba contra el costado era Ivan, que estaba sentado a su lado. Se volvió un poco, le lanzó una ojeada: estaba encima de la colcha, ya vestido, con camisa y pantalón viejo de franela gris, y, apoyado en un codo, lo miraba desde arriba.

—Duermes como un tronco —dijo—. Te he estado observando.

—¿Ah, sí? —Johnny se echó la sábana por encima y se dio la vuelta, pero entonces, torciendo lentamente todo el cuerpo al tiempo que bostezaba, se volvió otra vez hacia Ivan. Se había despertado con una erección, como siempre, y no estaba seguro de si Ivan se había percatado de ello ni de si quería que se percatara.

—¿Y qué hacía?

—Debías de estar soñando, porque hacías muchas muecas.

—Sí, sueño mucho. —Toda su vida había detestado que lo observaran, pero esta vez sintió una inesperada pizca de placer al saber que había estado a merced de Ivan—. ¿Hace mucho que estás despierto?

—Una hora, más o menos. Suelo levantarme temprano.

Johnny no acababa de descifrar aquel cambio de humor; levantó la cabeza, prudente pero decidido, y miró a Ivan a los ojos, donde encontró un brillo alentador y su habitual reserva. Ivan estiró un brazo y el dorso de su mano acarició brevemente la mejilla de Johnny y siguió con las yemas de los dedos la línea de su cuello y luego subió, por su pelo, sujetándolo, al tiempo que trazaba tímidos círculos en la secreta curva de detrás de su oreja. Johnny jadeó débilmente y, sin mover los brazos bajo las sábanas, esperó, indefenso, el beso, ya no a oscuras, porque entraba luz a través de las cortinas. Tragó saliva, cerró los ojos y notó que Ivan le apartaba el pelo de la cara.

—Es asombroso —dijo Ivan.

Johnny rió un poco y abrió los ojos. Ivan estaba como hechizado mirándole la cara, la cabeza, como si estuviera viéndolo por primera vez o como si acabara de ver en ellas lo que debería haber encontrado hacía mucho tiempo.

—¿Ah, sí?

—¿Nunca te lo han dicho?

Johnny adoptó una expresión solemne.

—Ya lo sé. Tendría que cortarme el pelo.

—No, tonto. —En aquel nuevo ambiente, hasta Ivan vacilaba—. Con el pelo apartado de la cara eres igual que tu padre.

—Ah... —Otra vez. Torció un poco la cabeza, miró más allá del hombro de Ivan—. Pues, que yo sepa, tú no conoces a mi padre.

—No, pero sé qué cara tiene.

—Ya —dijo Johnny—, claro. —Como si no le importara, con tal de dejar de hablar de su padre.

Ivan resbaló un poco hacia abajo a su lado, con la cabeza en la almohada, y se quedó tumbado encima de la colcha, sonriendo, con una rodilla vestida presionando la desnuda de Johnny debajo de las sábanas. La mirada se prolongó, interrogante, se desvió para luego regresar y Johnny todavía tenía dudas respecto a cuál era la pregunta.

—Pobrecillo... —dijo Ivan.

—No pasa nada. —Se recompuso, sonrió con picardía para demostrar que estaba dispuesto a cualquier cosa.

—Debió de ser muy duro para ti —dijo Ivan, y la mano que todavía tenía detrás de su oreja hizo que a Johnny le costara apartarse—. Y encima... descubrir que tú también eras gay.

Todavía le resultaba raro oírlo decir con tanta franqueza.

—Bueno, supongo que no me ayudó —dijo Johnny en voz baja. Lo único que le importaba, en ese momento, era estar allí, con el suave aliento de Ivan en la cara.

—Como se hizo todo tan público... —Ivan levantó un poco la cabeza, se inclinó sobre él y lo besó suavemente en la mejilla y luego encima de un ojo—. Me encantaría que me lo contaras.

La sensación de peligro que ya pertenecía al pasado se mezcló con una

ligera incertidumbre, que hasta entonces nunca se había planteado abiertamente, respecto a la naturaleza de aquel peligro.

—¿Que te contara qué?

—Ya sabes, lo que pasó.

—Bueno, la verdad es que solo tengo un recuerdo borroso.

La sonrisa de Ivan se tensó un instante al oír eso y luego se relajó.

—Pero ¿tu padre habló contigo de lo que había pasado?

—No. Claro que no.

—Ya. Ya me lo imagino. —Ivan se rió de sí mismo—. ¡Habría sido un poco violento!

—Exactamente —confirmó Johnny.

—Pero para ti debió de ser horrible, porque salió en las noticias, todo el mundo podía leerlo en los periódicos.

—Yo no leí los periódicos. Mi madre me aconsejó que no lo hiciera. — De pronto se le ocurrió pensar que Ivan, con solo... ¿quince años?, sí las había leído y le pareció una idea descabellada.

—¿Tú sí?

—Sí —contestó Ivan—, claro que sí. Hombre, fue una historia muy sonada. Dinero, poder... ¡chanchullos de maricas! Tenía todos los ingredientes.

—Sí, sí, era una historia perfecta —concedió Johnny.

Ivan, inclinado todavía sobre él, se echó un poco para atrás; desplazó la mano del cuello de Johnny a la sábana que, tensa, le tapaba el hombro; Johnny lo miraba fijamente, indefenso en su oculta desnudez. Sentía el miedo provocado por una clase de excitación nueva: sentirse a merced de alguien a quien ansiaba entregarse por completo, hasta el punto de temblar.

—Y tu padre, el pobre, en el punto de mira. Me pregunto... no sé, ¿cómo se las ingenió al principio para sobrellevarlo cuando salió de la cárcel?

Johnny casi se echó a reír, de la insistencia de Ivan y también de la tímida demora de lo que estaba empezando a suceder; Ivan se lo estaba poniendo difícil.

—Pues mira, sobrellevándolo.

—Ya, debió de recomponerse como pudo.

—Mi padre siempre decía: «El trabajo es lo más importante» —dijo

Johnny. Pensó que no conocía a nadie que se hubiera esforzado tanto como su padre, en cualquier cosa que hiciera, tanto si estaba relacionada con el trabajo como si no.

—Claro, eso está muy bien —dijo Ivan, razonable. Le acarició el hombro a Johnny y continuó—: Pero ¿tú llegaste a conocer a Clifford Haxby? —Lo dijo como si hablara de alguien que a cualquiera le habría encantado conocer, como una estrella de cine.

—Sí, lo conocí —dijo Johnny tras una pausa.

—Yo me acuerdo de una foto... —dijo Ivan—, que habían tomado a través de una ventana.

—Ah, sí.

—Recuerdo que intenté descifrar... bueno, ya sabes... lo que estaban haciendo.

—Vaya, me alegra saber que te puso caliente —dijo Johnny, y se inclinó hacia él y lo empujó cuanto pudo, al tiempo que emitía un pequeño gruñido.

—Pero... ¿tú crees que Clifford estaba enamorado de tu padre?

Johnny los contempló a él y su pregunta a través de la trémula luz de sus sensaciones matutinas.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Supongo. No lo sé. —Hasta donde él sabía, a juzgar por lo que se había desvelado del caso, allí no había habido sentimientos de ningún tipo, solo sexo e incluso el sexo había sido un medio para conseguir otra cosa, pero a Johnny no le gustaba pensar en aquello, ni entonces ni ahora. Se movió un poco, bajo el peso de la rodilla de Ivan, que había subido un poco más y lo sujetaba.

—¿Y tu padre? ¿Estaba enamorado de él?

—¡Qué va! Claro que no. —Miró a Ivan, y sus palabras adquirieron un peso y un humor extraño, por la posición en que se encontraba—. Papá no es... —No sabía qué palabra era la más indicada—. No es homosexual. No, no lo es.

Ivan parecía ligeramente ofendido.

—Bueno, como mínimo debe de ser bisexual, ¿no?

—No, no. Bueno, supongo que debió de serlo en algún momento o de alguna manera... Por necesidad. —Miró a Ivan, que sonreía, y sonrió también—. Pareces un poco obsesionado con mi padre.

—Bueno...

—Veo que voy a tener que presentártelo.

Ivan rió con desdén y se quedaron allí tumbados, sin mirarse a los ojos, en una proximidad estremecedora que a Johnny le hacía gemir y retorcerse de deseo, envuelto en el tenso capullo de las sábanas. Ivan se inclinó, lo besó suavemente en el puente de la nariz, se dio la vuelta y se levantó. Se quedó mirando a Johnny unos segundos y dijo:

—¿Cuándo?

Después de desayunar, Johnny dijo:

—Quiero ver qué es ese edificio.

—¿Qué edificio?

—Ese granero que hay al fondo, donde empieza el bosque.

—Ah, ya. Podemos dar un paseo hasta allí antes de marcharnos.

Johnny habría preferido ir solo, pero dijo:

—Vale. Si te apetece...

Al cabo de cinco minutos, ya estaban listos. Johnny saltó desde el borde del porche y, por hacerse el valiente, le picaron las ortigas en el brazo.

—No hace falta que cojas la chaqueta —le dijo a Ivan, que caminaba hacia él después de haber cerrado las ventanas y la puerta con llave—. Hace muchísimo calor.

—Mira, nunca se sabe.

—No sé qué es exactamente —dijo Johnny—. ¿Tú has estado allí alguna vez?

—No, nunca me había fijado. Pero vamos a ver...

Echaron a andar, primero por los campos de heno, segados, donde ya había empezado a crecer el forraje de invierno. El efecto era muy bonito: las primeras y delicadas hojas de hierba brotaban entre los tallos ya secos. Ivan, alegre pero evasivo, iba delante, inusualmente atento a cualquier cosa que pudiera comentar; Johnny, en cambio, quedó atrapado casi de inmediato en el cálido y pausado ritmo de sus pasos: veía cómo sus pies aplastaban los tallos tiernos y, al mismo tiempo, hacían crujir los rastrojos. Ivan lo esperó junto a la valla del siguiente campo, inquieto quizá al ver las vacas que pastaban a unos cien metros de allí. Cogió a Johnny por el brazo.

—Gracias por contarme todo eso, querido. Lo de esta mañana, ya sabes.
¿Lo decía con sarcasmo?

—Bueno, tampoco te he contado gran cosa...

—No, en serio...

—Es un tema del que no suelo hablar, así que puedes considerarte afortunado.

Dos o tres vacas se fijaron en ellos, se quedaron mirándolos, al principio inseguras, y, por lo visto, decidieron que valía la pena acercarse un poco más a ellos. A Johnny no le asustaban las vacas; de pequeño se movía sin miedo entre ellas en la granja de su amigo Sam Peachey; redujo el paso al darse cuenta de que Ivan tiraba de él hacia atrás.

—Si tú lo tienes claro... —dijo apretándole el brazo un instante y mirando alrededor.

Johnny se detuvo, se dio la vuelta y esperó. Miró con gesto alegre a la vaca que estaba más cerca, a unos veinte metros de ellos.

—Claro que sí —dijo—. ¡Soy un Sparsholt, no lo olvides!

Agachó la cabeza y sacudió su larga melena; la vaca se detuvo, desconcertada, y, al cabo de un momento, cautelosa, agachó de nuevo la cabeza para seguir pastando.

—¿Seguro que no es peligroso? —dijo Ivan con una risita nerviosa.

—Por el amor de Dios, si solo son vacas —dijo Johnny mientras las otras empezaban a acercarse, hasta que todo el rebaño los siguió, por misteriosas razones, hasta la siguiente valla.

Desde allí, cuando saltaron esta y se dieron la vuelta, alcanzaron a ver todo el valle hasta West Tarr; la casa se veía de lado, brillante, y parecía más grande, rodeada de árboles y matorrales, que desde cerca.

—Qué bonita es —dijo Ivan.

—Preciosa, ¿verdad?

—Hoy en día no les habrían dado permiso, seguro.

—¿En qué año se construyó? ¿Antes de la guerra?

—En 1939 —dijo Ivan—. Entonces no debía de ser tan difícil.

Desde aquella distancia, casi un kilómetro, el propio concepto modernista de cubo de cristal parecía más honesto, más extraño y más abandonado. Con el tiempo, los árboles, la hierba, el efecto blanqueador del sol y el desgaste de

la lluvia acabarían destruyendo cualquier construcción, pero, en aquel caso, a esos elementos se les había planteado un desafío casi temerario.

—En algún otro sitio, como California, sería diferente.

—Sí, supongo que sí —coincidió Johnny; en Inglaterra, bueno, en Gales, un edificio como aquel parecía una doble provocación: contra el mal gusto y contra el mal tiempo. ¿Cuántos años aguantaría? Echaron a andar en fila india por el cabo hacia el granero en ruinas y Johnny empezó a sentir el remordimiento que siempre lo invadía antes de marcharse de un sitio que sabía nunca volvería a ver. Ivan apretó el paso, Johnny se quedó rezagado y casi se detuvo. La expresión que utilizaba su padre provenía del mundo de la industria: cuando salían a pasear, decía que Johnny hacía «huelga de brazos caídos», porque sus padres siempre iban delante y él se quedaba atrás, inexplicablemente embelesado con el color o la sensación de un prado, un seto vivo en verano, el campanario de una iglesia que descollaba entre los árboles. «No sé qué miras, hijo —le decía su padre—, parece que estés en trance», pero la impaciencia de su madre tal vez tuviera otro matiz, y ella miraba con indulgencia y frustración las cosas que en otros tiempos a ella también le había gustado contemplar y que se había visto obligada a abandonar. En la mirada de su madre se adivinaba una pizca de vana lealtad, pero en la de Ivan, no. Lo alcanzó y fueron juntos hasta la siguiente valla, pero aquello solo era un juego de cercanía, y Johnny, sumido en la soledad de su diferencia, sentía algo más sutil que su fracaso en la cama, pero que lo confirmaba: que alguien que compartía tan poco su estado de ánimo jamás podría compartir su vida.

9

Fran opinaba que Johnny tenía que retratarlas a Una y a ella juntas. Sería el primer retrato doble lésbico, toda una novedad; al menos, ni Johnny ni ella recordaban haber visto ninguno. Los cuadros de amantes masculinos juntos tampoco abundaban, todo lo contrario. Existía uno de los años cuarenta donde Benjamin Britten aparecía, como en un extraño *collage*, parcialmente superpuesto a Peter Pears, y Johnny había recortado de una revista una

fotografía de un retrato de Hockney de Isherwood y su novio, sentados cada uno en una butaca, a cierta distancia. Pero ¿dos mujeres juntas? No descartaban la posibilidad de que hubiera algún cuadro, pero, como decía Fran, solo les prestaban atención a los hombres. ¿Y cómo lo iban a hacer?

—Tengo un par de ideas —dijo Fran.

El siguiente viernes, después de cerrar la tienda, Johnny fue hasta la esquina de Cheyne Walk. Llevaba el maletín de pintor de piel negra que le habían regalado su madre y Barry cuando cumplió veintiún años, con sus iniciales grabadas en oro en una esquina: «J. D. S.» Era una tarde luminosa, el río estaba en marea alta, el rumor y los gases del tráfico invadían el dique. Era la primera vez que le pedían que fuera a la casa de Sir George y contemplaba aquella visita como un positivo paso adelante en su amistad con Fran, levemente ensombrecido por la sensación de que lo habían llamado, como a cualquier otro empleado, para que fuera a realizar un trabajo. Al empujar hacia abajo el picaporte de la alta cancela de hierro, que una vez que hubo pasado se cerró sola mediante una cuerda lastrada, tuvo la agobiante sensación de hallarse en la finca de su padre, con aquel sendero enlosado que conducía a la alta casa de ladrillo rojo, un lugar donde Fran y sus amigos habrían sido objeto de su sarcasmo, pero también había algo más, intermitente pero pertinaz, pese a todo: la sensación de arrastrar un deje de escándalo, en su físico o simplemente por su apellido, y llevarlo con él a lugares donde habrían preferido que no entrara. De todas formas, Sir George estaba de viaje, «En Frankfurt», dijo Fran, como si eso lo explicara todo. Johnny se demoró un momento para admirar aquel hermoso y antiguo edificio. Una añeja glicina trepaba entre las ventanas de la planta baja y por debajo del frágil balcón blanco del primer piso; parecía que lo sujetara, pero al mismo tiempo, sin duda, a lo largo de lentas décadas lo iba arrancando de la fachada; entre las hojas todavía se veían racimos de flores de color malva. El balcón tenía dos puertas cristaleras; una estaba abierta y sus estrechos paneles de cristal, formando un ángulo, reflejaban la luz del sol.

Johnny habló por el telefonillo, pero Una bajó a abrirle la puerta. En la penumbra del recibidor, largo y estrecho, al cerrar la puerta y pasar a su lado para guiarlo hasta el piso de arriba, Johnny comprendió que Una no solo era una amiga, sino una figura muy importante en la vida de Francesca; subió delante de él, descalza por las alfombras oscuras y la pulida madera de roble,

con una especie de orgullo huraño por todo aquel escenario y con cierto pudor, cuando le abrió la puerta del salón del piso de arriba, como si lo dejara entrar en un nuevo territorio íntimo, pero, al fin y al cabo, era para capturar precisamente eso para lo que él había ido allí. Se quedó quieto examinando la estancia, el suave reflejo del río en los sencillos paneles de roble de las paredes, el intenso olor a abrillantador (cera de abeja y una pizca de aguarrás), mezclado con el dulce perfume de los lirios blancos que adornaban unos altos jarrones. Había imaginado que la casa estaría repleta de cuadros, como la casa de Evert, pero, al menos en aquella sala, solo había tres, cada uno iluminado con su lamparita de bronce individual: los Whistlers. Se acercó al más pequeño, colgado sobre un aparador de la pared de enfrente, para examinarlo: un cuadro oscuro, apaisado, con una barca y la silueta de un hombre remando sobre el fondo gris del agua.

—Es increíble...

—¿Te gusta? —preguntó Una.

Entonces se le planteó el pequeño dilema de cuál examinar a continuación. Los tres eran paisajes del Támesis y colgaban, serenos, a solo unos metros de donde los habían pintado. Había algo inquietante a la par que maravilloso en lo limitado de su interés: era frío e implacable como el propio Sir George; esa era la prueba, nada estridente, de un éxito absoluto.

Francesca llegó al cabo de un momento, le dio dos besos y se sentó antes de haberlo mirado siquiera. Arrugó la cara al encender un cigarrillo y cerró el mechero con un chasquido.

—Tendrías que descalzarte, Johnny, es por estas valiosas alfombras. — Johnny no supo calcular qué cantidad de burla y qué cantidad de aburrimiento, inspirados por aquella norma doméstica, encerraba su amago de sonrisa. Se sintió aún más torpe cuando dejó en el suelo su maletín de pintor y, dando un saltito hacia delante, se desabrochó los botines de ante. Ella llevaba unas zapatillas puntiagudas negras, sin tacón, unos pantalones de seda negros ceñidos y una blusa camisera roja con bordados.

—¿Tu padre siempre va descalzo por la casa? —preguntó Johnny, y dejó las botas, juntas, al lado de la puerta.

—¿Cómo? Ah, no, papá no, pero a él no se le ensucian los zapatos.

Se quedó de pie, frotando el pelo corto y sedoso de la alfombra a través de sus calcetines viejos.

—¿Te apetece una copa? —dijo Una.

Y, a pesar de que le apetecía, Johnny contestó:

—No, esperaré a haber terminado el dibujo. Creo que será lo mejor. — Quería estar sobrio para trabajar y tampoco quería que ellas se emborracharan.

—Entonces esperaremos todos —dijo Francesca mirando con aire distraído a Una.

Johnny fue hasta la puerta cristalera y salió, con cuidado, al estrecho balcón, que tenía una delicada balaustrada de hierro forjado. La vista era curiosa desde aquella escasa altura: la isla de vegetación del parque, con sus acebos y sus bancos, y luego la calzada; el balcón tembló cuando el semáforo se puso ámbar y unos camiones de gran tonelaje arrancaron y fueron cambiando de marcha. Más allá del tráfico, entre las copas de los plátanos, se distinguía la gris extensión del río, las frías ondulaciones y los surcos de sus corrientes. Y, al otro lado, un vacío extraño y ruinoso que Whistler (como Johnny pudo apreciar cuando entró y volvió a mirar el cuadro) ya había captado en las tres pinceladas marrones cuyos sencillos accidentes (la estela curvada de un pelo suelto, el fantasma de una burbuja, ese instante de adherencia en que el pincel se separaba del lienzo) eran también pequeños milagros de observación: un muro, un tejado, una chimenea que se alzaba entre la bruma. No cabía duda de que se trataba de un genio; Johnny se volvió y miró a las dos mujeres, que se miraban fijamente a través del humo del cigarrillo de Fran.

El genio era inspirador, pero Johnny prefería no retratarlas allí.

—¿Hay alguna otra habitación que podamos usar?

—¿Otra habitación? —dijo Fran.

—¿Un poco más luminosa?

—Ah, ya. —Fran esbozó una sonrisa que daba a entender que no estaba del todo convencida.

—La cocina —propuso Una.

—De acuerdo —concedió Johnny.

—¿Y arriba? —preguntó Fran.

—Vale —dijo Una.

Fran se levantó y se llevó el cigarrillo al balcón y desde allí lo tiró al

jardín de la casa de al lado.

—Se me ha ocurrido una postura —dijo.

—Sí, yo también tengo algunas ideas —dijo Johnny. Comprendió que era importante no perder el control de la situación. Las siguió hasta el piso de arriba y por un pasillo y, mientras hablaban, iba observándolo todo furtivamente. Y de pronto lo vio, colgado sobre el cuenco de flores secas aromáticas que reposaba en una cajonera de nogal: *Finales de verano, ocaso*.

—¡Míralo! —exclamó.

Francesca se dio la vuelta y lo vio contemplando el cuadro con una sonrisita en los labios.

—Ah, ¿no es ese tu cuadro, querido?

—Sí, sí que lo es. —Se enorgulleció de encontrarlo allí, de comprobar que se le había adelantado, pero también le preocupó un poco, después de haber visto las obras impecables del piso de abajo. Los retoques destacaban traicioneros. No quiso examinarlo desde demasiado cerca, pero Sir George debía de saberlo, ¿no?

Volvió a preguntárselo mientras cambiaban de sitio los muebles del dormitorio. Si Fran y Una, que retiraban la colcha y metían unas prendas de ropa en el armario, estaban tan enamoradas y eran tan inseparables, hasta el punto de que estaban planeando tener un hijo, Sir George debía de estar al corriente de todo y, de alguna forma, debía de haberlo aceptado. Ellas ocupaban aquella habitación amplia y luminosa en la que él todavía no se habría atrevido a entrar con sus propios padres; la habitación de Evert era lo más parecido que había visto hasta entonces.

Había un pequeño canapé cuyo respaldo curvado serviría para encuadrar la composición.

—Es terriblemente incómodo —dijo Fran, pero lo probaron: las chicas se sentaron formando un ángulo, ambas mirando hacia abajo, más allá la una de la otra, como si meditaran sobre la misma idea.

—Muy bien —dijo Johnny.

—¿No crees que deberíamos tocarnos más?

—No, así estáis muy bien. —De pronto había reparado en que, en realidad, aquel era el primer día de su carrera profesional y tenía que demostrar que sabía hacerlo él solo; contaba con su instinto, por supuesto, y también con su formación, tenía su licenciatura y recordaba centenares de

retratos, aunque eso, más que ayudarlo, lo confundía un poco. Una vez que las dos mujeres se hubieron colocado, tuvo que encontrar el ángulo y la distancia desde donde observarlas. Miró alrededor, cambió una butaca de sitio, apartó con delicadeza el sujetador negro que había encima, se sentó y empezó a dibujar.

Le encantaba dibujar, pero los retratos eran especiales, porque trabajabas con público. Aun así, al cabo de un par de minutos, ya se había acomodado; los tres guardaban silencio, un poco cohibidos, y solo se oía la respiración de Una y el suave roce del carboncillo.

—Si queréis, podéis poner un poco de música —comentó Johnny.

—Ah, no importa —dijo Fran.

Sus cabezas eran muy diferentes y él todavía no había resuelto la cuestión de cuál de las dos debía tener más prominencia. Una era más corpulenta, pero Fran era el miembro dominante de la pareja o eso le parecía a él. Tendría que tener tacto.

—¿Cómo vas? —preguntó Fran, cambiando ligeramente de postura, pasados unos cinco minutos, para mirarlo a la cara. Johnny sonrió, cordial, mientras trabajaba con el borde del carboncillo y las miraba fijamente, no como personas con las que mantenía una charla, sino como modelos, y a las que por tanto estaba autorizado, y obligado, a mirar fijamente—. ¿Te sale bien?

—Bueno, creo que sí. —Se alegró de lo poco que Fran lo intimidaba ya.

—¿Cuánto crees que tardarás?

—Hmmm... No seas impaciente.

Fran se recostó, guardó silencio durante un minuto y luego volvió a hablar, pero esa vez mirando para otro lado. Lo único que delataba su nerviosismo era su pestañeo.

—Queríamos saber si estarías dispuesto a hacernos un bebé.

Johnny intentó fingir que no había entendido a qué se refería. Se le aceleró el corazón y se puso colorado; decidió refugiarse en una falsa torpeza.

—¿De qué tamaño?

—Pues... —Las chicas se miraron.

—Pero... ¿un óleo o un dibujo, como este?

Una hizo entonces una de sus poco frecuentes declaraciones:

—Queremos tu esperma, hombre, por favor.

Johnny aspiró de golpe, se sonrojó aún más y se puso a sombrear a toda velocidad con el carboncillo.

—¡Ah, ya entiendo! —dijo.

—Es que nos hace muchísima ilusión tener un hijo —explicó Fran.

—Vale...

—Pero necesitamos... —Miró a Una—. Necesitamos un donante, ¿me explico?

—Nos parece muy agradable —añadió Una, como si hiciera una concesión absolutamente inesperada; mantuvo la pose, pero ahora había en su cara algo huidizo que Johnny jamás podría capturar.

—Y bastante guapo —añadió Fran—. No queremos tener un hijo horrible. Y tú tienes buena salud, ¿verdad, querido?

—Pues... sí, creo que sí —afirmó Johnny.

—No puedes hacerlo como mínimo desde una semana antes —dijo Una—. Ya me entiendes: con nadie más.

—No creo que haya ningún problema —dijo Johnny, y sintió que la situación se les iba de las manos.

—Ni contigo mismo —puntualizó Fran con severidad.

—¿Puedo pensármelo? —preguntó Johnny, aunque daba la impresión de que no tendría tiempo para pensárselo mucho.

—Por supuesto que sí, querido —respondió Fran, como si ella también lo considerara una mera formalidad.

—Porque... ¿quién va a ser la madre? Si no os importa que lo pregunte.

—Claro que no —dijo Fran—. Seré yo.

—Bueno, tendremos uno cada una, cariño —aclaró Una—. Eso fue lo que acordamos.

Johnny siguió dibujando: se concentró en el respaldo del sofá, el espacio que quedaba entre las dos caras casi blancas, contento de estar ocupado. Tenía la impresión de que las chicas, que ahora estaban un poco sonrojadas, también se alegraban de tener que mantener la pose, porque eso era lo que hacía posible aquella extraña conversación. Sin embargo, para el pintor no era tan fácil. Ladeó la cabeza e hizo una serie de trazos ostentosos, como quien finge que sabe dibujar. Que le pidieran su esperma le pareció un

cumplido de lo más estafalario y, además, suponía consecuencias importantísimas, unas consecuencias que cualquier joven de su edad preferiría evitar. Aquello era un gran desafío a su sentido del humor, a su amistad y a eso que él todavía no había puesto a prueba: su virilidad. ¿Se lo habrían pedido a Ivan? Si se lo habían pedido, él había rechazado la proposición y eso, por sí solo, ya lo presionaba, aunque al mismo tiempo le ofrecía una excusa, un precedente.

—¿No dijiste que no tienes mucho dinero? —dijo Una.

—No, no mucho —confirmó Johnny, esta vez aliviado, sin intención de preguntarles a ellas cuánto dinero tenían—. Cyril me paga veinticinco libras por semana y mi padre me da diez al mes, pero bueno, no nos tenemos que casar, ¿no? —Se dio cuenta de que no le había prestado atención a ese aspecto de la conversación que todavía no se había producido, pero que sus amigas debían de haber repasado con todo detalle antes de hablar con él. Pensó que la precariedad de su economía debía de ser una valiosa cláusula de rescisión.

—¿Con quién quieres casarte, con las dos? —dijo Una con una sonrisita burlona.

—¿Y el padre tendría derecho a ver al niño? —inquirió Johnny, refugiándose en un aspecto más abstracto; suponía que si no lograban convencerlo a él, convencerían a otro. Le sorprendió descubrir que estaba celoso de la idea, de la imagen ridícula, de Ivan con un bebé.

—Se podría acordar, sí —contestó Una—, si quieres.

—Pero la niña tendría que llevar mi apellido —recordó Fran.

—O el niño... —dijeron Una y Johnny, casi a la vez.

—Vale, sí —dijo Fran con fastidio, aunque no estaba claro si por la simpleza de los otros dos o por aquella indeseable alternativa. Aunque a Johnny se le ocurrían otras opciones: tenía la impresión de que ese bebé se lo iban a quitar al cabo de pocos segundos de pronunciar su nombre por primera vez.

—Me lo tendré que pensar —volvió a decir, pese a ser absurdo.

—Quiero que lo pienses con mucho detenimiento —dijo Fran.

Johnny se rió de su propia superficialidad cuando dijo:

—Porque..., claro, yo nunca he hecho esto.

—Ya. Nosotras tampoco —dijo Una sin más. Johnny se dio cuenta de que era una estrategia muy inteligente. Las chicas ya habían plantado en su corazón la posibilidad impensada de ser padre. De pronto se imaginó a sí mismo dándole la noticia a su padre, el ambiguo orgullo que sentiría por aquel acto casi heterosexual, la inesperada revancha, pero entonces empezó a pensar en todas las jugosas e irónicas razones que desaconsejarían que se lo contara.

—Bueno, tengo que dejarlo ya por hoy. —Soltó una risotada cuyo volumen le sorprendió y tapó el dibujo con la cubierta del bloc. Tenía la impresión de que los tres abordarían la siguiente sesión de forma muy diferente.

Fran sonrió y dio un suspiro.

—Menos mal —dijo, y se apresuró a levantarse—. Vamos a beber algo.

Bajaron a la cocina y, al cabo de un minuto, todos tenían una copa de vino rosado frío en la mano.

—Tiene pinta de ser un buen vino —dijo Fran mientras volvía a guardar la botella en la nevera, pero se apoderó de ellos un mutismo extraño y se echó en falta un brindis, pues, al menos de momento, todavía no había nada que celebrar. Johnny, de todas formas, agradeció aquella copa, cuyos efectos sintió descender y extenderse para enmascarar la sensación simultánea de todo lo que aquella propuesta conllevaba. ¿No debía decirles cuanto antes que era imposible? Pero una extraña diplomacia los instaba a no volver a sacar el tema a colación, ahora que ya lo habían mencionado. Las chicas volvieron a sentarse a la mesa una al lado de la otra y, con una repentina sensación de ineptitud y nostalgia, por no tener él pareja, Johnny se sentó enfrente—. Bueno, cuéntenos cómo fue tu fin de semana romántico en Gales.

—Ah, bien —contestó Johnny.

—¿Cómo? ¿Solo «bien»?

—La casa era preciosa. —Al menos podía sonreír al recordarla.

—¿De verdad te lo pareció? Eres demasiado indulgente con la obra de mi abuelo.

—¿A ti no te gusta?

—Nunca estoy segura del todo. Y creo que mi madre tampoco.

—Todavía está llena de cosas. Hay muchos dibujos de Stanley.

—Fascinante... —Fran encendió un cigarrillo y apagó el mechero—. ¿Y qué tal...? Ya sabes, lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—El sexo —dijo Una.

—¡Ah! —Johnny volvió a ponerse colorado—. De eso también hubo un poco.

—¡Por fin! —dijo Fran—. Gracias a Dios.

—Aunque, en realidad... —dijo Johnny—, él es gerontófilo.

Fran dio una larga calada y expulsó el humo.

—Bueno, eso ya lo sabías, querido.

—Me dio la impresión de que está más enamorado de mi padre que de mí. —Fran le lanzó una mirada curiosa, pero comprensiva—. Sí. Y... —No le gustaba emplear la palabra «calientabraguetas»—. Sí —repitió, asintiendo con la cabeza antes de apurar su copa.

Cuando entraron en el salón ya hacía frío y Fran cerró las ventanas. Los Whistlers destacaban aún más en la creciente penumbra. No estaba claro qué iba a suceder a continuación. Johnny tenía hambre y, si bien habría sido razonable que hubieran cenado juntos, también habría sido un poco violento. Cogió los zapatos que había dejado junto a la puerta y bajó por la escalera detrás de las chicas hasta el recibidor. Cuando había llegado, apenas se había fijado en este, que ahora, con su consola, su espejo y sus sillas allí dispuestas, era el testimonio del fin de una visita: estaba igual, pero él lo veía con distintos ojos. Fran abrió la puerta.

—¿Me harás una llamada, querido? —dijo.

—¡Oh! —Johnny rió.

—Creo que ya tienes mi número.

Para Ivan, los planetas se habían alineado. El día anterior, una dolorosa pelea desarrollada en tres tiempos había hecho resonar, en el piso de abajo, un fuerte portazo tras otro; solo se habían oído con claridad unas pocas frases, lanzadas sin pudor, a un volumen asombroso, entre largos silencios. Después, nuevos arranques, al principio velados e inexpresivos, y, en el tercer acto, el clímax, Herta, espléndida en su propio estilo, había gritado ultimatums que nadie se había tomado en serio. Denis se había marchado: su bolsa de

viaje, su cepillo de dientes y su lubricante ya habían desaparecido cuando Ivan hizo su silenciosa aparición. Herta también se había marchado, pero Evert le dijo que solo se ausentaría el fin de semana; Evert se las había apañado lo mejor que había podido, pese a que no sabía dónde iba cada cosa y sus conocimientos de la ciencia culinaria eran escasos debido a lo poco que frecuentaba la cocina. Ivan le había ayudado a fregar los platos. Evert en mangas de camisa y chaleco secando la vajilla, entregado a una sosegada rutina, constituía para Ivan una visión peligrosa, un fugaz ensayo de felicidad. El plato, la taza, la copa de vino, el vaso de whisky de la noche pasada; el plato, el cuenco, la cuchara y la taza y el platillo de la mañana; les daba vueltas con cuidado en el agua jabonosa, enjugaba cada pieza bajo el chorro de agua del grifo, antes de ponerlas en el escurridor o, un par de veces, en las manos de Evert. Evert salió a comer, regresó a las siete, hizo unas llamadas. Ivan, con la puerta de su habitación abierta, oyó el ruido de un tapón de corcho a las ocho y luego oyó música de orquesta a través de una puerta cerrada.

A las nueve apenas entraba luz en la habitación de la buhardilla y la luna, llena o casi llena, suspendida sobre el antepecho, se asomaba, dulce pero implacable, a la mesa de Ivan, a su diario, los montoncitos de cartas y recortes, alguna fotografía del «Primer Ocho de Brasenose», tomada en Oxford durante el primer trimestre del curso de 1940. Él apenas vio nada de todo eso cuando, emocionado, subió del cuarto de baño del tercer piso, lavado, rociado con polvos de talco, afeitado y perfumado con loción de afeitar. Johnny le había dicho que sus vaqueros negros ajustados eran muy sexis, así que se los puso encima de unos calzoncillos limpios; se sentía animado por los cumplidos que le había hecho Johnny, guiado por ellos. Esa noche, si todo iba bien, las chicas iban a plantearle su propuesta. Eso abriría otro capítulo, uno muy divertido, en la carpeta que él tenía desde hacía tiempo, marcada con una etiqueta que rezaba: «El caso Sparsholt.» Se decidió por una camisa blanca de Oxfam, de cuello Mao, se dejó dos botones desabrochados y se remangó las mangas hasta dejar a la vista sus blancos bíceps. Iba descalzo. Quería bajar a ver a Evert así, como si su propio deseo lo hubiera sorprendido mientras se vestía o se desvestía. Bajar como un mensaje del cerebro al corazón dolido y al cuerpo desatendido.

La madera vieja del suelo, la alfombra raída del rellano, la última luz del

día que entraba por el tragaluz, las sombras como velos de la parte alta de la escalera... No encendió la luz. Los peldaños crujían bajo sus pies, como siempre, pero sus pasos no eran de ladrón, sino de dueño. Una estrecha franja dorada se filtraba por debajo de la puerta del salón e Ivan se quedó un momento allí, rozándola con los dedos de los pies, como si llevara las uñas pintadas. La música sonaba más libremente, grandiosa, poco hogareña, muy distinta de la que Ivan habría escogido para un momento de crisis (pero él no tenía sentido musical, Johnny lo había dicho en el coche, con un extraño deje de resentimiento, volviendo de Gales). Evert sí lo tenía, excelente; bueno, ya encontrarían la forma de solucionarlo. Levantó una mano para llamar con los nudillos, la dejó suspendida un instante en la oscuridad, pero la dejó caer con silenciosa convicción y la posó en el picaporte redondo de latón y lo hizo girar y empujó y abrió la puerta. El pequeño chasquido del picaporte al volver a la posición original quedó sobradamente ahogado por los atronadores vientos de una orquesta colosal.

Evert estaba repantigado en el sofá en mangas de camisa, ya había oscurecido lo suficiente para que Ivan viera la imagen de su cara reflejada en la ventana, la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, la corbata aflojada; sin embargo, su mano derecha ascendió y dibujó una floritura a su lado, a escasos centímetros de la alfombra, a modo de respuesta y estímulo. Tumbado boca arriba, dirigía la orquesta. Ajeno a la presencia de Ivan, la situación parecía cada vez más irreal y se volvía más complicada. Mirarlo sin que él se supiera observado era un lujo que Evert tal vez lamentara si abría los ojos. Ivan se puso en tensión y carraspeó, pero los trombones y las trompas, implacables, anularon su gesto. Entonces aflojaron.

—Evert —dijo Ivan—. Hola, Evert.

Evert se incorporó un poco, girando el torso, y lo miró.

—Ah, hola, tesoro. Dios mío, qué susto me has dado.

—Lo siento...

—No te he oído entrar. —También había un vaso en el suelo, vacío. Evert lo buscó a tientas al tiempo que bajaba las piernas del sofá y miraba a Ivan—. ¿Pasa algo?

—Ah, no, no —dijo Ivan. Se le acercó, despacio, para aliviar cualquier temor. Le gustó, bajo los pies descalzos, el tacto áspero de la alfombra que había pisado a menudo con sus zapatos de cuero con cordones y detalles

perforados—. Solo quería saber si estabas bien.

—Ah... Sí, sí. Gracias, qué amable por tu parte.

La música seguía con su propio drama y era evidente que estaba alcanzando un clímax que era difícil ignorar educadamente. Evert todavía estaba concentrado en ella.

—¿Es Mahler? —preguntó Ivan.

—Hmmm, efectivamente —confirmó Evert. Se miraron a los ojos, como si se concentraran juntos en la música, y a Ivan le pareció que Evert ya estaba cautivado.

—¿Te sirvo otro vaso?

—Bueno, ¿por qué no? —respondió Evert—. Lo de siempre. —Y le acercó su vaso.

—Me parece que ya sé qué es. —Ivan fue hacia la bandeja, que estaba al lado del equipo de música, al fondo de la habitación. Evert no dijo nada más; se inclinó hacia delante, con los brazos caídos entre los muslos, bajo el hechizo no solo de Mahler sino también del alcohol. Los dos chorros de sifón apenas diluyeron los dos dedos de Jameson's—. Si está demasiado fuerte, dímelo —dijo Ivan cuando le puso el vaso en la mano.

—¡Oooh! —exclamó Evert, y pareció que cavilaba un momento—. No, está perfecto. ¿Qué vas a tomar tú?

Ivan se sirvió un vaso generoso de vodka con tónica.

—¿Puedo coger un poco de hielo?

—Claro que sí. —Evert miró alrededor—. Bueno, ya sabes dónde está.

Sí, lo sabía. Desde la cocina, oyó el poderoso estruendo final de la pieza musical y se apresuró a regresar por si Evert ponía otro disco, pero, tras dar un chasquido, el brazo del tocadiscos retrocedió, el disco dejó de girar; la luz roja quedó encendida y por los altavoces se oyó un breve chisporroteo al mismo tiempo que, en la habitación de al lado, el motor de la nevera se ponía en marcha.

—Cuéntame, ¿qué hacías?

—Nada, escribir un poco —dijo Ivan, y, como Evert estaba sentado en medio del sofá, añadió—: Muévete un poco... —Levantó un cojín y lo ahuecó y se sentó a su lado.

—¡Salud!

—Salud. —Ivan le apretó brevemente el antebrazo a Evert, como si quisiera transmitirle ánimos. Sentado a su lado, contemplando la chimenea, los pensamientos de Ivan iban formándose y se deslizaban por las frondas y los rizos del parachispas tapizado, por la línea de postales e invitaciones, sin apenas fijarse en ellas, que había en la repisa de la chimenea, por debajo del marco marrón del Ben Nicholson más grande y más valioso. Sonrió y fue como si Evert notara que sonreía.

—Todavía no me has contado nada —dijo, e hizo una pausa de desaprobación— de tu visita a West Tarr.

—¿Recibiste nuestra postal?

—Sí, fue un detalle adorable por vuestra parte, pero no me explicaba nada de lo que yo quería saber.

—Ah, bueno... No estuvo mal.

—¿La casa está bien?

—Sí, bastante bien. Un poco húmeda y sucia, pero nos apañamos bien.

—Ah, estupendo. Quería saber si todo había ido bien.

—¿Te refieres... a nosotros dos?

—Le tengo mucho cariño a ese chico.

—Ya lo sé...

—Tiene talento. No sé cómo pinta, pero sé que es un buen dibujante.

Ivan no quería cederle demasiado protagonismo a Johnny.

—Vive un poco encerrado en su propio mundo —dijo—. Yo le hice abrirse un poco.

Evert removi6 su vaso.

—Me parece que est1 enamorado de ti.

Ivan dio un d6bil resoplido de desd6n.

—Dime, ¿os...? —Evert no acab6 la frase—. S6 tan poco sobre las costumbres de los j6venes...

—¡Uy, los j6venes! —dijo Ivan antes de soltar una risotada.

—Aunque hay cierto joven que sabe m1s de la cuenta sobre este viejo.

—¿En serio? —Ivan, acicateado por esa insinuaci6n, torci6 la cabeza hacia Evert y le sonri6 y Evert hizo otro tanto.

Ivan no sabía c6mo, pero sabía que iba a suceder. Sabore6 su convicci6n con serenidad mientras se volvían los dos y miraban de nuevo al frente; en

aquella sonrisa se había expresado algo innegable. Se apoyaron ligeramente el uno en el otro y se hundieron un poco en los blandos cojines. Ambos tenían el vaso en la mano derecha; hubo un momento un poco incómodo cuando Ivan deslizó sus dedos entre los de Evert. Evert levantó el vaso con la otra mano y tomó un sorbo e Ivan se apoderó de su otra mano y las dos se entrelazaron. Se quedaron quietos durante diez extraños segundos exploratorios: breves presiones recíprocas de dedos y palmas de las manos, la mano de Evert fuerte y dura, experta.

—No sé si te apetece que ponga un poco de música —dijo—. ¡No tiene por qué ser Mahler!

Ivan rió un poco, quitándole importancia al asunto; se inclinó hacia delante para dejar su vaso en el suelo, se echó de nuevo hacia atrás, se corrió un poco hacia un lado y levantó los brazos para atraer hacia sí la cabeza de Evert. Los ojos de Evert, en un brevísimo instante de vacilación, oscuros, ampliados, borrosos por efecto de la forma de media luna inferior de sus lentes bifocales, parecieron interrogar, evaluar y, por último, cuando Ivan lo besó, aceptar todo aquello. Todavía sujetaba el vaso con la mano izquierda y tuvieron que separarse un momento para que, tras dar un último sorbo, lo dejara en el suelo. Sus labios y su lengua sabían a whisky y su barba rala le hizo cosquillas a Ivan cuando le rozó los suaves labios y el liso mentón. Estaban abrazados, pero al estar todavía sentados lado a lado se sujetaban con un fervor un tanto torpe. Al cabo de un minuto, Ivan se montó encima de él y se sentó a horcajadas sobre sus rodillas; Evert hizo una mueca y se preparó para acomodar el peso de Ivan. Para Ivan había algo aún más excitante que sus besos en los ojos de Evert, que ya habían mirado a otros amantes mucho antes de nacer él y que ahora lo miraban a él. Le levantó las gafas, se inclinó hacia un lado para dejarlas encima de la mesa; esos rápidos detalles prácticos acrecentaban el encanto del momento, la rendición a lo que tenía que suceder. Evert parpadeó, mostró la cara desnuda por primera vez, la cara que tenía en la cama; manoseó a Ivan, ascendió con las manos por su torso. «No veo nada...» y, luego, con total tranquilidad, las hizo descender para frotar y apretar el duro bulto atravesado y atrapado bajo la tela de sus vaqueros. Era como si, sin las gafas, no pudiera verlo: se sonrojó, pero no de timidez, sino de renovado apetito.

Ivan le desabrochó la camisa a Evert, le levantó la camiseta, lo acarició,

se arrodilló entre sus piernas para besarle el vientre, levantó una mano y le pellizó las duras tetillas. Se dio cuenta de que, en su juventud, Evert había sido atractivo, como lo son esos hombres delgados que nunca se han molestado en practicar ejercicio y, además había sido soldado, muy apuesto con su uniforme, hacía treinta años. Ahora había engordado de cintura, lo que le aportaba sensualidad; el pecho, sin vello, se había deslizado ligeramente hacia abajo y hacia los lados y le habían salido unos pliegues adorables bajo los brazos. Una belleza se fundía con la otra: la juventud superviviente y un declive exquisito. Al revelarlo y mirarlo y tocar su piel desnuda, el corazón de Ivan empezó a latir desbocado y se le quedó la boca seca. Se desabrochó la bragueta a toda prisa y se bajó los pantalones y los calzoncillos; se puso en tensión en previsión de la temible posibilidad de correrse enseguida, su problema. Tenía que pensar en otra cosa mientras le desabrochaba el botón del pantalón y le bajaba la cremallera con la destreza y el gesto inexpresivo de un enfermero.

IV. PÉRDIDAS

1

Se sentó en el banco de madera, enfrente del retrato, y escuchó los comentarios de la gente. Algunos pasaban caminando despacio, otros se quedaban parados unos diez segundos hasta que el siguiente cuadro, u otro muy llamativo de más allá, les llamaba la atención y, de vez en cuando, una pareja o, más a menudo, un hombre o una mujer sin nadie con quien hablar le dedicaba toda su atención al retrato durante más de un minuto, obstruyendo el civilizado fluir de la multitud. Estaba orgullosa del cuadro, pero aburrída tras las dos largas horas que había requerido la ocasión; llevaba encima su bloc de dibujo y, tras la vacilación inicial, lo sacó de su bolso junto con el viejo paquete de cartón de lápices de colores, cuyas puntas habían rayado por dentro al sacarlos y meterlos. Era inútil intentar dibujar a personas que no paraban de moverse, así que dibujó otras cosas que le vinieron a la mente o a la memoria: una casa primero y luego un retrato de su madre; tenía previsto ir a su casa al día siguiente y podría enseñárselo.

Se alegraba si oía a alguien elogiar el cuadro de Mary Harms, con sus ojos azules de mirada penetrante entre centenares de flores rojas (su padre lo había pintado en una especie de invernadero), pero se lo tomaba con filosofía si alguien decía que no le gustaba o ponía caras raras mientras lo contemplaba; le disgustaban quienes pasaban por delante hablando de otra cosa y sin mirarlo siquiera. Era un cuadro grande y había requerido mucho trabajo (seis meses en total). No sabía muy bien qué opinaba de él: eso era a lo que se dedicaba su padre, lo que siempre había hecho, y ella se sentía incapaz de juzgarlo. Una anciana con cara de loca, tocada con una boina con un prendedor de peltre en un lado, se pasó cinco minutos examinando el cuadro y se acercó tanto a él que un vigilante tuvo que pedirle que se retirara un poco. Se dio la vuelta y miró a Lucy con una sonrisa triste en los labios, como si fuera a decir algo, como si hubiera descubierto la relación de la obra con ella, pero entonces siguió adelante. Los que venían detrás se acercaron, intrigados por saber qué habría encontrado la mujer en aquel lienzo (no quedó claro si ellos también lo habían encontrado). Quizá estuviera realmente

loca. El público de aquellos actos de la Sociedad de Retratistas era muy variado.

—¡Ah! Creía que estabas dibujando un cuadro de un cuadro —dijo un hombre muy alto, con traje oscuro y una corbata con estampado de elefantes, que se asomó por detrás de su hombro.

—No, no —replicó Lucy, y le dejó ver lo que estaba haciendo, pues consideraba que estaba quedando muy bien.

—Ah, sí, maravilloso. Estoy seguro de que pronto estarás exponiendo aquí tu también. —Lucy le sonrió—. ¿Y qué piensas de este retrato? Dime la verdad. —Se diría que lo había pintado él, aunque ella se alegró de tener la seguridad de que no era ese el caso.

—La verdad es que no lo sé. —Se quedaron los dos mirándolo, esquivando las cabezas de la gente que pasaba. Lucy quería saber qué diría el hombre antes de ofrecer ella su explicación. Los sujetos de los cuadros de su padre solían parecer un poco molestos, como si el pintor estuviera revelando algo de ellos que habrían preferido mantener en secreto.

—Es mi mujer —dijo él; y entonces ella se dio cuenta de que en su mirada había algo más: daba la impresión de que se sentía más expuesto, de alguna forma, que su mujer, a quien habían presentado públicamente. Los comentarios de la gente no se referían únicamente al cuadro como obra, sino que también se referían a la modelo, la señora Harms, y revelaban si ella les gustaba o no. Pero antes de que hubiera decidido cómo contestar, otro hombre había llamado al señor Harms, que se alejó tras hacer un pequeño ademán de ánimo.

La actitud de su padre también era extraña, pero Lucy creía entenderla: se sentía incómodo paseándose entre sus obras, así que solo se le acercaba cada pocos minutos para comprobar si su hija estaba bien o para presentarle a alguien que, en ocasiones, se sorprendía de descubrir que tenía una hija. Lo vio pasar otra vez, quizá menos desaliñado que de costumbre: aunque no podía decirse que su aspecto fuera elegante, se había arreglado, a su manera, para la ocasión. «Puede que tú tengas la obligación de llevar uniforme —solía decir—, pero yo no.» El día que terminó el colegio decidió que, a partir de entonces, siempre vestiría como quisiera y, de todas formas, era pintor. Ahora había una pareja bastante borracha (el hombre, con traje de raya diplomática y pajarita, con el pelo negro y engominado; la mujer, con un vestido rojo y

negro, corto) ante el retrato de Mary Harms.

—¡Sparsholt! —exclamó el hombre, y sacó el mentón mientras examinaba la firma—. Hmmm, no sé si yo haría publicidad de eso.

—No digas tonterías, Henry. Él no tiene la culpa de llamarse así —replicó la mujer.

—Pero... —El hombre hizo una pausa y pareció que intentara ser imparcial—. No sé, a ti no te gustaría que te hicieran un retrato y luego lo firmaran con el apellido «Crippen», ¿no?

—Qué comparación tan absurda. Además, es un pintor muy bueno, ¿no crees? Mira, se parece muchísimo a Mary.

—Hombre, tanto como muchísimo...

—¡Ay, estás imposible! —protestó la mujer y rió, indulgente.

La siguiente pareja fue mucho más agradable.

—Es muy contemporáneo, ¿verdad? —observó el hombre.

—Sí, me gusta —dijo la mujer.

El hombre sonrió y se echó un poco para atrás.

—A mí también, querida, pero para verlo en una galería de arte, no para convivir con él.

—No estaba pensando en comprarlo —replicó la mujer, y cogió a su acompañante del brazo—. Uy, por un momento me ha parecido que era Germaine Greer.

—Es que es Germaine Greer —dijo el hombre con una risita, y se dirigieron hacia el cuadro llamativo de más allá.

—Papá, ¿quién es Crippen? —preguntó Lucy cuando su padre fue a recogerla por fin.

—¿Crippen? —preguntó él, y rió, cauteloso, pensando en las cosas que podía haber oído su hija—. Era un hombre que asesinó a su mujer.

—Huyó en un barco con su novia —añadió Evert—, pero lo detuvieron gracias a un telegrama.

—Ah... —dijo Lucy. Ahora aún era todo más misterioso y su instinto le recomendó no continuar.

—No sé qué habrás estado leyendo —dijo su padre

Lucy cerró la cremallera de su mochila.

—No, nada.

—Bueno, vámonos de aquí. Pat debe de haber preparado la cena. ¿Tienes hambre, jovencita?

—Bastante —contestó Lucy, aunque no sabía si le gustaría lo que había cocinado Pat.

—Seguro que estas cansada —intervino Evert—. Yo estoy cansado. —Reprimió un bostezo, lo que hizo que toda su cara se redondeara; entonces se despidió con una sonrisa del retrato de la señora Harms—. Debes de estar contento, querido —añadió, esta vez hablaba con su padre—. Es realmente bueno.

—Gracias, Evert —dijo el padre. Le puso una mano en el hombro al anciano y salieron juntos de la galería.

—Papá —dijo Lucy—, ¿por qué Evert te llama «querido»?

—Está empezando a fallarme la memoria —dijo Evert dándose la vuelta y sonriéndole—, por eso los llamo «querido» y «querida» a todos, así es mucho más fácil.

Lucy reflexionó.

—De mi nombre si te acuerdas —dijo.

Evert la miró y abrió mucho los ojos, casi conmocionado.

—Por supuesto que me acuerdo de tu nombre, querida —aseguró.

—Bueno, vamos a buscar nuestros abrigos —dijo el padre.

En el taxi, la niña se apretujó entre Evert y Clover y su padre se sentó en el asiento plegable, mirando en sentido contrario a la marcha y sujetándose al asidero; de vez en cuando volvía la cabeza. Aquellos viajes al anochecer, torciendo en los semáforos junto a letreros que indicaban el camino a lugares desconocidos, la emocionaban, aunque al mismo tiempo le hacían lamentar un poco no estar dirigiéndose a su verdadero hogar, donde tenía casi todas sus cosas. Mientras Evert y su padre hablaban sobre arte y mencionaban nombres que ella no conocía, Lucy miraba por una ventanilla y luego por la otra, hasta que Clover dijo:

—¿Cómo te va en el colegio, Lucy?

Aquella era la pregunta más aburrida que podían hacerte.

—Bien, gracias.

—¿Cuál es tu asignatura favorita?

Lucy hizo como si pensara.

—Soy la mejor en lengua y en dibujo, pero la tercera en matemáticas.

—Bueno, la tercera no está nada mal —opinó Clover.

Lucy miraba por la ventanilla con una sonrisita en los labios, mientras su padre contestaba preguntas sobre dinero, un tema que siempre le hacía sentirse incómodo: cuánto había cobrado por determinado cuadro o cuánto iba a cobrar.

—¿Y cómo están mamá y Una? —preguntó Clover a continuación.

—Una está resfriada, pero mamá está bien.

Clover miró por la ventana y echó un vistazo a las tiendas.

—¿Y tu abuelo? ¿Cómo está?

—¿Cuál? —preguntó la niña.

—¡Ah! —La pregunta pilló desprevenida a Clover. La familia de Lucy era peculiar, la niña tenía tres abuelos: Sir George, por supuesto; Roy Davey, el padre de Una, y David Sparsholt, el padre de su padre, a quien casi nunca veía. En realidad podía decirse que tenía cuatro, porque su hermano mayor, Thomas, tenía otro padre que, al igual que su padre, vivía con otro hombre, que también tenía un padre, que era alcohólico y vivía en Mallorca. Lucy era una niña muy curiosa, pero los adultos nunca contestaban realmente sus preguntas acerca de por qué las cosas eran como eran—. Me refiero a tu abuelo George —aclaró Clover.

—Ah, está muy bien, gracias. —Todos los abuelos tenían en común una especie de hostilidad que a ella no le expresaban directamente pero que hacía que el ambiente se volviera un poco tenso cuando se encontraban presentes.

—¿Qué sabemos de Freddie, Clo? —preguntó de pronto el padre, y Lucy se encontró en medio de la conversación de los adultos. Su padre había empleado un tono de voz que ella conocía bien, directo y entusiasta, para disimular que se sentía culpable por no haber preguntado antes por Freddie.

—Hmmm... —Clover arrugó la nariz y, con su habitual tono letárgico, respondió—: En teoría saldrá el lunes. Se lo han quitado todo, pero va a tener que hacer mucha quimio. —Le apoyó una pesada mano en el brazo a Lucy para que no se asustara.

—Pero ¿está animado? —dijo Evert, como si de eso dependiera todo.

—Bueno, ya conoces a Freddie —contestó Clover—. Está sentado en la cama, haciendo una crítica de Anita Brookner para *The New York Times* y,

por supuesto, recibiendo cientos de visitas más que cualquier otro paciente de la planta.

La casa de su padre estaba en Fulham, una zona que, en la imaginación de Lucy, estaba siempre bajo una fina niebla gris: lo pronunciaban «Fullum» y sonaba a paso amortiguado, a harina sacudida dentro de una tartera Tupperware (no como el azúcar, con su susurro ágil, que para ella correspondía al sonido de Chelsea, donde vivía Sir George, cerca pero en un mundo completamente diferente). En Fulham Road los números no paraban de subir, ¿hasta dónde llegarían? Seiscientos, setecientos... Iba mirando por la ventanilla y, durante varios kilómetros, no vio más que tiendas de lámparas, un escaparate tras otro repleto de arañas de luces. Luego se metieron por unas calles sin tiendas que parecían el doble de oscuras. Cuando pararon delante de la casa, Lucy sintió alivio y también una débil tensión: de alguna manera, esa era su casa, pero algo había cambiado desde la última vez que había estado allí con su padre. Era una casa adosada, cuadrada, con un porche blanco, y un poco decrepita, francamente. Nada más entrar por la puerta, siempre te recibía aquel olor, el misterio químico de la pintura y el aguarrás. Por la puerta del salón, Lucy alcanzó a ver, a la izquierda, su propio retrato, pintado hacía cuatro años, a tamaño real entonces, aunque ahora ya no tanto. Lucy siempre sentía curiosidad por verlo, aunque no lo dijera, estaba orgullosa de él, pero también la avergonzaba, a medida que se hacía mayor y la cría de ojos redondos con vestidito azul seguía siempre igual. Por una alta puerta de doble hoja se accedía del salón a lo que debería haber sido el comedor, pero que ahora era el taller de su padre, orientado hacia el noreste y evitando la luz del sol directa. Eso significaba que tenían que comer en la cocina; a veces pasaban veladas enteras en la cocina. Aquello era como ver la televisión: Pat preparaba *ratatouille* o algún tipo de asado y podías seguir todo el proceso desde el principio, paso a paso, y, si eras adulto, te emborrachabas. Eso podía llevar una hora o algo más. A continuación, cuando ya estabas a punto de morir de hambre, Pat cerraba de golpe la puerta del horno y gritaba: «¡Vale! Dentro de cuarenta y cinco minutos tendría que estar listo.» Lucy solía rechazar con timidez los extraños alimentos que les servían mientras esperaban, aquel hummus espantoso que Pat preparaba en la trituradora y la *tapenade*, amarga y aceitosa (en teoría debería haber llevado

anchoas, pero en aquella casa estaba prohibido cocinar con animales).

Esa noche, al entrar, su padre dijo: «Cenamos dentro de diez minutos», y Lucy subió corriendo a su habitación. El recibidor, la escalera y el rellano estaban llenos de cuadros de su padre, firmados «Sparsholt» o «JS»; había tantos que no sabías dónde mirar; ¿aquellos eran los tesoros de los que no quería desprenderse o que nadie había querido comprar? Conformaban un registro de años de encuentros de los que ella no había sido partícipe. La distribución iba cambiando y, al pasar a toda velocidad, Lucy se fijó en que había un par de cuadros nuevos colgados; parecían bocetos de retratos demasiado buenos para desecharlos y, según su padre, a veces los bocetos contenían más vida que el lienzo acabado. En su habitacioncita también había un extraño paisaje azul colgado sobre la cama, pero no era de su padre: ella se había acostumbrado a aquella imagen, pero nunca le había interesado saber qué era ni dónde estaba. Arrancó de su bloc de dibujo, con cuidado, el retrato de su madre y lo puso de pie encima del tocador. La cama, alta y con un cojín rosa con volantes, tenía la colcha doblada, pero no se veía por ninguna parte el reconfortante bulto de una botella de agua caliente, ni el cable de una manta eléctrica. Su hilera de libros sí estaba en la repisa, entre dos elefantes negros, y en el armario había unos vestidos y una rebeca que creía haber perdido y, cuando se miró en el espejo del armario, vio a alguien que allí se sentía casi como en su verdadero hogar. Salió para ir al cuarto de baño (no había un aseo independiente), que era lo contrario del cuarto de baño de su casa: había maquinillas de afeitar desechables que no habían tirado a la basura amontonadas en el sucio estante de vidrio, dos clases de jabón de afeitar, un cesto para la ropa sucia lleno de camisetas de tirantes y calzoncillos bóxer grises y apestosos. Había una ducha con una cortina con manchas de moho que sobresalía por el lado de la bañera, unas botellas de gel de ducha oscuras y un extraño guante, áspero, para lavarse. Cuando se bañaba o hacia cualquier otra cosa allí, siempre se daba mucha prisa. Las toallas se amontonaban en el toallero-radiador e incluso la suya, limpia, tenía un olorcillo a hombre.

Llamaron con los nudillos a la puerta y dijeron «¡Perdón!» cuando intentaron abrir; Lucy se apresuró a lavarse las manos. Era Evert y parecía aturullado.

—Tengo una emergencia —dijo, con la mirada ausente, al pasar a su lado

cuando ella salió, y, una vez dentro, no cerró la puerta con pestillo. Lucy recorrió el rellano y volvió a su habitación, se sentó al pequeño escritorio de pino con sus lápices, coloreó un poco más el pelo de su madre, con un amarillo mucho más intenso que el de su pelo natural, pero era el único que tenía. Los ojos también los pintó de un azul más intenso. Al cabo de un minuto volvieron a llamar a su puerta y Evert asomó la cabeza.

—¡Ah, hola! —dijo—. Eres tú...

—Hola —lo saludó ella, con un deje de reproche, como cualquier artista a quien interrumpen cuando está trabajando.

Evert entró en la habitación y fue hasta ella.

—Ah, sí, ahora... ¿Quién es?

—¿No lo sabes?

Evert aspiró entre los dientes.

—Es alguien que conozco.

—¡Sí!

—Es... Hmm... No es... Ay, madre mía.

—¿No lo sabes? —repitió ella, exaltada, y entonces notó, cuando levantó la cabeza y lo miró, la sombra del pánico bajo la sonrisa tensa de Evert. A lo mejor no eran solo los nombres lo que se le olvidaba—. Es... Francesca Skipton.

—Ah, sí.

—Mi madre, claro.

—¡Sí, claro, eso ya lo sé, querida! Conozco a tu madre desde que nació. —Lucy levantó otra vez el dibujo y Evert estiró el cuello hacia delante, como había visto hacer a los visitantes en la galería de arte, y también hizo sus pequeñas muecas, pero como experto en arte—. Me imagino que solo tienes esos colores, ¿no?

—Sí, no tengo más.

—Eso no importa. Tienes que aprender a sacarle el máximo partido al material que tienes.

—¿Crees que se parece? —preguntó Lucy.

—Es difícil dibujar a alguien si no lo tienes delante —respondió Evert—. Cuando no podemos ver las cosas, las recordamos de otra forma, sobre todo las caras, y por eso nos las inventamos. Tú has hecho lo que yo llamaría un

retrato arriesgado de tu madre.

—Ah, sí... —Lucy no sabía si eso aumentaba o disminuía el interés de su dibujo.

—Si no te importa, voy a quedarme un rato aquí sentado —dijo Evert—. Es que me canso muchísimo. —Retiró la muñeca del tamaño de un bebé de la pequeña mecedora donde Lucy solía sentarse a leer y se sentó, sonriente y lanzando un fuerte resoplido. La niña se sorprendió, pero, mientras permaneciera el visitante callado, no le importaba tener compañía; siguió trabajando en su dibujo, en el que habían surgido problemas que se sentía incapaz de resolver. Al cabo de un minuto, empezó a formular una pregunta, se dio la vuelta y vio que Evert tenía los ojos cerrados, pero sí, todavía respiraba y se rió de su propia aprehensión. No quería mirarlo por si abría los ojos y la descubría. Entonces oyó voces en el recibidor (Pat preguntando «¿Está bien?») con aquel tono suyo, tan competente), pasos por la escalera. Volvieron a llamar a la puerta y su padre se asomó, la miró a ella y miró a Evert, sentado en la mecedora con la cabeza agachada, sumido en un sueño que habría podido confundirse con una profunda reflexión, los ojos cerrados y gesto de concentración absoluta. Entonces Evert sacó un poco la barbilla, como si aceptara algo a regañadientes; a continuación, abrió los ojos, los miró a los dos un momento con cara de no entender y dijo:

—¿Ya están todos?

—Sí, estamos todos listos —contestó el padre.

Por la escalera, Lucy oyó que Clover le preguntaba a Pat, con aquella formalidad que empleaban los adultos entre ellos: «¿Cuántos años tiene ya?», y que Pat le contestaba: «¡Ah! siete, ¿no? Creo que tenía dos años cuando nos conocimos.» Lucy era bajita para su edad y era consciente de que eso les causaba cierta preocupación a sus padres. Lo único que le fastidiaba era que la trataran como si fuera más pequeña de lo que era en realidad.

—A ver qué nos dan para cenar —comentó Evert cuando se sentó a su lado. Miró a Pat, que, de espaldas y con el delantal puesto, no les dejaba ver los fogones donde todavía había sartenes en el fuego.

—Sí, a ver —dijo Lucy.

—¿Tú comes animales? —le preguntó Evert.

Lucy le confesó que sí.

—Pues me temo que yo también. ¿Cuáles son los que más te gustan?

El tono de Evert la obligó a responder también de forma infantil:

—Creo que los corderitos.

—¡Ah, sí! —dijo Evert.

Su padre puso muy mala cara.

—Bueno, ya estamos —dijo Pat volviéndose con gesto ceñudo.

Cenar tan tarde era algo típico de Fulham, algo que jamás se habría tolerado en Belsize Grove, y Lucy hizo cuanto pudo para estar a la altura. El primer plato era una sopa espesa que parecía papilla de avena verde y todos intentaron adivinar de qué estaba hecha; fue Lucy quien identificó los calabacines. Estaba muy participativa y absolutamente decidida a hacer un buen papel. Pat dijo: «Te felicito», y ella sonrió y siguió saboreando la sopa y casi logró causar la impresión de que le gustaban los calabacines.

—Siento que Ivan no haya podido venir —comentó Clover con un tono que revelaba que no le importaba mucho, su tono habitual.

—Ya lo sé —dijo Evert.

—Pero está bien, ¿verdad? —preguntó Pat. En las pocas ocasiones en que habían coincidido, Ivan siempre se había mostrado muy turbado con Lucy, tanto que había tenido que encargarse ella de llevar la conversación. Era un viejo amigo de su madre y también era uno de aquellos tipos extraños que vivían en la casa de los horrores de Cranley Gardens.

—Sí, está bien. Se ha portado como un ángel conmigo, con este último problemilla que he tenido. ¡Pero todavía puedo apañármelas yo solo!

—Dale recuerdos —dijo el padre de Lucy—. ¿Un poco más de pan, Clover?

—No, gracias. Quizá un poco más de vino... Dime, ¿estás retratando a alguien? —preguntó sin desviar la mirada de la copa mientras se la llenaban.

Johnny miró a Evert y respondió:

—Pues sí, acabo de empezar con el viejo George Chalmers.

—¿Ah, sí? —dijo Evert.

—Sí, y gracias a tu recomendación.

—Me alegro de que sirviera —dijo Evert quedamente; miró a Clover y añadió—: Supongo que no conoces a George Chalmers. Corría por Oxford cuando yo estaba allí, aunque por entonces él todavía no había terminado la secundaria. Era famoso por su belleza, aunque tenía un carácter bastante

difícil.

—Ah, creo que sí lo conozco —dijo Clover.

—¿Por qué? —intervino Lucy.

—¿Por qué qué, querida?

—¿Por qué tenía un carácter difícil?

Evert suspiró mientras buscaba la respuesta, como si hubiera entrado en el trastero y no supiera qué tenía que sacar de allí.

—Supongo que lo que pasaba es que era tremendamente vanidoso.

—Pues en eso no ha cambiado mucho —dijo Johnny.

—Ya, estoy seguro. ¿Viene él a tu casa?

—Ahora sí. Al principio iba yo a Wiltshire. Me quedaba a pasar el fin de semana.

—Y seguro que lo tenías todo el día encima.

—No, ni se me acercaba. —Miró a Lucy y sonrió como quitándole importancia al asunto—. Me parece que soy un poco mayor para él —añadió.

—Bueno, ya sabes que mi amigo Peter Coyle y George... —añadió Evert.

—Creo que a estas alturas Johnny ya lo sabe todo sobre la vida privada de George Chalmers —intervino Pat, que siempre quedaba un poco marginado de aquellas conversaciones sobre arte—, si es que se la puede llamar privada. —Rió un poco y se levantó para retirar los cuencos de sopa; de paso le sonrió a Lucy, como si quisiera expresarle su solidaridad. Lucy, con cautela, le devolvió la sonrisa a aquel amigo de su padre de dulces ojos marrones que iba sin afeitar y que estaba colorado de cocinar y de beber vino.

—¿Te gusta la lasaña? —le preguntó Pat al cabo de cinco minutos.

—Sí, está muy rica, gracias —contestó Lucy y tuvo que admitir, casi a regañadientes, que se la estaba comiendo muy a gusto; llevaba algo muy parecido a la carne picada. Pensó que era mejor que no lo mencionara, por si Pat había cometido un terrible error, porque entonces tendrían que subir todos a vomitar, lo que ya les había sucedido más de una vez, por lo visto, estando en hoteles en el extranjero.

—¿Es *quorn*? —preguntó Clover—. He leído algo no sé dónde.

—¿Qué te parece? —dijo Pat.

Lucy miró a su padre, que ponía su cara de vegetariano estricto e

intolerante.

—¡Me encanta! —Clover cogió un poquito con el tenedor; iba tan retrasada respecto a los demás que, como siempre, acabaría dejando casi toda la comida en el plato. Y sin embargo era enorme, más corpulenta que Una, de modo que tal vez se dedicara a picotear entre comidas, igual que ella. Levantó su copa vacía—. ¿Puedo?

—Sí, claro. —Pat se inclinó hacia delante para servirle vino tinto, y ella dijo:

—¿Y tu trabajo, Pat?

¿Percibió él, como sí la percibió Lucy, aquella nota de cortesía en la pregunta?

—Mi trabajo es increíblemente aburrido —contestó.

—¿En serio? —dijo ella—. No me lo creo.

Pat, sonriente, negó con la cabeza.

—No, no me refiero a que yo lo encuentre aburrido, ni mucho menos: a mí me encanta. Pero cuando hablo de él la gente se muere de aburrimiento.

Aquello era un desafío y Clover, mientras paseaba la comida por el plato, añadió:

—Sé que trabajas con órganos.

—¡Sí! —confirmó Pat.

—Pero históricos —puntualizó Johnny.

—Restauración —dijo Pat.

—Sí, claro, restauras órganos.

—No, órganos del periodo Restauración.

—Ah...

—Órganos construidos en la década de 1660.

—Ah, ya entiendo. ¡Te dedicas a la restauración de órganos de la Restauración!

—Así es. —Pat sonrió educadamente.

—¡Caramba! —Clover dio un gran sorbo de vino—. Pues a mi entender eso podría ser sumamente interesante.

—Bueno... Cuéntanos, Evert, ¿qué planes tienes? —preguntó Pat.

—Pues... —dijo Evert.

—¿No tienes previsto hacer un viaje, Evert? —apuntó Johnny.

—Así es, querido —dijo Evert con tacto, como si no estuviera seguro de cuántos de ellos compartían el secreto.

—¿Y adónde vas a ir? —se interesó Clover, y a Lucy le pareció que se estaba burlando de él.

—¡Bueno...! —Evert se recostó en el respaldo y sonrió mirándolos a todos desde cierta altura.

—Claro, vas a ir a Antwerp —dijo Pat—. ¿No es eso?

—Sí, eso es —confirmó Evert asintiendo con la cabeza. Ahora ya estaba dicho y ya podían hablar de ello. Sin embargo, parecía un poco inquieto. Miró a Lucy—. ¿Tú sabes dónde está Antwerp, querida?

—En Bélgica —respondió Lucy.

—Muy bien —dijo Clover.

—Es un puerto.

—Exacto —confirmó Clover.

Ahora Evert ya tenía todos los datos.

—Voy a ir a la Feria Alternativa del Libro —dijo—. Me han invitado a dar una conferencia sobre A. V., porque lo van a publicar en holandés.

—Querrás decir que te van a publicar a ti en holandés —lo corrigió Johnny.

—Eso es. Bueno, él ya está publicado en holandés, siempre lo ha estado —dijo Evert—. Todos los años recibo un cheque de sesenta florines o algo así. Son los derechos de autor.

—Pues ahora te pagarán más —dijo Pat.

—¿Ah, sí?

—¡Claro, por tu libro!

—Ah, sí, eso espero.

Se quedaron largo rato con los platos en la mesa, como si se hubieran olvidado de Lucy. Todavía faltaba el postre, pero para ella empezaba a ser demasiado tarde. Hasta el apetito se le estaba durmiendo. Su padre la miraba de vez en cuando de una forma que a ella le fastidiaba. Pero a esas alturas la conversación se había convertido en una confusa danza de nombres de pila que se combinaban y se recombinaban. Hasta Evert y Pat caían en malentendidos y la Olivia de quien ella les oyó hablar, muy confiada al principio, resultó ser otra Olivia diferente, y no la que ella conocía, una amiga

de su madre. Bueno, en realidad ella ya sabía que aquello pasaría: los adultos tenían infinidad de temas de que hablar y el vino que no paraban de beber les hacía hablar cada vez con mayor libertad y teniéndola menos en cuenta a ella. Era consciente de la ligera carga que su presencia suponía para el adulto que estuviera sentado a su lado, porque este tenía que seguir la conversación general con un oído y, de vez en cuando, volverse hacia ella para hacerle algún comentario. Ahora su padre estaba mencionando a su madre, que había estado hospitalizada, pero que evidentemente no era una paciente célebre como Freddie.

—¿Conoces a mi abuela? —le preguntó Lucy a Evert—. Me refiero a mi abuela Connie.

—Pues... —Evert fijó la vista en la mesa un instante—. La conocí... Déjame ver, si estamos en 1994..., hace cincuenta y cuatro años.

—No, estamos en 1995 —lo corrigió Lucy.

—Ah, bueno, en ese caso aún hace más. La conocí cuando estaba prometida con tu abuelo, durante la guerra.

—Entonces, ¿también conocías a mi abuelo David?

—David... Ah, sí, claro que lo conocía, éramos muy amigos —dijo Evert—. A veces... hacíamos cosas juntos.

Aquellas dos frases parecían un poco incoherentes. Lucy se dio cuenta de que Evert intentaba ser amable y educado, quizá no se acordara. Sonrió, indulgente, pero aquello había sucedido hacía demasiado tiempo y ya no era interesante y, además, la sacudió otra oleada de sueño y bostezó sin poder evitarlo. Al cabo de un minuto, se había levantado y daba las buenas noches saludando con la mano; Clover la hizo agacharse para darle un beso y, entonces, tras recibir una señal de su padre, la niña subió a su habitación.

2

Unas semanas más tarde, en el crematorio de Mortlake, se representó una escena desoladora que duró menos de media hora. Ivan fue con Evert, que se empeñó en llevar una bufanda rosa con el abrigo negro y que se pasó todo el

rato mordiéndose la cara interna de la mejilla y frunciendo los labios, de un modo que Ivan no sabía qué pensaba ni qué sentía. Ante todo parecía impaciente. Se había empeñado, en calidad de viejo amigo, en sentarse en la primera fila; Ivan tuvo que levantarse y salir del banco para dejar pasar a otra persona y se quedó de pie escudriñando las filas de más atrás, medio vacías, y saludando con la cabeza y sonriendo con gesto triste a Brian Savory y a Sally y a la anciana Dorothy Denham; le sorprendió ver a Dorothy allí y, cuando volvió a sentarse anotó su nombre en el dorso del recordatorio; no estaba seguro de si tenían algún dato sobre ella. Había asistido a un buen número de funerales, de amigos de Evert y de otros personajes que le habían interesado, pero era la primera vez que iba a Mortlake, donde los rayos de sol que se filtraban entre las nubes parecían destacar la primera sílaba del nombre. La sala donde se encontraban se denominaba «capilla», a pesar de que habían omitido meticulosamente cualquier símbolo cristiano en su diseño; aun así, estaban discretamente presentes, para quienes quisieran verlos, en la disposición de la sala, las ventanas con vidrieras de colores y el diseño de los bancos de madera, con una estrecha repisa para apoyar el libro de oraciones. Donde habría estado el altar había un ataúd automatizado que, con sus cuatro columnas y su toldo, parecía más bien una especie de cama con dosel.

En el recordatorio había una fotografía reciente de Jill, en color, tomada en una fiesta, en la que aparecía con gesto simpático. Al verla, Ivan creyó oírla diciéndole lo que tenía que hacer o, con mayor probabilidad, lo que debería haber hecho, con aquella terca ironía, su desagradable forma de entablar conversación con cualquiera con quien se cruzara. Por los altavoces sonó, ligeramente distorsionada, una melodía que Ivan ya había oído en otras ocasiones, la «Danza de los espíritus bienaventurados» de C. W. Gluck, y un solo de flauta hizo aparecer en escena a una nueva e incongruente Jill, liberada, liviana, a quien daban la bienvenida en el más allá, que seguramente ella habría imaginado en términos paganos más que cristianos. Un silencio espontáneo se apoderó de la congregación. «Mira, la homenajead», dijo Evert; se pusieron en pie y se volvieron un poco para ver cómo entraban a Jill. Sus amigos eran demasiado viejos para esa tarea y a los más jóvenes los asustaba, de modo que los portadores eran empleados de la funeraria, uno de ellos bizco, y otro, que se había colocado detrás, con una bota ortopédica. El Museo de Victoria y Alberto había enviado una corona muy artística pero

muy fría de azucenas que avanzaba cabeceando sobre el ataúd camino de su breve exposición ante los asistentes.

Jill había pedido que cantaran himnos; ella era atea, pero quería que los demás se lo pasaran bien y los cánticos solían ser la única parte agradable de un funeral. Jill había cantado en un coro de Londres en los años cincuenta y a veces mencionaba a Sir Adrian Boult como quien menciona a un ligue del pasado. Un par de filas detrás de ellos, una mujer que también debía de pertenecer a algún coro, una soprano de edad avanzada pero sin ningún complejo, arrancó a cantar con un vibrato palpitante. Los demás bien se unieron a ella, llevados por su entusiasmo, o desistieron por completo. Ivan echó un vistazo hacia el otro lado del pasillo, donde un individuo de aspecto militar, hacia el final de la fila, miraba al frente con los labios entreabiertos y de vez en cuando dejaba caer la barbilla fingiendo que cantaba.

Después, el ahijado de Jill, un médico de Taunton a quien nadie conocía, los invitó a todos al piso de Jill, donde les ofrecería unos sándwiches y algo de beber. Corrió la voz de que se llamaba Adrian. ¿Alguna vez había ido alguien a casa de Jill? Evert comentó que, en una ocasión, hacía treinta años, había entrado en el recibidor, pero que no había pasado de allí. Margaret, la mujer del Museo de Victoria y Alberto, que les había dado la dirección, aseguró haber ido a comer, pero acabó admitiendo que «hacía bastante tiempo». «Ah, y ¿qué te pareció?», le preguntó Ivan. «Bueno —contestó la mujer—, había cosas bonitas.» «Sí, era una gran coleccionista», añadió Adrian, que resultó ser, además, su único heredero.

El piso estaba en Kew, en una enorme casa georgiana que habían subdividido; subieron a la segunda planta; Evert iba cogido del brazo de Ivan, en uno de sus fingimientos de debilidad. Cuando llegaron al rellano, la puerta ya estaba abierta y, más allá del pequeño y oscuro recibidor, vieron una habitación más iluminada. Daba la impresión de que, entre los dolientes, la curiosidad respecto al piso superaba a su pena. Además de Brian y Sally, estaban allí Freddie y Clover, Iffy, varios amigos que solo veían a Jill en Cranley Gardens y una tal Arabella que vivía en el piso de abajo y que sin duda alguna llevaba años muerta de ganas de entrar por aquella puerta. Evert se quedó en el recibidor, mirando de arriba abajo los tres Piranesis colgados uno encima de otro; no eran los clásicos paisajes, sino recónditos estudios de

fragmentos funerarios, baldosas rotas e inscripciones. «Fascinante», comentó, e Ivan lo interpretó como una broma.

Entraron en un cuartito que había a un lado, con una cama individual, donde dejaron amontonados sus abrigos. La sensación de vacío de cualquier habitación de invitados se intensificaba allí, en aquel piso adonde nunca iban visitas. Brian se les acercó por detrás, ayudándose con el bastón y arrastrando los pies, y Sally empezó a quitarse el abrigo, tirando de una manga y luego de la otra, mientras él examinaba los libros de la estantería como si no hubiera sucedido nada.

—Caramba, caramba, jamás habría pensado que Jill pudiera ser una admiradora de Wodehouse —dijo—. Ni de Tolkien, por cierto.

—Bueno, pero lo conoció en Oxford, claro —observó Ivan.

—Aunque, a juzgar por su aspecto, ninguno de esos libros lo había leído recientemente —comentó Brian agachándose para coger *Summer Lightning*, que se deslizó hacia fuera como un trozo de tarta, coronado con su gruesa capa de polvo.

A Ivan le atraía aquella habitación que no se utilizaba, llena de pistas sobre la difunta en las que nadie se fijaba. En lo alto de la librería había un póster enmarcado de una exposición de obras de Picasso en Nueva York que también era sorprendente; a lo largo de treinta y cinco veranos se había ido decolorando y ya solo conservaba unos azules y unos beises muy pálidos. Ivan dejó su maletín en una butaquita que tenía un desgarrón en el respaldo de mimbre; el recibimiento a los invitados que se quedaban a pasar la noche (el ahijado, quizá, en alguna ocasión) parecía compuesta por todos los artículos que la propietaria había ido rechazando a lo largo de su vida.

—¡Madre mía! —dijo Sally mientras metía la bufanda de Brian en la manga de su abrigo y contemplaba una cómoda que había entre la cama y la ventana.

—¿Qué pasa, Sally? —preguntó Clover, que entró detrás de ellos quitándose las agujas del sombrero negro. Todos menospreciaban un poco a Sally, famosa entre sus amigos (junto con unas cuantas personas más) por no entender nunca nada, pero le prestaron atención, si bien esta llegó tarde y fue muy breve. Ella sacudió la cabeza.

—No, es que me ha parecido... Bueno, no importa. —Pero siguió observando minuciosamente la cómoda y el extraño conjunto de objetos que

había encima, mientras los otros salían de la habitación.

Arrancó la velada, con el deseo de mantener una charla normal, refrenada, al menos durante los primeros minutos, por el decoro que la ocasión requería: el espíritu del lugar de donde acababan de llegar seguía presente en sus prendas oscuras y en cierta moderación, hasta que, después de la primera copa de vino, todos se dirigieron hacia la ventana o hacia el sofá y empezaron a conversar y los allí reunidos dieron rienda suelta a la vitalidad y la desinhibición que, al fin y al cabo, representaban la vida. Ivan se fijó en un hombre de escasa estatura, con el pelo ondulado, de unos sesenta años, con grandes gafas y una sonrisa infantil, que se acercó a la majestuosa Margaret.

—¡Margaret, soy Gordon! —dijo.

—¿Cómo estás? —lo saludó Margaret, sonriéndole desde las alturas con la conveniente vaguedad antes de ir hasta la mesa para volver a llenar su copa. Gordon también se sirvió más vino. Al cabo de un minuto, fue a saludar al anciano que estaba al lado de Evert.

—¡Soy Gordon! —dijo. Parecía que intentara que lo identificaran no solo como Gordon, sino como aquel Gordon en concreto, uno muy especial, que en otros tiempos les había alegrado la vida.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Evert.

—No lo sé —contestó Ivan—, dice que se llama Gordon. —Ivan se fijó en que nadie saludaba a Gordon y, pasados diez minutos, aquellas rápidas decisiones individuales de que no hacía falta molestarse en hacerle caso adquirieron la apariencia de una voluntad general de ignorarlo. Aun así, se le acercó también a ellos y los miró desde abajo con aquellos ojitos chispeantes.

—¡Soy Gordon!

—Ya sé quién eres —le espetó Clover, como si el propósito principal de aquel individuo no fuera entablar amistad, sino recibir reproches.

Ivan oyó unas cuantas preguntas indiscretas formuladas por personas que no habían sido amigas muy íntimas de Jill, porque ella nunca había tenido amigos muy íntimos.

—Me gustaría haberla conocido mejor. Era muy reservada, ¿verdad?

—Claro que a veces, con las personas muy reservadas, vas al funeral y descubres a gente de lo más sorprendente. Lo que pasa es que habían compartimentado su vida y tú no tenías ni idea. Aquí, sin embargo, tengo la sensación de conocer a todo el mundo desde hace un montón de años.

—¿Alguna vez leyó algo en el Memo Club?

—Pues... sí, hace años... A lo mejor no estabas ese día. Leyó un texto muy sorprendente sobre su hermana, que murió cuando eran las dos pequeñas. Y sobre su madre, que era alcohólica. Muy trágico, francamente. Recuerdo que era un relato muy breve y daba la impresión de que Jill habría preferido no escribirlo o, como mínimo, no leerlo en voz alta.

—Lo que sí le gustaba era oír a otros sincerarse.

—Y, después, corregirles. —Todos rieron—. Pobre Jill.

Ivan habló un rato con Freddie, le hizo unas cuantas preguntas directas sobre su salud y luego pasó a hablar de otros temas, con la esperanza de que su actitud resultara reconfortante: de viajes, de lo que estaba escribiendo... Pero todo parecía desviarse, como atraído por un imán, precisamente al hecho que él intentaba evitar: que Freddie ya no escribiría ni viajaría mucho más. Después de la operación y de la quimioterapia, se había quedado completamente calvo y extremadamente demacrado. La barriguita que le había salido a los sesenta y tantos había desaparecido y la combinación excéntrica de prendas que no casaban y que durante mucho tiempo habían sido su marca personal le iban grandes y le colgaban por todas partes, como si hubiera parado en una tienda de beneficencia para vestirse camino del funeral. Hacía veinte años, cuando Ivan lo había conocido, había visto en él algo casi sexi: el atractivo de la inteligencia, del conocimiento laberíntico y de un encanto que se concentraba en ti como si quisiera seducirte. Era un atractivo que el aspecto físico de Freddie hacía aún más auténtico y desconcertante.

Como pasaba siempre, se formó un pequeño corro a su alrededor; todos compartían la certeza de que ya no tendrían muchas ocasiones para hacerlo.

—¿Alguna vez hubo alguien? —preguntó Margaret.

—¿Te refieres a si tuvo alguna aventura? —dijo Sally.

—¿No mencionó que había salido con alguien durante la guerra?

Clover miró a Freddie con malicia, con una ceja arqueada y una sonrisita irónica.

—Bah, seguro que a nadie le interesa oír todo eso —dijo él al cabo de un momento, y puso aquella cara que ponía cuando intentaba calcular rápidamente si iba a convertirse en el centro de atención y cómo.

—Yo no estoy tan segura de eso —dijo Clover interrumpiendo el silencio

cordial pero ambiguo que se había producido.

—Es que ahora parece inverosímil.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sally.

—Evert podría explicarlo muy bien —dijo Freddie alzando la voz, un tanto ronca. Pese a lo consumido que estaba, parecía satisfecho consigo mismo.

—¿De qué habláis? —preguntó Evert, que estaba hablando con Brian.

—Estábamos recordando la época de Oxford —dijo Clover.

—Permíteme decirlo, querida —dijo Freddie sujetando su copa de vino con las dos manos, como si fuera un micrófono—. Parece apropiado dejar constancia —continuó con tono jocoso— de que, de joven, Jill Darrow era muy atractiva.

—¿En serio? —dijo Sally.

—Veréis, de hecho, era espectacular —continuó Freddie—. La verdad es que yo la adoraba. Era tan alta y también virginal y, a su manera, muy hermosa. Sí, ella fue mi primer amor. —Les sonrió, mitad bromista y mitad fascinado.

—¡Madre mía, Freddie! —Todos lo miraban, pero nadie atinaba a decir lo que pensaba.

—Así que tuvisteis una aventura... —dijo Margaret con un entusiasmo un tanto seco.

Freddie la miró y dijo:

—Las aventuras amorosas nunca fueron la especialidad de Jill, pero la cortejé durante más de un año. Creo que no me invitó a sus habitaciones ni una sola vez. Supongo que ya entonces hacía lo mismo que más adelante: ninguno de nosotros llegó a entrar aquí nunca.

—Caramba, Freddie, qué callado te lo tenías —dijo Gordon con el tono coqueto de una enfermera que habla con un anciano que chochea; aunque Freddie no rechazó el cumplido. Tomó otro sorbo de vino, se inclinó ligeramente y se sujetó al brazo de Clover, y todos intuyeron que no iban a seguir hablando de aquel tema.

Después de ese inesperado testimonio de un hombre enfermo respecto a una difunta, no se arrojó mucha más luz sobre el medio siglo transcurrido. Jill se marchó, sin revelar nada sobre sí misma, como el espacio del recibidor de

su piso: sin ventanas, con fragmentos de epitafios en la pared, con una puerta todavía abierta al salón detrás de ella, y ahora la puerta de más allá abierta también, la que daba a las zonas comunes y a una escalera oscura que descendía. El ahijado parecía sorprendido por la curiosidad de los amigos y colegas de Jill, seguramente porque creía que ellos la conocían mejor de lo que la conocía él. Les explicó lo que pudo, que sus padres habían conocido a Jill en Berlín después de la guerra; que había sido una buena madrina, cumplidora con sus giros postales, que le había regalado un barril de Oporto cuando cumplió veintiún años y que, a partir de entonces, se habían visto aproximadamente una vez al año. Escudriñaba sus rostros uno a uno y, en general, le caían bien, pero lo desconcertaban sus comentarios chistosos, algo que consideraba inapropiado. Para él, Jill estaba envuelta de una ternura jamás cuestionada que ellos, por lo visto, no compartían. Además, le había dejado en herencia cuanto poseía a él: un piso que, según los cálculos de Ivan, valía un cuarto de millón de libras, y su amplia y variada colección de porcelana, plata y cuadros. Ivan, que se había quedado un momento solo junto a la ventana, se fijó en una hilera de figurillas de porcelana que había en el alféizar. Pensó que debían de ser de Chelsea, porque Evert tenía también algunas, pero en realidad no sabía distinguir las marcas (aunque sabía que tenía que saberlo). La figurilla que cogió y a la que le dio la vuelta tenía una pequeña ancla dorada, lo que le hizo pensar que aquello era una buena señal, pero al mismo tiempo recordó advertencias medio olvidadas acerca de rivales e imitaciones. En realidad los objetos en sí no le importaban; sin embargo, como objetos del interés de Evert o de Jill, sí merecían atención.

El grupo se redistribuyó y Sally se le acercó y se quedó a su lado, observando la habitación por encima de su copa.

—Todo esto me parece tan triste...

—Ya lo sé. —Ivan lo encontraba lúgubre e intrigante, pero no triste.

—¿La vais a hacer vosotros?

—Sí, tenemos a alguien —respondió él—. Pero no la teníamos preparada.

—Ah, yo creía que... Bueno, quizá no fuera suficientemente... No lo sé.

—No, no, claro que haremos algo —le aseguró.

—Supongo que no será muy larga.

—Sí, más bien corta —dijo Ivan, y compuso una sonrisa eficiente. Puso mucho cuidado en no revelar quién escribía las necrológicas. Le había pedido

a Evert que escribiera la de Jill, puesto que él la conocía desde hacía más de cincuenta años, pero lo habían hecho en equipo e Ivan había incluido detalles que había ido recopilando a lo largo de casi la mitad de ese tiempo. Como la mayoría de los miembros de aquel grupo ya vestigial, Jill tenía su propio apartado en los archivadores de Ivan.

Sally rió, nerviosa, y dijo:

—No quiero montar un numerito, pero acabo de descubrir algo bastante extraño.

—¿Ah, sí? —dijo Ivan, y justo entonces notó una mano en el hombro.

—¿Una taza de té? —dijo Adrian.

—Ah... —Ivan miró al grupito que tenía alrededor, sorprendentemente ruidoso y un poco desaliñado ya. Evert se había bebido dos o tres copas del vino tinto de Adrian y daba la impresión de que estaba disfrutando un poco más de lo debido—. Sí, no es mala idea. ¿Necesitas que te ayude?

—Luego os lo cuento —dijo Sally.

Ivan entró con Adrian en la cocina, pequeña y anticuada: armarios azules, cocina vieja con gratinador encima, cortina de malla colgada de un cordón, el tendido de un lado a otro a media altura de la ventana, que daba al aparcamiento y a la calle. Bandejas ovaladas llenas de sándwiches, de jamón o huevo, todavía esperaban bajo el papel film; había suficientes para abastecer a un grupo mucho más numeroso o mucho más hambriento. Adrian empezó a sacar tazas y platillos de un armario. «¿Cuántos somos?», quiso saber. Rápidamente tapó una bandeja con un paño viejo y calentó la mejor tetera con el agua del hervidor. En ese momento entró Freddie, tenía que tomarse las pastillas y quería un vaso de agua. Se las tragó, soltó un eructo y se apoyó en el fregadero; entonces fijó la vista en la bandeja, y en las seis bonitas tazas de té, completadas por otras que habían apilado precariamente de dos en dos, reliquias de juegos de té que se habían ido perdiendo con el tiempo o quizá simplemente tazas que Jill había encontrado aquí y allá, y sus labios, finos y reseco, se estiraron y adornaron aquel rostro demacrado con una sonrisa de profunda ternura.

—Tiene gracia. Hace cincuenta años me dijo que no la entendía. Yo creí que se equivocaba, por supuesto, pero ahora ya no estoy tan seguro.

Ivan sonrió sin saber muy bien a qué se refería.

—Pues parece ser que la conocías muy bien, Freddie.

—¿Te importaría hacerme un favor? —le dijo Freddie a Adrian, y este arqueó las cejas—. Cuando el té esté listo, ¿quieres darle esa taza de ahí a Evert Dax?

—¿Esa tan bonita?

—La Meissen —dijo Freddie—. Quiero ver qué dice.

Ivan dudaba que Evert fuera a decir gran cosa. La cogió él mismo y se preguntó si la taza en cuestión tendría algo raro que saltara a la vista; a él le pareció que no era otra cosa que la típica taza, con su reborde dorado y sus miniaturas de pastoras de color rosa en colinas azules, que habrías podido encontrar en la cocina de cualquier anciana.

Fue a buscar el cuarto de baño, que estaba cerrado, y mientras esperaba en el pasillo, llamaron con los nudillos a la puerta de la calle, que estaba entreabierta, y por ella asomó Johnny.

—Llegas un poco tarde, querido —le dijo Ivan.

—Sí, lo sé. He tenido a Lucy...

—Ah, sí. —Ivan nunca se había llevado bien con Lucy, por razones en las que prefería no pensar mucho—. ¿No podías traerla?

—A ella le habría encantado, hace tiempo que quiere ir al funeral de alguien, pero su madre no la ha dejado.

—Ah, bueno, tendrá muchas oportunidades. ¿Cómo estás?

—¡Bien! —Johnny entró en el recibidor y le dio un beso mientras echaba un rápido vistazo más allá, hacia el salón—. ¿Cómo ha ido?

Ivan sonrió y se encogió de hombros.

—Bueno, ya sabes. Creo que había unas veinte personas.

—Pobre Jill.

—Pero la mujer del Museo de Victoria y Alberto ha pronunciado unas palabras muy bonitas.

—Ah, vale.

Ivan reparó en que Johnny había hecho un esfuerzo mínimo: llevaba una vieja americana de raya diplomática encima del jersey de cuello vuelto y unas botas negras que parecían de policía.

—¿Cómo está Pat?

—Muy bien, gracias —contestó Johnny, y lo miró a los ojos con gravedad a pesar de los veinte años transcurridos. Y no se trataba de que Ivan

pensara que todavía le gustaba a Johnny, sino que era algo más sutil, la sensación de que debía fingir que le importaba, aunque solo fuera remotamente, que las cosas no hubieran funcionado entre ellos dos—. Le habría gustado que hubieras podido venir hace unas semanas... Ya sabes. — Ambos miraban a través de la puerta de cristal de la salita—. ¿Cómo está Evert?

—Mira, allí está —dijo Ivan. Se había formado un grupito bastante animado junto a la ventana; unos tenían en la mano una taza de té, y otros, las figurillas Chelsea, a las que daban vueltas como si fueran expertos y estuvieran en una tienda—. Ve a saludarlo. —Había detectado cierta tendencia entre sus amigos a evitar a Evert desde que había tenido el derrame, un extraño contrapunto instintivo al genuino deseo de ayudar.

—Voy —dijo Johnny.

Cuando volvió del cuarto de baño, Ivan les sonrió a los otros, pero tenía la absurda sensación de haberse perdido algo: ellos ya habían asimilado lo que había pasado, ya habían hecho circular las fórmulas de sorpresa, repetidas pero cada vez más breves, meras frases inacabadas. Los miró uno a uno, como si el motivo del chiste hubiera sido él.

—¿Qué pasa...? —preguntó.

Evert tenía en la mano la figurilla Chelsea que Ivan había estado examinando anteriormente, Dorothy Denham sujetaba una cajita de plata, y Freddie, la taza bonita y su platillo.

—Seguro que te acuerdas —dijo Freddie—. Tenía un juego completo de mi madre.

Evert no parecía convencido.

—Sí, claro que me acuerdo —dijo.

—¿Qué pasa? —repitió Ivan

—Vaya, es extraordinario —comentó Arabella.

Sally apareció por detrás de ellos sosteniendo en alto, como si fuera algo que todos hubieran estado buscando, una figurilla de porcelana pintada: una niña con delantal y capota sobre una base blanca.

—Me refiero a esto —dijo—. ¿Te acuerdas, Brian? —Y, tras mostrársela a él, la colocó, con cierta vacilación, en las manos de Adrian.

—¡Pues no lo sé! —dijo Adrian dándole vueltas, razonable pero a la

defensiva.

Al principio Margaret no dijo nada, pero entonces intervino:

—No sé si os dais cuenta de que esto es muy grave. —En la mesa que tenía al lado, entre copas de vino y servilletas de papel arrugadas, había diez pequeños objetos, cada uno una muestra del batiburrillo impersonal que había repartido por la habitación—. Vamos a tener que pensarlo muy bien y sin prisas.

—¿Estáis absolutamente seguros? —preguntó Gordon, que en ese momento no tenía nada en las manos.

—La verdad es que se informó de su desaparición —dijo Margaret—. Bueno, evidentemente, porque es un objeto muy especial. La policía interrogó a Jill. —Despejó un poco la mesa alrededor de un cuenco que parecía chino y que, incluso para Ivan, tenía ese brillo apagado de los artículos importantes y sin ninguna duda valiosos.

—Bueno, ahora ella está muerta —dijo Clover, quizá con excesiva franqueza.

Pero Sally, tan preocupada, se dio cuenta de que el problema era muy delicado.

—Lo siento mucho, Adrian —dijo.

Cuando se marcharon, acordaron que sus cosas debían quedarse en el piso hasta que Margaret hubiera hablado con sus colegas del museo y tramaron un plan. Por lo visto, Jill había tenido el descaro, incluso, de birlarle algo a Arabella, que vivía en el piso de abajo, aprovechando una visita que su vecina no le había devuelto. «Bueno, todo encaja», comentó Arabella; aunque en el taxi, de regreso a casa, Ivan no supo muy bien qué había querido decir. Evert estaba adormecido por efecto del vino y no parecía acordarse de nada. «Sí, es extraordinario», coincidió cuando Ivan le sacó el tema.

El derrame cerebral que había sufrido Evert había tenido dos consecuencias principales. La primera era que había perdido memoria a corto plazo y a veces se quedaba en blanco en medio de una conversación que había comenzado con un propósito y un tema bien definidos. Decía que veía unos cuadrados blancos y tenues donde debería haber habido datos con forma de imágenes, o imágenes de palabras, espacios en blanco borrosos que flotaban en su imaginación como ventanas luminosas. La otra consecuencia,

quizá aún más sorprendente, era que se había librado de toda preocupación y no solo de la preocupación que conllevaban las decisiones y los planes, sino también de la que debería de haberle provocado el hecho de no ser capaz de recordar. Eso podía interpretarse como una suerte, si bien a Ivan no dejaba de parecerle, precisamente, un poco preocupante.

Se imponía la angustiosa necesidad de mantenerlo concentrado, tanto respecto a los asuntos cotidianos como a los planes inminentes para la casa. Victor ya estaba liquidado, esta vez definitivamente. Y ahora todo lo que habían aplazado hasta que él estuviera liquidado resultaba mucho más amenazante. El anticipo por la biografía ascendía a diez mil libras esterlinas, una cifra menos suculenta cuando Evert entregó el libro que en el momento de la firma del contrato. Las obras que precisaba la casa tal vez costaran diez veces esa cantidad. Además, Evert necesitaba un proyecto nuevo. Lo primero que les venía a la mente eran unas memorias como es debido, pero también podía ser otro libro sobre arte, quizá semblanzas de pintores a los que había conocido a lo largo de cincuenta años. Si no, se pasaría los días olvidando para qué había salido a la calle y ligando con desconocidos en Marks & Spencer.

Ivan lo había obligado a hacer un inventario de todos los cuadros y aquello había sido como exigirle a un niño pequeño que hiciera los deberes: se escabullía cuanto podía y, si no, mientras revisaba el contenido de una cajonera que había en el último rellano, se quedaba cautivado por imágenes olvidadas y por las asociaciones que de pronto le generaban. Por otra parte, estaban los diversos artículos prestados a museos o similares. Iba a hacer falta cierta crudeza para que la venta alcanzara una buena cifra. Ivan opinaba que había que verlo todo y, si consideraban que valía la pena, recurrir a la amenaza de cancelar los préstamos.

Hacía unos meses habían invitado a Evert a un banquete organizado en su antiguo *college* e Ivan había ido con él. Quería ver el retrato de Victor que había hecho George Lambert y que Evert estaba convencido de haberles regalado, pero Ivan descubrió, repasando unas carpetas viejas, que solo se lo había prestado. En el cóctel previo, en una estancia completamente forrada de retratos, Ivan sacó el tema a colación con uno de los tutores y resultó que este no había oído hablar nunca del retratado ni, menos aún, del retrato, pero le presentó a un tal doctor Fraser, que dirigía la colección de arte del *college* e

Ivan insistió en que creía que lo tenían ellos.

—¡Claro que lo tenemos! —exclamó el doctor Fraser—. Le pediré al señor Tarlow que se lo enseñe después de cenar.

—Ah, entonces, ¿no está aquí? —dijo Ivan.

—No, no lo guardamos aquí —confirmó el doctor Fraser sin dar más explicaciones, pero dando a entender que, dondequiera que estuviese, era el mejor sitio donde podía estar. Enseguida olvidó su promesa, pero Ivan volvió a insistir más tarde y, después de los postres, los acompañaron a Evert y a él al patio; pasaron por debajo de unas arcadas y accedieron a otro patio; entonces subieron por una escalera que había junto a las cocinas y llegaron a unos edificios antiguos que recientemente habían sido convertidos en alojamiento para estudiantes de doctorado y en cuya planta superior había dos habitaciones habilitadas para las visitas que se quedaban a pasar la noche. Abrieron la puerta de la primera y se asomaron, pero no estaba allí, así que probaron en la segunda y el señor Tarlow lanzó un efusivo «¡Ajá!», se apartó y los dejó echar un vistazo. La habitación estaba prácticamente vacía: una cama individual, una estantería sin un solo libro y una nevera. Y en la pared, encima de la nevera, estaba colgado *Arnold Victor Dax* (1880-1954), de George Lambert (1873-1930), con un macizo y ornamentado marco dorado al que le faltaba el remate de una esquina. En la pequeña etiqueta del marco se informaba también de que se trataba de un «préstamo permanente» de Evert Dax, 1939 (el año de su ingreso, evidentemente). Ivan se preguntó qué demonios debían de pensar los invitados de él, con aquel aire desconfiado y aquel bigote de malvado.

—Procuramos poner a la vista todas las piezas de la colección que sea posible —comentó el señor Tarlow con cordialidad y tropezó con la cola de su túnica al dar un paso hacia atrás y arrancarle un quejido a la madera del suelo.

—La verdad es que no se puede decir que alegre mucho la habitación —observó Evert, lo que dejó al señor Tarlow un tanto desconcertado mientras todos salían por la puerta.

Cuando llegaron a casa, Evert fue a tumbarse un rato e Ivan despachó el correo de esa mañana. Lo más importante era una carta del decano de humanidades de la Universidad de Lichfield que, a primera vista, no era más

que un folleto sobre su programa de ampliación, pero con una carta de presentación que, hacia el final, ocultaba una noticia hartamente delicada. Las instalaciones mejoradas, la biblioteca ampliada, la nueva escuela internacional de negocios Gottfried Wenk estaban descritas con utópica minuciosidad o con toda falta de detalle. Todo iba a ser maravilloso y la única consecuencia que tal vez pudiera lamentarse de aquellas obras iba a ser la demolición del antiguo edificio de Bellas Artes de 1960, cuyas instalaciones, muy apreciadas pero ya tristemente anticuadas, incluían, por supuesto, el teatro A. V. Dax. «Esperamos —había escrito el decano— que el recuerdo de su padre se conserve de alguna otra forma en el departamento. Creo que el profesor Bishop se pondrá en contacto con usted próximamente para hablar de la digitalización del archivo A. V. Dax.» Todo eso parecía positivo, aunque Ivan no pudo evitar preguntarse si los manuscritos físicos, una vez preservados digitalmente, seguirían siendo considerados necesarios. Se imaginó un camión que llegaba a Cranley Gardens cargado con las cuarenta cajas de las que Evert tan hábilmente se había librado hacía veinticinco años.

Esperó hasta que fueron a acostarse, hasta aquellos dos o tres minutos en que Evert, en pantalón del pijama, se sentaba en un taburete en el dormitorio mientras Ivan, de pie detrás de él, le aplicaba Deep Heat en el cuello y el hombro izquierdo, rígidos y doloridos. Era un momento en que lo tenía prisionero y, con los dedos con que le amasaba suavemente los músculos, podía persuadirlo, reconfortarlo y casi hipnotizarlo. Le sonrió mirándolo en el espejo:

—Hoy has recibido una carta muy curiosa de ese tipo de Lichfield.

—¡Ah! —dijo Evert, y pestañeó ante la aparición de algo tan alejado de lo que él estaba pensando en ese momento—. No me acordaba de ellos.

—Mejor así, quizá —dijo Ivan. La piel de Evert ya estaba tibia y suave y el ungüento había alisado el vello canoso y rebelde de sus hombros; luego, los pelillos volverían a enroscarse. Los aromas a menta y eucalipto, el ligero rastro de trementina, ofrecían su anticuada tranquilidad. Ivan le contó lo del teatro. No se lo planteó como algo negativo, pero, después de tantos años, no sabía cómo iba a tomárselo Evert.

—Vaya por Dios —dijo.

—Sí, es una pena —afirmó Ivan.

—Tú nunca lo has visto, ¿verdad? No era un teatro muy bonito.

—No, ya me lo dijiste.

—Quiero decir que no era un teatro, sino un salón de actos.

—Y al menos lo van a demoler —añadió Ivan—. No le van a cambiar el nombre y le van a poner el de otra persona.

—Generalmente otra persona con más dinero.

—Eso sería un insulto. De todas formas, es lamentable —dijo Ivan. Rodeó el cuello de Evert con los brazos y le apoyó la barbilla en la coronilla. Se miraron el uno al otro en el espejo.

—Sí, es lamentable. —Evert estaba cabizbajo, como si fuera a llorar, aunque también era posible que estuviera reprimiendo la risa. Ivan tuvo la impresión de que a él le importaba más que a Evert. Si destruían aquel monumento, ¿qué quedaría?—. Gracias —dijo Evert, y se levantó mientras hacía rodar los hombros—. Hmmm, mucho mejor. —Se puso la camisa del pijama y se la abrochó mientras iba a lavarse los dientes.

Ivan también se desvistió. Esa noche se sentía responsable por su condición de superviviente, de alguien que sigue en el mundo cuando un amigo lo abandona para siempre. Se imaginó al ahijado de Jill, Adrian, un joven amable y trabajador, más o menos de su misma edad, recogiendo la casa después de marcharse los desconocidos y apagando las luces ante la perspectiva de aquel pequeño escándalo absolutamente imprevisto. Margaret haría todo lo posible por controlarlo, pero todas las organizaciones tenían filtraciones y el Museo de Victoria y Alberto aún más, pues estaba cayéndose a trozos y no contaba con financiación; ya habían empezado a reducir la plantilla. Ivan lo sabía y comprendió que debía presionar para que la necrológica apareciera antes de que empezara a circular aquella historia.

Normalmente leían unos diez minutos en la cama, pero esa noche Ivan, que iba hacia la mitad de los diarios de Chips Channon, se sintió cansado y apagó la luz cuando solo llevaba una página leída. Evert estaba más animado en la cama desde que había tenido el derrame e Ivan se alegraba de ello, aunque también tenía más cuidado, pues temía que el esfuerzo le provocara otro derrame. Ahora mantenían relaciones tres veces por semana en lugar de una vez al mes. Ivan lo oyó volver del cuarto de baño, oyó sus comentarios en voz baja, inconexos, espaciados. Evert, que desde hacía cuarenta años siempre había tenido pareja, ahora hablaba para sí en voz alta, como suele

hacer la gente que vive sola. Siempre había hablado en sueños, frases extrañas que se daban la vuelta como si ellas también estuvieran en la cama y zanjaban una discusión que nadie había oído («Por supuesto que fue por eso por lo que...», «Pues ahora ya entiendes por qué no pudo...»); ahora hablaba en sueños mientras estaba despierto, hacía comentarios superficiales, melancólicos o pícaros, a menudo explícitamente sexuales, paseándose por aquel territorio de recuerdos que habitaban amantes anteriores a Ivan. Entró en la habitación sonriendo con cara de satisfacción, dejó el vaso de agua en la mesilla de noche y se metió en la cama.

—Buenas noches —dijo Ivan mezclando las palabras con un bostezo antes de tirar de las sábanas.

Evert se incorporó un poco a su lado.

—Porque él siempre fue pasivo en la cama —dijo con ternura pero de forma concluyente.

—¿De quién hablas, Evert? —dijo Ivan con voz monótona, una última y tenue formalidad antes de quedarse dormido; le dio la espalda a Evert y abrazó la almohada.

—No importa, no importa. —Evert levantó una rodilla y lo besó suavemente en la nuca y así pronto quedó claro que Ivan no iba a librarse de él tan fácilmente.

3

George Chalmers colgó su abrigo en el recibidor, dobló su pañuelo de seda y lo dejó en la mesa, con los guantes encima. Había decidido que lo retrataran con un batín de terciopelo carmesí y tenía un aspecto muy curioso a las diez de la mañana en el frío taller. Resultó que aquel retrato era el regalo que se hacía a sí mismo por su setenta cumpleaños, aunque afirmaba que era algo que varios viejos amigos suyos lo habían instado a hacer. Y allí estaba, en el gran caballete: el esbozo de un fantasma pálido, de cara sonrosada y mirada fija, tan lejos todavía del resultado deseado que pasó a su lado sin mirarlo siquiera. Subió dando un breve gruñido a la pequeña tarima y se sentó en la

butaca de respaldo alto. Johnny había conseguido aquella butaca por diez libras en una subasta: se trataba de una butaca veneciana de imitación, madera de roble y terciopelo raído, de un color parecido al del batín de George, sujeto con hileras de tachuelas de latón. George se sentó con la espalda recta, cruzó las piernas y apoyó las manos en los brazos curvos de su trono.

Así comenzó la nueva sesión, la quinta, y Johnny solo tardó un par de minutos en pasar de la timidez a la concentración en el trabajo. Prefería escuchar música mientras pintaba, pero George estaba sordo y eso dificultaba aún más la conversación, así que daba toquecitos y pinceladas rápidas y se paraba a pensar un momento con la música de fondo de los monólogos de su modelo. A veces, las conversaciones que surgían en el taller formaban contrapuntos misteriosos al acto de pintar; a veces lo distraían e interferían. George Chalmers era un buen modelo, pero una persona antipática. Conservaba, pese a su avanzada edad, una pronunciada coquetería, una confianza inquebrantable en su propia picardía y su propio atractivo. Las historias que contaba de su paso por Oxford y por la Marina, de sus viajes a Italia y Egipto después de la guerra, rebosaban salvajismo y sentimentalidad. Se había enamorado locamente, le habían partido el corazón, pero Peter Coyle y Willy Fitchet y Jack Ducane eran todos unos mierdas y él los había calado y había sobrevivido a todos (a Peter, desde luego: ya había vivido medio siglo más que él). Sobrevivir a sus amantes, un mero accidente, encajaba con su enfoque competitivo de la vida. Al principio, las sonrisas sumisas de Johnny y sus distraídos murmullos («¡Oh!», «¿En serio?») lo halagaban, pero no ofrecían suficiente resistencia. Presionado para contar anécdotas sobre su vida amorosa, Johnny se sentía como un inocentón sin ninguna audacia. «Bueno sí, una vez conocí a un irlandés encantador...» De todas formas, no parecía que Chalmers prestara mucha atención a lo que él decía, no buscaba semejanza alguna entre los escarceos del joven y sus legendarias aventuras; aunque ocasionalmente, por fatiga y buenos modales, mostraba un interés pasajero y ofrecía un aliento débil y escasamente atento. Debido a la sordera de su cliente, Johnny tenía que subir mucho la voz cuando contaba sus pequeñas historias, como si se dirigiera y no lograra divertir a una habitación llena de gente.

La fuerza de Johnny, desde el punto de vista social, consistía en conocer a

Evert, que era quien había animado a George a encargarse del retrato, pero Johnny nunca había tenido el don de contar anécdotas y las cosas que contaba de Freddie, de Iffy Skipton o de los tejemanejes de la Real Sociedad de Retratistas, historias que a Pat y al propio Evert les habían entusiasmado, dejaban frío a Chalmers. Johnny suponía que el anciano sacaría, tarde o temprano, el Caso Sparsholt, pero no fue así, quizá simplemente porque no estaban implicados ni él ni nadie a quien conociera personalmente y, además, porque era un desastre monumental, la clase de desastre en el que Chalmers, pese a haber protagonizado aventuras mucho más descabelladas, había sido demasiado inteligente como para verse metido en algo semejante. Johnny calculaba que el trimestre de su padre en Oxford debía de haber coincidido con el tiempo que pasó allí George, pero no parecía probable que se hubieran conocido.

Él, mientras posaba, hablaba de personas célebres por otros motivos.

—Por supuesto que nunca olvidaré los meses que pasé en Florencia en 1947. Me ligué a un muchacho precioso que quería entrar en el teatro. Digo muchacho, aunque seguramente solo fuera un año más joven que yo. Ya había empezado a trabajar para Visconti, a quien conocía bastante bien, por supuesto. Por entonces yo tenía gonorrea, no recuerdo si en el culo o en la polla, seguramente en los dos sitios, ¿no? Así que tuve que dejar pasar aquella ocasión. Luego, al cabo de unos años, se presentó en Londres y me regaló un anillo: ¡estaba dirigiendo *Tosca* en Covent Garden! Evidentemente ya sabes de quién hablo.

—¿Papá?

Johnny no se dio la vuelta, pero ahogó un grito al preguntarse qué habría oído ella.

—¿Qué pasa, cielo?

Oyó crujir el parquet detrás de él.

—¿Cuándo nos iremos?

—Hasta después de comer no, ya ves que esta mañana tengo trabajo.

—Ah...

Johnny la veía, de pie, justo en el límite de su campo de visión.

—Buenos días —dijo George secamente.

—George, le presento a mi hija Lucy. El señor Chalmers, ya te he hablado de él.

—Buenos días —dijo Lucy, y bajó momentáneamente la voz y, aunque eso no lo vio, él lo sabía, la mirada. Johnny se imaginó cómo estaría viendo ella el taller, el mundo opaco y adulto del proceso, la conversación, el lienzo más alto que ella. Una vez había posado para él (o, mejor dicho, no había parado de moverse y había aguantado de mala gana y se había quedado dormida) y Johnny sabía que debía hacer lo que casi se le había olvidado hacer y pintarla otra vez, aprovechando una de aquellas semanas que pasaban juntos, no por dinero sino por amor.

El miércoles por la tarde, Timothy Gorley-Whittaker, un muchachito sumamente educado, a quien incluso Francesca había dado su aprobación, fue a visitar a Lucy por segunda vez. Aunque era un día de las vacaciones escolares, llegó con su cartera (con sus iniciales, T. G.-W., estampadas en la solapa). Se pasaron más de una hora arriba, en la habitación de Lucy, y, al igual que en su anterior visita, desde el taller no se oían ni voces ni pasos. A las cuatro Johnny subió a decirles que la merienda estaba lista. Se quedó un momento detrás de la puerta y oyó una conversación fluida pero bastante tensa, casi una discusión. Llamó con los nudillos y entró, un poco nervioso, y encontró a Lucy sentada en la cama y a Timothy apoyado en la repisa de la chimenea, que a él le quedaba a la altura del hombro. Ambos tenían un librito abierto en las manos y se quedaron mirándolo con una mezcla de impaciencia y bochorno.

—¡La merienda está lista!

—Vale —dijo Lucy, y miró a Timothy.

—¿Le importa que terminemos esta escena, señor? —preguntó Timothy.

Johnny sonrió, sorprendido por aquella frase, y entonces lo entendió: estaban leyendo una obra de teatro. Agachó la cabeza y se retiró. Con su caballeresca voz de tiple, Timothy continuó:

—Fanny, seamos discretos.

—Oh... Lo siento... Hmmm... —balbuceó Lucy.

Johnny volvió a asomar la cabeza por la puerta y dijo en voz alta: «No hace falta que me llames “señor”.» Y entonces bajó. A su padre le gustaba que los compañeros de clase de su hijo lo llamaran «señor», lo que ellos hacían exagerando o a regañadientes, y Johnny se moría de vergüenza en los dos casos.

Había puesto en la mesa de la cocina una bandeja de pastelitos Jaffa, una tarta de frutas, muy nutritiva pero sin mantequilla, que había preparado Pat, y un montoncito de sándwiches de plátano y mantequilla de cacahuete pulcramente cortados en triángulos que había preparado él mismo; no había podido resistirse a la tentación de comerse uno y sintió un espasmo de nostalgia cuando la crema de cacahuete le dejó el paladar seco. Después de merendar ya estaría lo bastante oscuro como para tirar unos cuantos fuegos artificiales de interior; había comprado el paquete, rojo, en la tienda del barrio, una especie de caja de galletas combustibles: volcanes, velas romanas y cinco bengalas para cada uno. Los niños bajaron al cabo de un minuto.

—¿Puedo lavarme las manos, señor? —preguntó Timothy.

Johnny lo dejó pasar.

—Laváoslas los dos —le contestó, y se miró las suyas, que estaban manchadas de pintura y con las uñas negras. Lucy se las lavó primero y le pasó la toalla a Timothy con gesto de disculpa—. Bueno, y ¿que habéis estado haciendo?

Timothy se sentó en la butaca que le señaló Lucy.

—Leer *Mary Rose* —contestó.

—Ah, ya —dijo Johnny—. ¿Y qué es?

Timothy lo miró desconcertado, pero al cabo de un segundo decidió que aquello no era ninguna broma y sonrió como si quisiera tranquilizarlo.

—Ah, es una obra de J. M. Barrie, ya sabe...

—Ah, sí —dijo Johnny.

—Es muy divertida.

—Come algo, coge un sándwich.

—Gracias, señor Sparsholt.

—Tiene bastante texto —dijo Lucy.

Timothy la miró con ternura.

—Sí, todas las acotaciones.

—Sí, claro —dijo Johnny.

—También las leemos, en voz alta. Viene a ser como leer un libro.

—Tenemos que ser varias personas a la vez —explicó Lucy, como si eso fuera a un tiempo emocionante y un inconveniente considerable.

—Bueno, espero que sea un texto apropiado para vuestra edad —dijo

Johnny, un poco en broma; todo aquello le parecía bastante raro. Daba la impresión de que Lucy quería hacer algún otro comentario, pero su buena educación se lo impedía. Timothy masticaba a conciencia un bocado de pan con mantequilla de cacahuete, pero sus cejas delataban su deseo de hablar.

—Ah, sí, completamente apropiado, señor —dijo sin contenerse.

—Así me gusta —replicó Johnny, y volvió a preguntarse en qué idioma estaría escrito su papel de padre despreocupado pero afectuoso.

Después de la merienda, fue al taller y volvió con la caja de fuegos artificiales.

—Pensé que sería divertido —dijo.

La vergüenza se reflejó brevemente en el rostro de Lucy, pero Timothy sonrió.

—A mí me encantaban cuando era pequeño —confesó.

—Hmmm, a mí también —dijo Johnny—. ¿Vamos a la otra habitación? Esa podemos oscurecerla más.

Pasaron por el recibidor y fueron a la sala de estar; las puertas del taller estaban cerradas y la farola que había al otro lado de la cancela acariciaba con tenues brillos otoñales los sofás y los sillones oscuros. Johnny encendió solo una lámpara y entonces corrió las cortinas. Puso un platillo en la chimenea de mármol, hizo apartarse a los niños y prendió las pestañas de papel azul. Cuando abrió la caja y examinó el contenido, vio que no solo había pocos, sino que eran de mala calidad. En la tienda no se había fijado en la marca, que evidentemente no era inglesa: «Plantar en piso o tiesto» rezaba en la etiqueta de la vela romana. Johnny obedeció las instrucciones y la hincó en la maceta de un viejo cactus; entonces encendió la mecha y apagó rápidamente la lámpara. A oscuras, vieron cómo el diminuto punto incandescente parpadeaba un poco y, tras unos diez segundos de incertidumbre, se apagaba. «Papá...», lo previno Lucy al ver que iba hacia ella y justo entonces se oyó una detonación y, de la parte superior, empezó a surgir una fuente de chispas azules, por el lado derecho mucho más que por el izquierdo, por donde chisporroteaba y parecía atascada. El hueco de la chimenea y las baldosas Minton marrones que la rodeaban se iluminaron y Johnny vio las caras de los jóvenes reflejadas en el espejo que había sobre la repisa, espectrales en medio de la oscuridad. Lucy se mordía la mejilla por dentro.

Cuando ella consideró que ya no era peligroso volver a acercarse, su

padre encendió otra vez la lámpara. «Creo que este es un poco más emocionante», dijo; tiró los restos debajo de la rejilla y colocó un pequeño cono negro en el platillo.

—Eran mis preferidos. —Se puso en cuclillas y encendió una cerilla—. Tu abuela me los regalaba cuando quería premiarme por algo, ¿sabes, cielo?

—Sí —dijo Lucy.

—Hay algunos preciosos —Acercó la cerilla al extremo del cono, que prendió y empezó a echar humo de inmediato. El papel empezó a enroscarse y, antes de que Johnny hubiera apagado la luz, el volcán escupió, durante cuatro segundos, unos gusanos morados al tiempo que crepitaba débilmente antes de apagarse: era difícil discernir si estaba inactivo o se había extinguido, pero todos se apartaron por si se producía otra erupción, aunque fuese pequeña, durante el escaso medio minuto siguiente. Flotaba en el aire un desagradable olor nitroso. Fue a la madre de la niña a quien Johnny creyó oír cuando Lucy exclamó en la habitación a oscuras: «¡Qué patético!» Y, por si fuera poco, Timothy se echó a reír.

Bueno, todavía quedaban las bengalas. «Vamos a jugar con fuego», dijo Johnny, y vio la sonrisa de incertidumbre de Timothy. El encanto de las bengalas no radicaba en su peligrosidad como en el caso de los otros fuegos artificiales sino en su carácter inofensivo: las chispas caían por donde se les antojaba, sobre butacas y alfombras, sin dejar huella alguna. En el centro, sin embargo, la varita mágica de la incandescencia, cuyo extremo iba apagándose a medida que las chispas descendían hacia la mano, debía de estar caliente, sin duda. Aquellas bengalas, concretamente, estaban hechas con un alambre muy fino y flexible. «Ahora cuidado...» Y, de nuevo con la luz apagada, Johnny encendió una cerilla Vesta y los niños acercaron la punta de sus bengalas a la llama; tardaron en prender, luego chisporrotearon como si fueran a apagarse, hasta que los niños las levantaron alejándoselas del cuerpo y Johnny agitó la mano para apagar la cerilla, que de pronto le estaba quemando los dedos. La luz que proyectaban las bengalas no llegaba muy lejos, pero esa debilidad, precisamente, le daba cierto efecto onírico. Timothy esbozaba tímidos círculos en el aire con la suya. Lucy, algo más creativa, trazaba arabescos delante de su retrato arrancándole destellos al barniz. Y luego volvieron a quedar los tres a oscuras. «¡Estupendo! ¡Pues todavía os quedan cuatro a cada uno!», dijo Johnny.

Con las dos siguientes se mostraron más atrevidos: fueron desplazándose por la habitación, escribiendo en el aire letras que luego se desvanecían; Lucy imitaba el revolotear de las hadas y Timothy era un avión y añadía discretos efectos de sonido, pero no tardaron en agotar las posibilidades de las bengalas y llegar al límite de lo que se podía hacer con ellas. Cuando ya habían gastado tres, Lucy dijo:

—¿Por qué no lo pruebas, papá?

—Sí, señor Sparsholt, pruébalo —se sumó Timothy.

—No, no, las he comprado para vosotros —dijo Johnny riéndose de su fácil bondad.

—Pero nosotros ya lo hemos probado —insistió Lucy y, como él seguía poniendo reparos, añadió—: Lo hemos probado tres veces.

Así que Johnny acabó cogiendo una, obedeciendo las instrucciones de Lucy, y dejó que ella se la encendiera, muy decidida y, en opinión de su padre, muy hermosa. La bengala empezó a crepitar y escupir chispas y ya estaba encendida. Se quedó quieto, con la ventaja que le aportaba su estatura y sin saber qué hacer con la bengala; luego empezó a moverla como si fuera una batuta por encima de sus cabezas (parecía que estuviera dirigiendo la *Obertura trágica*), y, por último, esperó pacientemente, con una sonrisa en los labios, contemplando las chispas que se desprendían de su mano levantada y caían hasta perderse en la oscuridad.

A las seis, Annabel Gorley-Whittaker llegó para recoger a su hijo. Pat, que en ese momento llegaba del trabajo, abrió la puerta con un ademán ostentoso, pero la mujer mostró una extraña reticencia a entrar en la casa. Avanzó hasta donde estaba el perchero e intentó salir airoso de la difícil hazaña de no mirar ni uno solo de las dos docenas de cuadros que había en las paredes.

—Hola, Timothy, ya estás aquí —dijo, como si la hubieran tenido horas esperando, cuando vio a su hijo en lo alto de la escalera.

—Se ha portado muy bien —dijo Johnny, algo sorprendido de estar relacionándose, como padre, con aquella mujer.

Ella lo observó atentamente durante un segundo: fuera lo que fuese lo que había imaginado, no cabía duda de que no encajaba con lo que estaba viendo. Era exageradamente educada y discreta, igual que su hijo; durante dos o tres

segundos su rostro se convirtió en una máscara de comprensión y disculpa.

—Le agradezco enormemente que lo haya acogido en su casa —dijo.

Para el día siguiente habían preparado una excursión. Las excursiones suscitaban curiosidad y, al mismo tiempo, una ligera resistencia. Lucy mostraba cierto interés por edificios y cuadros; él la elogiaba y se la ganaba diciéndole que estaba orgulloso de que le gustara el arte, pero también sabía que ese interés era limitado y transitorio. Un lugar con abundantes dorados y colgaduras le producía una emoción que duraba entre quince y veinte minutos, pues lo consideraba un escenario ideal; sin embargo, la monotonía que envolvía la historia hacía que no parara de mirar de un lado a otro y empezara arrastrar los pies por el tapizado extendido para turistas del suelo, enfurruñada, o que con una mano empujara a su padre, esperanzada, hacia delante con la intención de sacarlo de allí al doblar la primera esquina. De vez en cuando él se descubría con ella en las profundidades de un viejo espejo colgado entre dos ventanas: una pareja dispareja, el hombre desaliñado con una mata de pelo demasiado larga y la niña pulcra, inquieta y con mirada crítica.

En una ocasión, para enfocar todo aquello desde otra perspectiva, la hizo detenerse sin darle más explicaciones en el callejón de Bayswater donde el gran Peter Orban había encajado una bonita casa al estilo de Le Corbusier (la primera que construía en Inglaterra) en medio de la larga hilera de destartalados adosados. «¿Verdad que es bonita?», dijo. Al principio ella reconoció que la broma no estaba mal, para ser de esas bromas forzadas que hacían los padres y, después, cuando él le dijo que la había construido su bisabuelo, no se lo tomó nada bien. Ladeó la cabeza y trató de examinar aquella casa con una mirada fresca, pero su opinión no iba a cambiar. Prefería los dorados y los cortinajes antes que aquello.

—¿Por qué no podía construir una casa normal y corriente? —preguntó.

—Verás, hija mía, a veces —dijo Johnny, reteniéndola allí un momento más—, ser completamente diferente y nuevo tiene su gracia.

—Pues a mí me parece horrible —repuso ella sin inmutarse, y torció la cabeza, decidida a seguir andando por la calle.

—Una bomba destruyó la casa que había antes allí. Durante la guerra —añadió Johnny, dispuesto ahora a defender aquel edificio. Pero para ella no

tenía ningún sentido hablar de la guerra que había coloreado y marcado una gran parte de la infancia de su padre.

Ese día habían organizado una visita al museo de arte de Dulwich. Lucy ya había estado allí, aunque no se acordaba, cuando todavía era lo bastante pequeña como para que su padre la llevara en una mochila, como una princesa india a lomos de un elefante al trote, de modo que su visión de los cuadros era más relajada al tener la nuca de su padre frente a los ojos. Aunque, de vez en cuando, él exclamaba «¡Mira!», habían ido allí únicamente porque le apetecía a él. Ella lo había peinado con sus deditos, había tarareado cancioncillas y lanzado grititos operísticos y, cuando llegaron a la sala de los Poussins, ya desprendía un fuerte olor a pis. Aquel era uno de los lugares favoritos de Johnny, pero el buen desarrollo de la visita de ese día estaba amenazado desde el principio porque él había hablado demasiado. Al igual que a su madre, a Lucy no le gustaba que le dijeran qué tenía que sentir o pensar. «Unos cuadros preciosos en un edificio precioso, tesoro», dijo su padre, y detectó de inmediato el pequeño ceño de la resistencia incipiente. Fueron en el Volvo, con su revoltijo de cosas de Pat y de Johnny, mezclado con su propio olor, imposible de ignorar. La red de seguridad era el jardín de esculturas Fairmile, que estaba un poco más allá, y adonde habían ido el verano anterior; a Lucy le había parecido «maravilloso» y «tremendamente divertido», pero a veces cambiaba de opinión de la forma más inesperada.

Pues bien, el museo no fue un gran éxito, si bien, hasta cierto punto, no por culpa de la niña, sino por lo que él había dicho antes de ir, por haberlo descrito con tanta grandeza. A ella todavía no le emocionaba la grandeza; de hecho, le producía el efecto contrario.

—Bueno, ¿qué te parece? —Johnny la abrazó con cariño paternal; ella llevaba su abrigo rojo con cuello negro de terciopelo. Lucy se separó de él y miró alrededor, como si aquella pregunta no le hubiera pasado por la cabeza ni una sola vez en la media hora pasada.

—No está mal —concedió.

—¡Vaya, me alegro! —dijo Johnny, dolido, por supuesto, pero consciente de que no debía presionarla para que ella no se endureciera aún más—. Vemos una sala más y nos vamos, ¿vale?

—¿Cuándo podremos ir a ver el jardín de esculturas, papá? —Lo miró

desde abajo; sabía ser cautivadora.

—Tú quieres ir ya, ¿verdad?

—Sí, por favor.

—¿Vemos una sala más? ¿Solo una?

Lucy caviló un momento.

—Vale.

Johnny volvió a darle la mano y entró con ella en la galería transversal del fondo, donde había expuestos veinte cuadros holandeses, pequeños óleos, sumamente interesantes y hasta con ciertos detalles cómicos.

—¡Anda, mira! —exclamó Johnny—. ¿Qué crees que está haciendo esa mujer? —Lo dijo con el tono equivocado, casi como si le hablara a un bebé.

Lucy tiró de su padre, aparentemente hacia otro cuadro, como si cualquier cosa fuera mejor que aquel que estaban mirando. Empezó a girar sobre sí misma, creando a su alrededor un caleidoscopio de vacas, árboles, barcos y ríos.

—Papá...

—Dime, Lucy.

Se quedó mirándolo, casi suplicante.

—¡Esto es un rollo!

Era una afirmación más clara que el aburrido e indiferente «No está mal», así que Johnny se rió y se rindió. De alguna manera, entendía lo que su hija quería decir. Y ahora ella ya estaba contenta porque se había impuesto el sentido común; se diría que la niña sentía que los había salvado a ambos de una experiencia no solo tediosa sino también innecesaria.

—¿Ni siquiera quieres beber algo? —le preguntó Johnny—. ¿O comprarte un helado?

Esta vez ella le sonrió, dándole a entender que ya había hecho suficiente, y contestó:

—No hace falta.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura —confirmó ella—. Segura, segura, segura...

Había ganado ella, por mucho que a él le doliera admitirlo camino de la salida, al pasar por delante de los Van Dycks, los Reynolds y otros cuadros colgados muy por encima de la línea de visión de los adultos, por no decir de

la de los niños. Y entonces sintió una especie de perplejidad al pensar en lo vulnerable que se sentía respecto a su propia hija. Invertía demasiado en aquellas visitas, aquellas excursiones con sus intrínsecos obstáculos para el éxito.

Al cabo de un cuarto de hora ya habían bajado del coche; descartaron el serpenteante sendero, más accesible, y decidieron bajar por los románticos y empinados escalones, entre los árboles. Bajo la última luz de la tarde, aquel vallecito boscoso con sus cincuenta habitantes imprevisibles (un par de ellos, móviles, giraban sobre sus ejes de vez en cuando al atrapar el viento y, al mismo tiempo, atrapaban la luz) tenía el ambiente sobrenatural de un cuadro simbolista, caían hojas de otoño de los árboles y había muy poca gente y solo se oía un par de voces que llegaban del laberinto vegetal de la parte más elevada del jardín. Para Lucy aquello era un parque donde jugar con las elecciones, con las secuencias; ella tenía sus favoritas y primero trepó al gran bucle de una obra de Anthony Caro, y sus botitas le arrancaron ecos al hierro; luego continuó. A medida que iba viendo, iba recordando, las esculturas se ocultaban unas de otras entre los matorrales y detrás de las curvas del camino y ella quería prestarle a cada pieza la atención que merecía; aunque, cuando se adelantaba demasiado, volvía la cabeza para buscar a Johnny, que caminaba a ritmo de padre por el sendero. Lucy volvía a su lado y, jadeando, le daba un informe o le explicaba su siguiente plan antes de volver a alejarse y dejarlo con un extraño vacío a su lado: el del adulto ausente (en ese caso, no exactamente la madre de la niña), que habría interrumpido la conversación que mantenía con él, mientras caminaban ambos sin prisa, cada vez que Lucy hubiera corrido hasta ellos, y la habría llenado de notas agudas, breves muestras de interés y palabras de ánimo; luego habrían recuperado, cuando la niña hubiera vuelto echar a correr, el tono misterioso y monótono de los asuntos de los mayores.

Se alegraba de que Lucy estuviera contenta en un lugar que a él también le gustaba bastante, pero intuía que el jardín tenía algo más que excitaba a la niña. Lucy le cogió la mano cuando subían juntos por el camino del fondo, donde un alto móvil de plata chirrió al inclinarse hacia ellos. Su última visita había sido un domingo de verano, otros niños se habían apoderado de algunas esculturas y la habían invitado a participar, bruscamente o dubitativos, en juegos y desafíos. Ahora, media hora antes de la hora de cierre en el mes de

noviembre, le planteaba su propio reto. Siguieron adelante, balanceando los brazos al andar.

Lo que ambos llamaban «el laberinto», el estrechamiento de un cuarto de hectárea donde el jardín ascendía hasta la confluencia de dos fincas vecinas, consistía en realidad en una serie de caminos que se unían y se separaban entre unos círculos rodeados de altos setos, tres concretamente, con varias figuras cada uno. Los extensos jardines de las casas que había detrás, con sus tupidos abetos y laureles, te inducían a pensar que el laberinto era mucho más grande, hasta que, al dejar atrás un bosquecillo de avellanos jóvenes, te encontrabas ante la alta alambrada negra. Para una niña, evidentemente, aquel lugar tenía una escala diferente que para Johnny, cuya vista alcanzaba más allá por encima de los setos y entre las hayas marrones y los tejos verde oscuro. A la gente le gustaba demorarse en aquellos tres claros o sentarse en los bancos curvos, que también podían considerarse ambiguas esculturas, tallados de las ramas de un roble caído. Ahora los rayos del sol descendían casi horizontalmente, los senderos y los círculos se llenaban de sombras, y Johnny sintió un ligero nerviosismo, no solo por Lucy, cuya fresca manita llevaba encerrada en la suya, sino también por él mismo. Las voces susurrantes de dos hombres que hablaban con interrupciones, como si estuvieran ocupados en alguna tarea, jardineros quizá, parecían haber reclamado ya aquel lugar; conversaban en voz baja, pero sin pensar en que pudiera haber alguien escuchándolos, con los ritmos y las pausas del discurso natural.

—Me parece que esto te gusta más, ¿verdad? —preguntó Johnny, cohibido por si alguien lo oía.

—Sí —contestó Lucy, plantados los dos ante la Diana de bronce con un arco, sobre un creciente de luna, una figura rescatada de alguna fuente *art déco* y que se diferenciaba bastante de la colección de obras abstractas del resto del jardín. Ahora se alegraba de estar cerca de su padre—. Es diferente, ¿verdad?

—Sí —confirmó él, consciente, a medida que se acercaba más y rodeaban la estatua de Diana, de una pausa en la conversación de aquellos dos hombres; entonces la reanudaron bruscamente, lo que indicaba que se habían percatado de la presencia de otros. La luz del sol, que se filtraba entre el follaje de forma caprichosa y dispersa, hizo brillar algo que había bajo el

seto: unos envoltorios cuadrados de papel de aluminio negro y plateado, rasgados, pero la idea entró poco a poco en la cabeza de Johnny—. ¿Quieres ver las otras o prefieres que volvamos?

—Vamos a verlas —contestó la niña, y sacudió la cabeza; cuando quería, se empeñaba en terminar las cosas.

Siguieron adelante, doblaron una esquina y vieron a un hombre que iba hacia ellos, con vaqueros y cazadora, calvo, musculoso, más o menos de la misma edad que Johnny; se quedó mirándolo fijamente un momento, como si hubiera detectado algo y luego hubiera dudado y, en el último momento, había chascado la lengua para dar a entender que se había equivocado. Pasó rápidamente de largo y, cuando ya había dado un par de pasos, Lucy se volvió, todavía con el ceño fruncido.

—¿Conoces a ese hombre, papá?

—¿Cómo? No, claro que no —dijo Johnny, y de pronto sintió una aprensión aún mayor respecto al otro desconocido, al que no había visto. Sonrió sin dejar de mirar al frente, tirando de forma casi imperceptible de Lucy, que intentaba adelantarse. Pero en el tercer círculo no había nadie y la columna cónica de acero, obra de algún discípulo japonés de Brancusi, no los retuvo mucho tiempo allí. Por lo visto, el otro hombre se había marchado por el otro sendero. Sin embargo, el aire que se respiraba tras de lo que sin ninguna duda habían estado haciendo allí le aceleró el pulso a Johnny y fue como si se escondiera entre las sombras cada vez más oscuras, bajo los árboles. Johnny sintió curiosidad por saber cómo era el otro desconocido y lo buscó mientras charlaba con Lucy sin pensar mucho en lo que decía. Quizá siguiera escondido por allí; casi sintió alivio cuando oyó sonar la campanilla en la cancela que había junto al aparcamiento. «Mira, hora de volver», dijo, y Lucy le dio otra vez la razón.

Ella no tenía ningún sentido de la orientación; el de Johnny, en cambio, casi nunca fallaba, y los posibles celos de Lucy desaparecieron cuando llegó el momento de salir del laberinto. El sendero que discurría por la parte más alta llevaba más directamente a la salida, por unas extensiones de césped medio ocultas bajo las hojas caídas y la sombra de unas oscuras matas de rododendro. Iban balanceando los brazos con las manos entrelazadas.

—¿Adónde iremos a cenar? —quiso saber Lucy.

—Ay, corazón... —Sus exigencias obedecían a sus propios manejos y un

regalo desencadenaba la necesidad de otro. ¿Cedería Francesca, era así como se tomaban las decisiones en Belsize Grove? ¿O lo estaba poniendo a prueba? Dijo—: Bueno, ya veremos. —Y, por un hueco entre los setos que había a su izquierda, salió un hombre, con las manos en los bolsillos, barriando las hojas con sus botas.

—Papá... —lo alertó la niña, aunque él no habría sabido decir contra qué.

—Ya veremos —insistió. Se dio cuenta de que su hija se alegraba de contar con su protección, por mucho que ella despreciara cualquier gesto de apocamiento, y miró fijamente al desconocido. Ella se habría inventado cualquier historia, un mero hilo de razonamiento, para explicar la presencia de aquel hombre allí, aunque, para una niña pequeña, aquel gigante vestido de negro era un ser de un orden muy diferente al de la potente belleza que veía Johnny, las manos en los bolsillos de una chaqueta de cuero corta y ceñida que realzaba su trasero. Cuando el hombre llegó al sendero, se saludaron con la cabeza, escueta pero cordialmente, y hubo un momento de incertidumbre en que Johnny pensó que el desconocido iba a quedarse esperando, pero cruzó por delante de ellos, dio un par de pasos al trote, volviendo la cabeza para dar las gracias con un gesto, y, al cabo de unos pasos más, volvió a mirar hacia atrás, con aquella sonrisita dudosa de reconocimiento en los labios.

—Eres tú —dijo, y Johnny se detuvo un instante, como si necesitara asegurarse de que lo era.

—Hola...

—No te acuerdas. ¡Vaya, qué decepción! —Tenía una voz potente, atrevida, capaz.

Johnny tenía buena memoria para las caras, iba ligado a su vocación y a su oficio, pero su memoria se retrasó unos segundos, por alguna razón, al rescatar del pasado aquella máscara de ojos marrones y risueños, inexorablemente alterada por el viaje, pero que iba cobrando definición: los labios más afilados, el pelo, rizado, más escaso y muy corto, la complexión aún más robusta, pero con la agilidad que se logra con el ejercicio físico continuado.

—¿Eres... Mark? —especuló Johnny, con una mezcla de placer y bochorno al descubrir que el desconocido no era tal cosa, sino un amigo.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—Muy bien. —Se habían detenido. Johnny le tendió la mano para evitar un abrazo o un beso y Mark se la estrechó y le guiñó un ojo, cuadrando los hombros.

—Johnny Sparsholt. ¡Qué sorpresa!

—Ya lo sé... —Johnny vio que Mark dirigía su seductora sonrisa hacia la niña del abrigo rojo que iba a su lado—. Te presento a Lucy —dijo con firmeza, decidido a no añadir detalles.

—¡Hola, Lucy! Yo soy Mark. —Se inclinó hacia ella, pero intuyó que la niña no iba a estrecharle la mano.

—Hola. —De pronto Lucy parecía más pequeña; se dio la vuelta, aburrida o incómoda, sin soltarle la mano a su padre. Le interesaban las corrientes de las conversaciones de los adultos, los indicios de discreción, de cariño real o solo fingido, pero también juzgaba a las personas precipitadamente y luego no era fácil que cambiara de criterio.

—Debe de hacer quince años —calculó Johnny.

—Sí —concedió Mark—. ¿A qué te dedicas? ¿Todavía pintas?

—Sí, ya lo creo.

—¿Y se te da bien?

—Sí, creo que sí.

Volvió a sonar la campanilla de la cancela, un triste eco de los años del colegio en aquella tarde cada vez más oscura.

—Papá... —dijo Lucy.

Johnny le tocó el brazo a Mark y se pusieron en marcha los tres.

—Por lo que veo, tu situación ha cambiado un poco —comentó Mark.

—Sí. Bastante, diría yo.

Mark lo miró con gesto especulativo y amistoso.

—Así que te has casado...

—¿Casado? Ah, ya. No, no. Bueno, Lucy es hija mía, pero no estoy casado, no. —Mientras, ella arrastraba las hojas del suelo y tiraba de la mano de su padre.

—Hmmm... —murmuró Mark.

—¿Y tú? ¿Sigues en Camberwell?

—No, qué va, de eso hace mucho tiempo.

—Me acuerdo de la casa —dijo Johnny y, como si retirara la fachada de

una casa de muñecas, lo asaltó una imagen compleja, una docena de vidas independientes que transcurrían en cinco plantas, una cooperativa, con sus reuniones y sus fiestas en habitaciones decoradas con colores llamativos y el peligro, siempre presente, de que un pequeño grupo de miembros se hiciera con el control.

—Al final nos echaron —dijo Mark—, pero pasamos momentos muy buenos allí.

—Sí, ya lo creo —coincidió Johnny, pese a no estar seguro de si se refería concretamente a los momentos que había pasado allí con él. Los buenos momentos eran un requisito imprescindible para Mark: noches agotadoras, interminables. Debía de tener algún trabajo, pero a Johnny le costaba entender a qué se dedicaba la gente, siempre le había costado—. ¿Y ahora a qué te dedicas?

—Bueno, estoy muy ocupado —dijo Mark—, ¡no sé si me explico! —Mark era famoso por su labia, todo lo convertía en un chiste, no paraba de lanzar indirectas y hacer insinuaciones, así que tenías que pensar muy bien lo que ibas a decir y, al cabo de unos días acababas echando de menos las conversaciones normales y corrientes, sin ambigüedades, insulsas. Aun así, al notar el magnetismo de su presencia, de aquellas manos metidas en los bolsillos de la cazadora, del olorcillo a cuero, a Johnny le sorprendió recordar que, durante todo un mes, alguien tan guapo, activo e irreflexivo se había pasado las noches bebiendo, bailando y acostándose con él.

Fueron hacia la gran escultura de Henry Moore que había junto a la cancela; ya solo quedaban dos coches al otro lado, en el pequeño aparcamiento, otro laberinto cercado por un seto.

—Tengo que hacer una escapadita —dijo Mark, sonriente—, pero me alegro mucho de haberte visto.

—¡Y yo a ti! —dijo Johnny; no estaba seguro de a qué se refería con aquello de la «escapadita», pero pensó que debía de necesitar orinar.

—A ver si nos vemos otro día. —Y esta vez le dio un rápido abrazo, y Johnny notó el tibio aliento de Mark en la oreja. Johnny se dio tanta prisa que aún tuvieron que esperar un minuto al empleado con la llave atada a un bastoncito rojo.

—Ya viene —dijo Johnny y, cuando Lucy corrió, ella sola, hasta el Volvo, él se dio la vuelta y observó un momento a Mark por el hueco de la

escultura de Henry Moore: una figura yacente de dos piezas que, desde muchos puntos de vista, se superponían y se combinaban para formar una sola, pero que, desde donde estaba situado él, revelaba sus dos piezas erosionadas e independientes.

Lucy iba sentada con la espalda muy recta en el coche, con la dignidad y la desventaja de una persona de escasa estatura, mientras circulaban en medio del tráfico, cada vez más denso, hacia la South Circular. A Johnny lo turbaba ver cómo disminuía el entusiasmo de su hija, en parte porque lo entendía: aquello constituía una especie de juicio sobre sí mismo. Sus titubeos, sus lentitudes, los trances estéticos de su infancia y adolescencia habían sido solitarios y ningún compañero suyo los había comprendido. ¿Por qué compartía Lucy aquel don peculiar, ligeramente invalidante?

—Papá —dijo la niña—, ¿alguna vez quisiste casarte?

—Ay, corazón... Nunca me lo planteé en serio. —La miró de soslayo—. ¿Por qué me lo preguntas?

—A mí me gustaría que te casaras con mamá.

—Pero corazón... —Era un deseo demasiado conmovedor para parecer creíble; sin embargo, aquella tarde algo había perturbado a la niña—. Creo que no nos habríamos llevado nada bien.

—Hay muchos padres que no se llevan bien —replicó Lucy.

—Sí, tienes razón, pero entonces ¿qué pasa? Piensa en tus abuelos.

—Hmmm, ¿en cuáles?

—Me refería a mis padres, pero, ahora que lo pienso, también en los padres de mamá. Tu madre y yo somos muy diferentes. Estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo.

Lucy se quedó mirando los coches y los camiones, con la impresión de que la aprisionaban, de que reducían la marcha y los apretujaban mientras ellos esperaban a que cambiara el semáforo que estaba cien metros más allá.

—Timothy me ha pedido que me case con él —dijo.

Era importante no reírse y también no tomárselo demasiado en serio, porque eso habría sonado a burla.

—Ya. ¿Cuándo ha sido eso?

—Cuando hemos subido a mi cuarto después de los fuegos artificiales.

—La emoción se le habrá subido a la cabeza.

—Papá —protestó Lucy.

—¿Y tú qué le has contestado?

Quizá de pronto ella pensara que su padre no merecía que le hiciera aquellas confidencias.

—Le he dicho que me lo pensaría.

—Claro. Bien hecho. —Cambió el semáforo y, lentamente, los vehículos fueron transmitiéndose, uno a uno, el impulso de arrancar—. Pero lo que tiene que hacer es venir a pedirme tu mano.

—Hmmm.

—Es lo que hay que hacer. Siempre se ha hecho así.

—Vale.

—Pero va a ser un noviazgo muy largo, ¿no?

—Ya lo sé —concedió Lucy. Y añadió—: Lo que no sé es qué sentiré cuando llegue el momento.

—Ni él, corazón, no te olvides de eso.

El trayecto de regreso a casa duró mucho más que el relajado trayecto de ida. Los coches llevaban las luces de estacionamiento y los faros delanteros encendidos, la larga hilera de farolas se prolongaba a medida que la calle iba oscureciendo, aunque, en lo alto, el cielo estaba despejado y reluciente y unos jirones alargados de nubes de color morado, casi negro, se deslizaban por encima de los tejados. En un par de ocasiones creyó que la niña se había quedado dormida, pero Lucy se movió, molesta, cuando él la miró para comprobarlo. Pensó qué podían hacer más tarde, a ser posible con Pat: una partida de Cluedo, que a ella le encantaba, o de Monopoly, donde se cometían otra clase de asesinatos y que, lógicamente, esperaría ganar; y pensó en Mark, que de pronto había salido del pasado y había caminado hacia él antes de haberse alejado corriendo bajo los árboles para seguramente nunca volverlo a ver.

El funeral de Freddie se celebró en Kensal Green y, ante su insistencia, fueron con Lucy. La niña estaba al corriente de los desacuerdos sobre si debía asistir o no; los deseos de su padre le quedaron más o menos claros a partir de lo que le oyó decir a su madre por teléfono. Cuando llegó el día, se vistió con una meditada variante de su oscuro uniforme escolar y fue a la habitación de su madre y de Una para verse en el gran espejo; tenía que ir al crematorio con la familia Skipton, pero se marcharía del «velatorio» posterior con su padre. Por la noche se pondría un atuendo más mono, pero que seguramente conservaría cierta gravedad e iría con su padre a la galería Musson para asistir a la exposición privada de los cuadros de Evert. «Qué mala suerte — comentó su madre— que las dos cosas coincidan en el mismo día.» Pero Lucy se colocó bien el sombrero, la buscó en el espejo y expresó su discrepancia: «Después de tanta tristeza —dijo—, será un alivio.»

De lo que no se acordaba, porque eso a ella todavía no la afectaba, y esperaba que no la afectase nunca, era de que beberían. Clover organizó una fiesta con camareros, en la casa, y tuvo tanto éxito y fue tan ruidosa como la fiesta a la que Lucy había ido hacía un año cuando todavía vivía Freddie. La abuelita Iffy se había convertido, como ella misma dijo, en la «abuelita chispitas»; Clover estaba «mamada» (según Evert) ya antes de empezar, y Evert agarró tal curda que besó a uno de los camareros. «Era lo que él quería», dijo Clover, e inclinó su copa para que volvieran a llenársela: «Quería despedirse por todo lo alto.» Para Lucy, que al principio se quedó de pie al lado de la puerta de la cocina, el ¡pum! de los tapones de las botellas de champán era el ruido que mejor definía aquella reunión. Bien, quizá los velatorios fuesen así; le costó un rato acostumbrarse, igual que al funeral en sí, pero no pensaba revelar su sorpresa. El ambiente solemne que, en el crematorio, la había entristecido y hecho enmudecer no tenía mucho que ver con Freddie, a quien ella apenas había conocido y que siempre le dedicaba una sonrisa indefinida, una sonrisa de tolerancia que abarcaba a todos los hijos de los hijos de sus amigos, a los que nunca lograba identificar. La visión del ataúd y el pensar que él estaba allí dentro, a escasos metros de distancia, sí, eso debía de ser de lo que su madre quería protegerla y lo que su padre consideraba que Lucy ya era bastante mayor para ver. La niña se sentía a la vez agradecida e indignada.

Llegó a casa de Clover con su madre y con Una y no volvió a reunirse

con su padre y con Pat hasta más tarde, cuando la sala ya estaba llena y cerca de una docena de personas, a pesar de que hacía un día húmedo y gris, habían salido al jardín. «Mira, tu padre está fuera con Clover —le dijo su madre—. Corre, ve a hablar con ellos.» Lucy trató de tener tacto con sus progenitores y salió por el ventanal expresando con sus andares las ganas de ver a uno y la reticencia a separarse de la otra. Un camarero acababa de acercarse al grupito que se había formado fuera.

—¡Les he pedido cosas que podáis comer vosotros! —dijo Clover al ver que su padre negaba con la cabeza ante una bandeja con algo envuelto con tiras de beicon—. Se lo he pedido específicamente.

—Tranquila —dijo él—, ya tienes bastantes cosas de que preocuparte.

—Han preparado algo vegetariano, ¿verdad? —le dijo al camarero—. ¿Específicamente?

—Puedo preguntarlo, señora —respondió el camarero.

—Se han apoderado de la cocina —explicó Clover—. Ya no pinto nada allí. —Miró hacia abajo y le dedicó una pasajera sonrisa a Lucy. Su padre, que llevaba un traje viejo de raya diplomática, la abrazó y la besó y Pat también se agachó y la miró entrecerrando los ojos, con gesto de preocupación.

—¿Te encuentras bien, Lucy? —le preguntó.

—Sí, gracias —contestó la niña, aunque su ternura amenazaba con volver a apenarla.

—¿Y ya has bebido algo? —dijo Clover.

El camarero regresó al cabo de un minuto con una bandeja especial de comida para Lucy y, con unos ostentosos ademanes, aplaudidos por los adultos, dijo:

—Aquí tiene, señorita, espero que le guste. —Y le dio unas palmaditas en la cabeza antes de marcharse. Los vegetarianos iban a tener que esperar bastante más.

A Lucy le sorprendió lo simpáticos que eran todos con Clover, teniendo en cuenta lo que solían decir de ella a sus espaldas. De repente la consideraban una amiga más íntima que antes. En parte, eso se debía a que todos querían ser amables por lo de Freddie: ahora que ya no estaba, le hacían notorios homenajes y en más de una ocasión Lucy oyó decir a alguien: «¡Sí, era un gran hombre!» y mirar para otro lado como si de pronto lo embargara

la emoción.

—¡Pues mira, Clover, querida —dijo una mujer de elevada estatura, borracha, sacudiendo la cabeza como si no pudiera evitar hablar con toda franqueza—, la verdad es que era un escritor rematadamente bueno!

—Sí, ¿verdad? —repuso Clover sin mucha emoción, y añadió—: Entendía muy bien a las personas. —Los demás produjeron un murmullo de aprobación.

—¿Sabes si tendremos ocasión de leer otro volumen de su famoso diario? —preguntó un individuo, con una risita nerviosa.

—Bueno, todavía quedan muchísimos —dijo Clover tras cavilar un momento—. Escribió todos los días de su vida, casi hasta el último. Mira, le comenté algo a Ivan Goyle, pensé que quizá él podría hacer otra selección. O incluso dos.

—¡Ah, qué maravilla! —exclamó la mujer que estaba borracha.

—Pero la verdad es que el último causó tanto revuelo que no estoy segura de querer que salga otro a la luz.

—Bueno, de momento todavía no, evidentemente, querida.

—¿No queréis entrar? —dijo Clover.

—No, estamos bien, Clo —dijo el padre de la niña. Miró alrededor y agregó—: Solo chispea.

Lucy siguió su ejemplo y se puso de espaldas a la lluvia mientras masticaba su bocadillo de salchicha.

—Se está bien aquí fuera, ¿verdad? —dijo Clover. En las puntadas de su chal relucía una fina película de humedad.

—Sí, son cuatro gotas —dijo Pat, y miró con gesto tranquilizador el cielo gris y encapotado, más allá de los tejados. Clover sonreía débilmente, como si estuviera muy lejos de allí, pero, al cabo de un minuto, cuando ya fue imposible ignorar la lluvia, dijo: «Vaya, nos estamos mojando». Como si, de pronto, todos los que estaban en el jardín entraran en razón a la vez, echaron a andar, a correr casi, hacia la casa.

Al cabo de un rato, Lucy se acercó al abuelo George, que estaba en un rincón de la abarrotada sala con un hombre alto de pelo blanco. La niña sabía que su abuelo detestaba que lo interrumpieran cuando estaba hablando. Sin embargo, transcurrido un minuto, el otro hombre la miró y, con gesto cordial,

dijo:

—Debe de ser tu nieta, ¿verdad, George?

Él miró hacia abajo para comprobarlo.

—Sí, sí, es mi nieta —confirmó, y sonrió brevemente, como si estuviera confirmándole a Lucy que no había perdido las llaves del coche.

—¿Y dónde está su hermosa madre?

—Ah, por ahí, en algún sitio.

—Me encantaría volver a verla. ¿Todavía viven en... Belsize Park?

—Que yo sepa, sí —contestó George, no sin cierta guasa, pues, como Lucy bien sabía, lo que le estaban preguntando, en realidad, era si todavía vivía con Una.

—Antes me ha parecido ver a su amiga.

—Seguramente —dijo George.

—Pero no me acuerdo de cómo se llama.

—Ah, se llama Una.

—Una, eso es. Un nombre muy bonito.

—Sí. Fácil de recordar.

—Sí, claro, suponiendo que todavía conserves una pizca de memoria...

—replicó su interlocutor con cursilería—. Trabaja en algo, ¿verdad?

Sir George sonrió más relajado.

—Vende artículos completamente inservibles que ella llama «esenciales». Una idea muy inteligente. Creo que le va bastante bien.

Lucy se escabulló.

Recordaba vagamente la casa, con sus centenares, sus miles de libros, pero descubrió que era interesante ver dónde había vivido y trabajado Freddie hasta hacía solo dos semanas. Una contaba que el traslado a Blenheim Crescent se había pagado con el guión de la película que Freddie había escrito sobre los espías de Cambridge (comunistas y homosexuales a los que Lucy imaginaba mirando por unos prismáticos de un *college* a otro). Había fotografías de Freddie por toda la casa; en el estudio, amplio y sombrío, donde entró, dubitativa, después de ir al cuarto de baño, había una fotografía de Freddie el día de su boda con una mujer que no era Clover, hacía mucho tiempo, evidentemente, cuando tenía el pelo oscuro y era un palmo más alto. En el pasillo había más fotografías colgadas y, si te entretenías y leías lo que

estaba escrito con letra pequeña y apretada, lo encontrabas en una fotografía escolar, colgada en el propio lavabo. Luego estaba el retrato que había pintado su padre el año anterior, colgado sobre el mueble bar, en el salón, y que ese día todos miraban con respeto y pesar, esbozando una sonrisa. Freddie ya estaba enfermo y muy demacrado cuando lo había pintado: Lucy recordaba que su padre había comentado lo difícil que resultaba ser sincero y, al mismo tiempo, amable. Lucy entendía aquella dificultad y el retrato de Freddie le parecía excelente, aunque a ella no le habría gustado especialmente tenerlo. Luego pensó en Freddie, aún más demacrado, en el ataúd, quizá todavía con aquella chaqueta de raya diplomática y aquella pajarita roja; debía recordar que ahora ya solo quedaban de él cenizas, era terrible pero reconfortante. (Pero ¿qué pasaba con las cenizas? ¿Dónde estaban?)

Cruzó el recibidor y fue a ver el libro de condolencias, abierto encima de la mesa para que los dolientes escribieran su nombre: el suyo ya estaba dos páginas más atrás, antes del de su padre, cuya gran *S* mayúscula se enroscaba y rodeaba la *Bde Pat*, que estaba en la línea de arriba: «Patrick Browning.» Oyó voces y pasó por delante de la puerta abierta del comedor. Allí estaba su padre, pero con Ivan, sentados de espaldas a la puerta.

—Hace poco lo revisó, pero probablemente data de 1967 o 1968 —iba diciendo Ivan—, cuando tu padre volvió a aparecer en las noticias. Quizá tuviera intención de leerlo en una sesión del Memo Club, pero estoy casi seguro de que nunca llegó a hacerlo. Supongo que rozaba la indecencia.

—Yo creía que la gracia del Memo Club era precisamente esa —dijo su padre. Ivan rió con una risa extraña y apoyó la mano en un montón de hojas de papel que había encima de la mesa—. ¿Tengo que leerlo? —Levantó la primera hoja hasta la altura de los ojos. Era una copia impresa en papel continuo: las hojas formaban un largo acordeón y daba un gusto enorme arrancar las tiras microperforadas de los lados; entonces, la dejó caer produciendo un breve susurro de papel—. ¿Por qué no me explicas de qué va?

—No, creo que debes leerlo por ti mismo. Evidentemente, yo no sé si es muy exacto, no he visto el diario de ese periodo y todos sabemos que Freddie tendía a exagerar un poco las cosas, pero... Es bueno —dijo Ivan—. No quiero estropear la lectura.

El padre de Lucy suspiró.

—¿Evert lo ha visto?

—Pensé que sería mejor no darle un disgusto.

—¿Y a mí?

Ivan le puso una mano en el hombro y luego la apartó.

—A ti no creo que te impresione.

—Solo es más de lo mismo sobre mi padre...

—Bueno, sí —concedió Ivan—, trata sobre una aventura que tuvo, otra más, ya sabes... La verdad es que yo me llevé una sorpresa.

—Papá... —dijo Lucy.

—¡Ah, hola! —dijo Ivan. Los dos se dieron la vuelta, alarmados durante un segundo, y luego nada alarmados—. Bueno, aquí te lo dejo. —Ivan se levantó, sonrió a Lucy con aire distraído, se palpó los bolsillos como si tratara de recordar qué era lo siguiente que tenía en la lista y salió al pasillo. Lucy entró. La mano derecha de su padre, extraña y conocida, grande, con los nudillos prominentes, fregada a conciencia para aquella ocasión, reposaba sobre el documento. Con la mano izquierda atrajo a la niña hacia sí.

—¿Están mamá y Una todavía ahí fuera?

Lucy dijo que sí. Ladeó la cabeza y leyó el comienzo: «La noche en que oímos por primera vez», y luego, más abajo, algunas palabras sueltas entre los dedos de su padre: «Evert Dax», «secretario»; su padre se quedó mirándola un momento y luego leyó él también, desplazando la mano para tapar el resto de la página. Pero Lucy era más rápida que él.

—¿Habla de ti, papá?

—Me parece que no. No, es una cosa que Freddie escribió sobre tu abuelo.

—El abuelo David —dijo ella.

—Exacto. —Cogió las hojas, las enrolló lo mejor que pudo e intentó metérselas en el bolsillo de la chaqueta; abultaban bastante. Lucy se había enterado, sobre todo por algo que había dicho la madre de Timothy, de que había algún problema con aquel abuelo en particular y con su divorcio de la abuelita Connie.

—¿Es bonito?

—Seguro que sí. Trata de cuando estaban en Oxford. En la época de la guerra.

—¿Freddie y el abuelo estaban allí?

—Sí.

—Ah —dijo Lucy—. No lo sabía. —Otra vez la guerra, aquella gran niebla gris que los mayores evocaban y en la que desaparecían en cuanto tenían ocasión.

Su padre la miró con el ceño fruncido.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No me importa.

—Se supone que me contestas que sí y entonces yo tengo que irme contigo.

—Ah, bueno, entonces sí. Claro.

Lucy creía saber más que ninguna otra persona sobre aquella velada y sobre la venta de los cuadros de Evert. Su madre sabía toda la historia por Ivan y se la había explicado airadamente: «Necesita el dinero, Lucy, así de sencillo.» Su padre fue más comprensivo: «La verdad es que es todo muy triste. Es por culpa de esa gran casa, se va a derrumbar si no encuentra un poco de dinero para restaurarla.»

—¿La casa de los horrores?

A pesar de que ese nombre no le gustaba mucho, Johnny se lo dejó pasar.

—Tú nunca has estado allí, ¿verdad?

—Mamá dice que sí, cuando era muy pequeña.

—Pero no tan mayor como para acordarte.

Lucy concedió que no, pero ella creía haberla visitado y, una vez, yendo en taxi, le dijeron que acababan de pasar por delante; ella se había dado la vuelta y había contemplado la alta hilera de casas pareadas, idénticas, de ladrillo gris, cada una con su porche y su número en las columnas; no sabía cuál de ellas era. Ahora esa casa gris, real, tenía que coexistir, aunque fuera débilmente, con la otra, más perdurable, que ella había imaginado con anterioridad.

—Bueno, pues iremos a verla, ¿vale?

—¿Antes de que se caiga? —Y lo miró con los ojos entornados.

Y fue por eso por lo que, hacía dos meses, una fría mañana de domingo, habían dado un largo paseo por Fulham Road y, por fin, sobre las once, habían entrado en Cranley Gardens. Entonces Lucy vio de qué casa se

trataba, aunque había varias que estaban descuidadas y destartadas, con plantas completamente secas en los balcones y malas hierbas alrededor de la barandilla de la entrada; en la casa de Evert había un trozo de lona colgado sobre las ventanas del último piso. «Es por si se desprende algo del tejado», le explicó su padre. Entraron en el porche. Había una serie de timbres, varios de los cuales no funcionaban, unos cuantos nuevos conectados de forma provisional. Johnny dejó que Lucy buscara el timbre en el que ponía: «DAX/GOYLE». La niña lo pulsó y sonrió pacientemente. Mientras esperaban, él le explicó que la señora Lenska, la viuda polaca, vivía en la planta baja («¡Pulse fuerte dos veces, por favor!») y Parfitt, un banquero a quien nadie veía nunca, en el primer piso. El sótano estaba vacío, por culpa de la humedad. El interfono, moderno y nuevo, parecía más permanente que lo demás y llevaba la etiqueta «DRURY».

—¡Hola, soy Lucy! —dijo, y, tras un momento de incertidumbre, entraron.

En la mesa del recibidor la niña vio muchas cartas sin abrir. Subieron; Lucy iba detrás de su padre observando el anticuado ascensor, que se elevaba por una jaula que ocupaba todo el hueco de la escalera.

—Lo hizo instalar el padre de Evert —le explicó Johnny—. Ya sabes que solo tenía una pierna.

Precisamente ella estaba esperando un detalle por el estilo.

—¡Vaya! —exclamó.

—Me parece que hace años que no funciona.

Lucy supuso que su padre se refería al ascensor.

En cada giro de la escalera había una ventana alta y estrecha que permitía que entrara una luz grisácea sobre la moqueta, tan raída que en algunos sitios se veía la madera que había debajo. A medida que subían, pasaron por delante de una serie de marcas rectangulares, ganchos enormes, negras cortinas de telarañas que indicaban los sitios donde, durante mucho tiempo, había habido cuadros colgados. Cuando llegaron al rellano, los vieron apoyados contra la pared, con sus macizos marcos dorados, tratando de mantener la dignidad mientras se asomaban, nerviosos, unos por encima del hombro de los otros. Los cuadros que todavía estaban colgados, porque quizá no valiera la pena venderlos, parecían desamparados sin ellos. A Lucy la intrigaba subir a la casa de alguien y mirar sus cosas. En el rellano del

segundo piso había un desagradable olor dulzón que se te metía hasta el fondo de la nariz; Lucy no estaba segura de qué era, aunque lo había olido un par de veces en su casa, cuando había amigos de Una. Se oyó el chasquido de un cerrojo, se abrió una puerta y salieron dos hombres con vaqueros y camiseta, descalzos; le pareció bastante raro que aquello fuera un cuarto de baño. Lucy no dijo nada, pero cuando ellos entraron en la habitación de enfrente, debieron de oírlos a ella y a su padre. «¡Oh, cielos!», dijo uno de ellos, y el otro se volvió y dijo: «¡Ah, hola!». Eran veinteañeros y el primero tenía unos ojos increíblemente grandes que iluminaban toda su cara. A Lucy no le pareció que fueran empleados.

Su padre le puso un brazo alrededor de los hombros.

—¿Está Evert por aquí? —preguntó.

Los jóvenes rieron.

—¿Cuál de ellos es?

—¿Es el viejo?

—El dueño de la casa —dijo su padre.

—¡Ah, vale! —El joven de los ojos enormes rió y agarró al otro por el brazo—. Nosotros somos amigos de Denis —dijo. Entraron en una gran habitación, sin dejar de reír, con los brazos entrelazados. Lucy intuyó que había algo que no iba del todo bien y se pegó más a su padre. Lo siguió y entró con él en una agradable sala de estar, pero las cortinas todavía estaban corridas y, como solo había un par de lámparas, era difícil estar seguro. En aquella extraña penumbra matutina distinguió a Denis Drury, que estaba tumbado en el sofá mirando hacia el otro lado.

—Poned otro disco —dijo. Había un equipo de música al fondo de la habitación y un montón de discos fuera de sus fundas. Su padre parecía enfadado, pero no era su casa; agitó una mano como si quisiera apartar aquel olor y dijo:

—Hola, Denis. He venido a ver a Evert.

Denis se tensó; luego torció lentamente la cabeza y les sonrió. La luz de la lámpara le teñía las mejillas de rojo; llevaba el pelo, lacio y brillante, un poco revuelto, con algunos mechones de punta, y tenía los ojos muy negros y un poco saltones.

—¡El señor Sparsholt! —dijo e, incorporándose un poco, añadió—: ¡Y la señorita Sparsholt, madre mía!

Lucy no lo corrigió, había cosas peores por las que preocuparse.

—¿No tienes nada un poco más... moderno? —preguntó el chico que estaba junto al equipo de música, descartando el montón de discos y mirando alrededor. El otro joven, el de los ojos enormes, se había sentado en el suelo y estaba desmontando cigarrillos y juntando el contenido para liar otro cigarrillo gigantesco. Denis miró con gran detenimiento su reloj y dijo:

—¿Habéis venido a comer? Porque si es así, llegáis pronto.

—Le dije a Evert que vendríamos esta mañana y le ayudaríamos con los cuadros. Musson va a venir a las doce.

Denis caviló un momento y, en voz baja, dijo:

—Oh, no. Esa pesada no. —Saltaba a la vista que le pasaba algo, el cambio resultaba alarmante, y sin embargo su actitud era más agradable de lo normal: los miró casi con simpatía—. Os presento a Kevin y Gogo —dijo—. Jonathan y Lucy.

—Hola, Lucy —dijo Kevin.

—En realidad, me llamo George —dijo Gogo, y le sonrió por encima del montón de tabaco que había acumulado encima de la funda de un disco: Lucy reconstruyó la palabra «Resurrección» y, cuando el chico levantó el cigarrillo gigante para lamer el papel, vio una fotografía de un anciano con gafas fumando una pipa.

—¿Quién es Evert? ¿Tu novio? —preguntó Kevin.

—Oh, no... —dijo Lucy, y luego miró, turbada, alrededor.

Denis seguía allí tumbado, con una extraña sonrisa en los labios.

—Hace muchos, muchos años —dijo—, yo era su *amanuensis*.

—¿Eh? ¿Qué significa eso? —preguntó Gogo, y vio que Denis levantaba una mano y agitaba los dedos como si se pusiera un guante de goma.

—Voy a buscar a Ivan —dijo su padre; salieron otra vez al rellano y, justo en ese momento, bajó Ivan. Llevaba puesto un delantal y se había arremangado la camisa.

—¡Hola! —los saludó, y pasó de largo, demasiado atareado para hablar. Ellos lo siguieron y entraron de nuevo—. ¿Podéis salir, por favor? —dijo Ivan.

—¡Dios mío, la sirvienta! —dijo Denis, y volvió a tumbarse en el sofá—. Chicos, os presentó a Ivy. —La madre de Lucy y Una lo llamaban así a

veces, Ivy, pero la niña se quedó de piedra al oír que se lo decían a la cara. Ivan se quedó plantado, pequeño y regordete, delante de la chimenea, con los brazos en jarras.

—Hughie Musson llegará en cualquier momento.

—¿Es mono? —preguntó Gogo.

—Yo no lo llamaría precisamente «mono», ¿verdad que no, Ivy? —dijo Denis—. O quizá tu...

—Hugh Musson es un hombre muy importante, así que necesito que salgáis todos de aquí, por favor. —Denis torció la cabeza hacia uno y otro lado, contrariado—. Podéis ir todos a jugar a la habitación de Denis.

—No es mala idea —dijo Gogo.

—Estoy demasiado agotado como para moverme —dijo Dennis—. ¿Cuánto tiempo pasamos en aquella discoteca? ¿Ocho horas? ¿En aquel antro de perdición?

Pero Ivan atravesó la habitación y recorrió las cortinas y la fría luz del mediodía bastó para mandarlos al piso de arriba, pestañeando y protestando perezosamente.

Lucy los ayudó y, al cabo de diez minutos, la habitación estaba ordenada, la alfombra aspirada y los discos rápidamente guardados en sus fundas; la niña sabía que algunos no estaban en la que les correspondía. Dejaron la ventana abierta para airear y al poco rato hacía bastante frío. Seguramente había sido una habitación muy bonita en su día, pero estaba todo un poco viejo y gastado y las paredes estaban cubiertas de cuadros, como en una tienda de artículos de segunda mano.

En el salón de su abuelo George solo había tres cuadros, cada uno valorado en cincuenta mil libras. En el de Evert había treinta y siete (Lucy iba contándolos y asintiendo con la cabeza); todavía había que ver en cuánto estaban valorados. Entraron en la cocina e Ivan se quitó el delantal.

—¿Donde está Herta cuando la necesitas? —dijo su padre.

—¿Quién es Herta, papá?

Ivan se puso a preparar café con un cono de papel y una jarrita de cristal.

—Pobre Herta —dijo—. Fuimos a verla la semana pasada.

—Fue el ama de llaves de Evert durante años y años —dijo su padre.

—Era el ama de llaves del padre de Evert —puntualizó Ivan.

—¿Del hombre de una sola pierna? —dijo Lucy.

—Sí, de A. V. Dax —confirmó Ivan—. El novelista.

Entonces entró Evert, los miró y les lanzó un beso con los dedos.

—¿Denis está por aquí? —preguntó.

—Está arriba —contestó Ivan—. Con unos jóvenes amigos suyos.

—Me ha parecido oír algo —comentó Evert.

Cuando el café estuvo preparado e Ivan le dio a Lucy la Pepsi que dijo que seguro que prefería, fueron a hacer un examen preliminar de los cuadros.

—Vamos a la habitación de Johnny —dijo Evert. Entraron en el pequeño dormitorio, enfrente del cuarto de baño, donde había cerca de una docena de cuadros apoyados contra la cómoda.

—¿Por qué la llamas la habitación de Johnny? —se extrañó Lucy.

—Es un detalle —dijo su padre.

—Porque tu papá, hace mucho tiempo, vivió en esta habitación, querida —explicó Evert—. ¿Cuánto hace? ¿Veinte años?

—Exacto, en 1975, ¿no? Mi periodo londinense temprano...

—Un año entero o más, diría yo —añadió Evert.

—Más o menos —confirmó su padre.

—Unos diez meses —dijo Ivan.

Evert levantó un cuadro marrón de tamaño mediano. Lucy se imaginó a su padre en aquella época, con su tremenda melena, entrando en aquella habitación todos los días, durmiendo en aquella cama tan dura, donde ahora había una gran carpeta de dibujos. Nunca se lo había imaginado viviendo en otro sitio que no fuera su propia casa.

—Entonces, ¿estos son los cuadros de Victor? —preguntó Johnny.

—Así es. Creo que voy a venderlos casi todos.

—Me parece que este no lo había visto nunca. —Su padre se acercó y lo escudriñó.

—Es un Witsen, el puente de Rotterdam. Está un poco sucio, pero más o menos ese es el color que tiene que tener.

Ivan puso cara de no estar nada impresionado y dijo:

—Nuestro objetivo es dejarlo todo más despejado, Johnny. Tenemos que deshacernos de mucha porquería.

—Ah, pues a mí me gustan —dijo su padre—, pero sí, supongo que...

—Me acuerdo perfectamente de él, de cuando yo era pequeño —dijo Evert—. Estaba colgado en el comedor de abajo. Mi padre conocía a Willem Witsen, creo que se lo compró directamente a él, hasta es posible que se lo regalara, porque Witsen era rico y muy generoso. ¿Lo conocéis?

Lucy negó con la cabeza.

—Pues no, la verdad —dijo su padre.

—Ah, un personaje fascinante, también era muy buen fotógrafo, rico pero extremadamente bohemio. Siempre quise montar una exposición pequeña en algún sitio, no sé, en alguna galería pequeña, pero...

—No podemos entretenernos con tantos recuerdos, querido —le interrumpió Ivan—, o no acabaremos nunca.

—Bueno... —dijo Evert.

—Vale... —dijo el padre de Lucy, y rió, un poco abochornado.

—¿Se va o se queda? —preguntó Ivan.

Evert lo miró, obediente, pero se resistió un poco más.

—¿Te refieres a si se va o se queda en la casa o a si se pone o no se pone a la venta?

Ivan compuso una sonrisa tensa.

—A si se va de la casa —dijo.

—Ah, pues... Supongo que se va.

Lucy pensó que jamás había visto a nadie tan triste.

En primer lugar, Hughie Musson examinó los cuadros del rellano.

—Tu padre pensaba a lo grande, por lo que veo.

—Ah, sí, eso siempre —dijo Evert.

Hughie miró hacia abajo por el oscuro hueco de la escalera.

—Tenía muchas paredes que decorar, claro, eso ya lo veo. —Él también era grande y había subido hasta el segundo piso resollando, con varias paradas para mirar de reojo el ascensor averiado—. Una verdadera pieza de época —añadió.

—Con su trabajo era igual —continuó Evert—, pensaba que el espacio estaba para utilizarlo.

—Es terrible —dijo Hughie con una sonrisa—, apenas he leído nada suyo.

—Decía que no tenía tiempo para tonterías —dijo Evert.

—¡Sí, claro! Bueno, no... —dijo Musson, que, al fin y al cabo, había ido allí por asuntos de negocios—. Me temo que ninguno de estos encaja en nuestra exposición.

—Sí, tienes razón —dijo Evert, y sonrió—. Será mejor que vayamos a ver los del salón.

—Quiero ver el Sutherland —dijo Hughie—. Arte británico moderno. Tú primero... —Y una vez dentro—: Se me ha ocurrido quién podría escribir algo para el catálogo.

—¿Ah, sí?

—Esto es una maravilla —dijo Hughie paseando la mirada por las paredes repletas de cuadros—. Ya no me acordaba.

Evert se dio la vuelta y asintió lentamente, como si volviera a verlo todo por primera vez y también, pensó Lucy aunque no lo dijera, por última vez. Aunque a ella no le gustaba mucho aquel desorden, le impresionó ver que Hughie estaba encantado, sin duda el hombre se hallaba en su elemento. Descolgó él mismo algunos cuadros, pues llegaba más arriba que Ivan, que lo estaba ayudando; a ella también le confiaron un cuadrito y lo llevó de una punta a otra de la sala y lo puso encima del sofá para que los demás lo contemplaran.

—Claro, tú estás pensando en una exposición —dijo su padre—. Estoy intentando recordar el espacio. —Era un ejercicio para el que se requería una habilidad imposible de explicar.

—El Ben Nicholson grande, evidentemente —dijo Hughie.

—Ah, sí —dijo Evert.

—Los dos Nicholsons pequeños —dijo Ivan.

—Bueno, son maravillosos. Creo que hay uno que no está en muy buen estado.

—¿Ah, sí?

—Vamos a verlo —dijo Hughie. Lucy escudriñó el cuadro que había dejado apoyado en los cojines y le pareció que, efectivamente, estaba muy estropeado: en una de las esquinas, la pintura marrón se había desprendido.

—¿Y el Chagall? —dijo Ivan.

Hughie era simpático, pero sabía lo que quería.

—Me parece que solo pinturas, ¿no creéis? Seguramente se vendería, pero no encajaría con el resto.

—¿Cuál es? —le preguntó Lucy a su padre. Él se lo enseñó: un cuadro delicioso, bastante divertido, de un hombre rojo, una mujer verde y una vaca azul sobrevolándolos. Lucy leyó, escrito en una esquina: «*À mon ami Dax.*»

—¿Lo ves, Lucy? Solo es un grabado.

—Ah, sí, ya lo veo —dijo ella. Su padre ya le había explicado qué eran los grabados.

—Hay muchos grabados —dijo Ivan frunciendo el ceño ante aquella inesperada objeción. Lucy intuyó que volvería a insistir en aquel tema.

—También hay media docena de Goyles —dijo Evert.

—Quizá sean demasiados —dijo Hughie.

Lucy miró disimuladamente a Ivan: ¿era pintor? Ella tenía la impresión de que a Ivan no le gustaba el arte, de que, de alguna manera, le molestaba, igual que le molestaban los niños.

—De ese me acuerdo —dijo su padre cuando descolgaron un cuadro pequeño, verde, blanco y negro, que estaba encima del escritorio.

—Claro, al lado de los Nicholsons... —Hughie aspiró bruscamente—. ¡Sé que es uno de tus favoritos, Evert!

—Sí, desde luego, era muy bueno —dijo Evert con moderado entusiasmo.

—¿Y tú, Jonathan? —preguntó Hughie—. ¿Qué opinas como pintor?

—Oh... —dijo él, como si nunca lo hubiera pensado—. Sí, claro, tiene algo, ¿verdad?

—Quiero decir que... —dijo Hughie —no es nada desdeñable, obviamente. —Aunque el desdén, ahora que lo había mencionado, parecía haberse colado en la habitación, como la corriente de aire que entraba por la ventana. Sonrió—. De hecho, hay algo realmente brillante en su absoluta falta de interés intelectual.

—¡Cielos! —exclamó Ivan—. ¡Pobre tío Stanley!

Otro artículo que Hughie dijo que confiaba en poder exponer era la escultura de Barbara Hepworth. Los otros la contemplaron desde arriba (estaba encima de una mesa, delante del espejo), mientras que Lucy la tenía a la altura de los ojos; la parte trasera se reflejaba, lisa como un cuenco, cuandoladeaba la cabeza hacia derecha o izquierda. Estaba vaciada y pulida por los

bordes; el interior, más rugoso, estaba pintado de blanco. Al menos había sido blanco en su día; ahora Lucy se asomaba a una taza inclinada, amarillenta por la parte superior y con el fondo casi gris, como si se hubiera secado el agua que había dentro. La superficie pintada estaba cubierta de finas grietas y Lucy se fijó en que una de las cuerdas que atravesaba la abertura había sido sustituida: bajo el borde se apreciaba un nudo más grande que tal vez solo pudiera ver ella.

—Fascinante —declaró Hughie—. 1950 aproximadamente, supongo.

—Supongo que sí. La compré después de fallecer mi padre y eso fue en 1952. Ivan me corregirá si me equivoco. Siempre me ha encantado.

—Calculo que estará valorada en unas... ¿treinta mil libras? —especuló Hughie.

Lucy observó la escultura con mirada severa, como si regateara aquel precio. Le parecía bonita, un objeto interesante que poseer, pero pensar que pudiera valer treinta mil libras le daba risa.

—Bueno... —dijo Evert; él también parecía un poco impresionado por aquella cifra—. Me alegro de que te guste. —De pronto se dio la vuelta y buscó algo en el escritorio.

Para ver el Sutherland tuvieron que ir a un dormitorio que había al final de un pasillo cuyas paredes también estaban decoradas con cuadros. Lucy los miró con gesto deliberadamente inexpresivo; la mayoría eran dibujos y fotografías. Pero su padre se detuvo y se acercó a uno para examinarlo de cerca (andaba un poco corto de vista), un dibujo rojo de un hombre desnudo, evidentemente, pero sin cabeza y cortado por encima de las rodillas; había un curioso garabato donde debería haber estado su «herramienta», como la llamaba Thomas.

—Espero que este te lo quedes —dijo.

—¿Cuál? —Evert se dio la vuelta—. Siempre has tenido debilidad por él, ¿verdad? Creo que tendré que dejártelo cuando me muera.

—¡Muchas gracias! —dijo su padre, y le tocó la manga a Evert—. Pero tranquilo, puedo esperar. Es de... ¿Me lo recuerdas?

—Es de Peter Coyle —contestó Evert—, ya sabes...

—Ah, sí, es un Coyle —dijo su padre—. ¡Un Coyle, no un Goyle!

—Desde luego, nada que ver con un Goyle —coincidió Evert. Se quedaron los dos examinándolo un instante; debía de ser algún culturista, un

poco grotesco, francamente.

—¿Cuánto valdrá? —preguntó Ivan.

Hughie volvió a su lado y, con humor, fingió que le prestaba toda su atención.

—¿Un Coyle? —dijo—. Todavía no ha llegado su momento, pero quién sabe, quizá se ponga de moda algún día.

—Yo lo conocí personalmente —comentó Evert—. Ya sabéis que durante la guerra se dedicó al camuflaje. Pintaba barcos enteros. Supongo que eso satisfacía su gusto por las obras de grandes dimensiones.

—Pensaba a lo grande, igual que tu padre —dijo Hughie.

—Ya lo ves —dijo Evert.

—Creo que lo mataron en 1942 —añadió Ivan.

—¡Lástima! —dijo Evert.

—Creo que aquí también hay un problema de dimensiones, ¿no os parece? —dijo Hughie riendo—. ¿O creéis que el modelo era realmente así?

—Ja, ja, no lo sé —dijo Evert; miró a Lucy y sonrió y luego se apoyó en el brazo de su padre y los guio hasta el dormitorio.

De modo que, cuando llegó a la galería de arte de Hughie para hacer la visita privada, Lucy conocía casi todos los cuadros y el mayor interés residía en verlos desarraigados, divorciados, reagrupados y, en algunos casos, reparados; su pequeño Ben Nicholson estaba hábilmente remendado: incluso bajo la intensa luz del foco, solo lo notabas si ya lo sabías de antemano. Le sorprendió ver cómo todas aquellas obras se convertían en una «colección», con un catálogo precioso que las explicaba y les daba cohesión precisamente cuando estaban a punto de dispersarse. Sentía que los cuadros eran... no exactamente amigos, pero sí conocidos, como aquellos adultos que estaban en la sala, que ya la conocían, pero que ahora se hablaban a gritos por encima de su cabeza. Se quedó un rato junto a la mesa de la entrada, leyendo del revés lo que estaba escrito en el escaparate: «Arte moderno británico. La colección Evert Dax». Logró descifrar las palabras, pero el mensaje seguía sin resolverse. Evert estaba de pie en medio de todo aquello, muy colorado, Ivan lo ayudaba y Hughie decía: «Evert, ¿te acuerdas de Georgia Screamer?» (o algo parecido) cuando se le acercaba alguien. Volvió a cruzar la sala. Era la única niña que había allí; la miraban de pasada, la saludaban, la ignoraban

y el comienzo del aburrimiento se mezclaba con una decepción mayor, una tristeza que ella sentía suspendida, acechando en el calor y el bullicio de la fiesta. Nadie prestaba mucha atención a los cuadros y, al poco rato, la galería estaba tan abarrotada que, aunque hubieras querido, no habrías podido contemplarlos cómodamente. En realidad, para los invitados aquello era una visita privada que se hacían unos a otros.

Fue a reunirse con su padre, que estaba con un grupo de personas que también habían ido al funeral y que tenían el aire desinhibido de quienes llevan todo el día bebiendo.

—Ya lo sé... De pronto me sorprendí preguntándome para qué sirvió todo aquello —dijo un hombre alto y rubicundo.

—Bueno, no tuvo una mala vida, ¿no? —dijo la mujer que se llamaba Sally.

—No, no, yo no digo eso. Es que los funerales siempre me deprimen.

—Tal vez no fuera una vida excesivamente buena, pero Freddie la disfrutó mucho —opinó un hombre menudo y gracioso.

—Supongo que disfrutó siendo Freddie. Dudo que a mí me hubiera gustado, pero a él le satisfacía.

Lucy miró hacia arriba y su padre le cogió la mano. Toda la solemnidad de hacía unas horas se había esfumado, todos los elogios que Lucy había oído recitar sobre el ataúd y, más tarde, en el jardín; por primera vez sintió que siempre le había tenido cariño a Freddie.

—Es una pena que no tuviera hijos —comentó Sally.

—Seguramente es mejor así —dijo el hombre alto, y al cabo de un momento sonrió a Lucy arrugando toda la cara.

—A veces me preguntaba —dijo el otro, el más bajo— si, en el fondo, no sería gay.

—Ah... —Sally soltó una risita, preocupada, y le lanzó una mirada a Lucy, y luego su padre—. ¡Supongo que eso tendrías que preguntárselo a Clover!

—Hmmm, a lo mejor se lo pregunto más tarde —replicó el hombre, y todos rieron y se volvieron alargando la mano en la que sujetaba la copa, sin disimular su rivalidad, cuando se acercó la atractiva camarera con la botella de champán.

Lucy tiró de la mano de su padre y dieron una vuelta juntos, avanzando de costado, empujando, rozando las espaldas de aquellos veleidosos bebedores. Allí estaba la escultura de Barbara Hepworth, sobre un pedestal especial. Lucy dio un salto para protegerla cuando un hombre corpulento que se inclinó hacia la camarera se apoyó en ella; la estatua se tambaleó, pero no se llegó a caer: «¡Uy! He de tener más cuidado», dijo, y miró a Lucy, la testigo, evaluando brevemente la situación; entonces se dio la vuelta y siguió gritándole a la camarera, que ya se alejaba.

5

Pat se levantó, fornido y sudado, y se agachó para buscar sus vaqueros entre el revoltijo de ropa que había encima de la silla. En la desapacible separación posterior al sexo, todavía era conmovedor verlo moverse desnudo por la habitación que compartían: la débil luz que atravesaba las cortinas caía sobre su ancha espalda y sus peludos muslos y su miembro largo y grueso, que ya estaba encogiéndose después de media hora de trabajo intenso. Se oyó el ruido, parecido a una respiración áspera, del cajón que abrió para coger unos calcetines y unos calzoncillos, y el pequeño chirrido de sorpresa del armario y el tintineo de las perchas cuando escogió una camisa. Para Johnny, todos los rasgos serios y formales de su pareja eran una garantía de todo lo demás. Pat se quedó al pie de la cama, con la ropa en las manos, y lo miró desde allí.

—¿A qué hora has quedado con David?

—Mierda —dijo Johnny, y se tapó con el edredón hasta la barbilla.

—¿Te habías olvidado?

Johnny cerró los ojos.

—A la una menos cuarto.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Se los daré —dijo Johnny.

—No te olvides —insistió Pat, y salió para ir al cuarto de baño.

Era una de aquellas circunstancias tristes con las que tenían que convivir: su padre nunca iba a Fulham. Ante aquella perspectiva, siempre protestaba de

que estaba demasiado lejos y sufría un arrebató de agotamiento senil. Había ido a visitarlos una vez, el año que se mudaron, y les había dado muchos consejos sobre el jardín. La organización de la casa (el taller, el gran dormitorio que compartía la pareja) era una muestra palmaria de cómo vivía Johnny su vida y le recordaba la perplejidad y la preocupación que le suscitaba el hecho de que fuera pintor; pesaba también el problema más sutil de que, en el mundillo de David, nadie hubiera oído hablar de él, y, oculto detrás de esas preocupaciones tan convenientes («Seguro que tienes mucho trabajo, no quiero molestarte»), el hecho irreducible de que Johnny estaba haciendo abiertamente lo que para David había sido, primero, secreto y, posteriormente, motivo de vergüenza pública.

Johnny dormitaba, se despertaba y volvía a dormir, prolongando el bienestar, el lujo vagamente enfermizo que sentía después de haberse dejado penetrar, mientras Pat se afeitaba y se duchaba y se ponía una vez más en marcha para comenzar la jornada. El día podía aplazarse un poco más, en el refugio viciado de la cama, mientras el padre, que se levantaba todos los días a las seis, ya estaba en marcha irremediabilmente; un centenar de mañanas de la adolescencia se amontonaban sobre su edredón. Su padre tenía la costumbre de llegar antes de hora a todas partes; June lo acompañaba en coche a la estación y él esperaba: seguramente lo reconocían, pero él no hablaba con nadie y, cuando anunciaban su tren, iba paseando hasta el final del andén, donde se detenía el vagón de primera clase. Su figura, alta y delgada, exageradamente atlética tratándose de un hombre de más de setenta años, estaba ahora deformada, en la imaginación de Johnny, por la figura juvenil que aparecía en los capítulos de Freddie, un padre que se entrenaba, que experimentaba su fuerza y su latente poder sobre los demás. No estaba seguro de que Ivan hubiera acertado al dárselos para que los leyera, era algo completamente insospechado que él no necesitaba saber, y se imaginaba lo colorado que se iba a poner, ahora que sabía todo aquello, cuando se encontrara con su padre al cabo de cuatro horas.

Cuando Pat se marchó, Johnny bajó, preparó café y trabajó en las cortinas del retrato de Chalmers; a continuación, se dedicó a retocar los tachones de latón del sillón, aplicándole a cada uno un rápido toque de luz circular, casi imperceptible, a la sombra de la rodilla de George. Evidentemente era importante no dejar que el interés del fondo distrajera de la belleza del

modelo. En otro fondo, un poco más alejado, los pensamientos de Johnny tomaban forma a partir del trabajo de los tres pinceles, mediante toques delicados y rápidos trazos circulares, y se producía una inexplicable fusión de sus movimientos con sus ideas, remotas y cambiantes. Su experta mano puso algo de orden en sus sentimientos, rebeldes y mal gestionados, sobre su padre: el débil pero obligado optimismo a medida que se acercaba cada visita; los magnéticos conflictos de las visitas en sí, en las que su anhelo de armonía siempre quedaba frustrado por los asentados hábitos de rechazo. Ese día, la idea de que debería ir él a su casa y pintar el retrato de su padre no lo abandonaba. ¿Era ese retrato una ausencia palpable, un gesto que David esperaba pero que jamás podría reclamar? Johnny podía sacar el tema a colación durante la comida, si le parecía que el ambiente era propicio y si, sentado en el potente magnetismo personal de su padre, sentía que serían capaces de soportar sesiones mucho más largas de escrutinio mutuo. Su padre había aceptado los planes de Johnny para después de comer con un tono jovial e irreflexivo, pero quizá no fuese prudente insistir más. En Londres, David estaba lejos de June y, por tanto, se mostraba más flexible, al menos en teoría; sin embargo, si lo invitaban a doblarse, solía ponerse aún más rígido.

El caso era que David tenía su propio Londres, una ciudad establecida hacía tanto tiempo que, en parte, ya era imaginaria. Cogía un taxi en Euston para ir al Club de la RAF de Piccadilly. Desde allí podía ir a ver a un fabricante de camisas de Queen Victoria Street y, a primera hora de la noche, a un lujoso restaurante chino del tramo más estrecho de Kensington High Street. Había mejores tiendas de camisas y restaurantes de todo tipo mucho más cerca del club, pero los trayectos en el clásico taxi negro entre aquellos sitios formaban parte de su relación con Londres, tanto como los sitios en sí. Tenía sus contactos y en otros tiempos comía en el club, en el mes de marzo, con su corredor de bolsa, «el viejo Veezey», pero hacía tres años que Veezey se había retirado, un gran grupo había absorbido su empresa y su único intento de comer con su sucesor había terminado en un desaire al que no le dio ninguna importancia. Después de eso, David le había encargado sus asuntos a un corredor de Birmingham. Y luego él mismo se lo había vendido todo a un gran grupo. La fábrica, DDS Ingeniería, que durante décadas había dado la bienvenida a los recién llegados a aquella parte de la ciudad con su alta pared de ladrillo y su chimenea, ahora le pertenecía a otro: había hecho

un buen negocio con esa operación y el dinero que tenía guardado en el banco tal vez fuera un bálsamo para la sensación de falta de propósito que de pronto había invadido sus días.

Su padre nunca lo había dicho, pero Johnny creía que en su mente vivaz pero carente de poesía perduraba el convencimiento de haber ayudado a salvar Londres y todo lo que había representado en el pasado. Debía de haber visto la ciudad por primera vez durante la guerra, cuando ya había extensas zonas en ruinas. Veinte años más tarde, cuando Johnny visitó por primera vez Londres con sus padres, todavía había ruinas donde crecía la hierba flanqueando Ludgate Hill. «Una desgracia», decía su padre, pero, aun así, una prueba gratificante de las dimensiones de la crisis que él había vivido y en cuya recuperación él había participado. Johnny recordaba su llegada aquel día: él tenía siete u ocho años y era lógico que, recién llegado de los Midlands, ante aquella ruidosa calle, le diera la mano a su madre. Le hizo darse la vuelta para contemplar el arco de Euston: la altura y el grosor de sus pilares eran tan cautivadores e impresionantes que lo recorrió un escalofrío de sumisión. Su padre parecía tener sentimientos encontrados: estaba orgulloso de él, formaba parte de la historia del ferrocarril, señalaba la entrada en Londres, adonde él había llevado a su mujer y a su hijo, pero también se alegraba, de acuerdo con sus ideas progresistas, de que fueran a demolerlo y de que fueran a construir una estación nueva. Arrastrados por su seguridad en sí mismo, se alejaron los tres de la parada de taxis y él los guio hasta Euston Road, donde se plantó con su sombrero de fieltro y su gabardina colgada de un brazo, el otro brazo levantado mientras un taxi tras otro pasaba de largo, todos ocupados, con pasajeros que iban fumando, leyendo el periódico o inclinados hacia delante para charlar con el conductor. Fue la primera vez que Johnny entrevió la falibilidad de su padre, precisamente en un momento en que lo que él pretendía era impresionar.

—Jefe de escuadrón Sparsholt...

La joven con traje chaqueta oscuro lo miró con gesto de incredulidad desde el otro lado del mostrador.

—¿Ah, sí?

Johnny se quedó mirándola y entonces se echó a reír.

—¡No, yo no! No, yo soy su hijo. Mi padre me dijo que lo esperara en el vestíbulo.

Ella sonrió sin alterarse por aquel malentendido.

—Tendrá que subir al primer piso.

Al cruzar el vestíbulo, Johnny se vio en un espejo enorme, un tanto rebelde con el cuello de la camisa mal planchado; seguramente llevaba el nudo de la corbata torcido. El pelo, que después de la ducha se le había quedado lacio, había vuelto a cobrar vida. Sin embargo, los ancianos bien arreglados, todos con *blazer*, con los que se cruzó por la escalera, o el que, ya arriba, sujetó la puerta para dejarlo pasar, parecían menos preocupados que él mismo por su rareza, patente en la combinación de sus botas marrones con un traje negro excesivamente holgado. Johnny le dio las gracias, aguantó a su vez la puerta a un hombre con uniforme (cuatro galones: capitán de grupo) y, aunque enseguida vio que su padre no estaba allí, echó a andar con el ceño ligeramente fruncido, como si buscara a alguien, hasta el fondo de aquella concurrida sala. Un grupo de tres se levantó y Johnny esperó un momento y ocupó la mesa. Se sentó en la butaca y se quedó mirando sin ver sus jarras de cerveza vacías, con restos de espuma, el vasito con los mondadientes.

¿Veía su padre, siquiera, las cosas que a Johnny lo deprimían? Tal vez sí; a nivel subconsciente, lo tranquilizaban los grupitos de sillones y sofás granates, el revestimiento de madera clara de las paredes, con discretas pretensiones georgianas, las lámparas de mesa, el escritorio de falsa caoba; lo animaban las cortinas de cretona recogidas con una cinta y el retrato iluminado de la reina. El club de la RAF no era selecto, lo que unía a sus miembros no eran la clase ni el dinero, y había entrado tan pronto en la vida de Johnny que su rebelión contra él iba acompañada por una inevitable comprensión, incluso lástima. No era White's, afortunadamente, ni Boodle's, adonde George Chalmers seguía dejando claro que no pensaba invitarlo. Sin embargo, requería que te rindieras a la monotonía de las salas de reuniones, a su austeridad y su comodidad, a la conciencia de que allí nadie veía nada malo en todo aquello. De alguna forma, lo que a Johnny le gustaba más eran los cuadros de aviones que había en la escalera, un tema que aún se resistía más al arte que la reina y que en ningún otro lugar estaba más representado.

No era propio de David llegar tarde, pero en su comportamiento empezaban a aparecer pequeñas debilidades y lapsus que para Johnny significaban casi un alivio. Miró desde el fondo de la sala hacia la puerta, le dijo a la camarera que vació y limpió la mesa que esperaba a que llegara él.

Después de la crisis, su padre había evitado el club durante diez años o más, hasta que, a finales de los años setenta, Terry Barkworth lo invitó a jugar un partido de squash; a continuación, se enfrentó al bar y, por último, al comedor: David ya se había enfrentado a muchas cosas por entonces, pero volver al club de la RAF no debía de ser fácil, ni siquiera para un antiguo jefe de escuadrón, DFC. Había miembros que todavía no le dirigían la palabra y esa sensación de rechazo civilizado era lo que a Johnny le resultaba más doloroso de encontrarse con su padre allí. Su esnobismo tonto respecto a los muebles no era más que una defensa contra esa otra cosa apenas visible.

Ya estaba allí, fragmentado detrás de los paneles de cristal biselado de la puerta, entrando en el comedor, caminando sin prisa entre las mesas ocupadas como si disimulara su destino; Johnny levantó un brazo, sonrió e hizo ademán de levantarse. Pero su padre había visto a alguien, se había parado al lado de su mesa, le presentaron a la mujer que lo acompañaba, dijeron su nombre con claridad, Sparsholt, la mujer sonrió y ladeó la cabeza ante aquel detalle famoso, que ella absorbió con elegancia y habilidad, bien entrenada para los saludos. Johnny pensó que, en persona, nadie era la persona que tú esperabas, que te imaginabas, a la que escribías o hablabas por teléfono, y su padre, especialmente él, cada vez que aparecía semejaba más extraño y más él mismo. Le sentaban bien todas las fases de la vida, era increíblemente atractivo incluso en la vejez, a pesar de su estilo un poco anticuado, el bigotito más oscuro que el pelo, y tenía la postura erguida de un hombre que estaba tan en forma como su hijo, treinta años menor que él. A la mujer también debió de impresionarle todo eso. David no era un hombre cautivador, ni tenía el don de la palabra, pero emanaba energía, así que cuando por fin siguió adelante y saludó a Johnny, que estaba en el rincón, con una sonrisa y una inclinación de cabeza, toda aquella historia del amor que Evert había sentido por él hacía cincuenta años cobraba irrefutablemente sentido, aunque Johnny no hubiese sabido verlo mientras hacía el esfuerzo de leer el curioso diario de Freddie.

David se sentó, la camarera les tomó nota y se marchó y Johnny y su padre se miraron y miraron la mesa, íntimos o desconocidos, ninguno de los dos estaba seguro. Johnny oyó que el viaje había transcurrido sin incidentes, que su padre gozaba de buena salud y que ya había cortado el césped por última vez ese año. Entonces, con toda la naturalidad de que fue capaz, dijo:

—¿Y cómo está June?

—Ah, muy bien... Bueno, ya sabes que tiene un problema de cervicales, un pinzamiento, eso le produce un poco de dolor —contestó David con vaguedad o como si quisiera ahorrarle los detalles a su hijo.

—Dale recuerdos de mi parte.

Su padre le sonrió en señal de gratitud o de duda y se recostó en el respaldo cuando les llevaron las bebidas: su jerez de siempre y una copa de vino blanco para Johnny.

—Sí, claro... —Estaba todo establecido desde hacía años y, aunque no era ideal, no era fácil cambiarlo: su relación, el modo de vida de June y su padre. «Con ella soy feliz», le había dicho su padre en una ocasión, no en respuesta a una pregunta de Johnny, sino debido a una meditada necesidad de dejarlo claro. Era asombroso que una persona tan perennemente insatisfecha como June pudiera aportar felicidad a la vida de alguien, pero al parecer ella lo había conseguido. Era tan distinta de Connie que aquella relación solo podía sugerir una corrección radical, un intento de algo revitalizante por el hecho de ser diferente, pero que tal vez siempre hubiera necesitado y añorado. Y ella estaba enamorada de él, al menos presuntamente, pues llevaba años vigilando su puerta y mecanografiando sus cartas; David debía de haber agradecido enormemente la paciencia y la tolerancia que ella había demostrado al casarse con él sabiendo lo que sabía.

—¡Bueno, salud! ¿Y a ti cómo te va? ¿Te mantienes ocupado? —Como si Johnny también estuviera jubilado.

—Sí, papá, ¡siempre estoy ocupado! Estoy a punto de terminar un gran retrato. Es de un tipo que debió de estar en Oxford en la misma época que tú, aunque él dice que no te conoce.

David arqueó las cejas y replicó:

—Yo pasé muy poco tiempo allí.

—Se llama George Chalmers. —Si hubiera estado hablando con otra persona, tal vez habría añadido que Chalmers era un sarasa insoportable, pero ese día el simple hecho de mencionar Oxford ya le parecía atrevido.

—En realidad, yo no considero que haya estado en Oxford —dijo su padre con humildad—. Habría podido volver después de la guerra, pero decidí no hacerlo.

—Ya lo sé.

—¿Cuánto tiempo debí de pasar allí en total? Solo fueron unas pocas semanas. La verdad es que casi ni me acuerdo.

—Bueno —dijo Johnny levantando su copa—, seguro que sientes curiosidad por volver a ver a Evert. —Se dio cuenta de que se había sonrojado; su padre farfulló un poco y dijo:

—Sí... ¿Cómo se le habrá ocurrido?

—Hmmm, solo menciono que le haría ilusión verte.

—Espero que no pretenda hablar de arte conmigo.

Johnny rió, indulgente, y repuso:

—Supongo que querrá hablar del pasado.

Pero su padre seguía sin revelar nada.

—Él se alistó en el ejército, ¿verdad? —Al fin y al cabo, el pasado significaba eso por encima de todo.

—Sí, aunque nunca habla mucho de ello, al menos conmigo.

—Ya —dijo su padre, antes de dejar en la mesa la copa, ya vacía—. Me parece que ya podemos bajar —dijo, aliviado de poder acogerse a la rutina.

—Un momento, papá... —Johnny apuró su copa de vino sin prisa; entonces se levantó y dijo—: Por cierto, Pat te manda recuerdos.

—Ah, sí. —Su padre sonrió y aceptó el saludo, pero no le pidió que se lo devolviera a Pat.

Los condujeron a una mesita del fondo del ruidoso comedor; las servilletas blancas dobladas en las copas de vino semejaban unas orejas caídas. El jefe de sala le empujó la silla a David cuando se sentaron y dejó junto a su plato la carta de vinos. «Veamos...» Ambos necesitaban más alcohol para comer juntos y, al cabo de un minuto, David, como de costumbre, dijo «Merlot, ¿verdad?», mientras Johnny avanzaba por la jerga del menú hasta otras preguntas también inevitables. Al cabo de un par de minutos llegó otro camarero, delgado y atractivo, con camisa blanca y pantalones ceñidos negros, tan joven que, para él, las batallas conmemoradas a su alrededor no debían de ser más que sucesos remotos y anecdóticos. Johnny le pidió que fuera a asegurarse de unos ingredientes. «No te preocupes», dijo David. Aceptaba sin ningún problema que su hijo fuera vegetariano, de hecho, hasta se interesaba por ello a efectos prácticos y se

quejaba de los menús y de las cocinas con tanta severidad como si él mismo perteneciera a aquella fastidiosa minoría. «Vaya por Dios», dijo cuando volvió el camarero y les confirmó que la sopa llevaba caldo de pollo. Johnny consiguió que el camarero se aviniera a sus deseos con una sonrisa perezosa que hizo despertar en el chico otro reconocimiento, rápidamente reprimido pero que volvió a asomar en su sonrisa ligeramente irónica cuando le aseguró que el chef no tendría inconveniente en prepararle algo especial. Johnny levantó una mano cuando su padre empezó a decir que era lo mínimo que podían hacer («No pasa nada, papá»); vio alejarse al camarero y la eterna duda volvió a quedar suspendida: no saber si su padre no se daba cuenta o no quería saber.

Mientras comían los entrantes (ensalada para Johnny), hablaron de la fábrica y de cómo la estaban enfocando los nuevos propietarios. Era un tema difícil, en el que pesaban los remordimientos de un hombre que todavía estaba activo y que había tomado la decisión de dejar algo que amaba.

—Pues mira, han quitado el letrero —contestó.

—¿«DDS»?

Su padre hizo un gesto afirmativo.

—En realidad, no tiene importancia, pero lo dejaron durante seis meses por respeto hacia mí, ya sabes.

Johnny se preguntó si realmente habría sido esa la razón.

—¿Y qué dice el letrero nuevo?

—«Stella.» Con unas letras enormes y horripilantes.

—«Stella»... Debe de parecer una fábrica de cerveza.

Quizá su padre no captara la alusión.

—Son chinos, claro —dijo, y eso casi le hizo reír.

—¿Ha habido despidos?

Su padre se dio unos toquecitos en el bigote con la servilleta.

—Veo a Stewart Dibben en el Lions y él me mantiene informado. Dice que están planeando ampliar el negocio.

—Ah, eso es una buena noticia, ¿no?

—Sí, excelente. —Al otro lado de la mesa, su mirada triste revelaba que todavía debía de recordar una sugerencia que no había vuelto a mencionarse desde hacía veinte años: que Johnny habría podido interesarse por la

empresa.

—Creo que hiciste bien dejándolo cuando lo dejaste, papá.

Más allá de la cabeza de su padre, Johnny veía el retrato de un aviador con el uniforme de vuelo y con las gafas sobre la frente. Era muy sencillo: una figura alta con una cara de mandíbula cuadrada sobre un fondo de color marrón. No, él no podía retratarlo así, pero no sabía cómo podía retratarlo, era un tema peliagudo: hasta qué punto podía reflejar su glorioso pasado sin que entraran en juego la ironía ni la sensiblería. Cuando le llevaron la pasta, ya había bebido suficiente como para decir:

—¿Te han retratado alguna vez, papá?

—Pues no, la verdad es que no —respondió David con cierta timidez.

—¿Ah, no? —Johnny le sonrió—. ¿En la RAF tampoco?

—Bueno, ahora que lo pienso... Sí, una vez un chico me pintó.

—¿Ah, sí?

—No tengo ni idea de qué fue de ese cuadro. Él murió, creo que en un naufragio o eso me contaron. —Arqueó las cejas al tiempo que levantaba el tenedor—: Era un pintor de gran talento.

Johnny jamás había oído a su padre formular esa frase.

—¿Cómo se llamaba?

—Pues mira, seguramente habrás oído hablar de él. Se llamaba Coyle.

—¿Te refieres a Peter Coyle? —Johnny tenía puesta toda su atención en disimular, aunque su padre, que seguía comiendo con aire contemplativo, no notó nada raro—. Pues sí, he oído hablar de él. ¿No se dedicó al camuflaje durante la guerra?

—No me extrañaría nada. Yo te hablo de antes de que se alistara, en Oxford.

—¡Ah, entonces sí te acuerdas de Oxford!

—Me acuerdo de algunas cosas, evidentemente. —Frunció un poco el ceño, a la defensiva ante la posibilidad de haber caído en una contradicción—. Dudo mucho que ese cuadro se haya conservado.

—Pues yo me juego algo a que todavía existe. Seguramente solo era un boceto, ¿no?

David se quedó dubitativo un momento, aunque parecía seguro de lo que recordaba.

—No sé a qué te refieres. Yo no lo llamaría un boceto, era un cuadro grande, al óleo, yo iba vestido de remero. Tardó semanas en pintarlo, siempre me pedía que le concediera un poco más de tiempo. En aquella época yo andaba metido en muchas cosas, como es lógico.

—Ya me imagino. —Johnny se recostó en la butaca; entonces se acordó de la comida y volvió a dedicarle atención a su plato. Lo que acababa de decir su padre, por primera vez, parecía encajar y corroborar la historia de Freddie; sin embargo, la afirmación de que se trataba de un cuadro grande al óleo demostraba, de forma conveniente, que Freddie no lo sabía todo. David parecía consciente del valor de la información que acababa de darle a su hijo.

—Bueno, ¿qué planes tienes para las vacaciones, muchacho? —le preguntó—. ¿Otra vez Italia?

—Mira, papá, es que quería saber si posarías para mí.

Esa formulación, un tanto técnica, retrasó su reacción un par de segundos. Entonces dijo:

—Bah, no hace falta que te molestes.

—No sería ninguna molestia, papá.

—No, no. —Cortó el grueso trozo de cordero que tenían en el plato—. Yo no soy el modelo... adecuado para ti.

—Pues yo no estoy nada de acuerdo con eso. Es absurdo que nunca te haya retratado.

—Tienes demasiado trabajo —dijo su padre y, cuando bajó la mirada para luego desviarla fugazmente, Johnny comprendió que no era la primera vez, ni muchísimo menos, que lo excusaba y disculpaba su incapacidad, como galardonado pintor, de retratar a su propio padre. Era conmovedor y, al mismo tiempo, irritante.

—Precisamente tengo un periodo bastante tranquilo por delante, así que eso no supone ningún problema.

—De todas formas, ¿dónde íbamos a hacerlo?

—Podría subir yo y quedarme una semana, si quieres, y podríamos hacer una sesión cada día.

Era una proposición tan inusual que dio la impresión de que David casi se alarmaba.

—Demasiadas molestias para ti —insistió antes de acompañar el bocado

de cordero con un gran sorbo de vino. Sin embargo, en su mirada había algo que insinuaba que también estaba emocionado de pensar en esa visita. Johnny pensó que, en realidad, a la única a quien podían ocasionarle molestias era a June.

—Bueno, piénsatelo, ¿vale?

David no lo prometió, pero al cabo de un momento dijo:

—Cuando eras pequeño debiste de dibujarme un montón de veces.

—Sí, ya lo creo.

—Sí. Tenías un don para captar los rasgos de las personas.

—¡Eso no me lo habías dicho nunca!

—Claro que sí.

Johnny sopesó la situación.

—Bueno, es interesante volver a retratar a alguien transcurridos unos años. Las personas cambian y tú también has cambiado.

—¡Y que lo digas! —repuso su padre, y al cabo de un segundo lo miró a los ojos.

En el taxi, cuando bajaron por Old Brompton Road, David, que iba buscando puntos de referencia, estaciones de metro, nombres de calles, leyó «Cranley Gardens» y dijo: «Un buen barrio.» Sin embargo, cuando vio la casa, el porche desconchado y la lona colgada en el último piso, dio la impresión de que comprendía, con un ligero estremecimiento, seguido de un ajuste de las facciones, que la visita tal vez requiriera un tacto que él no había previsto desplegar. Johnny llamó al timbre, les abrieron la puerta y subieron al segundo piso. Su padre, mirando hacia arriba y hacia abajo con la lengua asomando entre los labios, examinó el anticuado mecanismo del ascensor. «Tendrían que repararlo», dijo. La casa, que para él era nueva y desconocida, adquirió una luz extraña también para Johnny cuando se fijó en los cuadros cambiados de sitio del rellano y cuando, por la puerta entreabierta de «su» habitación, vio cosas diferentes colgadas en la pared decorada con papel pintado sucio y descolorido. La habitación parecía una celda, casi un santuario, de la valiosa vida que él había llevado allí, sin intervención ni conocimiento algunos de su padre.

En el rellano, David se echó hacia atrás para contemplar el grabado de

Chagall; parecía alguien que reprime sus prejuicios con buen humor y también con cierto nerviosismo de recién llegado a una casa donde todos se conocían: «*À mon ami Dax...*» Johnny entró en el salón, donde, de pie junto a la chimenea, estaba Evert.

—Hola, Evert. He venido con mi padre.

Evert alzó la vista y miró hacia la puerta con cierta alarma, pues no sabía a quién iba a recibir (la entrada se retrasó unos segundos). Y entonces dijo «Ah, hola, David», como si aquel visitante fuera a verlo todos los días y estuviera empezando a hacerse pesado, pero seguramente su reacción solo se debió a su timidez. Se apartó un poco de él y luego volvió a acercarse.

—Te veo muy bien —dijo.

—Ya me conoces —dijo David y, entonces, por educación, replicó—: Yo a ti también, Evert. No has cambiado nada.

—¡Pues debía de estar muy mal por aquel entonces! —bromeó Evert, y rió alegremente—. Siéntate. —Todavía se intuía débilmente que no sabía muy bien quién era su invitado. Y durante un par de minutos Johnny se preguntó si su presencia era necesaria e intuyó que no podría pasar gran cosa ni se podrían decir gran cosa hasta que él se hubiera marchado. ¿Qué debían de sentir dos hombres que habían sido amantes hacía tanto tiempo, uno de ellos casado dos veces, y el otro que empezaba a perder la memoria?

—Voy a preparar un poco de té, ¿de acuerdo? —dijo.

—Ah, gracias, querido —dijo Evert.

—¡Vaya! —exclamó David; se sentó y miró alrededor con interés—. Así que esta es la famosa casa.

—Ah, claro —dijo Evert—, has oído hablar de ella.

—Bueno, me ha hablado Jonathan, claro. ¡Y tú también me hablaste, Evert, hace mucho tiempo!

—Sí, claro.

—Entonces tu padre todavía vivía, por supuesto. Durante la guerra. —Le sonrió—. Recuerdo que decías que era un monstruo.

—¿En serio?

—Nunca lo olvidaré.

Evert miró a Johnny, vacilante, y le preguntó:

—¿Necesitas que te ayude?

—No, no, ya me apaño. —Johnny fue a la cocina, donde al cabo de un minuto el rugido del hervidor de agua impidió que oyera lo que estaban diciendo.

Cuando Johnny regresó con la bandeja, su padre se había levantado otra vez y recorría el salón examinando los cuadros; después miró por la ventana, un terreno mucho más seguro. Evert estaba sentado y lo observaba con la paciencia del anfitrión, pero en la expresión de su cara se adivinaba también una estimación. Estaba acostumbrándose a su presencia. Johnny, confuso por sus propios sentimientos y sus propias expectativas, dijo:

—¿Qué os parece si hago de Herta?

—¿Hmmm? —dijo su padre.

—Sí, claro —dijo Evert.

Johnny le llevó una taza a él primero.

—La tuya la dejo aquí, papá —dijo entonces.

—Ah, gracias, muchacho. —Su padre se acercó y se sentó al otro lado de la chimenea, en la butaca de Ivan, con sus dos montones de libros, biografías y diarios en el suelo.

—Y he encontrado estos *éclairs* en la nevera. —Eran los pasteles favoritos de su padre, una extraña predilección de salón de té que Johnny recordaba de su infancia y que entonces compraban en Pinnock's, en Abbey Street. Ahora los traían del Waitrose de King's Road, empaquetados, y la cobertura de chocolate siempre estaba un poco húmeda.

—Mi único vicio —dijo David al coger el plato con su tenedor de postre y su servilleta doblada para dejar todo en la mesita que había al lado del sofá.

Johnny se apartó y se quedó mirando a aquellos dos hombres y preguntándose qué había hecho.

—Bueno, os dejo para que habléis —dijo.

—¿No te quedas a tomar una taza de té, tesoro? —preguntó Evert.

—No, pero volveré dentro de un par de horas. Tengo que recoger a Lucy de una fiesta y llevarla a otra. Es el cumpleaños de Thomas, ¿sabes? —Lo dejó caer para que su padre lo procesara como quisiera, pero, de hecho, fue Evert quien, con cierta vaguedad, reaccionó a su comentario:

—Ah, Thomas, sí... ¿Qué tal está?

—Creo que bien. —Johnny no le hacía mucho caso a aquel chico, al que

Lucy llamaba su «hermano» pese a no tener ningún parentesco sanguíneo con él, pues era hijo de Una y, además, no habría podido ser más distinto de ella —. Cumple dieciocho años.

—Nunca me acuerdo de cuántos años se lleva con... tu hija.

—Con Lucy, sí...

—Eso es.

David casi nunca mencionaba a Lucy y lo pasaba un poco mal cuando sus amigos se ponían a hablar de sus nietos y esas cosas. Permaneció callado, como si nadie la hubiera mencionado. Entonces Evert lo miró y dijo:

—Johnny tardó bastante en decidirse a ser padre.

Milagrosamente, David esbozó una sonrisa, como si dudara de aquella extraña oportunidad para destacar, y dijo:

—¡Bueno, a decir verdad, yo también, Evert!

Todos rieron, aunque para Johnny la novedad radicaba en oír a su padre diciendo algo tan personal: aquello era prometedor. Hasta que no salió y bajó por la escalera, pasando por delante de aquellas grandes sombras pálidas donde antes había cuadros, no se dio cuenta de que lo que había hecho por Evert y por su padre era lo mismo que había hecho Freddie por ellos hacía cincuenta y cinco años: los había ayudado a encontrarse. No estaba muy claro qué había esperado conseguir Freddie con aquel encuentro y él había actuado movido por una convicción que tampoco habría sabido explicar.

Volvió a dejar a Lucy en Belsize Grove y, cuando entró otra vez en casa de Evert y subió la escalera, sintió que la ligera ansiedad que le provocaba la vida social de su hija se trasladaba a la de su padre: ¿se habría divertido?, ¿se habrían llevado bien?, ¿habrían jugado? Se asomó por la puerta del salón sin saber si era su salvador o si iba a arruinarles un momento crítico. Estaban los dos sentados tal como Johnny los había dejado: Evert con cara de emocionado, aunque disperso; David estaba diciendo algo para dar su aprobación sin mucho entusiasmo, con gesto de inusual y virtuosa paciencia. Se habían bebido el té y los platitos con manchas de crema y chocolate estaban en las mesitas que tenían cada uno a su lado. Johnny volvió a hacer de Herta y los retiró sin hacer preguntas.

—Bueno, creo que tengo que irme, Evert —dijo su padre con pesar y con un tono cordial muy poco habitual en él.

Llegó el incómodo momento y se levantaron para despedirse. Johnny estaba preocupado, intrigado; por un instante confió en que Evert le diera un beso a su padre. Lo vio acercarse a él, delante de la chimenea, quizá sin saber muy bien qué decir, sin mirarlo a los ojos; entonces levantó la mano derecha y, distraídamente, pero con ternura, acarició la insignia del Mando de Caza de la RAF que David llevaba en el ojal de la solapa. Fue un pequeño gesto de intimidad, no exento de sarcasmo, que a Johnny le sorprendió por estar muy alejado del repertorio de la vida de su padre o, por lo menos, de lo que él sabía de la vida de su padre. Entonces David le dio una palmada en el hombro a Evert, casi un abrazo.

—¡Vuelve otro día! —dijo Evert, y dejó que Johnny se encargara de acompañarlo abajo.

Acababa de abrir la puerta cuando se encendió la luz de la escalera y, al cabo de un par de segundos, se oyó subir a alguien, decidido e invisible. Johnny y su padre esperaron un momento, hasta que vieron aparecer a Ivan en un giro de la escalera; Ivan miró hacia arriba y los vio y vio que había llegado justo a tiempo.

—¡Hola! —Miró a David con una gran sonrisa, radiante por lo que para él significaba aquel momento, que para David, por supuesto, no significaba nada: nunca había oído hablar de Ivan—. Me alegro de que todavía no os hayáis marchado.

—Papá, te presento a Ivan, un viejo amigo mío y de Evert.

Su padre lo saludó con una inclinación de cabeza, muy educado, y dijo «David Sparsholt» con simpatía y con una pizca inevitable de conciencia de todo lo que ese nombre significaba.

¿Y qué diría Ivan? ¿«He oído hablar mucho de usted»? Johnny creyó detectar su peculiar y lasciva predilección por los hombres mayores, especialmente por los atractivos y bien conservados, en el resplandor de su rostro sonriente cuando recobró el aliento. Debía de haber salido del trabajo antes de tiempo y haber vuelto a casa a toda prisa.

—Es un placer conocerlo, por fin.

—Bueno —dijo David, que no sabía cuánto tiempo hacía lo había estado deseando conocer.

—Johnny y yo somos amigos desde hace veintiún años, de modo que para mí es como si ya lo conociera.

Su posición en lo alto del último tramo de la escalera, David con una mano ya en el pomo de la balaustrada, no prometía una conversación muy larga.

—Bueno, precisamente Evert acaba de contármelo todo sobre ti —repuso, dejando a Johnny totalmente descolocado.

—¡Vaya! —exclamó Ivan.

David sonrió como Johnny no le había visto sonreír desde la infancia, bromeando con prudencia, entrando en un juego; vérselo hacer a los setenta y tres años causaba impresión.

—«Su salvador», te ha llamado. —Y su sonrisa revoloteó por el rostro de Ivan, como si estuviera sorprendido, pero dispuesto a admitir aquel cumplido, contento incluso de reconocerlo, en aquella casa llena de gais.

—Bueno... —dijo Ivan dejando caer un poco los hombros, como si notara el peso de sus obligaciones. Entonces volvió a sonreír—: ¿Ya tiene que marcharse? Quédese a tomar una copa, seguro que para Evert significa mucho verlo después de tanto tiempo.

La sonrisa de David se encogió un poco, pero seguía mostrándose muy amable cuando bajó el primer escalón.

—Lo cierto es que me escribió, dos veces por lo menos, y me avergüenza decir que yo no le contesté.

Era evidente que no lo había dicho para iniciar una conversación y, antes de llegar al primer giro de la escalera, miró hacia atrás y añadió:

—Nunca me ha gustado mucho escribir cartas. —Saludó con la mano y siguió bajando hasta que lo tapó la cabina del ascensor.

Cuando llegaron al recibidor, donde Johnny recogió del suelo el segundo montoncito de cartas y saludó a la señora Lenska, que estaba en el umbral, pero no la presentó, comprendió, con su padre a su lado, hasta qué punto eran filiales sus sentimientos hacia Evert. ¿Lo habría notado también su padre? ¿Lo habría conmovido o lo habría herido, quizá a pesar de, seguramente, parecerle tranquilizador? Y si así era, ¿habría admitido la paradoja, por lo menos la curiosidad, de que esas dos figuras paternas hubieran sido amigos hacía años y más que eso, por asombroso que pudiera parecer, amantes? Se alejaron rápidamente de la casa y se dirigieron a Old Brompton Road. Para Johnny, cosas tan simples como la acera, las cancelas de las casas, las columnas de los porches, cada una con su número, con las que estaba

familiarizado desde hacía veinte años, parecían una prueba de que él tenía un lugar allí, mientras que su padre solo era un desplazado, un visitante inusual y receloso. Cuando doblaron la esquina y entraron en la otra calle, más iluminada, en el rostro de David se reflejó el alivio nervioso de otro tipo de visitante: el que sale de un hospital cuando se acaba el tiempo asignado para la visita.

—Pobre Evvie —dijo. No era un diminutivo que sus verdaderos amigos emplearan y sonó a torpe afirmación de intimidad y a lástima. Aunque... cabía la posibilidad de que fuera así como él lo había llamado en Oxford.

—Erais muy amigos, ¿verdad? —dijo Johnny y, entonces, para rebajar la presión de lo que eso podía insinuar, añadió—: Hablo de hace cincuenta años, claro.

Su padre se fijó con su interés habitual en un Bentley que estaba aparcado, un serie S, y su figura se reflejó y se deslizó por sus ventanas y su carrocería.

—Sí, supongo que me tenía mucho cariño en esa época. Ya sabes, me doy cuenta ahora.

—Hmmm, ¿y tú qué sentías por él? —Era como si, con el frío y el cambio de luz del anochecer, en esos minutos enigmáticos en los que las farolas se encendían bajo un cielo altísimo y rosado, tuviera cabida una nueva libertad. Aquel extraño «Evvie», que parecía un nombre de chica, con su deje de patetismo y nostalgia, parecía insinuar que él también había sentido deseo. Habían sucedido cosas, aunque hasta entonces nunca las hubiera nombrado; ¿por qué no nombrarlas ahora? Su padre lo miró con un amago de sonrisa, como si tuviera delante a un conainterrogador mucho más listo.

—Entonces todo era muy diferente, muchacho. Pero sí, tienes razón, fuimos buenos amigos durante un tiempo.

—Vaya, papá, me alegro de oírte decir eso.

Hubo una pausa y entonces David puntualizó: «Un tiempo muy breve», pero sin retirar lo que ya había dicho. Siguieron caminando; Johnny miraba alrededor y solo le lanzó una mirada de reojo a su padre. Vieron un bar que acababa de abrir; ¿y si aquella nueva sintonía les hacía cruzar la calle y entrar por aquella puerta, tras la que se adivinaba un resplandor rojizo? Johnny percibió la inquietud de su padre y, cuando las pronunció, sus palabras le extrañaron, a pesar de haberlas ensayado mentalmente:

—Yo no sabía que habías tenido problemas con las autoridades.

—¿A qué te refieres? —La sombra de un problema posterior se cernía sobre ellos, alta como los edificios.

—Ya sabes, en Oxford, por tener a mamá en tu habitación. —Cualquier comentario sobre su madre que Johnny le hiciera a su padre contenía un deje de reproche, una insistencia molesta, aunque era muy difícil evitarlo. Sin embargo, esa vez su padre parecía casi complacido, sonreía como si estuviera haciendo un esfuerzo amable por recordar, a pesar de estar bastante seguro de qué iba a encontrar. Aquella franqueza no le costaba nada y sacudió la cabeza, afable.

—No, no, muchacho, nunca tuve ningún problema por eso.

—¡Ah —dijo Johnny—, pues a mí me habían contado que te pusieron una multa de veinte libras en el *college*!

Su padre rió un poco ante ese nuevo absurdo.

—¿Tienes idea de lo que esa cantidad significaba entonces? No, no... —Pero siguieron caminando y, al poco rato, dio la impresión de que la idea le resultaba atractiva—. No negaré que hacíamos muchas gamberradas, pero yo no era tan estúpido como para dejar que me descubrieran.

—Ya —dijo Johnny, sin saber qué añadir, pero consciente, por supuesto, de la arraigada costumbre de su padre a negarlo todo—. Yo tenía entendido que Evert te había prestado el dinero.

—¿Es eso lo que cuenta el viejo Evvie? No deberías creerte todo lo que diga y menos ahora. En este rato ha dicho un montón de tonterías. —Y una vez más, con más franqueza y más consideración—: A mí me tiene sin cuidado, pero sencillamente no sucedió.

Nunca sabían cómo despedirse; su padre detectaba y evitaba cualquier impulso de Johnny de abrazarlo o besarlo y pronunció unas palabras de despedida por encima del hombro cuando ya había echado a andar por la calle: «¡Tengo que ir a Euston!», con una mano levantada y, en los labios, una sonrisa más clara de afecto y alivio. El taxi le hizo una señal y redujo la velocidad hasta detenerse unos cincuenta metros más allá. Johnny vio a su padre ir hacia el coche, su pelo plateado, el cuello de la zamarra levantado y su querencia, todavía, a desfilar, sometida por el brío civil de sus andares. Le dijo algo al conductor y se metió en el taxi sin mirar atrás. Aquella nueva intimidad también había sido muy breve.

V. CONSUELOS

1

Bella Miserden era una amiga de Una, famosa por su programa de televisión de «cambio de *look*» y casada con Alan Miserden, que en 1999 había salido de rightnow.com con ocho millones solo dos días antes del cierre de la compañía. Durante una fiesta de empresa celebrada en la National Portrait Gallery, Bella se había pasado diez minutos en una sala trasera donde se mostraban nuevas adquisiciones, entre las que se encontraba el retrato de Freddie Green que había pintado Johnny, legado por su viuda. Bella fotografió con su iPhone la etiqueta que recogía esos datos: Jonathan Sparsholt (1952). Dedujo que, con sesenta años, se trataba de un pintor con experiencia, pero como, por otra parte, nunca había oído hablar de él, tal vez no fuera excesivamente caro. Tampoco había oído hablar mucho de Freddie Green, «1920-1995, escritor y presentador de televisión», un anciano flacucho pero seguramente con cierto atractivo para las mujeres; sin embargo, tuvo la impresión, mientras lo miraba fijamente por encima de su copa de champán vacía, de que Jonathan Sparsholt había conseguido «captarlo». Casualmente se lo comentó a Una, que le dijo: «Pero Bella, hija, Johnny fue quien nos donó el esperma para tener a Lucy», y, tras dos minutos de animada conversación, se ofreció para ponerlos en contacto.

Bella había acudido bastante turbada a la cita, como si ella también tuviera la intención de pedirle una donación de esperma; no lograba quitarse aquella idea de la cabeza. Sabía que Johnny era gay, pero no era como otros gais de sesenta años que ella conocía, con predilección por los trajes elegantes, los cargos de dirección y los novios mucho más jóvenes a quienes no todo el mundo llegaba a conocer. Era guapo, con una densa mata de pelo canoso; su ropa (botas de ante, vaqueros gruesos, una especie de chaleco encima de un jersey de cuello vuelto) revelaba su obstinada fidelidad a un estilo definido hacía décadas. Con un hombre así, no había nada que hacer. Sin duda, aquel hombre había perdido a su marido recientemente (en el desayuno, Alan se había reído cuando ella, con naturalidad, había empleado esa palabra) y eso le daba un aire conmovedor: parecía que lo hubieran

abandonado, solo, en un mundo moderno cuyos estilos ya hacía mucho que habían avanzado. Johnny tenía un gran álbum marrón con fotografías de encargos anteriores; no era en absoluto fanfarrón ni presuntuoso y ella tuvo la impresión de que era una persona bastante simple o por lo menos lo bastante simple como para convencerlo y conseguir de él lo que ella quería. Y lo que quería era un retrato de familia de dos metros de ancho. Ya se imaginaba cambiando su testamento y dejándole el cuadro a la National Portrait Gallery; así, sus hijos no tendrían que pelearse para decidir a quién le correspondía quedárselo. Alan comentó que si se apellidaba Sparsholt debía de ser el hijo de un hombre que se había visto envuelto en un escándalo hacía mucho tiempo, cuando no habían nacido ninguno de los dos; Bella lo había buscado en Google y había confirmado sus suposiciones, aunque no lo había entendido muy bien y, evidentemente, no lo mencionó en su primera reunión con él; tenía previsto sacar el tema a colación, con mucho tacto, durante las sesiones, cuando se encontraran el uno a merced del otro.

Poco después, Johnny conducía el Volvo hacia la mansión de falso estilo de los Miserden, situada en Virginia Water, para llevar a cabo la primera de una tediosa serie de sesiones: con el presumido pero nervioso Alan, con la divertida y manipuladora Bella y con Samuel, de dieciséis años, Alfie, de doce, y Tallulah, de siete. Se trataba de trabajar y, en aquella nueva soledad, Johnny encontraba algo extrañamente reparador en el escrutinio de aquella pareja y de sus vástagos, atrapados todavía en su frenética vida en común. En una de las plantas superiores de la National Portrait Gallery, Bella también había admirado el retrato de Jorge V y su familia, obra de Lavery, y creía que podía servir de ejemplo para el retrato de los Miserdens. Johnny nunca contradecía a sus clientes, pero confiaba en que bastara con utilizar un sofá, como había hecho Lavery. Evidentemente, el primer día surgirían desacuerdos sobre quién debía sentarse en él y, dado que en el original solo figuraban dos de los hijos de Jorge V, la violenta economía del juego de la silla parecía poner en peligro la disposición que él tenía pensada.

La primera semana había ido y vuelto tres veces, por la M40 y la M25. Los enormes letreros azules que indicaban el aeropuerto de Heathrow surgían uno tras otro y él los dejaba atrás, repentinos recordatorios de sus viajes con Pat, terminados ya para siempre. ¿Concebía la posibilidad de volver a volar a

algún sitio? ¿Imaginaba que pudiera haber alguien con quien hacerlo, alguien que compartiera con él sus gustos y sus impulsos de forma tan incondicional? Ahora sus viajes se limitaban a aquellos desplazamientos sofocantes en medio del tráfico de las afueras de la ciudad, con atascos, carriles cerrados y sentidos contrarios provisionales. Estaba el verde parduzco de la hierba fangosa y estaban los autobuses rojos, pero Inglaterra ya se había reducido al gris: el parasol del conductor gris, la calzada gris, el cielo gris, los edificios grises y, entre ellos, árboles sin hojas y todos los coches grises a juego. El viejo Volvo rojo, tan útil y fiable, tan querido y ridiculizado, olía mal, estaba abollado y oxidado; en el marco de las ventanillas había salido un delicado musgo que también se había muerto. Bella, que salió a recibirlo al camino circular de la casa, había dudado un instante entre burlarse del coche o ignorarlo con tacto; luego le había propuesto llevarlo a la parte de atrás de la casa, al patio pavimentado donde sus Range Rovers y sus Porsches relucían bajo los seis techos que les procuraban sombra.

Aquel día, el primero, los había reunido a todos, como un viejo mago de fiesta: era el momento de la novedad, de la incertidumbre y la buena disposición a la sorpresa de los modelos. El escenario del retrato era el salón, con sus pulcros simulacros de estilo rústico: chimenea de mármol blanco, sofás bajos y mullidos, libros escritos por famosos y por personajes de los medios de comunicación amontonados en una mesita redonda, gran cantidad de lámparas que desentonaban con la batería de focos empotrados, orientados para iluminar los anodinos cuadros de las paredes. Curiosamente, cuando te desplazabas para pintar en un escenario que no fuera el taller, a veces tenías que reproducir los cuadros que habían pintado otros y que se veían en el fondo y también formaban parte del retrato. Probó diferentes agrupaciones: Alan sentado, Bella sentada, Alan y Bella de pie y los niños sentados. «He pensado que... aquel retrato de Jorge V, ¿sabes?», dijo Bella. «Sí, claro», dijo Johnny. Samuel era pelirrojo, flaco, más alto que sus padres y su cara era una tragicomedia de granos. Su madre quería que se pusiera de pie detrás. Alan era guapo y elegante; tenía el pelo sedoso y una extraña carencia de *sex-appeal*; Bella, con unos rasgos endurecidos y realzados de tanto ser observados, tenía la belleza afilada de una rubia formal con buen tipo. Era evidente que la estancia que había cerca de la puerta trasera, con pesas y una bicicleta estática, se utilizaba mucho, aunque seguramente su visitante más

asiduo no era el pequeño y rechoncho Alfie, a pesar de lucir camiseta del Arsenal: quería que lo retrataran con una pelota en las manos. Tallulah era serena y elegante y empezó a posar para el retrato nada más entrar en la habitación.

Johnny dibujó una serie de bocetos rápidos, cambió a los modelos de posición, explotó el escaso entusiasmo que mostraban los niños, mantuvo a raya, con habilidad, el aburrimiento que al cabo de media hora amenazaba el buen desarrollo de la sesión, cuando detectó cierto fastidio por el hecho de que el cuadro no estuviera terminado ya. Empezaban a vislumbrar la magnitud de aquella tarea, a comprender, horrorizados, que pintar un retrato llevaba su tiempo. Ahora el truco consistía en lograr que todo el proceso los intrigara. Todos querían ir echándole ojeadas a su trabajo y eso también requería arte: el arte de manejar su vanidad, su curiosidad y su impaciencia. «No entiendo por qué no hace una fotografía y se ahorra todo esto», dijo Alan con tono cordial. «¡Pero cariño!», exclamó Bella, ofendida por ese comentario, pero quizá también redimida por él, pues la reafirmaba en su posición de único miembro de la familia con sensibilidad artística, el único con «vista».

Johnny se sentó en un taburete, a la misma altura a la que estaría cuando se quedara de pie ante el caballete. Era el primer día y quería marcharse con un boceto definitivo del grupo entero, aunque fuera a escala mucho más reducida que el cuadro que tenía pensado. «Esto es una especie de ensayo general», dijo Bella, para quien todo aquello tenía cierto aire de farándula. Y otra cosa: iba a ser difícil sacar el tema a colación, pero ¿cómo iban a vestirse? Era como darles órdenes a un elenco de aficionados un tanto agresivos. «Y acordaos —gritó Johnny cuando todos se levantaron y empezaron a hablar— de que la ropa que os pongáis para la primera sesión será la que tendréis que poneros hasta el final.» Miró a Alfie arqueando las cejas, con gesto bromista, pero el niño parecía alarmado. Seguro que Bella no quería que inmortalizara a su hijo con un pantaloncillo de fútbol y una camiseta roja.

Johnny recogió sus cosas, se despidió y se marchó a su casa. Se integró en el eterno tráfico nocturno, aburrido, protestando por un retraso tras otro pero con muy pocas ganas de llegar. En la casa a la que estaba regresando no había nada que él anhelara y la estaba descuidando. En el jardín, las plantas

que no había cuidado a lo largo del verano perdían las hojas y se marchitaban bajo las lluvias y las heladas hasta transmitir una sensación de abandono. Sin embargo, a Johnny lo aterrorizaba pensar que pronto volvería a dedicarle sus atenciones, resignado a la realidad. Abrió la puerta y se agachó para recoger el correo, que ahora solo llegaba, como mucho, una vez al día; solían ser sobres impersonales y los dejaba en la mesa del recibidor sin abrirlos. Sus cuadros, con sus méritos y sus defectos, ocupaban las paredes de la escalera y daban testimonio de los años que había dedicado a la pintura mientras Pat trabajaba en su despacho o se marchaba varios días seguidos para ir a visitar iglesias de Hertfordshire, Bedfordshire, Lincolnshire; Johnny soportaba aquellas semanas de lánguida soledad gracias a la certeza de su regreso y de las conversaciones que mantendrían cuando regresara. Si tenías suerte en la vida, encontrabas un sitio donde brillar y la persona con la que brillar. En Cranley Gardens, Johnny había hecho de público: para Evert, para Ivan, para todo aquel grupito de inteligentes malabaristas de recuerdos. Con Pat, en cambio, el actor era él y él recibía toda la atención que necesitaba y él era gracioso, sabía expresarse y tenía muchas cosas interesantes que valía la pena contar.

Siempre necesitaba muchas sesiones, pero el encargo de los Miserden, que a él le habría gustado terminar cuanto antes, parecía decidido a ocuparle mucho tiempo. Debido a los calendarios escolares y a las abarrotadas agendas de los padres, sus visitas estaban exageradamente espaciadas. Johnny se acostaba, apagaba la luz y se enfrentaba a una melancolía más aguda cuando sabía que, al día siguiente, tendría que ir a Virginia Water. Se imaginaba el viaje, la carretera gris bajo la lluvia; ponía el despertador y se despertaba antes de que hubiera sonado. La tristeza que le producía despertar solo era diferente de la de dormir solo y reafirmaba la continuidad de su soltería, pero más adelante, ya allí, cuando retomaba el trabajo y comprobaba que había avanzado, se alegraba de haber salido de su casa y de estar con otras personas, aunque fueran personas como aquellas.

Cuando posaban individualmente, creía verlos con mayor claridad: sentía más que nunca su capacidad para exponerlos, para descubrirlos, acechando como un esbozo bajo los halagos y la diplomacia del retrato por encargo. Alan, delgado y atlético, con unos vaqueros ceñidos donde apenas se

marcaban los genitales, tenía esos rasgos pulidos y equilibrados que atraen la buena fortuna pero que nunca obtienen excesiva devoción personal. A Johnny le recordaba a un niño condicionado por un éxito que todavía no le había fallado nunca. Retratar a un hombre al que era tan poco interesante observar se convirtió en un desafío. Samuel estudiaba sexto en Harrow y posaba con un estilo más formal que sus padres: una chaqueta de montar de tweed espantosa, donde se replicaban los colores de su cara y su pelo. Tallulah mostraba un ingenuo abandono de su físico, como si creyera que no solo dependía del pintor, sino también de su propio interés innato, que aquel cuadro se convirtiera en una obra maestra. Llegaba y se sentaba, sin más, y Johnny, que sentía que había encontrado a alguien como él, la convirtió en una infanta radiante con uniforme escolar.

Pero qué extraña se volvía la conversación entre el pintor y el modelo bajo la sombra alargada de la muerte de Pat, no podía describirlo, parecía que se hubiera producido un cambio molecular en la mismísima materia de la vida. Tras treinta años en aquel oficio, Johnny sabía muy bien cuál era su papel, en parte sirviente, en parte bufón, el artesano ambulante con su humilde superioridad, su don, y de vez en cuando la inspiración con que los complacía, los tranquilizaba y los mantenía a cierta distancia. Seguía el esquema de conversación habitual, nada demasiado serio ni correlativo; daba su aprobación, ponía breves y distraídas objeciones, con la vista concentrada en los detalles; en realidad, se mantenía indiferente a todo aquello, un hábito inveterado que seguía fortaleciéndose. Los Miserden, de una forma u otra, siempre hablaban de tener (así de inseguros, superficiales y ciegos eran), como si tener fuera su derecho y fuera a serlo siempre. No tenían ni idea de la situación en que se hallaba él, una vida donde todo cristalizaba por el doloroso frío de la pérdida.

Al Johnny le gustaba escuchar Radio 3 mientras pintaba y, junto con el caballete, las cajas de pinturas y la lona para el suelo, se llevó del coche el viejo radiocasete portátil, manchado de pintura, con su antena de un metro de largo y su pletina, que se abría despacio, como si se sorprendiera ella misma de funcionar todavía. Nada más empezar, el «compositor de la semana», que ese día era Haydn, una música alegre para trabajar. Alfie estudiaba violín, pero la música clásica no le interesaba más que a los demás; Tallulah, una niña un tanto empalagosa, decía que le gustaba mucho esta pieza o la otra,

pero Johnny se dio cuenta enseguida de que aquello solo era fruto de su educación social, inculcada desde edad muy temprana. Hubo un ligero y perezoso intercambio de acusaciones entre Alan y Bella, que cuando posaban por separado afirmaban que, lamentablemente, la falta de interés de su cónyuge por la música les había impedido ir a conciertos y otros espectáculos. Johnny se encargaba de la música, que, ahora más que nunca, servía de pantalla. A veces tenía modelos verdaderamente aficionados, desde luego, y en esos casos la música aportaba una afinidad que los sostenía a ambos durante la extraña interacción social de las sesiones. Sin embargo, la gente cada vez entendía menos de música, no se les podía pedir que entendieran, no se le podía reprochar a Alan que se pasara todo el movimiento lento de «La alondra» de Haydn disertando sobre el rendimiento comparativo de las acciones y los bonos del Estado.

Durante el meticuloso proceso de construcción de las dos figuras, que al mismo tiempo implicaba desmontarlas, apareció algo más. Le recordaba a aquellas breves y crudas visiones adolescentes de la vida privada de sus padres: momentos de lujuria o animosidad que le hacían estremecerse porque rompían la tónica general que imperaba en la casa. El verano y el otoño en que todo se estropeó habían estado llenos de esos momentos, voces que le llegaban desde otra habitación, sonidos de violencia amortiguada o calma absoluta, el duro «¿Perdona?» de dos personas que ya no querían oírse la una a la otra: una interrogación molesta y fría formulada para rechazar una verdad triste, una disculpa, un arrepentimiento: «¿Perdona?», en lugar de «Perdóname». Ahora Johnny veía a dos adultos más jóvenes que él que disimulaban, y al mismo tiempo insinuaban, su insatisfacción mutua. Se le ocurrió pensar que aquel retrato era una especie de hijo concebido tardíamente, cuya misión era aportar un nuevo sentido al matrimonio. Y todo había sido idea de Bella, por supuesto.

Tanto Alan como Bella le preguntaron «¿Cómo estoy quedando?»; él, con una mueca de impaciencia, como diciendo: «No te quejarás, con todo el tiempo que te dedico.» Bella estaba más preocupada por confirmar que lo estaba haciendo bien y que estaba dando lo mejor de sí misma, como si la estuvieran observando un millón y medio de espectadores. Lo mejor que podías hacer con los modelos impacientes, con cualquiera que no lograra alcanzar el grado necesario de atención pasiva, era decirles que eran unos

modelos excelentes. Alan quedó convencido, al menos brevemente, pero, transcurridos otros diez minutos, se adivinó en su tenso amago de sonrisa una sospecha de que aquello solo era el ardid de un subordinado y cierto descontento consigo mismo por habérselo creído. No estaba acostumbrado a semejante escrutinio físico, más allá de los trámites asépticos de la media hora en el barbero o en el dentista. En cambio, para Bella, que vivía en el mundo de las apariencias y se nutría de él, cualquier sacrificio era razonable y se entregó a él incondicionalmente. Johnny se sorprendió añadiéndoles a sus ásperos e impenetrables rasgos pequeños toques espirituales, pese a no estar seguro, mientras lo hacía, de si eran un halago o un presentimiento.

Johnny sabía que Bella querría que le hablara, como una asistente doméstica indiscreta, de terceras personas a las que había retratado: un famoso jugador de críquet, un bailarín famoso y a Sofía de Wessex, por supuesto. La realeza inspiraba una mezcla de ironía y pura fascinación. «Eres tremendamente discreto», dijo Bella. «Bueno, espero que eso te tranquilice», replicó él con soltura mientras su mirada iba y venía de la ceja izquierda de la modelo a la imagen que él estaba reproduciendo en el lienzo. Evidentemente, Johnny no conocía a nadie a quien pudieran interesarle las rivalidades por los índices de audiencia ni las disputas con los productores de Bella. Ella lo interrogó un poco sobre su vida, al principio con desparpajo, sin prever su resistencia, pero él percibía los peligros que entrañaba colorear la sesión con sus propias emociones, revelar detalles de su historia personal y sus trucos de artista para huir de mundos como aquel.

Debido al carácter de aquel encargo, se vio obligado a reflejar en el cuadro que aquellos niños eran los hijos del matrimonio. Sin duda alguna, el retrato figuraría en la exposición anual de la Real Sociedad de Retratistas y, al menos en esa ocasión, lo verían numerosos desconocidos. Reconocerían a Bella y escudriñarían una cara tras otra y el salón con sus destellos granates y dorados, en busca de algún detalle en la vida de aquella mujer, del mismo modo que ella les había ofrecido a ellos vistazos o, mejor dicho, análisis tremendamente pormenorizados, de los hogares de otros. Mirarían al impaciente y engréido Alan; a Tallulah, con sus grandes ojos; a Alfie posando con su pelota, y a Samuel fomentando perezosamente todo lo peor que había en el mundo de sus padres. Johnny redujo al mínimo las sesiones con Samuel, lo que a los dos les parecía conveniente, pues el muchacho no se

estaba quieto, a veces incluso se rebelaba, y se prodigaba en cotilleos despectivos sobre los personajes del entorno de su madre, pese a que, al mismo tiempo, se enorgullecía de conocerlos. Siempre tardaban en encontrarlo cuando llegaba la hora de sesión y ocupaba su puesto diez minutos tarde, con gesto de desdén hacia todo aquel proceso, pero con escéptica preocupación por el resultado. El día de la cuarta visita de Johnny a Virginia Water, le hicieron esperar casi media hora. La puerta del salón estaba entreabierta y, al final, oyó voces.

—Joder, mamá —decía Samuel—, ya he posando mil horas para ese maldito cuadro.

—Sí, cielo, es que el arte de verdad requiere tiempo, ¿sabes?

—A ver, pero que este tío no es Sir John Lavery, ¿vale? —dijo Samuel soltando una risita—. Perdón, y no lo digo porque yo esté familiarizado con la obra de *Lavatory*.

—Pues resulta que Jonathan Sparsholt es un pintor de primera fila. Por si no lo sabías, ha pintado a varios miembros de la familia real.

—Mamá, a los miembros de la familia real los pintan dos veces por semana, eso no tiene nada de especial, de hecho la mayoría de las veces esos cuadros no valen una mierda.

—Pero mira, cielo —dijo Bella poniéndose seria—, de todas formas, tienen que posar. Haz el favor de entrar. —Estaba claro que, gracias a la física inexplicable de la maternidad, estaba ganando ella, pese a presentar los peores argumentos (hasta Johnny tenía que admitirlo). Samuel empezó a ceder y, a regañadientes, dijo:

—Y es un viejo verde. No me gusta que se pase el día mirándome fijamente. —Pero entonces se oyó una débil bofetada que, pese a no haber acertado de lleno, consiguió poner en marcha al chico entre risas y gritos de «¡Ya voy, ya voy!».

—Buenas tardes —dijo Johnny cuando Samuel entró en la sala.

—Hola, Jonathan. ¡Lo siento, llego tarde! La cotorra de mi madre me ha entretenido.

—Bueno, empecemos —dijo Johnny sonriendo brevemente. Miró de mala gana al muchacho, cuya repugnancia física había tendido a disimular hasta el momento, pero durante una hora (lo tuvo sentado en el duro taburete veinte minutos más de lo estrictamente necesario) se entregó con una especie

de entusiasmo amargo a la tarea de ser sincero.

—¡Joder! —exclamó Samuel cuando se levantó por fin y se acercó a ver el trabajo de Johnny—. Estoy lleno de granos. —Johnny le había puesto dos o tres, diminutos toques de *impasto* rojo sobre la piel traslúcida e inflamada de adolescente—. Qué cabrón, vas a tener que borrarlos. No puedo aparecer así en la National Portrait Gallery.

—Verás, cuando pides que pinten tu retrato, corres un riesgo —aclaró Johnny sacudiendo la cabeza con pesar.

El chico caviló sobre aquello.

—Le voy a decir a mi madre que no te paguen ni un euro —dijo.

Evidentemente, al día siguiente, cuando ella fue a verlo con sus propios ojos, un poco divertida, Johnny ya le había aplicado el Clearasil de la pintura, le había alisado la piel y también le había eliminado otra cosa: la poca personalidad que tenía. Ahora Samuel era, simplemente, un mocoso malcriado como cualquier otro.

Antes de la siguiente visita de Johnny, Bella le propuso que se quedara a pasar la noche en su casa. Tenía que ir a México por Navidad y así podrían dejar el trabajo un poco adelantado. Cenaron en la cocina; la comida la preparó y la sirvió Briony, una lugareña famosa por su convicción respecto a sus propias opiniones. Se sentó con ellos a la mesa; resultó que ella también había estado en México y no tenía nada bueno que decir del país.

—Se lo aconsejo: ni se le ocurra tocar la comida, Bella. Madre mía, lo mal que lo pasé.

—Pues ¿cómo vamos a sobrevivir? —preguntó Samuel, insolente pero curioso.

—Estoy seguro de que comeremos estupendamente —dijo Alan.

Briony lo miró fingiendo enfado mientras abría la puerta del horno.

—Claro que, en los sitios adonde van a ir ustedes, seguro que todo será estupendo.

—¿Tú conoces México? —preguntó Alan.

—Sí, sí, fuimos hace unos diez años —respondió Johnny, sacando a relucir la vida en pareja perdida e invitando a que le hicieran preguntas—. Nos encantó a los dos.

Briony le puso un plato delante: pasta con abundante crema de leche, con una capa de queso y pan rallado gratinados.

—Que sepa que esta pasta me ha dado muchísimo trabajo —dijo.

—Muchas gracias —dijo Johnny. Los vegetarianos solían reforzar las virtudes de sus anfitriones.

—Le advierto que se está perdiendo una ternera deliciosa, se lo aseguro —añadió la mujer antes de volver a los fogones. Bueno, no siempre eran tan cáusticos.

Alan lo miró y dijo:

—El otro día me preguntaba... ¿su padre todavía vive? Porque, si todavía vive, debe de ser muy mayor.

—¿Mi padre? Ah, sí, está en plena forma —contestó Johnny—. El año que viene cumplirá noventa años —añadió, sorprendido por aquella pregunta y por la convicción de Alan de que no había ningún problema en hablar de ello. Levantó el tenedor, removió un poco la masa de pasta para que se enfriara y vio unos cuantos trocitos de color rosa en la salsa, lo que provocó el habitual desencanto. Apretó uno de aquellos pedacitos discretamente entre dos dientes del tenedor: salmón.

—Ah, qué alegría... —Alan lo miró pestañeando y sonrió—. Porque aquello debió de ser muy sonado, en los años sesenta.

—Ah, sí —intervino Bella haciendo una mueca de solidaridad—, algo he oído de eso.

—Pero si se habló muchísimo, querida —dijo Alan—. Bueno, estoy seguro de que a Jonathan no le importará que lo diga.

—¿De qué habláis? —preguntó Samuel.

—Bueno, no estoy segura... —dijo Bella mirando a Tallulah.

—Pero si hay hasta libros sobre el tema, ¿no?

—De una cosa muy triste —dijo Bella remilgadamente, pero entonces miró a Johnny como si abrigara esperanzas de que hablara él. Ninguno de los presentes podía imaginar el dilema que acababa de presentársele, pero él sabía qué pasaría cuando empezara a explicarlo. «Lo siento...» «¡No, soy yo la que lo siente!» Y la rabia de Briony cuando se llevara su plato y le ofreciera la ensalada que todos iban a comer después.

—De alguna forma me recordó al caso Poulson —comentó Alan.

—Sí, hay gente que lo dice —replicó Johnny.

—Todo ese escándalo de los permisos de obra... Pero evidentemente con el añadido de... —Miró con perspicacia a su hija—: Del otro tema, vaya.

—Suenan interesantes —intervino Samuel. Se echó hacia atrás cuando le pusieron el plato delante y sonrió con malicia a Johnny y este comprendió que todavía tenía las cartas en la mano: podía ceder ante su insistencia o, como solía hacer, escabullirse.

Alan se mostró razonable.

—Supongo que, si hubiera pasado un par de años más tarde, su relación con... ¿cómo se llamaba?

Johnny lo miró fijamente.

—¿Clifford Haxby?

—Sí, eso es. Habría sido prácticamente legal. Tuvo mala suerte.

—No fue exactamente una relación —aclaró Johnny.

—Además, ¿no había un miembro del Parlamento muy corrupto implicado también?

—Sí, es verdad.

—No sé de qué hablan —dijo Briony metiendo la barbilla—, pero a mí me suena todo muy sospechoso.

—Pero ¿su madre todavía vive? —preguntó Alan revelando su simpatía por ella.

—No, no, mi madre murió hace ya unos años. En 1998... —contestó Johnny.

—Ya... —Alan asintió con la cabeza; había perdido momentáneamente el hilo de la conversación—. Pero ellos...

—No, no siguieron juntos. Mi padre se volvió a casar hace más de cuarenta años... ¿Cómo?... Sí, con su secretaria —confirmó Johnny. Así que Alan lo sabía, pero quería, por alguna misteriosa razón, obtener la confirmación de la fuente más cercana, que también era la más reacia a darla.

—Ah, estupendo —dijo Alan mirando su plato con gesto poco complaciente.

—Espero que no le importe que nosotros comamos carne —dijo Bella.

—¡No! —dijo Johnny—. Aunque...

—Pobres vaquitas —intervino Tallulah tímidamente.

—No son vaquitas —dijo Samuel mirando a su hermana con desdén.

—Creo que sí lo son —dijo Bella y, en ese momento, recibió su filete bañado en una salsa casi negra—. Muchas veces pienso que no me costaría nada hacerme vegetariana.

—¿Tengo que comerme los calabacines, mamá? —preguntó Alfie.

—Porque, de hecho, casi lo soy. Apenas como carne roja.

—No jodas, mamá —dijo Samuel.

—¡Samuel! —dijo Alan, pero aquella salida de su mujer también le arrancó una risita áspera.

Johnny trató de recordar qué acababa de contarle a Bella y sí, estaba seguro: nada de animales. La miró y le sonrió.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella.

Después de cenar pasaron a una especie de sala de estar que había después de la cocina, con unos sofás grandes y mullidos que flanqueaban una estufa de leña, un televisor casi tan grande como el retrato en el que Johnny estaba trabajando y una mesa con un rompecabezas que estaban haciendo Bella y Tallulah: *Los tres músicos* de Picasso, de 1.687 piezas. Tallulah ya le había hablado de él mientras posaba: de los problemas que planteaba el arte moderno, que ella parecía decidida a solucionar. «Me lo trajo mamá de Nueva York —le explicó la niña—. Me gusta la pintura.» Johnny rechazó un coñac, porque sabía que le daría dolor de cabeza, pero aceptó otra copa de vino y Alan se la sirvió con una sonrisita despectiva.

—¿No querías ver la página web de Jonathan, cariño? —le recordó Bella.

—Ah, sí. —Alan se sentó con serenidad al lado de Johnny y abrió el MacBook que habían dejado encima del sofá, en cuya pantalla, al iluminarse, apareció brevemente la página de la Wikipedia sobre el caso Sparsholt. Alan se echó hacia atrás, acercó el ordenador hacia sí sin inmutarse y tecleó el nombre de Johnny—. Tiene un estilo muy particular —dijo al cabo de un minuto, asintiendo lentamente con la cabeza como si finalmente entendiera dónde se estaba metiendo.

—Bueno, llevo más de treinta años en el oficio —dijo Johnny—. Seguro que tengo mis vicios y alguna que otra virtud.

—Me gusta su estilo —dijo Bella sin rodeos—. Su estilo pictórico.

—Ah, veo que has retratado a Freddie Green —observó Alan.

—Así es.

—Debió de ser hacia finales de su vida, por lo que veo.

Johnny caviló sobre aquella pregunta y sobre la insinuación que contenía.

—Sí, estaba muy enfermo. Creo que su mujer quiso que lo retratara antes de que ocurriera algo peor.

—Hmmm... Excelente —dijo Alan.

—¿Lo conocías?

—Bueno, coincidí con él un par de veces —respondió Alan.

—No lo sabía —dijo Bella.

—Tengo uno de sus libros por aquí, en algún sitio... Oh, *Desnudos*. No sé si debo mirarlos.

Johnny lo vio hacerlo y esperó con cara de circunstancias, un tanto incómodo, como le sucede a cualquiera cuando examinan sus obras.

—Espero que no te hayas quedado con hambre —comentó Bella.

—No, no —dijo Johnny. No tardaría en preguntar si podía ir a acostarse.

—Vaya, vaya —dijo Alan—. Me alegro de que mi mujer no viera estos cuadros antes de contratarte.

—¿Qué estás diciendo? Claro que los había visto —dijo Bella.

—¿Me imaginas a mí posando así, querida? —Alan le dio la vuelta al ordenador y le enseñó uno de los cuadros de Svend, el alto modelo danés a quien Johnny había pintado varias veces hacía diez años.

—Bueno... —dijo ella sintiendo que se ponía a prueba su lealtad.

—Extraordinario —dijo Alan antes de volver a girar el ordenador. Johnny se dio cuenta de que se consideraba una persona de mente abierta por haberlo contratado, pero que, si fuera necesario, lo explicaría aduciendo que todo había sido idea de su mujer. A muchas mujeres les gustaba entablar amistad con hombres homosexuales, se enorgullecían de conocerlos, mientras que Alan procuraba mantener la distancia con ellos—. Sigamos... *Familias* —dijo con aire de carcamal, como si fuera uno de los amigos de David Sparsholt—. ¡Esto ya está mejor!

2

Mientras esperaba a que Michael abriera la puerta de la calle, no estaba seguro de si iba a ver a sus padres, ni de qué les diría si los veía; se los imaginaba: elegantes, adinerados, ocupados y diez años más jóvenes que él. Era difícil hacer preguntas sobre ellos sin parecer nervioso.

—¿Y a qué se dedica tu padre? —preguntó.

La puerta se abrió y reveló un recibidor alargado y vacío, con suelo de mármol gris y blanco.

—Pues... ¡a muchas cosas! —contestó Michael.

—Ya.

—Ahora está en Los Ángeles.

—Ah, vale.

Por lo visto, Michael era británico y norteamericano.

—Bueno, ya está. —Volvió a cerrar la puerta con llave, turbado o turbador pulsando los botones de un panel luminoso, recorriendo el pasillo sin quitarse el abrigo: el joven en casa del padre ausente. Era un dibujo con una carga inexplicable de emoción, una docena de trazos rápidos que convergían en una línea y una forma.

—¡Uau! —A la izquierda, una enorme escalera rectangular ascendía hacia la oscuridad y Johnny se colocó justo en el centro del hueco y miró hacia arriba. Cuatro pisos más allá, relucía una claraboya—. Es increíble. —Había eco, una sutil señal de la grandeza de la arquitectura georgiana auténtica—. Estas casas son de los hermanos Adam, ¿verdad?

—Sí, sí —confirmó Michael, otra vez a su lado.

—Tendrás que enseñármela. —Pensó que aquella visita le añadiría glamour a la cita, que se estaba desarrollando en un ambiente muy relajado; así, al menos, podría conservar el recuerdo de la casa. Extendió un brazo y, sin darse cuenta, tenía en su mano la mano fría de Michael. Entonces se dio la vuelta, se inclinó un poco y lo besó en la boca.

—Eh... —dijo Michael.

Bajo el voladizo de la escalera se abrió una puerta por la que apareció una mujer, china tal vez, vestida con una falda oscura y una blusa. Se paró, sonriente, sin llegar a saludar pero atenta. «Hola, Lin», la saludó Michael.

Johnny le devolvió la sonrisa y se preguntó brevemente qué ficción no ensayada podría explicar su presencia allí; se quedó un momento plantado mientras Michael empezaba a subir la escalera, hasta que saludó a la mujer con una inclinación de cabeza, se dio la vuelta y lo siguió.

En el primer piso había dos grandes habitaciones comunicadas y Johnny no sabía qué decir de los cuadros, mientras Michael iba encendiendo lámparas, cerraba los porticones de las dos altas ventanas que daban a la calle, encendía el televisor, con el volumen bajo, y sintonizaba un canal desconocido de vídeos musicales, fragmentados como la distracción que causaban, en los que unas mujeres negras, casi desnudas, hacían *playback* desde seis ángulos diferentes. El techo del salón, altísimo, con sus delicados medallones circulares, sus molduras de estuco y su delicioso patrón de abanicos, arcos y guirnaldas, estaba completamente pintado de un dorado cobrizo, lo bastante brillante como para que se reflejaran en él las luces de las lámparas. El desastre era tan espectacular que no tenía más remedio que preguntarte si no sería un triunfo. Michael abrió una puerta y se encendió una luz en un armario con el fondo de espejo. «¿Te apetece una copa?» Johnny le pidió un whisky con hielo y observó el atractivo reflejo de Michael, pálido y acicalado, mientras cogía dos vasos, buscaba entre las botellas y ponía en marcha la máquina de hielo, que produjo un breve estrépito. Era Jack Daniel's; brindaron y la finalidad de la cita, que Johnny había imaginado como algo voraz y apremiante, volvió a desdibujarse cuando Michael salió del salón y se ausentó durante un minuto. Johnny se paseó y examinó los muebles contemporáneos de lujo, todos ellos muy bajos, de acero, cristal ahumado, cuero blanco, tan bajos que apenas invadían las altas extensiones de pared, reservadas a los cuadros, todos ellos dos o tres veces más grandes que ninguno que él hubiera pintado o que hubiera sentido la más mínima necesidad de pintar. Debía de haber sido difícil meterlos en la casa; él los encontraba monstruosos, chabacanos, trofeos de ferias de arte internacionales pintados expresamente para compradores a la moda con muchísimo dinero. Se sentó en un sofá de piel de poni, igual de bajo que los otros, y, fingiendo involuntariamente una actitud relajada, dejó que su cuerpo se deslizara y contempló un cuadro abstracto rosa y negro de grandes dimensiones. Una vez más, lo invadió cierta incertidumbre, cierta sensación de vacío, al pensar que, de hecho, aquellos cuadros eran obras de arte excelentes que él era demasiado

mayor, demasiado tozudo o demasiado desinformado para apreciar o valorar. El arte contemporáneo a él lo había dejado atrás.

El calor del whisky lo reconfortó mientras veía regresar a Michael, que, con cuidado, cerró la puerta y puso el ordenador portátil, el iPad y una cajita esmaltada en una mesa baja. Johnny se apartó para dejarle sitio, pero Michael se sentó con las piernas cruzadas en el suelo. Ni sus movimientos ni su conversación hacían alusión alguna a aquel entorno; era como si no lo viera y costaba discernir si para él todo aquello era un regalo espléndido que la modestia lo obligaba a ignorar o una obvia monstruosidad que rechazaba con tacto. Con su carné de estudiante plastificado, sobre el tablero de cristal de la mesa, se puso a picar un montoncito de polvo que Johnny supuso que debía de ser cocaína y luego formó con él cuatro gruesas rayas. Enrolló un billete de veinte libras, se lo pasó a Johnny y sonrió: tenía una sonrisa preciosa que Johnny pensó, al inclinarse hacia delante para taparse un orificio nasal y esnifar por el otro, que sería interesante pero difícil capturar: inocente y, al mismo tiempo, escéptica. La inhalación trajo consigo un pensamiento, un inesperado salto hacia atrás de ocho o nueve años, a la última vez que Johnny había hecho aquello con Pat, y Lucy, que volvía tarde de una fiesta, los había pillado.

A partir de ahí las cosas se aceleraron un poco; Johnny estaba contento pero celoso, hablaba con una extraña elocuencia y había momentos en que le parecía estar oyendo a otra persona; Michael asentía, sonreía y hablaba también; se tomaron otra copa, mientras en el televisor seguían sonando aquellas canciones mediocres medio cantadas. De vez en cuando le echaban un vistazo a la pantalla y veían una trepidante sucesión de figuras que se agachaban y se pavoneaban, explosiones, detalles banales y extraños, un coche, una cama. La semana anterior, un hombre mayor que él que se había sentado a su lado en una cena le había dicho a Johnny que, con las aplicaciones para ligar, tenía el sexo asegurado y le había enseñado dos que él utilizaba, en las que aparecían numerosos hombres a escasos cien metros de donde estaban, siempre dispuestos. «No, no está hecho para mí», dijo Johnny, pero tres días más tarde se sorprendió descargando una, lo que implicaba, inevitablemente, crear un perfil, una especie de autorretrato: subió una fotografía antigua de unas vacaciones que le recordaba su felicidad perdida y suspiró tratando de definir sus aficiones. Pero después todo había

ido sucediendo muy deprisa y con mucha naturalidad, con la sensación de novedad absoluta; y allí estaba ahora, como si hubiera acudido a una cita hacía cuarenta años, tomándose una copa y charlando con Michael sobre sus estudios. Michael estaba matriculado en tres módulos.

—Tres módulos —hijo Johnny—. Caramba.

—Sí, tengo hasta finales de este mes para terminar mi módulo de Subjetividad.

—¿En qué consiste eso exactamente? —preguntó Johnny inclinándose hacia delante para volver a cogerle la mano a Michael, pero entonces su teléfono emitió un pitido y Michael lo cogió y leyó el mensaje y otro que entró a continuación.

—¿Utilizas WhatsApp? —le preguntó Michael.

—Todavía no.

—¡Pues deberías! Podríamos mandarnos mensajes.

—Bueno, ya nos comunicamos por otros medios, ¿no? —dijo Johnny.

Michael ya había acabado de llamar y enviar mensajes. Se recostó, miró a Johnny con una sonrisa expectante y dijo:

—Oye, ya basta de hablar de mi padre, cuéntame a qué se dedicaba el tuyo.

—¿Mi padre? —dijo Johnny, enérgico—. Era fabricante industrial. Fabricaba componentes para máquinas, motores, generadores...

—Qué interesante —dijo Michael antes de desviar de nuevo la mirada hacia la pequeña pantalla en color.

—Bueno, todavía vive. Tiene casi noventa años, vendió la fábrica hace tiempo.

—Claro... —Seguramente, a Michael todo aquello le parecía insignificante; cogió su teléfono y soltó una risita mientras leía el mensaje que acababa de recibir.

¿Por qué Johnny, después de llevar décadas haciendo todo lo posible por evitar el tema, dijo: «Supongo que has oído hablar del caso Sparsholt»?

Michael sonrió, casi con ternura, sin desviar la vista de su pantallita y murmuró «No me jodas...» y escribió rápidamente una respuesta. Entonces miró a Johnny.

—Perdona, ¿cómo has dicho que se llama? Es una película, ¿no?

—No, todavía no. No, era... Déjalo, no importa.

—Ah, vale... —Michael lo miró preso de la incertidumbre—. ¿Es un libro?

Johnny se recostó en el sofá, aliviado y, al mismo tiempo, vagamente indignado; tenía la boca seca y ganas de hablar y estaba intrigado por lo que diría a continuación.

—Bueno, sí, se han escrito un par de libros sobre aquello. Uno lo escribió un tipo llamado Ivan Goyle y otro, un periodista del *Sunday Times*.

—Ya, yo no tengo mucho tiempo para leer —dijo Michael.

Se hizo otra raya de coca (Johnny pasó, todavía notaba el efecto de la primera) y fue a rellenar los vasos; luego le enseñó a Johnny los perfiles de tres o cuatro usuarios de Grindr que le gustaban y de un par con los que ya había ligado. A Johnny le sentó mal, pero, magnánimo, admitió que eran guapos o, como mínimo, monos. Michael les envió mensajes a un par de ellos y se rió cuando recibió las respuestas. También había otra aplicación de la que no había oído hablar, para hombres mayores y sus admiradores. Algunos parecían tan ancianos que uno dudaba que pudieran mantener relaciones sexuales, ni siquiera con las ayudas modernas. Johnny fue al cuarto de baño, muy luminoso y con el techo muy alto, y, cuando regresó, se inclinó sobre Michael y le alborotó el pelo, castaño oscuro, pero, por lo visto, para Michael valían más cien pájaros volando que uno en mano y la emoción que le procuraba la perspectiva de tener relaciones sexuales lo atraía más que el hecho en sí, en aquel salón con el techo dorado.

—Me atraen los hombres mayores —dijo Michael sin dejar de mirar la pantalla de su teléfono.

—Ah, vale —dijo Johnny. Se sentó otra vez y empezó a pensar que tal vez no fuera suficientemente mayor. Michael subió un momento al piso de arriba y dejó a Johnny mirando las fotografías que tenía en el teléfono, un *selfie* tras otro sobre diversos fondos en París, Ciudad del Cabo o Nueva York; Michael rodeado de amigos, en fiestas, sosteniendo el teléfono en alto para que salieran todos mirando desde abajo, abrazados unos a otros y todos con expresiones más cómicas que la de Michael, que siempre aparecía con la misma cara, como si le hubieran hecho mal la cirugía estética, con un rictus de glamour. En una de ellas, del mes anterior, aparecía en una abarrotada discoteca de Londres, entre jóvenes guapísimos sin camisa, con los brazos y

el torso cubiertos de todo tipo de tatuajes. Johnny amplió la imagen para ver los detalles. Su viejo amigo Graham lo había animado a salir de noche con él, pero la idea de unirse a un grupo como aquel se le antojaba tan seductora como absurda. Ir de marcha, bailar, no solo emborracharse como cuando tenía veinte años, sino tomar drogas potentes, como había hecho unas cuantas veces pasados los cuarenta, figuraba entre los placeres más estimulantes de su vida, libre de inhibiciones y dudas. Por eso le extrañaba haber renunciado a todo eso, haberse negado noches como aquellas durante más de diez años. Suponía que se debía a un discrecional comedimiento que adquirías con la madurez.

Michael volvió con su ordenador, se sentó en el sofá y se apretó un poco contra Johnny.

—Tienes que ver esto —dijo, colocado pero frenético por efecto de la coca, y pulsó en un enlace que abrió una nueva ventana: un vídeo grabado con un iPhone. Sonrió anticipándose a la diversión que se disponía a procurarle a Johnny—. Es mi amigo Snapstud —dijo o eso creyó oír Johnny.

—Es un nombre poco corriente —dijo Johnny; se acercó a él y lo rodeó con un brazo—. ¿Quién es? —Vio a un joven desnudo que, mirando fijamente a la cámara, se masturbaba y se metía y sacaba un consolador azul transparente del ano—. ¡Madre mía! —No estaba acostumbrado a ver imágenes como aquellas, ni mucho menos, y se quedó aturdido un instante ante la espontánea secuencia de revelaciones que lo asaltó: había gente que hacía aquello y lo grababa y había otros que lo miraban. Era como la primera vez que un adolescente ve una revista *hard core*, solo que era tan realista que se alejaba de lo que él entendía por pornografía.

—¿No te encanta? Es una monada —dijo Michael.

—Hmmm. —Johnny se sonrojó y arrugó el entrecejo. Snapstud tenía el pelo de un rubio sucio y el brazo izquierdo cubierto hasta el cuello de tatuajes de colores—. ¿De dónde sacas eso?

—¿Cómo? —Michael sacudió lentamente la cabeza mientras observaba las imágenes—. Es su Tumblr. ¡Vamos, Snappy! —dijo con aquel peculiar acento, mitad americano y mitad británico, mientras Snappy lanzaba un asombroso chorro de semen o, mejor dicho, una rápida sucesión de chorros. Se oyó débilmente cómo el semen salpicaba en una superficie que no se veía en la pantalla. Entonces el chico guiñó un ojo y levantó un pulgar en señal de

satisfacción y la imagen se congeló.

—¿Esos vídeos puede verlos cualquiera? —preguntó Johnny.

—Sí, están en su página... —Michael retrocedió y fue deslizándose por el «archivo», una serie de miniaturas de vídeos en los que el chico aparecía solo o manteniendo relaciones sexuales con otros hombres.

—¿A qué se dedica tu amigo?

—¿Qué? No lo conozco de nada —contestó Michael—. Me parece que trabaja en un banco o algo así. —Interpretó la confusión de Johnny como emoción y seleccionó otro vídeo que Johnny tardó en comprender en el que aparecía Snappy con las rodillas detrás de la cabeza haciéndose a sí mismo una felación.

—¡Caramba! —Johnny se echó hacia delante, cerró la tapa del ordenador y se lo quitó de las manos a Michael. Tuvo que forcejear un poco.

—Yo creía que te gustaban los jovencitos —protestó Michael.

Johnny dejó el ordenador encima de la mesa, con cuidado. Al oír a Michael definir sus preferencias con la misma sinceridad con que había declarado su debilidad por los hombres mayores, sintió que fallaba algo, y a su inmediato impulso de exculparse le siguió otro pensamiento que le produjo mayor perplejidad: la conciencia de no tener ningún interés especial por los jovencitos. Sin embargo, se limitó a mentir:

—Por eso estoy aquí, ¿no? —Y, tras unas breves reticencias y evasivas de Michael, empezaron a besarse.

Johnny se quedó casi toda la noche. No fue nada del otro mundo, pero aun así encajó en una subcategoría privada de su vida: el fallo que, por alguna razón, constituía también algún tipo de logro. Michael tenía veintitrés años y hacía veintitrés años que Johnny no se acostaba con nadie diferente. El cuerpo del chico conservaba algo ideal y él lo exploró con un respeto no exento de humor, expresando con pequeños jadeos su admiración ante tanta suavidad y tanta belleza; sin embargo, también le produjo una insatisfacción más ambigua y general, la sensación de que aquel cuerpo no sabía a nada. La polla de Michael, de piel tersa y torcida hacia la izquierda, tenía más carácter que su dueño. Johnny la encontró maravillosa y se alegró de comprobar que seguía habiendo pollas por ahí, cuando durante años él solo había visto la suya y la de Pat. La de Michael recibió la atención que reclamaba sin dejar lugar a dudas, pero, a la hora de la verdad, todo fue muy rápido. «Ah, ¿ya

está? —pensó Johnny—. Bueno, ¿y qué esperabas?»

—¿Tienes pareja? —le preguntó Michael al cabo de unos minutos antes de acurrucarse con la cabeza sobre el pecho de Johnny, como si, aunque tarde y con cautela, empezara a demostrar cierto interés personal por él. Ya no tenía cerca ninguno de sus juguetes, y Johnny temía hacer algo que le recordara su ausencia. Lo abrazó.

—Tenía —dijo—. Murió hace unos meses.

Estaban muy cerca el uno del otro y Johnny no veía muy bien la cara de Michael, pero le pareció que hacía pucheros. Quizá fuera su forma respetuosa de asimilar aquella noticia, pero no dijo que lo lamentara.

—¿De qué murió? —preguntó, pestañeando y concentrado para recordar si había corrido algún riesgo en la media hora anterior.

—De cáncer de próstata.

—Ah, vale. Eso es una putada, ¿no?

—Sí, es una putada.

—Tengo entendido que dificulta mucho las relaciones sexuales.

—Bueno, nuestra vida sexual ya estaba muy jodida —dijo Johnny, un chiste de Pat—. Pero no nos parecía tan importante, comparada con... la vida propiamente dicha.

—Ya, claro.

—Cuando tienes mi edad, el sexo no tiene tanta importancia.

Michael torció la cabeza y le sonrió.

—Pues eso no es lo que a mí me ha parecido —dijo, como si se refiriera a un triunfo mayor del que habían vivido hacía diez minutos.

—¿Y tú? —preguntó Johnny—. ¿Has tenido alguna relación duradera?

—Sí, tengo novio —contestó Michael.

—¿Y cómo se llama?

—Robert.

—¿Vive en Londres?

—Ahora está en Los Ángeles.

—¿Con tu padre?

—¡No, que va! —dijo Michael con una risa forzada. Se levantó de la cama, se puso la bata y fue a la habitación contigua; al cabo de un momento, Johnny lo oyó hablar por teléfono: por lo visto, se lo había recordado y estaba

hablando con Robert, que estaba en Los Ángeles, donde era por la tarde. «¿Ah, sí?... Ah, bien, no... Nada especial, estoy solo en casa... ¿Que ya lo notas? Sí, supongo que estoy un poco colocado.» Al principio a Johnny le divirtió el engaño, pero luego se dio cuenta de que sus palabras podían interpretarse de otra forma: él no era lo bastante importante como para que Michael se lo mencionara a Robert.

—¿Cómo se llamaba tu pareja? —le preguntó Michael cuando volvió al dormitorio.

—Patrick —respondió Johnny—. ¿Cómo está Robert?

—Bien, bien. —Michael se quitó la bata. Volvieron a acurrucarse el uno contra el otro—. ¿Vosotros discutáis?

—Ya lo creo —contestó Johnny—. Pero eran peleas sin importancia, a mí nunca me asustaron. Siempre nos decíamos lo que pensábamos. —A decir verdad, como él siempre había evitado las peleas y siempre había sido conciliador por naturaleza, lo sorprendían los arrebatos de Pat, que de repente se enfurecía y sacaba a relucir sus defectos: los nuevos que él no habría sospechado jamás y otros viejos que, por lo visto, Pat no había olvidado, como, por ejemplo, el hecho de ser demasiado conciliador y evitar, por sistema, cualquier discusión. Johnny se limitaba a esperar, en esos casos, a que el humor se colara entre los gritos y acabara con ellos—. ¿Por qué? ¿Tú discutes con Robert?

—No, no —dijo Michael, como si ya estuviera pensando en otra cosa.

Johnny le acarició las nalgas al chico y deslizó el dedo corazón por la hendidura que las separaba, un lujo olvidado.

—¿Crees que ha notado que estabas con alguien?

Michael no le contestó; de todas formas, lo que hizo a continuación le habría impedido responder coherentemente.

Cuando apagaron la luz, Johnny abrazó a Michael con gesto fraternal y el chico apoyó la cabeza en su brazo, aunque cada treinta segundos se movía. Johnny se acordó de otros momentos en que había estado incómodo: cómo se le entumecía el brazo, pese a las buenas intenciones, cuando moverlo habría significado despertar a quien dormía apoyado en él; sin embargo, también aquello tenía algo nostálgico, era una evocación de cómo eran las cosas hacía cuarenta años, cuando todos aquellos abrazos eran experimentos. Sin embargo, al final, se separó, se dio la vuelta y se quedó tumbado boca arriba,

desde donde veía una fina línea de luz sobre las cortinas que definía una estrecha franja de techo. Comprendió que la cocaína no le dejaría dormir. Eso y los ronquidos de Michael, que tampoco dormía profundamente, y se agitaba y volvía a abrazarse a Johnny mientras murmuraba, discutiendo en sueños.

Aun así, Johnny acabó durmiéndose y, con la primera luz invernal, alrededor de las siete, se despertó, se soltó (Michael se dio la vuelta, como si estuviera enojado, y se quedó en el lado opuesto de la cama) y fue al cuarto de baño. Estaba deseando marcharse a su casa. Lo distrajo un ruido intermitente, amortiguado, que al cabo de un momento aumentó cuando se le superpuso otro sonido más agudo, mecánico. Apartó la cortina y vio el ruidoso camión de la limpieza, una especie de bicho verde enorme que pasaba en ese momento por delante de la hilera de casas, frenético pero lento; sus cepillos circulares no atinaron a recoger los siete u ocho desperdicios que ensuciaban los adoquines y dejaron un rastro sucio y húmedo cuando el camión dio media vuelta y se marchó por donde había venido. Johnny se quedó mirando un rato más por la ventana mientras el efímero rastro empezaba a secarse y a desaparecer, como el lienzo de un sueño, cuyos trazos se borraban en cuanto el pincel dejaba su marca.

La semana siguiente Johnny se sorprendió recordando de vez en cuando a Michael: no el sexo, ni los rasgos suaves y aún no desarrollados por completo, sino la sensación de tener a una persona joven y cálida entre los brazos. No solo había sido un consuelo que aliviaba la ausencia de Pat, sino algo que él no creía que fuera a volver a disfrutar. Quizá hubiese sido mejor no haber conocido a Michael, pero ya lo había conocido y había puesto en marcha un doloroso anhelo. Johnny decidió escribirle un correo electrónico, pero le costó encontrar el tono adecuado, porque no quería parecer torpemente halagador, pero tampoco antipático, y no sabía hasta qué punto debía utilizar los treinta años de diferencia. Al día siguiente Michael le contestó: un solo párrafo, frío y casi desprovisto de contenido: «Tienes razón, estoy trabajando en mi módulo de Subjetividad. Tienes muy buena memoria, Johnny.» Y firmaba de forma desconcertante: «Gracias por tender la mano, Mx.» Esa frase lo dejó trastornado y siguió trastornándolo durante un tiempo. Encerraba cierto amable eufemismo, cierta sorpresa por su intento, loable pero absurdo, de volver a ver a Michael. Le vino a la mente la imagen de una

mano tendida entre los barrotes de una celda; sí, él había tendido la suya, pero no había llegado a tocar, ni de lejos, eso que buscaba, y era evidente que Michael no tenía intención de acercarse.

3

A finales de enero recibió otra llamada de su viejo amigo Graham (en realidad había sido amigo de Pat), quien lo llamaba de vez en cuando para interesarse por cómo llevaba el duelo. Graham era cinco o seis años más joven que Johnny y nunca había estado mucho tiempo con una misma pareja: para él, «sentar cabeza» representaba una renuncia aterradora a otras posibilidades; aun así, en aquella llamada de soltero a soltero se insinuaba un cambio de valencia. Johnny se lo imaginó mientras lo oía hablar: calvo, de ojos marrón oscuro, todavía en buena forma física (algo por lo que él nunca se había preocupado), con vaqueros y camisa a cuadros de manga corta, con pinta de maestro de escuela sorprendido en la intimidad de unas vacaciones. Por teléfono empleó un lenguaje pasado de moda, «Eh, tío, tengo un material de primera, ¿te apetece salir?»; lo decía en broma, como siempre, pero ahora, además, con una tierna nota de disparate que disimulaba parcialmente su emoción. Era funcionario y Johnny nunca había entendido en qué consistía su trabajo, que Graham describía siempre en términos abstractos, de modo que, en cuanto lo hacía, te olvidabas irremediabilmente de lo que te había explicado. Durante veinte años había sido un buen amigo, aunque un poco distante, que siempre se alegraba de verte y que nunca insinuaba que ni uno ni otro tuviera culpa alguna del tiempo que llevaban sin verse. Era una especie de confianza mutua y Johnny sabía que, si iba a hacer algo tan descabellado, algo que desafiaba tanto a su tristeza, Graham era la persona más indicada.

Quedaron para cenar en un ruidoso restaurante de Clerkenwell; primero pidieron cócteles y, luego, una botella de shiraz. Graham no se acordaba de que Johnny era vegetariano o tal vez pensara que, ahora que ya no estaba Pat, recuperaría el sentido común o del gusto; Johnny se contentó con pedir dos primeros y el vino enseguida se le subió a la cabeza. Hablaron un rato de Pat,

pero Johnny vio que Graham miraba más allá de él y comprendió que su paciencia se debilitaba; cambió de tema y se pusieron a hablar del chico brasileño que estaba detrás de la barra y de una joven pareja, muy guapos los dos, y ambos coincidieron en que, seguramente, también irían a la discoteca. La voz de uno de ellos, que debía de rondar los cuarenta, tenía aquella inflexión típicamente gay que había sobrevivido a lo largo de muchas generaciones, aquel tono lastimero y aquellas sílabas arrastradas con desencanto, y sus vocales, además, conservaban un remoto acento australiano. ¿Por qué le molestaba eso ahora, si llevaba oyéndolo toda su vida adulta y siempre lo había encontrado gracioso y lo había tranquilizado? Sus atractivas nuca, sus bíceps y su pelo lo turbaron un poco.

Graham se inclinó hacia delante, encantador, un tanto diabólico iluminado desde abajo por la vela; puso una mano sobre la que Johnny tenía encima de la mesa y, disimuladamente, dejó en ella un paquetito de papel film que apenas pesaba nada, como el paquetito de papel azul donde iba la sal de las patatas fritas de su infancia. «Está buenísimo —dijo Graham y, sorprendido por la inocencia de Johnny, añadió—: ¡Venga, guárdatelo!»

—En mi época se tomaba en pastillas —dijo Johnny.

—Sí, pero esto es mejor —dijo Graham buscando al camarero—. No te lo tomes todo de golpe, por el amor de Dios. Ahí tienes para siete u ocho dosis.

—Vale —dijo Johnny—, muchas gracias. —Cuando pagaron la cuenta y salieron a la calle, comprendió el alcance de su confiada incompetencia y pensó que quizá fuese mejor devolverle aquel paquete a Graham y parar un taxi. Graham lo entendería.

Fueron a pie a la discoteca, que estaba a cinco minutos y que no era un edificio, sino simplemente una puerta señalada con un cordón que daba a un vestíbulo desde donde se bajaba por una escalera. «No tienes ni idea de adónde conduce esa puerta», dijo Graham, y Johnny replicó: «Bueno, me lo imagino.» En la cola reinaba un ambiente inesperadamente estimulante y a Johnny no le importó esperar: se adaptó con una especie de tímida curiosidad a la actitud de aquellos hombres, mucho más jóvenes, que no paraban de moverse delante de él y que se amontonaban rápidamente detrás. Vio su reflejo y el de Graham en el escaparate oscuro de la tienda que tenían al lado, como si fueran dos personas más con las que, sorprendentemente, tenían relación: Graham con su cazadora de cuero, Johnny con su viejo abrigo, con

el cuello levantado. Recordaba aquella rutina inexorable: recién llegados que se acercaban a grandes zancadas o que salían de los taxis, gritos y besos. Había hombres que estaban serios y callados, como si reservaran sus fuerzas para lo que sabían que iba a ser una noche larga y exigente; se diría que se obligaban a sí mismos a cumplir una tarea desalentadora. Graham y él siguieron hablando en voz baja, pero Johnny notaba cierta tensión en las tripas y, cuando la cola empezó a avanzar, se alegró de estar ya un poco ebrio. En el vestíbulo, se abrió una puerta y oyeron la música que salía de las profundidades, reducida por efecto de la distancia a un retumbar acelerado y amenazador. Pagaron en una ventanilla, doce libras, y Johnny miró con aprensión al joven encargado de vender las entradas, que le sonrió y no pareció fijarse en su edad ¿o fue una sonrisa demasiado insistente, una señal de preocupación o de regodeo al ver a una persona de edad tan avanzada? Inmediatamente le quitaron la entrada de la mano y le estamparon un tampón en el dorso que le dejó un emblema ilegible marcado con tinta negra.

Bajaron por la escalera, enorme y cuadrada, y el estruendo de la música siguió aumentando, como una aburrida amenaza, el ruido del placer de otros. Cuando abrieron la puerta que daba al bar, los golpeó de lleno, pero entonces distinguieron una melodía por encima del ritmo pulsante y atronador. Ya había una masa de gente enardecida, desenfrenada, bailando al ritmo de la música, cuando Johnny todavía no se había quitado ni el abrigo; mientras esperaba con Graham en la cola del guardarropa, se preguntó si realmente le apetecía ponerse a brincar. La zona intermedia de la discoteca, que estaba tres plantas por debajo del nivel de la calle, estaba totalmente a oscuras y unas luces multicolores giraban sin parar y se deslizaban por los hombros desnudos y los atractivos rostros de los hombres que circulaban por allí o formaban pequeños grupos. Johnny volvió a sentir aquel miedo de los dieciséis años: el miedo a perder de vista a Graham, el miedo a que su amigo se enrollara con otro y lo dejara a él más solo que nunca en medio de aquella multitud extraña. «Por el amor de Dios —pensó—, tienes una hija, eres miembro de la junta de la Real Sociedad de Retratistas, tienes una casa enorme en Fulham.» Entregó su abrigo, su bufanda y su jersey; salió con el tique en la mano y se estremeció al pasar por delante del enorme aparato de aire acondicionado. A decir verdad, antes, en su casa, había intentado, un tanto asombrado de sí mismo, parecer sexi, recuperar una versión más joven

de sí mismo: vaqueros ceñidos y gastados, una camiseta desteñida serigrafiada por él mismo... Era una misión cuestionable, pero quizá valiera la pena. Aquellos dos hombres atractivos que habían visto en el restaurante pasaron a su lado y los miraron y en sus caras se reflejó fugazmente la duda de si se conocían y esbozaron una sonrisa que inmediatamente dedicaron a algún otro objeto que mereciera más la pena; esa sonrisa también era cuestionable. Graham lo llevó al bar con paso enérgico.

Más tarde, en los lavabos, con su botella de Corona y su paquetito de polvo cristalino, vio una imagen más dura de sí mismo, como si se observara a través de una cámara de seguridad: temerario, ridículo. ¿Y si se derrumbaba en la pista de baile y se moría? ¿Qué diría su padre, qué les contaría a sus amigos cuando la noticia apareciera en *The Telegraph*? Durante un instante, creyó ver a su padre flotando como un genio por encima del estrecho cubículo de paredes negras. Johnny se chupó la yema del dedo, la introdujo en el paquete y volvió a chupársela; notó el sabor amargo y auténtico de los gránulos e inmediatamente dio un par de sorbos de cerveza. Abrió la puerta con una firmeza y una sensación de alivio inesperadas y regresó al bar.

Encontró a Graham hablando con un rubio enorme que iba sin camisa; tenía un torso formidable cubierto de tatuajes, espadas y engranajes, celtas pero industriales, y una leyenda de una punta a otra del pecho, con una letra tan sofisticada que tenía que descifrarla: «Si quieres, puedes.» Ah, bueno, pensó Johnny. Estaban en fases diferentes: Graham, de pie con su copa, como quien acaba de llegar a una fiesta, mientras el rubio, con los ojos dilatados y sin parar de mover la mandíbula lo manoseaba por todas partes. «Te presento a Billy, Johnny», dijo Graham, y Johnny no pudo evitarlo: Billy tiró de él y lo besó y luego le puso el brazo izquierdo sobre los hombros con gesto protector; tenía una piel tibia y sedosa y Johnny lo rodeó por la cintura, donde la mano se le adhirió un poco, mientras se mecía al ritmo de la música. «¿Te lo pasas bien?», le preguntó Billy. «Sí, creo que sí», contestó Johnny. Billy volvió a besarlo y lo atrajo hacia sí, pero de pronto gritó y levantó un brazo por encima de la cabeza de Johnny para saludar a otro joven enorme y atractivo y, al cabo de un instante, se marchó, dejando que otro hombre tirara de él, pero inclinándose hacia atrás para besar a Graham. «¡Nos vemos luego!», dijo antes de perderse y ser arrastrado hacia la pista de baile. «¿De qué conoces a Billy?», preguntó Johnny, y Graham sonrió y le contestó: «No

lo había visto en mi vida.»

Mientras esperaba, el cansancio empezó hacer mella en él; la música, que todos parecían conocer y amar, le pedía a él algo imposible, y alguien lo miraba por encima del hombro de Graham, ¿sería algún conocido, el hijo de algún amigo? ¿El nieto de algún amigo? No era uno de sus modelos, de eso sí estaba seguro. El hombre pasó de largo, se dio la vuelta y miró a Johnny con los ojos entrecerrados, le dijo algo al chico que estaba con él, dudó un momento y dio media vuelta:

—¡Hola, señor Sparsholt! —Johnny lo miró fijamente: era flaco, moreno, pijo, guapo pero no excesivamente, con las pupilas dilatadas por efecto de alguna sustancia química—. ¡Soy Tim! ¿Se acuerda de mí? Iba a casarme con Lucy...

—Ah, hola, Tim —dijo Johnny y, entonces, lo entendió, mientras el chico le estrechaba la mano y le daba dos besos.

—¡Es el señor Sparsholt! —le dijo Tim a su amigo.

Era así como lo llamaba cuando Johnny llevaba a Lucy a su casa a jugar con él o cuando Tim iba a la suya. A los ocho años le había propuesto matrimonio a Lucy, pero era evidente que, en algún momento de los veinte años posteriores, se lo había pensado mejor. Ahora solo llevaba unos pantalones cortos y unas zapatillas de deporte e iba cogido de la mano de un joven inquieto que ya tiraba de él hacia la pista de baile y que también tenía algo tatuado en el pecho, con forma de collar, con una caligrafía fluida: «No hay fracasos, solo decisiones»; bueno, aquel tampoco estaba nada mal. Johnny lo siguió con la mirada, le explicó a Graham quién era y notó que sus pies se movían furtivamente y que una energía ascendía sin esfuerzo por sus piernas; movió la cabeza al ritmo de la música y, llevado por corrientes invisibles, levantó el brazo derecho y lo agitó en el aire. Sabía que se colocaba con muy poco: en los viejos tiempos, cuando salían de marcha podía bailar toda la noche con solo media pastilla. Aquello era mucho más rápido que una pastilla, ya empezaba a notar cómo lo impulsaba al tiempo que le hacía tambalearse. Era maravilloso, absurdo pero maravilloso, demasiado para lo que él tenía a mano, y, por tanto, también acarreaba cierto pesar, pero, pese a eso, no podía parar de sonreír. «¿Bailamos?», dijo, y se abrieron paso hasta el borde de la pista de baile. Graham movía los hombros, miraba alrededor, todavía no estaba colocado, pero imitaba los gestos

repentinamente desinhibidos de Johnny. Era fabuloso moverse sin pensar, rodeado por los otros, sentirse aceptado. Graham le tocó un brazo, le dio un chicle, un trago de agua. «No está nada mal, ¿eh?» Se oyeron los primeros compases de una canción que todos conocían: al principio solo se intuyeron y los obligaron a esperar, atentos a la cuenta atrás, todas las caras vueltas hacia la cabina del D.J. Johnny rió y sacudió la cabeza y, cuando empezó a sonar la canción, apuntó hacia el techo con un dedo.

Más tarde se quedó mirando a un hombre que bailaba con sus amigos; al principio le llamaron la atención su belleza y su corrección, el largo cuello, la cara más tensa pero alargada por la calvicie; pero sí, debía de ser Mark, le sonrió, radiante, y Mark también lo vio a él y se acercó sonriendo: la camisa metida por debajo del cinturón, unas bandas de cuero alrededor de los bíceps, los músculos bien mantenidos de un hombre de cincuenta años y un único tatuaje, pequeño, de hacía treinta años en el brazo izquierdo, justo debajo del hombro: una rosa que Johnny frotó con los dedos, con el pulpejo de la mano, mágica, como si comprobara su realidad. Era más conmovedora y más agradable de lo que él habría podido explicar, y Mark, que seguramente ya no se acordaba de ella, giró un poco el hombro para verla y luego miró a Johnny con aquella sonrisa tan pícaro y graciosa. Cogió de la mano a Johnny, que volvió la cabeza y miró a Graham, y su amigo le hizo una señal afirmativa y sonrió, radiante; Mark le cogió entonces las dos manos y se pusieron a bailar.

Había preguntas que Johnny descartó antes de formularles: ¿hacía veinte años que Mark frecuentaba aquellos ambientes, los había necesitado todo ese tiempo, le gustaban, o para él aquello también era una aventura nostálgica? Johnny ya sabía la respuesta y Mark lo sujetaba por los hombros y, feliz, hacía un comentario incoherente tras otro: recuerdos inconexos y datos sobre las personas con las que había ido allí y sobre lo que había hecho hacía unas horas, todo mezclado y en desorden: iba muy colocado. Y Johnny se dejó llevar, conmovido y hechizado por las tonterías que decía Mark. Bailaron con otro hombre, Max, que vestía ropa de cuero, abrazados por los hombros y por la cintura; Max perdió el ritmo al sacar su teléfono móvil e intentar descifrar un mensaje de texto y, durante un par de minutos, con la mandíbula dislocada y las pupilas negras como un pozo, intentó enviar una respuesta. El teléfono sugería una predicción tras otra cada vez que él se equivocaba de tecla. Johnny le ofreció ayuda, lo que resultaba francamente cómico, pero no hizo

falta, porque entonces el amigo a quien Max intentaba responder, un negro muy alto que llevaba en las manos varias botellas de agua y Lucozade, se abrió paso entre la gente que tenían alrededor y llegó hasta ellos; el mensaje decía «Smirnoff y redbull». El negro se llamaba Arnold y bromeó un poco con Johnny hasta que alguien más lo reclamó. A su alrededor, bajo las luces de colores en continuo movimiento, hombres a los que Johnny doblaba la edad bailaban haciendo girar los hombros, levantando las manos y apuntando con el dedo. Johnny veía de vez en cuando, entre ellos, alguna cabeza calva o canosa, representantes de su generación, y eso lo preocupó durante un instante, pero rápidamente se alegró, porque algunos parecían mayores que él. Al cabo de un rato, Mark le hizo una cariñosa llave de cabeza que significaba que quería hablar con él y volvió a preguntarle: «¿Con quién estás?» Johnny miró hacia atrás y le respondió: «Bueno, he venido con Graham» y, cuando Mark le deslizó la mano por el brazo y entrelazó los dedos con los suyos, con ternura pero con fuerza, se preguntó si aquella pregunta contenía algo más, si existía un hilo finísimo pero duradero que abarcara un periodo de tiempo mucho más extenso que el que cabía bajo el techo luminiscente de la discoteca. Bailó un rato con las manos sobre los hombros de Mark, mientras este lo sujetaba con un brazo por la cintura sin apretarlo y sonriéndole a él y, por encima de su cabeza, sonriéndole a Arnold, a quien al cabo de un momento tendió la otra mano para atraerlo hacia el círculo. Arnold no se había quitado la camisa y observaba el lugar y a la gente con una sonrisa irónica; era difícil saber si él también estaba colocado. «¿Cuánto hace que conoces a Mark?», le preguntó. «¡Treinta años!», contestó Johnny. «Hmmm, tendré que pedirle que me lo cuente todo sobre ti», dijo Arnold. «¿Y tú?», le preguntó Johnny apuntando con la barbilla a Mark, que les sonreía, ausente, desde su túnel de placer, aunque con una mano seguía sujetando a Johnny por la nuca. Arnold levantó tres dedos y, entonces, con uno de aquellos irónicos y refinados gestos suyos, le levantó la otra mano a Mark y le mostró a Johnny las alianzas idénticas que llevaban.

Johnny necesitaba ir al servicio; les preguntó a varias personas dónde estaba y pasó al lado de Graham, que estaba en el bar hablando con otros dos hombres («¿No bailas?»). Graham lo abrazó y le dijo: «¡Vamos dentro de cinco minutos!» Mientras hacía cola, se vio en el espejo, una figura con gesto de perplejidad, los ojos muy abiertos, las mejillas coloradas, la simple mata

de pelo gris entre las cabezas de pelo muy corto o rasuradas de los jóvenes que se apretujaban detrás de él o salían caminando de lado, pero él ya no podía hacer nada, así que se lanzó a sí mismo una sonrisa seductora, con lo que se ganó un «¿Todo bien?» del simpático oriental que lo empujaba por detrás, y se acercó al urinario. Unos minutos más tarde, volvió a salir con un extraño contoneo y fue a buscar a sus amigos.

Creía saber el camino de regreso a través de la densa multitud que había invadido el bar y que formaba colonias reservadas cuyos miembros tenían que hablarse a gritos en cada rincón y cada recoveco de la planta subterránea. Durante un largo minuto volvió a asaltarle la temida angustia de la soledad: estaba completamente ciego y no tenía a nadie a quien abrazarse ni con quien hablar. Era como una especie de dolor en los brazos. Fue a la barra y se compró agua, pero Graham ya no estaba allí. Volvió a acercarse a la pista de baile y empezó a moverse al compás de la música, mirando alrededor y aparentando desinterés por la gente de la que solo veía destellos y sombras, como si estuviera bajo el agua, y a la que él le pasaba prácticamente desapercibido. No encontraba ni a Graham ni a Mark; le pareció ver asomar un par de cabezas calvas, pero en los siguientes segundos de luz comprobó que no eran ellos. Ahora había un joven moreno apretado contra él: le dijo algo al oído y fueron hasta el centro de la pista de baile cogidos de la mano; una vez allí, el joven se echó hacia atrás para asegurarse un poco de terreno y exhibirse bailando con Johnny. Por un momento, Johnny pensó que se estaba burlando de él. Era delgado y tenía unos grandes ojos, la nariz larga, y una sonrisa que solo se desdibujaba cuando se perdía en su trance para volver a mirar a Johnny a los ojos y abrazarse a él mientras bailaban. La música que estaba sonando ya no era tan rápida y a su alrededor otros hombres bailaban abrazados y frotaban sus cuerpos, sonriendo y moviendo la cabeza como los perritos articulados de los coches, mirándose el uno al otro y mirando a sus vecinos, todos sumidos en la misma oleada absurda de emoción. «¿Cómo te llamas?», le preguntó su amigo. Johnny le contestó y vio que su nombre pasaba de largo, como si lo arrastraran aquellas luces pulsantes. El chico se le acercó otra vez, titubeó sin decidirse a formular una pregunta difícil y le dijo al oído lo que Johnny interpretó como «Yo me llamo Zay» y volvió a echarse hacia atrás asintiendo con la cabeza, reafirmando su declaración y al mismo tiempo siguiendo el ritmo de la música, sin soltarle las manos a Johnny.

«Zay...», repitió Johnny, sonriente, y se deleitó con su ternura y con la firmeza de sus manos. El chico se acercó a él otra vez, para dejarlo bien claro, hizo una pausa y dijo exactamente lo mismo que había dicho antes, solo que esta vez tiró del antebrazo de Johnny y, con el dedo, trazó en él una Z; luego deslizó la mano por el brazo hasta entrelazarla de nuevo con la de Johnny. A «¡Z!», por lo visto, un par de personas que estaban cerca de ellos lo conocían y le hacían comentarios de los que él se reía tanto si los había oído como si no, o se limitaban a estirar una mano y tocarle un brazo o la nuca, y le preguntaban a Johnny cómo se llamaban y lo tocaban y lo besaban a él también. «¿Cómo te llamas?» Johnny se lo decía y vio que Z prestaba atención para asegurarse. Volvieron a bailar pegados y, sin pensarlo, Johnny tomó posesión del cuerpo del chico, con su empapada camiseta de tirantes negra: lo abrazó por la cintura y metió las yemas de los dedos por la cinturilla de sus vaqueros. Era delicioso acariciar el tibio y sedoso vello de la raya de su culo y, evidentemente, aunque Z tenía un teléfono móvil en un bolsillo delantero y una botella de agua en el otro, Johnny notaba su incipiente erección cuando se frotaba contra él y lo empujaba, aunque no se hicieron ningún comentario lascivo, ni dijeron nada que sugiriera que Z fuera consciente siquiera de su propia excitación; Johnny, por su parte, estaba demasiado afectado por el éxtasis y, además, quizá fuera demasiado mayor como para reaccionar de forma tan instintiva. Tenía ganas de besar a Z, pero incluso allí se imponía una especie de delicadeza, un decoro, en medio de tanta gente a la que él no conocía pero Z sí. La mano que entonces le tocó la nuca era la de Mark, que estaba detrás de él con Arnold, todavía muy elegante con su camisa, sonriendo tímidamente y arqueando una ceja: seguían allí, todo seguía igual, así era como ellos hacían las cosas, nadie se planteaba marcharse. Johnny atrajo a Z hacia sí, no quería perderlo, y todos se saludaron; Mark, que no paraba de moverse, corpulento y atractivo, los hizo acercarse y metió la yema del dedo meñique en una bolsita que tenía y luego se la metió en la boca a Johnny, que sonreía. No se molestó en preguntar qué era, estaba tan amargo que frunció toda la cara, y Z se rió y le dio agua. Arnold se inclinó hacia Johnny y dijo: «¡Bueno, veo que te lo pasas bien!», y se echó hacia atrás y siguió con su danza minimalista, ligeramente paródica, mientras Mark sonreía y movía ambas manos hacia arriba y hacia abajo como si se abanicara; luego cogió el bajo de la camiseta de Johnny y lo levantó destapándole la barriga. Johnny lo miraba fijamente, se retorció y se resistía,

pero al cabo de un momento estaba con el pecho al aire, los brazos levantados, el pelo hacia atrás, y, con ayuda de Z, se metió la camiseta en la cinturilla de los vaqueros. La corriente de aire que generaba el ventilador del techo, el entrechocar de los cuerpos, la armonía con todos aquellos hombres medio desnudos... era todo fascinante, un renacimiento. Vio que un par de miradas se fijaban en él con curiosidad y él también miró hacia abajo, se miró a sí mismo, sin saber muy bien qué iba a ver, mientras Mark le apoyaba una gran mano absolutoria en el vientre. Pero Z lo reclamaba para él, no le importaban demasiado aquellos nuevos amigos, más antiguos que él; Johnny se dejó arrastrar, puso cara de resignación y miró hacia atrás, pero como aquello no era una despedida, todos contentos.

Z lo guiaba hacia algún sitio; pasaron por debajo de un arco y llegaron a una zona que Johnny todavía no había visto. ¿Sería otra pista de baile? La música era diferente, la gente también... Estaba completamente perdido, rodeado de cuerpos que lo empujaban o que le cerraban el paso, pero la mano de Z, firme y caliente, seguía asiendo la suya y apretándose cada vez más fuerte, dejando claro que estaba allí para protegerlo, que no pensaba soltarlo. En aquella parte de la discoteca había unas estructuras que parecían camas y, aunque no quedaba sitio, Z entró con él allí y se apoyaron contra una pared, medio sentados y medio tumbados, abrazados. «Ya habías venido aquí, ¿no?», dijo Z, y Johnny negó con la cabeza. «¿De dónde eres?», le preguntó. «¿Yo? ¡De Brasil!», contestó Z, y miró alrededor. «¡Todos estos chicos son de Brasil!» «Ah, sí...», dijo Johnny. Era genial haber bajado a otro país, un pequeño Brasil subterráneo... «¿Has estado en Brasil?» Johnny dijo que no con la cabeza, cambió de postura y se abrazó más a él. «No he estado nunca en Sudamérica.» «¡Pues vamos! —dijo Z—. ¡Ven conmigo!» «Gracias», dijo Johnny, riendo, y quizá a Z le ofendiera su risa, porque se puso serio. «Me parece que ese chico te conoce», dijo, y Johnny tardó un poco en darse cuenta de que Graham estaba allí. «¡Me voy!», dijo Graham; se arrodilló, le dio un beso y le dijo al oído: «¡Ya veo que te dejo en buenas manos!», y, con la mano izquierda, estrechó la derecha de Z. Aun así, Johnny se quedó preocupado: ¿y Graham?, ¿estaba bien? Su escolta se marchaba ya y le daba a entender que se resignaba a haberlo perdido, aunque, al mismo tiempo, le insinuaba que eso era exactamente lo que se había propuesto. Johnny sintió el bochorno tolerable de quien se ha dejado cuidar con cariño y reconoce su

necesidad solo una vez satisfecha. Vio que Graham le daba la mano a un negro muy alto y se perdía con él en la oscuridad de aquel desfile incesante, y feliz, al fin y al cabo, de ver que su amigo también había conocido a alguien, se acurrucó con la pierna derecha de Z entre las suyas. Hacía tiempo que no pasaba una noche tan maravillosa y, hasta ese momento no se había parado a pensar qué era eso que le había impedido salir y, al recordar la pena que había sentido durante todo un año, aunque ya solo era un reflejo o un eco, se apretó más contra Z y contempló su rostro extranjero y sonrió, con el inexplicable convencimiento de que era suyo.

Z tenía una mano en la nuca de Johnny; lo miraba fijamente, de forma casi dolorosa. «Me encanta tu pelo.» «Gracias...», dijo Johnny, sin olvidar que cabía la posibilidad de que se estuviera burlando de él. No conocía de nada a Z, ni sabía qué cosas encontraba graciosas. Z le pasó las manos por el pelo, con suavidad pero también con avidez. «Me encantan las canas.» Estaba embelesado; le acercó los labios al oído y le preguntó: «¿Es natural?» Johnny le juró que sí. Cerró los ojos, se besaron, sujetándose con fuerza el uno al otro, y sus labios se movían a la vez con una pasión que Johnny pensó, con una nota de tristeza, que raramente había sentido con Pat (la vehemente invasión de la boca del amante, que la lengua, ciega, le describía al cerebro), quizá nunca. Cuando se echó hacia atrás y miró hacia arriba, vio a los otros hombres a su alrededor; algunos observaban, con esa mirada extasiada pero no invasiva de los drogados, una escena privada que se desarrollaba en medio de un lugar público con total impunidad. Rodeaba con un brazo a Z por debajo de la camiseta de tirantes y la tibieza de su piel era exquisita, pero, de alguna forma, estaba desprovista de connotación sexual. Johnny tenía la impresión de que habría podido seguir indefinidamente con aquellos divinos preliminares, pero entonces Z cogió la mano de Johnny y se la puso entre las piernas.

—¿Quieres ir a los lavabos?

—No, no hace falta, gracias —contestó Johnny. Le acarició el cuello y, con el pulgar, trazó letras o pequeños círculos detrás de su oreja. Pero Z empezó a frotarse con la mano cautiva de Johnny y este, vergonzoso y educado, pero también entregándose a las maravillosas corrientes de la noche, se incorporó y se fue con él, tambaleándose un poco al principio y esquivando las botellas de plástico que había esparcidas por el suelo, a hacer

algo todavía no revelado en los lavabos.

Había bastante gente esperando, pero Z se coló y se puso al frente, detrás de otros brasileños a los que conocía y a los que presentó a Johnny, pero los chicos iban demasiado ciegos como para sorprenderse o interesarse mucho por él y siguieron farfullando en su idioma. Por un reflejo defensivo (de nuevo, unos fugaces segundos de timidez), Johnny sacó su teléfono móvil, aunque, en su considerable estado de embriaguez, le costó trabajo hacerlo funcionar; además, una loca de color se paseaba arriba y abajo gritando «¡Daos prisa! ¡Daos prisa! ¡Prohibido follar en el váter!», golpeando las puertas cerradas; al otro lado se oían voces y, de vez en cuando, se abría alguna y del cubículo salían dos personas y entraban otras dos o tres. Intentó introducir la contraseña dos veces. «¡Vamos!», dijo Z, y Johnny entró con él y entonces notó un zumbido en la palma de la mano: tenía varios mensajes en el buzón de voz y también mensajes de texto; sonriendo y moviendo la mandíbula, le pareció conmovedor y al mismo tiempo muy remoto, casi irreal: Ivan, Pete G., Lucy... Todos le habían escrito. Z lo empujó hacia dentro y echó el pestillo de la puerta para impedir que se colara el chico que iba detrás de ellos. Lucy le había mandado un mensaje a las 12.27, hacía tres horas, y él no se había enterado. Las letras, infladas, formaban palabras melosas y Johnny creyó descifrar una broma, un comentario simpático, aunque no acababa de entenderlo... David... ¿qué?

—¿Qué pasa? —preguntó Z mirándolo con la cabeza ladeada.

El impacto, extraño y amortiguado; las sustancias químicas, imparables, danzaban y sonreían en su cerebro mientras la garganta se cerraba ante la necesidad de tomar una decisión.

—Malas noticias —dijo Johnny, pero todavía en un tono íntimo, confidencial, al oído, como llevaba un rato hablando; sin darse cuenta, volvió a rodear la cintura de Z con una mano. Dejó que el chico le quitara el teléfono y leyera el mensaje. «Papá, siento muchííííísimoooo lo de David. Te quierooooo. Besos.» «Mi padre —dijo Johnny—. No sé...» Z vio que tenía mensajes de voz y le acercó el teléfono a la oreja. Era una mujer: Johnny la oía con una claridad extraña, privada y a la vez impersonal, con el rugido de otras voces al otro lado de la puerta, la música de la discoteca retumbando a lo lejos y aquella reinona chillando «¡Venga, guapos! ¡Desfilando! ¡Prohibido hacer guarrerías en el váter!». «Hola, Jonathan. Tu padre ha fallecido. Tenía

ochenta y nueve años. Lo siento mucho. Ya te volveré a llamar.» Unos ruidos antes de colgar, y luego: «Soy June, supongo que ya te has enterado.» Intentó darle la mano a Pat, que estaba apoyado en un arco un poco más allá y un poco por encima de la masa de desconocidos; pero Pat *ya se había ido*, y Johnny sintió que esa frase era otra sala de la discoteca, mucho más profunda y oscura, una infinidad de gente, y solo los que estaban más cerca del borde, muy cerca del umbral, se distinguían fugazmente antes de fundirse con aquella masa.

Volvieron al bar; ahora Z estaba un poco preocupado, pero se mostró encantador, lo que sorprendió a Johnny. Mientras esperaban en el guardarropa, Johnny leyó con dificultad los otros mensajes: Pete Grey con buenas noticias sobre una exposición; Ivan ya estaba al corriente, como si se hubiera enterado por telepatía: «Siento mucho lo de tu padre. Te llamo mañana.» Él escribiría la necrológica para *The Telegraph*, claro. De pronto, pensar que su padre volvería a salir en los periódicos amenazó con agravar la crisis, que Johnny ya sentía formarse y acercarse, como un escuadrón de aviones todavía silenciosos e invisibles en las profundidades de la noche. Todavía no debía de saberlo nadie. Entonces volvió a escuchar el mensaje de June, el duro reproche que contenía, y también una inquietud respecto al futuro, que ella, igual que Johnny, contemplaba desde hacía tiempo. Avanzaron dando traspiés hacía la salida; allí, la música del piso de abajo llegaba en leves ráfagas a través de las puertas que se abrían y cerraban, todavía entraba gente y otros salían a prolongar la locura artificial de la noche. Por la puerta que daba a la calle, que ahora tenían delante, durante un instante balsámico, se colaba el aire nocturno del mes de enero, a las cuatro de la madrugada y, después, cuando se quedaron un momento allí plantados, aturdidos, ese aire le pareció demasiado frío para su cuerpo acalorado. El vigilante de seguridad, vestido de negro, montaba guardia.

Z lo acompañó hasta donde estaban los taxis. «¿Quieres que vaya?»; él todavía estaba embriagado, no había recibido una mala noticia, y la energía y el amor que te proporcionaba la droga todavía lo llenaba y lo absorbía. «Ah, no, tranquilo.» Z temblaba con su camiseta de tirantes y abrazaba a Johnny por debajo del abrigo que lo mantenía caliente, tambaleándose y aturdido, mientras él hablaba con el vigilante de seguridad y luego con el taxista, resistiéndose a soltarlo. Entonces dijo «Voy contigo» y entró otra vez en la

discoteca; el vigilante de seguridad se impacientó y Johnny permaneció allí plantado esperando a que volviera Z, incapaz de explicar nada. En el asiento trasero del taxi, cada uno percibía la crisis a su manera; Z iba mirando al frente, pero no le soltaba la mano a Johnny. Era el único agarre firme y cálido de la noche, la alianza inconsciente de sentimiento, y Johnny la sentía flotar por encima de la conciencia de que había algo terrible y trascendental que todavía no había sentido. Estaba sediento y el taxista le dio una botella de agua; era un anciano negro cuya opinión sobre los desgraciados que recogía, noche tras noche, de la puerta de las discotecas se ocultaba tras unas gafas de cristales oscuros y un sentido del humor lacónico. «Lo hemos pasado bien, ¿verdad?» Z no trataba al taxista con mucho respeto y Johnny, un hombre de sesenta años que no frecuentaba mucho aquellos ambientes, intentó mostrarse sobrio mientras Z le reservaba a él toda su amabilidad. «Ya verás, ahora iremos a tu casa», dijo Z.

«Vaya noche —comentó Johnny estrechándole la mano a Z—. Gracias.»

Cincuenta libras más tarde estaban en la cocina; Z entró en el taller a curiosear un poco. ¿Y por qué estaban allí? Johnny no podía hacer nada, no podía hablar con nadie hasta pasadas cuatro o cinco horas. Z regresó, lo abrazó y apoyó la cabeza en su hombro y entonces empezó a besarlo. Pero se tomaron una taza de té y luego una Pepsi, porque Z creía que te ayudaba a bajar el colocón y luego le dieron una calada, solo una calada, a un porrito que Z llevaba en la cartera. «Mañana tendré que ir a Nuneaton, bueno, hoy. —La frase ascendió débilmente por la penumbra de la orientación norte del taller—. Se ha muerto mi padre.»

«Si, es muy triste —dijo Z, y le dio la mano—. Es muy triste para ti.»

Johnny lo miró a los ojos con sincera tristeza. «Voy a ducharme», dijo, y subió al cuarto de baño sin saber si quería que Z lo siguiera. Se alegró cuando vio que Z subía detrás de él; apartó la cortina, Z entró en la ducha y se abrazó a él y, ahogando un sollozo, Johnny se aferró a su cuerpo bajo el chorro de agua.

Al día siguiente, por la tarde, Johnny hizo como tantas veces el viaje en tren de Euston a Nuneaton, una hora y diez minutos donde cabía medio siglo. Durante años, había ido en coche a hacer aquellas contadas visitas suyas, pero ese día no estaba en condiciones para conducir: no había dormido, tenía los ojos hinchados e irritados y todavía le silbaban los oídos. Era como al principio de ir a vivir a Londres, mucho antes del Cortina rojo o del Volvo, cuando volvía a casa en tren por Navidad, un año a Warwickshire y el siguiente a Somerset. Ahora, de pronto, por fin era huérfano; volvió a sentir la pérdida de su madre, abrumado por la ineludible conciencia, ahora ya demasiado familiar, de que la muerte lo había tocado muy de cerca y de que había cosas que era inevitable hacer. Se hundió un poco en el asiento, vio su cara demacrada, su gesto de aprehensión, reflejados en la pantalla negra del ordenador portátil antes de encenderlo y sonar aquel acorde optimista antes de aparecer la fotografía de Pat y él en Granada, con un marco ondulado de estuco blanco: otra vida, una vida desconocida para aquellos excursionistas que viajaban en el tren con sus mochilas, para la pareja que volvía de ver un espectáculo en la ciudad, para los estudiantes conectados a sus *smartphones*, para los padres de los niños que iban y venían por el pasillo, todos ajenos al hecho de que, entre ellos, había un hombre cuyo padre había fallecido la noche anterior.

Revisó la bandeja de entrada del correo y vio que no había ninguno nuevo; luego hizo una búsqueda en Google y comprobó que la noticia todavía dormía; le pareció lógico, pues era un domingo de invierno. Miró por la ventana y viajó a toda velocidad hacia su infancia, sintió el vértigo de un centenar de paisajes que casi había olvidado, en una rápida secuencia que recordaba vagamente: almacén, depuradora, granero herrumbroso, la torre de ladrillo de un Tesco de las afueras. Y otras pruebas extrañas, que el bosque solo revelaba en invierno: un estanque redondo y vallado, dos tiendas de campaña azules, una caseta alargada de misteriosa función, con el tejado cubierto de musgo y hojas secas, todo del color de las hojas secas.

Hizo otra búsqueda en Google y esta vez la noticia ya aparecía en el *Coventry Telegraph*. Sintió angustia al ver el nombre de su padre en los titulares y avanzó leyendo en diagonal por el artículo, un burdo corta y pega de citas y fragmentos antiguos y fotografías ampliadas. «David Sparsholt durante su proceso judicial»: ante todo había sido un suceso de ámbito local.

Su nombre también aparecía, al final: «Es pintor y vive en Londres.» Ese día estaba paranoico, pero sintió rechazo en esa frase de cadencias provincianas. Mencionaban el divorcio de David y Connie y, en ese instante, Johnny volvió sentir la presencia casi palpable de su madre. Ella lo había dejado, por supuesto. Después había disfrutado de treinta años de tranquilidad con Barry en Bridgwater, después de que David le destrozara públicamente la vida. Se convirtió en Connie Jefferies, otra persona, algo que su exmarido nunca conseguiría por mucho que se esforzara.

Entonces aparecieron aquellos montones de estiércol en los que crecía la hierba, que semejaban montañas coronadas de vegetación de una isla caribeña, exóticas señales de que se acercaba a su casa, y al cabo de un momento anunciaron que la siguiente parada era Nuneaton.

Cuando llegó a la estación, cogió un taxi para ir hasta la casa. El taxista era un sij joven y simpático y, al principio, su conversación estaba tan desconectada de los sentimientos de Johnny, de lo que estaba haciendo y de lo que se avecinaba, que se sumergió en ella, agradecido, y eso lo puso de buen humor. «No, yo crecí aquí», admitió; entonces, ¿tenía familia en Nuneaton? Johnny observó el perfil del joven, el mentón cubierto de una suave barba, y sonrió con melancolía; en ese momento se dio cuenta de que el taxista le hablaba mirándolo por el espejo retrovisor y sus miradas se encontraron, pero no estaba bien cargarle con todo a un chico que solo hacía su trabajo. «Mi madrastra todavía vive aquí», dijo, una respuesta diplomática para ambos, y volvió a notar aquella opresión en la garganta. Entraron en Weddington Avenue. «Es un buen barrio», comentó el taxista. «Es la última casa de la izquierda», le indicó Johnny, y la aprensión que le producía pensar que iba a ver a June se incrementó, de pronto, cuando vio los abetos, los postes de ladrillo de la verja, la luz encendida del salón. El taxista redujo la velocidad, por respeto, al llegar al camino y, como si el coche dejara su propia estela, la grava apenas crujió suavemente.

¿Todavía tenía llave de la casa? Desde luego no la llevaba encima. Hasta June la llamaba «su casa» cuando lo invitaba a ir a visitarlos; sin embargo, se quedó con la bolsa en el porche y, cuando el taxista se marchó, llamó al timbre.

June le abrió la puerta: menuda, perfecta, ni rastro de una sonrisa. Johnny entró, dejó la bolsa en el suelo, la besó en la mejilla antes de pensar cómo iba

a saludarla. «Lo siento mucho», dijo. Se quedaron hablando, tensos, en el recibidor; ese día Johnny percibía claramente que aquella era la casa de June. Enseguida se dio cuenta de que no debía observar nada con curiosidad, ni siquiera con cariño, para que ella no lo interpretara mal, como ironía o posesividad. Los primeros efectos de las drogas ya habían remitido, pero Johnny todavía estaba colocado, veía a través y alrededor de las cosas con velocidad y sentimiento intuitivos; quizá viera más de la cuenta. Todavía no habían hablado de eso, pero él suponía que su padre se lo había dejado todo a ella.

La casa conservaba las pruebas de la existencia de su padre, lo que lógicamente no debería haberlo sorprendido. En el aseo de la planta baja había unas barras a ambos lados del váter; en el salón, un sillón articulado, horrible, un intruso desproporcionado entre los muebles de roble y las cretonas; encima de la mesita del salón, una lupa rectangular. «He guardado unas cuantas cosas», dijo June. Mientras hablaba con ella, Johnny omitió un año de historia, o más, en aquellas primeras miradas educadas, e intentó averiguar cómo se estaba tomando ella las cosas. Cinco minutos más tarde, cuando se quedó mirando las fotografías de la repisa de la chimenea, se llevó una sorpresa al ver cómo se las estaba tomando él: su padre con uniforme y con la sonrisa invulnerable del éxito temprano, un hombre a quien Johnny no recordaba, un hombre ideal, y a su lado, en diagonal, en un marco de plata, Johnny al terminar secundaria, con la cara lisa, receloso ante la cámara. Se le hizo un doloroso nudo en la garganta y las comisuras de su boca formaron una mueca de máscara trágica: no pudo evitarlo, aunque seguramente June lo encontraría teatral y poco varonil. Ella le posó una mano en el brazo, primero suavemente, y luego presionando un poco: «Voy a preparar té.»

Johnny se quedó donde estaba, se contuvo, volvió a sollozar abrumado por la pena; fue hasta la terraza cubierta de la parte trasera con ánimo de recobrar la compostura y se quedó allí de pie, junto a la ventana, contemplando el césped pero viendo un breve bucle de su padre, un rápido montaje en el que aparecía volviéndose, paseando, sonriéndole antes de meterse en el Jensen que estaba allí aparcado.

June, en el salón, hizo ruido con la bandeja y Johnny fue a reunirse con ella. Lo observaba con curiosidad y cautela; él era su compañero de duelo, pero Johnny se tomaba las cosas a su manera. Se sentó sujetando la taza con

ambas manos, con la sensación de que era partícipe de un ritual, aunque tenía sed, mientras June le relataba en voz baja lo que había sucedido el día anterior: el grito, la caída, la ambulancia. «¿Quieres verlo?», le preguntó, y fue como si retrocedieran varios años, hasta la época en que ella recibía a las visitas en el despacho de su padre o se las quitaba de encima. Era una pregunta, una decisión, que Johnny temía, pero no lo dudó y contestó que sí. «Te acompaño —dijo June—, dentro de un momento. Yo no quiero verlo otra vez.» Johnny se terminó el té y se puso el abrigo mientras ella sacaba el Golf. Al cabo de seis minutos estaban en el hospital. June se quedó esperando en el coche, pues daban por hecho que no iba a ser una visita muy larga. Johnny entró, se explicó, lo guiaron por largos pasillos hasta una puerta que daba a una habitación en la que entró con tanta consideración como si su padre todavía viviera. Entonces se quedó a solas con él. La cara, completamente inmóvil y con los ojos cerrados, transmitía distinción y serenidad. Johnny percibió la tristeza rodeada de formalidad de aquel momento, todas sus invitaciones al sentimiento y a la reflexión, pero apenas sintió nada: lo que le había provocado una conmoción atávica era la ausencia de su padre. Aquello solo era la cara de un difunto, una cara sobre la que tanto podía recaer la luz del escándalo como la de la aclamación. Se acordó de que lo convencional era besar en la frente al progenitor muerto, pero lo retuvo la sensación de que aquel no era el estilo de su padre y pensó que no se arrepentiría de no haberlo hecho. Sacó un bloc del bolsillo, acercó la butaca de las visitas al cabecero de la cama, se sentó y lo dibujó, un boceto rápido pero minucioso y fiel, cinco minutos de trabajo intenso. Pensó que aquello era lo que había que hacer. No habría sabido decir, aunque le hubiera ido la vida en ello, de qué color tenía su padre los ojos.

A las seis, los dos se tomaron una copa: June, un coñac con ginger ale que se llevó a la cocina, donde tenía cosas que hacer. Johnny se llevó un whisky con soda al piso de arriba y vio que en el rellano había una moqueta nueva y que habían reformado el cuarto de baño, donde habían instalado un plato de ducha con mampara. Regresar a aquella casa era una lección asombrosamente clara sobre la historia del gusto de sus padres, del pasado, de las alteraciones y las mejoras incesantes de June y, todavía detectable, de sus propios gustos. En su habitación había cuadros que había pintado en el colegio, un dibujo de

la abadía que, hacía casi medio siglo, le había valido el segundo premio del concurso de bellas artes de las escuelas de Warwickshire.

¿Iba a llevarse todo aquello ahora, o quizá después del funeral? ¿Daba por hecho alguno de los dos que Johnny regresaría para visitarla o que ella desearía que lo hiciera? «Lo siento, Jonathan —había dicho June al volver del hospital—, tengo la impresión de que ahora te faltará un ancla»; podía ser un comentario amable, pero también un reproche, porque Johnny había ido muy poco por allí. Tenía la incómoda sensación de que tenía obligaciones para con ella, la mujer que había hecho feliz a su padre, siempre temerosa, cuando estaban con amigos, de que alguien le preguntara cómo le iban las cosas a su hijastro: «Tiene una hija, le va muy bien, ya sabes que ha pintado a la condesa de Wessex... exacto, a Sofía, se ve que es encantadora... No, no está casado...», porque todo eso remitía a su padre y a otro bochorno mucho mayor que ella había soportado de joven, cuando era una mujer decidida y alimentada por la ceguera y, protagonista de una prolongada hazaña de negación, había ahuyentando a los periodistas y fingido que aquellos artículos hirientes y, más adelante, aquellos libros sobre su marido no existían. Habían vivido juntos treinta y cinco años y ya se conocían desde hacía dos o tres años antes de la crisis que desencadenó el divorcio. A veces iba a cenar a la casa cuando no estaba su madre. Lo que Johnny había odiado desde el principio, mucho más que el caso de corrupción, que nunca había llegado a entender muy bien, o aquel vergonzoso episodio en el que había estado implicado Haxby, era la serie de traiciones que su padre había cometido con Connie y que habían empezado hacía más de setenta años, con el pobre Evert, que estaba loco por él. Lo que más odiaba era su poder, que siempre se saliera con la suya.

Johnny abrió los cuatro cajones de la cómoda, en el último estaban los adornos de Navidad, pero en los otros encontró un jersey de cuello vuelto y varias camisas dobladas que no se había puesto desde los años ochenta, pero que por alguna razón había dejado en un limbo, abandonadas pero todavía con posibilidades de resurrección. En el estante de encima de la cama había libros de texto, su Aston Martin de James Bond con parabrisas blindado y asiento eyectable (la figura eyectada se había perdido hacia mucho), un tarro de cerámica que había hecho en Hoole: objetos por los que nunca había sentido ningún deseo de recuperar, quizá por asociarlos a la vida de su padre.

Abrió el armario provocando un tintineo de perchas y, en el estante superior, entre un montón de pintarrajos de su adolescencia, encontró un bloc de dibujo viejo y gastado que reconoció pese a no poder identificarlo con exactitud. Se sentó en la cama con él y retiró la goma elástica, que estaba podrida. Bocetos sencillos de raíces, un cuenco con campanillas de invierno, trabajos de colegial, una mujer con sombrero a la que no reconoció. ¿Qué demonios era aquello? ¿Y quién era...? Aquellas vacaciones casi olvidadas en Cornualles. Y allí, madre mía, un pequeño maniquí trabajado en exceso y exageradamente musculado: ¡Bastien! Bastien, Bastien y otra vez Bastien. Se acordaba de aquellos dibujos, casi gracias a un sexto sentido, pero había olvidado por completo la ocasión en que los había dibujado. Las figuras eran rígidas, infantiles, aunque en algunos sitios se apreciaba una calidad que denotaba algo parecido al talento, un impulso que parecía proyectarlo hacia el futuro. En su momento habían constituido un íntimo triunfo, actos de magia contra su deseo frustrado.

June preparó coliflor gratinada con queso, un plato típico para las cenas del que Johnny, que tenía el estómago encogido y el paladar muerto después de una noche consumiendo drogas, comió lo que pudo. Después de alegrarse por encontrarse algo mejor, la providencial segunda oportunidad del whisky y el vino, Johnny percibió un intenso patetismo en los objetos de los que June se enorgullecía: las figurillas de cristal y de porcelana, los pequeños faisanes de plata que había encima del aparador y las brillantes chapas de plata que colgaban alrededor del cuello de las licoreras.

—Caray, cuántos recuerdos —dijo con una sonrisa en los labios desde su lado de la mesa de caoba, oscura, donde ella había puesto los cubiertos cara a cara.

—Es lo menos que puedo hacer, dadas las circunstancias —dijo June; una vez más, aquello podía ser una muestra de modestia un tanto torpe, pero también de su olfato para detectar un desaire disfrazado de halago. Luego fue al pasaplatos y llevó a la mesa dos cuencos con pie de *mousse* de grosellas, cada uno con su canutillo de galleta.

—¡Mmmm! —dijo Johnny.

June comía como si lo hiciera por obligación.

—Tenía las grosellas en el congelador —dijo.

Bostezó dando a entender que estaba listo para acostarse pese a lo temprano que era.

—Pareces cansado —comentó June.

—Sí. Anoche no dormí muy bien.

Ella le lanzó un vistazo rápido.

—Ya me lo imagino. Es un golpe tremendo para ti.

Cuando se metió en la cama, Johnny vio que la ocupaba por completo, como si la misma se hubiera encogido bajo su peso y quizá se encogiera aún más. Tenía la sensación de estar colgando al borde del colchón, como en una especie de retroceso precipitado: condenado a dormir solo desde que falleciera Pat y, ahora, a encogerse y volver a la adolescencia. Era verdad que estaba cansado, porque con Z no había dormido nada: se habían tumbado el uno al lado del otro, exhaustos y sudados, con la boca seca, y la gravedad de la noticia le había despejado rápidamente la cabeza, pero, inexplicablemente, había sentido un deseo irrefrenable de follar. Se había tomado una de las pastillas azules de Pat con la sensación entre espeluznante y cómica de robarle la fuerza a la persona a la que en ese momento echaba de menos más que nunca, pero tras una hora larga intentándolo, no había conseguido correrse, a pesar de que la necesidad de hacerlo lo obligó a continuar hasta que hubo desaparecido toda sensación agradable. A Z no le afectaban aquellos inconvenientes de la edad y se corrió deliciosamente al cabo de cinco o seis minutos. Johnny tuvo que levantarse varias veces para ir a orinar y se veía en el espejo del cuarto de baño: un viejo canoso con el vientre abultado y la erección implacable de un sátiro.

Se dio la vuelta y, resignado, prestó atención a los ruidos nocturnos de la casa. Después de estar en Londres, donde el rumor incesante del tráfico generaba su propio silencio, la paz de aquel barrio tan tranquilo resultaba casi cruel. Hacía que destacaran los ruiditos de los radiadores al enfriarse, los débiles chasquidos de la caldera al apagarse intermitentemente. Su cama seguía haciendo aquel incordiante ruido que siempre había hecho cuando se daba la vuelta; en cuanto te pasaba por la cabeza la idea de hacerte una paja, le anunciaba la noticia al resto de la casa. La habitación en la que June también estaba acostada, sola, tras décadas de vivir en pareja, estaba lo bastante lejos de la suya como para arriesgarse. Se acordó de Zé (ese era su

verdadero nombre, José) y se preguntó si volvería a verlo algún día. Pensó que jamás se habría fijado en él; Zé, en cambio, parecía loco por Johnny, una suerte increíble que hubiera ligado con alguien a quien le doblaba la edad y que era tan encantador. Era todo lo contrario de Michael. Johnny cogió su teléfono, que estaba en la mesilla de noche, y escribió un mensaje que se autocorrigió mágicamente: «Estoy en la cama pensando en ti, besos», y lo envió con el corazón acelerado y una sensación de atrevimiento que casi no recordaba. Al cabo de un segundo, oyó el alegre arpegio y vio que se iluminaba la pantalla; ¿cómo podía haber escrito tanto texto tan deprisa? «Llevo todo el día pensando en ti!! Que duermas bien, cariño. Ojalá pudiera estar a tu lado!! Vuelve pronto!!!! xxxxx Z.» Aquellas palabras le parecieron desmesuradamente vívidas, una caricia y, sobre todo, una promesa; apagó la lámpara, se tumbó sobre el costado y se quedó dormido como por obra de un sortilegio.

Lo despertaron, pasadas las siete, los ruidos de June por la casa, ruidos de puertas en el piso de abajo en los que nunca había pensado pero que tampoco había olvidado. Al cabo de un rato se levantó de la cama y descorrió las cortinas. En el jardín, sumido en la penumbra del crepúsculo, las frágiles flores de jazmín de invierno eran la única reminiscencia del mundo de la luz y el color. Johnny no había dicho cuánto tiempo pensaba quedarse; sabía que a June no le gustaba tenerlo por allí molestando, pero temía ofenderla si se marchaba demasiado pronto. Todavía no habían fijado la fecha del funeral y él estaba impaciente por regresar a Londres, pero había algo crudo y descorazonador en el hecho de marcharse, una primera y clara admisión de que no se necesitaban el uno al otro.

Después de desayunar fue a dar un paseo por el pueblo y June le pidió que le comprara algunas cosas. Ese día se sentía desinflado y apagado y a la vez sospechoso y llamativo, un hijo pródigo que en los años cincuenta ya conocía aquellas calles, aquellos muros, cruces, tejados. Pero a él nadie lo conocía, a pesar de que, en Walsh's, se quedó mirando fijamente, con una sonrisa en los labios, al hombrecillo que introdujo la barra de pan en la bolsa y tiró de los cordones tal como lo había hecho cuarenta años, solo que ahora con guantes de plástico y una redecilla en el pelo, como si el hijo que nunca se había marchado de casa se hubiera convertido en su anciana madre. Por lo

menos, Walsh's seguía existiendo, con su suelo de linóleo amarillo, sus rosquillas y sus canutillos de crema y el platillo de vidrio opaco que parecía un cenicero donde te dejaban el cambio. Vio tres o cuatro tiendas más completamente vacías, sin muebles siquiera. Algunas eran cadenas comerciales, hamburgueserías, la clase de sitios donde, de adolescente, Johnny entraba en busca de hombres a los que espiar. En el escaparate de lo que antes era el salón de té Pinnock's estaban expuestos ahora la vajilla barata, los cedés y los zapatos de tacón de la tienda de segunda mano de una organización benéfica. Johnny se asomó y se acordó de la cortina de cuentas de la puerta de la cocina, la escalera estrecha y empinada que conducía a los lavabos del primer piso y de Gordon Pinnock, uno de los homosexuales innegables de su infancia, y otro más de los hombres que habían estado enamorados de David Sparsholt. Gordon se había jubilado hacía veinte años y se había ido a vivir a Madeira con uno de sus camareros. Johnny siguió paseando, con la misteriosa sensación de conocer un sinfín de detalles de aquel pueblo, de que el pasado se revelaba en el presente y de estar a punto de despedirse de él para siempre.

Como no quería regresar todavía, se metió por Coton Road, atravesó Ringway y entró en el parque Riversley. Allí no había cambiado nada, solo cambiaban las estaciones. La tierra del parterre de salvia y geranios que había frente al museo estaba removida, preparada para el invierno, pero el soldado del monumento en memoria de los caídos en la guerra de los bóeres había vuelto, feliz y extraño, con su aire de despistado, el rifle en una mano, mirando hacia arriba por debajo de la visera del sombrero (lo habían robado hacía años, un escándalo del que se hicieron eco todos los periódicos locales, y habían refundido la estatua, con cariño, ahora que ya nadie se acordaba de la guerra de los bóeres). Johnny se paseó por la curva ajardinada de la orilla del río. Era el lugar idóneo para pensar uno solo en el tiempo, la pérdida y el cambio y, con su mínima poesía, el sendero paralelo al agua parecía una acertada invitación. La noche pasada había llovido y la calzada todavía estaba húmeda y brillante; aquel lugar, concretamente aquel, le trajo a la memoria tristes imágenes de su infancia que era imposible rastrear. Cincuenta metros más allá, una pareja de veinteañeros caminaba despacio justo por donde él quería ir; el chico era mucho más alto que la chica, pero iban abrazados, aunque sin aferrarse mucho y sin contener su energía, que se manifestaba en

rápidas sacudidas, empujones y tirones, como en una falsa riña, como si fueran diez años más jóvenes. De pronto el chico se separó unos metros y se quedó quieto y la joven siguió caminando desdeñosamente, pero entonces corrió hacia él y, chillando, le saltó encima y lo besó. Johnny sintió antipatía por ellos, por su felicidad, pues él no tenía la libertad de los heterosexuales para manifestar sus sentimientos en público. Se rezagó un poco y, al hacerlo, pareció que estuviera siguiéndolos deliberadamente. Siguió pensando en Zé, con el que se había abrazado y besado y que se lo había follado, y se preguntó si volvería a verlo. Siguió dándole vueltas a esa pregunta mientras caminaba bajo los sauces sin hojas, preguntándose con cariño, y con dudas, si quería seguir viendo a aquel chico; luego esa pregunta se transformó en otra mucho más fría, respecto a un futuro sin amor, sin sexo, en busca una y otra vez de la nueva aventura que, en su caso, además, casi nunca se materializaba. Johnny no conseguía librarse de la pareja que iba delante de él, porque los jóvenes se detenían continuamente. Se paró él también y de pronto se le ocurrió pensar que aquellos jóvenes eran como sus padres hacía sesenta años; hubo un momento en que llegó a pensar que eran ellos: él, alto y apuesto; ella, bajita y vivaz. La joven volvió la cabeza un par de veces y lo miró, y le dijo algo a su acompañante, que también lo miró. Johnny rió al comprender que les estaba estropeando el paseo, del mismo modo que ellos se lo estaban estropeando a él.

Cuando volvió a la casa, June estaba poniéndose el abrigo; le dijo que iba a llenar el comedero de pájaros, pero Johnny insistió en hacerlo él. Salió por el frío lavadero, con el fregadero cuadrado donde su padre se lavaba las manos después de hacer cualquier tipo de trabajo; la pastilla de jabón blanca, agrietada, tenía incrustada su suciedad. Cuando abrió la puerta que conectaba con el garaje y encendió la luz, vio el Jaguar, elegante y anticuado, silencioso y pesado como correspondía al coche de un difunto; y, a su lado, el Golf GTi de June. Recordó las palabras de su padre: «He hecho una cosa que jamás pensé que haría: he comprado un coche alemán.» Johnny percibió un remoto olor a aceite y a virutas de madera que llegaba de la mesa de trabajo del fondo, donde David pasaba las mañanas trasteando desde que se había jubilado. En un rincón del suelo estaban su barra de halterofilia, negra y pesada, que parecía imantada y daba la impresión de que no habría podido

moverla nadie más que su dueño, y las mancuernas, con sus montoncitos de discos de hierro recubiertos de finas telarañas; las había utilizado a lo largo de toda su vida adulta, en disciplinadas sesiones diarias, hasta que trabajar los músculos de los brazos y el tórax empezó a suponer un riesgo para su corazón.

Johnny encontró una bolsa de comida para pájaros en un estante y salió por la puerta trasera. Contempló el cielo invernal, gris en todas direcciones, que lo confirmaba todo; el césped verde oscuro y húmedo, los grupitos de ordenadas coníferas, ese día serias y fúnebres, que tapaban las casas de al lado; los parterres cubiertos de corteza; las rosas bien podadas. Extrajo el tubo verde del comedero, una jaula dentro de otra jaula, con su rejilla protectora contra las ardillas; levantó la tapa asegurada con una cadenilla y vertió dentro las bonitas semillas multicolores, que produjeron un agradable tintineo al atravesar el orificio de entrada medio obstruido. Las semillas cayeron como a través del tiempo y le recordaron el ruido que hacía el grano al caer del depósito en el granero de la granja de su vecino, el señor Peachey. Pero el cilindro solo tardó un momento en llenarse hasta arriba y Johnny tuvo que sacudir el montoncito de semillas de la parte superior, que cayeron en la hierba, de donde podrían recogerlas las ardillas. Entonces volvió a colocar el comedero en la estructura rudimentaria que su padre había construido e instalado, con todo tipo de dispositivos de seguridad, frente a la ventana de la cocina, donde June podía observarlo y, en ocasiones, cuando aparecía algún visitante inusual o se producía una gran congregación de carboneros o de gorriones, llamarlo a él para que fuera a echar un vistazo. Entonces él se acercaba, pero siempre llegaba un poco tarde y, encima, se llevaba una regañina de June por haber asustado a los pájaros con sus torpes movimientos.

—Tenemos que hablar del funeral —dijo June cuando Johnny volvió a reunirse con ella en el salón. Le enseñó tres posibles fotografías para el recordatorio, cuyo pie de foto habría podido ser «héroe de guerra», «delincuente» o «caballero anciano».

—¿Mi padre te había comentado algo al respecto?

Por lo visto no, no había dejado instrucciones.

—Como ya sabes, no era creyente —dijo June.

—Entonces, siendo así, procederá una cremación.

—Me temo que tu padre quería que lo enterraran —dijo June, y apartó rápidamente la mirada, abrumada por aquella inesperada coincidencia de opiniones entre los dos—. Lo pone en su testamento.

Johnny se quedó mirando la fotografía del piloto y lamentó enormemente que el jefe del escuadrón de mandíbula cuadrada no hubiera dado la orden, en el momento decisivo, de incinerar el cadáver.

—Bueno, si es lo que él quiere... Perdón, lo que quería.

—Y con su padre, claro.

—Sí, me lo imagino. —Se levantó y miró por la ventana, desde donde se veía un cuadrante vacío del camino de la casa. A pesar de que había sentido una prosaica reticencia a pasear por allí en los meses inmediatamente posteriores, cuando la escarcha de la hierba o el polvo que el viento arrastraba por los caminos habrían podido contener partículas microscópicas de él, para Johnny era un logro saber que las cenizas de Pat habían sido esparcidas (ilícitamente, con nocturnidad) por Eel Brook Common. Todavía se preguntaba, cuando veía los galones que dejaban las suelas mojadas de sus botas en el suelo del porche, si no estaría devolviendo a Pat a casa con sus pisadas. Pero a su padre iban a enterrarlo, en una caja blindada, en la tierra roja de Warwickshire, y yacería allí, obstinado, vestido inmaculadamente, hasta mucho después de que todos quienes lo recordaban vivo hubieran muerto también.

5

El cuadro de los Miserden ya no necesitaba más retoques y Johnny se alegró al darlo por terminado; sin embargo, había algo que lo instaba a seguir trabajando en él. Tenía bocetos preliminares, vívidos y rítmicos, colgados en el taller, y los cinco estudios individuales al óleo, que había pintado en la casa, estaban apoyados en la pared y constituían una promesa más clara y más definida. Y allí, ocupando dos caballetes, estaba el lienzo casi terminado. Enorme, profesional, insulso: eso le parecía a Johnny cuando se apartaba un poco para contemplarlo. Algunos detalles conservaban el interés que les confería el recuerdo de las horas empleadas en ellos, pero ese interés no

tardaría en desaparecer; el salón estaba evocado con la destreza adquirida a lo largo de toda una vida, sugerente pero preciso; las figuras estaban hábilmente agrupadas, formando el extraño nudo abierto de la familia, con toques de duda y de humor para rebajar su aire de prepotencia. Aun así, el goce de la construcción, la magia de la representación, el jubiloso *glissando* que de pronto te confirmaba que el cuadro estaba terminado... todo eso se le escapaba.

Le propuso a Bella que fuera a echar un vistazo sola, si le apetecía. A ella le gustó la idea, atraída por lo que tenía de actividad secreta y por el glamour de una visita al taller del artista. Allí, donde se pasaba todo el día caminando sin hacer ruido, Johnny se sentía desnudo, con el deber de disculparse; no era más que el viejo comedor, con una tarima hecha con palés y un deslucido trono de terciopelo. Pero Bella trabajaba en la televisión, entendía de ilusiones, y, aunque fuera entre líneas, su contrato ya lo decía: aquello era el pacto de dos ilusionistas. Fue a verlo un domingo por la tarde, sobre las tres: el Range Rover Evoque blanco fuera, el golpe de la aldaba, Bella en el recibidor con unos vaqueros ceñidos, unas zapatillas de deporte y un abrigo corto de piel tupida y dorada que Johnny escudriñó mientras la seguía hasta convencerse de que era lo que él sospechaba. Entraron en el taller; el cuadro estaba de espaldas a ellos, orientado hacia la ventana, y Johnny la vio rodearlo con cierta teatralidad para verlo por primera vez. Trató de imaginarse que él también lo veía por primera vez y la ineludible presión para que dijera, como dijo ella entonces, «Es espectacular, Jonathan», una primera opinión, mientras su mirada seguía deslizándose por el cuadro para generar reacciones más eruditas que sería más difícil expresar mediante palabras. Johnny sabía que ella quería que el cuadro le gustara, no quería que la decepcionara, porque se consideraba una persona con ojo, y confiaba en que interpretara sus pequeños detalles críticos como cumplidos a su inteligencia o incluso a su orgullo. Rodeó el cuadro él también y se puso al lado de Bella, como si necesitara comprobar si merecía sus elogios y también para ayudarla y guiarla en la interpretación de su obra.

—¡Dios mío, mis dos hijos están clavados! —exclamó Bella.

—¿Sí? ¡Me alegro!

—Y la pequeña Tallulah, mírala...

Respecto a los dos adultos no se pronunció.

—He de decir que Alan es muy difícil de captar —dijo Johnny.

—Oh... —Bella se acercó al lienzo, quizá intuyendo una oportunidad de decir: «¿Ah, sí? Cuéntame», pero lo que dijo fue—: No, no, qué va. Conozco perfectamente esa mirada.

Johnny se retiró hacia la ventana.

—Lo que pasa es que no le gustaba posar.

—Bueno, pero alguna vez tendrá que hacer algo que no le guste, ¿no? —Se dio la vuelta y lo miró—. Es maravilloso, Jonathan —declaró. Se acercó y le dio un beso en la mejilla y un fuerte y mullido abrazo en el que él creyó intuir, enterradas, toda clase de esperanzas e inquietudes.

—Muchas veces, a la gente no le gusta su retrato cuando lo ve por primera vez —dijo Johnny—, porque no coincide con cómo se ven ellos, con la imagen que tienen de sí mismos a partir de las fotos o con lo que ven en el espejo.

—Pues a mí me gusta —dijo Bella con afectada testarudez. Y, más tímidamente, añadió—: Estoy impaciente por ver qué opinan mis hijos.

—¿Te apetece beber algo?

—Ah... —Hizo una mueca, como si se resistiera—. Quizá... ¿una infusión?

Johnny las enumeró hasta que ella se hizo un lío: jengibre, ginkgo, ginseng...

—¿Voy contigo? —preguntó Bella, pero él prefirió que se quedara un momento a solas con el retrato, por si se le ocurría algo o encontraba alguna objeción, por pequeña que fuera.

Cuando regresó, ella estaba contemplando el jardín. Johnny le dio la taza, de la que colgaba el hilo con la etiquetita.

—Perdona que haya tardado tanto —dijo.

—Ah...

—Es que la muerte de mi padre me ha retrasado varias semanas.

—Oh... Claro, pobre —dijo Bella—. ¿Y cómo estás? ¿Bien?

—Sí, respecto a su muerte, sí.

—Hmmm, ya pero respecto a todo lo otro... La verdad que es que, cuando lo vi, lo sentí por ti.

—Ya debería de estar acostumbrado, pero ha pasado tanto tiempo que a

lo que estaba acostumbrado era a no acordarme. Y, claro, la gente joven no sabía nada de todo eso.

—Mira, yo, sin ir más lejos, no conocía gran cosa... —Bella no sabía cómo posicionarse.

—En fin, ahora ya lo sabe todo el mundo. —Bella no era la persona más indicada para hacerle confidencias, pero su fama y su energía provocaban en él el deseo de aprobación. Aunque, evidentemente, Johnny nunca había oído hablar de ella hasta que Bella le pidió que pintara aquel retrato.

—Pero es curioso —continuó ella— que haya un caso que lleve tu apellido.

—Bueno, no creas que es algo de lo que uno pueda sentir mucho orgullo —dijo Johnny, y no por primera vez—. Es decir, no es como el nombre de un programa de televisión...

Bella titubeó.

—No sé si debería decirte esto, pero así es como Samuel llama el cuadro, nuestro retrato... «El caso Sparsholt.»

—Ah, ya... —Tampoco es que Samuel hubiera revelado así gran originalidad.

—Ahora en serio —dijo Bella—, supongo que, si no vas con cuidado, un asunto así puede marcar toda tu vida.

—Bueno... Yo diría que todas las vidas están marcadas por algo. —Si lo dejaban, él se olvidaba de aquello durante meses, pero nunca se libraba por completo y siempre había alguien que le pedía que se lo explicara y que diera su opinión, aunque había acabado protegiéndose mediante la repetición de unas fórmulas que prácticamente ya no tenían ningún contenido—. Pero me acuerdo de que fue muy duro cuando estalló todo. Yo acababa de entrar en una escuela nueva y creo que ya te he contado que siempre tuve problemas para leer.

—Eras disléxico, querido.

—Sí, pero en aquella época te llamaban *corto*. Mis compañeros de clase se enteraron leyendo los periódicos y sabían más que yo sobre lo que había hecho mi padre.

Bella sujetaba su taza con ambas manos.

—Piensa en lo que sabrían ahora —dijo.

—Sí, claro.

—A mí me aterra pensar lo que puedan ver mis hijos en Internet. Pornografía y... ay, lo siento, no debería contártelo. El otro día me enteré de que Samuel utilizaba una de esas aplicaciones para ligar por teléfono.

—¡No me digas! —exclamó Johnny antes de acercarse al lienzo para examinar el reluciente mocasín de Alan Miserden.

—Debes de tener una sensación extraña —dijo Bella al cabo de un momento— después de terminar un cuadro tan grande como este. Yo me siento fatal cada vez que terminamos una temporada de programas.

—Siempre tengo algo más en marcha —dijo Johnny—. Nunca estoy sin hacer nada. Eso es algo muy positivo que me enseñó mi padre.

—Eres muy trabajador —confirmó Bella—, igual que yo. —Y se apartó y se paseó un poco por detrás de su cuadro para ver qué más se estaba cociendo en el taller de Johnny—. ¿Tienes algo interesante?

—Bueno, estoy... pintando a mi hija. Ya te dije que se casa el mes que viene. Quiero retratarla antes de la boda.

—Antes de perderla, ¿no? ¡Ja, ja!

—¡Espero que no!

—¿Me dejas verlo?

—Bueno, todavía no está terminado... —No era conveniente enseñarles a los modelos otras obras inacabadas, porque podían suscitarles dudas respecto a su retrato, ideas que no les servían para nada. Sin embargo, Johnny quiso que Bella admirara aquel: no solo el cuadro, sino también a la modelo, cuyos ojos, nariz y boca estaban trabajados con una minuciosidad extraordinaria entre sus suaves rizos y la curva de su cuello. Fue hasta el caballete donde lo tenía, tapado con una tela; hacía una semana que no lo había tocado. Lo levantó y Bella lo siguió hasta la luz.

—¡Oh! Qué hermosa es, ¿no?

—Bueno, su padre no es la persona más indicada para juzgarlo —dijo Johnny.

Bella le lanzó una ojeada.

—Me recuerda a su madre, pero se parece mucho más a ti.

—¿En serio? —Eso le gustó; el cuadro también le gustaba. La minuciosa recreación de su propia hija convertía el trabajo en un reto, además de

contener una carga emocional que no sentía cuando trabajaba en el retrato de los Miserden.

—¿Y qué tal te cae su marido? Bueno, su futuro marido.

—Ah, está bien. —Johnny sonrió; ninguno de los dos sabía muy bien qué había querido decir.

—Bueno, te agradezco que lo hayas compartido conmigo —dijo Bella cuando Johnny volvió a llevarse el lienzo—. ¿Y esto qué es?

Johnny se dio cuenta de que corría el peligro de que Bella le cogiera el gustillo, así que dijo, distraídamente:

—¿Cuál? Ah, no, ese no es mío. —Volvió a su lado y, juntos, contemplaron el cuadro que estaba colgado junto a la puerta que daba al recibidor; Bella entrecerró los ojos como si se dispusiera a decir algo—. Me lo regaló un viejo amigo que murió hace unos años. Evert Dax, ¿te suena?

Ella asintió e hizo un mohín.

—No, creo que no...

—Fran lo conocía. De hecho, a ella la conocí en casa de Evert, hace mucho tiempo.

—Ah, sí...

—Es de Peter Coyle, un pintor que murió muy joven, en la guerra. Yo solo he visto otro cuadro suyo.

—Pues es impactante —dijo Bella—. Está muy bien dibujado... —No estaba muy claro qué se podía decir y qué no ante tanto músculo masculino.

—Llevaba años viendo este cuadro en casa de Evert sin sospechar siquiera qué era.

—¿Y qué es?

Johnny hizo una pausa, respetuoso:

—Es mi padre.

Bella echó la cabeza hacia atrás.

—¡Cielos, Jonathan!

—Es un retrato de cuando era estudiante, a principios de la guerra.

Bella se acercó un poco más.

—¡No me extraña que tuviera líos!

A Johnny no le molestó ese comentario.

—Era muy guapo —confirmó.

—Pero no quiso que en el cuadro apareciera su cabeza.

—Supongo que no. ¿Quién sabe?

—¿Nunca se lo preguntaste?

Johnny recorrió con la mirada el musculado abdomen y los lisos pectorales que tan bien conocía dibujados a la sanguina, aunque al natural los recordaba de otra forma y remotamente—. Nunca hablábamos de esas cosas.

—Ya... Quizá... ¿Y tú nunca lo retrataste? —Bella apartó la mirada del cuadro para mirarlo a él.

—No, desgraciadamente no. Lo intentamos hace unos veinte años: hicimos una primera sesión, pero entonces nos peleamos. Era imposible.

—Pues sí, qué pena.

—La verdad es que, por culpa de lo que pasó, nunca llegamos a conocernos bien —dijo Johnny.

Era difícil discernir, a partir de la mirada pensativa de Bella, si estaba cavilando sobre la afirmación de Johnny o a punto de formular sus propias reflexiones.

Después de marcharse Bella, Johnny regresó al taller, con cierta reticencia, y volvió a contemplar aquel retrato familiar. Empezaba a oscurecer, así que encendió la gran lámpara: los colores adquirieron al instante el resplandor que habrían tenido en una galería de arte y el tratamiento de los temas parecía más atrevido, más apasionado. Sabía que Bella pensaba que todo habría podido quedar más brillante, más dorado, mientras que él lamentaba no haber sido más oscuro y más duro. Había fracasado como panegirista y como caricaturista: ese era el dilema de su oficio, aunque lo mejor que podía ofrecer era, evidentemente, la verdad. De su bolsillo salieron unas notas de arpa, con un final ascendente; Johnny leyó atentamente las palabras y sonrió.

Una semana más tarde fue un chico a llevarse a la familia Miserden y a montarla en el enorme marco dorado que Bella había encargado y que pesaba veinte veces más que el lienzo en sí, tan largo, con su ligero bastidor de pino, que se onduló y se torció ligeramente cuando lo levantaron. Se llamaba Eduard y era catalán (sí, de Barcelona): alto y delgado, de cara alargada, piel suave, pelo castaño oscuro, corto, con un pequeño tupé sobre la frente y con el cogote (se fijó cuando el chico se agachó) delicadamente escalado hasta el

cuello, de tal forma que su peinado parecía obra de la naturaleza más que de un peluquero. Cuando se fijó en el contraste de sus dientes blanquísimos y su barba, negra y corta, a Johnny le dieron ganas de pintarlo; mientras el chico hacía su trabajo, él lo observaba, distraído, con una sonrisa en los labios. Eduard llevaba unos calzoncillos bóxer verdes, cuya cinturilla asomaba por el pantalón, y una media luna de espalda de piel morena, cada vez que se agachaba o se inclinaba sobre el paquete cuando ya lo hubo puesto plano en el suelo. Johnny examinó aquella cinturilla durante diez segundos, pero las letras que componían el nombre de la marca se solapaban sin ningún sentido.

Antes de taparlo parcialmente con plástico de burbujas, como si lo sumergiera en el agua, Eduard sonrió y señaló el retrato; luego lo tapó del todo bajo otra capa brillante. «Es Bella», dijo, pero no porque reconociera el valor artístico del cuadro, sino porque la había reconocido a ella, una celebridad. Millones de personas se sentían autorizadas a tutearse con aquella mujer, a la que no conocían de nada. Johnny trató de imaginarse la cantidad de cuadros que Eduard envolvía y embalaba día tras día, con el orgullo profesional y la indiferencia personal de un vigilante de seguridad. Quizá de vez en cuando un cuadro le gustara más que otro, pero la inclinación de los instintos de Johnny hacia él eran tan tiernos y desproporcionados que dejó a un lado el tema del arte. Cuando un hombre hacía un comentario estúpido sobre un cuadro, arruinaba automáticamente su interés por él. Al cabo de un momento, entre los dos, sacaron el paquete del taller, con breves gruñidos y apretones de mandíbula, uno guiando y el otro dejándose guiar, y lo llevaron hasta la camioneta. Johnny firmó el recibo y Eduard le entregó una copia de color rosa, apenas legible, con su firma completamente invisible. Y entonces Eduard se marchó y Johnny entró otra vez en su casa y se quedó plantado con el papel en la mano, plegándolo una vez y otra, en una estancia doblemente vacía: sin aquel retrato enorme y caro y sin aquel joven tan tierno e inestimable.

Lucy llegó a la hora de comer y dejó claro su compromiso de mantener la cita dejando clara la cantidad de cosas que había tenido que aplazar (no paraba de contestar mensajes de texto, «Lo siento, papá...»), pero también se mostró casi enojada con él por ponerla en aquella situación, en un día tan complicado de una semana tan frenética.

—Voy a apagar el maldito teléfono —dijo cuando entraron en el estudio.

—Vale —dijo Johnny tranquilamente.

Lucy se sentó en la butaca, sacudió los hombros y trató de olvidar sus preocupaciones.

—No te imaginas lo que es esto —dijo.

Johnny sonrió y arqueó las cejas.

—Oye, que yo también me casé.

—Es verdad —concedió Lucy enderezándose como hacía su madre para distanciarse de sus propios comentarios poco acertados—. Pero no en la catedral de York, tengo entendido.

Johnny apretó el tubo del tercer color que empleaba para pintar su pelo y puso en la paleta un poco de pintura que parecía una cagarruta de pato.

—Cierto, a nosotros nos bastó el Ayuntamiento de Chelsea Town.

—Creo que Ollie también se conformaría con algo de ese estilo —dijo Lucy.

—¿Y tú?

—Bueno, yo ya estoy mentalizada para hacerlo a lo grande.

—Ya... —Johnny se concentró rápidamente mientras ella se colocaba para ayudarla a salvar el primer obstáculo invisible de una sesión de retrato: la observación mutua sin ningún fin social. Al cabo de un par de minutos, Lucy se transformaría en un sujeto, mientras que, para ella, él sería algo más ambiguo, un mirón silencioso y ocupado, autorizado a mirar por su trabajo y su experiencia. Era la tercera vez que la pintaba y, desde la vez anterior, las cosas habían cambiado para los dos.

—Hablando de estilo... —dijo ella al poco rato.

—¿Qué pasa?

—Mamá me ha dicho que te pregunte si ya has encargado el traje.

Johnny, con la lengua asomando entre los labios, trazó la dorada ondulación del pelo de detrás de su oreja derecha. Lucy se cuidaba mucho el pelo.

—Ah, ya, no quieres que el viejo Steptoe te lleve del brazo por el pasillo.

—¿Cómo?

—O por la nave, mejor dicho.

—¿No se llama pasillo? Bueno, tú lo sabes mejor que yo —dijo Lucy—. Pero vas a hacer un esfuerzo, ¿verdad?

—Sí.

—Sombrero de copa incluido.

Johnny apretó la mandíbula.

—Lo del sombrero de copa no te lo aseguro.

—Va, papá.

—Bueno, si tu madre se lo pone, yo también.

Lucy rió sin entusiasmo. Para Johnny, esas ganas de celebrar una boda, una boda tradicional, eran un misterio: personas de todas las edades engalanadas, acatando y aplaudiendo, radiantes de alegría, una unión de dos jóvenes a quienes apenas conocían, todos tan disfrazados que de vez en cuando se producía alguna confusión entre los jefes de sala y los tíos. En Chelsea, Pat y él se habían casado ante diez invitados, los dos novios eran cincuentones y el acto no fue menos sentido por el elemento de ironía y sorpresa presente en todo momento.

Johnny oyó la llave en la cerradura de la puerta de la calle y vio que Lucy se fijaba en su ausencia de reacción cuando se oyeron unos pasos por el pasillo y, a continuación, el ruido de un grifo de la cocina.

—Tu asistenta —dijo.

Johnny sonrió con vaguedad, pero no dijo nada y esperó para ver qué se oía después: otra vez pasos y unos golpecitos en la puerta:

—Hola —dijo al entrar y luego—: Perdón...

—No, no. Pasa, Zé. Zé, te presento a mi hija Lucy.

—Hola —dijo Lucy con seguridad y con un breve relajamiento de la pose: ella siempre procuraba ser amable con los empleados—. ¿Has dicho Zé?

—Zé, José. ¿Cómo estás?

—Bueno, como puedes ver... —dijo Lucy.

—He oído hablar mucho de ti.

—¿Ah, sí?

—Johnny habla mucho de ti. Me ha dicho que te casas.

—Pues sí, es cierto.

Johnny lo miró desde el lienzo, curioso por verlo como debía de verlo Lucy: sin intimidación, sin interés. Sonrió y Zé se acercó un momento, examinó el retrato y a la modelo e hizo una rápida comparación (algo que siempre

fastidiaba a los modelos) y, entonces, besó a Johnny en la mejilla, quizá para expresarle su orgullo.

Johnny propuso que comieran juntos, pero ese día ella solo podía concederle aquellos noventa minutos.

—Bueno, encantado de conocerte —dijo Zé, y subió por la escalera; debió de parecerle que lo más adecuado era dejar a padre e hija solos en el recibidor.

—Muchas gracias, papá —dijo Lucy—. ¡Nos vemos en York!

—Sí, cariño... —La abrazó y reconoció hasta cierto punto el agradable olor de su hija, pero también el reafirmado empuje de la independencia. Oyeron cerrarse una puerta en el piso de arriba.

—Y... ya sabes, si quieres traer a José...

Johnny asintió.

—Bueno, estoy seguro de que le encantaría. —Incluso más, probablemente, que a él mismo. Le sonrió.

—Avísame con tiempo. Ya sabes, para organizar las mesas. —Ella lo miró a la cara, de forma diferente ahora que ya no había un caballete entre ellos—. Parece todo un hallazgo.

—Ah —dijo Johnny—, sí, yo también lo creo.

La vio salir por la puerta y, cuando miró, cinco minutos más tarde, Lucy seguía sentada en el coche, hablando por teléfono con alguien a quien casi con toda seguridad no conocía. De vez en cuando se pasaba la mano por el pelo, un gesto de autoafirmación, de impaciencia controlada que al otro lado de la línea quizá no se viera, pero se sentiría. Cuando de repente giró la cabeza, Johnny no supo si lo había visto observándola. Volvió al taller, cerró los tubos de pintura y contempló el retrato con el anhelo y la insatisfacción habituales: los ojos de un gris azulado (por fin lo veía) del difunto abuelo de su hija y los labios, rehechos, aún húmedos y por terminar.